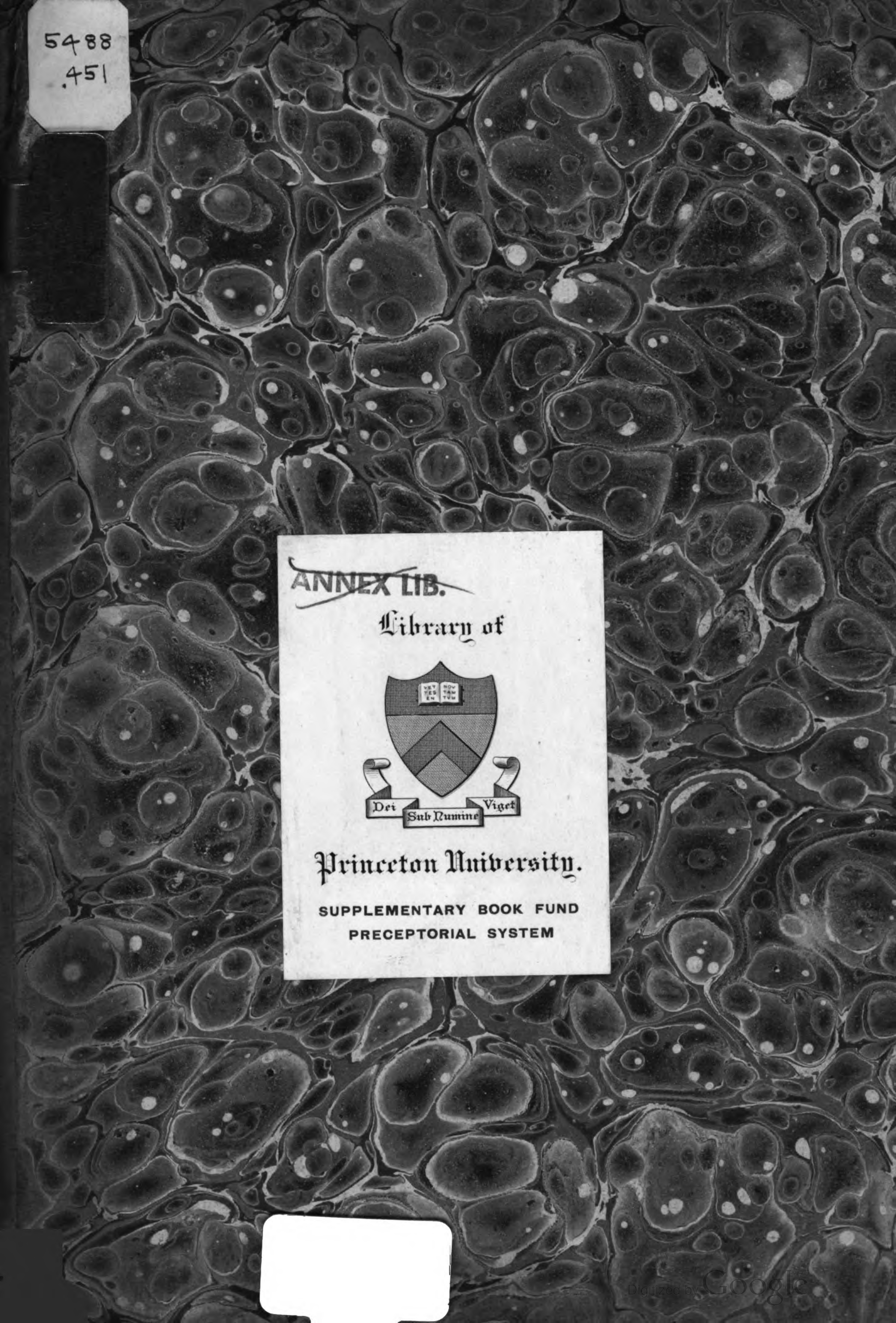
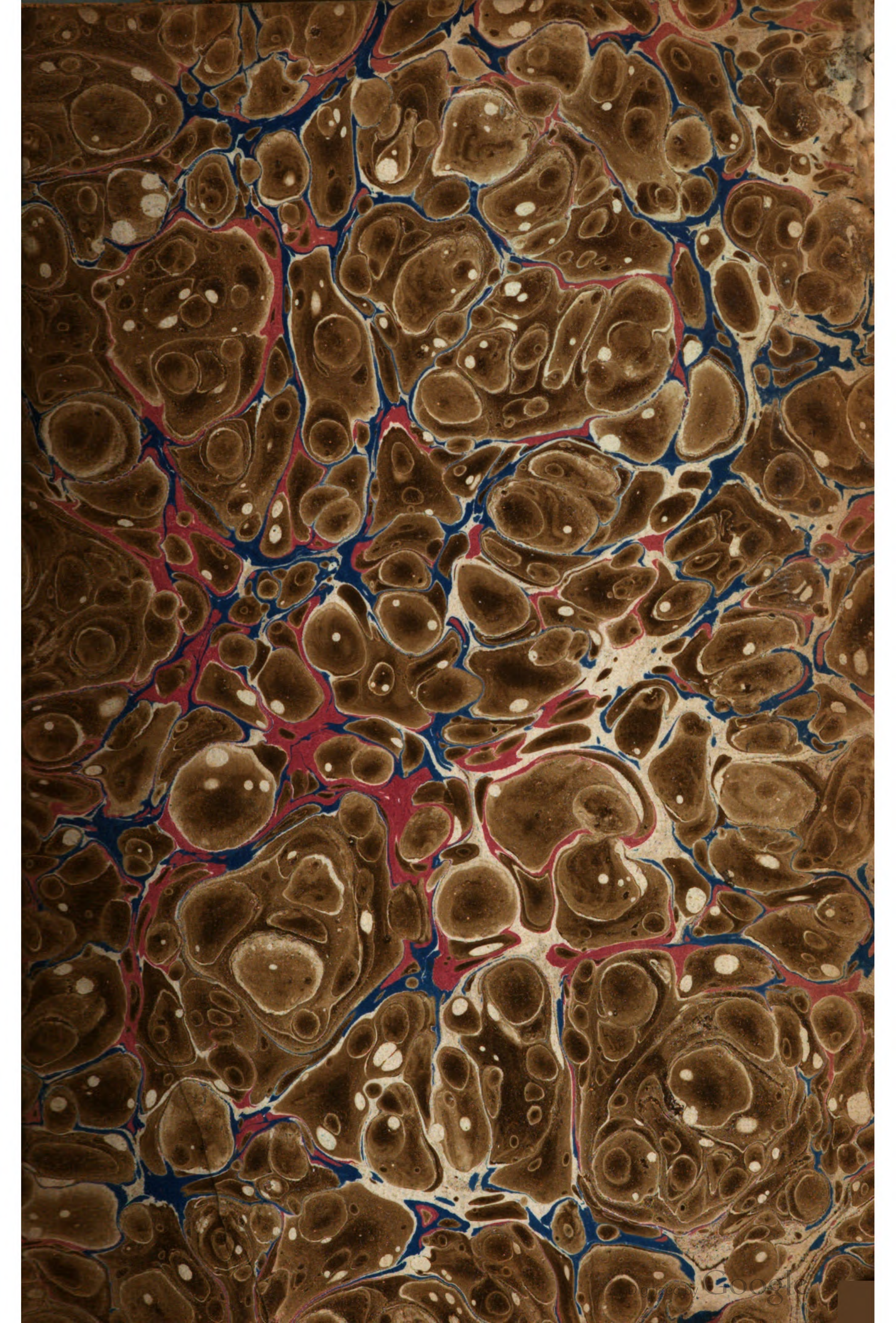
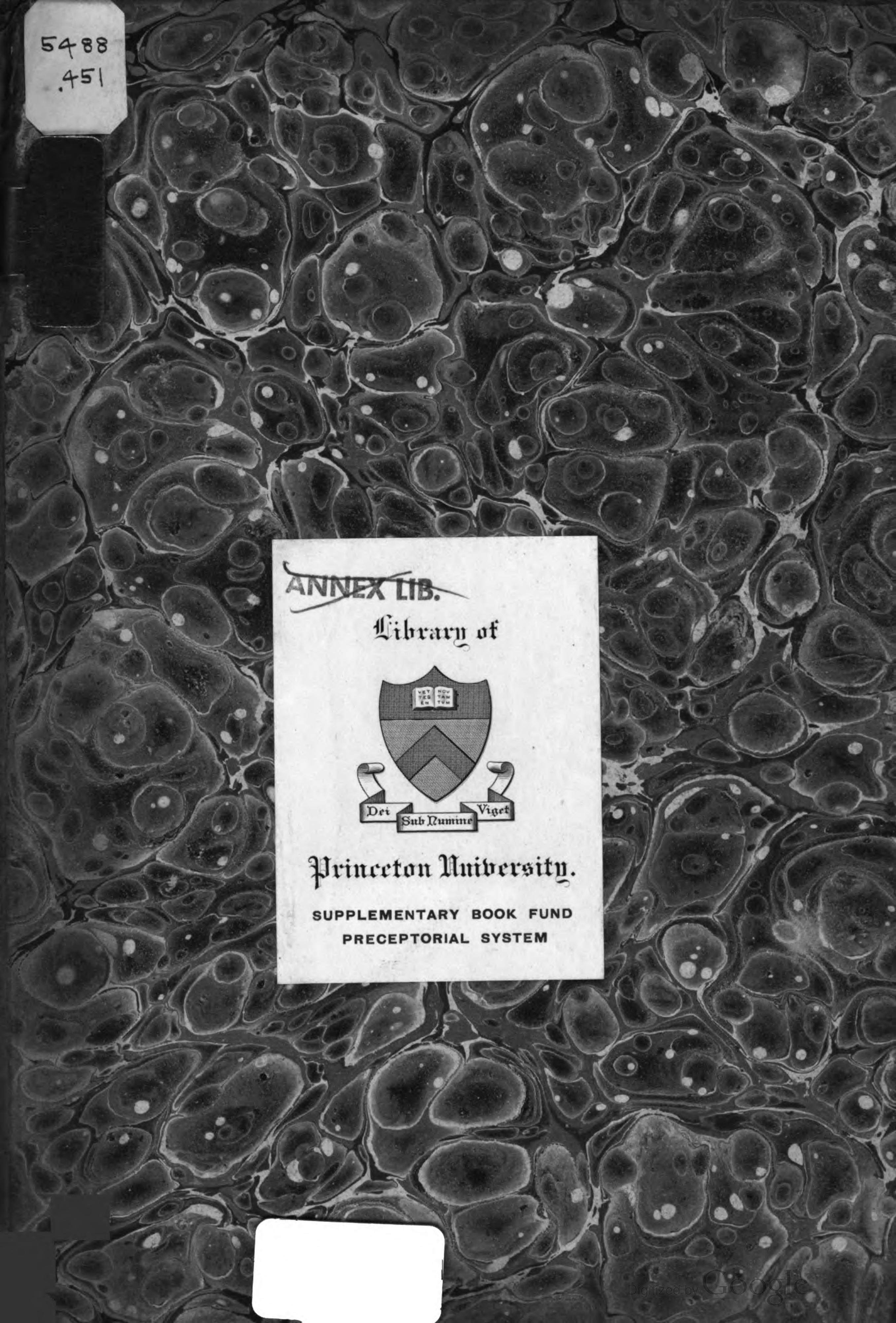
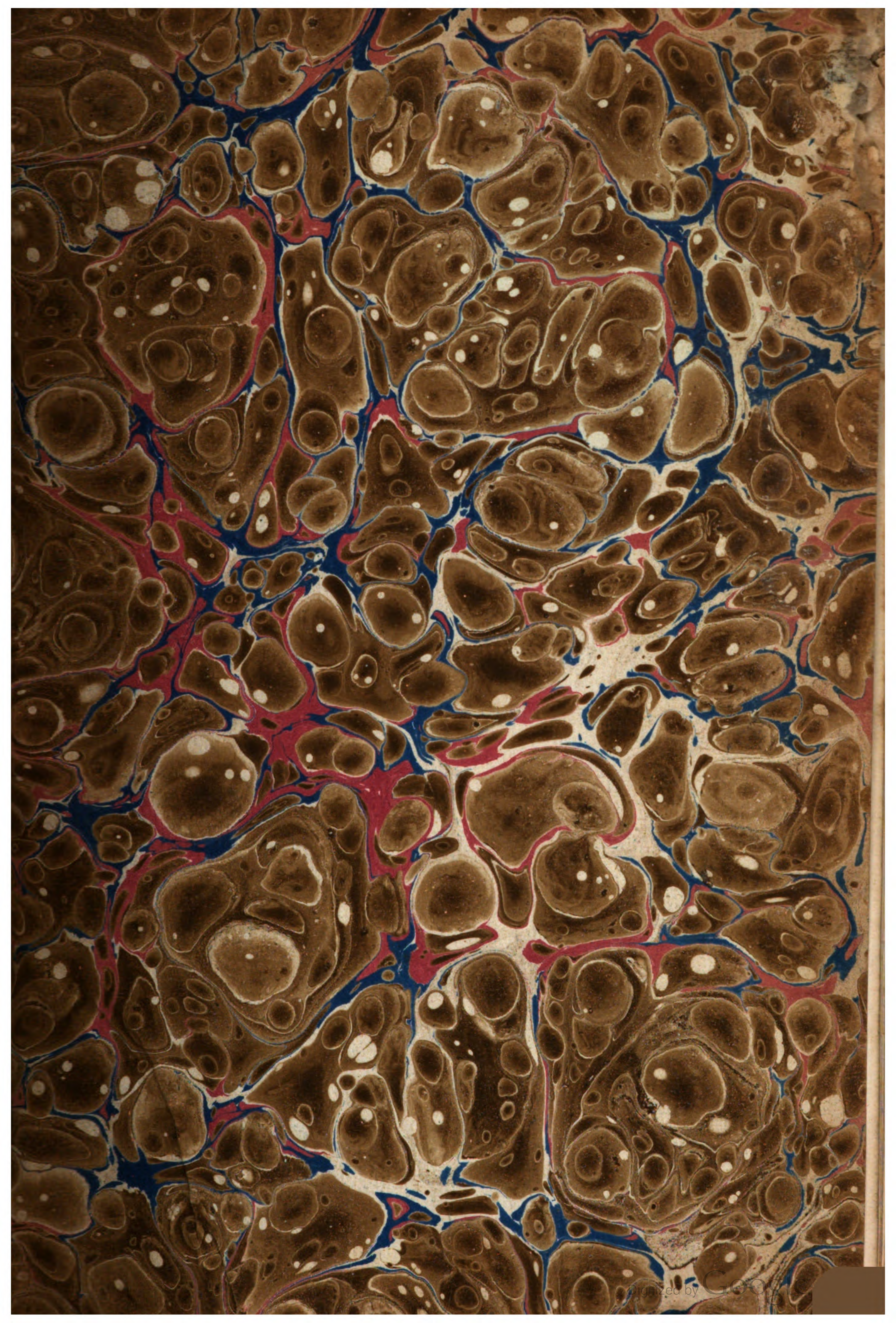








5488
.451
ANNEX LIB.
Library of
VET TES NOV TAM EN TUM
Dei Sub Numine Viget
Princeton University.
SUPPLEMENTARY BOOK FUND
PRECEPTORIAL SYSTEM
Digitized by Google



HISTORIA GENERAL

DE

LAS MISIONES.

IV.

VIAGE PINTORESCO Á LAS CINCO PARTES DEL MUNDO.

HISTORIA GENERAL

DE

LAS MISIONES

DESDE EL SIGLO XIII HASTA NUESTROS DIAS

POR EL

BARON DE HENRION

DE LA ACADEMIA DE LA RELIGION CATÓLICA, DE LAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES REALES DE METZ Y DE NANCY; CABALLERO DE LA ÓRDEN DE LOS SANTOS MAURICIO Y LÁZARO; COMENDADOR DE LA ÓRDEN DE SAN GREGORIO EL GRANDE; AUTOR DE LA HISTORIA GENERAL DE LA IGLESIA, ETC., ETC.

DEDICADA AL CARDENAL DE BONALD.

OBRA RECOMENDADA POR SU SANTIDAD PIO IX

TRADUCIDA AL CASTELLANO, AMPLIADA, ANOTADA Y ADICIONADA EN LO PERTENECIENTE Á ESPAÑA

por los Sres. Carbonero y Sol, Magan y Caballero.

BAJO LA CENSURA

DEL Dr. D. SALVADOR MESTRES.

TOMO SEGUNDO

SEGUNDA SÉRIE.

BARCELONA.

LIBRERÍA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR, IMPRESOR DE S. M.,

PREMIADO POR S. S. PIO IX

ESCUDILLERS NÚM. 57.

1863

CAPÍTULO IX.

Apostolado de los franciscanos, de los religiosos de la Merced y de los trinitarios en Berbería y Marruecos; y de los sacerdotes de la mision en Berbería y Madagascar.

Ocupándonos de las misiones del Levante, hemos hablado tambien de la Abisinia y Egipto; y ahora completarémos el cuadro del apostolado en Africa con la rápida relacion de las maravillas debidas al celo y caridad delos obreros evangélicos.

La mision de Fez y Marruecos, administrada despues de Fr. Lupo por varios ministros, acabó en el año 1630 por pertenecer á los franciscanos descalzos de la provincia de Didacio en la Bética, quienes restituyeron á la iglesia de Marruecos la forma de un simple convento, en el cual habitaron siempre en número de cinco, con un guardian, honrando á la religion cristiana, en medio de los musulmanes, con la santidad de su vida, y prestando servicios espirituales, tanto á los cristianos cautivos, como á los que el comercio llevaba á aquel pais. Citarémos con Frerot, al bienaventurado Juan de Prado, hijo de padres nobles y nacido en Morgobrosa en España; estudió en Salamanca, vistió el hábito de San Francisco en el convento de los descalzos en la provincia de San Gabriel, que practicaban la estrecha observancia, y se sintió abrasado, apenas entró en el noviciado, del deseo de ir á anunciar el Evangelio hasta los mas remotos confines de la tierra. Habiéndole manifestado su director que de mucho tiempo no podria participar del honor de ir á evangelizar á los infieles, se sometió humildemente á su voluntad; pero le fué dado anunciar la divina palabra en España. Elegido comisario general de la provincia de San Didacio, fué el primero que llevó aquella dignidad de la órden, y en medio de las ocupaciones de su ministerio, no perdió nunca de vista el apostolado entre los infieles; de modo que habiendo solicitado pasar á la Guadalupe, Urbano VIII, que conocia su talento y actividad, prefirió enviarle á Africa, provisto de estensos poderes. Despues de haber vencido muchísimas dificultades con su paciencia, llegó á Marruecos, donde empezó por socorrer á los cristianos cautivos en las cárceles y cuya fé estaba mas espuesta. Sabedor el soberano de que les consolaba y alentaba, le hizo prender, encadenar y encerrar en un oscuro calabozo; pero el siervo de Jesucristo léjos de desanimarse con aquel riguroso trato, besó sus cadenas, esclamando en el trasporte de su amor: «Ahora es, oh Dios mio, cuando veo que me amais, puesto que me colmais de beneficios.» Nada olvidaron para hacerle mas insoportable su cárcel: el que estaba encargado de hacerle moler la pólvora de cañon, centuplicaba con inauditos rigores, la fatiga de su trabajo; pero el siervo de Dios no oponia á tanta crueldad mas que la resignacion, rogando al propio tiempo que el Todopoderoso perdonase á sus perseguidores. Habiendo sido conducido á presencia del soberano, pareció que su esfuerzo aumentaba para poder esponer las verdades del cristianismo, lo que hizo con tanta elocuencia y claridad, que el príncipe no supo que contestar. Avergonzado de haber sido vencido por un simple religioso, mandó que le diesen tormento. Primero ataron á Juan de Prado en una columna donde su cuerpo fué casi despedazado á fuerza de golpes, recibiendo una profunda herida en la cabeza, y despues le arrojaron á un brasero ardiente. Reuniendo todas sus fuerzas para proclamar todavía á Jesucristo, no cesó de evangelizar hasta que habiéndole hundido el cráneo con un tronco, su alma abandonó el cuerpo el dia 24 de mayo del año de 1636 para ir á recibir la corona de la inmortalidad. La memoria de aquel mártir fué tenida en tanta veneracion, que los franciscanos autorizados por la Santa Sede, erigieron una provincia de su nombre. Sabedor Benedicto XIII, de los tormentos que habia sufrido y de los milagros obtenidos por su intercesion, le incluyó en el número de los bienaventurados, y permitió á la órden de San Francisco que hiciera mencion de él en sus rezos y oficios.

Se lee en la «Historia de la órden de Ntra. Sra. de la Merced»: El autor del libro titulado *Martyrologium hispanicum*, escribe y asegura.... que consta, por actas auténticas que le fueron enviadas, que desde el año 1218 hasta el de 1632, la órden de la Merced, rescató de la esclavitud en que los tenian los turcos, pagándoles al efecto sumas inmensas de muchos millones, á cuatro cientos noventa mil siete cientos treinta y seis cristianos (1). Desde entonces los religiosos de la misma órden han continuado con sumo celo en el ejercicio de su caridad para con los cautivos, rescatando un gran número de ellos.» En el año 1632 los mercenarios de España rescataron doscientos cincuenta cristianos en Argel, «el P. Juan Cabero se quedó en rehenes por algunos esclavos que querian renegar de su fé al ver partir á sus compañeros. Aquel caritativo padre sufrió espantosas crueldades de parte de los turcos por haber consolado á los cristianos en sus cárceles y hablado con celo contra las falsas doctrinas de Mahoma. Condenado á ser quemado vivo, lo ataron en unos maderos dispuestos en forma de cruz. Ya habian encendido el fuego sin que su valor desmayase, cuando un turco movido á compasion, ofreció seiscientos escudos para salvarle la vida, y los moros, siempre interesados, prefirieron aquella suma al ultrajado honor de su Mahoma. El P. Cabero se humilló ante Dios, no retrocedió ante el martirio; pero la Providencia quiso conservarle. El turco que le habia librado de aquel peligro, temiendo que su celo no le arrastrase á otro, lo guardó en su casa hasta la llegada del R. P. Juan Itaicoz, natural de Pamplona, que fué á pagar su rescate y los seiscientos escudos que habia dado el turco para salvarle la vida.» Los religiosos de Francia rivalizaron en desprendimiento con los de España: el P. Miguel Auvry, rescató y acompañó hasta Aix en Provenza en el año 1662 á varios cautivos, escribiendo despues la relacion de su viage con el título de «Espejo de la caridad ó viage de los PP. de la Merced en Argel.» En el año 1681, los PP. Bernardo Monnel, Ignacio Bernede y Fr. José Castel, visitaron las ciudades de Mequinez, Salé y Tetuan en Marruecos, rescatando los esclavos á fuerza de ruegos y sacrificios; pero habiendo sido ellos mismos encarcelados en la última de dichas ciudades, no obtuvieron su libertad sino pagando un fuerte rescate. Llegaron á Marsella el dia 26 de mayo del año 1681, con los cristianos que habian libertado, y recorrieron, segun costumbre, varias provincias, recojiendo las limosnas para pagar el rescate, tanto de los que habian redimido, como de los que aun se proponian redimir. Las redenciones obradas en los años 1704 y 1720, continuaron la série de esas obras caritativas, de cuyo honor participaron los trinitarios en union con los religiosos mercenarios.

«Las redenciones que hacen los religiosos mercenarios de España, dice un trinitario francés (1), son sin comparacion, mucho mas numerosas que las nuestras; nosotros solo rescatamos unos pocos cautivos y aun á costa de muchos años y fatiga, de modo que ellos son unos astros y nosotros sus rayos. Es preciso que hagamos un esfuerzo estraordinario para rescatar cien esclavos, y nunca se llevan ellos menos de tres á cuatrocientos. Como la España tiene una costa muy estensa vecina á la de Berbería, están mas en peligro sus naturales

(1) En tanto es así, que ya en el primer siglo de existencia de la órden, cuando su benéfica accion apenas se estendia mas allá de los límites de la España sarracena, fueron muchísimos miles de cautivos rescatados por los mercenarios. «En tiempo del supremo mercenario laico gobierno, dice el R. P. Maestro Fr. Manuel Mariano Ribera (*Centuria primera del Real y Militar instituto de la inclita religion de Ntra. Sra. de la Merced, redencion de cautivos cristianos*. Part. I. § LXIX. n.° 134. p. 340), vió la religion el fruto de las redenciones en las cuales se rescataron del mahometano yugo, mas de veinte y seis mil cautivos cristianos, como puede leerse en los historiadores generales de la órden, en otros autores particulares, en historiales noticias y en el último bulario impreso en el año 1696, advirtiendo que la antigüedad, incuria y variedad de los tiempos, nos ocultan muchas redenciones de aquella primera centuria del órden.» (Not. del Trad.)

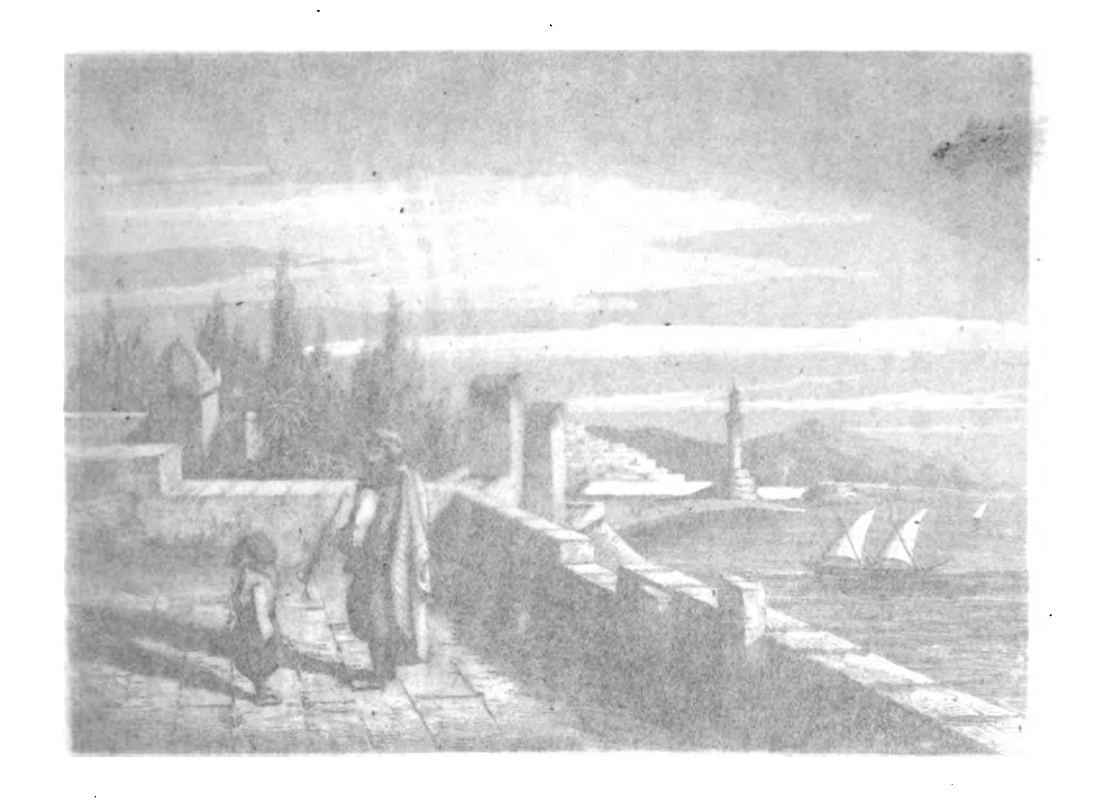
(1) «Las Victorias de la Caridad ó Relacion de los Viages hechos en Berbería por el R. P. Luciano Herault, para el rescate de los franceses esclavos, en los años 1643 y 1645, con la esplicacion de lo que le pasó durante su cautiverio y muerte, acontecida en Argel el dia 28 de enero del año 1646.»

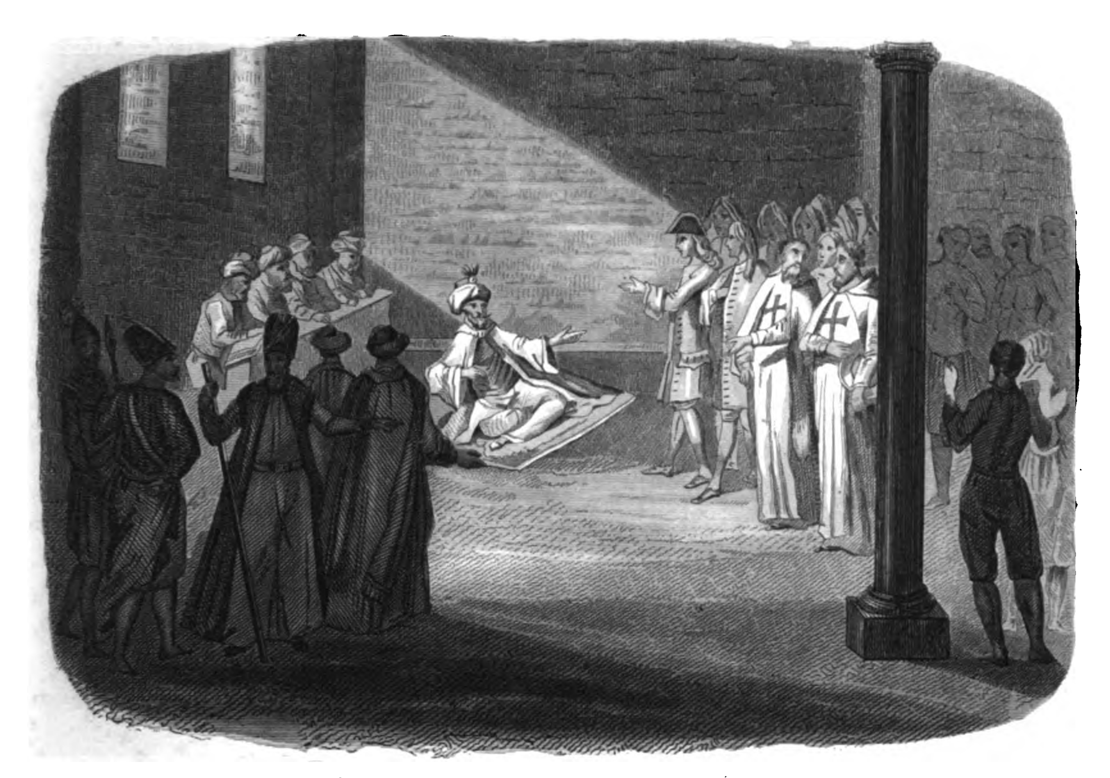
de ser presos por los piratas; pero si numerosas son sus pérdidas, pronto les sigue el rescate; y nosotros aunque nos vanagloriamos de cristianísimos, no somos sin embargo los que mas hacemos en la redencion de cautivos cristianos. En esto España, que es nuestra victoriosa rival en la propagacion de la fé, nos vence y aventaja de mucho y la verdad me obliga á confesar esta derrota. » Cuando quedó establecida la reforma en Cerfroi, una de las mas ilustres casas de la órden, el primer capítulo provincial que se celebró en ella, tuvo por objeto, volver á emprender la obra de las redenciones, descuidada hacia mas de treinta años. Enviáronse algunos encargados á Túnez, y el P. Cárlos de Arras, acompañó á Paris en el mes de mayo del año 1635, un buen número de cautivos. Los PP. Felipe Audruges y Atanasio Deshées, hicieron otro tanto, con algunos que rescataron en Túnez en noviembre del año 1638. Como los cautivos eran mas numerosos en Argel, envióse allí en el año 1642 al P. Luciano Herault con Fr. Bonifacio de Bois: el primero, despues de abrir las puertas de la patria á algunos desgraciados compatriotas, volvió en el año 1645 á Argel con el P. Guillermo Dreilhac, quien acompañó á los cautivos libertados, al paso que su generoso compañero, que se privó de la libertad para aumentar el número de los cautivos rescatados, se quedó á merced de sus acrehedores musulmanes. La pluma se resiste á describir los tormentos que le hicieron sufrir. «La mayor parte del tiempo, le encerraban en un hediondo foso lleno de reptiles, en donde, dice su historiador, se hallaba mucho mejor por no oir renegar del santo nombre de su Dios; y aunque á cada paso aplastase un sapo ó lagarto, y tuviese los piés sumergidos en el asqueroso cieno, lo preferia antes que respirar el aire que despide la impiedad de los bárbaros. Le fué preciso abrirse con sus uñas un hueco en el muro de tierra que le rodeaba para poder descansar, y sin ningun socorro humano, y apenas sin alimento permaneció en aquel tristísimo estado durante seis semanas.» La imposibilidad en que se veia el P. Luciano Herault de poder desencadenar á tantos infortunados, contribuyó mas que el duro trato que se le daba, á acelerar su muerte. El franciscano Anselmo David recojió su último suspiro el dia 28 de enero del año 1646. « No contento aquel religioso, dice su biógrafo, con esponer por espacio de tres dias el cuerpo de su compañero á la vista de los turcos y esclavos, obtuvo con sus vivas instancias del divan, que vacasen por algun tiempo en sus trabajos los pobres cristianos, á fin de que pudiesen rendir con toda libertad sus últimos deberes á aquel que habia sufrido la muerte por devolverles la libertad; y segun se nos ha manifestado, vióse derramar lágrimas á los mismos turcos que estaban encargados de la custodia del cadáver, tanta era la compasion que les inspiraba el dolor que sentian los esclavos por la pérdida de su protector. Al escuchar sus ayes y sollozos, al ver sus ademanes de dolor, conocíase cuan profunda era su afliccion. Las mugeres, á quienes la desgracia habia precipitado á aquel funesto estado para compartir los sufrimientos y cautiverio de sus esposos, llevaban á sus hijos para que tocasen las manos, piés y hábito del religioso, que besaban unos y otros con igual respeto y veneracion á las de un santo. Por último, dos sacerdotes precedidos de dos turcos y seguidos de mas de tres mil esclavos, acompañaron la traslacion de su cuerpo á la capilla de las cárceles de la Aduana, donde un religioso portugués pronunció su oracion fúnebre, y cuarenta sacerdotes, tanto seculares como regulares, celebraron misas para el descanso de su alma, cosa que jamás se habia practicado en aquel pais, al menos que se recordase. Despues fué enterrado en el cementerio de los cristianos esclavos, que está situado fuera de la puerta de Bab-el-Ued. » Existen curiosas relaciones de los rescates que sucesivamente verificaron los trinitarios durante el generalato del P. Claudio de Massac, redoblando cada nacion su ardor en aquella obra de misericordia espiritual y corporal, de modo que España, Portugal, Francia y Alemania,

obraron tan numerosas redenciones, que en el solo año de 1720, se pueden contar mas de mil cautivos rescatados, los unos en Constantinopla y en el resto del imperio otomano, y los demás en los reinos de Argel, Túnez, Trípoli, y Marruecos. Los PP. Francisco Comelin, Filemon de La-Motte y José Bernard, pasaron á Berbería, al propio tiempo que los PP. Ribera y de La-Casa, religiosos mercenarios, bajo la proteccion de M. de Sault, enviado estraordinario en aquellas potencias berberiscas. Cuando el Dey de Argel admitió á los dos primeros en su audiencia (Pl. LXVII, n.° 1 y 2), «se hallaba, dice su relacion (1), en su aposento, situado en la parte mas elevada de su casa, mirando al mar, sentado en un divan, con las piernas desnudas y cruzadas, los piés fuera de las babuchas, descansando en una gran alfombra de Persia en cuyos estremos habia dos grandes almohadones de damasco encarnado. Todo el aposento estaba alfombrado y las paredes casi cubiertas, de un lado con sables enriquecidos con piedras preciosas, de otro con pistolas muy ricas y pulidas, y de otro con varias armas de diversas clases.» Los PP. Comelin y de La-Motte regresaron á Marsella con los religiosos de la Merced, mientras que el P. Bernard, que habia ido á rescatar los esclavos franceses en Túnez, les acompañaba en triunfo á su patria. La condicion de los cautivos era mas dura en Marruecos que en Túnez y Argel; el soberano no acostumbraba conceder la libertad sino á los inválidos, y exigia además sumas exhorbitantes, segun se desprende de otra relacion de los Trinitarios (2); de modo que en 1704, por unos presentes que se le hicieron de mas de cuatro mil duros, no entregó mas que á doce cautivos, y en el año 1723, únicamente entregó quince cristianos por un valor de seis mil duros. «Este príncipe, dice la Relacion que estractamos, era de mediana estatura, rostro prolongado y un poco flaco, ojos negros y pequeños, barba áspera y blanca, tez sumamente morena por no decir negra, nariz casi aguileña, gran boca, lábios abultados en los que apoyaba la lengua cuando no hablaba, lo que le hacia babear contínuamente, y cabeza temblona. Por otra parte nos pareció ser de un temperamento robusto y poco gastado, aunque contaba cerca de noventa años. Su padre habia vivido ciento diez y ocho.... En aquella audiencia el rey se hallaba en el patio mas inmediato á sus habitaciones, cruzadas las piernas en una especie de carretoncillo de cuatro ruedas, muy bajo, sin cubierta ni respaldo; habia un moro detrás de él que sostenia un gran parasol; á su lado un guerrero empuñando una lanza de mas de seis piés de alto, y otros dos moros provistos de pañuelos para ahuyentar las moscas, y á su alrededor unos cincuenta soldados con el fusil al hombro. Notamos que cuando el rey queria escupir, sus moros favoritos se acercaban á él para recibir en sus pañuelos la saliva del soberano, y hubo uno de ellos que la recibió en sus manos y con ella se frotó el rostro como pudiera hacerlo con un licor precioso.» Los trinitarios enumerando los cautivos por naciones, añaden: «Los esclavos portugueses eran en número de ciento sesenta, entre los cuales habia un religioso de la Compañía de Jesus que celebraba diariamente la misa á las dos de la madrugada en una canoa, lo que era de un gran consuelo para aquellos esclavos que llevaban una vida mas cristiana que los otros, y habia un gran número que jamás dejaban de asistir á ella. Aquel sacerdote nos fué muy recomendado por un hijo del rey que le veneraba muchísimo, y nuestro deseo era poder rescatarle, si el rey hubiese querido darnos sus esclavos por dinero. Verdad es que aquel jesuita no parecia muy dispuesto á seguirnos, á causa de la necesidad que tenian de él los esclavos de su nacion.»

(1) «Viage para la redencion de cautivos en los reinos de Argel y Tunis, verificado en el año 1720,» pag. 133.

(2) «Relacion en forma de diario, del viage para la redencion de cautivos, verificado en los reinos de Marruecos y Argel en los años 1723, 24 y 1725 por los PP. Juan de la Faya, procurador general, ministro de la Casa de Berbería, Dionisio Mackar, ministro de la de Huy, pais de Liega; Agustin de Arcisas, ministro de Montpeller, Enrique Le Roy, ministro de la de Bourmont, diputados, de la órden de la Sma. Trinidad, llamada de os Maturinos,» pag. 5 y siguientes.







Despues de haber hablado de los franciscanos, de los religiosos de la Merced y de los trinitarios, debemos indicar los trabajos del instituto, entonces muy reciente, de los sacerdotes de la mision ó Lazaristas. El estado en que San Vicente de Paul habia visto á los esclavos de Túnez, cuando compartió con ellos su cautiverio, le inducia á aligerar el peso de sus cadenas; por manera, que fué grande su alegría, cuando Luis XIII le manifestó su voluntad de enviar algunos de sus sacerdotes á Berbería, dando además el rey para el cumplimiento de aquella buena obra la suma de diez mil libras. Habiendo logrado el cónsul francés en Túnez que un sacerdote de la mision entrase en su casa en calidad de limosnero, Vicente hizo partir en el año 1645 á Luis Guerin, á quien fué á secundar tres años mas tarde Juan Le-Vacher, que habia nacido en Ecouen en el año 1619. Pronto la peste arrebató al primero, que siempre habia contado con la dicha de ser empalado ó quemado vivo por la gloria de Jesucristo. En el año 1647, aquel azote arrebató tambien en Argel á Noueli, jóven sacerdote de la mision, cuyos sucesores Le Sage y Dieppe que sucumbieron como él en los años 1648 y 1649, fueron reemplazados por Felipe Le-Vacher, hermano del misionero de Túnez. Cuando en el año 1661, Felipe regresó á Francia con el cónsul Barreau, tuvo el consuelo de acompañar á setenta esclavos que habia rescatado. Collet, biógrafo de Vicente de Paul, hace observar que entre los misioneros de Argel y Túnez, los habia siempre que se hallaban revestidos del título de vicarios apostólicos y vicarios generales del arzobispado de Cartago, del que dependian aquellas dos ciudades, y todos los sacerdotes ó religiosos esclavos estaban sometidos á su jurisdiccion. Como nada olvidaba la inmensa caridad de Vicente de Paul, logró que la duquesa de Aiguillon fundase un pequeño hospital en Argel para los esclavos abandonados por inhumanos dueños en sus enfermedades, y se encargó de recibir, á costas de su casa, todas las cartas que los cautivos escribian á sus familias. Por medio de esta oficina de correspondencia, se supo poco á poco, en todas las provincias de Francia, que los que creian muertos ó que habian llegado al fin de su viage, jemian bajo el peso de la opresion en Berbería; la caridad se hizo mas general, y á contar del año 1664, los misioneros pudieron rescatar un gran número de cautivos, los unos por comision y los otros por sus propios esfuerzos. Con el objeto de perpetuar aquella buena obra, Vicente deseaba que hubiese siempre en su instituto algunos miembros dispuestos á consagrarse á ella. « Esta accion, dijo un dia, es considerada tan meritoria y santa, que ha motivado la institucion de algunas órdenes en la iglesia de Dios; y habiendo sido establecidas estas órdenes para la redencion de cautivos, siempre han gozado de gran predicamento. Entre estas religiones figura en primer lugar la de los Mercenarios que hacen voto de rescatar á los esclavos cristianos. Y no se limitan á una obra tan escelente y tan santa, sino que muchos de ellos permanecen constantemente en Berbería para ausiliar á todas horas tanto corporal como espiritualmente, á aquellos afligidos, prestándoles toda clase de socorros y consolándoles en sus mayores miserias. Muy meritoria es semejante obra si se considera su grandeza, y bien mirado tiene muchos puntos de relacion con lo que hizo el Salvador de los hombres, cuando descendió de los cielos para libertarles del cautiverio del pecado é instruirles con su palabra y su ejemplo. »

Aunque las ciudades de Argel y Túnez, donde moraban de ordinario los primeros sacerdotes de la mision, les diesen mucha ocupacion, salian de ellas algunas veces para visitar á los esclavos que vivian en la costa ó en el interior del pais, y que mas necesidad tenian de sus servicios. Las visitas evangélicas mas difíciles, y tambien las mas frecuentes, tocaban á los misioneros de Túnez, quienes recorrian las granjas y habitaciones rurales, donde habia esclavos, situados á veces á muchas leguas de distancia de Túnez, ó bien tenian que

atravesar escabrosas montañas pobladas de fieras mas bien que de hombres. Muchos de aquellos cautivos escluidos por toda la vida del comercio de las ciudades, no se habian confesado hacia muchísimos años; y algunos privados de toda relacion religiosa y ejercicio esterior, habian perdido todo sentimiento cristiano. Juan Le-Vacher, mediante una retribucion dada unas veces á los amos y otras á los guardianes de los cautivos, alcanzó el permiso de reunirlos, instruirlos y oir sus confesiones; adornó despues con decencia un lugar para celebrar la misa, y todos comulgaron con un consuelo que no habian esperimentado desde que se hallaban encadenados. Prendado el religioso de ellos, como lo estaban de él, abrazóles, hízoles algunos regalillos, en tanto, dice, como su pobreza se lo permitia, y por último dió una moneda de plata á los mas necesitados. Enviado de Túnez á Argel, Juan Le-Vacher recogió en su casa en el año 1677 á los esclavos atacados de la peste. Cuando la escuadra de Du-Quesne apareció en el año 1683 á la vista del puerto, se le encargó que siguiese las negociaciones con el almirante francés, pero aquellas fueron rotas por los turcos á consecuencia de la sedicion que estalló en la ciudad. Quisieron obligar á aquel santo sacerdote que renunciára al cristianismo, pero como se negase á ello le colocaron delante de un cañon y la bala de que estaba cargado le destrozó el cuerpo. (Pl. CVIII, n.° 1.) De este modo murió el primero de los hijos de San Vicente de Paul que derramó su sangre por la fé de Jesucristo en aquel pais bárbaro é infiel. La misma clase de martirio estaba reservado á otro sacerdote de la mision, que en un principio evangelizó á los naturales de Madagascar.

En efecto, viendo la Congregacion de la Propaganda, el bien que hacian en Italia los sacerdotes de la mision, habian encargado al nuncio apostólico en Paris, que manifestase á Vicente la necesidad de enviar algunos apóstoles á aquella isla, en la que la Francia habia formado un establecimiento. Elijió el santo en el año 1648 á Nacquart de Champmartin, de la diócesis de Soissons y á Nicolás Gondré, de Amiens, quienes comenzaron su apostolado por la guarnicion del fuerte Delfin, cuyo violento comportamiento respecto de los malgaches, unido á la natural inconstancia de aquellos insulares, perjudicaban notablemente la propagacion del Evangelio. No obstante, los comienzos hicieron concebir algunas esperanzas de buen éxito. Nacquart, habiendo sabido que Andiam Ramach, uno de los jefes de la isla, habia morado en Goa, cuando jóven, fué á hacerle una visita, confesándole aquel jefe que habia sido bautizado y recitóle en portugués la oracion dominical, la salutacion angélica y el símbolo de los apóstoles. Desde entonces no solo permitió á los misioneros que evangelizasen á sus súbditos, sino que prometió asistir en persona á las funciones religiosas. Apenas Nacquart pudo espresarse en el idioma del pais, recorrió el campo, donde encontró mucha mas docilidad entre los negros que entre los blancos. Gondré, despues de haber seguido á pié á unos oficiales franceses que emprendieron un viage por la isla, sucumbió á una calentura violenta el dia 26 de mayo del año 1649 en brazos de su esforzado compañero. Bourdaise, hijo de Blois, uno de los que Vicente de Paul destinó enseguida para aquella mision, solo encontró las cenizas de Nacquart, en una tierra que devoraba, no á sus habitantes, sino á sus libertadores. Habiendo quedado solo en el año 1657, pidió refuerzo, y cinco misioneros de los que Madagascar tenia gran necesidad, pero que no habrian llegado sino despues de su muerte, naufragaron en el Cabo de Buena Esperanza, y una flota holandesa, volvió á conducirles á Europa. Renato Almeras, sucesor de Vicente de Paul en calidad de superior general, heredó los sentimientos de ternura y compasion que abrigaba su antecesor por los malgaches, á quienes envió algunos apóstoles, dando con ellos dos mártires al instituto. La mision de Madagascar subsistió hasta el año 1674, que fué cuando Luis XIV abandonó aquella isla,





[illegible] 1548 á Na[illegible] [illegible] de [illegible] de Seis[illegible] Va[illegible]ens, quienes [illegible] por la guarnicion [illegible] comportamie[illegible] á la [illegible] [illegible] mente [illegible] Ramach, uno de los [illegible] morado en Goa [illegible] una visita [illegible] jefe que habia sido [illegible] en portugués la oracion [illegible] al [illegible] após[illegible] solo [illegible] evangelizase[illegible] sus súbditos, sino [illegible] asisti[illegible] perso[illegible] á las funcio[illegible] [illegible]osas. [illegible] Naccuart pudo espe[illegible] en el [illegible], recor[illegible] donde [illegible] s doc[illegible] entre [illegible] negros [illegible] [illegible] de h[illegible] en un [illegible] calen[illegible] [illegible] del año 1[illegible] brazos de su [illegible] compañ[illegible], [illegible] uno de los [illegible] de Paul [illegible] stinó en seguida [illegible] mision [illegible] la [illegible] habitantes [illegible] no á sus li[illegible] [illegible] que [illegible] solo [illegible] año 16[illegible], [illegible] esfuerzo [illegible] que Madagascar [illegible] que no habria [illegible] spues de [illegible] naufra[illegible] Buen[illegible] speranza, y una [illegible], vol[illegible] inducirles [illegible] Almeras [illegible] Vicente en calidad de [illegible] general [illegible] sentimient[illegible] y con [illegible] abrigaba su [illegible] paferes envió algunos apostoles, [illegible] mártires al instituto. La mision de Madagascar subsistió hasta el año 1674, que fue cuando Luis XIV abandonó aquella isla.

[illegible] en [illegible] [illegible] 1656 [illegible] se le encargo que [illegible] con el almirante [illegible] por los turcos a con[illegible] en la [illegible] santo [illegible] mo, [illegible] delante de un cañon [illegible] le [illegible] VIII, n.° 1. [illegible] hijos de San Vicente [illegible] sangre por la fé de [illegible] bárbaro é infiel. [illegible] estaba reservado á otro sacerdote [illegible], que en un principio evangel[illegible] naturales de Madagascar.

En efecto, viendo [illegible] gregacion de [illegible] Propaganda, el [illegible] en [illegible], habian [illegible] en Paris, [illegible] sidad de enviar [illegible] en la que la Francia hab[illegible] [illegible] ento. Elijió el santo en



Martyre de Le Vacher

Martirio di Le Vacher   Martirio de Le Vacher.



prohibiendo á su marina que tocase á ella. De los cuatro misioneros que quedaban entonces, uno fué muerto por los negros, otro quemado vivo en su propia habitacion, y los dos restantes que eran sacerdotes regresaron á Francia. Miguel Montmasson, de Saboya, uno de ellos, reemplazó á Juan Le-Vacher, como vicario apostólico en Argel, sin que le intimidase la suerte de su ilustre cofrade. Cuando el mariscal de Estrées se dejó ver delante de la ciudad el dia 26 de junio del año 1688, aquel religioso fué arrestado con todos los franceses; colmáronle de oprobios y malos tratos, y por fin, en la noche del 5 de julio le pusieron delante de la boca de un cañon, lo propio que á otro hermano misionero, llamado Francisco Francillon, que habia pasado cuarenta años en Berbería, ocupado en servir á los esclavos.

Los vicarios apostólicos de Argel continuaron escogiéndose en el Instituto que se gloriaba de la muerte heróica de Le-Vacher y Montmasson. Los trinitarios Francisco Comelin y Filemon de La-Motte tributaron un particular homenage al celo y caridad de Duchesne, que reemplazó en el año 1720 á aquellos dos grandes hombres.

CAPÍTULO X.

Misiones de los capuchinos, dominicos, agustinos, jesuitas y franciscanos en la costa occidental de Africa.

En la relacion publicada por el dominico Labat, se vé que el trato de las compañías comerciales con la costa occidental de Africa, no se remonta mas allá del año 1626. Cinco años despues los capuchinos Alejo de San Lo y Bernardino Renouard, de la provincia de Normandia, acompañaron al capitan Emmery, de Caen, al cabo Verde, donde los colonos portugueses ó franceses y los negros convertidos debian acogerlos con tanto mas favor, cuanto hacia ocho años que se hallaban privados de socorros espirituales. El cabo Verde y las costas vecinas, estaban comprendidas en los límites del reino de Cayor, cuyo soberano, ó rey del interior, llevaba el título de *damel* y tenia por agentes algunos alcaides ó gobernadores locales. Desembarcaron en Rufisca (1) á últimos del año 1635, y un negro sorprendido al ver el hábito de los religiosos, preguntó si el P. Alejo era la muger del capitan, pero habiéndole dicho que era un padre, inclinóse y pareció avergonzarse de su engaño. El puerto de Rufisca ya era entonces un lugar de reunion para los comerciantes de todas las naciones y creencias, de modo que en un solo dia, los capuchinos vieron católicos, calvinistas, luteranos, discípulos de Bicherio, armenios, judios y musulmanes. Los misioneros dispusieron una capilla en la casa de D.ª Felipa, señora portuguesa, y despues convirtieron y bautizaron á un cierto número de indígenas. Habiendo sabido que el alcalde del Cabo se llamaba Bernardo Gaspar y era cristiano, fueron á visitarle. Aquel gobernador, al verles, hizo la señal de la cruz y luego les enseñó los retratos de los reyes de España y Francia que tenia en su cabaña. «Aquel buen anciano, dice el P. Alejo, los respetaba, como si los prototipos estuviesen ya en el paraiso, causándonos suma admiracion tanta sencillez.» Uno de los hijos del alcalde habia vivido cinco ó seis años en Europa donde habia sido bautizado Los religiosos pasaron quince dias en el puerto de Joale, donde casi todos los negros hablaban portugués. Aquellos indígenas creian que cada individuo estaba provisto de un alma parecida á la del animal con el cual tenia mas semejanza. «Preguntamos á uno de ellos, escribe el P. Alejo, de que animal el recaudador ó receptor de impuestos del rey, tenia el alma, y nos contestó que de lobo; pero al dar aquella contestacion, bajó la voz como si temiese que otras personas pudiesen oirle.» Como la poblacion de Joale habia sido destruida por un reciente incendio, los capuchinos, celebraron el sacri-

(1) Rufisca, llamada tambien Tentaqueya ó Rio Fresco, es una ciudad y puerto de Senagambia en el reino de Cayor, en Africa, al E. S. E. del cabo Verde y al N. E de la isla de Corea. Al presente contiene unos 2500 habitantes que siguen un activo comercio con los europeos. (Not. del Trad.)

ficio de la misa en una capilla dispuesta con unas velas de embarcacion; desde allí pasaron á Portudale, donde el capitan Emmery ofreció algunos regalos al rey, quien no se mostró muy satisfecho. Estaba quejoso porque le daban de comer con un barreño pequeño, cuando sabia que el *damel* de Cayor comia siempre en un barreño grande. Los religiosos encontraron á aquel príncipe sentado á la mesa y vestido con un ancho saco de algodon blanco. Quiso dar á los viageros la diversion de una especie de funcion equestre, en la que figuraban asnos, camellos y caballos. Cuando recibió en audiencia á los *tubabes*, esto es, los blancos, estaba apoyado en una gran calabaza. Un moro de su comitiva hundió en su presencia en la arena dos puñales cruzados, cuya accion alarmó tanto mas á los religiosos, cuanto vieron al alcalde de Puerto Sereno, prosternarse ante el rey y tomar enseguida aquellos dos puñales. Pero sus dudas no tardaron en disiparse, al presenciar, con gran sorpresa, que el alcalde se servia de aquellos dos puñales para afeitar al soberano.

Los misioneros estaban de regreso en Rufisca por la fiesta de Pascua del año 1636, la cual celebraron con solemnidad, asistiendo los negros con gran devocion. Cuando no tenian cruces para venerar, cruzaban sus pulgares y besaban aquella cruz viva con respeto. Los capuchinos cuando volvieron á Joale encontraron la capilla que habian levantado, mucho mas adornada que cuando partieron; completaron en aquel lugar varias conversiones, y en particular la del negro Bur-Maroles, pariente del rey, que fué despues el protector de los franceses contra las intrigas del preceptor de impuestos. Partieron los religiosos de Joale el 15 de mayo del año 1636, con gran sentimiento de los portugueses, que les encargaron procurasen una mision permanente de su órden para cabo Verde, donde únicamente habian permanecido ocho meses. Es probable que regresasen al poco tiempo á Ruan, donde el P. Alejo de San Lo, autor de la «Relacion del viage al cabo Verde», murió en el año 1638. El libro de este religioso contiene interesantes detalles; rebosa sencillez y buena fé, pero algunas veces su estilo es prolijo y oscuro. En el año 1648, algunos capuchinos partieron de Italia para el reino de Benin bajo la direccion de Angel de Valencia, y muchas veces se vieron espuestos á perder la vida por querer correjir las bárbaras costumbres de aquel pueblo que acostumbra degollar á centenares de víctimas en la tumba de sus magnates. Sus tentativas tuvieron mas cumplido éxito en el reino de Overry, cuyo gefe despidiendo de palacio á todas las mugeres que la licencia y las costumbres de su pueblo habia reunido en él, se casó ante la Iglesia con una isleña de Sto. Tomas, de orijen europeo y educada en la córte. La confusa idea que tienen de un ser supremo los habitantes de Whida, hizo concebir tantas esperanzas á los franceses que se establecieron en el pais en el año 1666, que solicitaron el ausilio de dos religiosos capuchinos para convertirlos á la fé. Habiendo acudido los PP. á su llamamiento, aprendieron el idioma local y predicaron en un principio con tan feliz éxito que el mismo rey pidió ser bautizado. Indudablemente su conversion hubiese ido acompañada de la de todo su pueblo, si los protestantes que habia establecidos en la costa, temerosos de que semejante acontecimiento pudiese arruinar su comercio, no hubiesen conspirado poderosamente en contra. Ganaron á los sacerdotes de los negros con cuantiosos presentes, provocaron un levantamiento contra los capuchinos, y la víspera del dia en que el rey debia ser bautizado, incendiaron la capilla católica, cercaron tumultuosamente el palacio real, y de seguro que hubieran dado muerte á los dos religiosos, á no haberles protegido el soberano con todo su poder. No obstante, al ver que corria grave peligro su propia seguridad, prometió á los sacerdotes negros que no abandonaria la idolatría. De los dos misioneros, el uno murió de sentimiento ó envenenado á los pocos dias, y obligaron al otro á embarcarse.

En el año 1670, la misma compañia fran-

cesa, hizo partir á dos dominicos para renovar aquella tentativa, pero tambien los protestantes europeos hicieron la misma oposició. Aquellos religiosos no pudieron obtener siquiera la menor audiencia ni del rey ni de sus grandes; el pueblo se negó á escucharles y ambos murieron, creyéndose generalmente envenenados como lo habia sido el religioso capuchino, su antecesor. Los franceses se limitaron entonces á tener un capellan para sus necesidades espirituales. El dia 28 de agosto del año 1687, el dominico Gonzalves, se embarcó en el puerto de la Rochela para las misiones de Guinea (1) y llegó al pais de Yssiny á últimos de diciembre, siendo muy bien recibido por el rey Zena, quien le confió la educacion de dos jóvenes negros llamados Aniaba y Banga que mas tarde pasaron á Francia. El P. Gonzalves dejando en Yssiny al P. Enrique Cerizier, cuya carrera apostólica abrevió una santa muerte, pasó con sus demás compañeros al reino de Whida, donde murieron casi todos al mismo tiempo, creyéndose que los enemigos de la religion habian apresurado su fin. La mision comenzada, quedó sin resultado hasta el año 1700, que fué del gran *jubileo*, con cuyo motivo habiendo ido á Roma el P. Godofredo Loyer para esponer las necesidades espirituales de aquel pais, la Congregacion de la Propaganda le nombró prefecto apostólico del mismo. El príncipe Luis Aniaba, que el rey de Francia volvió á enviar á su pais, dijo, abrazando al P. Loyer, que su satisfaccion era cumplida, porque despues de haber sido conducido idólatra á Francia por un dominico, veia que se hallaba dispuesto para acompañarle cristiano á su patria, otro misionero de la misma órden. El P. Villard fué el único compañero del prefecto á quien prometieron que le enviarian, si los pedia, algunos misioneros; pero no habiéndose podido arraigar en Yssiny el establecimiento que trataban de fundar allí los franceses, y viendo los PP. Loyer y Villard que no recibian de Europa ni recursos ni noticias, regresaron á Francia, donde el primero murió en el año 1715, poco tiempo despues de haber publicado una Relacion escrita con sencillez y candor, la mejor de aquel pais que se haya escrito en francés.

No cedia el celo de los portugueses al de los franceses. Refiere Bosman que hallándose en la costa de Whida en los años 1698 y 1699, desembarcó en aquel punto un religioso agustino procedente de Santo Tomás, con el objeto de convertir á los negros. Cuando el misionero hubo propuesto al rey que atendiera á sus instrucciones, Bosman preguntó á aquel príncipe que pensaba sobre aquella proposicion. «La considero muy laudable, contestó el rey, y este misionero me parece un hombre muy honrado; pero estoy resuelto á no abandonar el culto de mis mayores.» Habiendo dicho el agustino á uno de los mas notables indígenas, que si el pueblo de Whida persistia en sus falsas opiniones y en sus desarregladas costumbres, no se libraria de las penas eternas del infierno, el negro le contestó con frialdad: «No valemos nosotros mas que nuestros antepasados; ellos profesaron el mismo culto y llevaron la misma vida. Si se nos condena al fuego del infierno, al menos tendremos el consuelo de quemar con ellos.» Esta respuesta desvaneció todas las esperanzas del misionero, quien se despidió del rey y se hizo á la vela.

Segun el constante método observado por los reyes de España y Portugal, respecto á los gobernadores de las colonias, estos eran reemplazados cada tres ó cuatro años, y algunas veces mas frecuentemente, mandándoles enseguida á ejercer las mismas funciones en el Brasil, cuyos gobernadores iban á su vez á dirigir las posesiones de Angola. Juan Correa, de Souza, administraba esta colonia, cuando

(1) Tomamos estas noticias de la «Relacion del viage al reino de Yssiny, en la costa de Oro, pais de Guinea, en Africa; la descripcion del pais, las inclinaciones, costumbres y religion de sus habitantes, con lo mas notable que aconteció cuando se establecieron en él los franceses»; todo recogido exactamente en los mismos lugares por el P. Godofredo Loyer, prefecto apostólico de las misiones de los religiosos dominicos en las costas de Guinea, en Africa, religioso del convento de la Buena Nueva de Rennes en Bretaña.» (Nota del Aut.)

Zingha, hermana del feroz Ngolam-Bandi, rey de Matamba, recibió de su hermano el encargo de ir á negociar la paz con los portugueses. Admitida en la audiencia del virey, notó que Souza estaba sentado en un sillon de terciopelo con franja de oro, y que habian dispuesto para ella enfrente de aquel sillon, una rica alfombra, y sobre ella dos almohadones, único asiento de que podia disponer. Desagradándole aquel ceremonial, hizo seña á la mas jóven y hermosa de las mugeres que la acompañaban, y esta al punto se arrodilló, apoyóse en sus manos y codos, y presentó respetuosamente la espalda á su dueña, quien se sentó en ella, y permaneció en aquella actitud todo el tiempo que duró la audiencia, (Plancha CVIII, n.º 2.) El virey, al despedir á la princesa, le indicó la muger sobre cuyas espaldas se habia sentado, que permanecia inmóvil en la posicion que un ademan de su dueña le habia hecho tomar. Zingha contestó que no era propio de la embajadora de un gran rey servirse dos veces de un mismo asiento, y que ya no pudiéndole ser útil el que le indicaba, lo dejaba en el lugar en que se hallaba, abandonando aquella esclava al gobernador. No solamente los portugueses consintieron en el tratado de paz que pedia la princesa, sino que procuraron inculcarle las verdades del cristianismo, siendo por último bautizada en la catedral de San Pablo de Loanda, en el año 1622, á la edad de cuarenta años, dándosele el nombre de Ana. Deseando el virey que Ngolam-Bandi, hermano de la princesa, abrazase el cristianismo, le envió un sacerdote negro llamado Dionisio de Faria, á fin de que procurase su conversion; pero cuando á su vez iba á ser regenerado, de repente mudó el príncipe de parecer declarando, que no convenia á su dignidad humillarse ante un hombre que era hijo de uno de sus esclavos, y acabó por despedir al sacerdote; pero en el año 1625, envió á sus dos hermanas Cambia y Frangi á Loanda para que fuesen instruidas y bautizadas. Despues de la muerte de Ngolam-Bandi, envenenado en el año 1627, Zingha se apoderó de la corona, abjuró el cristianismo, bañó los templos y los ídolos en sangre humana, y se captó el aprecio de los belicosos jagas, esparcidos por el oriente de Matamba, quienes la reconocieron unánimemente por soberana.

En el año 1640, los capuchinos enviaron por primera vez al Congo una mision de su órden, compuesta de seis italianos y españoles, entre ellos cuatro sacerdotes y dos hermanos legos. Uno de estos últimos, Fr. Francisco de Pamplona, habia sido conocido en el siglo con el nombre de Tiburcio de Redin, caballero de Santiago y maestre de campo de los ejércitos de España. Embarcados los misioneros en Liorna, llegaron felizmente á Lisboa, pero no pudieron partir hasta el dia 20 de enero del año 1645. Al llegar al cabo Padron, que forma la estremidad meridional de la embocadura del Zaira, encontraron los restos de una cruz de piedra, levantada en otro tiempo por Diego Cam, pero recientemente derribada por los holandeses. La sustituyeron por otra de madera, junto á la cual edificaron una capilla. El P. Buenaventura, prefecto de la mision, envió entonces á Fr. Francisco de Pamplona á buscar refuerzo á Europa, y se encaminó hácia San Salvador, donde los capuchinos fueron visitados por el capítulo de la catedral, los jesuitas y todos los demás eclesiásticos. Destináronles la iglesia de Ntra. Sra. de la Victoria, y construyéronles un convento. Otros cuatro capuchinos á quienes los holandeses, entonces dueños de San Pablo de Loanda, habian hecho sufrir raras visicitudes, fueron reclamados por el rey de Congo. Cuando los portugueses volvieron á estar en posesion de San Pablo y de todo el resto del reino de Angola, aquel príncipe renovó la alianza del Congo con Portugal, valiéndose para ello de los buenos oficios de los jesuitas y capuchinos, cuyo prefecto murió en el año 1649.

Una segunda mision de aquella órden llegó al Congo el dia 6 de marzo del año 1648, bajo la direccion de Dionisio Mareschi. Las enfermedades diezmaron aquellos religiosos, quienes, por otra parte, no estando familiari-

zados con los dialectos del pais, hicieron pocos progresos. Sus intérpretes se aprovecharon de la veneracion que inspiraban los misionistas para procurarse muy ricas ofrendas; y aquellos presentes de que se aprovechaban unos intermediarios infieles, contribuian al descrédito del cristianismo y de sus ministros. Por último, fueron tambien vanos los esfuerzos que se hicieron para reformar las costumbres, sobre todo respecto á la pluralidad de mugeres, porque aquellos pueblos querian ser cristianos á su modo y sin perjuicio de sus costumbres, por mas distantes que se hallasen de la moral cristiana. Los PP. Buenaventura de Carriglio y Francisco de Veas, fueron enviados con el intérprete Calixto Zeloto á la mision de Ovando, cuyo territorio encontraron invadido por la reina Zingha. Presos y encadenados fueron conducidos á presencia de aquella princesa, que los recibió con distincion, y escuchó las exhortaciones que le hicieron para que volviese á abrazar el cristianismo. Permitióles que se volviesen á San Salvador, donde llegaron con las piernas destrozadas y tan cubiertas de profundas heridas, ocasionadas por los espinos del camino, que tardaron cuatro meses en poder curarse. Zingha se convirtió y pidió misioneros, de cuya peticion para con el Papa se encargó el P. Antonio de Monte Padrone.

En el año 1648 partieron de Italia cuarenta y cinco capuchinos, destinados al reino de Benin, bajo la direccion del P. Angel de Valencia, y al Congo, bajo la del P. Juan Francisco de Roma. Ya hemos hablado de los primeros; respecto á los segundos esperimentaron varias alternativas de proteccion y persecucion, habiendo sido muerto á palos el P. Jorge Gialla. Cuando el P. Bernardino, natural de Hungría, que evangelizaba el Loango, murió en el año de 1664, la multitud idólatra no permitió que lo enterrasen, y su cuerpo fué arrojado al mar.

Entretanto los deseos manifestados por Zingha de tener algunos misioneros se veian cumplidos. Partió de Europa en el año 1654 una cuarta mision de capuchinos, compuesta de doce sacerdotes y dos legos para atender á las necesidades espirituales de los reinos de Congo, Angola y Matamba, de cuyo último pais fué nombrado prefecto el P. Serafin de Cortona. La reina Zingha antes tan corrompida como feroz, solo conservó desde entonces un marido cuya union consagró la iglesia; pero aquel esposo no tuvo ninguna parte en el gobierno, y sí fué únicamente el primero de sus esclavos. La reina mandó construir en su capital una grande iglesia dedicada á la Santísima Vírgen, que fué nombrada, lo propio que la ciudad de Cabazzo, Santa María de Matamba. En el mes de mayo del año 1659, edificó á orillas del rio Vamba, una nueva ciudad y otra iglesia bájo la advocacion de la vírgen María, mucho mas hermosa y mas grande que la primera, siendo su arquitecto el capuchino Fr. Ignacio. Las piedras fueron trasladadas de las montañas vecinas en hombros de los esclavos; la reina animaba con su presencia á los obreros, cuyo número llegó hasta diez y siete mil, de modo que tanto la ciudad como la iglesia quedaron terminadas en poco tiempo, y ya en el año 1660, Zingha comulgó en ella. Desde entonces pareció enteramente cambiada: así como antes era orgullosa, altanera y desapiadada, mostróse en adelante dulce, humilde, compasiva, afable, liberal y caritativa. El P. Cavazzi, uno de los capuchinos que permanecieron por mas tiempo á su lado, en los últimos años, dice que su córte era tan numerosa, como la de los principales soberanos de Europa. Unicamente los cargos y dignidades constituian la categoría de las personas. Trescientas mugeres estaban destinadas al servicio particular de la reina: diez de entre ellas no se apartaban jamás de su lado durante diez dias, finidos los cuales eran reemplazadas por otras diez. Zingha, que era muy amante del fausto y la esplendidez, se adornaba con tanto esmero en su vejez, como en los mejores dias de su juventud. Algunas veces cubria su cabeza con un ligero casco adornado de vistosas plumas, y su trage consistia entonces únicamente en dos ricos paños: con el uno se ceñia el cuer-

po desde la cintura hasta cerca de las rodillas, y con el otro, á modo de capa cruzada sobre el pecho, se cubria las espaldas. Hemos dicho que estos paños eran ricos, y lo eran en efecto, porque si bien estaban formados de algunos filamentos de cortezas de árboles del pais, eran tan finos, y tan variados en brillantísimos colores, que no podia compararse á su esquisito tejido el mas hermoso raso europeo. En los dias solemnes, cuando daba audiencia, vestia telas de Europa y encajes riquísimos; el oro, las perlas y diamantes, dispuestos en brazaletes, collares y cadenas, cubrian sus brazos, garganta y piés. La magnífica corona que ceñia estaba cuajada de brillantes, y por cetro tenia una varita forrada de terciopelo y cubierta de perlas y campanillas de plata. Era muy aficionada á la caza, y aunque cargada de años se entregaba á aquel ejercicio, del mismo modo que cuando era jóven. Despues de su conversion nada habia perdido de su carácter marcial, y tenia un gran cuidado en conservar la disciplina y buen órden en sus ejércitos, á los que revistaba frecuentemente, y entonces se la veia armada y vestida como una amazona. Queria que las mugeres de su palacio se ejercitasen en disparar el arco y arrojar el dardo, á fin de que pudiesen seguirla en los combates. No tenia caballerizas, porque en aquel pais no se sirven ni de caballos, ni de asnos, ni de mulos; únicamente habia algunos portugueses que los tenian en Loanda, mas bien por lujo que por necesidad. En vez de caballos, algunos esclavos robustos, alimentados convenientemente en chozas particulares, estaban siempre á disposicion de la córte, ya sea para llevar á las personas en una hamaca, ya para servir de correos; obedecian á un mayordomo que les distribuia por el camino como tiros de posta, y andaban hasta treinta leguas diarias con una rapidez que aventajaba la del mejor caballo. A menos que Zingha estuviese enferma, siempre comia en público: servíasele la comida bajo el pórtico de su palacio, donde daba tambien audiencia. Sobre el suelo de aquel pórtico estendian una grande alfombra ó rica estera, cubríanla con unos hermosos manteles de tela de Europa, ó bien con los lienzos de corteza, obra del pais; la reina se sentaba en un cojin ó se ponia en cuclillas, y, sin cuchara, ni cuchillo, ni tenedor, tomaba con las manos lo que habia en el plato, destrozándolo antes tambien con las manos, si era carne ó cosa semejante. Cuando bebia, todos los asistentes batian palmas ó hacian sonar sus dedos como castañuelas, y uno de los primeros oficiales le tocaba el dedo del pié izquierdo, para significar que sus súbditos deseaban que el alimento que tomaba, se esparciese por todo su cuerpo, desde la cabeza hasta las estremidades de los miembros. Gingo Mona, marido de su hermana, prosternado á sus piés, recojia los huesos, espinas y otros restos de su comida, y los iba á enterrar en un sitio oculto, por temor de que no fuesen encontrados y sirviesen para hacer algun maleficio contra la reina. Algunas veces, mientras comia, arrojaba algunos pedazos de carne á los oficiales ó mugeres de su acompañamiento, quienes los recibian con respeto y se los comian enseguida. Terminada la comida distribuia lo sobrante entre sus cortesanos, y habia siempre lo bastante para alimentar á un gran número de personas. El P. Cavazzi asegura que vió servir á la reina hasta veinte y cuatro platos, y quedó muy maravillado al contemplar que muchos de ellos estaban compuestos de pequeñas largartijas, langostas del campo, topogrillos y otros animales parecidos, y sobre todo un plato de ratoncillos asados con la piel y el pelo. No pasando desapercibida á la reina la sorpresa del religioso, rogóle que probase al menos uno de aquellos animalitos; pero escusándose de hacerlo el P. Cavazzi, dijo la reina dirigiéndose á sus cortesanos: « Los europeos, no saben lo que es un manjar delicado. » Cuando recibia á algunos estrangeros que estuviesen revestidos de cierta dignidad, entonces comia á la europea: sentábase en su trono, sus oficiales y mugeres le servian como en Europa empleando una vagilla de plata ó dorada; pero

esto sucedia pocas veces, porque le causaba suma molestia. Las Memorias de los misioneros nos pintan á esa muger singular, muy dispuesta en los últimos años de su vida á propagar el cristianismo en sus estados, publicando edictos para desarraigar la idolatría, haciendo venir de Loanda mugeres portuguesas para enseñar á las de su córte las artes européas, muriendo despues de haberse confesado y haber recibido la estremauncion con un crucifijo en las manos y sin agonía, á la edad de ochenta y un años, el dia 17 de setiembre de 1663. Fué espuesta en un suntuoso túmulo, cubierto con un gran paño del pais de Gabon; pero en vez de estar tendida, estaba recostada en un rico cojin, que su paje de honor, inmóvil como una estátua, sostuvo durante muchas horas. Se la habia embalsamado, y por espacio de dos dias, se quemaron alrededor de su tumba una gran cantidad de perfumes; despues fué enterrada en la iglesia de Santa Ana, en el interior de un panteon cuyas paredes estaban revestidas de raso con galones de oro, y el suelo cubierto con hermosas esterillas, y sobre estas magníficas alfombras. Tambien se depositaron en su tumba, sus arcos, flechas y mas ricos trajes, así como sus muebles mas preciosos, y una suma de dinero que llegaba á diez y seis mil escudos romanos, todo conforme á las leyes del pais. Bárbara, hermana y heredera de Zingha, estuvo indecisa por mucho tiempo entre la idolatría y el cristianismo que habia abrazado, hasta que por último se declaró abiertamente por la idolatría, hasta su muerte, acontecida el dia 24 de marzo del año 1666. Entonces los *singhillas* ó sacerdotes del pais, recobraron su antiguo dominio; los grandes y el pueblo volvieron á abrazar con ardor sus funestas costumbres; numerosas víctimas humanas fueron degolladas en la tumba de las dos reinas, y por último, entregaron á las llamas la iglesia y la ciudad de Santa María de Matamba. Sin embargo, debemos observar que, cuando Francisco, prócsimo pariente de Ana y Bárbara, fué aclamado rey, procuró hacer renacer el cristianismo.

Ya que hemos hablado del capuchino Juan Antonio Cavazzi, conviene que resumamos su vida. Era natural de Montecuccolo, en el ducado de Módena, y uno de los doce sacerdotes de su órden que partieron de Europa en el año 1654 para ir á evangelizar aquella parte del Africa. Cuando fueron distribuidos los misioneros por diversas comarcas, el P. Cavazzi y Fr. Ignacio de Valsana recibieron la órden de dirigirse á Maopongo, uno de los lugares mas pintorescos del globo, segun Walckenaer, donde residia el rey Angola Aarii, hermano de Zingha. Los inmensos peñascos de aquel nombre, llamados por los portugueses la Fortaleza de las Rocas, son muy parecidos á esos grandes escollos que se levantan aislados en medio del Océano; y aunque aquellos están distantes mas de cien leguas de la costa, brotan de ellos y saltan como grandes surtidores, copiosos chorros de agua salada que alcanzan una altura de mas de setenta brazas sobre el nivel del suelo, aumentando esta cuando sube la marea, y disminuyendo cuando el reflujo. Aquellos chorros tan impregnados de sal, se hallan muy inmediatos á otros manantiales muy abundantes de agua escelente, ligera, dulce y muy propia para todos los usos de la vida. Aquella inmensa masa de rocas tiene veinte y siete millas de circunferencia, y escede en altura á las mas elevadas torres de Europa. Vista de léjos parece compacta y sin divisiones, pero al acercarse á ella, vése que está compuesta de un número infinito de rocas separadas, abriendose entre ellas profundos abismos y precipicios, dispuestos por la naturaleza de un modo tan variado y caprichoso, que segun Cavazzi, parecen una gran ciudad redonda de un alto y formidable muro, llena de torres, campanarios, obeliscos, arcos de triunfo, pórticos, mausoleos, pirámides, en fin, de cuanto el genio de la arquitectura puede imaginar. Al llegar á la altura de las rocas menos elevadas, hállase en los intervalos que las separan, un laberinto de sendas, orladas de árboles ó plantas espinosas; poco á poco va ensanchándose

el espacio, y se llega por fin á unos espaciosos valles y campos sembrados de bosquecillos constantemente frondosos, ofreciendo un suelo fértil y una vegetacion tan lozana como variada. Todavía á mayor altura, existe una vasta llanura que corona aquella grandiosa mole de rocas, en cuyo centro se levanta una especie de pirámide de granito, que tiene en su base un gran número de pequeñas cavernas naturales sin ninguna humedad. Estas cavernas comunican entre sí, y de su interior arrancan algunos senderos que van subiendo hasta el remate de aquella vasta pirámide, que está truncada y ofrece la imágen de un pequeño Eden. Do quiera se despliega una rica vegetacion, árboles cargados de frutos y flores, fuentes bulliciosas y cristalinas, respirándose con placer un aire fresco y embalsamado, á pesar de hallarse situado el pais bajo la ardiente zona tórrida. Hay treinta y dos poblaciones al pié y en los intervalos de aquella vasta masa de rocas; sus habitantes, negros llamados jagas, son sumamente idolentes, y viven de un modo bastante miserable con un poco de grano que recogen, algunas raices y frutas que da la naturaleza abundantemente y casi sin cultivo. Las torrenteras, huecos de las rocas, cavernas naturales, bosques y bosquecillos cercanos, encierran un número prodigioso de serpientes, reptiles de todas clases, leones, leopardos, etc., que hallan en aquellos sitios, refugios cómodos y seguros; y aquel enorme amontonamiento de peñas recalentadas por los rayos solares, producen en los tiempos lluviosos, exhalaciones á manera de nieblas que se alzan lentamente del suelo, formando una atmósfera sofocante en la que se fraguan las tempestades, los truenos y los rayos: vistos entonces de léjos los caudalosos torrentes y caprichosas cascadas que saltan por entre las peñas, alumbradas unas y otras por la incesante luz de los relámpagos, penetrando hasta el interior de las cavernas y fragosidades mas recónditas, ofrecen un espectáculo tan terrible como sublime. En toda aquella comarca, los árboles alcanzan á una altura y corpulencia extraordinarias; sus frutos son escelentes, y en ningun lugar del mundo son mas azucaradas las naranjas, ni tienen un gusto mas delicado. Los guayabas y dátiles, tienen tambien un sabor esquisito que no se halla en ninguna otra parte.

Destinados á aquella singular region, el P. Cavazzi y Fr. Valsana, encontraron á poca distancia de Maopongo á uno de los hijos de Angola Aarii que habia salido á su encuentro, quien les acompañó á pié hasta la poblacion, ó para hablar con mas propiedad, hasta el pié de los peñascos sobre los cuales estaba situada. La puerta que daba entrada á dicha poblacion, era un paso tan angosto y tan bajo, que para penetrar por él era preciso andar á gatas. El príncipe pasó delante para enseñarles el camino, y los religiosos le siguieron. Cuando hubieron atravesado aquella especie de exiguo corredor subtérraneo, entraron en un espantoso laberinto de rocas rodeadas de espinos y zarzales, que tiene cerca de un tercio de legua de estension, y termina al pié de una peña escarpada, rodeada de precipicios, por entre los cuales los negros trepan y saltan como cabras monteses, pero en donde los religiosos, despues de inútiles esfuerzos, tuvieron que pedir ausilio, porque les era imposible seguir adelante. Entonces algunos negros ágiles y robustos, se los cargaron á cuestas y saltando de roca en roca, llegaron por último á un lugar cercano á la cabaña ó palacio de Angola Aarii. Cavazzi desplegó todo su celo religioso en la Fortaleza de las Rocas, despues en la pequeña Ganghella, provincia central del reino de Matamba, gobernada por el jaga Cassangeo Coquingurii, quien, dócil á las instrucciones de los capuchinos Antonio de Sarraveza y Juan Antonio Cavazzi, fué bautizado el dia 9 de junio del año 1657. Pero, lo propio que Angola Aarii, aunque se complaciera en llamarse cristiano como los blancos, era con la condicion de conservar las prácticas de idolatría, la cómoda costumbre de la pluralidad de mugeres y sus sanguinarias inclinaciones. Cassangeo habia vencido

á diez y ocho sovas ó gefes de distrito, entre ellos á Guzambambé que se refugió á una isla de Coanza y á fin de recobrar sus dominios, resolvió ofrecérseles al rey de Portugal y abrazar el cristianismo. Cavazzi partió de Embacca, donde residia entonces, para ir á encontrar, por órden del prefecto de su órden, á Guzambambé, quien fué bautizado á la edad de setenta años, con el nombre de Luis Antonio. Enviósele en seguida, aunque muy postrado por las enfermedades y la edad, á la córte de la reina Zingha, pero habiéndose agravado sus males, tuvo que regresar á Embacca. Cavazzi evangelizó en el año 1661 las islas de Coanza, sometidas á la reina, á quien visitó despues de haber destruido los ídolos, y á la que entregó un breve de Alejandro VII. Honrado con toda su confianza, le administró los últimos sacramentos en el año 1663. La hermana de Zingha, queria tambien mucho al P. Cavazzi, pero la debilidad de su carácter la hacia esclava de su marido, enemigo irreconciliable de los misioneros, quien llegó al estremo de envenenar al capuchino, si bien se llegó á tiempo para administrarle un contraveneno. Viéndose forzado á abandonar un pais donde su vida corria sin cesar nuevos peligros, se despidió de la nueva reina, y á causa de su gran debilidad, se hizo trasladar á Loanda, donde ejerció su ministerio hasta el año 1666, en cuya época, por sus enfermedades y la necesidad que tenia de refuerzo, sus cofrades le condujeron á Europa, en donde llegó en el año 1668. La Congregacion de la Propaganda le encargó que escribiese una Relacion y que regresase á Africa con el título de prefecto: pero su humildad no le permitió aceptar el episcopado. Volvió pues al Congo en el año 1670, libróse una vez mas de los funestos efectos de aquel clima, permaneció allí algunos años, y de regreso á Europa, murió en Génova en el año 1692. Su prolongada permanencia en medio de naciones bárbaras, le habia hecho perder la costumbre de espresarse bien en italiano, así es que el capuchino Fortunato Alamandini, de Bolonia, fué encargado de redactar sus Memorias (1). Cavazzi habla con un acento de verdad que persuade; la mitad á poca diferencia de su libro está consagrado á la descripcion del pais, y la otra á la historia de las misiones; las nociones geográficas de que abunda esta obra, en general son exactas. « Creemos, dice Walckenaer, que los hechos tan espantosamente atroces que refiere Cavazzi, han hecho dudar á algunos de la veracidad de sus relaciones; pero los recientes viages de Pommogorge, Dalzel y Dupuis á aquellas regiones, han confirmado lo que Cavazzi refiere respecto de la estrema ferocidad de algunas razas africanas Cuando la especie humana se degrada, es muy difícil saber cuales son los límites que se pueden fijar á su perversidad. »

Habiendo sido enviados al Congo en el año 1666 por la Congregacion de la Propaganda, los PP. Miguel Angel Guattini, de Reggio, y Dionisio Carli, de Plasencia, en union con otros catorce capuchinos, se prepararon en el puerto de Loanda para emprender su carrera apostólica. El vicario del Congo resolvió utilizarlos en los paises de Sogno y de Bamba. Se ha sacado de las cartas de Guattini la primera parte de la Relacion de su viage, la cual completa de un modo interesante la relacion de Carli. Un solo hecho demostrará los peligros á que estaban espuestos los misioneros. Ambos capuchinos llegaron al anochecer á una aldea cercada por un muro de espinos, y cuya puerta compuesta tambien de plantas espinosas estaba cerrada. Abriéronla los habitantes de aquel lugar para recibir á los religiosos, á quienes el « macolento » ó alcalde, ofreció una cabaña. Como el calor era escesivo, prefirieron pasar la noche al aire libre acostados en unas hamacas que suspendieron de un lado al remate de una cabaña, y de otro á dos altas rocas que formaban una especie de pirámide. Sobre me-

(1) «Gi. Ant. Cavazzi, descrizione dei tre regni cioe Congo, Matamba é Angola, é delle missione apostoliche, essercitatevi da religiosi capuccini, é nel presente stile ridotta dal P. Fortunato Alamandini.» El dominico Labat publicó una traduccion francesa de estas Memorias con el título de «Relacion histórica de la Etiopia occidental.» (Not. del Aut.)

dia noche dos leones se aproximaron al cercado, primero en silencio y despues rugiendo espantosamente; aquel rumor dispertó á Carli, quien levantando la cabeza pudo descubrir á la claridad de la luna á los monstruos que hacian grandes esfuerzos para salvar el cercado; afortunadamente este era bastante elevado y cruzado de agudas puntas, logrando salvarse los misioneros, no sin pasar una noche en el mayor sobresalto. Otro dia los negros de su escolta descubrieron una enorme serpiente cuya cabeza era monstruosa, y la totalidad del temible reptil media mas de veinte y cinco piés. En presencia de aquella horrible fiera, los negros lanzaron un gran grito, segun acostumbraban, é hicieron subir á los misioneros á un sitio mas elevado para darles tiempo de pasar adelante ó retroceder. Carli observó que á medida que el reptil adelantaba, se movia la alta yerba entre la que estaba medio oculto, como si andaran por ella veinte hombres, y tambien notaron los misioneros que los negros estaban tan asustados como ellos, y que muy poco debian esperar de su ausilio. Entonces se arrepintieron de no haberse provisto de uno ó dos fusiles de los que habrian sacado mas partido, que del número y conocimiento práctico de sus acompañantes. El único recurso que les quedaba era apelar desde luego á una rápida fuga ó poner fuego á la yerba; optaron por lo primero y lograron salvarse. Guattini habia bautizado trescientos sesenta indígenas cuando murió; Carli bautizó hasta dos mil siete cientos, consolándose con la abundancia de aquellos frutos espirituales, de su falta de salud y de las sumas dificultades de la mision. Pondrémos en este lugar dos curiosas anécdotas que se refieren á su persona. Durante la noche se hallaba atormentado por una multitud de grandes ratones que le mordian algunas veces los piés, no quedándole mas medio para librarse de aquellos nocturnos enemigos, que acostarse en el centro de la choza y hacer acostar á su alrededor algunos negros, pero aun así, no siempre se veia libre de aquellos roedores. Habiendo manifestado al soberano de Bamba cuanto sufria de noche por la importunidad de los ratones, y el hedor que despedia la piel de los negros de que se rodeaba, aquel príncipe le regaló un pequeño mono enseñado, advirtiéndole que era un remedio heróico para las dos penas que le afligian; puesto que el mono ahuyentaba á losratones con solo su aliento, y el olor natural de su piel parecido al del almizcle, disipaba el de los negros. Así fué en efecto y, además, aquel animalito limpiaba la cabeza del misionero, y le peinaba la barba con mucho mas esmero que los negros que le servian. Estos monos, hace observar Carli, son muy diferentes de los gatos de algalia, aunque despidan un gran olor de almizcle. Una noche que el buen religioso estaba entregado á un profundo sueño, fué dispertado por los saltos que daba el mono en torno suyo; al propio tiempo los negros se levantaron apresuradamente gritando todos á la vez: «¡En pié, padre, en pié!» Preguntó lo que ocurria, y contestaron azorados: «Las hormigas se han abierto paso y no tenemos que perder un solo momento.» Cuando Carli salió de la cabaña para trasladarse á la huerta, ya las hormigas empezaban á correr por sus piernas, y en un abrír y cerrar de ojos, cubrieron el suelo de la cabaña en un espesor de mas de medio pié. El cobertizo y las calles de la huerta quedaròn tambien cubiertas de aquellos animales, y no quedó otro recurso para librarse de ellos que amontonar paja y quemarla en los lugares que ocupaban. La llama destruyó las hormigas ó las ahuyentó, pero dejaron un olor tan fuerte y desagradable, que por mucho tiempo no se pudo penetrar en la cabaña. Carli dió gracias á Dios por haberle salvado de las hormigas, persuadido de que imposibilitado por su estado de debilidad, le hubieran devorado antes de terminar la noche; de lo cual son un testimonio las muchas vacas que sufren la misma suerte, y de las cuales no se hallan sino los huesos cuando amanece. No permitiéndole el mal estado de su salud continuar por mas tiempo el apostolado, regresó á Europa, y se hallaba en Génova, cuando llegó á aquella ciudad el P. Miguel de Or-

vietto, que regresaba del Congo, encargado por el superior de aquella mision de manifestar al Papa el miserable estado en que se hallaba reducida La mayor parte de los misioneros habian fallecido, y solo quedaban tres en todo el reino. El P. Galefia habia sido devorado por los negros en la provincia de Sundi, cuyas circunstancias refiere Carli del modo siguiente. Los notables habiendo obtenido permiso del rey para quemar á todos los hechiceros que pudiesen descubrir, se dirigieron á un sitio, donde imaginaban que estaban reunidos, y pegaron fuego á sus cabañas. Los que escaparon á las llamas, mientras huian encontraron al P. Galefia, y juzgando tal vez que habia contribuido á su persecucion, le dieron muerte é hicieron un festin con su carne. Los que los perseguian se convencieron de aquella bárbara ejecucion por las hogueras que vieron encender á lo léjos. Carli partió de Génova para pasar á Plasencia y desde allí fué á morar en el convento de Boloña, donde nunca pudo recobrar de la enfermedad que habia contraido en el Congo.

Queriendo conquistar los portugueses la provincia de Sogno, la espedicion que al efecto verificaron en el año 1680, aun que infructuosa, irritó de tal modo al príncipe, que resolvió deshacerse de los capuchinos por el solo motivo de que eran procedentes de Portugal. Aprovechó la ocasion de regresar á su patria algunos mercaderes de los Paises Bajos, para escribir al internuncio de Bruselas y pedirle otros misioneros. El internuncio le envió dos religiosos franciscanos, acompañados de un lego, pero con la órden de obedecer al superior de los capuchinos, si los habia todavía en aquellos lugares. Aquellos tres religiosos fueron recibidos con mucho contento, y acompañados al convento de los capuchinos, de donde se trataba de despedir á los dos antiguos posesores, cuyos derechos reconocia el internuncio en vez de pretender despojarles de ellos. Despues de haber buscado inútilmente varios pretestos, el *príncipe* apeló á un tratamiento digno de un *bárbaro*, porque mandó que los dos capuchinos fuesen arrastrados fuera de sus dominios durante el espacio de dos millas, y aquella odiosa órden fué ejecutada al pié de la letra, de modo que atados los dos confesores con los propios cordones de sus hábitos y con el rostro vuelto hácia el suelo, fueron arrastrados por los piés al través de los arenales del pais, abandonándoles en los confines de la provincia de Sogno, en una isla del Zaire. El cielo acudió en su ausilio durante dos ó tres dias. El P. Tomás de Sistola, que era el que estaba menos herido, pudo cazar algunas avecillas que les sirvieron de sustento. Habiendo acudido despues unos pescadores idólatras, les condujeron á Bomangoy, capital del reino de Angoy. Allí un negro infiel los recibió con humanidad, dióles de cenar, y les alojó en una casa donde dejó á tres mugeres del pais para servirles; pero como aquellos habitantes no inspirasen mucha confianza á los misioneros, despidieron á las mugeres despues de haber cenado, y Tomás cargando á cuestas con su compañero, se puso en marcha cuando la noche era muy cerrada. Despues de haber andado algun tiempo, detuviéronse al pié de un corpulento árbol, donde los dos religiosos pasaron el resto de la noche. Al amanecer, no hallándose con fuerzas para continuar el camino, y temiendo ser descubiertos, se esforzaron para trepar hasta la copa del árbol cuyo frondoso ramage podia ocultarles. Sorprendido su huésped de no encontrarles en su cabaña, siguió sus huellas que terminaban al pié del árbol. Como aquel pobre negro no les viese, imaginó que los viajeros hubiesen sido arrebatados al llegar á aquel sitio por un mal espíritu, y hablando para sí, aunque en voz alta, dijo: «Habrá querido privarme de la recompensa que podia esperar de mis servicios.» Estas palabras hicieron sonreir á los capuchinos, haciéndoles formar mejor opinion de su huésped, así es que sacando la cabeza fuera de las ramas, le dijeron con confianza: «Estamos aquí y no dudeis de nuestra gratitud.» Contentísimo el negro con volverles á ver, ofrecióles dos hamacas con las que se hicieron conducir al puerto de Cabinda, que está á dos

jornadas de Bomangoy; pero uno de los dos religiosos no tardó en morir, y Tomás de Sistola estuvo por mucho tiempo convaleciente. Por otra parte, uno de los sacerdotes franciscanos que habian quedado en posesion del convento de Sogno, dejó aquella casa para pasar á la de Angola; sabedor el otro de la barbarie del príncipe, díjole que la caridad le condenaba á ir en busca de los infelices capuchinos, y se guardó muy bien de volver á Sogno; y por lo que hace al hermano lego, pretestando que iba en busca de los dos sacerdotes, salió de la provincia; de modo, que solo quedó en el convento otro lego, llamado Leonardo, á quien el príncipe encerró bajo llave, temiendo que no siguiera el ejemplo de sus compañeros. Afligido el pueblo por la ausencia de los misioneros, se sublevó contra el perseguidor, encadenóle, y desterrándole á una isla del Zaire, proclamó un nuevo jefe. Luego habiéndose sabido que el príncipe desposeido solicitaba el ausilio de las naciones vecinas para recobrar su perdido trono, se apoderaron otra vez de su persona, le ataron de piés y manos, y colgándole una piedra al cuello le arrojaron al rio, con esta imprecacion: «Anda, mónstruo inhumano, vé á acabar tu vida en el mismo rio que has hecho atravesar á unos sacerdotes inocentes.» Algun tiempo despues el capuchino José Maria fué enviado de Loanda á Sogno, á fin de enterarse del estado de la mision. Al llegar al cabo Padron, en la embocadura del Zaire, hizo participar al nuevo príncipe el objeto de su viaje; este lo hizo saber al pueblo, y al punto una multitud de negros fueron á recibir al misionero. Los unos le refirieron la triste suerte de su predecesor; los otros le respondieron de las buenas intenciones del nuevo soberano, y todos juraron defender la religion y sus ministros hasta derramar la última gota de sangre; juramento que fué confirmado en lo sucesivo al pié de los altares. Instaron muchísimo al P. José para que se estableciese en el convento; al principio dijo que debia regresar á Loanda con el hermano Leonardo; pero fueron tan vivos los ruegos, así del príncipe como del pueblo, que no solamente consintió en permanecer en Sogno, sino que hizo volver tambien al P. Sistola, y desde aquel venturoso dia los capuchinos fueron respetados.

Francisco de Monteleone, capuchino de la provincia de Cerdeña, habiendo resuelto evangelizar el Congo, manifestó su intencion á la Congregacion de la Propaganda, la cual le permitió asociarse con Gerónimo Merolla, napolitano, y algunos otros religiosos de su órden; habiendo partido reunidos de Cagliari en el año 1682, y llegando á las costas de Africa al año siguiente. Quince dias despues de su desembarco en Loanda, el P. Merolla acompañó al P. José Maria Bassetto, capuchino de gran saber y de consumada esperiencia, á la mision de Sogno, la mas antigua y mejor del Congo, en la que quedó solo al segundo año de su permanencia, cuando el cardenal Cibo escribió á los misioneros capuchinos, quejándose de la trata de negros, cuya supresion deseaba vivamente la Congregacion de la Propaganda. Como el negocio del pais consistia únicamente en marfil y esclavos, los religiosos no vieron siquiera probabilidad de poder satisfacer los deseos de la Santa Sede; no obstante, se reunieron para mostrar su obediencia, y se dirigieron al rey del Congo y al príncipe de Sogno, de quienes obtuvieron que los hereges al menos, serian escluidos del segundo de aquellos negocios, sobre todo los ingleses, que lo ejercian en grande escala, y que trasportaban sus esclavos á las Barbudas, donde no podian menos de alejarles de la Iglesia romana. Merolla escogió despues un dia de fiesta para esplicar al pueblo las intenciones de la Propaganda, y para hacerle renunciar al comercio de esclavos; haciéndoles observar por último, que si les era absolutamente indispensable seguirle, valia mas que tratasen con los holandeses que se habian obligado á proveer anualmente de esclavos á los españoles, y mejor todavía con los portugueses que con los holandeses. Pero los habitantes de Sogno se mostraron sordos á aquellas amonestaciones, sin que esto impidiese que Merolla continuase evangelizando el Congo

y Cacongo. El soberano del primero de estos reinos, rogóle que pasára á su córte donde hacia algunos años no habia ido ningun capuchino; el religioso accedió á sus deseos; un secretario de Estado lo recibió á alguna distancia de la ciudad y le acompañó hasta la plaza principal, donde el pueblo dividido en coros, estaba rezando el rosario. Vestido el rey con un hermoso traje africano, esto es, con una túnica de raso con galones de plata y una gran capa de color de escarlata, estaba sentado en uno de los estremos de la plaza. Cuando se acercó el misionero, sacó de su seno un crucifijo de marfil que se lo presentó para que lo besára; luego habiéndose puesto de rodillas tanto él como su pueblo, rogóle humildemente que les diese la bendicion. En seguida todos se pusieson en marcha dirijiéndose ordenadamente á la iglesia; al llegar á ella rezaron algunos momentos, y desde las gradas del altar, satisfizo Merolla, con un largo sermon, la ansiedad de un inmenso número de cristianos, que estaban como hambrientos de la palabra de Dios. Por otra parte, la Congregacion de la Propaganda empleó al P. Francisco de Monteleone, antiguo compañero de aquel apóstol, para fundar un convento de capuchinos en la isla de Santo *Tomás*, á fin de que sirviese como de depósito á los misioneros de la órden que se destinaban al servicio espiritual del Congo, donde las conversiones se multiplicaban diariamente. Merolla refiere que bautizó unas trece mil personas, y que hizo entrar un gran número en los lazos de un matrimonio legítimo. Otro capuchino bautizó mas de cincuenta mil negros, y el P. Gerónimo de Montesarchio, en el espacio de veinte años, confirió el bautismo á mas de cien mil almas, entre las que se contaban el príncipe de Concobella, tributario del rey de Micocco, el sobrino del mismo príncipe, y varios personajes notables. El argumento mas vano que los negros incrédulos empleaban contra el bautismo, era el de que el elefante, sin ser bautizado, estaba siempre muy bueno y muy gordo, y envejecia muchísimo. Algunas graves enfermedades, á cuyo funesto influjo sucumbieron varios misioneros, obligaron á Merolla á abandonar el Africa, el sesto año de su mision, con el objeto de restablecerse en el Brasil y regresar otra vez al Congo; pero no habiéndolo logrado en Bahia, volvió á Europa. El rey de Portugal le recibió en su palacio de Lisboa con muestras del mayor respeto, besóle los hábitos y permaneció de pié con la cabeza descubierta, durante todo el tiempo que habló con él. Informóse del estado de las misiones, ponderóle el celo de su órden, y sobre todo la maravillosa caridad de los misioneros italianos que estimaba en mucho, y deseaba frecuentasen sus posesiones africanas. Desde Lisboa, Merolla se hizo á la vela para Génova (1).

Las misiones de los capuchinos en el Congo continuaron prosperando, y el gran número de aquellos religiosos que sucumbian á la influencia de un clima mortífero para la raza blanca, no impidió que se presentasen nuevos adalides, deseosos de arrostrar las mismas fatigas y peligros. La insalubridad del pais, la ferocidad de los pueblos que lo habitaban, y los sufrimientos que esperimentan los que se esponen á los abrasadores rayos del sol de la zona tórrida, determinaron precisamente á Antonio Zucchelli, de Gradisca, capuchino de la provincia de Stiria, á solicitar el permiso de evangelizar el Congo. Partió de Italia en el mes de setiembre del año 1696, y llegó en el mes de noviembre del año 1698 á Loanda, cuyo gobernador portugués, administraba los tres reinos de Angola, Benguella y las Piedras. El prefecto, P. Francisco de Pavia, dió asilo al misionero en el hospicio de los capuchinos, y el rector de los jesuitas y el prior de los carmelitas descalzos, que se hallaban establecidos en el pais desde el año 1659, le aconsejaron que permaneciese por algun tiempo en la ciudad á fin de acostumbrarse al clima. El hospicio ó convento de los capuchinos, dice Zucchelli, está situado en el centro de Loanda, en una posicion tan amena como sa-

(1) La Relacion de los viajes de este misionero que, probablemente no ha sido impresa en italiano, vió la luz pública por primera vez, traducida al inglés, en la coleccion de Churchill. (Nota del Trad.)

ludable, y es un edificio construido de silleria. A fin de mantener la buena armonía con el clero secular, los capuchinos se limitaban á confesar y predicar. La mision debia estender sus trabajos á los reinos de Angola, Congo y Ginga; pero el número de los obreros evangélicos era tan desproporcionado con la vasta estension de aquel territorio, que un gran número de *banzas* (poblaciones) y de *libatas* (aldeas) pasaban algunas veces, ocho ó diez años, sin ver á un sacerdote cristiano, quedando sometidas á la influencia de los sacerdotes de los ídolos. Por otra parte, bajo pena de la vida, los misioneros que recorrian los campos, se veian forzados á regresar al hospicio antes de las primeras lluvias, que empiezan en octubre, continuan en noviembre y diciembre, aunque sin gran copia de agua, cesan casi enteramente en enero y febrero, y vuelven otra vez con estraordinaria violencia en marzo y abril. Aquellos seis meses son los mas incómodos por el calor; durante los otros seis, esto es, desde principios de mayo hasta fines de octubre, reina una suave temperatura y apenas cae una gota de agua. No obstante, ni el corto número de religiosos, ni las influencias del clima eran el mayor obstáculo para el desarrollo del cristianismo en aquellos paises: Zucchelli dice, que la mas grande y real dificultad, es la relajacion de costumbres que admite la pluralidad de mugeres y maridos. Habla tambien de la indolencia de aquellos hombres que se contentan con los alimentos mas sencillos y groseros, que van desnudos, que carecen de necesidades y deseos; viven sin prevision como las aves del cielo, gózanse en el ócio y sin cuidarse de su desnudez y de lo que será de ellos al siguiente dia, por lo que siempre están contentos y tranquilos. Los capuchinos tenian ocho misiones en el Congo: la principal estaba en Loanda, residencia del superior general; las otras en Bengo, Masangano, Danda, Caenda y Ambuella; y otras dos en el interior del Congo, esto es, en Emcus (Incussu) y en Sogno. Para esta última mision se embarcó Zucchelli en el puerto de Loanda, en los primeros dias del año 1700. Léense con interés los diversos incidentes de su apostolado, que aunque dió algun fruto, abrevió desgraciadamente la enfermedad del misionero. Regresó á Europa, desembarcó en Venecia el dia 14 de setiembre del año 1704, y volvió á su convento de Gradisca, donde dió gracias á Dios por haberse librado de tantos peligros y vencido tantas contrariedades. En la narracion de su viage se limita á lo que él hizo ó vió, abrazando un plan menos vasto que el que se propuso Cavazzi, historiador de los apóstoles, sus predecesores y contemporáneos; pero hay mas órden en sus sencillas relaciones, y tambien su estilo es mas claro y menos prolijo. En Zuccharelli terminan las relaciones de los misioneros que, teniendo tan solo por objeto publicar los trabajos emprendidos por la propagacion de la fé, han sido los únicos viageros que nos han dado á conocer el estado del Congo, y las revoluciones que ese pais esperimentó durante el siglo XVII. Barbot, cuyo viage tuvo lugar antes del regreso de Zuccharelli, dice que los misioneros que gobernaban entonces la iglesia de Songo, eran los religiosos bernardos portugueses, y que su casa, mas grande y hermosa que la del príncipe, estaba rodeada de un jardin y huerto, en los que habia toda especie de árboles de Africa, formando dilatadas calles. En la iglesia, añade, se contaban tres campanas.

El órden de los tiempos nos obliga á hablar todavía del apostolado de algunos misioneros franceses en la costa occidental del Africa.

Habiendo sido cedidos á los ingleses por el tratado de paz del año 1763, la isla de San Luis y los establecimientos del Senegal, solo quedó á la Francia en aquellas regiones, la isla de Gorea y algunas insignificantes factorias en la costa vecina, en las inmediaciones de cabo Verde, y la factoria de Albreda en el rio de Gambia. El capellan Demanet, encargado de llevar los socorros espirituales á Gorea, llegó á aquel pais á mediados de setiembre; al siguiente año, esto es, en 1764, evangelizó el reino de Sin ó de Bur-Sin, don-

de, dice, bautizó á mas de mil personas de todas edades, y convirtió á varios mahometanos. « El rey, á quien llaman Barbezin, añade, quedó muy contento de su conversion, y cuando me permitió que hiciera estensiva la mision á todo su reino, declaróme que sus mejores súbditos eran los cristianos, y que deseaba muy de veras que todos lo fuesen. Está prendado del cristianismo, reconoce á un Ser supremo, habla con entusiasmo de la religion, examina las pruebas que se le dan; pero por falta de instruccion no puede comprender los misterios que nos da á conocer la fé por medio de la revelacion » El mismo sacerdote trató de convertir al rey de Tin, quien le contestó: « No puedo abjurar la religion de Mahoma, sin cesar de ser rey; mis súbditos me negarian la obediencia; conviértalos antes á ellos, si te es posible; para esto quédate en mi reino, elige el lugar que mejor te acomode, te haré construir una habitacion y te daré cuanto te sea necesario. » El misionero no juzgó á propósito aceptar los ofrecimientos del príncipe negro, y como por otra parte enfermase, el estado de su salud le obligó á regresar á Francia en el año 1764 (1).

En el norte del Zaire, en aquellas comarcas donde los portugueses, soberanos en cierto modo de Angola, Benguella y Congo, no habian formado ningun establecimiento, donde sus misioneros solo habian penetrado de vez en cuando, sin obtener un éxito permanente; en aquellas costas de Loango, Cacongo y Angoy, donde otras naciones comerciaban con mas ó menos libertad, llegaron tambien algunos franceses animosos llevando la antorcha del Evangelio, y aunque sus misiones, preciso es confesarlo, fueron efímeras, no debemos pasar en silencio los esfuerzos que hicieron, y la gloria que en ello reportaron sus autores. Uno de aquellos adalides de la fé, fué Belgarde quien, embarcado desde muy jóven en un buque que hacia el comercio de esclavos en Loango, aprendió la lengua de los negros. Abandonando despues la carrera de marino, entregándose al estudio y abrazando á la edad de veinte y seis años el estado eclesiástico, formó la resolucion de consagrarse á la salvacion de los pueblos, cuyo idioma habia aprendido cuando era casi niño. Ordenado de sacerdote en el Seminario de las Misiones estrangeras, del que hablarémos mas adelante, parecia no obstante destinado para evangelizar la China, cuando una enfermedad le obligó á salir del Seminario. Belgarde interpretó aquel incidente providencial en el sentido de sus primeros proyectos; encontró en la Santa Sede, en la caridad de los fieles y sobre todo en el arzobispo de Paris, todos los medios que podia apetecer para su empresa, y la Congregacion de la Propaganda le nombró prefecto de la mision de Loango, Cacongo y otros reinos de aquende el Zaire. Embarcóse en Nantes en el mes de junio del año 1766, y tres meses despues entró en la rada de Loango con Astelain de Clais y Sibire, sacerdotes asociados á su celo. Instaláronles en Kibota, que por su inmediacion á los pantanos es un sitio muy insalubre, donde sucumbió Clais despues de una larga enfermedad. Entonces los otros dos misioneros aproximándose á las factorías europeas que se hallaban á orillas del mar, se fijaron en Lubu; pero no encontraron en sus habitantes la docilidad y buen trato que caracterizaban á los de la primera residencia. Mientras que su debilitada salud les obligaba á regresar á Francia, Descourvieres y Joli, embarcados en Nantes en el mes de marzo del año 1768, llegaban al reino de Cacongo en el mes de setiembre del mismo año, donde fueron muy bien recibidos, y el rey les hizo construir una capilla en Kinguelé, su capital. El conocimiento que adquirieron de la lengua de los indígenas, les permitió dar comienzo á la instruccion pública un año despues de su llegada. Uno de ellos convirtió en Malimba, á una tia del rey, lla-

(1) Creemos que Labat, autor de la *Nueva Historia del Africa francesa*, es deudor á Demanet, tan buen ciudadano como celoso misionero, de muchos datos que encierra su obra, publicada bajo una idea enteramente patriótica, creyendo haber encontrado los medios de hacer revivir el comercio casi estinguido á consecuencia del tratado del año 1763. (Nota del Autor.)

mada Mamteva, y preparó al gobernador de Kaia y á todo su pueblo para recibir el bautismo. Desgraciadamente las enfermedades les forzaron á alejarse de aquel suelo tan bien preparado, regresando á Europa en el año 1770. Cuando Belgarde, Sibire, Descourvieres y Joli, estuvieron reunidos en Francia, se ocuparon en los medios de organizar la mision de un modo mas permanente. Dos de ellos pasaron á la capital en el año 1772; los arzobispos de Paris y Tours alabaron su celo, y su proyecto atentamente examinado, se hizo público por medio de una Memoria impresa; el clero de Francia, entonces reunido, señaló un subsidio para facilitar la ejecucion, y el Papa lo autorizó con un rescripto. A principios del año 1773, seis eclesiásticos se hallaban dispuestos á partir con igual número de laicos que debian dedicarse al cultivo de la tierra; un negociante de Nantes tuvo la generosidad de ofrecerles pasage en su buque; embarcándose en Paimbœuf en el mes de marzo, y desembarcaron en el de junio en la costa de Mayomba, que confina con el reino de Loango. Si bien aquellos habitantes deseaban que los misioneros se quedasen con ellos, como estaban destinados al reino de Cacongo, no pudieron acceder á sus deseos, y prosiguiendo su viage llegaron felizmente á Kilonga, fijándose en una habitacion muy bien situada en una altura, que dominaba una grande estension de terreno. Hacia ya algun tiempo que se hallaban establecidos en Kilonga, cuando supieron que una poblacion del Sogno, de la comarca del Congo, en parte convertida á la fé católica, habia pasado el Zaire y fundado recientemente una colonia en una llanura inculta, en el territorio del Cacongo, donde formaba como una pequeña provincia, separada de las demás por su culto y sus costumbres. Su principal poblacion se llamaba Manguenzo, y la poblacion cristiana de todo el pueblo ascendia á unas cuatro mil almas. Descourvieres, entonces prefecto de la mision, y Quilliol d'Aubigny, fueron á visitar la colonia, siendo muy bien recibidos por su gefe llamado Juan. « Cuando estuvimos cerca de Manguenzo, escribia el prefecto á Belgarde, procurador de la mision, todos los negros que nos acompañaban se alinearon, y otro tanto hicieron los que habian salido de la poblacion para vernos llegar Habiéndoles preguntado con que objeto lo hacian, nos contestaron que para acompañarnos procesionalmente á la iglesia. Dejamos hacer á aquellas buenas gentes, y empezaron á entonar algunos cánticos en lengua del pais. Al pasar por la plaza principal, vimos una cruz de ocho ó diez piés de altura, la primera que se ofrecia á nuestra vista en aquella tierra infiel. Al entrar en la iglesia (si puede darse este nombre á una cabaña muy parecida á las de los naturales del pais), vimos una especie de altar cubierto con unos manteles sobre los cuales habia un crucifijo. » Despues de la carta de Descourvieres, solo una vez se recibieron noticias de la mision francesa en el Congo. Bajo la deleterea influencia del clima, todos los misioneros cayeron enfermos y quedaron en un estado de postracion tal, que no les permitió ejercer ninguna de las funciones de su ministerio, de modo que quedaron frustradas todas las esperanzas que habia hecho concebir la escelente índole de aquellos africanos (1).

CAPÍTULO XI.

Mision de los jesuitas portugueses en Madura y de los carmelitas en el Malabar.

Despues de haber completado el cuadro del apostolado en Africa, debemos trazar la historia de las misiones en la parte meridional y oriental del Asia, empezando por las del Indostan.

« Hasta el presente, dice el jesuita Pedro Martin, á fines del siglo XVII, no hay entre los indios, sino tres clases de personas que hayan abrazado la religion cristiana, que les ha sido

(1) La historia de las misiones en los reinos de Loango y Cacongo, fué escrita por el abate Proyart en el año 1776. (Not. del Autor.)

enseñada por los misioneros de Europa, reconocidos por europeos. Los primeros son los que se consideran bajo la proteccion de los portugueses, para sustraerse al tiránico dominio de los moros; tales fueron los paravas, ó habitantes de la costa de la Pesqueria, que por dicho motivo, aun antes de la llegada de San Francisco Javier á las Indias, se decian cristianos, aunque no lo fuesen mas que de nombre; á fin de instruirles en la religion que habian abrazado sin conocerla, aquel grande apóstol tuvo que recorrer toda la parte meridional de la India, suportando increibles fatigas. En segundo lugar, los que los portugueses habian sometido en la costa con la fuerza de las armas: pero estos que eran los habitantes de Salceta y de los alrededores de Goa y demás lugares que conquistó Portugal en la costa occidental de la gran península de la India, profesaban exteriormente la religion de sus vencedores, y por obligárseles á renunciar á sus costumbres para adoptar las europeas, abrigaban un secreto ódio á sus dominadores En fin, la última clase de indios que se hicieron cristianos en aquellos últimos tiempos, fueron, ó bien la hez del pueblo ó los esclavos que los portugueses compraban en sus tierras, ó bien aquellas personas que por su licencia ó mala conducta habian perdido el respeto al culto de sus padres Principalmente á causa de estos últimos, que se acogian con bondad, como todos los demás que se querian hacer cristianos, los indios concibieron un gran desprecio por los europeos. Esto unido al ódio natural que lleva siempre consigo toda sujecion violenta, y quizás al recuerdo de algunos hechos militares en los que se mostró harto visible la crueldad, ha causado tan honda impresion en los ánimos que están todavía sobrecitados y es muy difícil borrarla enteramente. Tal vez algunos imaginarán que es por falta de obreros ó de celo en estos, que los gentiles de las Indias que viven en medio de sus tierras, no han abrazado todavía la fé; pero reconocerán su error si reflexionan sobre lo que voy á decir. Hay en la ciudad de Goa, casi tantos sacerdotes y religiosos como seculares europeos; todas las ceremonias de la religion se celebran en ella con tanta dignidad y pompa, como en las primeras catedrales de Europa; el cuerpo de San Francisco Javier, siempre entero, ha sido hasta hoy dia un milagro contínuo y una prueba auténtica de la verdad de nuestra santa religion; y no obstante, aunque se cuentan en esta gran ciudad mas de cincuenta mil idólatras, apenas se bautizan un centenar cada año, y aun la mayor parte de estos son huérfanos que se sacan por órden del virey del poder de sus parientes. No puede decirse que sea por falta de obreros ó por falta de conocimientos y de enseñanza en los gentiles, porque muchísimos de ellos oyen la verdad, la comprenden, y permanecen persuadidos segun su propia confesion; pero para ellos seria vergonzoso someterse á una nueva ley, mientras esa ley sea anunciada por unos órganos viles y manchados, segun estos desgraciados, de mil faltas ridículas y abominables. Esto es lo que los misioneros europeos en las Indias tardaron mucho tiempo en comprender, ó si lo comprendieron, se contentaron con deplorar tan estraña ceguedad, sin cuidarse de poner el remedio. No hay otro, y la esperiencia lo ha demostrado así á los mas obstinados, que renunciar á los hábitos europeos y abrazar los de los indios en todo lo que no se opongan á la pureza de la fé, y á las buenas costumbres, segun las sábias reglas que les han sido dadas por la sagrada Congregacion de la Propaganda de la fé. Unicamente llevando con ellos una vida austera y penitente, hablando su idioma, adoptando sus costumbres por estrañas que sean, connaturalizándose en fin, y no dejándoles ninguna sospecha de que el misionero pertenece á la raza de los *franquis*, es como se puede confiar que se introduzca solidamente y con buen éxito la religion cristiana en este vasto imperio de las Indias. No hablo aquí sino de los lugares en que no hay europeos; porque en las costas donde se hallan establecidos, este método es impracticable. No se debe esperar poder llevar el cristianismo desde las

costas al interior del imperio, como en vano se ha intentado por espacio de mas de un siglo y medio; por el contrario, en el centro y en el corazon del imperio es en donde debe establecerse solidamente para estenderlo despues hácia la circunferencia, y hasta las costas, donde solo hay una parte de la clase baja del pueblo que sea cristiano. El P. Roberto de Nobilis, ilustre por su nacimiento, próximo pariente del papa Marcelo II, y sobrino del cardenal Bellarmino, pero todavía mas ilustre por su talento, por su gran voluntad y celo para la salvacion de las almas, fué el primero que puso en planta el medio de que acabo de hablar. » Autorizado por Gregorio XV para adoptar la forma exterior de la mision á las costumbres de Maduré, logró convertir á mas de cien mil idólatras en cuarenta y cinco años de trabajos, cuando sus superiores le mandaron que se retirase á la edad de setenta y seis años y casi ciego, en el colegio de Djafanapatam, y despues en el de Meliapur, donde murió octogenario el dia 16 de enero del año 1656.

A fin de indemnizar al Maduré de una pérdida tan grande, Dios habia hecho nacer, en el año 1648, á Juan de Britto, hijo de un antiguo virey del Brasil. El religioso mancebo renunció á todos los honores que podia darle su nacimiento, abrazó la regla de San Ignacio, y se ofreció para la mision del Malabar, cuando el P. Baltasar de Acosta, fué de aquel pais á buscar apóstoles en Portugal. Era costumbre entre los jesuitas portugueses, que ninguno partia para las Indias, sin ir antes á besar la mano del rey, como muestra de gratitud por la proteccion que los soberanos de Portugal siempre habian dispensado á su Compañía. Algunos dias despues de haber cumplido con aquel deber, salian del colegio de San Antonio, acompañados de todos los demás jesuitas de la casa, atravesaban en buen órden la capital, y se encaminaban á las orillas del Tajo, atravesando por en medio de la multitud reunida en aquellos sitios, que reconocia á los misioneros por el crucifijo que llevaban sobre el pecho, como el símbolo de su alistamiento en la nueva milicia El acto de la despedida era sumamente tierno, derramando unos y otros abundantes lágrimas. Juan de Britto, que preveia la lucha que tendria que sostener con el cariño de su familia, procuró ocultarse en aquella pública despedida. Despues de haber pasado tres años en Goa, partió para el Malabar, hizo sus votos solemnes en presencia del P. Blas de Acevedo, provincial, en el mes de marzo del año 1682, y se consagró valerosamente á la mision del Maduré como la mas fatigosa; pero tuvo el consuelo de convertir en ella á mas de veinte mil idólatras, atraidos por la reputacion de su caridad y de su virtud, convencidos despues por la solidez de su enseñanza, y dominados mas de una vez por el ascendiente de los prodigios que Dios obraba á sus ruegos. Donde, sobre todo, el cielo le comunicó sus estraordinarios dones, fué en Tanjaur, Gingi, Colei, Maissur y Culturo. Hacia algunos años que estaba encargado de la laboriosa mision del Maduré, cuando aumentaron sus fatigas, nombrándosele superior de todas las del Malabar. De los diversos paises que debió recorrer, el de Marawa (1), primera conquista que hizo el Evangelio, fué el que mas vivamente disperto su interés, y en menos de dos años, organizó en él, ausiliado por otros misioneros, una cristiandad floreciente. El provincial de la Compañía, P. Gaspar Alfonso, dióle por ausiliares á Gerónimo Tellez y Luis de Mello á quienes Juan de Britto encargó el distrito de Marawa, que tenia entonces un gobernador hostil al cristianismo. Este hizo prender á Mello, y sujetarle con cadenas en una columna expuesta á los ardores del sol, donde permaneció algunos dias sufriendo con resignacion los insultos del populacho, hasta que por último fué encerrado en un calabozo, donde el mártir terminó

(1) Es el Marawa un distrito ó principado del Indostan, presidencia del Madras, en la provincia del Carnata, al este del distrito de Madura y al oeste del golfo de Munaar, bañado por el Vayg-Aron. La tierra es buena y está bien cultivada, y sus principales ciudades que son Ramandaburan, su capital, Ramnad y Tondi, están en posesion de los ingleses desde el año 1792. (Nota del Trad.)



su existencia. A fin de dar tiempo para que se disipase la tempestad, Juan de Britto fué á evangelizar las comarcas vecinas; pero juzgando que una mision tan peligrosa debia desempeñarla mas bien el superior que sus subordinados, regresó al seno de su afligido rebaño; prendiéndole á su vez con seis neófitos, y entonces pusieron á prueba su constancia con los mas terribles tormentos. Un dia, por ejemplo, fueron conducidos los cautivos á orillas de un profundo estanque, y atándoles individualmente por la cintura con una larga soga, los sumergieron repetidas veces en el agua, no sacándoles de ella hasta el momento en que se creian que iban á morir ahogados. Dios permitió que uno de ellos cediese al rigor del suplicio y perdiese la fé, cuya defeccion fué mas dolorosa para los confesores, que los mas horribles tormentos. Juan de Britto fué tratado con inaudita crueldad; pero su fé en Dios le dió fuerzas estraordinarias, y solo por un milagro no murió asfixiado. Despues de haber apurado todo género de torturas con los cautivos, fueron estos conducidos á Ramandaburan, capital del Marawa. Tanta fué la admiracion que la constancia y valor de Britto inspiraron al soberano, que en vez de fulminar contra él una sentencia de muerte, le recibió con grande honor y le despidió diciéndole: «Id, que os aprecio como un síncero y verdadero maestro de vuestra religion.»

Habiendo recibido el P. Manuel Rodriguez, que se hallaba entonces al frente de la provincia de Cochin, la noticia del naufragio y muerte del P. Francisco Paes, diputado á Roma en calidad de procurador de la mision de las Indias, no pudo saber hasta mas tarde que el P. Britto, que era el confesor elejido para reemplazarle, se habia hecho á la vela para Europa, llegando felizmente al puerto de Lisboa, á fines del año 1688 Habia conservado su traje de *sanniasi*, que vestia debajo de la sotana, pero la austeridad de su vida, revelaba mas bien que otra cosa el carácter del verdadero apóstol. Durante el tiempo que permaneció en Portugal, solo comia arroz y legumbres, y dormia sobre el duro suelo. Merced á su celo, no solo reclutó entre los estudiantes de Coimbra y de Evora algunos misioneros que preparó para el apostolado, sino que logró que el rey de Portugal añadiese nuevas dádivas á las que habian hecho sus predecesores para el sosten de las misiones de las Indias en general, y de las de Maduré en particular. El buque que debia conducirle á Goa, y en el que tambien se embarcaron sus compañeros, se hizo á la vela á principios del año 1690. Nombrado visitador de todas las misiones del Maduré, bautizó en quince meses á ocho mil catecúmenos. Teriadeven, heredero legítimo del principado de Marawa, declaró espontáneamente que deseaba abrazar el cristianismo. Una de sus mugeres, sobrina de Rangadaneven, soberano del pais, sabedora de que el príncipe iba á abrazar una religion que prohibe la poligamia, juró vengarse del misionero, instrumento de aquella conversion. Su tio, idólatra, satisfizo cruelmente la cólera de su sobrina, porque condenó á Juan de Britto á ser decapitado y descuartizado. Prosternado el mártir al lado del pilar en que debia ser atado, ofreció á Dios su vida, rogó por la salvacion de los indos, de los que en particular iban á inmolarle, y recomendó su alma á Jesus crucificado. Al presenciar su serenidad, «¡Qué religion, esclamaron asombrados los idólatras, será la de ese hombre, que le inspira tanto valor en presencia de lo que debiera aterrorizarle!» Cuando hubo terminado su plegaria, Juan de Britto abrazó á sus verdugos. «Cumplid con vuestro deber, les dijo, que ya estoy dispuesto.» Al punto los satélites despedazaron su vestido y le desnudaron. Uno de ellos, al ver un relicario suspendido del cuello del confesor, advirtió á sus compañeros que no le tocasen, temiendo que encerrase algun maleficio. Otro levantó su hacha y dejóla caer, pero solo hizo una ancha herida en la espalda del mártir; todos probaron cortarle la cabeza pero ninguno lo logró. Desesperados y avergonzados de su larga crueldad, ataron á la barba del siervo

de Dios una cuerda que, envolviéndola en seguida por medio del cuerpo, hizo inclinarle la cabeza sobre el pecho. Persuadidos de que una mágica influencia, habia embotado el filo de las hachas destinadas para el suplicio de los criminales, se armaron de las que servian para degollar á las víctimas en las pagodas. Uno de los verdugos se adelantó furioso, y descargó el golpe mortal que hizo rodar por el suelo la cabeza del P. Britto, cortándole por último los piés y manos, y empalando el tronco. Así murió el dia 4 de febrero de 1693, aquel grande apóstol, cuya sangre fecundó el Marawa (1).

Enlazándose la continuacion de la mision portuguesa del Maduré con la del establecimiento de las misiones francesas de la India, de las que no podemos hablar todavía, nos limitarémos por ahora á añadir, que, en el mismo año en que murió el P. Roberto de Nobilis, es decir, en el año 1656, Alejandro VII envió á Roma cuatro religiosos italianos de la órden de carmelitas descalzos, para comenzar en el Malabar una mision, que se ha perpetuado hasta nuestros dias. Los cristianos de Santo Tomás, poco firmes en la fé, se revolucionaron en el año 1653 contra el prelado católico que les gobernaba, y volviendo á sus errores, aclamaron un falso obispo de su rito. Unicamente cuatrocientas familias de aquella nacion, y las parroquias latinas en número de once, permanecieron fieles á la legítima autoridad. Como el cisma iba unido en el ánimo de los rebeldes con el ódio contra Portugal, hubiera sido muy imprudente emplear el clero de Cochin en su conversion; así es que el Papa destinó para aquella tarea á los carmelitas descalzos, quienes, afortunadamente, lograron apartar del cisma á un número considerable de sirios, y en menos de dos años devolvieron cuarenta parroquias al arzobispo de Cranganor. Entonces fué cuando resolvieron enviar á dos de entre ellos á Roma, para tratar con la Santa Sede de los medios de terminar la comenzada obra. Dejemos hablar aquí á Francisco Javier de Santa Ana, obispo de Amata, cuya relacion traza la historia de aquella mision hasta nuestros dias: « El P. José de Santa María, uno de los dos diputados, fué nombrado por el soberano Pontífice, obispo de Hierápolis, vicario apostólico del Malabar (1659). Revestido de estensos poderes y acompañado de algunos PP. de su órden, se trasladó á su destino. Con la ayuda de aquel útil refuerzo, estendióse la mision y prosiguióse con buen éxito la conversion de los cismáticos, cuyas dos terceras partes volvieron á la ortodoxia. Hasta entonces los obispos portugueses no habian visto con disgusto, ó al menos no lo habian manifestado, como aconteció en lo sucesivo, á los delegados inmediatos de la Sede apostólica. A principios del año 1663, los holandeses, enemigos de Portugal, y no menos enemigos del catolicismo, se apoderaron de Cochin y de otros establecimientos secundarios de la misma potencia en el Malabar. La mayor parte de los edificios consagrados al culto fueron destruidos, y los portugueses desterrados del territorio; Cochin y Cranganor, quedaron sin obispos y sin sacerdotes europeos, tolerándose únicamente la permanencia de algunos eclesiásticos estrangeros, pero hijos del pais. El vicario apostólico, llamado José, vióse obligado tambien á tener que abandonar el Malabar, y pasó á vivir en las comarcas de algunos príncipes indos; pero como estos estaban amedrentados por las victorias de los holandeses y no querian disgustarles, y por su parte veian los invasores con mal ojo la presencia de un obispo europeo en sus fronteras, tuvo el prelado que alejarse, dejando no obstante á sus religiosos en el pais para continuar la mision. Antes de partir, y en virtud de la autorizacion del Papa, quiso poner el Malabar bajo el cuidado de un obispo tolerado por los conquistadores, y al efecto, eligió á un sacerdote

(1) Es digna de ser leida la carta que con fecha del 10 de febrero del año 1693, escribió el P. Lainez, de la Compañía de Jesus, superior de la mision del Maduré, á los Padres de su Compañía que trabajaban en la misma mision, acerca de la muerte del venerable P. Juan de Britto (traducida del portugués) en las « Cartas edificantes » tomo XVII. Benito XIV ordenó que se instruyera el proceso de su canonizacion. (Nota del Trad.)

sirio, llamado Alejandro; consagróle obispo de Megara, y dióle la vicaría apostólica del Malabar. A contar de aquella época, hasta el año 1699, ambas diócesis no fueron visitadas por ningun obispo portugués; tampoco fué admitido ningun eclesiástico de aquella nacion, y los sacerdotes, naturales del pais, pero de orígen europeo, que no se espatriaron voluntariamente, tuvieron que jurar que no tendrian ninguna clase de relaciones con los enemigos de Holanda. En consecuencia, el nuevo vicario apostólico no fué molestado en el ejercicio de sus funciones; gobernó tranquilamente por espacio de cerca de doce años, siempre ausiliado por los misioneros carmelitas; y habiendo llegado á una edad avanzada, pidió un coadjutor. Cuatro misioneros, autorizados espresamente por el romano Pontífice, eligieron al efecto á Rafael Figueredo, sacerdote de Cochin, hijo del pais, pero de orígen portugués, quien fué consagrado obispo de Adrumeta. Aquel prelado, cuya vida privada honraba el carácter sacerdotal, no supo librarse de los defectos de su temperamento y de su educacion; *así* es, que apenas estuvo revestido de su nueva dignidad, entró en interminables discusiones con el venerable titular que no tardó en fallecer, y despues con los misioneros, á quienes debia su eleccion, y en fin, con varios otros eclesiásticos y láicos del pais. Un decreto de Roma le retiró el título de vicario apostólico; pero murió en el año 1695, antes de la ejecucion de aquel decreto.

En el año 1698 la Congregacion de la Propaganda, solicitó y obtuvo por la mediacion del emperador Leopoldo I, que los holandeses tolerasen perpétuamente la presencia de un obispo y vicario apostólico europeo, con un cierto número de misioneros tambien europeos. Un acuerdo del gobierno holandés autorizó la residencia en el Malabar de un obispo y de doce misioneros carmelitas descalzos, belgas, alemanes ó italianos; pero de ninguna otra órden religiosa, ni de otra nacion. Conforme á este decreto, en el año 1700, Inocencio XII ordenó que los vicarios apostólicos del Malabar, fuesen elegidos en adelante en la órden de carmelitas descalzos; y en el mes de febrero de aquel año, nombró á uno de los misioneros de entonces, llamado P. Francisco de Santa Teresa, obispo de Metellópolis, vicario apostólico de todo el Malabar, como todos sus predecesores. Pero ya acababa de aparecer en aquellas comarcas, en contra la voluntad de la Santa Sede, un nuevo obispo de Cochin, lo que no se habia visto desde la espulsion de los portugueses, esto es, durante el espacio de treinta y siete años. Apenas supo la institucion del nuevo vicario apostólico, reclamó con vivas instancias, lanzó el grito de alarma contra la Santa Sede, y fué el primero en declarar á los delegados del soberano Pontífice en el Malabar, aquella deplorable guerra que durante ciento treinta y ocho años ha estorbado la propagacion de la fé, y el acrecentamiento del cristianismo; que desgraciadamente ha modificado las disposiciones ya poco favorables de aquellos naturales, y que en nuestra opinion, dispuso á los portugueses al escandaloso cisma con que se han visto afligidas en nuestros dias tanto su patria, como sus antiguas posesiones en las Indias. No tardó tambien en presentarse un nuevo arzobispo portugués de Cranganor, quien, recorriendo en el año 1702 algunos puntos de su diócesis, se alió con su cólega de Cochin, para luchar contra el vicario apostólico. El primer efecto sensible de aquella oposicion de intereses, fué la obstinacion de los sirios cismáticos, cuyas conversiones se hicieron cada vez mas raras; otro tanto se observó con las de los gentiles, que hasta entonces habian sido muy numerosas, porque así á unos como á otros causaban grande escándalo las discordias de los católicos. El metropolitano de Goa no tardó en unirse con sus sufragáneos haciendo propia su querella contra el vicario apostólico, ó por mejor decir, contra el Papa. Las quejas de aquellos tres prelados movieron la suceptibilidad de la córte de Lisboa, la cual dirigió amargas quejas á Roma para obtener que fuese llamado el vicario apostólico y sus misione-

ros por el único motivo de que su presencia en el Malabar, constituia una violacion del derecho de patronazgo, por mas útil y necesario que pudiese ser, por otra parte, á unos pueblos que, segun las severas exigencias de la Holanda, no podia tener otros pastores. Aquellas vivas reclamaciones decidieron á Clemente XI á limitar la autoridad que su predecesor Inocencio XII habia concedido al vicario apostólico de todo el Malabar, y por un breve del año 1709, ordenó que aquel prelado ejerceria su jurisdiccion en los lugares únicamente donde, por un motivo cualquiera, los obispos portugueses no pudiesen ejercer la suya en toda su plenitud y completa libertad, sobre todo en las poblaciones amenazadas por el cisma. Aquellas órdenes del soberano Pontífice, tan prudentes como conciliadoras, fueron ejecutadas puntualmente por los vicarios apostólicos; pero los obispos portugueses, juzgando siempre sus derechos perjudicados y el del patronazgo comprometido, no cesaron un momento en inquietar á la Santa Sede, é irritar á la córte de Lisboa con sus injustas reclamaciones. Sin embargo, los pontífices romanos mantuvieron las disposiciones del breve de Clemente XI, de modo que al ver los obispos portugueses que eran inútiles las quejas dirigidas á los papas, hicieron sentir su descontento á los ministros inmediatos de la iglesia romana, esto es, á los vicarios y misioneros apostólicos (1).

«La residencia del vicario apostólico del Malabar es Verapolis, situado en una de esas innumerables islitas surcadas por mil canales que componen la mitad del Malabar. Esta oscura poblacion, que se halla á unas tres leguas al norte de Cochin, habia sido elejida para obedecer al gobierno holandés, que prohibia á los sacerdotes católicos que permanecieran en la ciudad y sus arrabales. Verapolis posee una iglesia de mediana capacidad, una casa conventual muy sencilla, un doble seminario latino y sirio, una casa para catecúmenos, un pequeño hospital de incurables, y una escuela de niños. Todos estos edificios han sido hechos paulatinamente por los PP. Carmelitas descalzos, con los fondos enviados de Roma ó de otros puntos de Europa en varias ocasiones, no habiendo contribuido en nada los habitantes del pais. El obispo y los misioneros, hasta fines del último siglo, época en que el azote de la guerra descargó tambien sobre los Estados Romanos, vivian segun la regla de su órden, con los subsidios anuales de la Propaganda, los escasos productos de algunas tierras, y las limosnas de sus misas. Los contratiempos de Roma hicieron suspender el envio que se les hacia de sus subsidios ordinarios, aunque por dos veces se les mandaron algunas cantidades. Tambien en otro tiempo los dos seminarios estaban á cargo de la Propaganda; pero despues de los deplorables acontecimientos de que acabamos de hablar, aquellas casas quedaron sin recurso, hasta que Dios quiso tocar el corazon de un estrangero, que tuvo á bien constituir un modesto capital para su sosten. La casa de los catecúmenos se sostenia en otro tiempo con la renta de un fondo aplicado á aquella obra por un cardenal húngaro; pero el emperador José II, al decretar la confiscacion de los bienes eclesiásticos, se apropió del capital depositado en Viena, y la casa de los catecúmenos quedó enteramente á cargo de los carmelitas de Verapolis, sucediendo lo propio con el hospital y la escuela. No podemos señalar de un modo cierto el número de parroquias sirias, cismáticas y cristianas que dependen de él; pero son como unas cuarenta iglesias esparcidas acá y acullá, particularmente en las inmediaciones de los montes. En los últimos tiempos, y á principios del año 1838, las parroquias sirias cató-

(1) Cuando el obispo de Amata habla de los obispos portugueses, no entiende decir que todos estuvieran revestidos del sagrado carácter del episcopado; las mas de las veces eran simples sacerdotes que ejercian la autoridad episcopal. Desde el siglo XVIII hasta nuestros dias, las cuatro Sedes de Cranganor, Cochin, Santo Tomás y Malaca, cuya provision corresponde al rey de Portugal, permanecen casi siempre vacantes. El metropolitano de Goa enviaba á dichos puntos un sacerdote con el título de administrador espiritual de la diócesis. Por lo demás, el arzobispo de Goa y el obispo de Meliapur, imitaron á sus colegas del Malabar, en la guerra que hicieron á los vicarios apostólicos de Bombay, Pondichery y Madras. (Nota del Autor.)

licas, sometidas al vicario apostólico, eran en número de cuarenta y dos, y contaban unas treinta y dos mil almas; las que estaban bajo la obediencia del ordinario de Cranganor, eran en número de setenta y dos, con una poblacion de setenta y seis mil almas aproximadamente. El vicario apostólico tenia veinte y dos iglesias parroquiales latinas, y cuarenta y ocho mil fieles; ignoramos cuantas contaban los ordinarios portugueses, pero debian llegar á unas ochenta, con mas de cincuenta mil habitantes. Los protestantes tienen tres templos para unas seis cientas personas en su totalidad. El resto de la poblacion se compone de gentiles, mahometanos é israelitas, cuya mayor parte proceden de la dispersion; algunos son holandeses, polacos y alemanes de oríjen. Desde el obispo de Hierapolis inclusive, hasta el obispo de Amata, hoy dia encargado de la administracion espiritual del pais, ha habido diez vicarios apostólicos efectivos, y tres interinos, á saber: un sirio malabar, un malabar portugués, siete italianos, un polaco, dos alemanes y un irlandés. Hubo durante un corto número de años, un obispo coadjutor aleman, que fué trasladado despues á Bombay, y otro italiano, consagrado en Pondichery, que murió poco tiempo despues en la misma ciudad. El irlandés fué nombrado vicario apostólico mucho tiempo despues de haber cesado la dominacion holandesa en el Malabar.»

CAPÍTULO XII.

Misiones de los Jesuitas, Dominicos, Franciscanos y Agustinos en el Japon.

Si fué Goa en Occidente el principal centro de las misiones, fueron en el Oriente Macao y Manila las que procuraron misioneros al imperio del Japon.

Una relacion fechada á 16 de marzo del año 1623, y firmada por doce jesuitas, nueve de los cuales murieron por la fé, (1) nos dice que en ausencia de Diego Valens, obispo del Japon, gobernaba aquella Iglesia Francisco Pacheco, provincial de la Compañía de Jesus en el archipiélago; que habia en el Japon veinte y ocho jesuitas, y algunos catequistas indígenas; que además de los jesuitas, se encontraban tambien en aquel pais once ó doce religiosos de diferentes institutos, entre los que habia el P. Bartolomé Gutierrez, de la órden de San Agustin, los PP. Domingo Castelet, y Pedro Vasquez, de la órden de Santo Domingo, siete ú ocho religiosos de la de San Francisco, con un clérigo japonés de la tercera Orden. Fr. Luis Sotelo, obispo de la parte oriental y septentrional del Japon, y legado apostólico en aquellas provincias, acababa de llegar á Nangasaki el año 1622, donde fué preso y conducido á la cárcel de Omura. Durante el año 1623, fué enviado á Roma el jesuita Sebastian Vieyra, á fin de hacer presentes al Sumo Pontífice las necesidades de la Iglesia del Japon, en cuyo reino lograron penetrar algunos religiosos al poco tiempo de su partida.

Entre tanto el nuevo xogun-sama, perseguia con tal encarnizamiento á los cristianos en las provincias inmediatas á Yedo, que no tardaron las cárceles en estar atestadas de hijos de la Iglesia. Juan Fara Mondo, unido con la familia imperial, fué espulsado del reino en el año 1612, por haberse negado á adorar los ídolos, y como al verse restituido algunos años despues nuevamente á su patria, manifestase la misma aversion á los falsos dioses, le fueron cortados los dedos de las manos y los piés, y se le marcó una cruz en el rostro con un hierro candente Sabedor el jesuita Gerónimo de Angelis, de que habia sido denunciado, se dirigió con el hermano Simon Jempo á casa del gobernador de Yedo, y le dijo con la mayor sangre fria: «Hace veinte y dos años que llegué á estas islas, para enseñar á los japoneses las eternas verdades; no ignoraba los peligros á que iba á esponerme al acometer esta empresa, pero como solo deseo morir por la religion que profeso, siempre

(1) Charlevoix, *Historia y descripcion general del Japon*, tomo II. p. 500.

han tenido para mi aquellos peligros un indecible encanto.» Tambien Sebastian Galvez cayó en poder de los perseguidores; tanto él como el P. Angelis, y el hermano Jempo, fueron condenados á morir en la hoguera el año 1623, junto con otros cuarenta y siete cristianos, en su mayor parte japoneses, que sellaron con su sangre el triunfo de la fé. Angelis, Galvez y Fara Mondo tuvieron el consuelo de ver morir con gozo á todos sus compañeros en medio de las llamas, antes de verse á su vez atados al poste que debia conducirles al cielo. Desde entonces, la persecucion no tuvo límites, puesto que sin respetar la edad ni el sexo, fueron sucesivamente condenados á muerte muchos ancianos, mugeres y niños; diez y siete de estos últimos fueron sacrificados á presencia de sus mismos padres que, sufrieron despues la misma suerte. En la region de Oxu, mandada por Mazamoney, fué tambien inmolado el P. Diego Carvallo con otros varios cristianos, el dia 18 de febrero del año 1624. Despues de haberse hecho sufrir al misionero y á sus inocentes ovejas todos los tormentos para probar su constancia, sin que ninguno de los confesores diese la menor prueba de debilidad, á pesar de haber muerto dos de ellos en los tormentos, sufrieron al anochecer el último suplicio; siendo el alma del P. Carvallo la última que abandonó su cuerpo, para volar á la eterna mansion de la dicha. (Pl. CIX, n.° 1.) El gobernador de Filipinas, que para fomentar el comercio, habia enviado dos agentes al Japon, no tardó en convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos, sobre todo al ver que no solo habian sido espulsados sus agentes, sino que hasta habia dado el emperador una órden cerrando á los mercaderes de Europa y de la India todos los puertos del reino, escepto los de Nangasaki y Firando, que continuaban abiertos á los portugueses y holandeses. En la imposibilidad de mandar los jesuitas jóvenes al Seminario japonés, que su general Mucio Vitelleschi habia hecho fundar en Macao, para que fuese un semillero de catequistas y apóstoles, por las dificultades que ofrecia la entrada de operarios evangélicos en el Japon, donde era la persecucion cada vez mas sangrienta, se temió con fundamento la ruina de aquella pobre iglesia. Todos los sentimientos de humanidad parecian haberse estinguido enteramente en el corazon de los perseguidores; el gobernador de una ciudad inmediata á Omura, hizo llamar á un gran número de fieles, y como intentase hacerles abjurar por medio de amenazas, le contestó el mas jóven de los cristianos en nombre de todos, que serian vanos todos sus esfuerzos para hacerles apostatar. Asombrado el gobernador en vista de su atrevimiento, mandó que le llevasen un brasero encendido, y dirigiéndose al jóven cristiano, le dijo: «Quiero confundir tu orgullo, ¿podrias tener ni un momento siquiera el dedo dentro de este brasero?» Sin proferir ni una sola palabra, se abalanza el cristiano con resolucion hácia el brasero, pone el dedo en él y deja que se le queme el dedo y parte de la mano sin proferir ni una queja, como si no sintiese ningun dolor. (Pl. CIX, n.° 2.) Fué tal la admiracion del gobernador, que en su entusiasmo abrazó al generoso cristiano, y les permitió á todos practicar libremente su religion. Sin embargo, como hemos dicho antes, fué enteramente contraria la conducta observada por todos los gobernadores de las demás provincias. Los franciscanos Luis Sotello y Luis Sansandra, con su criado Luis, de la tercera órden, el dominico Pedro Vasquez y el jesuita Miguel Carvallo, detenidos en la cárcel de Omura, fueron sacados de ella el dia 24 de agosto del año 1624 (1), para ser condenados al dia siguiente á las llamas en la póblacion de Faco. Pocos momentos antes de espirar, dirigió Carvallo á los espectadores un discurso patético acerca de las eternas verdades; pero irritados los gefes al oir los ataques que dirigia Carvallo contra su secta, mandaron anticipar su suplicio. Deseoso uno de los ver-

(1) Fontana (*Monumenta dominicana*), supone equivocadamente que tuvo lugar el martirio de aquellos religiosos el año 1628. (Nota del Autor.)





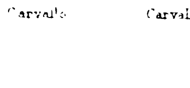


[illegible] despues [illegible]. En la [illegible] Diego Carvallo [illegible] cristianos, el dia 18 de febrero del año 1624. Despues de haberse hecho sufrir al misionero y á sus inocentes ovejas todos los tormentos para probar su constancia, sin que ninguno de los confesores diese [illegible] prueba de debilidad, á pes[illegible] dos de ellos en los [illegible] checer el [illegible] del P. C[illegible] su cuerpo [illegible] la [illegible]

[illegible] que [illegible] la entrada de [illegible] evangélicos en el Japon, donde era la [illegible] con cada vez mas [illegible] con fundamento [illegible] de aquella [illegible]. Todos los [illegible] tos de humanid[illegible] [illegible] mente [illegible] en vista [illegible] llevase [illegible] casero [illegible] cristi[illegible] orgullo [illegible] era el [illegible] proferir [illegible] cristi[illegible] tal [illegible] del [illegible] entusiasmo [illegible] á todos [illegible] Sin embargo [illegible] fué [illegible] conducta [illegible] dias. Los [illegible] Sansandra [illegible] órden [illegible] Miguel [illegible] de Omura [illegible] 24 de agosto [illegible] denados [illegible] blacion [illegible] espirar [illegible] discurso [illegible] des; pero [illegible] que dirigia [illegible] anticipar su [illegible]

1 Fontana *Monumenta* [illegible] te que tuvo lugar el martirio [illegible] 1624. (Nota del Autor.)





Carvall… Carvall…



Épreuve du feu

Prova del fuoco Prueba del fuego

dugos de aumentar en lo posible los tormentos de Vasquez, se le subió á los hombros, nuevo insulto que recibió el dominico con una paciencia que enterneció á los espectadores. El piadoso hermano Luis, del que la llama acababa de romper las cuerdas, fué á arrodillarse á los piés de los cuatro sacerdotes, y despues de recibir su bendicion y de besarles la mano, fué á colocarse nuevamente en su poste, donde terminó gloriosamente su sacrificio. Tambien Sasandra intentó ir á saludar á los compañeros de su martirio; pero el fuego le habia lastimado de tal modo los piés, que no le fué posible dar ni un solo paso. Despues de tres mortales horas de sufrimiento, espiraron todos los cristianos, admirando á los espectadores con su valor y su heróica constancia. Cuando á principios del año 1625, logró el xogun-sama dominar enteramente á los príncipes y dai-mio, que habian conservado una parte de su antigua independencia, empezó la persecucion con mas rigor que nunca, por no atreverse nadie á faltar en lo mas mínimo á las órdenes del tirano. La llegada de algunos religiosos procedentes de Filipinas, hizo adoptar tales precauciones, para impedir á los misioneros su entrada en el Japon, que Gerónimo Rodriguez y Andrés Palmeyro, enviados sucesivamente por el general de los jesuitas en calidad de visitadores, intentaron inútilmente penetrar en él por las vias de Macao, Siam y la isla Formosa. Tres años hacia que el P. Francisco Pacheco, provincial de los jesuitas y regente de la diócesis, gobernaba con prudencia la iglesia del Japon, cuando por órden de Bungondono, entonces daimio de Arisma, fué arrestado en Cochinotzu con Gaspar Sandatmazu, su compañero, sus huéspedes y todos sus catequistas. El P. Zola, al que el P. Juan Bautista de Baeza habia dicho en cierta ocasion: «Bendito seais por aquel en cuya honra moriréis en una hoguera,» fué preso tambien en Sima-bara, con Juan Naysen, su huésped y el coreo Vicente Caun, su catequista. La misma suerte cupo al P. Baltasar de Torres, en Nangasaki, siendo trasladado á la cárcel de Omura, en la que fueron á reunírsele Pacheco y Zola, para sufrir con él el suplicio de la hoguera. Al ver Torres á su provincial en el lugar de la ejecucion, el dia 20 de junio del año 1626, corrió á arrojarse en sus brazos, de los que solo pudo separarle la muerte. Pronto consumió la llama á aquellos esforzados trece mártires, entre los que habia nueve religiosos; y como ya el dia 8 de mayo anterior habia arrebatado la muerte á Juan Bautista de Baeza y Gaspar de Castro, fué aquel suplicio un golpe mortal para la atribulada iglesia del Japon. Juan Naysen, huésped del P. Zola, despues de haber despreciado todas las amenazas, faltó por un momento á su deber, para evitar que fuese su esposa Mónica puesta á disposicion de algunos libertinos: «Crueles, esclamó, no deshonreis á mi esposa; haré todo cuanto querais.» Sin embargo, el dia 12 de junio del año 1626, espió aquel momento de debilidad con una muerte heróica. El dominico Luis Xanch, murió quemado en Omura á 26 de julio del propio año. Como se viese el gobernador de la provincia de Arima amenazado de perder el destino, por haber sido descubiertos en su jurisdiccion algunos religiosos, resolvieron él y sus demás colegas perseguir á los cristianos con el mayor encarnizamiento. Testigos los holandeses de los escesos cometidos en Firando, trataron de ellos con horror diciendo, que se arrancaban las uñas á los cristianos, que se les atravesaban las piernas y los brazos con vilebrequies, y se les arrojaba en hoyos llenos de víboras, y que se les hacia espirar el humo del azufre por medio de tubos, en los que pegaban fuego. A fin de hacer mas cruel el suplicio de las madres cristianas, las azotaban con la cabeza de sus propios hijos; en el rigor del frio, se obligaba á los mártires, tanto hombres como mugeres, á permanecer desnudos, haciéndoles recorrer de aquel modo la ciudad para obligarles á la apostasía. Despues de haber hecho sufrir en Sima-bara los tormentos mas atroces á cincuenta cristianos, fueron conducidos á una

esplanada, donde se les estuvo por espacio de cinco dias magullando las carnes, procurándoles al propio tiempo todos los ausilios para prolongar su martirio. Un agente de Bungondono, dai-mio de Arima, reunió un gran número de cristianos en una sala, cuyo techo estaba cubierto de ascuas, y despues de haberles hecho desnudar, les mandó que se tendiesen sobre ellas, advirtiéndoles que el menor movimiento que hiciesen seria considerado como una señal de apostasía. Todos los cristianos sufrieron aquel tormento inaudito, sin que les obligára el fuego que les consumia á hacer movimiento alguno; el propio suplicio sufrió tambien Leon Keisayemon, anciano de setenta y dos años, en la provincia de Aria. Toda su familia, inclusa una niña de cuatro años, tuvo que sufrir la misma prueba; teniendo Leon el consuelo de morir, despues de haber presenciado el glorioso triunfo de todas las personas que le eran mas queridas. Otro de los tormentos que se emplearon con mas frecuencia para abolir la fé cristiana, fué el del agua sulfúrea del monte Ungen, situado en el Fizen, entre Nangasaki y Sima-bara. Es una alta montaña de tristísimo aspecto; su cumbre blanquecina, puede decirse que es una enorme masa calcinada; despide un humo denso que se distingue á la distancia de tres leguas y ecsala su suelo un olor de azufre que no permite á las aves acercarse á aquel monte de algunas millas. Cuando llueve, vese hervir en seguida el agua, y parece convertirse todo el monte en un inmenso horno; forma diferentes simas entre las que hay profundos barrancos, en cuyo fondo está el agua hirviendo de contínuo; salen de uno de aquellos abismos exalaciones tan infectas, que se le ha dado el nombre de *Boca del infierno*. Está aquel abismo lleno de agua, que aunque no es caliente como la de los demás, se nota á veces en ella un hervidéro producido por el mucho azufre y demás materias que contiene, cuya sola vista espanta. Nadie habia pensado siquiera en atormentar en aquel mar de azufre á los malhechores, como lo hacian en otros precipicios, cuando se le ocurrió al dai-mio de Arima, probar en él la constancia de los cristianos; así que, hizo conducir á aquel sitio á doce de ellos, entre los que habia Pablo Ucibory, natural de Simabara, el cual habia triunfado hasta entonces de todos los tormentos. Al llegar junto á la *Boca del infierno*, Luis Sinzaburo, otro de los cristianos, inspirado por la misma fé que impulsó en otro tiempo á Sta. Apolina á lanzarse á las llamas, se arrojó al abismo pronunciando los nombres de Jesus y María. Otros muchos cristianos, y tal vez casi todos, habrian seguido su ejemplo, á no haberles advertido Ucibory que prohibia la ley de Dios darse la muerte; así, pues, aguardaron todos á que se les torturase del modo mas cruel, despues de lo cual fueron arrojados al abismo. Luego se inventaron con aquella agua otros mil suplicios, consistiendo el mas frecuente en hacer tender al paciente desnudo sobre el borde del abismo, y arrojar gota á gota el agua sobre su cuerpo; como cada gota formaba una úlcera, en breve estaba el cuerpo de los mártires convertido en una horrorosa carnicería. A veces duraba quince dias aquella prueba terrible, pasados los cuales eran arrojadas las pobres víctimas, como los caballos en un muladar, sufriendo una agonía horrorosa y lenta. Tan crueles y variados suplicios dieron al fin por resultado algunas apostasías. Entre los mártires que sufrieron el tormento el año 1627 en Nangasaki, se cita al P. Francisco de Santa María; y al hermano Bartolomé, de la órden de San Francisco; tambien el P. Tomás Tzugi, jesuita portugués, fué quemado vivo el dia 6 de setiembre del propio año. Viendo empero el gobernador Cavacci que nada adelantaba con la muerte de los fieles, resolvió apurar su paciencia por medio de los tormentos, sin procurarles el consuelo de morir por Jesucristo, con lo que logró hacer apostatar á algunos. En cierta ocasion prohibió entrar en sus casas á los fieles que estaban fuera, y salir de ellas á los que estaban dentro; otra vez obligó á salir de la ciudad á mas de cuatrocientas personas sin mas vestido que el que llevaban pues-

to, prohibiéndoles hospedarse ni recibir el menor socorro en parte alguna. Como se hubiese vanagloriado el dai-mio de Arima de haber acabado con el cristianismo en su provincia, se previno á Cavacci que le enviase todos los cristianos que no le habia sido dado esterminar, y los cuales se vieron nuevamente espuestos á las persecuciones mas terribles, desde el momento que llegaron á la provincia del cruel Bungondono. El mas horroroso de todos los tormentos adoptados por aquel tirano, fué el llamado «surunga»: consistia en hacer desnudar al paciente, hacerle echar despues boca abajo y colocarle una piedra enorme sobre el espinazo; luego se le ataban fuertemente á ella las piernas y los brazos, se le levantaba despues á cierta altura y se le dejaba caer, causándole su violenta caida horribles dolores que le dejaban sin sentido. Entonces se le prodigaban todos los ausilios para hacérselo recobrar, y se le preguntaba despues de haber lo logrado, si estaba pronto á obedecer al xogun-sama; caso de que contestase el paciente negativamente, se le condenaba al mismo tormento hasta que hubiese apostatado ó muerto. Joaquin Iqueda, cuya constancia triunfó de la doble prueba del surunga y de la Boca de infierno, halló en cierta ocasion á un bárbaro japonés que le quitó el vestido; al ver el idólatra á aquel esqueleto en vida, cubierto de llagas, se apartó con horror llenando al mártir de injurias. Este se limitó á preguntarle sonriendo, si habia algun nuevo tormento que emplear contra él. «Qué es lo que mas puede hacérseos?» contestó el idólatra. — Abrírseme la espalda é introducirme en las carnes fango abrasador del monte Ungen, y emplear otros mil tormentos que no puedo esplicar y que sabré sufrir. No fué menor el heroismo de Miguel Nagaxima, jesuita portugués, que sufrió los mismos tormentos que Iqueda. La órden seráfica tuvo tambien entonces tres mártires; la de la órden de Predicadores vió así mismo morir á Domingo Castelet, provincial, y á dos religiosos legos. Todos los dominicos de Filipinas sin distincion ambicionaban alcanzar la palma del martirio, sobre todo desde el capítulo general celebrado en Tolosa el año de 1628, en el cual se resolvió encargar á aquella provincia dominicana que enviase al Japon el mayor número posible de sus hijos. Pero considerando Felipe IV que desde que habian entrado en aquel imperio religiosos de diferentes órdenes, no habia hecho la fé tantos progresos como cuando la evangelizaban los jesuitas solos, y que la rivalidad entre los diferentes institutos, habia causado en gran parte la espulsion de los apóstoles, mandó que por espacio de cinco años fuesen los jesuitas los únicos autorizados para pasar al archipiélago. En virtud de aquella órden solo entraron en el Japon los pocos jesuitas de quienes vamos á ocuparnos, y dos ó tres dominicos. Respecto de los agustinos, los PP. Bartolomé Gutierrez, Francisco de Jesus y Vicente de San Antonio, gimieron durante dos años en Omura con el jesuita japonés Antonio Iscida, en un calabozo que tenia á lo mas una toesa en cuadro. Hácia aquella época parecieron adelantar las creencias cristianas en el norte de la isla de Nifon, lo que perdian en la isla de Kiousiou, por recorrer los jesuitas Mateo Adami, Juan Bautista Porro, y otros dos de sus compañeros las regiones septentrionales con tanto fruto como celo; con todo, tambien diezmó por último la persecucion aquella cristiandad naciente, sin ser empero tan terrible como la que ejerció Unemondo, nuevo gobernador de Nangasaki, nombrado por el déspota que habia jurado borrar de sus estados hasta el recuerdo del nombre cristiano. Cuando habia logrado Unemondo por medio del tormento hacer apostatar á algunos fieles, obligaba á los renegados á firmar lo siguiente: «Creo y confieso que la ley de los cristianos es una invencion y una obra del demonio, y como tal la rechazo. Si algun religioso quiere obligarme á abrazarla de nuevo, juro no consentir en ello, renuncio no solo por mí, sí que tambien por mi muger y mis hijos á las creencias católicas, y si llego á faltar al juramento prestado, consiento en ser quemado vivo con

todos los mios. » Todavia llegó á ser aquella fórmula mucho mas horrible durante el mando de los sucesores de Unemondo : decíase en ella que era el cristianismo una industria para los religiosos europeos que, solo la predicaban para conquistar reinos; contenia además horrendas blasfemias contra la Trinidad y nuestros santos misterios, así como tambien se decia en ella renunciar á los bienes eternos de que creian gozar observando el cristianismo. En su ciego furor, llegó acusar Unemondo al dai-mio de Arima de ser benigno para con los cristianos; por lo que, temiendo Bungondono caer en desgracia, se entregó con mas ardor que nunca á la persecucion de los fieles, no parando hasta inventar nuevos suplicios que sobrepujasen en crueldad á todos los anteriores. Eran tan insoportables los nuevos tormentos, que contemplaba su bárbaro autor con orgullo su resultado, cuando se dignó Dios herirle como á Antíoco; atacóle una fiebre que abrasaba su cuerpo, por lo que se hizo conducir á las aguas termales de Obama, las cuales solo podian tomarse temperadas; era tal empero el fuego que abrasaba al príncipe, que se hizo meter en el baño sin tomar aquella precaucion por hallarle frio, pero apenas estuvo en él, empezó á caerle la carne á pedazos. Murió aquel tirano sufriendo los tormentos mas atroces, en el mes de diciembre del año 1630; sin que aquel ejemplo de la justicia divina contribuyese á calmar en lo mas mínimo el furor de Unemondo, gobernador de Nangasaki.

La sílaba *to*, añadida al principio de un nombre, indica entre los japoneses celebridad y fama. Así que, habiendo muerto el xogun-sama á fines del año 1630, su hijo Jemitz, se hizo llamar to-xogun-sama, para indicar que era superior á todos sus antecesores, como lo habian sido estos respecto á los dai-mio. Al poco tiempo de ocupar el trono aquel nuevo monarca, empezó á notar los primeros síntomas de la lepra, de la que no tardó en verse cubierto; aquel castigo que parecia deber contener al monstruo, aumentó mas y mas su ódio contra la Iglesia del Japon, que pereció gloriosamente entre sus garras. Murieron muchos mas cristianos durante su reinado, que no habian muerto desde que empezó la persecucion. Dirigió el nuevo déspota sus primeros golpes contra Yedo y Osaka, y no tardaron la provincia de Nangasaki y el monte Ungen en ser teatro de los mas sangrientos horrores. El agustino Gutierrez, sus dos hermanos en religion, y el jesuita Iscida, detenidos hacia dos años en las cárceles de Omura, fueron víctimas de Unemondo. « Si queréis causarme una verdadera pena, decia Iscida al feroz gobernador, amenazadme con quitarme la vida. » El 4 de diciembre del año 1631, fué conducido el mártir al monte Ungen, donde despues de haberle dislocado los huesos, se le tuvo suspendido en el aire por espacio de un mes, rociándole cada dia todo el cuerpo con el agua hirviente de la Boca del infierno, hasta que, cansados ya sus verdugos de torturarle, lo condujeron nuevamente á su cárcel, en la que permaneció hasta alcanzar la palma del martirio junto con los tres agustinos, el franciscano Gabriel, y algunos otros cristianos. La Iglesia del Japon, era entonces dirigida por el P. Mateo de Couros, consagrado hacia mas de treinta años á la conversion de aquellos isleños, el cual murió á 29 de octubre del año 1633, á la edad de setenta y cinco años, al ver los sufrimientos de la pobre grey que le estaba confiada. Tambien Francisco Buldrino, jesuita romano, no tardó en seguir á la gloria á su venerable provincial Couros. El jesuita japonés, Tomás Nikifori, fué quemado vivo en Nangasaki el dia 2 de julio del año 1633. Como hacia ya algunos años, que se deseaba mas bien la apostasía que la muerte de los cristianos, mandó el to-xogun-sama que el suplicio del fuego sucediese al del hoyo; he ahí en que consistia el nuevo suplicio (Pl. CX, n.° 1.) Se clavaban dos vigas en cada estremo del hoyo que sostenian otra viga transversal, á la que se ataba al paciente por los piés con una cuerda pasada por una polea, quedándole su cabeza suspendida y encerrada entre dos





[illegible] la Iglesia del Japon [illegible] pereció glo- [illegible] entre [illegible] murieron muchos [illegible] años [illegible] que no ha- [illegible] desde [illegible] la persecucion. [illegible] el nuevo [illegible] sus primeros golpes [illegible] Yedo y Osa[illegible] tardaron la pro- [illegible] de Nangasaki y el monte Ungen [illegible] teatro de los mas sangrientos horrores. El [illegible] Gutierrez, sus dos hermanos en reli- [illegible] santa Iscida, [illegible] termales de Obama [illegible] « Si quereis [illegible] decia Iscida al [illegible] quitar [illegible] la vid [illegible] año 163[illegible] fué [illegible] monte Ungen, donde [illegible] los [illegible] se [illegible] por espacio de [illegible] cuerpo [illegible] agua [illegible] de [illegible] á su [illegible] la [illegible] del [illegible]

[illegible] con tan [illegible] que [illegible] como á [illegible] saba su cuerpo, por lo que se hizo [illegible] a las aguas termales de Obama, las cuales solo podian tomarse temperadas; era tal empero el fuego que abrasaba al príncipe, que se hizo meter en el baño sin tomar aquella precaucion por hallarse [illegible] es- tuvo en él, em[illegible] de- zos. Mur[illegible] rios mas [illegible] del [illegible] justi- [illegible] sim- [illegible]

[illegible] verse [illegible] con- [illegible] dió

Gr[illegible] del Japon [illegible] teo de Co[illegible] ta años á [illegible] el cual [illegible] á la ed[illegible] años, [illegible] ver [illegible] sufrir [illegible] rey [illegible] tambien [illegible] Bo[illegible] jesu[illegible] no tardó [illegible] venerable provi[illegible] Tomas N[illegible] vi[illegible] Nangasaki el [illegible] Como [illegible] mas [illegible] su- [illegible] n.º 1 [illegible] como del [illegible] sal, á la [illegible] con una [illegible] pasada [illegible] su cabeza suspendida y encerrada entre dos





Épreuve de l'eau.

N. Rémond sculp.

PL. CX

tablas, que no le permitian distinguir objeto alguno. Despues se les dejó un brazo libre para que pudiesen hacer con él la señal de que renunciaban al cristianismo. Era tan terrible la posicion que hacia guardar á los mártires aquel horrendo suplicio, que no tardaban en arrojar sangre por la boca, y hasta por las orejas; con todo, habia cristianos que vivian en él ocho ó diez dias. Nicolás Keyan Fucunanga, natural de la provincia de Oomi, que vestia el hábito de San Ignacio hacia treinta y cinco años, fué el primero que murió en el suplicio del hoyo. Habiendo ofrecido los gobernadores de Nangasaki la suma de cuatro cientos escudos al que denunciase un misionero, lograron apoderarse en cuatro meses de diez y seis sacerdotes y otros varios religiosos, todos ellos jesuitas, escepto el dominico del Quitia y un lego japonés de la propia órden En el mes de agosto del año 1633, condenaron los gobernadores de Nangasaki á las llamas, á cuarenta y dos cristianos; hicieron además decapitar á otros once, y morir en el hoyo á diez y siete, entre los que habia cinco jesuitas, á saber: Manuel Borges, Jacobo Antonio Giannone, ambos sacerdotes, y Juan Kidera, José Reomuy é Ignacio Kingo, coadjutores japoneses, cuatro dominicos y dos agustinos. No era tan solo en Nangasaki donde habia sido adoptado el tormento del hoyo, puesto que fué Juan Yama sacrificado en él en la provincia de Oxu, el dia 10 de setiembre del año 1633. Miguel Pineda, otro jesuita japonés, murió de miseria al dia siguiente en Nangasaki; Luis Cafuzu, Tomás Riocan y Dionisio Yamamoto, indígenas de la propia órden, fueron condenados á las llamas en Kokura, capital del Bouzen; tambien sufrió Jacobo Taxucima el mismo suplicio, á 30 de setiembre, en la isla de Amakusa. Los PP. Benito Fernandez, portugués, natural de Borba, y Pablo Saito, japonés de la provincia de Tanba, fueron presos, suspendidos en el hoyo, y muertos á 2 de octubre en el monte Ungen, santificado por la generosa sangre de tantos confesores. Tambien murieron en los horrores del mismo suplicio los jesuitas Juan de Acosta, Sixto Tocuun y Damian Fucaya, en los dias 8 y 9, precediendo á los PP. Antonio de Sousa, Mateo Adami, Julian de Nacaura, y otros cuatro jesuitas japoneses, que fueron á su vez suspendidos y muertos en el hoyo, á 18 del propio mes. Recuérdese que cuando Sebastian Vieyra fué enviado á Roma el año 1623, donde llegó cuatro años despues, estuvo un buen rato á los piés de Urbano VIII, sin poder proferir ni una sola palabra, por impedírselo las lágrimas que le hacia derramar la triste suerte de la iglesia del Japon. Despues de haber llorado con él Urbano VIII, contestó á las cartas de que era Vieyra portador, con cinco breves, en los cuales decia á los cristianos japoneses, que gustoso derramaria su sangre para asegurar su salvacion. «Id, dijo Urbano VIII al misionero, despues de haberle dado su bendicion; volveos al combate para continuar defendiendo la fé con peligro de vuestra existencia; si teneis la dicha de derramar vuestra sangre por una causa tan santa, os pondrémos solemnemente en el número de los santos mártires que la iglesia romana venera.» El siervo de Dios, en humilde trage de marinero chino, desembarcó en el mes de febrero del año 1632 en una costa desierta del Japon, y besando con respeto aquella tierra, dijo: «Hé ahí el punto en que debo reposar hasta la consumacion de los siglos.» El P. Cristóbal Ferreyra, que habia sucedido á Mateo de Couros, en el cargo de provincial de los jesuitas y regente de la diócesis, sufrió el tormento del hoyo en Nangasaki, donde hizo la señal de apostasía á las cinco horas que lo estaba sufriendo. Confióse entonces á Vieyra el cargo de director de la iglesia del Japon. Asombrado el que le asistia en el sacrificio del altar, de ver hervir el vino convertido en sangre del Redentor en el fondo del cáliz, interpretó aquel milagro como un presagio de la próxima muerte del siervo de Dios, el cual en efecto, fué preso al poco tiempo cerca de Osaka, y conducido con otros cinco jesuitas y el franciscano Luis Gomez á

la cárcel de Omura. Como le viesen sus carceleros hacer á los pocos dias sus preparativos de viage, preguntaron á Vieyra cual era el objeto que se proponia, á lo que les contestó, que se disponia á partir para la capital del imperio. Creian los carceleros que habia perdido el juicio, hasta que recibieron al dia siguiente la órden del to-xogun-sama para trasladarle con sus compañeros á la ciudad de Yedo. Por mas que desease verle el monarca, no se presentó á su vista, por haber una ley en el Japon que prohibe condenar á muerte al criminal que haya estado, aunque sea una sola vez, á presencia del soberano. Con todo, enviaba cada dia personas de su confianza á la cárcel, á fin de que los enterase el P. Vieyra de los usos y costumbres de Europa. Por último, se le intimó que debia renunciar á la religion que profesaba, ó bien disponerse á sufrir todos los tormentos, y á morir luego en un espantoso suplicio. El religioso se limitó á contestar que habia recibido infinitos bienes del Dios que adoraba; que las divinidades del Japon no podian dispensarle bien alguno, y que seria por lo tanto un ingrato y un necio en abandonar á un Dios omnipotente y benéfico, para tributar culto á falsos dioses de madera que no tenian ningun poder. Luego añadió que no tenian para él las promesas atractivo alguno, y que no le causaba la muerte ningun temor, por saber que era su alma inmortal. A los dos dias, recibió Vieyra la órden de esponer por escrito los principales artículos de nuestra fé, los cuales quiso tener el consuelo de firmar el franciscano Gomez. El to-xogun-sama, leyó aquel escrito con una atencion profunda, y dijo: « Es ese europeo un hombre de talento; á ser cierto lo que dice sobre la inmortalidad del alma, ¿qué será de nosotros? » Como temiesen los cortesanos al verle tan preocupado que abrazase la religion cristiana, procuraron hacerle firmar la sentencia lo mas pronto posible. Condenóse á Vieyra y á sus compañeros á ser suspendidos en el hoyo, hasta que exhalasen su postrer aliento; Vieyra, sin embargo, dijo á sus verdugos, que él no moriria en el hoyo, sino en la hoguera; y en efecto, cuando á los tres dias de sufrir el tormento se le encontró sano y salvo, fué condenado á las llamas el dia 6 de junio del año 1634. Cuando se recibió en Macao la noticia de aquel martirio, se celebró el triunfo de Vieyra con fiestas é iluminaciones que duraron trece dias; repitiendo los holandeses que miraban con horror las ideas de los sacerdotes romanos, sobre varios puntos esenciales del cristianismo, y que, por su parte no pararian hasta lograr su esterminio. Los buques que enviaron en el año 1635 desde Makao á Nangasaki, hallaron á la entrada del último puerto una especie de isla, en la que habia diferentes casas en forma de calle, que se unia á la ciudad por medio de un puente, cerrado por una puerta en la que habia un cuerpo de guardia. Cuando hubo bajado la marea, la isla de Desima (tal era su nombre) no estaba separada de la ciudad mas que por un simple foso. Los gobernadores de Nangasaki declaron á los portugueses que únicamente podrian habitar en lo sucesivo aquellas casas, prohibiéndoseles además, á instancias de los holandeses, el que levantáran fuera de aquella isla ninguna cruz ó imágen, que recordase á los indígenas la idea del cristianismo. Dióse al propio tiempo una órden previniendo que todos los japoneses llevasen un ídolo al pecho, ó cualquiera otra seña esterior que indicase la secta á que pertenecian. Para asegurar que no penetrase en el imperio ningun misionero ni otro cristiano alguno, se dispuso que todos los estrangeros que desembarcasen en el Japon, fuesen conducidos á un sitio llamado Xoga, ó inquisicion, donde se les obligaria á pisar la imágen del Salvador de los hombres, la de su Santísima Madre y otros santos; esceptuando únicamente á los mercaderes de Europa autorizados para hacer su comercio. Es incierto, dice Charlevoix, hubiesen cometido los holandeses aquella impiedad, por mas que creyesen poder hacerlo sin faltar, insiguiendo los principios de su supuesta reforma, atendido que opinan sobre esto como pensaban antes los

iconoclastas. No es estraño que despues de tantas precauciones, se viese la iglesia del Japon sin pastores; sobre todo cuando el martirio acababa de arrebatarle los últimos que le quedaban, siendo uno de ellos el jesuita Jacobo Yuki, suspendido en el hoyo de Osaka en el año 1936. Tambien la apostasía diezmó un tanto aquella milicia perseguida, puesto que, además del P. Cristobal Ferreyra, provincial de los jesuitas, renunció tambien al cristianismo Tomás Sama, sacerdote japonés, para salvar su vida. A ciento ascendia el número de los jesuitas muertos en el Japon en los mas espantosos suplicios, y al de mas de tres cientos los que habian sucumbido en las otras partes del mundo en menos de un siglo, borrando de antemano la mancha con que empañó mas tarde el P. Ferreyra, en concepto de algunos, el buen nombre de la Compañía. Somos por lo regular tan injustos los hombres, que bastó la falta de un solo jesuita para hacer olvidar el sacrificio de cuatrocientos de sus hermanos. «No sé, añade Charlevoix (1), si puede la Compañía dejar de esperimentar cierto *gozo*, al ver la viva impresion que han causado siempre en el mundo las faltas ciertas ó supuestas de algunos de sus hijos, lo que demuestra claramente ser aquellas faltas muy raras. A pesar de la fragilidad humana, se ha visto á la órden de San Ignacio esparcida por toda la faz de la tierra, y solo hasta ahora hemos visto entre sus hijos dos ó tres casos de debilidad, merced al heróico esfuerzo de que ha dotado á los mas de ellos la proteccion divina. Hé ahí porque aquellas raras faltas han exitado la admiracion del mundo.» De todos modos, es lo cierto que el apóstol del Japon dispuso una víctima para aplacar al cielo y pedirle el perdon del apóstata, en la persona de Marcelo Francisco Mastrilli, natural de Nápoles, hijo del marqués de San Marzano, duque de Monte Santo, y de Beatriz Caraccioli. Ya desde la niñez, fué Marcelo consagrado á Dios por sus padres; era aun novicio de la Compañía de Jesus, cuando aseguró que seria decapitado en el Japon; y hasta su madre, cuando hablaba de los mártires de aquella iglesia, contaba siempre en su número al hijo de su corazon. A los dos meses de haber apostatado Ferreyra en el año 1533, cayó sobre la cabeza de Marcelo un martillo desde la altura de veinte y cinco piés, como si la Providencia hubiese querido conducirle al borde del sepulcro, para verificar despues uno de los mas grandes milagros que jamás se hayan obrado. Desde el principio de la enfermedad de Marcelo, se le apareció el apóstol de Oriente, llevando un cirio en una mano y un bordon en la otra; y dijo al enfermo que escogiese entre el cirio, esto es, la muerte, y el bordon, ó sea el apostolado entre los infieles. El P. Mastrilli, contestó que solo deseaba el cumplimiento de la voluntad divina; satisfecho Javier, le hizo ver á un caballero de la órden de Alcántara, diciéndole que debia serle con el tiempo muy útil; conoció despues Mastrilli en aquel caballero á Hurtado de Corcuera, gobernador de Filipinas. Como fuese el enfermo debilitándose cada dia, obtuvo el permiso en 2 de enero del año 1634, para hacer el voto ante el provincial de pasar á las misiones de Indias, caso de que recobrase su salud. Habia recibido ya los últimos sacramentos, y parecia estar en la agonía, cuando dijo Mastrilli á un religioso, que al dia siguiente podria celebrar el santo sacrificio; durante la noche se le apareció San Francisco Javier, y despues de recordarle el voto que habia hecho la víspera, le hizo poner un relicario que contenia un pedazo de madera de la verdadera cruz, y repetir con él la oracion siguiente: «Leño sagrado, cruz preciosa; y vos, Salvador divino que la teñisteis con vuestra sangre, yo os saludo. Todo entero y para siempre me consagro á Dios, Redentor mio, suplicándoos me permitais morir en defensa de vuestro santo nombre; gracia que el apóstol de las Indias no pudo obtener despues de tantos trabajos.» Luego le hizo tambien repetir Javier estas palabras: «Renuncio á mi

(1) *Historia y descripcion general del Japon*, t. II. p. 392.

familia, á la casa paterna, á mis amigos, á la Italia y á todo lo que podria retardar ó entorpecer mi mision á las Indias, consagrándome enteramente á la salvacion de las almas, ante mi padre San Francisco Javier. » Curado casi instantáneamente, llamó á sus hermanos, y celebró al poco rato solemnemente ante toda la ciudad de Nápoles; no tardando en embarcarse en Lisboa con otros treinta y dos jesuitas. En el mes de julio del año 1636, visitó devotamente en la ciudad de Goa el sepulcro de San Francisco Javier, y desembarcó poco tiempo despues en Filpinas. Hurtado de Corcuera, que se disponia para conquistar la isla de Mindanaas, se llevó consigo al siervo de Dios, cuyos milagros, en concepto de toda el Asia, contribuyeron no menos que el heróico valor de los españoles á aquella gloriosa conquista. El gobernador de Filipinas que conocia toda la virtud del misionero, hizo el sacrificio de desprenderse de él para que fuese al Japon, por prever los señalados triunfos que habia de procurar á la religion cristiana. Embarcóse pues el P. Mastrilli á 10 de julio del año 1637, y llegó á Satsouma, siendo su designio dirigirse á Yedo, para anunciar el Evangelio á to-xogun-sama; habia penetrado ya en el interior de la gran isla de Kiousiou, cuando al verle los soldados japoneses enviados en su persecucion, en una actitud tan imponente y sublime, pues estaba orando en medio de un frondoso bosque, quedaron inmóviles. El siervo de Dios se levantó en seguida, y acercándose á ellos les dijo: « Yo soy el que buscais; ¿quién os impide prenderme? » En el momento en que los soldados se apoderaron de él, sintieron retemblarles el suelo bajo sus piés. Cuando el cinco de octubre fué presentado el P. Mastrilli ante los gobernadores de Nangasaki, vieron con asombro un círculo de luz en torno de la cabeza del misionero, y solo despues de haber desaparecido aquella brillante aureola, pudieron preguntarle acerca de la conquista de Mindanao, y del objeto de su viage. Como no satisfaciesen sus respuestas de modo alguno á sus verdugos, hicieron estos sufrir al misionero la prueba terrible del agua; atósele fuertemente, y despues de hacerle levantar la cabeza, se le obligó á tragar mas de un cántaro de agua por medio de un embudo. (Pl. CX, n.º 2.) Luego le pusieron una plancha sobre el vientre, y se sentaron en ella dos hombres para hacerle arrojar á la vez el agua y la sangre por diferentes partes de su cuerpo. Al ver que la constancia de sus compañeros de cautiverio se habia debilitado un tanto á consecuencia de aquellos tormentos atroces, les reprendió vivamente su debilidad, y sufrió mucho mas de lo que le habia hecho sufrir su largo martirio. Interrogado nuevamente Mastrilli por los gobernadores, se limitó á contestarles que habia ido al Japon por órden de San Francisco Javier; que si querian conducirle á presencia del emperador, él le curaria; que tenia una imágen del apóstol de Oriente que, con solo ponerla en un templo de los falsos dioses, obraria milagros que serian el asombro de todo el imperio. Aplicósele nuevamente el tormento, en el que mostró siempre la misma constancia; recobraba de tal modo sus fuerzas á las pocas horas de habérsele trasladado á su cárcel, que era visible en él la proteccion que le dispensaba el cielo. Habiéndosele advertido cierta noche que seria al dia siguiente suspendido en el hoyo: « No importa, dijo; la carne es débil, pero el espíritu es fuerte; no creais, sin embargo, que muera en este suplicio; solo el alfange podrá cortar el hilo de mis dias. » Retiróse luego en el fondo de su calabozo, donde le vieron á poco sus guardias absorto en una meditacion profunda, con el cuerpo levantado en el aire, rodeado de una luz vivísima. Informados los gobernadores de aquella maravilla, quisieron presenciarla, notando ademas del resplandor que circuia al mártir, un ancho rastro de luz desde el cielo á la cárcel; pero aunque asombrados, no revocaron su injusta sentencia, porque aunque los milagros puedan convencer el espíritu, raramente lograrán cambiar los corazones que el interés y la ambicion dominan. Una hora antes de ama-

necer el dia 14 de octubre de 1637, se obligó al confesor de Jesucristo á montar un mal caballo para ser conducido á la santa montaña, vistiendo una sotana raida que solo le llegaba á la rodilla. Se le afeitó una parte de la cabeza, frotándosela despues con una yerba rojiza, lo que es en el Japon una señal de ignominia, y despues de haberle atado las manos á la espalda, se le puso en ella un rótulo que contenia esta sentencia: « Los gobernadores de Nangasaki, condenan á muerte á ese insensato por haberse presentado en el Japon con el designio de predicar una ley contraria á la de los dioses del imperio. Acudid todos; debe morir en el hoyo, á fin de que sirva su muerte de ejemplo á los que tratasen de imitarle. » Despues de haber sufrido por espacio de diez y siete dias aquel horrendo suplicio, vieron sus verdugos con asombro que estaba el misionero sano y salvo como antes; debiéndose celebrar al dia siguiente la fiesta de una de las divinidades del país, en cuya solemnidad no era permitido hacer sufrir á los criminales, mandaron los gobernadores que fuese el Padre Mastrilli decapitado. En su virtud, se le sacó del hoyo, cayó de rodillas el misionero, y descargó el verdugo su golpe sin resultado, hasta que dando con mas furia un nuevo golpe sin obtener tampoco su objeto, arrojó el alfanje y se alejó aterrado. Entre tanto continuaba el mártir absorto en una dulce contemplacion, y terminada su última plegaria, llamó al verdugo, le dijo que tomase otra vez su alfange, asegurándole que seria aquella vez su golpe seguro. Con efecto, derribó el ejecutor sin gran esfuerzo la cabeza del misionero, mientras pronunciaba este los nombres de Jesus y María. La tierra se estremeció, y se levantó de repente á la vista de todos una nube densísima que fué prolongándose hasta envolver enteramente el palacio de los gobernadores. Redújose desde luego á cenizas el cuerpo del mártir, cuya sangre acababa de borrar la mancha que la apostasía de Ferreyra habia hecho en la Iglesia y en la Compañía de Jesús.

El triste cuadro que nos presentan los autores dominicos acerca de aquella persecucion, no es menos sombrío que el que trazan de ella los historiadores de aquella ilustre Compañía. Dice Touron que el ardor que abrasaba á los hombres apostólicos por la salvacion de las almas, era tanto mas admirable, cuanto que se aumentaban cada dia la persecucion y los tormentos contra ellos, teniendo siempre á la vista una muerte mas inevitable y violenta. La docilidad de muchos miles de infieles, que merced á la voz de la gracia, renunciaban al sacrílego culto de los ídolos, recompensaba á los misioneros sus afanes, y les procuraba los mas dulces consuelos; no habia fatiga, peligro ni tormento que no soportasen con gusto los apóstoles por no abandonar á los nuevos cristianos, ó por aumentar su número. Cuando no podian ejercer públicamente su ministerio, en los antros, los bosques y montañas, prodigaban de noche á los fieles los cuidados que no podian procurarles de dia, por mas que fuesen cada vez mas terribles los edictos que daba el emperador contra ellos. En su virtud, los magistrados ó gobernadores procedian cada dia á ejecuciones sangrientas, unos por complacer al príncipe, otros por temor de desagradarle, ó por profesar ciegamente el culto de satan. Pero si eran los fieles tratados en una parte del Asia como lo fueron los primeros cristianos en tiempos de Neron y Diocleciano, la vivacidad de su fé, su constancia y su firmeza fueron en un todo dignas de los antiguos mártires. Muchos fueron los japoneses de todas condiciones, edad y sexo que derramaron generosamente su sangre, sin que la atrocidad y lentitud de los suplicios pudiese arrancarles una palabra, un signo siquiera, que la religion desaprobase; lo que no debe estrañarse si se atiende á que eran los fieles ministros del Evangelio los primeros en infundirles aliento en los suplicios, sellando con su sangre las verdades que les habian enseñado. Fontana habla de los dominicos Jordan de San Esteban y Tomás de San Jacinto, martirizados en el año 1636; tambien murieron por su fé los cuatro dominicos Guillermo Courtel, de nacion francés, los

españoles Antonio Gonzalez y Miquel de Ojaraza, y el japonés Vicente de la Cruz. Fué tal la intrepidez de aquellos cuatro campeones de Jesucristo, que inspiró á dos nuevos cristianos la heróica resolucion de seguirles en el camino del martirio; teniendo los seis la dicha de morir por Jesucristo en Nangasaki, á mediados de setiembre del año 1637. El general Nicolás Rodolfo, tan pronto como supo aquellas muertes gloriosas, las comunicó á todas las provincias de la órden de Santo Domingo, á fin de escitar una santa emulacion entre todos los religiosos, é inflamar mas y mas el ardor de los que estaban destinados á ejercer un dia aquel ministerio de caridad sublime. Y en efecto, hubo muchos dominicos que se ofrecieron para reemplazar á sus hermanos; pero no les fué posible penetrar en el Japon, á pesar de haberlo intentado repetidas veces.

La provincia de Arima era á la sazon gobernada con tanta dureza, que, exasperados al fin los cristianos, se sublevaron contra el daimio, logrando apoderarse de Sima-bara; pero, merced á la intervencion de la artillería holandesa, acabaron por perecer todos ellos. La sórdida codicia de aquellos bárbaros reformadores, indignos de llevar el nombre europeo, para librarse de toda competencia comercial, sugirieron al to-xogun-sama la idea de que los portugueses habian sido los instigadores de la rebelion, y que so pretesto de enseñarles la ley cristiana, inducian á los pueblos á la desobediencia. En virtud, pues, de aquella denuncia, dióse el año 1638 un edicto, prohibiendo bajo pena de la vida á los súbditos de las reunidas coronas de Portugal y España la entrada en el Japon, donde solo los holandeses podrian ejercer en lo sucesivo libremente su comercio. En vano la ciudad de Macao envió en el año 1640 una solemne embajada para que quedase sin efecto aquella injusta disposicion; puesto que no solo dejó de accederse á su demanda, síno que llevaron los japoneses su barbarie y su ódio al cristianismo hasta el punto de hacer decapitar á los cuatro enviados: Paez Pacheco, Sanchez de Paredes, Monteiro de Carvailho y Vaz de Pavia, por no haber querido estos cuatro ilustres varones renunciar á la ley de Jesucristo. Los pocos que salvó el furor japonés de los que formaban parte de la embajada, se vieron obligados á reconocer los cuerpos de sus compañeros martirizados, reunidos todos ellos en una gran caja, sobre la cual se leian estas palabras: «Mientras el sol vivifique y caliente la tierra, no se atreva ningun cristiano á penetrar en el Japon, sino quiere ser decapitado; el rey Felipe y hasta el mismo Dios de los cristianos sufrirán aquella pena, si llegasen á sentar el pié en estas regiones.» Muchas son las veces en que la justicia divina hace á los malos víctimas de sus mismas perfidias. Habian motivado los holandeses algunos años antes, que se encerrase á los portugueses en la isla de Desima, y era su triunfo completo desde que habian visto la espulsion de los que hacian como ellos el mas rico comercio del mundo; pero á su vez se vieron tambien encerrados en la vasta cárcel de Desima, viéndose obligados en el año 1640 á salir de la provincia de Firando, para ir á permanecer en la pequeña isla situada en el puerto de Nangasaki. Su comercio, además, que se habia aumentado considerablemente desde el año 1637, por haber podido entrar libremente en Persia y Bengala, y llenar los mercados del Japon de sedería y otros objetos de gran precio para los indígenas, empezó á decrecer en la época en que la espulsion de los portugueses les aseguraba el monopolio.

Hacia ya algunos años que no quedaban en el Japon mas que algunos jesuitas indígenas; siendo Pedro Cossui, natural de Omura, uno de los mas conocidos de entre ellos. Habiendo sido Cossui desterrado del Japon en 1614, atravesó á pié el imperio de la China, la gran península del Ganges, el Indostan, la Persia, Palestina y Turquía para dirigirse á Roma, donde abrazó la regla de San Ignacio. Así que hubo recibido las sagradas órdenes, quiso regresar á su patria, viéndose precisado, para verificarlo, á entrar como esclavo en los guarda costas de Nangasaki. Solo despues de dos

años de haber permanecido en aquel triste estado, logró Cassui pasar á las provincias del Norte, en las que obró muchas conversiones. A la edad de cincuenta y un años, se vió preso el misionero por los seides del to-xogun-sama, y conducido á la ciudad de Yedo, donde alcanzó la palma del martirio en el año 1639. Hácia la misma época, el P. Juan Bautista Porro, misionero el mas anciano del imperio, fué quemado junto con todos los habitantes del pueblecito en que vivió, al que pegaron fuego los japoneses sin permitir que saliese ninguno de sus moradores. Por grandes empero que fuesen los obstáculos opuestos por el gobierno japonés á la propagacion de la fé, nunca la Compañía de Jesus perdió de vista á los restos que quedaban del cristianismo en aquel desgraciado imperio. El P. Rubino, despues de haber cultivado provechosamente todas las iglesias fundadas por San Francisco Javier en las Indias, fué nombrado en el año 1639 visitador del Japon; y si bien se dispuso á partir en seguida para aquella region, no pudo sin embargo embarcarse en Manila hasta el *dia* 9 de julio de 1643. Llevóse con él á los cuatro jesuitas Alberto Mecinski, Diego de Morales, Antonio Capeci, Francisco Marquez, y tres sacerdotes seculares, resueltos todos ellos á seguir la gloriosa senda de los que los precedieron en el pais á que se dirigian. El 11 de agosto entraron los ocho misioneros en el puerto de Satsuma, en el que, habiendo sido descubiertos á los dos dias de su llegada, fueron presos y conducidos á la ciudad de Nangasaki; habiendo sido presentados á los gobernadores, les dirigieron estos por medio de un sacerdote apóstata, que se supuso ser el P. Ferreyra, la pregunta siguiente: «¿Por ventura ignorais los edictos del temible emperador del Japon? — Nó, contestaron los misioneros; pero el Dios de cielo y tierra, al que está súbdito el emperador del Japon como el último de los hombres, nos da órdenes contrarias, nos manda que vengamos á salvar los japoneses; y lo hacemos, por mas que nos espongamos á morir en los tormentos.» Sorprendidos los gobernadores al ver tanta firmeza, apelaron á todos los halagos para hacerles renunciar al cristianismo; pero sin aguardar Rubino á que el intérprete acabase de hablar, le reprendió con tanta energía el indigno cargo que estaba ejerciendo, que se retiró confuso, sin que volviese á presentarse mas durante su largo cautiverio. A los siete meses de sufrir los misioneros todos los tormentos con resignacion creciente, fueron condenados á morir en el hoyo, siendo tal la satisfaccion que les causó la lectura de su sentencia que, creyendo el gobernador no la habrian comprendido, mandó que les fuese comunicada por segunda vez. Aquel mismo dia fueron todos ellos conducidos al suplicio, en el que murieron en los dias 20, 22 y 24 de marzo, segun la fuerza vital con que resistieron el tormento cruel á que fueron condenados. Despues de haber espuesto sus cuerpos en la plaza pública, fueron quemados, y sus cenizas arrojadas al mar. Tan pronto como supo el P. Marquez el martirio del P. Rubino y de sus compañeros, tomó el partido de dirigirse á aquellas regiones para seguir las huellas de su digno predecesor en el provincialato de las Indias. Embarcóse, pues, en Filipinas con los PP. Francisco Casola, José Chiara, Alfonso Arrojo y el lego Andrés, desembarcando en las islas Lequios, pertenecientes á la jurisdiccion del dai-mio de Satsuma, en las que fueron tambien detenidos al poco tiempo de su llegada, y conducidos á la misma ciudad de Yedo. Algunos holandeses acudieron á su llegada, á fin de ver si conocerian á alguno de aquellos religiosos, para comunicarlo en seguida á los japoneses. «Los jesuitas, dice el baron Onno Swier de Haren (1), estaban sentados en una mala estera: su rostro era pálido y descarnado; sus ojos apagados y hundidos, sus manos purpúreas, á causa de los tormentos sufridos. Los holandeses, sentados tambien delante de ellos por órden de los jueces, oyeron que uno de ellos preguntó á los jesuitas, ¿por qué siendo su Dios omni-

(1) Observaciones históricas sobre el estado de la religion cristiana en el Japon, con respecto á la nacion holandesa, p. 66.

potente les abandonaba de aquel modo? A lo que contestó uno de ellos que, aunque el verdadero Dios parecia abandonarles en este mundo, les daba no obstante fortaleza para resistir en él todas las desgracias; y que aunque fuese su cuerpo sensible al dolor, gozaba su alma contemplaciones celestes, que les hacian soportables todos los tormentos. Descontentos los jueces de la respuesta del jesuita, hicieron entrar á Syovan (el P. Ferreyra) para que hablase á sus antiguos hermanos; pero no creemos deber repetir aquí los insultos que dirigió este mónstruo á aquellos hombres tan desgraciados como respetables, así como tampoco las horribles blasfemias que vomitó contra el Dios de los cristianos, y al que contestó con tanta energía como piedad el mas elocuente de aquellos jesuitas.» El to-xogun-sama hizo aserrar algunos miembros á los misioneros, de cuyas resultas murieron tres de ellos durante el tormento, y á los que sobrevivieron muy pocos dias los dos restantes.

Durante la minoría de Quane, despues que los regentes del imperio hubieron sofocado en el año 1651 la primera sublevacion de los príncipes japoneses, no fué tan violenta la persecucion que sufrieron los cristianos, y hasta llegó á vislumbrarse la esperanza de que cesase enteramente. Era esto debido á que, procurando el gobierno hacerse con un gran partido, temia escitar nuevas turbulencias tratando con severidad á los cristianos, los cuales eran ya en bastante número para infundirle respeto. Pero tan pronto como hubieron cesado aquellas circunstancias, y estuvo Quane en su mayor edad, volvió á ser la persecucion tan terrible como antes. El eclesiástico, de cuya apostasía hemos hablado al tratar de la del provincial de los jesuitas, acompañaba al suplicio á algunos mártires cuya resignacion volvió á despertar la fé en él, por lo que esclamó en voz alta ser injusta la muerte que se daba á aquellos inocentes. Procedióse inmediatamente á su arresto; y habiéndosele preguntado si habia vuelto á abrazar el cristianismo, contestó que detestaba á los dioses del Japon, y que nada deseaba tanto en el mundo como espiar su apostasía en el suplicio; luego manifestó públicamente en alta voz que era cristiano, por lo que se hizo ver que habia perdido la razon, y se le envenenó para que fuese su muerte ignorada. Tampoco el P. Ferreyra, continuó en la apostasía; viéndose al fin odiado, por creer los infieles que no queria descubrir el paradero de los misioneros que habian quedado en el imperio. Obligósele á casar con una japonesa, viuda de un platero chino, que habia sido condenado á muerte como autor de varios crímenes, si bien no llegó á consumarse el matrimonio, por inspirarse horror uno á otro los dos contrayentes. Yedo Tzua (nombre japonés del religioso apóstata, al que se llamaba tambien Syovan), no vivió con la muger á que se le obligó á unirse, ni quiso aceptar nunca de ella ningun recurso, á pesar de pertenecerle una parte de sus inmensas riquezas, y esto que debia ganar su sustento sirviendo de intérprete á los holandeses. Por último, obligado Yedo Tzua á guardar cama, minada su existencia por el remordimiento, la edad y sus enfermedades, manifestó que era cristiano; que habia hecho muy mal y se arrepentia de haberse separado de su Dios, al que estaba decidido á consagrar el resto de su vida, confiando alcanzar aun de su misericordia infinita, el perdon que apenas se atrevia á implorar. Cuando se le comunicó la sentencia de morir en el hoyo, pareció recobrar Ferreyra sus fuerzas, tanta fué la satisfaccion que le causó semejante noticia. En el dia señalado se le llevó á la Santa Montaña por no poder andar, y á la vista de aquel lugar santificado por la sangre de tantos mártires, se reanimaron sus fuerzas, y sufrió en él por espacio de cinco dias los tormentos que diez y nueve años antes no habia podido soportar cinco horas. Hasta su último suspiro no cesó de repetir su profesion de fé bendiciendo al Señor. Dice Wagenaar que aumentó considerablemente la persecucion de los cristianos en el año 1658 (1).

(1) Onno-Svier de Haren, *Estudios históricos sobre el estado*



Tambien Indyk refiere que en el año 1660, vió en Nangasaki conducir al suplicio á unos noventa cristianos, y Van Zelderen afirma á su vez, que vió posteriormente morir en Kagosima once japoneses y tres sacerdotes portugueses, clavados en una cruz, y á fuego lento. Consta así mismo, dice Kœmpfer, que habia en el año 1692 cincuenta cristianos en las cárceles de Nangasaki, procedentes de la provincia de Bungo, que fueron condenados sin duda á encierro perpétuo.

De todas las invenciones empero que el infierno sugirió á los emperadores del Japon para abolir el cristianismo, ninguna hubo tan eficaz como el *Jesumi*, nombre formado probablemente de los de Jesus y María. Hé ahí lo que dice Charlevoix respecto de aquella horrible y sacrílega ceremonia: « Con el mayor placer consigno; que no existe ninguna prueba de que fuesen los holandeses la causa de que se inventase aquel horrible medio; veamos de que modo fué llevado á efecto. A fines de año, se dispuso en Nangasaki, en el distrito de Omura y en la provincia de Bungo, únicos puntos en que se sospechaba hubiese cristianos, una lista exacta de todos sus habitantes, sin escepcion de sexo ni edad; y el segundo dia del primer mes del año siguiente, los *ottonas* (comisarios de policía), acompañados de sus dependientes y de un escribano, iban de casa en casa haciendo llevar dos imágenes, una de Nuestro Señor clavado en la cruz, y otra de su Santísima Madre, ó de cualquier otro santo. Hacian presentar á su llegada al gefe de la familia, su esposa, sus hijos, los criados de uno y otro sexo, los inquilinos y hasta los vecinos cuyas casas no bastasen á contener tanta gente; á medida que se presentaban, se les obligaba á pisar las imágenes colocadas al efecto en el suelo. Cuando se habian recorrido todos los barrios, los empleados á su vez hacian el *Jesumi*, en presencia de testigos, y luego sellaban el acta levantada. Formábase además desde el año 1666, de órden del emperador dairi Kinsen, una comision en todas las ciudades y pueblos, para averiguar á que secta pertenecia cada uno de sus habitantes. » Fontaney (1) habla tambien de este modo de una formalidad análoga, á que se sujetó á los chinos que hacian su comercio en el Japon. « Así que llegaba al puerto un buque de aquella nacion, se trasladaban inmediatamente á él los dependientes de la autoridad, y hacian un escrupuloso reconocimiento, arrojando al mar cuantos libros chinos encontraban, sin tomarse siquiera la molestia de examinarlos. Luego se preguntaba á cada cual su edad, y el negocio á que se dedicaba, y particularmente la religion á que pertenecia; despues de aquel exámen, ponian los japoneses en el puente una plancha de cobre, en la que habia grabada una imagen de Jesucristo crucificado, obligando á los chinos á pisarla con la cabeza descubierta y los piés descalzos. Por último, se les leia un escrito que contenia las mayores invectivas contra la religion cristiana, así como tambien los edictos que la proscribian en el Japon. » « El gobernador de Nangasaki, dice Haren, despues de haber hecho una estensa relacion de las persecuciones que habian sufrido los católicos en aquel imperio, y de su constancia en sufrir la muerte, antes que cometer un sacrilegio profanando los sagrados objetos de su religion, se hizo traer una plancha en la que habia grabada una imágen de la Vírgen María, y despues de dirigirse á los presos para saber cual era la religion que profesaban, les mandó escupir con desprecio y pisar la sagrada imágen, añadiendo que solo despues de haberlo hecho se convenceria de que no eran católicos Como aquellos seis miserables habian negado ya pertenecer á la comunion cristiana, hicieron sin vacilar lo que se les exigia: habia entre ellos dos holandeses, un flamenco, dos escoceses y un inglés; verificóse aquella apostasía en el año 1704. Por mas que la con-

de la religion cristiana en el Japon, respecto á la nacion holandesa, p. 97.

(1) *Carta del P. de Fontaney al R. P. de La-Chaise*, de la *propia Compañia de Jesus*, confesor de S. M., en las *Cartas édificantes*, t. XXVII. p. 201.

ducta que observaron los holandeses en el Japon, conforme hemos tenido ocasion de verlo, no fuese siempre la mas digna, seria muy injusto achacar á toda una nacion las faltas de algunos de sus súbditos.» Fué tal la inquietud y la alarma que causó en Nangasaki la llegada de seis marineros en el año 1704, que dice Haren con motivo de lo ocurrido en aquella ciudad: «Siempre temian los japoneses verse complicados en los asuntos de los cristianos; la ley de las cinco casas subsistia aun, y la que por mas que no hubiese sido puesta en práctica, continuaba escitando un temor general, conforme lo indicaba el haber sido construidas algunas cabañas, desde que se supo la llegada á Nangasaki de los seis marineros antes citados, á fin de evitar todo trato con ellos.»

Las consideraciones de los cristianos que permanecerian sin duda en el Japon, y el deseo de convertir á aquellos indígenas idólatras, fueron causa de que procurasen varias veces algunos operarios evangélicos penetrar en aquel imperio. Hay acerca de una de aquellas tentativas curiosos detalles. Juan Bautista Sidotti, natural de Palermo, habia aprendido, cuando niño en Roma la lengua japonesa, y obtuvo mas tarde del Papa el permiso para ir á evangelizar aquel imperio, á cuyo objeto partió de Italia en el año 1702, con Cárlos Maillard de Tournon, patriarca de Antioquía, y luego cardenal; ya tendrémos ocasion de ver luego las causas que exigieron el viage de este prelado. Llegaron á Pondichery el año 1704 en un buque francés mandado por el caballero de Fontaney, en el que egerció Sidotti durante la travesía todas las funciones de un verdadero apóstol. En las Indias, se separó Sidotti del patriarca, y se dirigió el año 1707 á Manila, donde acabó de perfeccionarse en la lengua japonesa antes de penetrar en aquel imperio, que habia sido siempre objeto de sus mas ardientes deseos. El gobernador de Filipinas favoreció su empresa en cuanto pudo, haciendo otro tanto algunos particulares ricos, que le procuraron todos los fondos que pudiese necesitar. Equipóse pues un buque, que se ofreció á mandar Miguel de Eloriaga, capitan de gran mérito, prometiendo desembarcar al siervo cristiano en tierra del Japon. En el mes de agosto del año 1709, partió Sidotti de Manila, y descubrió á 9 de setiembre el archipiélago; tomábanse ya todas las medidas para el desembarque, cuando se divisó un barco pescador, al que enviaron á un japonés idólatra que habia prometido al gobernador de Filipinas dejar al misionero en un punto seguro. Á su llegada hizo el japonés seña al buque de que no se acercase, á pesar de que los pescadores le indicasen que no debian temer cosa alguna; cuando el japonés volvió á reunirse con sus compañeros, dijo á Sidotti que renunciase á su proyecto, sino queria verse preso en el acto de desembarcar, y conducido á presencia del emperador, príncipe cruel, que le haria morir en un espantoso suplicio. El temor que revelaba su semblante, era el mas seguro indicio de que habia confiado á los pescadores el designio del misionero; recogióse entonces este, y pidió al Señor se dignase inspirarle lo que debia hacer en aquel momento supremo; despues de haber pasado el santo sacerdote algunas horas en oracion, se dirigió al anochecer al capitan del buque, y con ánimo resuelto le dijo: «Véome por fin al término de mis aspiraciones; estoy en el Japon, y no hay poder humano que pueda impedirme desembarcar en él. Ya que habeis tenido la generosidad de conducirme hasta aquí, sin temer esponeros á los escollos y borrascas de un mar que os era desconocido, y que es tristemente célebre por los muchos naufragios que han acontecido en él, terminad vuestra obra, dejándome en un pueblo que espero someter al suave yugo del Evangelio. No creais que cuente con mis propias fuerzas, no; me sostiene y alienta la gracia de Jesucristo, y la proteccion de los numerosos mártires que han regado con su sangre estas islas.» En vano le hizo presentes Miguel de Eloriaga todos los peligros á que iba á esponerse, desembarcando en una costa en la

que no podia tardar en ser descubierto, merced á los pescadores que no ignoraban su proyecto; contestóle Sidotti, que el viento era favorable y que debia por lo tanto aprovecharse la ocasion que se les presentaba; que cuanto mas se diferiria el desembarque, mayor seria el peligro que habria despues en verificarlo; y por último, que de ningun modo intentase oponerse á la obra de Dios. Al ver semejante resolucion, dispuso el capitan que se hiciese el desembarque durante la noche, dando al efecto las disposiciones necesarias; entre tanto Sidotti escribió algunas cartas, rezó el rosario con la tripulacion, segun la costumbre observada en los buques españoles, y dirigió luego una plática á los tripulantes, la cual terminó pidiéndoles perdon de las faltas que podia haber cometido, y en particular á los grumetes, por no haberles instruido con el cuidado necesario en los principios de la doctrina cristiana. Luego hizo Sidotti un acto de humildad que edificó á todos los marineros y besó los piés hasta á los mismos esclavos. Hácia media noche, descendió á la lancha con el capitan y otros siete españoles que quisieron acompañarle hasta la orilla; logrando al fin saltar á tierra con mucha dificultad, por ser la costa bastante escarpada. Al salir de la lancha, se postró para besar la tierra y dar gracias á Dios, por haberle conducido tan felizmente al pais que habia sido constante objeto de sus esperanzas. Los españoles quisieron acompañarle un buen trecho; D. Cárlos de Bonio, que llevaba su equipage, tuvo la curiosidad de mirar los objetos de que se componia, consistentes en una capilla, una cajita que encerraba el óleo santo, un breviario, la *Imitacion de Jesucristo*, algunos libros de piedad, dos gramáticas japonesas, un crucifijo que habia pertenecido al célebre jesuita Mastrilli, una imágen de la Vírgen y algunas estampas. En el momento de la separacion, el capitan obligó á Sidotti á aceptar algunas monedas de oro, que podian contribuir á grangearle el aprecio, ó al menos á hacerse favorables á los primeros japoneses que hallase. El buque llegó al puerto de Manila el dia 18 de octubre; y como lo previera el capitan, fué preso Sidotti al poco rato de haberse separado de los españoles Fué el misionero conducido inmediatamente á Nangasaki, donde se mandó á los holandeses de aquella factoria que asistiesen á su interrogatorio. Véase lo que dice Haren: « El gefe de la factoria, llamado Mansdale, partió al efecto con uno de sus dependientes que hablaba el latin, y al que se pidió hiciese algunas preguntas á Sidotti; pero aquella precaucion era del todo inútil, puesto que el preso no solo comprendia el japonés, sino que hasta le hablaba con bastante facilidad para sostener una conversacion cualquiera. La persona que les fué designada con el nombre de Sidotti, era un hombre alto, flaco, tenia el pelo negro, y podia contar á lo mas cuarenta años. Vestia un trage de seda, segun la costumbre del pais, y llevaba una cadena de oro de la que pendia un crucifijo dorado; tenia un rosario en la mano y dos libros bajo el brazo. En un saco azul que se le habia ocupado, llevaba todo lo necesario para celebrar la misa; cuando se le preguntó si habia hablado aun de la religion cristiana á los japoneses, contestó: « Es claro que les he hablado de ella, puesto que este ha sido el objeto de mi viage. » — Preguntado acerca de lo que tenia intencion de hacer. — Dirigirme á Yedo para hablar al emperador, dijo, ó bien lo que los gobernadores dispongan. — Al preguntársele si sabia la ley rigorosa que prohibia á los sacerdotes católicos penetrar en el imperio, dijo: — Que no la ignoraba; pero que como aquella ley solo comprendia á los españoles y á los portugueses, no podia impedirle á él, que era italiano, penetrar en el pais. Habiendo notado durante el interrogatorio que se apoderaban los japoneses de algunos de los objetos contenidos en su saco, les encargó que se abstuviesen de tocar aquellas cosas sagradas, en lo que le complacieron desde luego. Además, tuvieron los gobernadores la generosidad de procurarle vestidos mas conformes á la rigorosa estacion

que se atravesaba, y luego se le envió á Yedo, donde estuvo encarcelado por espacio de algunos años, constantemente ocupado en la propagacion de la fé. Bautizó á muchos de los japoneses que iban á verle, lo cual habiendo llegado á noticia del gobierno, dispuso la muerte de todos los nuevos convertidos, y mandó que fuese Sidotti emparedado en una profundidad de cinco piés, sin dejar mas abertura que la necesaria para pasarle el alimento, hasta que al fin murió de infexion y podredumbre. »

Todo induce á creer que existieron por mucho tiempo cristianos en el Japon; véase en prueba de ello lo que dice el Jesuita de Entrecolles (1) en una estensa relacion que hace de las fábricas de porcelana de King-te-ching. « Entre los restos de una antigua fábrica habia un plato que me ha sido ofrecido, y que prefiero á todas las finas porcelanas del mundo, en cuyo fondo hay un crucifijo en medio de San Juan y de la Vírgen María. Se me ha dicho que los chinos hacian en otro tiempo esta clase de trabajo para el Japon; pero que hace al menos quince años que no se ha hecho ningun trabajo de aquella clase. Es probable que los cristianos japoneses hubiesen adoptado aquellos platos durante la persecucion para procurarse imágenes, hasta que descubrieron los enemigos de la religion su piadoso cuanto inocente medio, en cuya época dejarian probablemente los chinos de elaborar los referidos platos. »

Otra prueba mas patente, si cabe, es la que nos dá el jesuita Fouquet (2) al escribir desde Nimpo, puerto marítimo de la China, situado frente al Japon: « Nos parece este punto muy necesario, no solo por poder entrar desde él libremente en China, si que tambien por sernos desde él mucho mas fácil penetrar en el Japon, donde llegó á florecer tanto el cristianismo, y en cuyo imperio se dice subsiste aun, no obstante la sangrienta persecucion que de tanto tiempo acá está sufriendo aquella Iglesia. » Finalmente, cita Haren como un testimonio irrecusable de los muchos años que subsistió el cristianismo en el Japon, una Memoria remitida por el mandarin chino Tchin-Mao en el año 1717 al emperador Khang-hi. « Los europeos, dice en ella, empleaban la religion para corromper á los japoneses; lograron atraer un gran número de ellos á su partido, y luego atacaron el imperio con tal decision, que poco faltó para que llegasen á conquistarlo enteramente. Con todo, fueron al fin rechazados, teniendo que retirarse despues de haber sufrido grandes pérdidas. Aun hoy dia tienen la vista fija en aquel imperio, y no desconfian de someterle. He adquirido todas estas noticias en los diferentes viages que he hecho al Japon. » Pero, continua Haren, tambien habia estado el mandarin en Batavia, Manila, y recorrido toda la parte occidental de las Indias. Así pues, aunque dé como un hecho consumado la supuesta invasion de los portugueses, cuya falsa noticia se habia procurado difundir por todo el Oriente y la China, no debe suponerse que un ministro de Estado, que solo habia viajado al objeto de instruirse, pudiese creer en el año 1717, que un puñado de cristianos europeos pudiesen intentar algo contra el Japon, sin estar seguros, ó al menos sin contar fundadamente que habian de hallar un poderoso ausilio en el interior del mismo imperio. Obrar por sí solos, sin contar con algun apoyo en el pais que se proponian conquistar, habria sido ir en pos de una muerte segura, sin esperanza siquiera de lograr el objeto que se proponian.

CAPÍTULO XIII.

Misiones de los Jesuitas, Dominicos y Franciscanos en China.

Lo que hemos dicho ya anteriormente acerca de la mision de China, basta á demostrar las dificultades y peligros que tenian que vencer los que formaban parte de ella. Recuérdese

(1) *Carta al P. Orry, procurador de las misiones de China y de Indias*, en las *Cartas edificantes*, t. XXVII. p. 233.

(2) *Carta* (de fecha 26 de noviembre de 1702) *al duque de la Force, par de Francia*, en las *Cartas edificantes*.



Adamo Schall   Adam Schall

habia dos opiniones, á

que consideraba

y cuya

por resultado

los

que, vea

en el hombre presado á

en las

á los nuevos

por concede

consensus

jesuitas mas

opinion,

al

católicos que

Pekin á 14 de

aquel laborioso

Jacobo y Juan Adam

gran matemático

á detenerse en Macao

suscitada en China

logró salvar á aquella

el furor de los holandeses

á sus habitantes á hacer uso

de haberles puesto la

Cuando hubo penetrado

deste império, aprendió el

facilidad, y se dirigió el año á la

de Cuan-si, para predicar

Siete años despues se le envió á la

Jesuitas, por, t. II, p.

de los

Pekin, y sus señores

último emperador de la dinastía Ming, al ver el

de su destino, dió muerte á

se estranguló junto al

generales que habian permanecido fieles á

imperio, cometieron la imprudencia de

su ausilio á los tártaros

despues de haber vencido

perador, entraron en

ron emperador

mo Khan, que

Tal fué el orig

en el año 1644.

cumbramiento de

no de China.

años en la época

formó un conse

cuatro prín



que entre los jesuitas habia dos opiniones, á saber: la del P. Ricci, que consistia en tolerar algunas costumbres chinas, y cuya tolerancia habia dado por resultado aumentar el número de los discípulos en torno de los misioneros, y la del P. Longobardi que, veia un verdadero culto en el homenage prestado á Kong-fou-tse, y una supersticion en las ceremonias hechas en honor de los finados; por lo que prohibió severamente á los nuevos cristianos todas aquellas prácticas, por considerarlas contrarias á la santidad del cristianismo. En el año 1628, se reunieron los jesuitas mas sábios y esperimentados de una y otra opinion, para resolver el medio que debia emplearse al objeto de que desapareciesen las dificultades que se oponian al desenvolvimiento de la idea católica, sin que por esto lográran unir enteramente los ánimos. « La reunion del año 1628, dice el P. Cahour (1), léjos de unir á los misioneros de la China, contribuyó á separar á los que fuera de ella, solo habian pensado hasta entonces en la salvacion de las almas; así como despertó tambien la curiosidad de los operarios evangélicos que se dirigieron mas tarde al celeste imperio, los cuales léjos de adherirse á la opinion del padre Ricci, que era la generalmente admitida, siguieron la del P. Longobardi. »

En el propio año 1628, murió el P. Nicolás Trigaut en Nankin á 14 de noviembre; habian llegado con aquel laborioso misionero, los PP. Jacobo Rho y Juan Adam Schall. Era Jacobo Rho un gran matemático; habiéndose visto obligado á detenerse en Macao, á causa de la persecucion suscitada en China contra los cristianos, logró salvar á aquella ciudad en el año 1622 del furor de los holandeses, enseñando á sus habitantes á hacer uso de la artilleria, despues de haberles puesto la plaza en estado de defensa. Cuando hubo penetrado Rho en el celeste imperio, aprendió el chino con suma facilidad, y se dirigió el año 1627 á la provincia de Chan-si, para predicar en ella el Evangelio. Siete años despues se le envió á la córte, donde le fué confiada la redaccion del calendario imperial, á la que se dedicó con el P. Schall hasta su muerte, ocurrida en 16 de abril del año 1638. Los discursos y las obras de aquel sabio misionero, llamado en chino Lo-ya-kou, obraron asombrosas conversiones. Schall, nacido el año 1591 en Colonia, abrazó la regla de San Ignacio en Roma en el año 1611, penetró en China el año 1622, fué enviado á la provincia de Chan-si, y residió algun tiempo en Si-gan-fu, ocupándose á la vez en el ministerio apostólico, y en el estudio de las ciencias que tienen relacion con la astronomía, por ser la ciencia en China el mejor salvo conducto que podian los misioneros procurarse. Dirigió la construccion de una iglesia que en breve logró ver terminada, merced al ausilio de los indígenas convertidos, y al de los idólatras que habia sabido atraerse por medio de la ciencia; habiendo llegado su celebridad á noticia del emperador, fué llamado Schall á la córte, donde continuó, despues de la muerte de Rho, la redaccion del calendario imperial durante el reinado de tres emperadores. Esperimentó la China una gran revolucion política, por haber sublevado uno de sus magnates las tres provincias de Chan-si, Chen-si, y Pe-tche-li, apoderádose de Pekin, y ocupado el trono de sus señores. El último emperador de los Ming, al ver el rigor de su destino, dió muerte á su hija, y luego se estranguló junto al mismo cádaver. Los generales que habian permanecido fieles á su soberano, cometieron la imprudencia de llamar en su ausilio á los tártaros manchues, quienes despues de haber vencido y espulsado al usurpador, entraron en Pekin, donde proclamaron emperador á Chun-tche, sobrino de su último Khan, que habia muerto sin dejar sucesion. Tal fué el orígen de la revolucion acontecida en el año 1644, que dió por resultado el encumbramiento de los príncipes tártaros al trono de China. Chun-tche, solo contaba siete años en la época de su proclamacion; pero se formó un consejo de regencia, compuesto de cuatro príncipes, tios del nuevo monarca,

(1) *Los Jesuitas, por un jesuita*, t. II, p. 108.

siendo el presidente Tse-tching-uang, el cual supo con su moderacion contentar á los chinos y los tártaros. Con todo, no podia considerarse á Chan-tche mas que como dueño de la capital, porque los príncipes de la dinastía de Ming, luchaban con ventaja en las provincias meridionales de China. Jun-Lié, uno de ellos, fué proclamado emperador el año 1647 en el Quang-si, siendo su autoridad reconocida en el Kiang-si, el Honan, el Fo-kien, y en otras muchas provincias. Durante aquellas guerras civiles, los jesuitas, que representaban un interés mucho mas elevado que el de la política, observaron una prudente neutralidad, y toda la independencia que exigia su santo ministerio. Si el P. Schall merecia en Pekin la estimacion y el favor de los tártaros, en el mediodía los PP. Andrés Coffler y Miguel Boym, conquistaban para Jesucristo una parte de la familia imperial. Coffler, honrado con la benevolencia del gran kolao, fué admitido por su mediacion al lado de la emperatriz y de las princesas, á las que logró convertir y bautizar; la emperatriz tomó el nombre de Helena, y el hijo que dió á luz en el año 1650, fué bautizado, previo el consentimiento de Jun-Lié, recibiendo el nombre de Constantino. Animada Helena del deseo de dirigir al vicario de Jesucristo el homenage de su piedad filial, confió al P. Miguel Boym una carta para Alejandro VIII, y otra para el general de la Compañía de Jesus; pero apenas el misionero hubo salido de China en el año 1651, fué declarado Chan-tche mayor, tomó las riendas del gobierno; y los tártaros, impacientes por completar su conquista, se arrojaron con ímpetu sobre las provincias meridionales, logrando vencer y dar muerte á Jun-Lié y á su jóven hijo. La emperatriz Helena fué conducida cautiva á Pekin, donde buscó en la religion un consuelo que mitigára su desgracia, y que le procuró el P. Schall, apóstol respetadísimo en la capital del imperio. Chun-tche, protector y amigo de las ciencias, tenia un gusto particular por las de Europa; así que, le presentó Schall una estensa memoria sobre la astronomía europea, cuyo exámen fué confiado á una comision compuesta de los hombres mas eminentes del celeste imperio; sin que tardára en dar por resultado aquel exámen, la órden de que fuese la astronomía europea sustituida á la otomana, única que se seguia en China despues de tres siglos. El tribunal ó comision fué presidido por el P. Schall, al que se dió el título de *maestro de doctrinas sutiles*; el jóven emperador, no obstante, le daba otro nombre que demostraba aun mucho mejor el afecto que le profesaba: llamábale Miao-fu (respetable padre). Autorizó al misionero para que le presentase toda clase de escritos sin intervencion de los tribunales; y no solo le permitia entrar libremente á todas horas en sus habitaciones, sino que hasta iba á visitarle él cuatro veces al año. Hay en la China la costumbre de cubrir de amarillo el asiento que ha ocupado el emperador, sin que sea despues permitido á nadie el volver á ocupar aquel asiento. Un dia que Chun-tche, segun costumbre, fué á visitar al jesuita, y se sentase indistintamente en la primera silla que le venia á mano, le dijo el misionero, riendo: — ¿Dónde quiere Vuestra Magestad que yo me siente en lo sucesivo? — Sentaos donde querais; ni vos ni yo debemos reparar en estas nimiedades. » En todas sus visitas, se complacia mucho en admirar la elegancia de la iglesia, y probar la fruta del jardin inmediato á ella; por lo que, procuraba siempre Schall aprovechar aquella benevolencia en interés de la propagacion de la fé. Merced á un decreto que obtuvo para el libre ejercicio del culto cristiano, bautizó en catorce años (desde 1650 á 1664) á mas de cien mil chinos. Ni aun en los tiempos que gozó Schall de mas favor en la córte, dejó de ejercer constantemente el ministerio del apostolado; era tal su celo, que para confesar cierto dia á dos reos condenados á muerte, se disfrazó de carbonero, y so pretesto de procurar á los dos presos el carbon necesario, penetró en la cárcel, y endulzó sus últimos momentos. El último período del reinado de Chun-tche no correspondió á

las esperanzas que se habian cifrado en su conversion; la vivacidad de sus pasiones y la influencia de una muger idólatra, le hicieron abrazar nuevamente las supersticiones de que habia logrado el P. Schall desprenderle. Se habia entregado Chun-tche enteramente á los bonzos, cuando murió de viruelas en 1661, á la temprana edad de veinte y cuatro años.

En el mes de diciembre del año 1655, se hicieron en Pekin á espensas del emperador los funerales del P. Longobardi, cuyo féretro acompañó la guardia imperial hasta el cementerio. Creemos deber unir el nombre de aquel ilustre jesuita á la historia de los misioneros dominicos y franciscanos, que vieron y apreciaron en su justo valor las costumbres chinas.

Por una gracia particular del cielo, los dominicos Angel Coqui y Tomás Serra entraron en la provincia de Fo-kien el año 1631; desde cuya época empezaron á regularizarse y florecer en el Celeste imperio las comuniones cristianas fundadas por los hijos de Santo Domingo. Todo lo que habia sido hecho hasta entonces no pasaba de un mero ensayo, comparado con los inmensos trabajos y la abundante cosecha que enriquecian aquellas regiones en los siglos XVII y siguientes.

Coqui y Serra á su llegada, hallaron á los jesuitas divididos acerca de las honras fúnebres que se tributaban á los finados y del culto á Kong-fut-se; creyendo los dominicos notar en aquellas ceremonias un carácter supersticioso, titubeaban tambien en tolerarlas á los cristianos, cuando el dominico Juan Bautista Morales, natural de Ecija, España, y el franciscano Antonio de Santa María, llegaron á su provincia de Fo-kien el año 1633. Instruidos ya en la lengua china antes de salir de Manila, examinaron los dos religiosos inmediatamente las prácticas que eran objeto de aquella controversia entre los jesuitas; y habiendo consultado además acerca de ellas á los letrados del pais convertidos, remitieron una relacion á los superiores de Manila, esponiendo las prácticas á que se entregaban los chinos, el fin que con ellas se proponian, y la necesidad de que se adoptase una pronta medida que pusiese fin á la controversia de que eran objeto. Los superiores de Manila á su vez, hicieron un escrito titulado, *Las quince dudas*, que contenia las dificultades propuestas, presentándolo luego á Hernando Guerrero, arzobispo de Manila, quien, de acuerdo con el obispo de Zebu, su sufragáneo, lo remitió al Sumo Pontífice. Sin embargo, despues de oido el parecer de la generalidad de los jesuitas, los dos obispos escribieron al Papa en sentido contrario el año 1637, en cuya época fué el Fo-kien teatro de violentas escenas. El P. Morales y su compañero, que no permitian á los cristianos asistir á los sacrificios hechos en honor de sus antepasados y de Kong-fu-tse, fueron encarcelados, azotados, y se les obligó á salir de China, prohibiéndoseles para siempre la entrada en aquel imperio. Manuel Diaz y Julio Alemi, misioneros de la Compañía de Jesus en el Fo-kien, donde habian levantado diez y siete templos al Señor, fueron tambien desterrados; sin que pudiera Alemi restituirse á su iglesia hasta el mes de julio de 1637; Diaz, visitador de los jesuitas, recibió del dominico Morales una Memoria compuesta de doce articulos, que contenia las dudas que habia inspirado la conducta seguida por los mas de los hijos de San Ignacio, respecto de las prácticas observadas por los chinos; y á lo que contestó Diaz que debia entenderse con el P. Hurtado, vice-provincial de la Compañía en China. Pero como los dominicos y franciscanos de Manila no recibiesen contestacion alguna, resolvieron que partiera Morales para Roma, al objeto de pedir al Sumo Pontífice que se dignase resolver la cuestion en el sentido que ellos deseaban. Habiendo sido empero Morales detenido en Macao, solo llegó en el año 1643 á la capital del mundo católico, el franciscano de Santa María. El papa Inocencio X, á 12 de setiembre del año 1645, decidió aquel asunto en conformidad á los deseos de los dominicos y franciscanos de Manila; y el mismo Morales notificó aquella decision al

provincial de los jesuitas en China el año 1549. A su vez los misioneros de la Compañía de Jesus en el Celeste Imperio, enviaron al P. Martini á Roma, á fin de hacer valer las razones en que se fundaban la mayor parte de ellos para considerar las ceremonias toleradas hasta entonces como puramente civiles; y como siendo debidamente consideradas, no debia condenárselas, como se hizo en virtud del informe presentado por el dominico Morales y el franciscano de Santa María, dió el papa Alejandro VII un decreto á 23 de marzo del año 1656, en virtud del nuevo informe espuesto por el jesuita Martini, declarando ser aquellas ceremonias lícitas, y que podian por lo mismo ser toleradas. Despues de haber dirigido Morales en el año 1661 una nueva *Memoria* á la Congregacion de la Propaganda, en nombre de los misioneros dominicos, murió en Fo-ning-tcheu á 17 de setiembre de 1664, sin haber obtenido ninguna decision; pero el P. Juan de Polanco, de la propia órden, fué á Roma, donde logró un decreto de Clemente IX, de fecha 20 de noviembre de 1669, en el que declaraba el Sumo Pontífice, que, suponiendo verdaderos los dos informes contradictorios sometidos anteriormente á sus predecesores, los decretos á que habian dado orígen, eran igualmente obligatorios segun su forma y tenor, sin que el del año 1656 derogase el que habia sido dado anteriormente. Véase lo que dijo tambien acerca de lo mismo el papa Benito XIV: «Habiendo sido dados aquellos decretos segun los diferentes informes presentados, léjos de terminar la controversia relativa á los ritos chinos, contribuyeron, por el contrario, á que fuese mucho mas apasionada y viva; porque separándose los operarios evangélicos, se notó con grave escándalo una diferencia en la predicacion, y en la enseñanza y disciplina de los nuevos cristianos.»

Dejemos empero estos tristes detalles, y fijemos complacidos nuestra vista en la accion evangélica de los misioneros.

La muerte del P. Francisco Fernandez de Capillas, fué el primero de los gloriosos triunfos que debian alcanzar los dominicos. Aquel ilustre español se habia consagrado á Dios haciendo profesion en el convento de San Pablo en Valladolid, donde aprendió á prescindir del mundo y de sí mismo, á amar la pobreza evangélica, á practicar la humildad, y á buscar sus castas delicias en el ejercicio de la oracion, ó en la lectura de las Sagradas escrituras. Aquella vida retirada y austera, unida á la inocencia de costumbres, y á una pureza angelical, abrió á Capillas el camino del ministerio apostólico, que ejerció en su provincia de España, hasta que le destinó la voluntad divina á atravesar los mares para ir á llevar la antorcha de la civilizacion y de la fé á remotos paises, que estaban aun envueltos en las negras sombras de la idolatría y la barbárie.

La Providencia le reunió en la isla de Formosa con el P. Francisco Diaz, religioso de su órden que le habia precedido, y juntos entraron en China el año 1642, deteniéndose Capillas en la provincia de Fo-gan. Despues de haber aprendido con suma facilidad la lengua mandarina, se dedicó Capillas á las funciones del apostolado, y recorrió á pié diferentes provincias del imperio, vestido con la mayor pobreza, sin mas objetos que un breviario y un crucifijo, y sin contar con otros medios que en la virtud de la cruz. En vano intentaríamos describir las fatigas que soportó, y los peligros á que se vió espuesto en un pais en que eran considerados los misioneros como los mas terribles criminales. Un gran número de infieles convertidos, la reconciliacion de muchos apóstatas con la Iglesia, la santidad de muchas vírgenes que se consagraron al Señor, y el buen ejemplo que se notó, en todos los puntos do penetró el misionero, fueron los frutos que concedió el cielo á sus afanes. Estaba el P. Capillas continuando con ardor su obra, cuando el mandarin de Fo-gan, á instancias del chino Chi-uuan-Hoei, empezó á perseguir cruelmente á todos los que profesaban el cristianismo, y á hacer todas las investigaciones posibles para descubrir á sus pastores.

Durante aquella persecucion empezada hácia el año 1645, menos prevenido el emperador de la China que la mayor parte de sus mandarines contra los discípulos de Jesucristo, envió un comisario general á la ciudad de Fo-gan con órden de que oyese las quejas de los idólatras, y se informase de las prohibiciones que habian sido hechas á los nuevos cristianos. El visitador mandó á estos y á los idólatras que escogieran á los hombres mas sábios de entre ellos para que defendiesen su ley; que seria la discusion pública y en su presencia, y que él formaria su juicio sin pasion alguna, en favor de los que alegáran razones mas sólidas. El dia señalado para la pública controversia, se presentó el sábio Pedro Chin, digno discípulo del P. Capillas, á defender la ley de Dios que profesaba. El letrado infiel que debia combatirle se quejó de que solo se reuniesen los cristianos en sus iglesias por despreciar públimente las sagradas leyes del imperio; de que se privase á los antepasados de los honores que les eran debidos; de que se hiciesen quemar las ofrendas que se les hacian con irreverencia sacrílega. El apologista de los cristianos contestó, que los fieles no se reunian en el templo sino para adorar á Dios, y ofrecerle sus sacrificios y oraciones, pedirle la conservacion del emperador, y la paz y la prosperidad de su imperio; que léjos de despreciar las leyes, las observaban con toda la escrupulosidad de súbditos fieles; que aunque en verdad no tributaban los cristianos honores sacrílegos á los finados, oraban no obstante por el reposo y la dicha eterna de los que habian pertenecido á su religion santa; y finalmente, que solo practicaban la ley de caridad que enseña por medio de la dulzura, y persuade por el de la razon. Pronunció el chino fiel su discurso con tanta erudicion y energía, y se apoyó en razones tan convincentes, que el comisario general no pudo menos que proclamar la escelencia de las doctrinas católicas que prevenian al hombre huir del mal y practicar el bien; imponiendo severas penas á los que turbasen en lo sucesivo el reposo de los discípulos de Jesucristo. Aquella justa sentencia que debia poner término á la persecucion, no hizo mas que suspenderla; porque los bonzos, enemigos acerrimos del cristianismo, lograron con sus falsedades exasperar nuevamente los mandarines, y se renovó la persecucion con mas violencia que antes. Se prendió al P. Capillas, mientras iba á ministrar los sacramentos á un enfermo en las inmediaciones de Fo-gan, se le cargó de cadenas, y fué conducido á la cárcel por los soldados tártaros el dia 13 de setiembre del año 1647. Consta en el acta de su martirio que, como le preguntase el mandarin en que casa era mantenido y hospedado, le contestó el misionero que su casa era el mundo, su lecho la tierra, sus provisiones las que la Providencia le procuraba cada dia, y su objeto trabajar y sufrir por la gloria de Jesucristo, y alcanzar la dicha eterna de los que creen en él. Estas respuestas, y sobre todo el cuidado con que procuró ante sus jueces demostrar las verdades de la salvacion, solo contribuyeron á aumentar mas el ódio de los idólatras, quienes le azotaron cruelmente antes de conducirle otra vez á la cárcel. Todos los que lograron visitarle durante su cautiverio, fuesen cristianos ó idólatras, esperimentaron lo que puede la palabra de salvacion en boca de un mártir; puesto que Capillas, con el ejemplo elocuente de sus obras y sus vivas exortaciones, continuó obrando en la cárcel grandes conversiones, que fueron para los jueces infieles otras tantas pruebas para condenar á muerte al hombre apostólico, que despreciaba de aquel modo las leyes y los dioses de su pais. En su virtud, pronunció el mandarin la pena de muerte contra él, llevándose á efecto aquella injusta sentencia ante un numeroso pueblo, el dia 15 de enero del año 1648. Desde que se le comunicó la sentencia, hasta que exhaló su postrer suspiro, mostró Capillas la sublime calma que solo la religion puede infundir en aquellos momentos supremos. La muerte preciosa del amigo de Dios, léjos de intimidar á los cristianos, infundió en ellos la generosa resolucion de conservar la fé que el mártir les habia enseñado. En Macao,

en Filipinas y en España, se honró aquel señalado triunfo con solemnes acciones de gracias; siendo la cabeza del mártir trasladada al convento de San Pablo en Valladolid; su cuerpo, despues de haber sido espuesto por espacio de dos meses sin corromperse, fué depositado en la casa de una familia cristiana, salvándose milagrosamente de las llamas que consumieron al poco tiempo aquella casa. Otros dominicos, á los que estaba tambien reservada la palma del martirio, se ocuparon al llegar á Fo-gan en recoger los restos de Francisco Fernandez de Capillas, para enviarlos á España; siendo con este motivo procesados por los jueces infieles.

Entre los religiosos de la órden de Predicadores que cultivaron la viña del Señor en China, nombrarémos á Gregorio Lopez, natural de Fo-tcheu, capital de la provincia de Fokien, el cual habia sido educado en la religion de sus padres, esto es, en la idolatría. El Señor, empero, que reservaba á Lopez para sí, se dignó santificarle con su gracia, á fin de que fuese el instrumento de su misericordia. El franciscano Antonio de Santa María, que tanto habia trabajado en China con el dominico Morales, fué el primero en hacerle conocer la ley de Jesucristo; habiendo reconocido en Lopez un espíritu recto, un carácter apacible y una gran pureza de costumbres, no titubeó en enseñarle el camino del cielo. El jóven chino, conforme lo previera el sábio franciscano, sometió su inteligencia al yugo de la fé, creyendo humildemente las verdades reveladas, por parecerle estar en armonia con la santidad, el poder, la sabiduría y la bondad de Dios. Su alma se inflamaba mas cada dia en el amor de Jesucristo, al oir hablar de todo cuanto se habia dignado sufrir el Hombre-Dios, por salvar á la pobre especie humana. Solidamente instruido en las verdades de la religion, renunció Lopez en público á las vanas supersticiones y á las criminales prácticas de sus compatriotas, y pidió la gracia del bautismo, que le fué conferida, recibiendo el nombre de Gregorio. Lleno de reconocimiento por el don que se le habia dispensado, resolvió dar su vida, si era necesario, por la gloria de Aquel que habia querido morir para salvarle de la muerte eterna, y dedicarse á hacer conocer á sus compatriotas el nombre adorable, los misterios, los preceptos y los ejemplos de Jesucristo. Si no tuvo la dicha de convertir á sus padres y sus antiguos amigos, tuvo al menos el valor necesario para separarse de ellos, renunciando á todas las ventajas, á la fortuna y al amor de la familia, para reunirse con los santos ministros que le habian regenerado. Procuró Lopez á sus nuevos hermanos grandes ventajas, mientras estuvieron en Fo-tcheu; luego les siguió á Pekin, donde les sirvió como intérprete y como catequista; y cuando la persecucion sucitada en la capital contra los operarios evangélicos, se hizo estensiva á los que les procuraban un asilo, fueron presos con los misioneros todos los catequistas, á los que se desterró, despues de haberles hecho sufrir un largo encierro y todas las privaciones y tormentos. La invasion tártara que amenazaba á las provincias chinas, contribuyó á que se persiguiese con mas encarnizamiento á los cristianos; en su virtud, todos los misioneros tuvieron que esconderse ó gemir en los calabozos durante aquella época azarosa. Los apóstoles que por medio de la fuga se libraron del furor de los infieles, cuando hubo cesado un tanto la persecucion, fueron á continuar nuevamente su obra regeneradora, y á alentar á los fieles con su presencia; los misioneros que habian sido espulsados del imperio, se retiraron en su mayor parte á Macao, sin perder por esto la esperanza de regresar al lado de la amada grey, de que se habian visto separados. Habiéndose embarcado los franciscanos en Gaoxam para dirigirse á Cochinchina, siguió Lopez con ellos participando siempre de todos sus peligros, dando en cada uno de ellos pruebas de mayor firmeza. Despues de haberse librado de una horrorosa tempestad, llegaron al nuevo pais que iban á llamar á la fé, donde fueron tratados aun con mayor crueldad que en Pekin, sin



[illegible] ras el hom- [illegible] plos y [illegible]

[illegible] as aflictos [illegible]

[illegible] para reu- [illegible]

[illegible] otras [illegible] luego les sig[illegible] como intérpre[illegible] y como catequis-ta; y cuando la p[illegible] suscitada en la ca-pital [illegible] un as[illegible] los ca-[illegible] s que [illegible] encierro y to-[illegible] s y tormentos. La [illegible] á las pr[illegible] se persig[illegible] los [illegible] que [illegible] que por [illegible] furor de los [illegible] con su presencia, los misioneros que habian sido [illegible] imperio, se reti[illegible] parte á Ma-cao, sin [illegible] gresar a[illegible] de que se ha-bian [illegible] los f[illegible] para dirigirse á Cochinchina, [illegible] ros, dando en cada [illegible] me-za. Despues de [illegible] de una horro-rosa tempestad, [illegible] nuevo país que iban á llamar á [illegible] fueron tratados acá con mayor [illegible] en Pekin, sin

[illegible] Lopez, natural [illegible] provincia de Fo-[illegible] ficado en la religion de sus p[illegible] en la idolatría. El Se-ñor, [illegible] servaba á Lopez para sí, [illegible] con su grac[illegible], a fin d[illegible] que fuese [illegible] instrumento de su misericordia. El franciscano Antoni[illegible] de Santa María, [illegible] tanto habia trabaja[illegible] co Morales, [illegible] cer la ley de [illegible] Lopez [illegible]

[illegible] do el [illegible] miento





Kang h. Kang hi

Garnier frères éditeurs

Perand imp.

[illegible] resevada para el [illegible] cuerpo, que [illegible] largos conda- [illegible], y le permitió [illegible] continuó sus [illegible] mas las verdades [illegible] del colegio [illegible], los cua- [illegible] el cielo á [illegible] tiempo, [illegible] que habia [illegible] Domingo, [illegible] durante [illegible] tanto deseaba. El [illegible] provincia de los do- [illegible] a pesar de [illegible] el apos- [illegible] López [illegible] Su llegada [illegible]

[illegible] P. Juan García, dominico, [illegible] despues de haber predicado [illegible] en Manila y Filipinas, [illegible] en China el dia 7 de [illegible]

55. Aunque espuesto desde [illegible] mas terrible prueba, [illegible] el hombre apostólico [illegible] los deberes de su santo ministerio, y con-

[illegible] partir para la [illegible] nicos que iban a evangelizarla.

Habiendo muerto Chan-tche, como hemos dicho ya, en el año 1661, los bonzos y los mahometanos indujeron a los regentes que gobernaban el imperio, durante la menor edad de Khang hi, á ejercer una [illegible] contra los cristianos [illegible] Schall una de [illegible] lo de haber [illegible] un crucifijo al [illegible] gado de cade[illegible] compañe[illegible] por hab[illegible] critos [illegible] que en su[illegible] lo en el g[illegible] nando Ve[illegible]



que por esto se entibiára en lo mas mínimo el celo del ardiente prosélito. Por el contrario, al verse Lopez en poder de sus perseguidores, consideró como un bien supremo el suplicio á que se le destinaba en una poblacion inmediata á Cochinchina, y entrevió sonriendo la muerte que le estaba reservada para el dia siguiente. La Providencia, empero, que le habia destinado á sufrir mas largos combates, le libró de aquel peligro, y le permitió llegar felizmente á Manila, donde continuó sus estudios, profundizó mas y mas las verdades de la religion, y acabó de perfeccionarse en la lengua española. Los dominicos del colegio de Santo Tomás fueron sus maestros, los cuales no tardaron en conocer el talento, y sobre todo la virtud, de que habia dotado el cielo á su jóven discípulo. Trascurrido algun tiempo, resolvió Lopez abrazar la vida religiosa, lo que no habia hecho aun ningun chino, aspirando al sacerdocio á fin de poder consagrarse á la conversion de sus compatriotas. La exacta regularidad, y el celo apostólico que habia en la provincia del Santo Rosario, indujeron á Lopez á abrazar la regla de Santo Domingo, persistiendo siempre en la misma idea durante la prolongada prueba á que se le sujetó antes de conferírsele el hábito que tanto deseaba. El P. Domingo Gonzalez, provincial de los dominicos en Filipinas, queriendo enviar socorros á los misioneros que, á pesar de la persecucion, continuaban ejerciendo el apostolado en China, ofrecióse Gregorio Lopez á llevarles aquellos socorros; y sin embargo de verse obligado á hacer por tierra quince largas jornadas, y seguir un camino rodeado de peligros, desempeñó su difícil cometido con una actividad increible. Su llegada fué un consuelo para el P. Juan García, dominico español, que despues de haber predicado con fruto el Evangelio en Méjico y Filipinas, habia penetrado en China el dia 7 de setiembre del año 1635. Aunque espuesto desde aquella época á la mas terrible prueba, habia desempeñado aquel hombre apostólico con invencible esfuerzo los deberes de su santo ministerio, y conquistado un gran número de almas para el reino de los cielos. Hallóle Lopez en el reino de Fo-kien, en el que se asoció desde luego á sus fatigas y á sus penas; encargándose de la instruccion de los niños, los catecúmenos y los neófitos; como su calidad y trage chino le permitian presentarse en todas partes, no tardó en obtener de sus compatriotas los recursos necesarios para fundar un hospicio y construir una pequeña iglesia en Ting-tcheu. Además, contribuyó Lopez á aquella obra piadosa, acarreando á cuestas el maderamen, las piedras, la arena, los cimientos y todo lo demás que se necesitaba para llevarla á cabo; merced á sus cuidados, quedó terminado el nuevo templo consagrado al verdadero Dios en medio de un pueblo idólatra, á últimos del año 1651. Solo á la sazon, que contaba ya la edad de treinta años, se accedió á los deseos vehementes de Lopez, confiriéndosele el hábito de Santo Domingo, y se le destinó á un convento de Manila, en el que estudió teología, y acabó de formarse para todos los ejercicios del estado religioso. Era tan viva su vocacion por el apostolado, que mereció se le confirieran las órdenes sagradas al poco tiempo de haber profesado; en el año 1654, se le permitió partir para la China con algunos otros dominicos que iban á evangelizarla.

Habiendo muerto Chan-tche, como hemos dicho ya, en el año 1661, los bonzos y los mahometanos indujeron á los regentes que gobernaban el imperio, durante la menor edad de Khang-hi, á ejercer una nueva persecucion contra los cristianos, de la que fué el jesuita Schall una de las primeras víctimas. Acusado de haber tenido la audacia de presentar un crucifijo al difunto emperador, fué preso y cargado de cadenas, junto con otros tres de sus compañeros, y condenado á ser estrangulado, por haber omitido algunos de los ritos prescritos cuando se verificó la inhumacion de un príncipe imperial. Este, venerable anciano, que en sus últimas amarguras halló un consuelo en el generoso desprendimiento del P. Fernando Verbiest, que habia llegado á China el

año 1659, fué la causa inocente de aquellas injustas muertes. En un principio evangelizó Verbiest la provincia de Chen-si; pero, como conociese Schall su talento, lo llamó á Pekin, para compartir con él sus trabajos astronómicos; en el momento de la persecucion, fué arrestado Verbiest con todos los demás jesuitas, y como ellos condenado al último suplicio. Un cometa, empero, que apareció en aquella época, un terremoto y un incendio que devoró cuatrocientas habitaciones del palacio, fueron por fortuna considerados como otras tantas pruebas evidentes de la cólera celeste, y se salvó á los jesuitas de la pena de muerte á que estaban condenados. Así, pues, todos los cautivos fueron puestos en libertad, escepto el P. Schall, que espiró aun en la cárcel cargado de cadenas el dia 15 de agosto del año 1666. Escepto los cuatro jesuitas detenidos en Pekin, todos los demás religiosos fueron desterrados á Canton, ascendiendo á veinte y cinco el número de los proscritos, á saber: veinte y un jesuitas, tres dominicos y un franciscano.

Mientras que desde Canton solo podian levantar las manos al cielo y orar por los nuevos cristianos, á los que por medio de la persecucion se queria hacer apostatar, recorrió el dominico Lopez con infatigable celo las provincias del imperio chino en que se veia mas oprimido el cristianismo, sosteniendo á los débiles en la fé por medio de la administracion de sacramentos, reconciliando á los apóstatas, y haciendo nuevas conquistas cada dia. En los dos años y medio que empleó recorriendo diez grandes provincias, bautizó á mas de dos mil quinientos idólatras, segun afirma Domingo Fernando Navarrete, ilustre español, del que vamos á ocuparnos.

Nació Navarrete en Peñafiel, Castilla la Vieja, donde tomó el hábito de Santo Domingo hácia el año 1630, siendo despues catedrático del colegio de San Gregorio en Valladolid. Despues de haber obtenido el P. Morales en Roma, que resolviese Inocencio X las dificultades suscitadas respecto del culto y prácticas de los chinos, regresó aquel religioso á España, donde reunió un gran número de operarios evangélicos para conducirlos á las misiones estrangeras. Animado tambien Navarrete del espíritu apostólico, se reunió con el siervo de Dios con otros veinte y siete religiosos de la misma órden y de la misma nacion, los cuales se embarcaron en el puerto de San Lúcar en el mes de junio del año 1646, llegando á Méjico en fines de aquel mismo año. Mientras que estaban aguardando los misioneros un tiempo favorable y un nuevo buque que les condujera á Filipinas, aprendió Navarrete la lengua de los pueblos en que queria anunciar el Evangelio; encontrándose ya en el caso de poder emprender una mision, cuando se embarcó en el Pacífico á 5 de abril del año 1648. El dia 29 de junio llegó á Filipinas; Morales, junto con algunos otros de sus compañeros, continuaba su viage para la China, donde se aguardaba con impaciencia su llegada; pero dijo á Navarrete que se quedase por algun tiempo en Manila para desempeñar una cátedra de teología en el colegio de Santo Tomás. Mientras estaba instruyendo á sus discípulos para que fuesen á llevar mas tarde la antorcha de la religion en medio de las tinieblas del Oriente, trabó relaciones con los chinos, los japoneses y los indios, quienes le informaron de los usos, costumbres y carácter de sus respectivos paises. Tan pronto como terminó Navarrete sus tareas escolásticas, se consagró enteramente á la vida apostólica, empezando por cristianizar la misma isla de Manila, desde la cual se dirigió despues al reino de Macasar. Predicó la cuaresma del año 1659 en Macao, y antes de terminar el año entró en el imperio de la China para continuar en él su obra civilizadora. Rapidísimos fueron los progresos que hizo el cristianismo en todas las provincias evangelizadas por Navarrete, merced á su incansable celo, y particularmente al profundo conocimiento que tenia de la lengua del pais, en la que se espresaba con una facilidad y correccion admirables. Nadie mejor que él conocia lo que debia tolerarse en los ritos, y lo

que debia rechazarse como contrario á la pureza del cristianismo; guiado pues de aquel conocimiento, prefirió, cualquiera que fuese su celo por la propagacion de la fé, multiplicar mucho el número de los cristianos en las provincias que habia de recorrer, y conferir únicamente el bautismo á aquellos que tuviesen la sincera resolucion de abandonar para siempre el culto y las ceremonias supersticiosas de sus antepasados. Viósele siempre constante en no tolerar muchas de aquellas prácticas, si bien no dejando nunca de conservar la caridad y la paz con los demás misioneros que creian poder tolerar los ritos chinos; así que, no impidió su firmeza que depositáran los pueblos en él su confianza, y que bendijera el Señor sus trabajos. Despues de haber ejercido durante dos años el santo ministerio en la provincia de Fo-kien, evangelizó Navarrete con el mismo fruto por espacio de un año la provincia de Tche-kiang; añadiendo á sus casi contínuas predicaciones otra ocupacion igualmente útil á los chinos y á los misioneros europeos, encargados de regenerarles. Compuso diferentes obras que fueron despues publicadas, en las que combatió sólidamente la supersticion y la idolatría, contribuyendo á sostener la fé entre los indígenas convertidos, y á facilitar á los operarios apostólicos la conversion de los demás. En aquellas circunstancias, el P. Morales, superior, y por mucho tiempo el principal apoyo de las misiones de los dominicos en China, murió en la provincia de Fo-kien, á 17 de setiembre del año 1664, acompañándole al sepulcro las lágrimas de todos los fieles que habia enjendrado en Jesucristo, y el dolor de todas las iglesias que habia fundado y edificado con sus virtudes y con su paciencia en los sufrimientos. Navarrete, que tenia la honra de ser su discípulo, le sucedió en el cargo de prefecto apostólico de las misiones de la órden de Predicadores en el Celeste Imperio; su talento y su caridad incesante, eran de tal modo reconocidos por los demás religiosos, que se le vió con placer ocupar un destino, del que él únicamente se consideraba indigno. El odio encarnizado de la infidelidad hizo que no tardára en rugir una nueva tormenta sobre los cristianos en diferentes puntos del imperio chino, por haber dado la córte imperial edictos severos contra todos los que predicasen ó abrazasen la ley de Jesucristo. Cualquiera que fuese el instituto á que los misioneros perteneciesen, recibieron la órden de trasladarse á Pekin, desde donde se les desterró á Macao; sin embargo, despues de mediar varias contestaciones sobre el particular entre los gobiernos portugués y chino, se arrestó á los misioneros en Canton. Durante aquel cautiverio de muchos años, los franciscanos, jesuitas y dominicos conferenciaron entre sí varias veces acerca de los intereses de la religion, sobre el modo de predicar el Evangelio, y respecto de lo que podia ó no tolerarse en los que pidiesen la gracia del bautismo; y si bien reinó en todas las conferencias aquella armonía propia de hombres ilustrados que se consagran generosamente al triunfo de una misma idea, no siempre fué dado, sobre todo, acerca del último punto, ponerse de acuerdo. El P. Navarrete, despues de aprovechar aquellas circunstancias para dar la última mano á sus importantes obras, resolvió dirigirse á Europa, por ver le era imposible continuar en China sus funciones apostólicas. Como pudiese su evasion perjudicar á los demás misioneros, el jesuita Grimaldi, por un acto de abnegacion heróica, fué á ocupar su puesto, á fin de que quedase el mismo número de cautivos. En el mes de mayo del año 1672, llegó Navarrete á Madrid, desde donde pasó á Roma á principios del año siguiente; presentando una relacion exacta de su mision, no solo al general de los dominicos Juan Tomás de Rocaberti, sí que tambien al papa Clemente X y á la Congregacion de la Propaganda. Hacia mencion en ella de cuatro obras que habia escrito en lengua china, tituladas, «Esplicacion de las verdades católicas, con la refutacion de todos los errores mas comunes en China;» «Catecismo, ó instruccion sobre los nombres adorables de Dios;» «Apología de la religion

cristiana, » combatiendo al chino Jang-Kuang-Sien, que en 1659 habia publicado una obra contra los predicadores de la fé, y una « Recopilacion ó Estracto » de las mejores obras chinas. En vista de las razones que espuso, se convino en la necesidad de enviar á China un superior general que dirigiese todas aquellas misiones, obligando á las diferentes órdenes religiosas de que se componian, á observar las mismas prácticas. El cardenal Ottoboni, prefecto entonces de la Congregacion de la Propaganda, y Papa despues bajo el nombre de Alejandro VIII, propuso al P. Navarrete para el episcopado y la direccion de las misiones en el Celeste Imperio; pero el humilde religioso declinó aquella alta dignidad. Despues de haber sometido á la Congregacion del Santo Oficio diferentes dudas, cuya solucion deseaba, se dirigió Navarrete nuevamente á Madrid, donde escribió en español varias obras, entre las que habia algunas muy notables. La primera de estas, que contenia siete tratados, fué impresa en Madrid en el año 1676, y dedicada al príncipe D. Juan de Austria, bajo el título de *Tratados históricos políticos y morales*; contenia una descripcion del imperio de China, de la religion de aquellos pueblos, y de los hechos mas notables pertenecientes á la historia de sus emperadores, ó de sus mas célebres filósofos. El segundo tomo que trataba estensamente de la controversia suscitada entre las misiones de China y del Japon, fué prohibido por el Santo Oficio, cuando iba ya á darse á la estampa; entonces Cárlos II, propuso al autor para la silla metropolitana de Santo Domingo, y sin atender á la dimision presentada por el nuevo arzobispo, se le obligó á partir para su destino, á donde llegó á últimos del año 1678. Como quedase interrumpida la publicacion de su obra, dejó sus manuscritos en los archivos de la órden de Santo Domingo; á ellos se debe la relacion de los hechos gloriosos á que dieron cima los misioneros dominicos en el Celeste Imperio.

« Dios permitió, dice (1), que los religiosos de mi órden empezasen en el año 1631 el cultivo de aquel vasto campo que prometió tan rica cosecha, en el que han permanecido hasta el año 1677, y, Dios mediante, continuarán permaneciendo. Veinte son los operarios que han consagrado á él sus constantes afanes; poseyendo todos ellos perfectamente la lengua mandarina, la mas general en todo el imperio; hasta ha habido algunos misioneros que han sabido la lengua especial de cada provincia en que han permanecido. No diré que todos nuestros misioneros hayan sido sábios, prudentes y piadosos, como se dice de los de otras órdenes; pero sí puedo afirmar que eran todos ellos aptos para desempeñar el cargo que su superior les confiaba. Pero aun cuando se hubiesen equivocado alguna vez en su eleccion, como sucedió al nombrarme á mí para el cargo que he desempeñado, no deberia esto admirarnos, porque somos hombres, y todos estamos espuestos á cometer cualquier falta.

«Ha habido entre aquellos misioneros un santo mártir, el P. Francisco de Capillas, religioso del convento de Valladolid: las actas de su martirio constan actualmente en los archivos de la congregacion de los Ritos. El venerable P. Domingo Coronado, religioso del convento de San Estéban de Salamanca, murió mártir en Pekin, segun la relacion que me dieron por escrito seis jesuitas, la cual remití á los religiosos de nuestra provincia. Otros muchos de aquellos misioneros fueron presos y cruelmente azotados, tales como los PP. Juan Bautista Morales y Francisco Diaz. En el sexto tratado de mi primer tomo, he dicho ya algo acerca de la persecucion del año 1665; teníamos entonces once residencias, veinte iglesias y algunos oratorios en varios pueblos; cuando empezó la persecucion en el año 1664, contábamos con iglesia en cinco ciudades, tres pueblos y tres villorrios, en las tres provincias de Fo-kien, Tche-kiang y Kang-tung; pero todas aquellas iglesias fueron destruidas. Hácia el año 1668 habia ya como unos diez mil cristianos, y todo hacia presentir que seria aquel número conside-

(1) Navarrete, t. II, trat. I, prelud, p. 28.

rablemente aumentado; pero sembró el enemigo la zizaña é impidió el fruto que empezaba á nacer

«Aun cuando nuestra órden no hubiese logrado formar otra grey que la que reunió durante la persecucion, me parecian considerables sus trabajos. El religioso chino de nuestra órden, que quedó libre durante nuestro cautiverio en Canton, visitó las iglesias de la China, administró los sacramentos, reconcilió los apóstatas, y convirtió un gran número de infieles. Cuando faltas de todo, se veian las pobres ovejas perseguidas por los lobos con mas encarnizamiento, las deparó Dios el apoyo de aquel dominico chino. Puedo asegurar que en pocos años los PP. Antonio de Santa María y Buenaventura Ibañez, de la órden de San Francisco, convirtieron mas de cuatro mil almas en la ciudad metropolitana de Kantung, sin que permitiesen las ceremonias que practicaban los chinos en honor de los difuntos; fué tal la necesidad á que se vieron reducidos aquellos dos franciscanos, que se alimentaban con las yerbas que habia en los fosos de la ciudad.

«En cuanto á los progresos de nuestros cristianos, respecto de los cuales nos han sido dirigidos diferentes ataques, diré la verdad desnuda, por mas que no lo considere indispensable. Supongo que en el año 1649, han bautizado nuestros religiosos á mas de cinco mil cuatro cientos, sin poder fijar el número de los que lo han sido en los años anteriores, por haber sido quemados nuestros archivos; pero segun lo que he oido decir á los religiosos ancianos de nuestra órden, ascienden á un número mucho mayor que el que he citado antes. Entre los nuevos convertidos, hay cuatro mandarines militares, tres Kun-sing, ó doctores jubilados, que habrian podido llegar fácilmente al mandarinato; pero han renunciado á todos los honores para abrazar la religion católica. Pasan de setenta los bachilleres ó licenciados que abrieron tambien los ojos á la luz de la fé, y de los cuales vivian aun treinta y cuatro en el año 1671, segun lo afirmó el P. Francisco Varo; solo se notaba tibieza en cuatro de ellos, puesto que cumplian los demás todos los deberes cristianos con un fervor ejemplar. Teníamos además otro cristiano, Juan Mieu, mandarin, é hijo de una de las principales familias; la esposa de un virey, llamado Lieu-Chun-Zao; entre los letrados, teníamos uno llamado Antonio, que habia hecho voto de castidad, con gran asombro de los chinos, y que se negó á aceptar la mano de dos ricas herederas: era profeso de nuestra tercera órden, y despues de haber vivido de un modo ejemplar, murió á la edad de treinta y seis años. Conocí á otro cristiano llamado Pedro Chen, tambien profeso de nuestra tercera órden, que disputó con tanto celo y vigor en presencia de un visitador pagano, que llegó á convencer á sus adversarios, haciendo confesar al mismo visitador que era la ley de Dios verdadera y santa. Los infieles, empero, ciegos de furor se arrojaron, terminada la controversia, sobre el fiel soldado de Jesucristo, al que maltrataron de tal modo, que murió á los tres dias, despues de haber recibido los consuelos de la religion que habia defendido con tanta gloria. Otros cuatro convertidos perdieron tambien los altos puestos que ocupaban por haber defendido generosamente la fé en la capital; he conocido asi mismo á otro, llamado Lucas, hombre de raro talento, que confundió públicamente en Fogan á un bonzo que gozaba de gran fama.

«Habia tambien entre nuestros cristianos, doce señoritas de las principales familias, que ofrecieron su virginidad á Dios, venciendo con resolucion heróica cuantos obstáculos se opusieron á la realizacion de su deseo, y dando á los chinos el ejemplo de una virtud sin límites. Vivian aun todas en el año 1671.

«Pero la principal ventaja que reportaron á la Iglesia nuestros cristianos, fué el procurarle dos sacerdotes, uno de los cuales, llamado Nicolás, es actualmente párroco en la diócesis de Nuevas Carceres, donde se portó de un modo edificante. Es el otro el P. Gregorio Lopez, religioso de nuestra órden.»

Debemos hacer mencion del modo con que se portó el arzobispo de Santo Domingo respecto de los jesuitas. Hacia mas de treinta años que se habian establecido los jesuitas en aquella ciudad, sin haber podido lograr aun una casa en que instalarse, cuando Navarrete tomó posesion de su Iglesia. Resueltos estaban los hijos de San Ignacio á abandonar á aquella ciudad, cuando les invitó el arzobispo á que continuasen sus servicios en ella, prometiendo procurarles un establecimiento y fundarles un colegio, lo que cumplió fielmente. En todas las cartas que el arzobispo escribia al rey de España, le hacia presente lo útiles que eran los jesuitas para la educacion de la juventud y la edificacion de los fieles, y que convenia en gran manera se quedasen en la ciudad metropolitana. Grande fué siempre el afecto que profesó Navarrete á los jesuitas: «Los favores de que les colmó, dice Echard, demostraron al mundo que, si bien no pensaba como ellos respecto de las ceremonias chinas, conforme lo habia acreditado en las conferencias celebradas anteriormente en Canton, no estaba por ello menos dispuesto á protegerles en todo.» Murió Navarrete á últimos del año 1689.

Además, conviene hacer observar que, si la mayor parte de los dominicos pensaban en China de distinto modo que los jesuitas respecto de las ceremonias practicadas en aquel pais, no por ello dejaban de tener los hijos de San Ignacio algunos hombres eminentísimos, que pensaban como ellos, en la órden de Predicadores. Bastarános para demostrarlo citar un solo ejemplo. El dominico San Petri, ó de Saint-Pierre, uno de los cautivos de Canton, decia en uno de sus escritos lo siguiente: «Atendidas las creencias de las principales sectas de la China, es la opinion de los misioneros de la Compañía mas útil que la opinion contraria, puesto que abre mas fácilmente á los infieles las puertas del cielo.» Publicó el P. San Petri aquel escrito á 4 de agosto del año 1668 en Canton, durante su cautiverio.

Entre tanto, el calendario astronómico compuesto por el P. Schall, fué pasado para la revision á un chino ignorante; por lo que, fué preciso pasarlo nuevamente á los jesuitas detenidos en Canton, á fin de que corrigiesen las muchas faltas que acababa de cometer en él la persona designada para revisarlo El P. Verbiest, conducido al objeto á presencia del emperador, manifestó la ignorancia del astrónomo chino; bastándole un esperimento gnomónico, para dar á conocer al emperador la superioridad de los procedimientos europeos. Consistió aquella prueba en anunciar la longitud de la sombra de un gnómono, lo que solo indicaba conocer los primeros elementos de astronomía; en su virtud, fué nombrado el P. Verbiest para ocupar el puesto de que tan injustamente habia sido separado Schall. Luego se vió, con gran sentimiento de los chinos, que un bonzo adoptó en Occidente aquel método, dejando el de los musulmanes que antes seguia. Así que se vió Verbiest en posesion de su destino, quiso procurar al observatorio nuevos instrumentos astronómicos; pero habiendo salido de Europa antes que los Casini, los Halley, los Piccard hiciesen dar tan gran paso á la ciencia, no pudo darles toda la perfeccion que era de desear. Las esplicaciones que el religioso dió al emperador, escitaron vivamente su curiosidad; así que, no tardó la gnómica en conducirle á la geometría, á la agrimensura y hasta á la música. A fin de poder el príncipe utilizar mas las lecciones del P. Verbiest, obligó á este á que aprendiese el tártaro, cuya lengua llegó á poseer en breve hasta el punto de escribir su gramática El favor de que gozaba el jesuita en el año 1669, redundó en beneficio del cristianismo; á instancias del religioso, pidió el emperador un informe al tribunal de los Ritos acerca de la religion cristiana; y como este manifestase no haber hallado en ella cosa alguna que fuese contraria al bien del Estado, se rehabilitó la memoria del P. Schall por haberla predicado; los grandes que la habian abrazado fueron repuestos en sus destinos, y se permitió á los sacerdotes europeos regresar á sus iglesias y



[illegible]

afecto [illegible]
«Los favores [illegible]
demostraron al [illegible]
saba como ellos respecto [illegible]
ciencias, conforme lo había [illegible] en las
conferencias celebradas anteriormente en Can-
ton, no estaba por ello menos dispuesto á
protegerles en todo.» Murió Navarrete á últi-
mos del año 1689.

Además, conviene [illegible], si
la mayor parte [illegible] en
China [illegible] res-
pect[illegible] en aquel
[illegible] hijos de
[illegible]
[illegible] Pre-
dica[illegible]
[illegible]

[illegible] Publicó el
[illegible] del
[illegible] su [illegible]
[illegible] com-

[illegible] no [illegible] á la [illegible]
[illegible] de [illegible]
que el [illegible] dió [illegible], esto con
vivamente su [illegible] que, no [illegible]
la [illegible] en [illegible] geometría, á la
[illegible]. A fin de po-
der el [illegible] lecciones del
P. Ver[illegible] que aprendió
el [illegible] en las
[illegible]. El
favor de que [illegible] del año 1689
redundó en [illegible]; á ins-
tancias del [illegible]
informe al [illegible] de la
religion cristiana [illegible] no
haber hallado [illegible]
contraria al [illegible] la
memoria del P. [illegible] predecesor
los grandes que [illegible] fueron re-
puestos en sus destinos [illegible] permitió á los
sacerdotes europeos regresar á sus iglesias y



Verbiest. Verbiest.

Gaume frères éditeurs
J. Bernard imp.

practicar libremente el culto, prohibiéndoseles, empero, predicar la religion á los chinos, que no podian abrazarla por no ser la religion del Estado. No obstante aquella restriccion, fué anunciado el Evangelio en todas las provincias del imperio, haciendo cada dia en ellas nuevas y gloriosas conquistas; en el año 1672, recibieron el bautismo un tio materno del Khang-hi, y uno de los ocho generales que mandaban el ejército tártaro. En breve tuvo el P. Verbiest, sosten de aquella iglesia naciente, el consuelo de ver seguir al emperador el ejemplo de su tio. Habíase confiado el año 1636 al P. Schall la fundicion de artillería; y como las mejores piezas que tenian los chinos, eran las que habian sido fundidas en aquella época por los jesuitas, deseaba el emperador que el P. Verbiest se encargase nuevamente de ella. Pero como solo la fuerza de las circunstancias podia obligar á los jesuitas á dedicarse á una obra tan contraria á los intereses que iban á sostener en aquellas regiones, aceptó el P. Verbiest á su vez el cargo de director de la fundicion en el año 1681, por no comprometer los intereses de aquella mision. Al poco tiempo de estar el misionero ejerciendo su nuevo cargo, pudo, no obstante la poca inteligencia y mala voluntad de los operarios que tenia á sus órdenes, ofrecer al emperador un parque compuesto de trescientas piezas de artillería, formado de antiguas piezas, en su mayor parte inservibles. Khang-hi, despues de haber visto el alcance de la nueva artillería, regaló su riquísimo traje de martra al jesuita, para darle una prueba de la satisfaccion con que habia visto su obra. Algunos meses despues, quiso recompensar nuevamente sus servicios colmándole de honores, sin que fuera ninguno de ellos tan grato al siervo de Dios, como las siguientes palabras contenidas en un Breve de Inocencio X, fechado á 3 de diciembre del año 1681: «Vuestras cartas nos han causado un placer casi increible. Ha sido para Nos muy dulce y consolador el ver el modo con que empleais el uso de las ciencias humanas en el interés de la salvacion de los pueblos de la China, en el aumento y utilidad de la religion, rechazando por aquel medio las falsas acusaciones y calumnias que no cesan de dirigir algunos contra el nombre cristiano. Habeis sabido grangearos el aprecio del emperador y de sus consejeros, evitar la injusta persecucion que sufristeis con tanta grandeza de alma, romper las cadenas en que gemian los compañeros de vuestro apostolado, devolver á la religion su antigua libertad y gloria, y hacerla entrever cada dia mayores esperanzas; con la proteccion del cielo y con un hombre como vos, todo puede esperarlo la religion en ese imperio.» En el año 1683, el P. Verbiest presentó al emperador su «Cálculo sobre los eclipses del sol y la luna durante dos mil años», cuya preciosa obra le valió nuevos favores, que solo empleó en bien del catolicismo y en la propagacion de la fé.

Aquel hombre apostólico, vivamente penetrado del espíritu de su Compañía, no paró hasta formar un clero indígena, conforme lo hicieron los demás misioneros de su instituto en la India (1), la Abisinia y el Japon. El P. Trigaut escribió hácia el año 1618 una Memoria en apoyo de aquella idea de formar un clero indígena; observando en ella que, ni aun el martirio de todos los misioneros europeos causaria la ruina de las misiones que tuviesen un clero nacional, que reemplazase á sus fundadores estrangeros (2). Tambien el P. Rougemont publicó otra Memoria con el mismo objeto en el año 1667; probandó á su vez el P. Verbiest en el año 1678 en un luminoso escrito, lo necesario que era la formacion de un clero indígena. «Cita en él, dice el P. Bertrand, que los misioneros se habian reunido en Canton el año 1666, al objeto de decidir si era ó no necesaria la creacion del clero indígena, y que se habian espuesto en

(1) *Historia de la Mision del Maduré segun las cartas de los misioneros*, tomo I (*Nociones sobre la India y las misiones*), p. 200.

(2) *Ut etiamsi europæi sacerdotes martyrio omnes afficerentur se ipsa* (misio) *stare posset.* El P. Bertran, *Historia de la mision del Maduré*, p. 212 y 346.

favor de aquella proposicion las razones siguientes: 1.ª, que tambien en el Japon nuestros padres habian establecido seminarios, y formado un clero indígena que prestó grandes servicios á la religion. 2.ª, que en virtud de las cartas del general, las cuales prevenian se procediese á formar un clero indígena, caso de que el P. Visitador y las dos terceras partes de los misioneros lo creyesen conveniente, debia procederse desde luego al cumplimiento de aquella disposicion, ya que no faltaba el requisito prescrito para llevarla á efecto. 3.ª, que juzgaban los religiosos en las circunstancias presentes ser necesario exigir á los indígenas los mismos votos que debian hacer los demás misioneros. Pidióse luego que no se exigiese á los indígenas el estudio de la lengua latina, puesto que habia un gran número de libros escritos en chino que contenian las principales verdades de nuestra religion, que atacaban con irresistible lógica las sectas paganas, y que eran edificantes por su piedad. Solo por causas independientes de su voluntad, tuvieron que empezar los jesuitas en China, la realizacion de su plan formando un clero indígena regular; pero no por ello dejaron de abrigar constantemente la idea de conferir mas tarde el sacerdocio á los indígenas seculares, y elevarles hasta el episcopado.» A continuacion el P. Bertrand añade: «Sin duda perdieron los misioneros de la China un tiempo precioso en vacilaciones y disputas; creian unos que era preciso aplicar en seguida el principio admitido por todos, y proceder á la formacion de un clero indígena; al paso que otros, sobre todo los religiosos portugueses, eran de parecer de que debia aguardarse algun tiempo mas, si no se queria arruinar la mision. Fundábanse estos últimos en los vicios de que adolece el carácter chino, en las costumbres del pais, y en el poco respeto que infundirian á los chinos los indígenas que llegasen al sacerdocio; por lo tanto, querian aguardar á que el cristianismo hubiese echado en China mas hondas raices, antes de conferir órdenes sagradas á aquellos de sus hijos que aspirasen al apostolado. Todas estas razones podian ser de un gran peso, y quizás merecian ser tenidas en consideracion; pero es tambien muy probable que, dominados los religiosos portugueses por el espíritu nacional, dejasen de apreciar en su justo valor las costumbres y disposiciones de los pueblos que su nacion habia conquistado, sin que fuese aquella la única vez en que influia el patriotismo en las decisiones tomadas por los misioneros. En la India, solo un misionero italiano, el P. Roberto de Nobilis, pudo adoptar las costumbres y usos del pais, y fundar la mision del Maduré; al paso que los religiosos portugueses, con la mejor intencion del mundo, fueron los primeros en combatir el nuevo método que siguieron despues con tanto heroismo, al ver sus resultados. El principio de conferir á los indígenas el sacerdocio y admitirles en la Compañía de Jesus, se habia adoptado ya en el Japon cuando lo estaba evangelizando S. Francisco Javier; pero los portugueses siempre les distinguieron de los demás misioneros, hasta que el P. Valignani hizo desaparecer enteramente aquella distincion, y fueron los japoneses considerados en todo como los misioneros europeos. El mismo espíritu nacional fué sin duda el que causó tambien en China la controversia que por tanto tiempo sostuvieron entre sí los misioneros; pero si en ella hubo falta ó error de parte de algunos, fué á impulsos del patriotismo escesivo que no les permitia considerar á los habitantes de aquel pais dominado como á los mismos europeos. Pero es de observar que solo intervino la Compañía de Jesus en la controversia empeñada entre los religiosos, para dar mayor desenvolvimiento á las misiones.» Mientras que el clero indígena se multiplicaba en China, pedia el P. Verbiest nuevos operarios al Sumo Pontífice, y acudian á su llamamiento los dominicos, franciscanos y agustinos, á los que no tardaron en seguir los sacerdotes de la Congregacion de las Misiones Estrangeras: nueva sociedad, cuyos principales móviles fueron dos jesuitas, el P. Alejandro de Rhodes y el P. Bagot.

CAPÍTULO XIV.

Misiones del P. Alejandro de Rhodes en la Cochinchina y el Tong-king. — Primeros apóstoles de la Congregacion de las Misiones estrangeras en aquellos paises, en Siam y en la China. — Primer obispo chino.

Nació Alejandro de Rhodes en Aviñon el dia 15 de marzo del año 1591, partiendo á los diez y ocho años para Roma, donde abrazó la regla de San Ignacio; particularmente las misiones del Japon, habian sido siempre objeto de todos sus deseos. Así que sus superiores accedieron á ellos, salió Rhodes de Roma y se embarcó en Lisboa á 4 de abril del año 1619. « Nuestro buque, dice (1), parecia ser un convento flotante, tal era la conducta que observaban en él todos los tripulantes y los demás pasageros; todos confesaban muy á menudo, y hubo cinco veces comunion general en los cinco meses que duró la travesía. El dia ó fiesta del *Corpus*, llevamos el Santísimo procesionalmente por toda la cubierta del buque, dando la bendicion desde el alcázar á todos los tripulantes; aquella procesion en la inmensidad del Océano fué para todos un acto consolador, imponente y sublime. Tocamos en Goa el dia 9 de octubre del año 1619, ó sea el dia de san Dionisio, apóstol de Francia, al que tomé desde aquel dia por protector en todos mis viages. » Mientras que la persecucion acababa de inmolar sus últimas víctimas en el Japon, se dedicó el P. Rhodes á aprender el canarin, lengua que se hablaba en Goa y sus alrededores. El dia 16 de abril del año 1622, salió el P. Alejandro de aquella ciudad, y se dirigió á la de Malaca, donde conoció á dos grandes misioneros: el P. Gaspar Ferreira, portugués, con el que bautizó á mas de dos mil idólatras, que murió en Bengala, y el P. Julio César Margico, del que dice: « Algun tiempo despues, fué el esforzado P. Margico al reino de Siam á predicar la santidad de nuestra fé, siendo tal la elocuencia de su palabra, que convirtió al rey, y fundó una hermosa iglesia. Acontecieron empero algunos trastornos causados por los díscolos, que fueron atribuidos injustamente á los cristianos, por lo que volvió el rey á declararse su enemigo. El P. Margico, sin embargo, continuó anunciando la ley de Jesucristo, hasta que un mal cristiano, al que muchas veces habia reprendido el misionero su desordenada vida, no contento con delatarle á los paganos, le envenenó, de cuyas resultas murió Margico á los pocos dias (año 1630), acabando á la vez con toda aquella comunion cristiana de que era único fundador y padre el generoso siervo de Dios. » Desde Malaca, se dirigió el P. Alejandro á Macao, donde desembarcó el dia 29 de mayo del año 1623; en menos de un año aprendió en aquella ciudad la lengua japonesa. « Nuestros superiores, añade el mismo religioso, viendo que las puertas del Japon nos estaban cerradas, creyeron que habia permitido Dios aquella desgracia para abrir las de Cochinchina al santo Evangelio, por lo que enviaron á aquella region al P. Gabriel de Mattos el año 1624, junto con otros cinco religiosos europeos, teniendo yo la honra de ser uno de ellos, y un japonés muy versado en las letras. Partimos de Macao en el mes de diciembre del año 1624, y en diez y nueve dias llegamos á Cochinchina, animados del deseo de cooperar cuanto antes á la propagacion de las santas doctrinas. Encontramos allí al P. Pino, quien poseia admirablemente la lengua del pais, que no tenia ninguna analogía con la china; se hablaba en los reinos de Tong-king, Caoban y Cochinchina, y era además comprendida en otras tres provincias ó reinos vecinos. De mí sé decir, que cuando oia á mi llegada á Cochinchina hablar á los naturales, y particularmente á las mugeres, creia oir el gorgeo de las aves, y desconfiaba de aprender nunca aquella lengua. » Sin embargo, llegó el P. Alejandro á aprenderla hasta el punto de predicar en ella á los seis meses de su llegada. Diez fueron los religiosos que evangelizaron el año 1625 aquel reino,

(1) *Diversos viajes y misiones del P. Alejandro de Rhodes á la China y otros reinos de Oriente*, par. I, p. 14.

en el que una persecucion repentina fué á reprimir sus esfuerzos; hé ahí lo que dice el propio P. de Rhodes con este motivo: «Habia permanecido como unos diez y ocho meses en Cochinchina, viendo con gran placer aumentarse cada dia el número de los hijos de Dios, cuando el P. Julian Baldinotti, natural de Pistoya en Toscana, religioso de la Compañía de Jesus, fué enviado desde Macao á un nuevo reino, en el que no habia penetrado hasta entonces ningun misionero, por haber sido el Japon el punto en que se fijaba la vista de todos los jesuitas. El hermoso reino de Tong-king, tal era el pais á que se dirigió Baldinotti en el año 1626; aquel buen misionero, cuyo celo no reconocia límites, veíase obligado con todo el dolor de su corazon á guardar silencio cuando podia ser tan fructífera su palabra, por no hablar ni comprender siquiera la lengua del pais. El rey, á quien hizo algunos regalos, le recibió con benevolencia; pero aquella misma recepcion que en otras circunstancias le habria colmado de gozo por abrirle el camino del apostolado, causaba entonces su mayor tormento, por no poder aprovechar de ella en bien de las almas. Solo tuvo el consuelo de bautizar cuatro niños en el momento de morir, los cuales fueron los abogados de aquella cristiandad, que fueron á defender la causa de su pueblo ante el trono del Eterno. Como se viese el celoso misionero obligado á permanecer en la inaccion, escribió á nuestros religiosos en Cochinchina, suplicándoles se apiadasen de un numeroso pueblo que gemia en la idolatría, por no haber quien le hiciese entrar en el buen camino; al propio tiempo se dirigió á Macao para pedir que le enviasen lo mas pronto posible á algunos misioneros que supiesen la lengua del Tong-king; permitiendo Dios que fuese yo uno de los designados para la conquista de aquel reino. Llegamos felizmente al puerto de Chovaban, en la provincia de Sinoa, el dia 9 de mayo del año 1627. La capital de Tong-king, llamada Checho, es una ciudad grande y hermosa; sus calles son anchas y rectas, y ocupa el recinto de sus muros una estension de seis leguas. El rey previno que hiciese construir desde luego una hermosa iglesia; tan pronto como se supo por todo el reino nuestra llegada, fué tan numeroso el gentío que acudió de todas las provincias, que me vi obligado á predicar cuatro y hasta seis veces al dia; increible era el triunfo de la verdad católica; una hermana del rey y otros diez y siete de sus mas próximos parientes fueron bautizados en un mismo dia, siguiendo luego su ejemplo diferentes gefes del ejército y un gran numero de soldados. En el primer año logré bautizar mil doscientas personas, al año siguiente dos mil, y tres mil quinientas el tercer año. Me admiraba en gran manera la facilidad con que lograba convertir á los sacerdotes de los ídolos, que son regularmente los mas obstinados en el error; bauticé á doscientos de ellos, que nos secundaron admirablemente en la conversion de los demás. Hubo uno que me presentó á doscientos de sus cólegas que habia logrado convencer con la verdad de la fé; todos fueron despues fervientes catequistas. Al verme solo para la predicacion, por no saber mi compañero la lengua del pais, reuní una porcion de jóvenes de reconocido talento y piedad, á fin de hacerles dedicar á la conversion de las almas; merced á aquel medio, sugerido por la necesidad, tuve luego un seminario en el que hubo mas de cien jóvenes destinados al apostolado. Todos los fieles contribuian al sosten de aquella fundacion, administrándosela ellos mismos, por no haber querido nunca aceptar nosotros ningun recurso: bastábanos la posesion de sus almas. Esta conducta, que observamos ya desde el primer dia, nos ha dado escelentes resultados; cuantas veces los paganos intentan desprestigiarnos á los ojos de los cristianos, les contestan estos: «¿Qué interés tendrian los misioneros en engañarnos? Además, vienen de léjos arrostrando todos los peligros, no admiten recompensa alguna, son hombres de talento y virtud, y no carecen de lo necesario: ¿qué es lo que podrian proponerse engañándonos? Así, pues, debemos

creer que es Dios quien les envia, y que es cierto todo cuanto nos dicen. » Muchos son los paganos que se han convertido ante estas razones. » El P. de Rhodes, despues de haber gozado aquella calma, durante la cual « veia con placer, son sus palabras, llenarse la barca de Pedro de peces que eran las delicias de Jesucristo, » oyó rugir tambien la tormenta sobre su cabeza. Las mugeres del rey, y los eunucos encargados de su custodia, temiendo que abrazase el soberano una ley que condenaba la poligamia, indujeron al soberano á que diera una órden prohibiendo á sus súbditos que siguiesen la nueva doctrina procedente de Europa, por oponerse á las costumbres del reino y poner el estado en peligro inminente. Persuadidos de que nada habia de contener tanto los progresos de la fé como el estrañamiento del misionero, digeron al rey que era aquel un nigromántico, que tenia el poder de decapitar á todos los que hablaba, sin que nadie pudiese impedírselo. « Desde entonces el rey, dice el propio religioso, empezó á desconfiar de la ley que yo anunciaba, y hasta de mí mismo, sin permitirme siquiera la entrada en su palacio cuantas veces intenté justificarme; si alguna vez llegué á penetrar hasta él, solo me concedió una audiencia corta, y aun no me permitia acercármele por temor de que le echizára con la vista. » El P. de Rhodes, desterrado del Tong-king en el mes de mayo del año 1630, pasó diez años en Macao, donde enseñó teología, haciendo diferentes escursiones á la provincia de Canton; sin embargo, á pesar de su destierro, ni el jesuita Antonio Marquez, su compañero (1), ni él abandónaron nunca la iglesia naciente que acababan de formar, puesto que en 18 de febrero de 1631, enviaron á ella á los PP. Gaspar de Amaral, Antonio de Fonte y Antonio Chardin, quienes fueron recibidos por los fieles con vivos trasportes de gozo. Lo que mas consoló á los nuevos apóstoles, fué el ver que durante la ausencia de sus primeros pastores, habian aumentado aquella comunion cristiana dos mil trescientos cuarenta neófitos, que tres catequistas estaban encargados de instruir, y á los que habian conferido ya el bautismo. En breve llegó á ser tan abundante la cosecha, que se vieron obligados los misioneros á trabajar noche y dia para recojerla; en el año 1639, se contaban ya en aquella mision ochenta y dos mil quinientos cristianos, y habia en la provincia de Ghean setenta y dos pueblos, en los que apenas quedaba un infiel. El número de los tongkineses que recibieron el bautismo en el año 1646, ascendian á ochenta mil, y existian en las cuatro provincias doscientas grandes iglesias, magnificamente adornadas, construidas por aquellos fervientes neófitos. No era menos consolador el espectáculo que ofrecia el vecino reino de Cochinchina, en el que tan pocos fieles habia encontrado el jesuita Francisco Buzoni al llegar á él en el año 1615; pero habia ya doce mil fieles, cuando despues de veinte y cuatro años de constantes afanes, fué Buzoni á recibir su recompensa en el cielo. Los PP. Benito de Mattos, Juan Leiria y otros, fueron destinados á aquella mision para continuar la obra tan gloriosamente empezada por su digno predecesor; tambien en 1640 fué enviado nuevamente á Cochinchina Alejandro de Rhodes, en cuyo reino logró la persecucion contener el esfuerzo de su celo, obligándole á retirarse á Filipinas, si bien no tardó en regresar á su apostolado. Al verse al poco tiempo obligado otra vez á alejarse, tuvo la precaucion de organizar á sus catequistas, como lo habia hecho con los de Tong-king, dividiéndolos en dos partidas que evangelizaron simultáneamente el norte y el mediodía del reino, mientras que estaba él aguardando en Macao un momento favorable para ir á reunirse con ellos. El quinto y último viage del P. de Rhodes á Cochinchina, fué señalado por numerosas conversiones; hasta entonces aquella iglesia, aunque cruelmente perseguida en distintas épocas, no habia tenido ningun mártir: un catequista, llamado Andrés, de diez y nueve años de edad, alcanzó la prime-

(1) *Reseña de la persecucion suscitada en el reino del Tong-King*, etc., en las *Cartas edificantes*, tomo XXV, p. 93.

ra palma del martirio en el mes de julio del año 1644. «Cuando me vió, despues de habérsele leido su sentencia de muerte, refiere el P. Rhodes, se entregó á los mayores trasportes de gozo; á todos los cristianos que iban á visitarle en tropel, les decia todo lo que habria podido decirles un San Lorenzo poco antes de su suplicio. Despues de haberse confesado, se despidió de todos, y siguió alegremente á la escolta de cuarenta soldados que le condujo á un campo que habia á media hora de la ciudad; al llegar al lugar destinado para su triunfo, cayó de rodillas en medio del círculo que formaban los soldados, y con la vista fija siempre en el cielo no cesó de pronunciar el nombre de Jesus. Cuando recibió por detrás la lanzada que le traspasó el corazon, me miró con ternura en señal de despedida; yo le contesté que no apartase la vista del cielo, donde le estaba aguardando su Dios. En efecto, levantó sus ojos sin que volviera á bajarlos ya mas; al recibir el pobre Andrés un nuevo golpe mortal, no hizo siquiera movimiento alguno, lo que me pareció admirable. Como hubiese recibido ya tres lanzadas, y continuase aun en la misma posicion, salió un soldado de la fila, y desenvainando su cimitarra le descargó un nuevo golpe, que no dió mas resultado que los anteriores. Ciego entonces de cólera, dió el infiel con tal furia á su víctima un segundo sablazo, que le separó enteramente la cabeza del cuerpo; entonces oí pronunciar el nombre de Jesus en el mismo instante en que era la cabeza separada del tronco, y el alma voló al cielo y el cuerpo cayó en tierra.» El mismo P. de Rhodes fué reducido á prision algun tiempo despues y condenado á muerte; pero luego se contentaron con desterrarle. «El dia 3 de julio del año 1645, añade el mismo religioso, abandoné á Cochinchina, pero como al separarme del Tong-king, dejé en ella una parte de mi corazon, dejándolo entero para siempre entre ambos paises. Cuando mis superiores vieron que era espulsado de Cochinchina, creyeron seria una temeridad enviarme nuevamente á ella, porque solo contribuiria á escitar mas la cólera del principe contra los cristianos; así que, resolvieron destinarme á Europa, á fin de que les procurára los socorros espirituales y temporales de que tanto necesitaban. Creyeron que conocia á fondo todas las necesidades de aquel pais, y que por lo mismo podria informar á Su Santidad del triste estado en que se hallaban aquellas cristiandades, por carecer de obispos que las dirigiesen.» Estas últimas palabras son tanto mas dignas de atencion, cuanto que revelan claramente la idea de procurar un obispo á cada comunion cristiana, y por consiguiente un clero indígena, así como tambien, que no era aquella idea propia del P. de Rhodes, sino emanada de sus superiores, quienes le enviaban á Roma en calidad de procurador de la provincia del Japon, para que espusiera el modo en que debia ser constituida aquella iglesia.

Observa el P. Bertran con razon que, habian reconocido un gran número de misioneros jesuitas la necesidad de constituir las misiones de Oriente bajo un plan mas vasto, á fin de que cesasen los obstáculos que oponia el derecho de patronato á los trabajos apostólicos. Veamos, segun aquel sábio misionero, lo que se entendia por patronato portugués.

«El Portugal, fué la primera, y por mucho tiempo la única potencia que ejerció su autoridad en las Indias Orientales. Si bien es verdad que prestó en ellas servicios eminentes á la religion y contribuyó poderosamente á propagarla; que dió muchas veces gran lustre y pompa á sus embajadas para introducirla en el seno de la idolatría, la autoridad de su nombre para sostenerla, y la fuerza de sus armas para defenderla; y que procuró con admirable liberalidad los recursos pecuniarios para el sustento de los misioneros y de cierto número de obispos; no es menos cierto que, como en todas épocas, pagó muy caro la Iglesia el ausilio y proteccion que le dispensára el Portugal, teniendo que allanarse á las condiciones que le fueron impuestas por aquella córte, y sufrir los inconvenientes que resultaron de

ellas. Podríamos citar en primer lugar las miras políticas que motivaron en gran parte aquella proteccion, que tanto contribuyó á arraigar en el espíritu de los pueblos la idea de que era la religion cristiana un medio para imponer á las naciones el yugo de los portugueses, idea que por desgracia contribuyó á arraigar mas y mas la conducta de los europeos. Fácil será á cualquiera comprender que semejante idea habia de ser un obstáculo para la propagacion de la fé; debiéndose las mas veces á ella la persecucion terrible que causó la ruina á varias cristiandades Pero lo que mas afectó aun directamente á la Iglesia, fueron las condiciones impuestas por los reyes de Portugal, entre las que habia la llamada *derechos de patronato*, que autorizaba á aquella nacion para ejercer un monopolio en las misiones de las Indias. Segun los derechos señalados en ella, ningun obispo podia ser nombrado para las sedes existentes, ni podia crearse ninguna diócesis, sin el consentimiento del rey de Portugal, á quien pertenecia el derecho de presentar los candidatos; además, ningun misionero europeo podia pasar á las Indias sin su permiso, y sin que fuese en buques portugueses; y finalmente, ningun Breve ni bula de la Santa Sede, tenia en la India fuerza de ley hasta que habia sido comunicada, y merecido la aprobacion del rey de Portugal. Así pues, todas las misiones de la India eran misiones portuguesas; porque si bien se admitian en ellas religiosos de las demás naciones, debian estos, por decirlo así, perder su nacionalidad, lo que retraia á muchos de tomar parte en ellas. En cuanto á los socorros temporales, tan necesarios para el desenvolvimiento de las obras apostólicas, preciso era recibirlos del gobierno portugués, que no siempre estaba en disposicion de procurarlos. Sin embargo, todas estas condiciones eran en un principio compensadas por preciosas ventajas, que solo el reino de Portugal podia ofrecer, y sin las cuales habria sido la propagacion de la fé enteramente imposible; por otra parte, entrañaban, bien considerado, un principio de equidad y de garantía indispensable, porque siendo el Portugal la única potencia europea establecida en la India, era natural que procurase conservar su autoridad, y que impidiese á las demás naciones ejercer su influencia cerca de las misiones establecidas en un pais que le pertenecia. En consideracion á todas estas razones, aceptó la Santa Sede las condiciones impuestas por la córte portuguesa, y confirmó el derecho de patronato por medio de las correspondientes bulas. Lo que habia de mas notable segun se decia, es, que exigiese el rey una cláusula por la cual anulase el Santo Padre todas las bulas que pudiesen dar sus sucesores en contrario. Esta influencia del poder portugués produjo por mucho tiempo felices resultados, por permitir los recursos del gobierno sostener á los numerosos misioneros que se presentaban; pero fueron aumentándose las misiones, disminuyeron considerablemente los recursos, y no pudo ya el Portugal por sí solo procurar el número de obreros necesarios: ni aun los de las demás naciones que se presentaron, y esto que eran en bastante número, pudieron atender á todas aquellas nacientes misiones. Los jesuitas portugueses lograron por medio de los indígenas que cristianizaron, formar en las Indias orientales cinco grandes provincias de la Compañía, á saber: las de Goa, Malabar, el Japon, la China y Filipinas, cuyos religiosos eran indígenas, y descendientes de los europeos establecidos en las Indias. La falta de recursos pecuniarios que se hacia sentir mas y mas á medida que iban aumentándose las necesidades, fué siempre el principal obstáculo para el desenvolvimiento y progreso de las misiones nacientes. Tenian además aquellos recursos, por ser en especie, que convertirse en dinero para remitirlo á los misioneros, lo que hacia indispensable una procura que ofrecia muchas veces graves inconvenientes. Tal era, por ejemplo, la procura establecida en Macao para atender á las provincias del Japon y de la China: el público, siempre inclinado á pensar mal, no titubeaba en afirmar que los jesuitas hacian un gran co-

mercio y eran inmensamente ricos; al paso que, mientras circulaban en Europa aquellos falsos rumores en perjuicio de la Compañía, se veian los pobres misioneros reducidos las mas veces á la última miseria, y sin poder continuar su obra por falta de recursos. Otra consecuencia no menos funesta del patronato portugués, fué la dependencia en que se vieron los misioneros, respecto del gobierno y de los obispos nombrados por el rey. »

Convencidos de los gravísimos inconvenientes que acabamos de indicar, los superiores, de quienes fué intérprete el P. de Rhodes cerca del Papa, pensaron en librar á las misiones orientales del patronato portugués, y erigir en aquellas regiones diócesis independientes de la corona de Portugal, procurándolas títulos y rentas necesarios; y por último, en fundar un seminario que pudiese procurar hombres dignos y capaces para desempeñarlas. La Compañía acostumbraba aceptar en las Indias el peso del episcopado; la santa regla que prohibe á los jesuitas las dignidades eclesiásticas, y el voto acertadísimo por el que renuncian á ellas, contribuyen á demostrar evidentemente la necesidad que habia de la institucion de obispos en aquellas misiones; puesto que, á pesar de aquella regla y de aquel voto, han aceptado los jesuitas constantemente el episcopado, que no quieren ni pueden aceptar en ningun otro pais. Hé ahí porque todos los patriarcas y obispos de Abisinia fueron jesuitas, así como tambien los del Japon, Granganor, y los mas de Meliapur; solo se abstuvo la Compañía de tener obispos en el Tong-king, la Cochinchina y la China, por depender aquellas misiones del rey de Portugal, y no querer indisponerse con este; ocupando diócesis independientes de su corona. Así que, en interés de aquellas misiones, nombraron al P. Rhodes para que fuese á pedir la creacion de aquellos obispados, encargándole hiciese presente que no fuesen jesuitas los nuevos obispos que debian nombrarse.

Los PP. Metelo Sacano y Cárlos de Roca, reemplazaron á Alejandro de Rhodes en Cochinchina, cuando se embarcó en Macao el 20 de diciembre del año 1645; al tocar en Malaca, de cuya ciudad se habian apoderado los holandeses hacia seis años, dice: « Confieso que se me oprimió el corazon, al ver el cambio notable que observaba en aquella hermosa ciudad, que no habia visto hacia veinte y tres años. ¡Ah! nuestra iglesia, consagrada á la Madre del amor divino, en la que el gran San Francisco Javier habia predicado tantas veces y obrado tantos milagros, se habia convertido en templo protestante, en el que resonaban cada dia mil blasfemias contra la Vírgen y los santos. Habia visto tambien en la propia ciudad otras muchas iglesias magníficamente adornadas, que, ó habian sido destruidas, ó se veian profanadas. Nada me afectó empero tanto como el tañido de la antigua campana de nuestro colegio, cuando llamaba á los hereges para que fuesen á entregarse á sus detestables prácticas. Entre las muchas cosas indignas de hombres que se llaman cristianos, ví la de no permitirse á los católicos del pais ni la mas pequeña iglesia, mientras que se autorizaba á los idólatras para tener un templo en la entrada de la ciudad, y entregarse en él á los mas infames sacrificios. ¡Y aun se dirá que siguen esos señores hereges la ley de Jesucristo! » El mismo P. Alejandro fué conducido por los holandeses á la cárcel de Java, por haber dicho misa en una casa particular, permaneciendo preso hasta el momento de su embarque. En Surate, encontró al capuchino Francisco Zenon, oriundo del Anjou; desembarcó en la costa de Persia, atravesó aquel reino, encontró carmelitas descalzos en Chiraz, y se detuvo en Djoulfa, poblacion situada cerca de Ispahan, en la que habia tres hermosos conventos de agustinos, carmelitas y capuchinos. Desde Armenia, reino evangelizado á la sazon por misioneros de la órden de Predicadores, fué á embarcarse en Esmirna; y finalmente, llegó el P. Alejandro á Roma el dia 27 de junio del año 1649. A fin de no indisponer á la Compañía con el Portugal, presentó, de acuerdo con el general de la órden, una Me-

moria en su nombre, en la que esponia la necesidad de crear un clero indígena bastante numeroso y diferentes diócesis que no dependiesen del patronato portugués, probando que el estado de las nuevas iglesias exigia imperiosamente la derogacion de los antiguos derechos. « Procuré, luego de mi llegada, dice el P. Alejandro, dar á conocer el designio que me obligó á pasar á Roma desde uno de los confines del mundo; teniendo la dicha de hablar de él muchas veces á nuestro Santísimo Padre que, me manifestó en todas ellas un gran deseo de proteger en todo nuestras misiones. Llamaba cada dia á la puerta de los cardenales para hacerles presente que habia un gran número de indígenas allende los mares, que les tendian los brazos suplicándoles les enseñasen el camino del paraiso. Tres años tuve que permanecer en Roma, ya para asistir á los tres capítulos generales de nuestra órden, ya para sostener los intereses de nuestros reinos, pidiendo siempre obispos y misioneros para evitar la perdicion de un sin fin de pueblos. » En 7 de agosto del año 1651, los cardenales de la Congregacion de la Propaganda manifestaron al Papa se dignase adoptar medios eficaces para la creacion de obispos y sacerdotes indígenas en las diferentes iglesias del Asia superior, proponiéndole nombrar un patriarca, dos ó tres arzobispos y doce obispos que las dirigieran, elegidos de entre los sacerdotes seculares ó regulares, segun lo creyese el Pontífice mas conveniente y útil al bien de las almas: pero nunca se realizó enteramente aquel proyecto que tan fecundo habia de ser en resultados (1). Todo el mundo designaba ya al P. de Rhodes como primer obispo de la iglesia del Tong-king, tanto por su talento, como por haber sido ya hasta entonces su apóstol y su padre. « El Soberano Pontífice, dice el abate Sicard en su *Historia del establecimiento del cristianismo en las Indias orientales*, le instó varias veces para que aceptára aquella dignidad, tan temible para los humildes de corazon, y tan ansiada por los que son menos dignos de ella; pero aquel modesto jesuita, contento con su humilde estado, espuso tantas razones para evitar su eleccion, que no creyó el Sumo Pontífice deber nombrarle contra su voluntad. » Además de la causa que indica el abate Sicard, cedió el P. de Rhodes á la grave razon que no permitia á los jesuitas aceptar en las Indias sillas independientes ó libres del patronato portugués. Habiéndose encargado al propio misionero que propusiese hombres capaces para ocupar aquellas sillas, he creido, dijo, que siendo la Francia uno de los reinos mas católicos del mundo, me procurará bastantes soldados para emprender la conquista de todo el Oriente, y obispos necesarios para sujetarle al suave yugo de Jesucristo, que serán nuestros padres y los directores de aquellas iglesias. » Animado de esta esperanza, salió el P. Alejandro de Roma el 11 de setiembre del año 1652, dirigiéndose á Paris, donde publicó su cruzada contra los enemigos de la fé, recibiendo desde luego cartas de jesuitas de todas las provincias, en las que pedian partir para las Indias. Entre tantos aspirantes, solo veinte fueron admitidos por los superiores de la Compañía. Fácil era procurarse todos los misioneros necesarios; pero como era preciso que los obispos de las nuevas iglesias no fuesen jesuitas, consultó de Rhodes al P. Bagot, quien, á pesar de las instancias del cardenal Mazarin, se negó constantemente á ser confesor del rey, y que era entonces director de casi toda la Congregacion establecida en Paris entre los alumnos del colegio de la Compañía de Jesus, en la que habia algunos de entre ellos, que formaban todavía una asociacion mas íntima para ejercer nuevas obras de celo y caridad acerca de sus condiscípulos y de los pobres de la capital. Eran tantas las pruebas de virtud que daban aquellos jóvenes, que no titubeó el P. Alejandro en proponer á algunos de ellos para el episcopado. Los mas de aquellos jóvenes apóstoles manifestaron el deseo de pertenecer á la

(1) Luquet. *Cartas á monseñor el obispo de Langres sobre la congregacion de las Misiones estranjeras*, p. 6.

Compañía de Jesus; pero como se les destinaba al episcopado de Asia, tuvo que limitarse el Instituto á continuar protegiendo aquella Congregacion naciente con su maternal solicitud, á fin de que pudiesen ocupar las sillas para las que habian sido propuestos muchos de los que pertenecian á ella. Con todo, no tardó aquel proyecto en fracasar en Roma, ó al menos en ser entorpecido por el embajador de Portugal, quien pretendia que aquella mision francesa afectaba al derecho de patronato de su soberano; por otra parte, la muerte de Inocencio X, acontecida en el mes de enero del año 1655, acabó de aplazar su ejecucion; así que, como viese el P. Alejandro, que la oposicion del Portugal hacia aplazar la realizacion de sus planes, partió para la Persia, al objeto de establecer allí una nueva mision, segun el plan que habia concebido al pasar por aquel pais. En el estado á que habian llegado las cosas, no solo no era necesaria su presencia en el Tong-king, la Cochinchina y la China, sino que hasta se habria visto allí en una falsa posicion; puesto que los esfuerzos que acababa de hacer por espacio de cinco años para obtener la creacion de las nuevas sillas episcopales, habian disgustado en gran manera á las autoridades portuguesas. Antes empero de alejarse el siervo de Dios, aseguró á sus amigos que tarde ó temprano se realizaria el proyecto aplazado, y que la Providencia, que concedia cada dia nuevas gracias á las iglesias de las Indias, les procuraria los obispos de que tanto necesitaban. Aquel gran misionero murió en Persia á 5 de enero del año 1660, dejando diferentes obras que dan interesantes detalles sobre la Cochinchina y el Tong-king, á cuyos dos paises da el comun nombre de An-nam.

En ninguna parte podria repetirse mejor que aquí, lo que un poeta dijo de una famosa reina que fundó un trono en pais estrangero, segun el abate Sicard, respecto de la generosa duquesa de Aiguillon. Tratábase de fundar sólidamente el reino de Jesucristo en las Indias; y una muger fuerte, una muger de un valor y de una constancia heróicos, llevó á feliz término aquella grande obra (1). En sus cartas al cardenal Bagny que, durante su nunciatura en Francia, se habia interesado en la realizacion del plan propuesto por Alejandro de Rhodes, le pidió instase á Alejandro VII, sucesor de Inocencio X, y á los cardenales para que se llevase á efecto la mision francesa en Indias. Algunos eclesiásticos, destinados antes á ella, que habian ido á visitar los sepulcros de los santos apóstoles, recibieron en Roma cartas de la duquesa, encargándoles eficazmente que se pusiesen de acuerdo con el cardenal Bagny. «Me ví confundido, dice, al ver que tenia una muger mas celo que un sacerdote para el bien de la iglesia y la conversion de los infieles.» «El Papa, añade Francisco Pallu, canónigo de Tours, y uno de aquellos dos sacerdotes, despues de habernos acogido con su paternal bondad, y de haber aprobado nuestro designio, nos encargó que lo cumpliésemos sin temer los obstáculos que tuviésemos que vencer en ello, asegurándonos la proteccion de la Santa Sede, y descubriéndonos su corazon hasta el punto de decirnos, que tambien él habia pensado en otro tiempo consagrarse á aquellas misiones; pero, que ya que no habia podido ejecutarlo, se complacia mucho en que la Providencia le hubiese puesto en el caso de poder apoyar á los que habian formado el mismo designio. Díjonos asimismo Alejandro VII, que habia nombrado ya cinco cardenales para que trabajasen en aquel importante negocio, á fin de que quedase prontamente terminado. Con efecto, no tardó en quedar resuelto el establecimiento de las misiones de Indias.» Sin embargo, acabó por declararse á Pallu, que, ante todo, era preciso asegurar los fondos necesarios para el viage y manutencion de los obispos que serian enviados á Oriente. Pedro de La Mothe-Lambert, magistrado de la audiencia de Ruan, antes de abrazar el estado eclesiástico, no titubeó en responder con todos sus bienes y con la garantía de un rico ban-

(1) *Dux fœmina facti.*





[illegible]

ria su pres[illegible] el Tong king, la Cochin-
china y la China, sino que hasta se habria
visto así en una falsa posicion; puesto que
los esfuerzos que acababa de hacer por es-
cio de cinco años para [illegible]
da las nuevas [illegible]
gastado en [illegible]

[illegible]

valor y de una [illegible]
[illegible] a sus
[illegible] en Francia [illegible]
[illegible] le pr[illegible] VII,
[illegible] de Benedicto X[illegible]
[illegible] se llevase á [illegible]
[illegible] la dapresa [illegible]
[illegible] que se pusiese [illegible]
[illegible] bien el
[illegible] infieles [illegible]
[illegible] de Tours, y uno
[illegible] despues de [illegible]
[illegible] u paternal bondad, y le
[illegible] nuestro designio, nos encarg[illegible]
[illegible] sin temer los obstáculos
[illegible] vencer en ello, asegu-
dandonos [illegible] de la Santa Sede, y des-
cubriéndonos su corazon hasta el punto
decirnos, que tambien él habia pensado
otro tiempo consagrarse á aquellas misiones
pero [illegible] que no habia podido ejecutar
[illegible] en que la Providencia
[illegible] puesto en el [illegible] poder apoyar á
[illegible] que habian formado [illegible] mismo designio.
[illegible] asimismo [illegible] VII que hab[illegible]
nombrado ya [illegible] para que los [illegible]
jasen en [illegible] á fin
que [illegible] Con[illegible]
to, no [illegible] el esta[illegible]
miento de [illegible] Sin embar-
go, [illegible]
[illegible] neces[illegible]
[illegible] los obis-
pos que [illegible] Pedro de
La Motte-Lambert [illegible] de la audien-
[illegible] Rouen, [illegible] el estado ec[illegible]
[illegible] no [illegible] con todos
sus bienes y con [illegible] un rico be-

[illegible]



E Monnin sc

François Pallu évêque d'Héliopolis

Francesco Pallu vescovo d'Eliopoli — Francisco Pallu obispo de Heliopolis

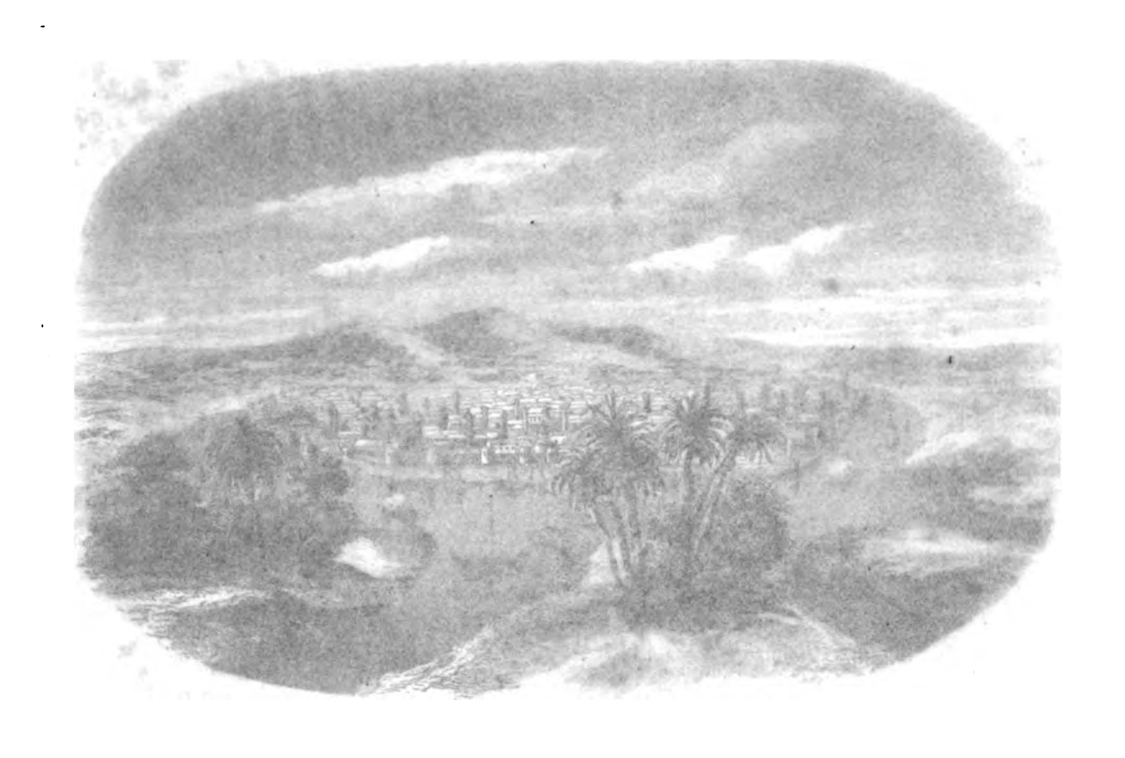
Gaume frères éditeurs

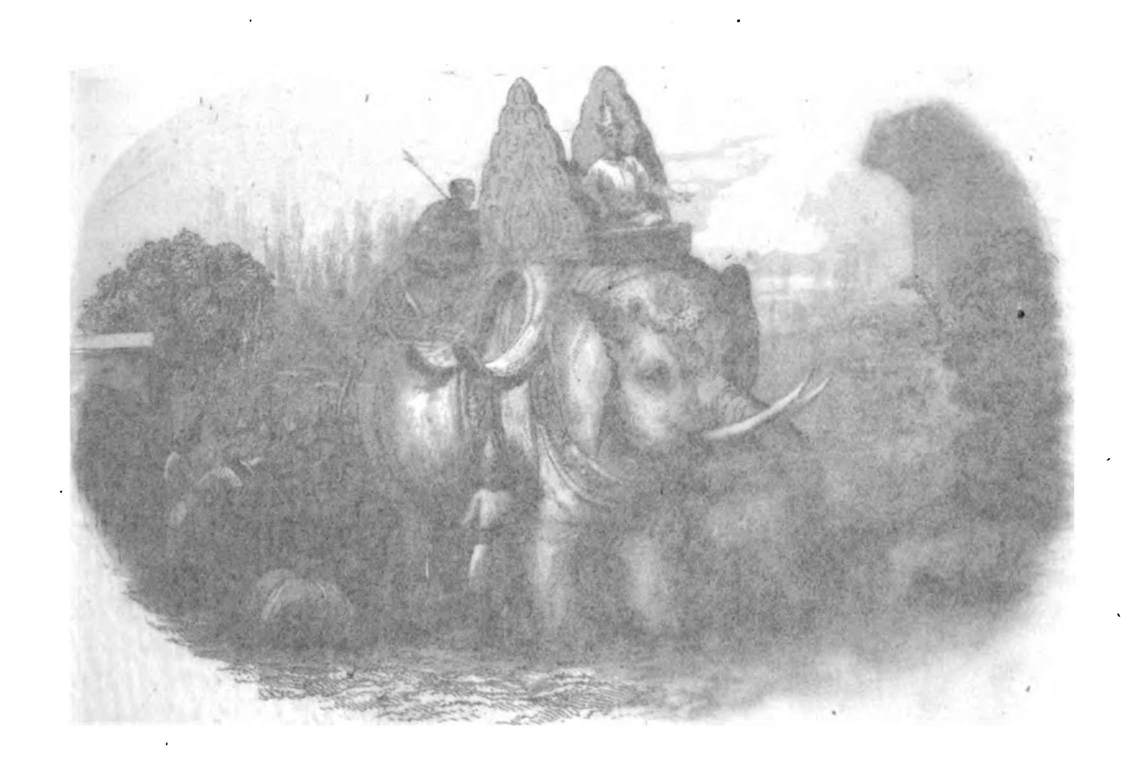
N Bernard imp

quero, de los fondos que se necesitaban para los obispos que debian nombrarse. Además, como el prelado Alberici, secretario de la Congregacion de la Propaganda, y enemigo declarado de toda innovacion intempestiva, se negase á admitir aquella mision estraordinaria de obispos, hasta que se le hubiese hecho ver que era necesaria, La Mothe-Lambert logró ya en su primera conferencia con él, que fuese tan favorable, como contrario habia sido hasta entonces, á aquel establecimiento tan vivamente deseado. En el año 1658, fué nombrado Pallu vicario apostólico del Tong-king, bajo el título de obispo de Heliópolis; quedando además encargado de la direccion espiritual de las provincias de Yun-nan, Kouei-tcheou, Hou-Kouang, Sse-tchouan y Kouang-si, en China; y La Mothe-Lambert, bajo el título de obispo de Berithe, fué nombrado vicario apostólico de la Cochinchina, con la direccion de las provincias de Tche-kiang, Fo-kien, Kuang-tong, Kiang-si, el Hai-nan y otras islas vecinas; nombróse asimismo un tercer prelado á eleccion de los dos primeros, que fué Ignacio Cotolendi, cura párroco de Aix, el cual fué encargado bajo el título de *obispo* de Metellópolis, del vicariato apostó*lico* de Nanking, junto con la administracion de las provincias de Peking, Chan-si, Chan-tong y de la Tartaria y la Corea. «Parece, dice Sicard, habria sido mas natural nombrarles obispos titulares de los puntos á que se les enviaba, que nombrarles obispos *in partibus*, de donde era probable no residiesen jamás. Pero el Papa y los cardenales creyeron ser mejor dar á los nuevos obispos estensos poderes, á fin de que pudiesen acudir indistintamente á todas las iglesias de las Indias en que pudiese ser útil su presencia; además, se les tenia por aquel medio en mas íntimas relaciones con la Santa Sede, centro de unidad, del que debian recibir las mismas instrucciones, las mismas órdenes, los mismos poderes, y habia mas uniformidad en su conducta y en la disciplina de las iglesias que les estaban confiadas, y que erigiesen en lo sucesivo. Ni siquiera se les dió el poder de los ordinarios, para evitar las contestaciones que su uso habria podido ocasionar entre los vicarios apostólicos y los religiosos misioneros de diferentes naciones, por considerar la Santa Sede ser de aquel modo mas fácil conservar el espíritu de paz, caridad y sumision entre ellos. En un breve de 9 de setiembre del año 1659, les dió una plena y entera jurisdiccion, no como la de los ordinarios de las diócesis, sino una jurisdiccion estraordinaria como delegados de la Santa Sede. Eran sus poderes tan claramente espresados en aquel breve, que no era probable hubiese misioneros, cualquiera que fuese la órden ó nacion á que perteneciesen, que no se sometiesen fácilmente á una forma de gobierno eclesiástico, autorizada por el superior legítimo, por el mismo Jesucristo.» Los holandeses y los ingleses evitaron y se negaron á llevar á los misioneros franceses, á fin de que por su mediacion no se estableciesen relaciones entre la Francia y el Asia superior; y como la compañía francesa que hacia su comercio en Madagascar, no podia engolfarse en los mares de la India, el obispo de Heliópolis fué el primero en concebir la idea de formar una compañía comercial, como las de Holanda ó Inglaterra, para organizar independientemente de las demás naciones una correspondencia segura entre la Francia, la India y la China. Sin embargo, los prelados no aguardaron á que les procurase aquella compañía, establecida el 14 de setiembre del año 1660, los buques necesarios, sino que resolvieron dirigirse unos por el Mediterráneo y otros por la parte de Levante á su destino, á fin de que unos ú otros lograsen llegar á él, cualesquiera que fuesen los percances sufridos durante la travesía. Ni siquiera se les permitió aplazar su partida hasta haber fundado en Paris un seminario, cuyos directores rigiesen los negocios de los misioneros durante su ausencia, y les enviasen los socorros necesarios, siendo en lo espiritual y temporal los directores de aquellas misiones. Un establecimiento análogo habia

sido proyectado ya en Paris por Juan Duval, obispo de Babilonia, quien cedió á la Congregacion de las Misiones Estrangeras el local que al efecto se habia procurado, bajo la condicion de que fundaria aquella un seminario destinado á procurar religiosos á las misiones francesas de Oriente, y en particular á la de Persia, como en efecto así se hizo. Vicente de Meurs, Armando Poitevin y Miguel Gazil, sacerdotes seculares, se unieron para dar comienzo á aquel establecimiento, que fué debidamente autorizado el dia 27 de julio del año 1663; sancionando su ereccion el cardenal Chigi, nuncio apostólico, el arzobispo de Paris y el abad de San Germain de los Prados. La primera piedra de aquella iglesia fué puesta por Francisco de Harlay, arzobispo de Paris, el dia 4 de abril del año 1683, esto es, mucho tiempo despues de haber partido para Oriente los primeros vicarios apostólicos. La Mothe-Lambert, obispo de Berithe, fué el primero que partió en 18 de julio del año 1660, sabiendo en la travesía la órden dada por el rey de Portugal de prender á los prelados franceses y conducirles á Lisboa; sin embargo, logró llegar á la capital del reino de Siam á 22 de agosto del año 1662. Cotolendi, obispo de Metellópolis, que habia salido de Francia en el año 1661, no pasó de Pallacol, poblacion inmediata á Masulipatam, en el Indostan, donde murió el 16 de agosto del año 1662, á la temprana edad de treinta y dos años. Los señores Chevreuil y Hainqués, sus compañeros, fueron á reunirse en Siam con el obispo de Berithe. Pallu, obispo de Heliópolis, salió para su destino en el mes de enero del año 1662, con ocho misioneros, entre los que se hallaba M. Laneau; llegando á Siam el 27 de enero del año 1664. La Mothe-Lambert habia partido ya el año anterior de aquella ciudad y dirigídose á la China; pero habiendo naufragado al poco tiempo, se vió obligado á volverse á Siam, donde acabó por establecerse definitivamente; tampoco fué dado á Pallu penetrar en el Tong-king. La posicion de Siam, (Pl. CXI, n.° 1.) y la seguridad con que se practicaba en ella el cristianismo, determinaron á La Mothe Lambert y á Pallu, á convertirla en centro de las misiones francesas de Oriente, y á fundar en ella un seminario para el clero indígena, que debia procurar á las cristiandades sucesivamente establecidas, una forma estable y segura para el porvenir, apoyándolas en bases propias de aquel mismo suelo: es el carácter de nacionalidad, una condicion indispensable para todo clero que esté destinado á ser un dia la cabeza de una iglesia. El deseo de comunicar al Pontífice romano las disposiciones hostiles que habia dado el gobierno portugués respecto de los obispos franceses; así como tambien el de obtener que estendiese el Papa la administracion de los vicarios apostólicos hasta los reinos de Siam, Pegu, Camboge, Ciampa, Laos y otros; y finalmente, el de procurarse un refuerzo de operarios evangélicos, hicieron que Pallu se dirigiese á Roma en el año 1665. Desde Roma se dirigió á Paris, donde indicó lo que debia hacerse para la mayor pujanza de la compañía de las Indias, y espuso á Luis XIV el plan de las misiones francesas que se proponia estender por aquella parte del Asia. La presencia de los obispos y misioneros franceses, en unas regiones en que el nombre de la Francia era apenas aun conocido, tenia una alta importancia á los ojos de aquel gran príncipe, tan político como cristiano; así que, dispensó toda la proteccion posible á las misiones encargadas de la realizacion de tan noble idea. Despues de haberse fortalecido mas y mas en Italia al lado del vicario de Jesucristo, se embarcó Pallu en el año 1670 en un buque de la compañía de Indias, que dobló el Cabo de Buena-Esperanza.

Antes empero de que Pallu se dirigiese á Europa, La Mothe-Lambert habia hecho ya partir en el mes de junio del año 1664, en calidad de pro-vicario á Mr. Chevreuil, á quien profanaron los portugueses hasta conducirle á Macao; pero como contaba el misionero en aquella ciudad con la proteccion de un cristiano, llamado Juan de la Cruz, director de la





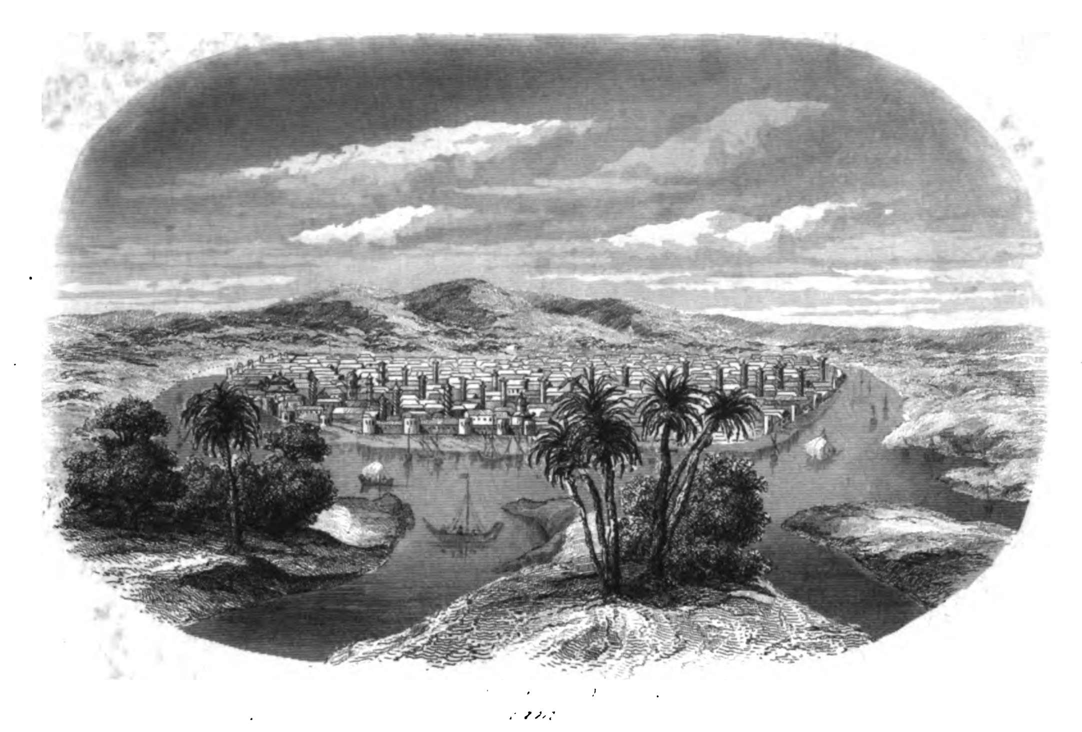
[illegible] la Congre[illegible]

[illegible] que [illegible]

[illegible] cho trageron [illegible] Oriente los p[illegible] Motte Lambert, obispo de B[illegible] primero que partió en 18 de [illegible] 1660, sabiendo en la travesía la orden [illegible] por el rey de Portugal de prender á los [illegible] lados franceses y conducirles á Lisboa; sin embargo, logró llegar á la capital del reino de Siam á 22 de agosto de [illegible] 1662. Cotolendi, obispo de [illegible] salido de Fran[illegible] de Pallu [illegible] agosto [illegible] y [illegible] con [illegible] H[illegible] Mo[illegible] anterior [illegible] China; [illegible] tiempo [illegible] La po[illegible] 1, y la segu-

ridad con que se [illegible] el cristianismo determ[illegible] Lambert y a Palu [illegible] nes franceses [illegible] un semin[illegible] debia procurar a las [illegible] establecidas, una forma estable y segura [illegible] porvenir, apoyandolas en bases [illegible] el mismo suelo: es el caracter [illegible] una condicion indispensable [illegible] á ser un [illegible] admi[illegible] hasta [illegible] se [illegible] pu[illegible] Lu[illegible] q[illegible] Asia [illegible] ros fr[illegible] el nombre [illegible] do [illegible] a [illegible] cristiandad [illegible] así que [illegible] cion [illegible] á los m[illegible] la re[illegible] n de [illegible] de haberse [illegible] establecido [illegible] del vicario de [illegible] en el año 16[illegible] Indias [illegible] anza.

Ar[illegible] á E[illegible] hecho ya [illegible] 1661, en [illegible] á quien [illegible] los [illegible] conducirle á Macao; pero [illegible] misionero en aquella ciudad [illegible] de un cristiano, llamado Juan de la [illegible] de la



Siam Siam



Le Roi de Siam

Il Re di Siam El Rey de Siam

N. Rémond imp.

real maestranza, no sufrió vejacion alguna. Sin embargo, el rey, que temia una invasion portuguesa, desterró de Cochinchina á los misioneros franceses, tolerando únicamente la permanencia de Chevreuil, á fin de atraer el comercio de Francia á sus estados. Pero los cristianos cochinchinos, partidarios de los portugueses, prefirieron verse privados de los sacramentos, antes que recibirlos de un sacerdote francés, al que por último lograron hacer estrañar del reino. Fué enviado mas tarde Chevreuil á Camboge, cuyo pueblo evangelizó provechosamente hasta el año 1670, en cuya época fué preso por los portugueses, y presentado al tribunal de la inquisicion, establecido en Goa. Hainques continuó ejerciendo el apostolado en Cochinchina, sin que bastase á contener allí los progresos de la fé, la persecucion que sufrió el misionero en el año 1666; vivia este en la mayor miseria, consistiendo todo su alimento en un poco de arroz y en algunas amargas yerbas de los campos. Su vida austera impresionó de tal modo al pueblo, que en cinco años aumentó en dos terceras partes el número de los cristianos que habia á su llegada: murió Hainques en el mes de diciembre del año 1670, siguiéndole al sepulcro al cabo de un mes Brindeau, su compañero en aquel apostolado. Tan pronto como supo La Mothe-Lambert la muerte de los dos misioneros, fué á visitar la Cochinchina, en la que ejerció las augustas funciones episcopales, é hizo reconocer por los jesuitas, así como tambien por los catequistas y los fieles de sus cristiandades, las bulas relativas á los vicarios apostólicos. Cuando regresó á Siam en el mes de marzo del año 1672, llevaba dos jóvenes cochinchinos, á los que hizo educar en el seminario.

Mientras esto acontecia en Cochinchina, La Mothe-Lambert, bajo cuya direccion estaban todas las misiones, durante la ausencia de Pallu, veló con paternal solicitud sobre el Tong-king, en el que desde el destierro de los jesuitas, ocurrido en el año 1622, habian quedado los pobres catequistas privados de todos los consuelos espirituales. Habiéndoles enviado en el año 1666 á Deydier, fué reconocido por ellos como gran vicario del obispo de Heliópolis, y fueron á oir diariamente sus sermones en el buque que le habia conducido. «Los catequistas, dice el abate Sicard, dieron cuenta de sus trabajos y del estado en que se veian las iglesias del reino; declarando que desde el destierro de los jesuitas habian bautizado á unas cinco mil quinientas personas; que solo se habian librado del furor de los paganos unas setenta iglesias y doscientos oratorios de particulares; que entre los cristianos habia muchos que por temor ó por malicia habian abandonado el culto católico, contraido matrimonios ilícitos, y levantado el Tlan en sus casas como prueba de su idolatría. Luego presentaron á Deydier un inventario de todos los bienes, muebles é inmuebles que poseian, y que habian declarado comunes, insiguiendo el ejemplo de los primitivos cristianos; y casi todos renovaron, ante el Santísimo Sacramento, los votos de pobreza, castidad y obediencia que habian hecho bajo la direccion de los jesuitas; comulgando todos ellos despues de aquel acto imponente y sublime, á fin de que el pan de los ángeles les diese la gracia y la fuerza necesarias para cumplir su santa resolucion. Por mas que fuesen escasísimos los recursos de que disponian, se impusieron los catequistas el deber de redimir á un cristiano que gemia hacia tiempo en la cárcel, y el de aliviar á los que fuesen aun mas pobres que ellos. El testimonio de general aprecio que dieron todos ellos á la virtud y felices disposiciones de Benito Hien y Juan Vanhno, obligó á Dydier á tenerles á su lado, á fin de prepararles para el sacerdocio y confiarles la educacion de cinco de los mas jóvenes que componian el pequeño seminario flotante, establecido en el buque que servia de templo.» La revolucion ocurrida en el Tong-king, el año 1668, en la que tomaron parte muchos cristianos, acarreó nuevas persecuciones á los fieles inocentes; grandes fueron los servicios que prestó Deydier á la fé

en aquella época azarosa. En 19 de abril del año 1669, condujo un buque de Macao algunos jesuitas al Tong-king, donde llegaron felizmente los PP. Fuciti é Ignacio; cayendo en poder de los tonkineses los PP. Fieschi y Rocha, á los que hizo advertir al rey que por aquella vez les perdonaba; pero que en el caso de que volviesen á ser cogidos, les haria decapitar. No habia entonces en todo el reino mas que cuatro misioneros que, no obstante la persecucion, continuaron ejerciendo el apostolado; pero en aquel mismo año, La Mothe-Lambert, protegido por el pabellon francés, logró hacer penetrar en el Tong-king á los misioneros Bourges y de Bouchard, no sin adoptar antes grandes precauciones. Mientras permaneció el prelado en aquel reino, ordenó siete catequistas, y hasta celebró un sínodo, del que confirmó Clemente X los estatutos, y estableció una regla para las viudas y jóvenes cristianas que habian hecho voto de continencia, viviendo ya en comunidad, á las que dió el hermoso nombre de *Amantes de la Cruz*. Al poco tiempo de haberse despedido el prelado de la grey que le estaba confiada, fueron Deydier y de Bourges delatados por un apóstata, intérprete de los portugueses, y conducidos á la cárcel pública, en la que sufrieron toda clase de privaciones y tormentos. Cuando se les restituyó la libertad viéronse obligados á abstenerse del ejercicio del apostolado, dejándole á cargo del clero indígena, el cual logró la conversion de doce mil idólatras en los años 1671 y 1672.

En el mes de febrero de aquel último año, Pallu, procedente de Europa, desembarcó en Bantam, donde dejó un misionero, en virtud de haber sido puesta la isla de Java bajo la jurisdiccion de los vicarios apostólicos. «Era aquel, dice el obispo de Hesebon, un punto importantísimo para facilitar las relaciones con Francia; por esto el obispo de Heliópolis se habia apoderado de aquella y otras posesiones análogas para facilitar á los vicarios apostólicos sus relaciones con Francia, sin esponerles á la rivalidad de las demás potencias de Europa. Por esto le vimos tan solícito en consolidar el establecimiento de Siam, y en pedir mas tarde la jurisdiccion sobre los reinos del Pegu y de Ava, en la esperanza de establecer por aquel medio comunicaciones con las provincias occidentales de la China y con una gran parte del Tibet. Aquel vasto plan, empero, concebido en interés de toda la iglesia de Oriente, y que habia de producir tan grandes resultados, no pudo desgraciadamente ejecutarse por lo azaroso de los tiempos que entonces y despues se atravesaron.»

Desde que Pallu se hubo reunido en 27 de mayo del año 1673 con La Mothe-Lambert, procuraron los dos prelados nombrar un tercer vicario apostólico, en virtud de los poderes que le habian sido conferidos por el Pontífice romano. El obispo de Berythe nombró á Laneau, y el obispo de Heliópolis á Chevreuil que, al dejarle libre los inquisidores de Goa, habia ido á reunirse con el prelado en la ciudad de Surate; como viesen los dos prelados que disentian en la eleccion, creyeron deber seguir el ejemplo de los apóstoles, y consultar á Dios por medio de la suerte. «No ignoraban, dice Sicard, que no ha sido aquel medio generalmente admitido; pero juzgaron con razon hallarse en uno de aquellos casos especiales, en los que S. Agustin y S. Gregorio aprueban la eleccion por medio de la suerte; así pues, se arrodillaron, y levantando los ojos al cielo, «Señor, dijeron, vos que leeis en los corazones, indicadnos cual es de los dos el que habeis elegido para el ministerio episcopal.» Despues de aquella corta oracion, inscribieron los dos nombres de Chevreuil y Laneau en dos papeles enteramente iguales, y colocados ambos en una cajita, sacó uno de ellos el obispo de Heliópolis, recayendo la eleccion en favor de Laneau. Al ver Pallu la sorpresa de La Mothe-Lambert, le dijo que volviera á doblar el papel, y que por segunda vez se procediese al escrutinio; lo que hizo el obispo de Heliópolis, sacando el mismo nombre. Entonces cayó La Mothe Lambert de rodillas, y dando gracias al cielo por ha-

berse dignado manifestar su voluntad de un modo tan visible, reconoció á Laneau por vicario apostólico. Nombrado bajo el título de obispo de Metellópolis, debia fijar Laneau su residencia en el reino de Siam; porque Pallu y La Mothe-Lambert habian propuesto al Papa para el vicariato apostólico de Nanking al dominico chino de quien hemos hablado antes, y del que termina Turon de este modo su biografía:

Mientras que Navarrete se encontraba en Roma, manifestó el celo de Lopez, al que Dios concedió el poder de arrojar los demonios de los cuerpos con la sola señal de la cruz. Los sacerdotes de los ídolos, que presenciaron algunos de sus milagros, no pudieron menos de admirarle; segun Navarrete, convirtió Lopez en el año 1666 unos cien chinos en la ciudad de Fo-tcheu, y quinientos cincuenta y seis, en una isla situada á siete leguas del continente. Llegó á ser tan patente la virtud del dominico chino, que no solo escitó la admiracion de todas las provincias de China, si que tambien la de todos los reinos vecinos. Los obispos, ó vicarios apostólicos de Siam, Cochinchina y el Tong-king, escribieron al Papa, que cuanto *mayor fuese* la autoridad del humilde apóstol, *mayores* serian en aquel pais los efectos de la *gracia*; así que Clemente X elevó á Lopez á la dignidad de obispo y de vicario apostólico de diferentes provincias de China, segun consta en la carta autógrafa que le escribió el Papa á aquel objeto, el dia 4 de enero del año 1674. En ella le decia, despues de haber encomiado sus virtudes y trabajos apostólicos, que le nombraba obispo de Basilea, y vicario apostólico de las seis provincias de China, que habian estado á cargo de Ignacio Cotolendi, á quien Alejandro VII habia conferido la misma dignidad en aquella mision. No obstante el encumbramiento que tanto alarmó su modestia, continuó el dominico chino en calidad de simple misionero, ocupado en sostener las antiguas Iglesias, y en fundar otras nuevas. Pero Inocencio XI, que estaba animado de los mismos deseos que Clemente X, escribió nuevas cartas apostólicas en 12 de octubre del año 1679; y á su vez el general de los dominicos se dirigió tambien á Lopez, encargándole se sometiera á la voluntad del Vicario de Jesucristo. Al propio tiempo encargó al provincial de Filipinas que procurára al prelado un sábio teólogo que le dirigiese, ya porque las luces de Lopez y sus conocimientos teológicos no correspondian á la santidad de sus costumbres, ya porque al objeto de facilitar la conversion de sus queridos compatriotas, estaba casi dispuesto á tolerar los honores que los chinos tenian la costumbre de tributar á Kong-fu-tse, y á sus antepasados. Aunque de mucho tiempo fuesen aquellas ceremonias combatidas por los misioneros mas ilustrados de la órden de Santo Domingo, como la Santa Sede no se habia manifestado aun abiertamente en contra de aquellos ritos, la opinion de Lopez no contribuia á empañar en lo mas mínimo el brillo de sus eminentes virtudes. Con todo, se vió á la sazon en el obispo electo de Basilea un pálido reflejo de la debilidad inherente á todo hombre, puesto que al llegar á Manila creyó que los superiores de su órden querian desterrarle á la provincia de Cagayan, y hasta llegó á perder la esperanza de regresar un dia á su querida China. Las sospechas que concibió (de las que son los chinos muy susceptibles) entibiaron por algun tiempo sus relaciones con los dominicos, y nombró vicario general al franciscano Juan de Leonisa, quien tradujo al latin un opúsculo que publicó Lopez acerca del culto chino tributado á Kong-fu-tse y los difuntos. En aquel escrito confesaba Lopez: 1.°, que los letrados de la China eran ateos; 2.°, que se ofrecian á Kong-fu-tse en la primavera y el otoño, un lechon, una cabra, vino, frutos y telas de seda; que los gobernadores de las ciudades tenian que ir á visitar su templo dos veces al mes, y los mandarines cuando tomaban posesion de sus cargos, ofreciéndole cirios y perfumes; y que se disponian los chinos por medio de ayunos y mortificaciones, á la eleccion de los animales que debian ser sacrificados á aquel gran filósofo. Luego,

añade el propio autor, que los chinos ofrecen la sangre y el pelo de los animales á la memoria de sus antepasados; que conservan sus retratos, los cuales visitan diariamente haciéndoles profundas reverencias, y dándoles cuenta y razon de todos sus negocios; que cuando un niño ha nacido ó quieren casar á sus hijas, van á pedirles su consentimiento, y que disponen una mesa bien servida delante de sus retratos en los dias primero y quinto de cada luna. Finalmente, no niega Lopez que en el momento de hacer los chinos aquellas ofrendas, no rueguen á las almas que les libren de todo mal y les procuren todo el bien posible. Divide á los chinos en tres clases, á saber: la de los letrados de primer órden, la de los letrados comunes y familias medianamente educadas, y la del ínfimo pueblo. Los que pertenecen á la primera no admiten los errores que envuelven las ceremonias celebradas en conmemoracion de los finados, ni creen la presencia de las almas de estos en sus retratos; al paso que los demás chinos admiten todos estos errores, persuadidos de que los difuntos tienen mucho mas poder aun que durante su vida, y que pueden preservar de todos los males á sus descendientes. Véase como no ignoraba el obispo de Basilea ninguna de las ceremonias practicadas en su nacion; pero como no era un gran teólogo, no sucedia lo mismo respecto del derecho que asistia á aquella para practicarlas. Hé ahí porque despues de haber hablado de las ofrendas hechas á Kong-fou-tse, y del modo con que se disponian los chinos para aquella ceremonia, se limita Lopez á decir: «que parecian supersticiosas semejantes ceremonias.» Los mas sábios de entre los dominicos, aquellos á quienes un largo ejercicio del ministerio en China habia puesto en el caso de conocer á fondo aquellas prácticas, pensaban de muy distinto modo. Sin embargo, continuó Gregorio Lopez en los últimos seis años de su vida, ejerciendo el apostolado con la misma santidad y edificacion que lo ejerció en los treinta años que precedieron á su promocion al episcopado. Su muerte, acaecida en Nanking el dia 27 de febrero del año 1687, fué sentida por los misioneros de todas las órdenes; hé ahí lo que escribia un obispo franciscano: «El dia 27 de febrero, despues de una larga enfermedad en la que reveló una paciencia admirable, murió santamente el Ilmo. Sr. Fr. Gregorio Lopez, obispo de Basilea y vicario apostólico. Los eminentes servicios que ha prestado á la Iglesia en general, y á esta mision en particular, son incalculables; no es fácil que de muchos siglos tenga esta Iglesia un prelado igual en santidad; ha sido mucho mas útil aun á su patria despues de su muerte de lo que lo fué durante su vida. Siento que nos haya sido arrebatado en una época en que la viña del señor mas necesidad tenia de un hombre como él. Ya ha recibido, sin duda alguna, la recompensa en el cielo: sepa ahora la tierra honrar dignamente su memoria.»

La biografía de Gregorio Lopez honra mucho á los dos vicarios apostólicos, que lo propusieron á la Santa Sede para el episcopado, y de los que volverémos á continuar su historia.

La Mothe-Lambert conocia personalmente al rey de Siam, al cual habia esplicado en el año 1666 las principales doctrinas del cristianismo con tanta claridad y fuerza, que le pidió aquel príncipe la curacion de uno de sus hermanos que era paralítico, añadiendo: «Si nos demostrais de este modo la verdad de vuestra religion, la abrazarémos desde luego. — No tenemos bastante virtud para merecer que Dios oiga nuestras preces; pero, príncipe, ya que prometeis abrazar la religion cristiana si vuestro hermano logra su curacion, espero con humilde confianza, que Jesucristo se dignará repetir el milagro que en otro tiempo obró en Jerusalen, curando á un paralítico.» Durante tres dias y tres noches estuvieron el prelado y todos los cristianos postrados ante la divina Eucaristía para lograr aquel favor del cielo, cuando se les anunció que los brazos y las piernas del príncipe empezaban á moverse y á funcionar con alguna regularidad. Despues de las primeras efusiones del recono-

cimiento, contestó el prelado: «Decid al rey, que Dios ha concedido ya en parte á las preces de su iglesia lo que él tanto deseaba; que cumpla ahora lo que me prometió. No dudo que su hermano recobrará enteramente la salud, si él cumple su promesa; pero si deja de hacerlo, debe saber que la justicia de Dios omnipotente, dejará á su hermano sumido en la misma enfermedad.» El rey, vivamente admirado de lo que acababa de acontecer, dió á La Mothe-Lambert repetidas pruebas de admiracion hácia las doctrinas católicas que le habia enseñado; pero el temor de una revolucion, y quizás el imperio que aun ejercian en *él las* pasiones, le impidieron abrazarlas. La consideracion con que el rey de Siam recibió el dia 18 de octubre del año 1673 en audiencia solemne al obispo de Heliópolis, que le presentó un breve de Clemente X y una carta de Luis XIV, indujo á creer que seguia el rey en secreto el camino de la verdad. Véase el contenido de aquel breve apostólico, fechado en 24 de agosto del año 1669: «Serenísimo rey, salud y luz en la gracia divina. Hemos sabido con placer que vuestro reino, aunque siempre colmado de riquezas y de gloria, nunca *ha sido* tan floreciente como bajo el reinado de V. M. Lo que mas escita empero nuestra admiracion y nuestro afecto hácia vos, es la clemencia, la justicia y todas las demás virtudes que os adornan y os inducen á proteger los predicadores evangélicos que practican y enseñan á vuestros súbditos las leyes de la verdadera religion y de la sólida piedad. La fama ha publicado de uno á otro confin de Europa la grandeza de vuestro poder, la elevacion de vuestro talento, la sabiduría de vuestro gobierno y otras mil brillantes cualidades que reune vuestra augusta persona; pero nadie ha publicado tanto en esta ciudad vuestras virtudes como el obispo de Heliópolis. Por él hemos sabido la generosa proteccion que habeis dispensado á todos los misioneros, cediéndoles terrenos y materiales para construir casas y templos, y dispensándoles otras gracias señaladas que demuestran claramente la magnanimidad de vuestra alma. El obispo de Heliópolis, lleno de reconocimiento, y animado de un celo ardiente por la salvacion de las almas, nos pide volver á vuestro reino; lo que le permitimos con tanto mayor gusto, cuanto que sabemos le dispensaréis, al igual que á su hermano, el obispo de Berithe, toda la proteccion necesaria, y que libraréis á entrambos obispos y á todos los demás misioneros del ódio de los malos y de los insultos de sus enemigos, con vuestra autoridad, vuestra justicia y vuestra clemencia. Os ofrecerá aquel prelado algunos presentes de nuestra parte, que espero aceptaréis no por el escaso valor que en sí tengan, sino como una prueba de la benevolencia y del síncero afecto que os profesamos. Así mismo os dirá aquel prelado que pedimos sin cesar á Dios que se digne derramar sobre vos la luz de la verdad, y que despues de haberos hecho reinar por mucho tiempo en la tierra, os haga reinar eternamente en el cielo.» La carta de Luis XIV, estaba concebida en estos términos: «Poderosísimo príncipe y síncero amigo, sabiendo la favorable acogida que habeis dispensado á nuestros súbditos que, en alas de su ardiente celo por nuestra santa religion han llevado la luz de la fé y del Evangelio á vuestros estados, aprovechamos con placer el regreso del obispo de Heliópolis, para manifestaros nuestro reconocimiento por haberles cedido á él y al obispo de Berythe, todo lo necesario para la construccion de las iglesias y casas de que carecian. Y como incesantemente necesitarán vuestro apoyo, creemos debéroslo pedir en su nombre, asegurándoos que todos los favores que les dispenseis, os los agradecerémos tanto como si á Nos los dispensárais. Quiera Dios, poderosísimo príncipe y escelente amigo, prolongar vuestro reinado y procuraros al fin una muerte gloriosa en justa recompensa de vuestras virtudes.» El rey de Siam, mas resuelto cada dia á proteger los vicarios apostólicos, escogió el dia del año en que se presentaba á su pueblo con todo el esplendor de la magestad soberana (Pl. CXI, n.° 2) para visitar el ter-

reno que habia cedido para seminario; y como viese que no tenia la estension necesaria, añadió otra porcion mayor, en la que quiso hacer construir á sus espensas una hermosa iglesia. Laneau, obispo de Metellópolis, que formó bajo el nombre de la Inmaculada Concepcion, una parroquia en Tennasserim, obtuvo tambien del rey que le cediese un terreno para edificar en ella la iglesia y habitacion del misionero. Además, declaró el monarca ante toda su córte, que autorizaba á los vicarios apostólicos para predicar el cristianismo, y á sus súbditos para abrazarle; autorizacion verbal que se reservó confirmar por medio de un edicto solemne. Como solo faltasen entonces ausiliares para difundir la verdad católica, se dirigieron los vicarios apostólicos á las órdenes de Predicadores y Menores establecidas en Manila, y á su congregacion de San Sulpicio en Francia, cuyo fundador, el R. Olier, habia deseado tan ardientemente que le nombrára Alejandro de Rhodes para las misiones de la India, segun lo indican estas humildes palabras, proferidas por aquel siervo de Dios: «Hace ocho dias que revelé la soberbia de mi corazon, manifestando el deseo que tenia de seguir al generoso apóstol del Tong-king y Cochinchina; pero despues de haberle comunicado mi designio, aquel santo varon no me ha creido digno del apostolado.»

Laneau, obispo de Metellópolis, hizo algunas escursiones apostólicas al reino de Siam, en el que halló á sus habitantes asaz dispuestos á reconocer el Evangelio; de modo que, estableció dos residencias, una en Pourceluc, y otra en un campo habitado por cuatrocientos peguanos, situado á una jornada de la capital.

La Mothe-Lambert, obispo de Berythe, visitó en el año 1675 su vicariato de Cochinchina, por ser menos hostiles en aquella época las disposiciones del soberano, pero el estado de las misiones no le permitió establecerse definitivamente en él: fiel á la palabra que habia dado al rey de Siam, regresó La Mothe-Lambert á sus estados, donde murió á 15 de junio del año 1679. Era el primer obispo que habia ordenado sacerdotes indígenas para la Cochinchina y el Tong-king. Tan pronto como se supo su muerte, acudieron al seminario las personas mas distinguidas de todas las naciones, atraidas por el comercio á Siam, entre los que habia franceses, portugueses, holandeses, ingleses, armenios, mahometanos, idólatras japoneses y siameses, para pagar el último tributo á las virtudes del finado: hasta el gefe mismo de los talapones quiso asistir á sus funerales. Los cristianos de Cochinchina, que le eran deudores de la paz de que gozaban, por la consideracion en que le tenia el gefe de aquel estado, manifestaron públicamente el dolor de que estaban poseidos. Aunque corrió el rumor de que aquella muerte, y luego el incidente que vamos á referir, obligarian á la mision francesa á retirarse, y que no se nombrarian ya nuevos obispos para aquellas iglesias, continuó la mision en el mayor órden, merced á los cuidados del R. Courtaulin, pro-vicario de aquel pais, hasta la llegada de Laneau en el año 1682, portador de las bulas, por las cuales se nombraba á Mahot, obispo de Bide, y vicario apostólico de la Cochinchina. Los dos prelados celebraron un sínodo en Fayfo, antes de que el obispo de Metellópolis regresára á Siam.

Pallu, obispo de Heliópolis, que intentó en el mes de agosto del año 1674, dirigirse á su vicariato del Tong-King, fué arrojado por una tempestad al puerto de Manila. Hallábase entonces á punto de estallar la guerra entre España y Francia, por lo que fué el prelado detenido y enviado á España, por creérsele agente del gobierno francés. La emulacion que despertaba en las demás potencias europeas el establecimiento de las misiones francesas en el Asia superior, á causa de la influencia política y comercial que habia de asegurar indirectamente á la Francia, motivó la rivalidad que por mas ó menos tiempo se notó en todas ellas. Sin embargo, no solo se tuvieron al prelado todas las consideraciones debidas, sino que se le dejó libre al llegar á España (1),

(1) Por mas que haya querido suponerse que al restituir Es-

merced á la intervencion de Inocencio XI y de Luis XIV. Al obrar de aquel modo, supo conservarse España á la altura que le correspondia, y grangearse en bien de sus intereses, el aprecio de los misioneros franceses. Además, el consejo supremo de Indias, manifestó públicamente ser peligrosas las sospechas de los portugueses, y declaró que ni España ni Portugal tenian que ejercer derecho de patronato en las posesiones que no fuesen de su dominacion. Pallu se dirigió de Madrid á Roma en el año 1677, á fin de resolver las dificultades que el ejercicio de la jurisdiccion de los vicarios apostólicos tenia que vencer en las Indias, y obtener una nueva organizacion en los vicariatos, sobrado estensos para que pudiese ser su administracion confiada á un solo prelado. En vista, pues, de las razones que espuso, fué de Bourges nombrado obispo de Auren y vicario apostólico del Tong-King occidental, confiándose al propio tiempo á Deydier, bajo el título de obispo de Ascalon, la parte oriental de aquel reino. El Papa quiso que La Mothe-Lambert, cuya muerte aun no habia sabido, y Pallu, tuviesen una autoridad superior á la de los demás vicarios apostólicos, y que *pasase aquella* autoridad á ser patrimonio esclu*sivo* del de los dos prelados que sobreviviese al otro. Cuando al salir de Roma se dirigió el prelado misionero á Francia, fué tan profunda la impresion que produjo en ella su presencia que hasta se revela en el hermoso discurso de Fenelon sobre la Epifanía: «Todos hemos visto á ese hombre humilde y magnanimo que ha dado la vuelta al globo terraqueo; todos hemos visto aquella vejez prematura é interesante, aquel cuerpo venerable encorvado al peso de los años, y mas aun de la penitencia y el trabajo; pareciendo decirnos á todos nosotros que no nos cansábamos de verle, oirle, bendecirle y gozar el olor de santidad que se respiraba en torno suyo:» «Miradme, ya que estoy entre vosotros, porque no volveréis á verme el dia en que vuelva á separarme.» Le hemos visto que venia de recorrer la faz de la tierra; pero su corazon mas grande aun que el mundo por él recorrido, estaba aun en aquellas lejanas regiones. El Espíritu Santo le llamaba á la China; y el Evangelio que habia de anunciar en aquel vasto imperio, era como un fuego abrasador que consumia sus entrañas y que no podia soportar por mas tiempo. Idos, pues, anciano santo y venerable, surcad una vez mas el Océano asombrado y sumiso: id en nombre de Dios. Pronto veréis la tierra prometida en la que os será dado sentar vuestra planta, solo por el fuego divino de vuestra esperanza, que ningun contratiempo ha podido moderar ni estinguir. La tempestad que debia causar vuestro naufragio os ha arrojado á la deseada orilla. Por espacio de ocho meses hará resonar vuestra voz el nombre de Jesucristo en las playas de la China, hasta que venga la muerte á arrebataros y á tronchar en flor las esperanzas que habias hecho nacer; pero basta: adorémos los designios de Dios.» Pallu abandonó á Francia en el año 1681; nombrado director espiritual de todo el imperio de la China, se embarcó en el año 1683, prévia la autorizacion del rey de Siam, para aquella tierra por él tan deseada. Acompañábale Cárlos Maigrot, doctor en teología de Sorbona, el cual habia entrado en el seminario de las Misiones Estrangeras, y acababa de abandonar á Francia con Pallu y otros diez y nueve misioneros. Obligado por la tempestad á desembarcar en la isla de Formosa, no llegó el obispo de Heliópolis á Chang-cheuu, capital del Fo-kien, hasta el año 1684. «Los jesuitas y algunos otros religiosos, dice el P. Le-Comte, no solo reconocieron su autoridad, sino que hasta prestaron el nuevo juramento que la Sagrada Congregacion habia instituido,

paña la libertad al virtuoso prelado, cedió mas bien á una razon de política que á una razon de equidad y de justicia, es completamente inexacto. España, la nacion magnánima é hidalga por escelencia, y la que con mas profusion habia derramado la noble sangre de sus hijos por difundir la luz del Evangelio en las regiones del antiguo y nuevo mundo; y por último. España, que habia sido bastante noble y generosa para dejar libre á un monarca francés hecho prisionero en el campo de batalla, no podia conservar en su poder á un inocente misionero, que ningun mal le habia hecho, sin faltar á su dignidad, y sin reprimir los sentimientos de religiosidad y nobleza de que ha dado siempre tantas pruebas. (Nota del Trad.)

por mas que el rey de Portugal lo hubiese prohibido terminantemente, por juzgar que aquel príncipe, en quien el amor á la religion habia triunfado siempre de todos los demás intereses, no lo tomaria á mal, al saber que negándose los jesuitas á aquel juramento, habrian podido causar en China la ruina del cristianismo, y tal vez la de todos los misioneros existentes en los demás puntos de Oriente. Fué sumamente grata á Monseñor de Heliópolis la conducta observada por los jesuitas; disponíase á dar nuevo impulso al cultivo de la viña del Señor, sin permitírselo Dios, por contentarse con el deseo de que le vió animado. » Poco antes de morir, en uso de los poderes que habia recibido, nombró á Maigrot, vice-administrador del imperio de la China, y vicario apostólico de cuatro provincias; terminó Pallu su gloriosa carrera en Moyang, en el mes de octubre del año 1684. Un solo dominico pudo asistir con Maigrot á sus funerales. « Ambos, dice este último, tuvimos que tributar á nuestro prelado los últimos deberes con la pobreza que las circunstancias exigian; vestido de pontifical, estuvo espuesto dos dias, durante los cuales no cesaron de visitarle los fieles llorando la pérdida de tan bondadoso padre. » Segun la costumbre china, se quedó Maigrot con el féretro, hasta que fué por último depositado en un sitio conocido ahora bajo el nombre de Santa Montaña. « Hay en aquel sitio numerosos sepulcros de cristianos, dice el santo mártir Perboyre, entre los que hay varios de sacerdotes y los de tres obispos, uno de los cuales fué otro de los fundadores del seminario de las Misiones Estrangeras, y uno de los primeros vicarios apostólicos en China. Junto á aquellos restos tan venerados, se apodera del alma un sentimiento profundamente religioso, y hasta se cree uno poseido del mismo aliento vital que les animó un dia. Tienen en aquella provincia los sepulcros una forma notable y verdaderamente monumental: encierran cada sepulcro cuatro altas paredes en forma circular, en las que hay en su parte interior diferentes esculturas; son magestuosos y sencillos, como deben serlo todos los monumentos fúnebres. »

La muerte de Pallu puede ser considerada como el principio de una nueva época, en la historia de la Congregacion de las Misiones Estrangeras. « La falta de autoridad en un centro único, dice el obispo de Hesebon, y el sucesivo desenvolvimiento de las misiones particulares, fueron causa de que tomase cada una de ellas una forma especial, una tendencia hácia el fin que cada cual se proponia. Cualquiera otra institucion se habria resentido mas ó menos del golpe terrible que sufrió su unidad, por ser esta la que constituye la fuerza de toda corporacion destinada á obrar en comun; pero no sucedió así en nuestra sociedad. Encargados de formar iglesias independientes de Europa, tenemos que variar de medios, a medida que varian las costumbres y las circunstancias locales; basando, por decirlo así, nuestra vida, en la vida de los pueblos en que nos encontramos. »

CAPÍTULO XV.

La Congregacion de las Misiones Estrangeras es el móvil de una alianza entre Siam y la Francia. — Jesuitas portugueses en Siam. — Seis jesuitas franceses son destinados á la China. — Catorce jesuitas franceses parten á Siam. — Revolucion en este pais.

Habiendo llegado la fama del rey Luis XIV por medio de los misioneros de las Indias, á oidos del rey de Siam, encargó este á Laneau, obispo de Metellópolis, que dispusiera una embajada para enviarla á aquel monarca. Un sacerdote llamado Gayme, que acompañó á los enviados siameses, murió por el camino en el año 1682, y regresaron aquellos á su pais. Dos años despues dispúsose otra embajada compuesta de dos sacerdotes de las Misiones Estrangeras, llamados Vachet y Pascot, quienes acompañados de tres embajadores y de seis jóvenes indígenas, que el rey queria hacer instruir en las ciencias europeas, llegaron felizmente á Paris y fueron presentados á



Ambassadeurs Siamois devant Louis XIV

Ambasciatori di Siam dinanzi a Luigi XIV. Embajadores de Siam delante de Luis XIV.



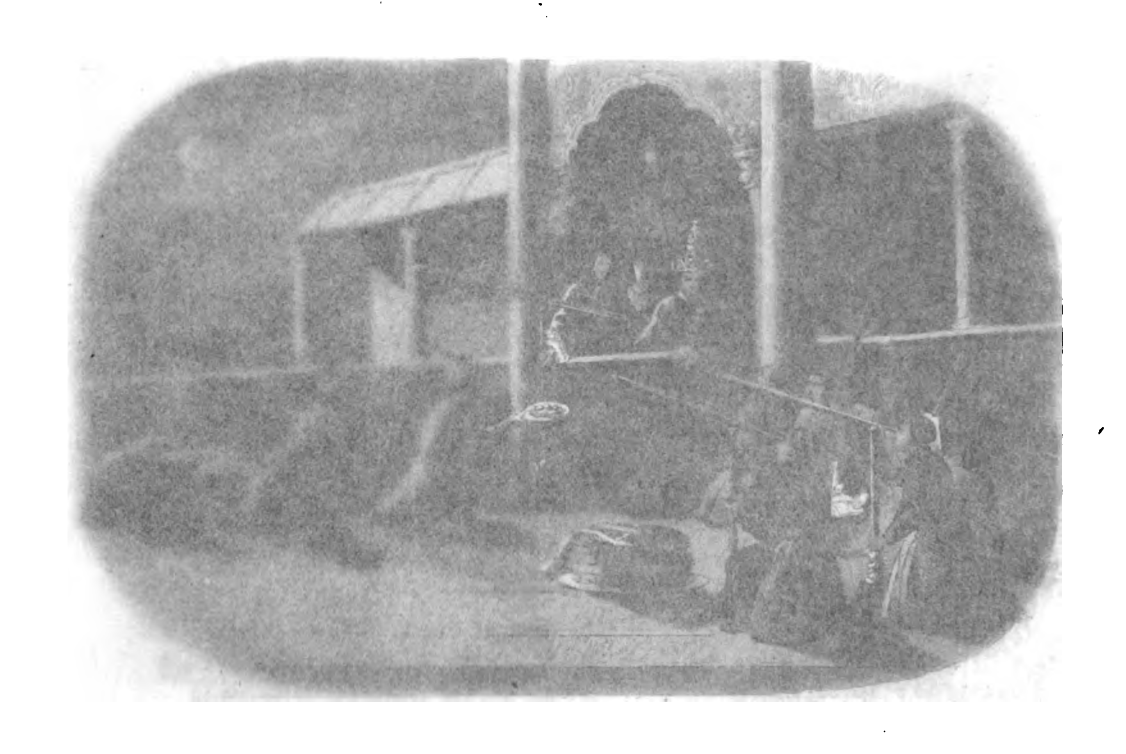
Présens du roi de Siam aux Jésuites français

Presenti del Re di Siam a' Gesuiti francesi. Presentes del Rey de Siam a los Jesuitas Franceses.

CXII, n.º 1 ... este ... unieron ... la Epístola, ... los ... reinos ... de la ... tom... se- ... de ... las costumbres ... via del ... para ... Este ... es Siam, de ... se ... hom... de Dios, d... se for... un ... que ... lenguages cuan... los ... á quie- ... con ... de vida; ... en ... para elevarse ... anzas ... No ta... al verdadero D... corazon ... sera el mas ... augusto ... todos los tiempos ... con tanto mas fundamento ... quel principe, cuanto se ... gozaba con el Constantino ... de la isla de Cefalo... nido desde su in... mercante inglés con ... tos de comercio; las ... la Compañía inglesa ... con fletar un buque ... pero habiendo ... Malabar, encontró alli a ... como él, a ... en una barca que con ... sos que le quedaban. ... obispo de Berythe, dió ... seminario, y ... lo presentó á la córte ... Educado en la here... tores de su infancia ... enfermedad que le aqueja... del P. Tomás, jesuita portu... por último sus errores el dia 2 ... año 1682 en la iglesia de la Compa... Jesus. Desde entonces hizo ... pu- ... a favorecer la propagacion de la religion ... en Siam, Tong-king, Cochinchina ... China; y Luis XIV podia confiar que ... inaria al rey á convertirse, sobre todo, ... presencia de un embajador francés, aña-

dia ... para ... Vacie... las ... no d... quedo ... so ... reso ... dinario ... los jesuit... cuya vocac... s lleva do ... algun ... para la ... El ministro Colbert me ... á busc... en com- ... dirigió la ... iguien- ... e: ... cien- ... en, Reverend... Padre ... os ... la ... a de cruzar los ... á ... lejanos, separ... y amigos; pero como el ... á los infie... y de ... os hace ... viages. ... religion ... diesen de ...





Luis XIV. (Pl. CXII, n.° 1.) Con este motivo Fenelon hizo un sermon sobre la Epifania, en el que dijo: « Entre los diferentes reinos en donde la gracia toma diversas formas, segun la índole de los naturales, las costumbres ó los gobiernos, existe una que es la via del Evangelio para otras. Este pais es Siam, donde se reunen muchos hombres de Dios, donde se forma un clero numeroso que habla tantas lenguas cuantos son los pueblos á quienes debe comunicar la palabra de vida; en aquel pais, en fin, empiezan á elevarse hasta las nubes algunos templos donde deben resonar las alabanzas al Todopoderoso. No tardeis, oh gran rey, en consagrar al verdadero Dios vuestro propio corazon, que será el mas agradable y el mas augusto de todos los templos!» Se esperaba con tanto mas fundamento la conversion de aquel príncipe, cuanto se sabia el crédito que gozaba con él Constantino Phaulkon. Natural de la isla de Cefalonia, Constantino habia seguido desde su infancia al capitan de un buque mercante inglés con quien entró despues en tratos de comercio; las economías que procuró á la Compañía inglesa en la India, le permitieron fletar un buque por su propia cuenta; pero habiendo naufragado en la costa de Malabar, encontró allí á un embajador siamés, náufrago como él, á quien condujo á Siam en una barca que compró con los últimos recursos que le quedaban. La Mothe-Lambert, obispo de Berythe, dió asilo á Phaulkon en el seminario, y agradecido el embajador, lo presentó á la córte donde alcanzó algun favor. Educado en la heregía anglicana por los protectores de su infancia, atendió durante una enfermedad que le aquejó á las instrucciones del P. Tomás, jesuita portugués, y abjuró por último sus errores el dia 2 de mayo del año 1682 en la iglesia de la Compañía de Jesus. Desde entonces hizo cuanto pudo para favorecer la propagacion de la religion católica en Siam, Tong-king, Cochinchina y en la China; y Luis XIV podia confiar que determinaria al rey á convertirse, sobre todo, si la presencia de un embajador francés, añadia un nuevo peso á su influencia. A este objeto, designó al caballero de Chaumont, que acompañó al abate de Choisy, destinado á residir como embajador ordinario, en Siam, en caso que se convirtiera el rey. Tambien se ofreció de este modo la ocasion de realizar otro proyecto

« Se trabajaba entonces en Francia, de órden del rey, dice el jesuita Fontaney, para reformar la geografía. Los individuos de la Academia real de ciencias, á quienes estaba confiado aquel trabajo, habian enviado algunas personas hábiles de su seno á todos los puertos del Océano y del Mediterráneo, á Inglaterra, Dinamarca, Africa y á algunas islas de América para hacer algunas observaciones necesarias. La mayor dificultad se presentó para la eleccion de las personas que debian enviarse á las Indias y á la China para lograr que fuesen bien recibidas, y no despertasen recelos á los estrangeros en el desempeño de su cargo. Para subsanar este inconveniente reunióse á los jesuitas, misioneros en aquellos paises, y cuya vocacion les lleva do quiera pueden alcanzar algun fruto para la salvacion de las almas. El ministro Colbert me hizo el honor de mandarme á buscar en compañía de M. Cassini, y me dirigió las siguientes palabras que nunca olvidaré: « Las ciencias no merecen, Reverendo Padre, que os tomeis la molestia de cruzar los mares y desterraros á un pais lejano, separado de vuestra patria y amigos; pero como el deseo de convertir á los infieles y de ganar almas á Jesucristo, os hace emprender á menudo semejantes viages, desearia que vuestros hermanos en religion, aprovechasen los claros que pudiesen dejarles sus ocupaciones evangélicas, para hacer en aquellos paises algunas observaciones que nos faltan para la perfeccion de las ciencias y de las artes. » Aquel proyecto no dió por entonces ningun resultado, y casi quedó olvidado con la muerte de aquel famoso ministro; pero como dos años mas tarde resolviese el rey enviar un embajador estraordinario á Siam, el marqués de Louvois que

sucedió á Colbert en el cargo de director de las ciencias, artes y manufacturas de Francia, pidió á nuestros superiores seis jesuitas hábiles en matemáticas, para emplearlos al objeto dicho. Hacia ocho años que yo enseñaba matemáticas en nuestro colegio de Paris, y hacia mas de veinte que solicitaba con vivas instancias ser enviado á las misiones de la China y del Japon; pero, sea que se me juzgase indigno, ó que la Providencia me reservase para mejor ocasion, mis deseos no se veian satisfechos. Poniendo toda mi confianza en Dios, llegó un dia no obstante en que mis esperanzas se vieron cumplidas, porque habiéndose presentado la ocasion referida, fuí el primero que me ofrecí á nuestros superiores, quienes me concedieron por fin lo que tanto tiempo anhelaba, encargándome que buscase á los misioneros que debian acompañarme. No puedo manifestaros, R. Padre, el contento que esperimenté entonces; porque preferia mil veces mas ir á enseñar nuestras ciencias en los confines de la tierra, donde esperaba conquistar algunas almas á Dios, y hallar ocasion de sufrir por su amor y por la gloria de su santo nombre, que continuar enseñándolas en Paris en el primero de nuestros colegios. Apenas se supo que yo buscaba algunos misioneros para la China, se presentaron un gran número de escelentes operarios, habiendo sido preferidos á todos los demás, los PP. Tachard, Gerbillon Le-Comte, Visdelou y Bouvet.» El P. Tachard completa así su relacion: «Se nos avisó en secreto, que estuviésemos dispuestos para marchar á los dos meses lo mas tarde. Al dia siguiente fuímos juntos á Montmartre para dar gracias á Dios, por la intercesion de la Santísima Vírgen y de los santos mártires, por la gracia que nos habia concedido y para ofrecernos á Jesucristo, muy particularmente en aquel sitio, donde San Ignacio y sus compañeros hicieron sus primeros votos. Habiéndose hecho público en Paris el objeto de nuestro viage, los individuos de la Academia que tan interesados estaban en él, nos concedieron el honor de admitirnos en su seno, y asistimos á sus sesiones pocos dias antes de nuestra partida.»

Los seis jesuitas recibieron además los títulos de matemáticos de S. M. Habiéndose embarcado en Brest el 3 de marzo de 1665, encontraron en Batavia al jesuita Fuciti, de quien habla el P. Tachard en estos términos: «No se puede decir la alegría y satisfaccion que esperimentamos viendo á aquel santo varon, venerable por su ancianidad y por sus prolongados trabajos en las misiones de la Cochinchina y del Tong-king.... Permaneció ocho años en la Cochinchina, donde bautizó á mas de cuatro mil almas por sus propias manos; y diez y seis años en Tong king, donde bautizó á diez y ocho mil. Durante aquel largo apostolado, estuvo encarcelado varias veces; por espacio de ocho dias con sus noches estuvo oprimido con la argolla chinesca, que es una larga y pesada escalera que descansa sobre las espaldas; y por ocho ó nueve meses, llevó esposas y grillos en piés y manos. Fué condenado á muerte y mas de una vez se vió en vísperas de obtener la palma del martirio, que lo fué su vida entera. Hizo diez y seis viages por mar, y se halló cinco veces en grave peligro de ser muerto por los infieles. Permaneció diez ó doce años en Tong-king sin atreverse á dejarse ver, permaneciendo oculto durante el dia en un barquichuelo y consagrándose de noche al apostolado.... Habia partido de su iglesia el dia 29 de octubre del año 1684 con el P. Manuel Ferreyra, superior de la mision.... Aquellos dos padres, llegaron á Batavia el 23 de diciembre á bordo de un buque holandés que habia sido desviado por una tempestad del rumbo de Siam á donde se encaminaba.» Ferreyra habia partido para Macao, y Fuciti acompañó á los jesuitas franceses á Siam, donde no habia entonces mas que un solo religioso de su órden, llamado Suarez. A su llegada, el mandarin encargado de cumplimentar al caballero Chaumont, le dijo entre otras cosas lisonjeras que, «ya sabia que S. E. habia estado empleado otras veces en grandes negocios, y que hacia mas de mil años que habia



E. Monnin sc.

Artus de Lyonne, évêque de Rosalie.

Artus dell'Yonna, vescovo di Rosalia — Artus de Lyonne, obispo de Rosalia

Gaume frères éditeurs

... de Francia á Siam ...

... adeinas, que lo ...

... entre los ...

... A ruegos ... de ...

... el enviado ...

... casa, dice el P. ...

... de los ...

... los estrangeros. ...

de los cuales ...

de personas, y las habitaciones son ...

espaciosas. Uno de los ... al jardin ...

otro á una iglesia que hizo construir el rey de Siam, que todavía no está terminada, pero será muy grande, y si se sigue el plan ... lo al efecto, reunira muchas bellezas. »

... aulkon trataba de que se reunieran en ... doce jesuitas matematicos y hacer construir un observatorio por el estilo de los de ... y de Pekin, confiando que la ciencia ... paso al cristianismo. Aquel proyecto ... la aprobacion del rey, cuyo ... mente estimulado por los esperimentos astronomicos de seis religiosos destinados á la China. El P. Fontaney, su superior, observó, como lo habia acordado con Cassini ... de su partida, un eclipse total de luna, que podia ser de suma utilidad para determinar exactamente las longitudes. Maravillado el rey del gran saber de los jesuitas, hizoles ofrecer en una gran bandeja de plata, seis sotanas y otras tantas capas de raso floreado; ... despues al P. Tachard, encargado de ir á Francia en busca de doce matematicos de su órden, le hizo presentar en un ... de oro dos ricos crucifijos (Pl. CXII,

... año 1687 ... obispo de Rosalia ... China, y tres nuevos ... Congregacion de las M... Sres. ... narios del ... que debia ... acomp... llegar ... ch... los ... Siam ... imp... vegacion



ido de Francia á Siam para renovar la amistad de los reyes que gobernaban entonces ambos estados.» El embajador contestó, sonriéndose, á aquel partidario de la metempsícosis, que no se acordaba que nunca hubiese estado encargado de semejante comision, y que era la primera vez que pisaba el suelo de Siam. Díjole además, que lo que mas aseguraba la alianza entre los monarcas era la comunidad de religion, y conjuróle en nombre de su soberano, que desterrára las falsas divinidades que adoraba para no reconocer mas que á un solo Dios verdadero. A ruegos de Laneau, obispo de Metellópolis, el embajador pasó al seminario para hacer una visita al vicario apostólico. «Esta casa, dice el P. Tachard, hablando del seminario, es la mas hermosa de la ciudad y tambien de los barrios estramuros, habitados por los estrangeros. Tiene dos pisos, en cada uno de los cuales pueden vivir cómodamente veinte personas, y las habitaciones son grandes y espaciosas. Uno de los patios dá al jardin y el otro á una iglesia que hizo construir el rey de Siam, que todavía no está terminada, pero que será muy grande, y si se sigue el plan trazado al efecto, reunirá muchas bellezas.»

Phaulkon trataba de que se reunieran en Siam doce jesuitas matemáticos y hacer construir un observatorio por el estilo de los de Paris y de Pekin, confiando que la ciencia abriera paso al cristianismo. Aquel proyecto mereció la aprobacion del rey, cuyo interés fué vivamente estimulado por los esperimentos astronómicos de seis religiosos destinados á la China. El P. Fontaney, su superior, observó, como lo habia acordado con Cassini antes de su partida, un eclipse total de luna, que podia ser de suma utilidad para determinar exactamente las longitudes. Maravillado el rey del gran saber de los jesuitas, hízoles ofrecer en una gran bandeja de plata, seis sotanas y otras tantas capas de raso floreado; dirigiéndose despues al P. Tachard, encargado de ir á Francia en busca de doce matemáticos de su órden, le hizo presentar en un azafate de oro. dos ricos crucifijos (Pl. CXII, n.° 1.) El mas hermoso estaba destinado para el P. La-Chaise, confesor del rey, y «el otro, dijo al P. Tachard, os lo doy con gusto para que os sirva de fiel compañero durante todo el viage.» Unos crucifijos parecidos fueron enviados á los RR. Vachet y Artus de Leon, sacerdotes de la Congregacion de las Misiones Estrangeras, encargados de acompañar á Francia, dos nuevos embajadores siameses. Pero el rey no realizó las esperanzas que habia hecho concebir respecto de su conversion, de modo que el abate Choisi volvió á embarcarse el dia 14 de diciembre, con el caballero de Chaumont, cuyo viage no dió mas resultado que un tratado, segun el cual, no solo se concedia á los misioneros la facultad de predicar la fé en el reino de Siam, sino que se eximia además á los fieles de la jurisdiccion de los tribunales ordinarios y se les concedia diversos privilegios. La alianza entre Siam y la Francia, quedó cimentada en Versalles por un tratado de alianza, en virtud del cual, Mergui y Bangkok, principales fortalezas de los siameses, quedaban en poder de los franceses con la facultad de tener en ellas una guarnicion. Al propio tiempo, y por mandato de Luis XIV, el P. Le-Chaise escribió á los provinciales de las cinco provincias que los jesuitas tenian en Francia, que eligiesen algunos individuos para pasar á Siam, y al efecto fueron designados catorce. El P. Tachard, que habia ido á buscarles, les acompañó partiendo el dia 1.° de marzo del año 1687 con Mr. de Lyonne, nombrado obispo de Rosalia y vicario apostólico en China, y tres nuevos sacerdotes de la Congregacion de las Misiones estrangeras. Los Sres. Loubere y Ceberet, enviados estraordinarios del rey, y el comandante de las tropas que debian ocupar los fuertes antes citados, acompañaron á los embajadores siameses. Al llegar al término de su viage, supo el P. Tachard, que, en el mes de julio del año 1686, los cinco jesuitas franceses que habia dejado en Siam habian partido para Macao; pero que la impericia de su piloto y la dificultad de la navegacion en aquellos mares tempestuosos, no

les habian permitido llegar á donde se dirigian, habiendo regresado al punto de su partida; que habiendo sabido entonces que los portugueses se oponian al paso de los misioneros franceses de Macao á la China, habian emprendido otra ruta, embarcándose en el mes de julio del año 1687 en un buque chino que iba á Nimpo, en la provincia de Tche-kiang, en donde el emperador les mandó á llamar para que pasasen á Pekin.

« Se usan en Siam, dice el P. Tachard, dos lenguas muy diferentes: la lengua que emplea el pueblo, llamada en portugués « lengua de fora, » y la lengua de los mandarines y palaciegos llamada « lengua de dentro. » Como no habia mas que los talapuinos (1) que pudiesen enseñar la última, si bien los jesuitas no tenian gran interés en aprenderla, deseoso el rey de que la supiesen, mandó llamar á dos sancraes ó gefes de los talapuinos de los mas sábios de Siam y de Luvo, ordenando que enseñasen la lengua de palacio á los PP. de la Compañía que irian á alojarse en sus casas. Aquella órden no fué muy agradable á aquellos prelados de los talapuinos, pero preciso les fué obedecer sin réplica. La vida que llevan aquellos solitarios es sumamente austera, y á fin de no escandalizarles, fué preciso que los PP. que vivian con ellos se conformasen en las cosas lícitas. » Pasado algun tiempo el rey de Siam, mandó otros embajadores á Europa, y tambien esta vez estuvo encargado de acompañarles el P. Tachard, agregándose á la comitiva cinco jóvenes siameses, que deseaban que fuesen iniciados en las ciencias que se enseñaban en el colegio de la Compañía de Jesus en Paris. Como la Santa Sede habia dispuesto que los jesuitas no evangelizáran en adelante el Tong-king, cuyos primeros apóstoles habian sido, se aprovechó aquella ocasion para enviar á Italia á tres catequistas tongkineses, encargados de reclamar contra la esclusion de los jesuitas. Luis XIV antes de admitir en audiencia á los mandarines siameses, quiso que fuesen á entregar al Papa una carta que le dirigia su soberano, en contestacion al breve de que habia sido portador el obispo de Heliópolis. Al presentarlos el dia 23 de diciembre del año 1688, al Pontífice romano, Tachard le dijo: « Uno de los mas grandes reyes del Oriente, todavía pagano, sabedor y sumamente admirado, tanto del esplendor de vuestra dignidad, Santísimo Padre, y de vuestra preeminencia, como de la santidad de vuestra vida y de la grandeza de vuestras virtudes personales, ese gran rey, digo, me ha encargado que en su nombre viniera á ofrecer á Vuestra Santidad, su amistad, su profundo respeto y su real proteccion para todos los predicadores del Evangelio, y para todos los fieles; y esto, con toda la sinceridad de que puede ser capaz un príncipe cristiano. Este poderoso príncipe empieza ya á hacerse instruir, levanta altares é iglesias al verdadero Dios; pide misioneros sábios y celosos; les hace construir casas y colegios grandiosos; nos concede frecuentemente secretas y largas audiencias, y nos hace tributar honores que humillan á los principales ministros de su secta, para quienes abrigaba en otro tiempo una supersticiosa veneracion. » La carta estaba escrita en una lámina de oro rollada, ancha de medio pié y larga de unos dos piés Decia el rey al terminarla: « Dios, creador de todas las cosas, conserve á Vuestra Santidad para la defensa de la iglesia, de modo que pueda ver á esta misma iglesia, crecer y dilatarse con igual fertilidad en todos los ámbitos de la tierra. » El dia 7 de enero del año 1689, el P. Tachard, los mandarines siameses y los catequistas tongkineses, emprendieron el camino de Francia; pero á causa de haber estallado aquel mismo año una revolucion en Siam, quedaron frustradas las esperanzas del Pontífice romano. Celoso el mandarin Pitracha del favor de que gozaba Constantino Phaulkon, logró la pérdida de su rival enemistándolo con el rey. La guarnicion francesa de Mergui se embarcó, á pesar de la resistencia de los siameses, dirigiéndose á Pondichery, donde la compañía

(1) Sacerdotes idólatras de Siam y del Pegú, que están encargados de la educacion de las clases elevadas. (Nota del Trad.)

francesa de las Indias tenia un establecimiento, así como en la costa de Coromandel y en Bengala. Deseoso Pitracha de que le ausiliára en la realizacion de sus planes el comandante de la guarnicion de Bang-kok, encargó su logro al obispo de Rosalia, que no pudo alcanzarlo, y despues al obispo de Metellópolis, que supuso tendria mas ascendiente en el ánimo de los franceses. «Hízolo acompañar á Bang-kok, escoltado por una compañía de «Brazos-pintados,» que son los hujieres y ejecutores de la justicia, dice el autor de la «Historia de Siam.» Aquella milicia, tan indisciplinada como insolente; portóse de un modo indigno con los domésticos del prelado, á quienes atados de piés y manos pusieron al cepo, esponiéndolos casi desnudos á los rayos de un sol abrasador, á las picadas de los insectos y á los rigores de la sed y del hambre. Tambien fueron objeto de muchos ultrajes, tanto el obispo como el misionero Basset que le acompañaba. Quitáronles la mayor parte de sus vestidos, incluso el sombrero, y al llegar á un fuerte cercano al de Bang-kok, el comandante, que era un mandarin, les hizo subir á un terraplen batido por los proyectiles disparados por los cañones franceses, quienes cesaron de hacer fuego cuando reconocieron las víctimas que les ofrecian para ser inmoladas.» Pitracha acabó por conceder que se retirase la guarnicion á Pondichery, bajo condicion de que el obispo de Metellópolis y los misioneros, respondian con sus cabezas del regreso de los buques empleados en trasportarles; pero habiéndose negado los franceses, por no haberles cumplido las promesas que se les hicieran, á entregar á su partida los rehenes siameses, «arrebataron al obispo de Metellópolis de la nave en que se habia embarcado, dice el autor citado, le arrastraron ignominiosamente por el barro, dejándole espuesto por mucho tiempo á los ardores del sol y á las picadas de los insectos. Los unos le arrancaban los pelos de la barba, los otros le escupian el rostro y los que no podian acercársele para herirle, le arrojaban piedras y cieno.... Un resto de veneracion que no podia negarse á su virtud, enterneció á sus perseguidores; algunos siameses, mas sensibles que los otros, le condujeron á Bang-kok y le encerraron en una cabaña vecina á la casa de una muger cristiana, cuyas atenciones le volvieron á la vida. Cuando estuvo en estado de suportar las fatigas del viage, condujéronle á la capital, donde fué puesto bajo la vigilancia de una guardia cuyos individuos tan sórdidos como crueles, para arrancarle algun dinero se escedian de las severas órdenes de su gefe.... Una soldadesca brutal penetró tumultuosamente en el colegio sacando de él á los sacerdotes, escolares y criados. Sin respetar ni la inocencia de la juventud, ni las enfermedades de la vejez, todos fueron conducidos á la cárcel y confiados á un carcelero feroz, quien creyó contraer un mérito religioso haciéndoles sufrir los rigores del hambre y la intemperie» Al cabo de algun tiempo, obtuvieron los cautivos el permiso de mendigar diariamente por espacio de una hora su sustento por la ciudad, hasta que habiendo devuelto el comandante francés los rehenes siameses, el obispo de Metellópolis recobró su libertad. «No nos pesa, escribia á Luis XIV en mayo del año 1690, haber procurado la libertad á los que han partido, esponiéndonos al cautiverio; otro tanto haríamos cuantas veces fuese necesario.» El seminario general, habia sido trasladado durante las revueltas á Pondichery, donde debia permanecer hasta que los holandeses se apoderasen de aquella ciudad; pero quedáronse con Laneau un corto número de jóvenes destinados al sacerdocio. El dia de la Asuncion trasladaron á los misioneros y á sus discípulos, desde la cárcel pública á una casa particular, en donde el prelado les hizo volver á seguir los ejercicios que tenian de costumbre antes de la persecucion. El P. Tachard, encargado de procurar la libertad á los cautivos, llegó á Mergui á fines del año 1690, y utilizó hábilmente á los mandarines que volvieron de Europa con él; por manera que las relaciones de la Francia con

Siam volvieron á seguir bajo un pié amistoso. El nuevo soberano puso al obispo de Metellópolis en estado de poder restablecer el seminario y el colegio que habian sido destruidos, y cada vez mas prendado de las virtudes del prelado, le hizo entregar algunas cantidades de su propio tesoro. Satisfecho Laneau por aquella resurreccion de la mision de Siam, tuvo tambien la satisfaccion de saber que dos miembros de su congregacion habian obtenido la palma del martirio en el Pegú; uno de aquellos sacerdotes se llamaba Genoud y era natural de Suiza, fué condenado á muerte en el mes de marzo del año 1693, y el otro, Joret, natural de Borgoña, inmolado un mes despues de su cofrade. El obispo de Metellópolis murió á principios del año 1696 de tal modo venerado por los idólatras, que el rey de Siam quiso costear los gastos de sus funerales.

Pero debemos decir cuál fué la muerte de los jesuitas franceses que fueron llamados á aquel reino, y por consiguiente fijar nuestra atencion en el Indostan.

CAPÍTULO XVI.

Apostolado de los jesuitas y de los Capuchinos en el Maduré, Tanjaur, Carnate y Bengala.— Legacion de Maillard de Tournon.

Despues de la revolucion de Siam, el P. Bouchet, pasó á la provincia de Malabar, en donde se consagró á la mision del Maduré. Cuando llegó allí, los jesuitas portugueses que eran los fundadores de la mision, no se atrevian á penetrar en las aldeas sino de noche; pero afortunadamente pronto las cosas cambiaron de aspecto. Establecióse en Aour, pequeña poblacion que contenia muy pocos cristianos; pero como conocia la índole de aquellos pueblos, que se dejan llevar por las apariencias, resolvió edificar en ella una iglesia bastante hermosa para escitar la curiosidad y llamar á los infieles. Construyóla en el centro de un grande espacio de terreno, y las paredes de distancia en distancia, fueron pintadas y adornadas en el interior con columnas empotradas, revestidas de una corniza que comprendia toda la columnata. El piso fué empedrado con mucho esmero, disimulándose de tal modo la union de las baldosas, que parecia revestido de una sola pieza de mármol blanco. El altar se hallaba en el centro de la nave, á fin de que se pudiese ver de todos lados, sosteniendo su remate, que consistia en una corona imperial, ocho elegantes columnas tambien de mármol. Habíase dorado las partes mas visibles y la arquitectura india mezclada con la de Europa, producian un efecto sumamente agradable. Apenas estuvo terminada aquella iglesia que fué dedicada á la Santísima Vírgen, cuando acudieron de todas partes, y sobre todo de la capital, para verla. Así el misionero tuvo ocasion de hablar de Dios á una multitud de personas, muchas de las cuales se convirtieron y se establecieron en Acur, que se trasformó en uno de los pueblos mas considerados del reino. El P. Bucher pudo decir de Aour lo que San Gregorio el Taumaturgo decia, al morir, de su ciudad episcopal: «No habia mas que diez y siete cristianos cuando vine; pero gracias á Dios, al presente no quedan mas que diez y siete infieles.» En efecto, no quedaron en aquel pueblo mas que dos ó tres familias de idólatras: Aour llegó á ser la mision mas considerable del Maduré, puesto que dependian de ella veinte y nueve iglesias, en las que se contaban mas de treinta mil cristianos. Fué nombrado el fundador de aquella hermosa cristiandad para ejercer las funciones de visitador en el Maduré. Cuando llegó á Tritchirapalli no habia en aquella ciudad sino algunas iglesias de parias, la última de todas castas, lo que daba á los idólatras una idea muy poco favorable del cristianismo; pero al poco tiempo se construyeron cuatro iglesias para las castas superiores, y aunque estuviesen formadas de arcilla y cubiertas de paja, no dejaban de estar muy adornadas en su interior. Con fecha de 1.° de diciembre del año 1700, el P. Bouchet escribia desde Maduré al P. Gobien: «Por lo que á mi hace, en estos últimos cinco años he bautizado á mas de

once mil personas, y mas de veinte mil desde que estoy en esta mision. Corren á mi cargo treinta pequeñas iglesias y cerca de treinta mil cristianos. Respecto á las confesiones me seria difícil poder fijar el número, pero creo haber confesado á mas de cien mil cristianos.» Añade en la misma carta: «Nuestra mision de Maduré está mas floreciente que nunca. En este año hemos tenido cuatro grandes persecuciones; en una de ellas hicieron saltar á palos los dientes de uno de nuestros misioneros (el P. Bernardo de Saa), y actualmente me hallo en la córte del príncipe de estas tierras para procurar la libertad al P. Borghese, que por espacio de cuarenta dias ha estado encerrado en las cárceles de Tritchirapalli, con cuatro de sus catequistas que han sido aherrojados. Pero estas persecuciones, no hacen mas que hacer progresar la religion; cuanto mas el infierno se opone á nuestros designios, tanto mas el cielo nos concede nuevas conquistas. La sangre de nuestros cristianos, derramada por Jesucristo, es como siempre la semilla de una infinidad de prosélitos.»

En el número de los misioneros del Maduré, que tuvieron la gloria de sufrir por Jesucristo, debemos continuar á Francisco Lainez y Simon Carvalho. Regresaba Lainez en el año 1699 de la mision de Ultramelur, última residencia de aquel reino, cuando fué condenado á un tormento tan doloroso como estraordinario. «Habia obtenido, dice el jesuita Dolu, del *durey* ó señor de Ultramelur, el permiso de construir una iglesia en sus tierras, hácia el Norte y cerca de la célebre ciudad de Cangiburam, en el reino de Carnate. Instigado por algunos gentiles, mandóle prender un gobernador y entrególe á merced de una soldadesca desenfrenada, causándole graves heridas, muchos soldados le mordieron hasta arrancarle la carne.» Libre y habiendo recobrado la salud, el P. Lainez fué en el año 1700 á socorrer á los cristianos de Marawa, en cuyo ejercicio habia sido martirizado Juan de Britto. «El P. Lainez, añade Dolu, ha pasado en aquel pais por espacio de cinco meses, en medio de los mayores peligros, acostándose bajo una enramada y aguardando á los naturales á orillas de algun estanque, donde acostumbran ir á bañarse. Cuando tenia reunido un buen número, les esplicaba los misterios de nuestra religion, y su palabra ha dado tan buenos frutos, que en un corto espacio de tiempo, ha logrado bautizar á cuatro ó cinco mil idólatras, sin hacer mencion de muchos miles de cristianos á quienes ha administrado los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía.»

Carvalho se encargó de la cristiandad de Taujaur, al oriente del reino de Maduré. «Este padre, dice el jesuita Martin, uno de los mas ilustres y celosos obreros, es natural de la provincia de Goa, donde gozaba de mucha fama por su talento. Desempeñaba la cátedra de teología con mucho aplauso, cuando apenas contaba treinta años y rayaba tan alto su virtud, que se le llamaba el «bendito Padre.» Aunque se ocupára muy útilmente al servicio del prójimo en la ciudad y en las cercanías de Goa y Malabar, concibió vivísimos deseos de consagrarse á la mision de Maduré. Comunicó su propósito á los provinciales de las provincias de Goa y Malabar, y estuvo tan persuasivo con ellos, que antes que nadie lo sospechase, ya estaba agregado á la mision de Maduré. Este varon es un grande ejemplo de celo, mortificacion, caridad y de todas las demás virtudes que son el patrimonio del hombre apostólico. Por lo que á mi hace, me parece una cosa prodigiosa que, estando casi siempre enfermo, pueda soportar las inmensas fatigas que sobre él pesan. Es tan grande su interés por los progresos de la mision, que cuando acontece cualquier desgracia en alguna de nuestras iglesias, su dolor no tiene límites; llora sin cesar y por dos ó tres dias está sin comer; así es que en cuanto se puede, se le ocultan todos los contratiempos, que no deja de haberlos en estas misiones. Pero no parece sino que Dios quiera poner á prueba á este santo varon; porque ningun apóstol sufre mas persecuciones que él en el lugar en que tra-

baja. En el año 1698, tuvo el sentimiento de ver derribar una hermosa iglesia que habia construido entre la ciudad de Tanjaur, y un famoso templo de ídolos. Los sacerdotes de este templo, que con gran disgusto la habian visto edificar, resolvieron destruirla y hé aqui el artificio de que se valieron. Hicieron correr la voz entre el pueblo, de que los dioses de su templo querian que se destruyera la iglesia de los brahmas del norte, y que si así no se hiciera, abandonarian su morada, « porque cuando debian ir, al través de los aires, desde aquel templo á la ciudad de Tanjaur, encontraban en mitad del camino la iglesia de aquellos estrangeros, y siéndoles imposible pasar por encima, tenian que dar un gran rodeo, lo que les causaba mucha molestia y fatiga. » Por mas groseras que fuesen las quejas de aquellos dioses imaginarios, fueron atendidas por los idólatras, quienes se amotinaron y acabaron por destruir la iglesia, autorizados por un ministro de Estado que habian ganado, y que por otra parte era enemigo de nuestra religion. » El P. Carvalho, fué preso lo propio que Miguel Bartholdo, en una sangrienta persecucion que se alzó contra los cristianos; muriendo el 14 de noviembre del año 1701 de hambre en la cárcel de Tanjaur. El P. Bartholdo, despues de haber sido atormentado durante algunos dias, fué puesto en libertad.

Los capuchinos franceses establecidos en Madras desde el año 1642, habian sido llamados por los fundadores de la colonia de Pondichery en el año 1671, fecha del establecimiento de su factoría; pero su corto número les obligó á limitarse al litoral, ocupado por los franceses. Los hijos de San Ignacio suplieron á los de San Francisco, é hicieron, lo que estos no pudieron hacer. « Despues de haber quedado destruida nuestra mision de Siam, escribia el P. Tachard al conde de Crecy, la mayor parte de nuestros PP. se retiraron á Pondichery en la costa de Coromandel.... Al ver el gran número de idólatras que nos rodeaban de oeste á norte, nos decidimos á trabajar para su conversion. Los grandes progresos que habian hecho los jesuitas en el Sud, donde habian formado una cristiandad de mas de doscientas mil almas, nos hizo creer que empleando los mismos medios para la conversion de los indios establecidos en el norte de Pondichery, podiamos, quizás con el tiempo, obtener de Ntro. Sr. Jesucristo las mismas bendiciones. Para alcanzar aquel logro, empezamos por establecernos en Pondichery; pero habiéndonos arrojado los holandeses en el año 1693, casi enseguida de haber empezado á celebrar nuestras primeras funciones de iglesia, en el templo que habíamos construido, nuestras esperanzas iban á quedar desvanecidas sin remedio, si la Providencia no hubiese puesto en vuestras manos la conclusion de la paz general. Merced, Señor, á vuestro celo, Pondichery fué devuelto á la real Compañía, y fuísteis al propio tiempo el restaurador de nuestra mision amenazada, como habiais sido ya otras veces su bienhechor, tanto en Levante como en las Indias orientales y en la China. »

Este punto será mejor dilucidado por medio del estracto de una carta del P. Pedro Martin. Este jesuita habia sido enviado en un principio á Persia, pero tenia para él mayor atractivo otra mision, en la que habia mas sufrimientos y trabajos. « He encontrado lo que buscaba, mas pronto de lo que creia, escribia el 30 de enero del año 1699 en Belasor de Bengala, al P. de Villette. Durante el viage fuí preso por los árabes y retenido prisionero por no haber querido abrazar la doctrina de Mahoma. Por mas que hicieron aquellos infieles para averiguar quienes éramos, el P. Beauvellier, mi compañero y yo, no lo pudieron lograr, sospechando siempre que éramos de Constantinopla, por vernos leer libros persas y turcos. Los dejamos en aquel error, hasta que á uno de ellos se le ocurrió exigirnos la profesion de su maldita sexta. Entonces nos declaramos abiertamente cristianos, pero sin decir de que pais éramos. Como tratásemos de manifestarles las imposturas de Mahoma, se

encolerizaron hasta el punto de apoderarse del buque en que íbamos, aunque perteneciese á unos moros (mahometanos). Despues de haber desembarcado, nos condujeron á la cárcel y nos hicieron comparecer varias veces tanto al padre como á mi, ante los magistrados, por ver si podrian seducirnos, pero encontrándonos siempre por la misericordia de Dios, firmes y constantes, cesaron por fin de atormentarnos y enviaron un espreso al gobernador de la provincia, para que les dijera lo que debian hacer de nosotros. Contestóles que nos pusieran en libertad, sin causarnos ningun daño, mientras no fuésemos *pranguis* (1), esto es, europeos. No sospecharon que lo fuésemos porque no siempre hablábamos en turco, el P. Beauvollier no leia mas que libros árabes y yo libros persas. De modo, que el Señor no nos juzgó dignos en esta ocasion, de sufrir la muerte por su santo nombre, quedando libres despues de algunos dias de cárcel y muchos malos tratos. Desde allí pasamos á Surate, donde se quedó el P. Beauvollier, por ser el superior de la mision que tenemos en aquel pais. Por lo que á mi hace, pasé á Bengala, estando varias veces á punto de caer en manos de los holandeses. Al momento que llegué á aquel hermoso reino, que está bajo el dominio de los mahometanos, aunque casi todo el pueblo es idólatra, me consagró al estudio del idioma del pais, y al cabo de cinco meses me encontré en estado de poderme disfrazar, y entrar en una famosa universidad de bramines, doctores de los indos. Como únicamente poseíamos muy escasas noticias de su religion, nuestros padres deseaban que permaneciera allí dos ó tres años para poderme instruir á fondo. Mi resolucion estaba tomada, y estaba dispuesto á llevarla á cabo, cuando de repente se alzó tan terrible guerra entre los gentiles y los mahometanos, que no habia seguridad en ningun parage, sobre todo para los europeos; pero Dios que nunca abandona, da en semejantes ocasiones una fortaleza que no se puede esplicar. Como apenas temia el peligro, nuestros superiores me permitieron entrar en un reino vecino, llamado Orixa, donde, en el espacio de diez y seis meses, tuve la dicha de bautizar cerca de cien personas, algunas de las cuales ya eran sexagenarias. Esperaba con la gracia de Dios, hacer una cosecha mas abundante andando el tiempo; pero todo lo que pudimos obtener fué encargarnos de una especie de parroquia erigida en la habitacion principal que la Compañía francesa tenia en Bengala. Como aquella mision tenia ya algunos obreros, nuestros superiores resolvieron enviarme con tres de nuestros PP. á Pondichery, la única plaza un poco fortificada que tenian los franceses en las Indias; pero ya hace cinco años que los holandeses se apoderaron de ella. Poseemos allí una hermosa iglesia, de la que volveremos á estar en posesion, luego que los franceses vuelvan á entrar en la plaza, estando entonces á la puerta de la mision del Maduré, la mas hermosa á mis ojos, que existe en el mundo. Hay en ella siete jesuitas, casi todos portugueses que trabajan infatigablemente con fruto pero con increibles penas. Estos PP., hace mas de diez y ocho meses, que me propusieron asociarme á sus trabajos, y si hubiese podido disponer de mi persona voluntariamente hubiera tomado aquel partido, pero nuestros superiores no lo han tenido por conveniente, porque desean que establezcamos de nuestra parte algunas misiones francesas, y que, en estas vastas regiones, ocupemos el pais que nuestros PP. portugueses no pueden cultivar á causa de su escaso número. Esto es lo que nuestro superior general P. de la Breuille, que se encuentra ahora en el reino de Siam, acaba de manifestarme en su última carta. Me encarga la mision de Pondichery, y me hace confiar que dentro de poco tiempo me permitirá penetrar en el pais. »

(1) Algunos etimologistas hacen derivar esta palabra de *Para-Angui* que significa *trage estrangero*. Parece sin embargo mas verosimil que sea la misma palabra que *Frangui*; los indos, que no tienen la letra F, la reemplazan comunmente por la Q. *Pranqui* es el nombre que dan á los europeos en Constantinopla, y que indudablemente seria introducido por los musulmanes en el Indostan. (Nota del Trad.)

El mismo P. Martin escribió con fecha de 1.° de junio del año 1700 : «Mis superiores trataban de establecer una nueva mision en los reinos de Carnate, Gingi y Golconda, formándola bajo el modelo de la que nuestros PP. portugueses cultivan en Maduré, hace mas de veinte y cinco años con estraordinarias bendiciones del cielo. Para obtener un buen éxito en una empresa tan grata á Dios, como beneficiosa para la iglesia, era necesario enviar algunos de nuestros PP. franceses á aquella antigua mision, donde pudiesen aprender el idioma, instruirse en los usos y costumbres de aquellos pueblos, formar algunos catequistas, leer y transcribir los libros que el venerable P. Roberto de Nobilibus y otros de nuestros PP. han compuesto; en una palabra, recojer todo lo que merced al trabajo y la esperiencia de tantos años, habia sido atesorado por aquellos sábios obreros, y procurar aprovecharse de sus luces para la realizacion de una empresa tan parecida á la suya. Para su desempeño fuímos elegidos el P. Manduit y yo; pero se creyó conveniente que emprendiésemos dos rutas diferentes. El P. Manduit despues de haber ido á visitar la tumba del apóstol Sto. Tomás en Meliapur, recibió la órden de reunirse con el P. Francisco Laynez en Maduré, mientras que yo debia ir por mar á encontrar al P. Provincial de los jesuitas portugueses, que se hallaba entonces en el reino de Travancora, á fin de pedirle para mi compañero y para mí, el permiso para ir á trabajar por algun tiempo en la mision de Maduré.... Llegamos á la costa de Travancora.... y pasamos á Reytura, dirigiéndonos á casa del P. Manuel Lopez de nuestra Compañía.... Hace mas de cincuenta años que este misionero trabajaba con un celo infatigable por la salvacion de los malabares. Es el último jesuita que ha entrado en el Maduré con el hábito que usamos en Europa; porque si bien hace mas de ochenta años que el P. Roberto de Nobilibus fundó esta famosa mision, bajo el mismo pié en que se halla hoy dia, es decir, acomodándose á las costumbres del pais, ya respecto del trage, casa y comida, ya para los demás usos que no son contrarios á la fé y á las buenas costumbres, no obstante los portugueses no se resolvieron á abandonar el hábito europeo, hasta que una larga esperiencia les convenció de que aquella conducta era muy perjudicial á la religion y á la propagacion de la fé por la aversion y el desprecio que aquellos pueblos han concebido contra los europeos. Quedamos edificados de la hermosura y limpieza de la iglesia del P. Lopez; pero lo quedamos mucho mas del número y religiosidad de los fieles que están bajo su direccion y que se distinguen de todos los demás malabares por su docilidad y por su viva y ardiente fé; de modo que aquella cristiandad pasa por ser la mas floreciente del territorio de Travancora. El P. Lopez nos recibió con el mayor júbilo, lo que nos demostró su buen corazon; pero no pudo contener sus lágrimas ni reprimir algunos profundos suspiros, cuando le dije que iba á encontrar al P. Provincial para que me otorgase el permiso de entrar en la mision de Maduré. «¡Ah! esclamó, ¡cuán dichoso sois, querido Padre! ¡Ojalá pudiera acompañaros! pero yo soy indigno de trabajar con esa compañía de santos varones que están empleados en ella.» Aunque este P. tenga mucho talento y un celo grande por la conversion de las almas, sus superiores no le han permitido formar parte de aquella mision, porque habiendo vestido durante muchos años el hábito europeo, tarde ó temprano le hubieran reconocido, siendo entonces inútiles sus esfuerzos para la conversion de aquellos pueblos, y quizás tambien hubiese hecho nacer sospechas acerca de la naturaleza de las demás misiones.... Al atravesar el reino de Travancora, donde está muy arraigada la idolatría, sirvióme de consuelo, ver en la costa algunas cruces plantadas en diversos sitios de la playa y un buen número de iglesias donde se adora á Jesucristo. Las principales están en Mampulaim, Reytura, Puduturey, Culechy, Cabripatan, Topo y Cavalan. Además de estas iglesias hay otras que son como otras tantas sufragáneas. En

Culechy encontré al P. Andrés Gomez, provincial de la provincia de Malabar, hombre de mucho mérito, y que era superior de la casa noviciado de Goa, cuando fué elegido para gobernar la provincia del Malabar... Nos acompañó á Topo, llamado el colegio de Travancora, donde reside de ordinario. Este colegio está situado en una pequeña poblacion de la costa y está construido de tierra amasada y cubierto con hojas de palmera silvestre. La iglesia dedicada á la Santísima Vírgen, es tan sencilla como la casa, y la vida que los PP. llevan corresponde á la pobreza de una y otra. Quedé edificado al ver aquellos hombres, tan venerables por su edad, como por sus merecimientos, que moraban en unas chozas tan miserables, con un desprendimiento completo de todos los goces de la vida. La presencia de Dios, única cosa que ambicionan, les conserva en una paz y tranquilidad perfectas, aunque estén espuestos sin cesar á los insultos de los idólatras del interior y á los saqueos de los piratas que infestan aquellos mares, y que mas de una vez han destruido sus cabañas y robado los pocos muebles que habia en ellas.

« *Luego* que el P. Provincial me hubo con*cedido* la mision de Maduré que le habia ido *á pedir*, puse todo el ahinco en aprender las lenguas tamula y malabar, á fin de hallarme pronto en estado de poder llenar las funciones de misionero; porque segun una órden establecida muy prudentemente por los PP. de aquella provincia, no es permitido que nadie entre en la mision de Maduré, sin saber antes la lengua del pais. Sin esta precaucion no tardarian en averiguar quienes somos, y todo se perderia. El Topo no era un lugar á propósito para adelantar en la lengua, tanto como yo deseaba, porque como en toda la costa, habitada por gente pobre é incivilizada, se habla mal el idioma del pais. En su consecuencia, el P. Provincial tuvo la bondad de enviarme á Cotate, que es una poblacion bastante considerable situada al pié de la cordillera del cabo Comorin, donde debia hallar menos distraccion y mas aprovechamiento. Lo que me causó mas satisfaccion fué encontrar al P. Mainard á cuyo cargo corria la iglesia de la poblacion. Natural de las Indias, aunque hijo de padres franceses, posee perfectamente ambas lenguas.... La iglesia de Cotate no es notable sino por el sitio que ocupa, porque el santuario y el altar están situados en el mismo lugar que ocupaba la cabaña donde iba á descansar de noche San Francisco Javier, despues de haber evangelizado á estos pueblos durante el dia. Cierta noche los gentiles pegaron fuego á ella creyendo que el apóstol pereceria entre las llamas, y es fama que aunque quedó reducida á cenizas, el santo no sufrió el menor daño, absorto como estaba en la oracion.. . Lo que mas llamó mi atencion en Cotate, durante mi permanencia en aquella poblacion, fué la presencia de un famoso penitente idólatra que recorria el pais hacia ocho ó nueve meses. Aquel hombre, daba compasion el verlo: se habia hecho poner al cuello una especie de collar muy estraordinario, que consistia en una plancha de hierro de tres piés y medio en cuadro, doble á proporcion, en medio de la cual habia una abertura muy ancha. Despues de haber pasado la cabeza por aquel agujero, habia hecho colocar alrededor de la abertura un ribete de hierro que le cerraba la garganta y estaba sujeto á la plancha con buenos clavos bien ramachados, á fin de que no fuese libre de desembarazarse cuando quisiera de aquella carga tan pesada como incómoda. Aquella plancha, á guisa de golilla levantada, le impedia poderse acostar ó apoyar la cabeza en parte alguna, de modo que cuando queria descansar un poco, era preciso disponer unos puntales para sostener aquel vasto collar por ambos lados. De propia voluntad se habia impuesto aquella penitencia, para reunir, mostrándose en público, una suma de dinero que destinaba para abrir un *tarpaculam* (1) en

(1) Esta palabra en lengua malabar significa un estanque revestido de piedras en un sitio donde falta el agua. Es una devocion de aquel pueblo, un modo de honrar á sus dioses y una obra de las mas meritorias, hacer depósitos de agua ó abrir cisternas junto á las grandes vias de comunicacion, y mantener algunas personas que ofrezcan agua á los viageros. Otros cons-

una llanura árida donde los viageros sufren mucho á causa de la sed, y juzgó que de ningun modo podria lograr mas limosnas, sino mostrándose del modo que acabo de esplicar... Al verle me senti inspirado y rogué á Nuestro Señor que tuviese piedad de aquel desgraciado que seria capaz de sufrir mucho por su amor, si supiese la obligacion que tienen todos los hombres de amar y servir á él únicamente. No se si Dios escuchó mis pobres oraciones, pero al cabo de ocho dias, fué grande mi sorpresa al ver en la puerta de nuestra iglesia al penitente del collar que deseaba hablar con el *guru* (con el Padre)... se lo adverti al P. Maynard, quien acercándose al penitente le dijo: «¿Qué venís á buscar á la iglesia de los cristianos, donde se honra al verdadero Dios, vos que adorais á unos ídolos y que sois el esclavo de los demonios?» El penitente contestó modestamente: «Vengo, aquí precisamente porque me han dicho que esta era la casa del verdadero Dios, á fin de ver si hallo en él mas consuelo del que he encontrado en los dioses que adoro, y de los cuales no estoy muy satisfecho despues de todo lo que veis que hago para agradarles. Vengo, pues, á informarme de vuestro Dios y aprender á conocerlo, para poner en tranquilidad mi ánimo, que hace mucho tiempo está muy agitado. ¿No es este, añadió, el templo del Ser soberano, creador de cielo y tierra, que recompensa á los que le sirven y que castiga eternamente á los que adoran á otros dioses? Si hasta aquí he adorado y servido á mis dioses, es porque no he conocido otro mas grande que ellos; pero si vos me podeis hacer ver que el vuestro vale mas que todos, renuncio á ellos y los abandono para siempre.» Estas palabras nos movieron vivamente, y habríamos derramado lágrimas de contento sino hubiésemos temido que podia engañarnos. Para poner á prueba su sinceridad por la parte que juzgamos debia serle mas sensible, le dijimos:

truyen grandes hospederías ó salas abrigadas, para que los estrangeros puedan retirarse á ellas ó ponerse á cubierto durante la noche. Estas costumbres patriarcales son muy comunes en la India. (Nota del Trad.)

«Si quereis conocer al soberano Señor y saber de nuestra boca las infinitas bondades que le distinguen de vuestras pretendidas divinidades, es preciso que empeceis por quitaros este instrumento de mortificacion por vos deseada, que os tiene postrado y que solo llevais para distinguiros y honrar al enemigo del Ser soberano; porque mientras vayais cargado con él, la divina palabra no entrará en vuestro corazon ó bien no podreis esperimentar su dulce consuelo.... «Estoy dispuesto, nos contestó, á abandonarlo todo si es preciso para conocer al soberano bien; pero no me puedo quitar este collar sin el ausilio de un cerrajero.» Ciertamente que el famoso Simeon Stilita (si nos es permitido comparar tan gran santo, con un hombre que todavía era idólatra), no mostró mas sumision, ni con mas prontitud bajo de su columna, de lo que lo hizo aquel hombre, desprendiéndose del aparato de penitencia con que se honraba entre los gentiles. Vino el cerrajero, y despues de mucho trabajo y tiempo logró levantar los clavos que tenian sujeto el pequeño collar al grande. El que los habia puesto es de creer que juzgaria que no se habian de quitar nunca. En la misma iglesia de San Francisco Javier libertamos á aquel pobre esclavo de Satanás del yugo que le habia impuesto su temible enemigo. La plancha era tan pesada, que solo haciendo un esfuerzo pude levantarla del suelo. La suspendimos en una de las paredes de la iglesia como un despojo arrebatado al infierno y una de las mas preciosas ofrendas que pudieran hacerse al santo apóstol. Apenas se vió libre el penitente, brilló la alegría en su semblante, quizás por el alivio que sentia, quizás por la esperanza que abrigaba de que habiendo obedecido, íbamos á instruirle en la ciencia de la salvacion. Aunque se mostró satisfecho de nuestras instrucciones, y quedó sobretodo, maravillado de la grandeza de Dios y de su amor á los hombres, leímos mas de una vez en sus ojos que bullian en su cerebro algunas ideas desconsoladoras. Los que le habian conocido en la ciudad, le dirigian amar-

gos reproches, no precisamente porque habia cambiado de religion, sino porque se hacia discípulo de los Pranguis, perteneciendo á una de las mejores castas del pais. Cuando supimos que la idea del *pranguinismo* causaba todo su pesar, tomamos la resolucion de enviarle al Maduré para que se hiciera bautizar por alguno de los que viven allí con el hábito de sanniasi. Le dijimos pues, que nosotros éramos gurus ó doctores de las clases bajas, que viven en las costas, y que siendo él un hombre de calidad, debia dirigirse á los doctores de las clases elevadas y formar parte de sus discípulos; que hallaria en Maduré á aquellos doctores que le enseñarian la ley del verdadero Dios; que fuese á visitarles, y que cuando estuviese bien instruido, le pondrian en el número de los fieles. Aquel buen hombre que nos habia cobrado mucho afecto, le costó mucho trabajo decidirse á seguir el partido que le proponíamos, pero, por fin, habiéndole persuadido que era en favor suyo, nos creyó y fué á encontrar á uno de nuestros padres de la mision de Maduré que lo bautizó y volvió á enviarle á su pais para que trabajase en la conversion de sus deudos y amigos.

« Entretanto, yo adelantaba en el estudio de la lengua malabar.... y tomé el camino que conduce á Maduré.... Toda la costa de la Pesquería pertenece en parte al rey de Maduré, y en parte al príncipe de Marawa.... Los holandeses, sin ser dueños de la costa, no han dejado de obrar muchas veces como si lo fuesen, de modo que hace pocos años que se apoderaron de las iglesias de los pobres paravas para trasformarlas en almacenes, y las casas de los misioneros para alojar sus comisionados. Los PP. se vieron obligados á retirarse á los bosques, donde construyeron algunas cabañas, á fin de no tener que abandonar su grey en un lance tan apurado. Verdad es que los paravas mostraron en esta ocasion una firmeza inquebrantable, y una adhesion inviolable por su religion. Veiaseles todos los domingos salir en tropel de Tutucurin y de las demás poblaciones, para ir á oir misa en los bosques; y los PP. ejercian en medio de los gentiles con mas libertad las funciones de su ministerio, que si hubiesen estado entre los holandeses. El celo de los paravas chocó aparentemente á algunos de aquellos protestantes, y trataron de pervertirles y hacerles abrazar su religion. A este objeto hicieron venir de Batavia á uno de sus ministros para instruir, decian, á aquellas pobres gentes engañadas; pero la tentativa les salió mal. En la primera conferencia que el gefe de la casta de los paravas, tuvo con el predicante, confundióle con este razonamiento: « Debeis saber, le dijo, que, cuando nuestra casta hubo abrazado la religion católica antes de la llegada del Gran Padre á las Indias (refiriéndose á San Francisco Javier), si bien éramos cristianos de nombre, en el fondo éramos gentiles. La fé que profesamos no se arraigó en nuestros corazones sino por el poder y el número de los milagros que operó nuestro santo apóstol en todos los sitios de esta costa. Hé aquí porque antes de hablarnos de cambiar de religion, es preciso en primer lugar, que vuestros milagros correspondan en número é importancia á los del Gran Padre, y aun mas, que los aventajen, pues quereis probarnos que la ley que nos traeis, es mejor que la que nos enseñó. De modo que debeis empezar para hacer resucitar al menos una docena de muertos, porque San Francisco Javier hizo resucitar cinco ó seis en esta costa; despues curar todos nuestros enfermos y poblar de mas numerosos peces nuestro mar. Cuando hayais hecho todo esto, entonces os dirémos nuestro parecer. » No sabiendo el pobre ministro que replicar á aquel discurso, y viendo por otra parte en la firmeza de sus ideas el profundo convencimiento que de su religion abrigaban aquellos pescadores, trató de volverse por donde habia ido. Pero antes de dejarlo partir, se quiso probar si la violencia tendria mas poder que la exhortacion, y trataron de obligar á los paravas á que fuesen al sermon. El gefe de la casta tuvo el valor de mandar fijar un edicto en la puerta de la logia holandesa declarando, que si algun parava iba

al templo de los holandeses, seria tratado enseguida como rebelde á Dios y traidor á la patria. Nadie se atrevió á penetrar, á escepcion de un solo hombre rico y poderoso, cuya fortuna dependia de los holandeses y que temeroso de incurrir en su desagrado, tuvo la debilidad de desobedecer la órden de su gefe. Cuando este lo supo, resolvió hacer un ejemplar escarmiento, á cuyo efecto ordenó que todas sus gentes tomasen las armas y apoderándose de las salidas del templo, á fin de que el culpable no pudiese escapar, le diesen muerte en cuanto fuese habido. Los holandeses quisieron defenderle, pero no llegaron á tiempo, y hasta tuvieron que retirarse por no irritar á un pueblo que estaba resuelto á conservar su religion á costa de su vida.

« Estas persecuciones han cesado á Dios gracias; se han sucedido directores mas prudentes y razonables, quienes, lejos de inquietar á estos pueblos acerca de su religion ni hacerles violencia, han consentido en que volviesen los antiguos pastores á habitar en las poblaciones, continuando las mismas funciones que siempre habian desempeñado desde San Francisco Javier.... Escribí al P. Javier Borghese, que de todos los misioneros del Maduré era el que moraba mas cercano á Tutucurin.... Aquel padre me contestó que acababan de prender al P. Bernardo de Saa, su vecino, por haber convertido á un hombre de una casta elevada; que lo habian conducido ante los jueces de un modo violento, de modo que á puñetazos le habian hecho saltar algunos dientes, y sus catequistas habian sido azotados á latigazos; que en todo el pais, la animadversion contra los cristianos era general, y que hallándose el mismo en inminente peligro de ser preso, no debia aconsejar que una persona estraña fuese á reunirse con él en tan desfavorables circunstancias. Mucho me afligió la persecucion de los cristianos; pero mayor pena me causó el que se me impidiera ir á tomar parte en sus sufrimientos.... Sin darme por vencido por una contestacion que parecia quitarme toda esperanza, escribí por segunda vez al P. Borghese.... Mi segunda carta afortunadamente fué á parar en poder del P. Bernardo de Saa, quien acababa de ser desterrado por la fé, despues de haber sido tratado cruelmente.... Hacia dos ó tres dias que se habia retirado á Camien-Naiken-Patti.... Viendo á un hombre determinado á probarlo y arrostrarlo todo, juzgó que era inútil hacerme ir á buscar léjos la entrada de una mision, á la puerta de la cual me encontraba, y que peligro por peligro, mas valia que corriese los del lugar á que se me destinaba, que los de otros en donde pereceria sin ningun provecho. Esto fué lo que me escribió, enviándome al propio tiempo sus catequistas para servirme de guias. La llegada de aquellos cristianos tan ansiosamente esperados, algunos de los cuales habian sufrido mucho por la verdadera religion, me causó una indecible alegría. Partí de Tutucurin sin tardanza.... y penetrando á la entrada de la noche en un bosque, me quité mi hábito ordinario de jesuita, para vestir el de los misioneros del Maduré. Llegamos un poco antes del amanecer á Camien-Naiken-Patti, donde nos aguardaba el P. Bernardo de Saa.... No podria deciros la ternura con que abrazé á un confesor de Jesucristo, que acababa de salir de la cárcel, donde habia sido maltratado por los enemigos del nombre cristiano, ni el consuelo que sentí en mi interior, tomando posesion de aquella tierra bendita, despues de tantos deseos, trabajos, fatigas y temores de que tal vez no podria llegar á ella. »

De Camien-Naiken-Patti, pasó el P. Martin á Aour, principal casa de la mision de Maduré, donde trabajó bajo la direccion del P. Bouchet El P. Maudit, enviado como el P. Martin al Maduré para preparar el establecimiento de la mision de Carnate, escribió con fecha de 29 de setiembre del año 1700, que habia llegado en el mes de diciembre del año anterior en hábito de sanniasi á Couttur, primera residencia de la mision del Maduré. « El P. Francisco Lainez, que se encontraba en ella, añade, me recibió con muestras de

la mas fina amistad. Difícil me seria poder espresar los dulces sentimientos que esperimenté en aquella santa casa, ni cuanto me edificó la vida penitente que llevaban en ella nuestros padres. Bauticé en Couttur mas de cien personas, y mas de ochocientas en Corali, que es otra residencia de esta mision. Quizás causará estrañeza, este gran número; pero no es nada en comparacion de lo que hace el P. Lainez en el Marawa, donde ha bautizado en seis meses á mas de cinco mil personas (1). No ha dependido de él ni de mi el que haya podido acompañarle en recojer una miés tan abundante; puesto que las órdenes que tenia me lo impedian. Ateniéndome á ellas, partí á principios del mes de junio del año 1700 para Cangiburam (capital del reino de Carnate), que está al norte de Pondichery, en donde me puse á trabajar apenas llegué.... Dos iglesias hay levantadas ya en honor del verdadero Dios, en el centro de una nacion sumergida en las mas profundas tinieblas de la infidelidad. En los tres meses y medio que me hallo en el pais, he tenido la dicha de bautizar á mas de ciento veinte personas. Juzgad por estos felices comienzos, lo que podremos hacer en lo sucesivo, con el ausilio divino, en una mision tan fecunda, si se nos envian los socorros que nos son indispensables; pero para ello son necesarios hombres de resolucion, y que puedan desempeñar bien su cargo; porque aquí deben tenerse muchos mas miramientos que en el Maduré, donde el cristianismo está hoy dia muy floreciente; y es preciso resignarse á sufrir muchas persecuciones, ya por parte de los gentiles, ya de otros, si no se obra con mucha cautela, y no se logra aplacar el mal humor de los grandes de este pais.» Como los franceses querian fundar una mision sólida, no tan solo en el reino de Carnate, sino además en los reinos vecinos, encargóse al P. Maudit que se informase atentamente del estado de aquellos paises, á fin de ver en que lugares seria mas conveniente establecerse, y aquel misionero emprendió al efecto un largo viage al oeste de Carnate, en el año 1701. El P. Tachard, superior de las misiones francesas de la Compañía de Jesus en las Indias orientales, habla así de Maudit: «Despues de haber salido de la mision de Maduré, donde habia aprendido el idioma y las costumbres del pais, se fué á Caruvepondi, donde cultivó un centenar de cristianos que habia bautizado durante su permanencia en aquel lugar. Este mismo padre habia hecho varios viages y descubrimientos en los paises vecinos, sobre todo hácia el noroeste, donde habia tenido ocasion de anunciar el Evangélio á diversos pueblos, y bautizar algunas personas. Durante aquellas escursiones apostólicas, echó los fundamentos de la iglesia de Tarkolan, en otro tiempo centro de la idólatría del Carnate, y de la iglesia de Punguenur, gran ciudad muy poblada, distante unas cincuenta leguas de Pondichery, donde tuvo la dicha de conferir el bautismo á mas de ochenta idólatras.» Luego añade el P. Tachard: «Habia obtenido de nuestro P. general, que el P. Bouchet, (incorporado á la mision de Aour) volviese á nuestra nueva mision francesa.... Apenas le hube manifestado la voluntad de nuestros superiores, se dispuso á dejar su mision, y á pesar de las lágrimas y ardientes súplicas de sus queridos neófitos, se puso en camino. Cuantas veces me acuerdo de aquella separacion, se me vienen las lágrimas á los ojos; no obstante, nos era necesario un hombre de su esperiencia y capacidad, para dar á la nueva mision de Carnate una forma conveniente á nuestros designios; esto es, á fin de que sus cimientos fuesen sólidos, y tambien eficaces los trabajos que se empleasen en ella en lo sucesivo para la salvacion de las almas. El P. Bouchet, trajo con él de Aour á otro misionero francés, el P. de La-Fontaine, que se habia formado á su lado; de modo que en el mes de marzo del año 1702 se hallaban reunidos tres misioneros en el reino de Carnate. El P. Bouchet fué nombrado superior de la nueva mision, y semejante eleccion no podia ser mas acertada. Establecióse

(1) Véase lo dicho al principio de este capítulo.

en Tarkolan, y habiendo dejado al P. Maudit en su iglesia de Caruvepondi, envió al P. La-Fontaine á Punguenur, en donde se habla la lengua *talanga*, que es tan diferente del malabar, como lo es el español del francés.» No tardó el P. Petit en reunirse con aquellos tres apóstoles. Uno de los *cramani* (gobernadores) de Tarkolan, propietario de un soto, cerca de la ciudad, lo habia dado al P. Bouchet para que edificase en él una casa y una iglesia; pero en el año 1703 se apoderaron de la capilla y de todo cuanto contenia; le quitaron las limosnas que recibia tanto para su manutencion, como para la de los demás padres y catequistas, y se le encarceló con estos, amenazándole con quemarle vivo. Iban á envolverle las manos con lienzo de algodon empapado en aceite, en el que querian pegar fuego, cuando Dios permitió que los jueces no adoptasen aquel violento suplicio. Presentaron varias veces hierros ardientes al misionero, para atormentarle; pero su dulzura, su ademan grave y modesto, parecia contener á los verdugos. Despues de haber permanecido encarcelado un mes, donde únicamente se alimentaba con un poco de leche, se le dió libertad con algunos otros cristianos compañeros de sus sufrimientos. El P. Maudit que tambien habia sido puesto á prueba, escribia: «He sido apaleado, escarnecido y atormentado con mis buenos catequistas; pero en fin, he podido salir con vida, y me hallo en estado de poder servir todavia á Dios, si mis pecados no me hacen indigno de esta merced; todo me lo han quitado y os ruego que me socorrais.» Fué preciso que los jesuitas de Pondichery vendiesen sus muebles y los instrumentos de matemáticas que les quedaban, para socorrer al pobre cautivo. Tambien el P. La-Fontaine sufrió los oprobios de los enemigos de la Cruz, porque los brahmas de Punguenur, airados por los progresos que le veian hacer, resolvieron arrojarle ignominiosamente de su capilla. Sedujeron á algunos neófitos de su casta para que le acusáran de hacer uso del vino en el sacrificio de la misa, lo que era tenido por aquellos pueblos como un crímen capital. Despues de haber sufrido muchas humillaciones y afrentas, cesó la persecucion, y el misionero trabajó todavía con mas fruto que antes en la conversion de los idólatras. El P. Tachard, á quien somos deudores de estos detalles, decia desde Pondichery en el año 1703: «Somos aquí cinco sacerdotes y dos hermanos de nuestra Compañía, y todos estamos muy ocupados. El P. de La-Breuille que ha vuelto de Carnate, enseña filosofía; el P. Dolu es cura de la parroquia de los malabares; el P. de La-Lane, que ha llegado últimamente, está estudiando los idiomas del pais para entrar en mision el próximo año; el P. Turpin trabaja con mucho fruto en la conversion de los gentiles de esta ciudad, y enseña la lengua latina á algunos jóvenes franceses y portugueses, que desean abrazar la carrera eclesiástica; y el hermano Moricet, enseña la lectura, escritura, aritmética y otras ciencias á los niños, á fin de que con el tiempo puedan ganarse la vida. Ponemos el mayor cuidado en educar la juventud, inspirándole el santo temor de Dios, quien se ha dignado bendecir este año nuestros trabajos, porque contamos mas de trescientas personas adultas bautizadas en nuestra iglesia. La ciudad de Pondichery, va tomando mucho vuelo; se cuentan al presente mas de trescientas mil almas, de las cuales solo hay todavía unos dos mil cristianos.» Añadia en la misma carta: «Los PP. Quenin, Papin y Baudré, están en el reino de Bengala muy ocupados.»

Cuando Luis XIV permitió á los jesuitas que ejercieran las funciones apostólicas en Pondichery, la administracion curial sobre la cual creian tener algunos derechos los capuchinos y los nuevos misioneros, fué entre ellos objeto de cuestiones, pero no tan graves como la de los ritos malabares. Los capuchinos prohibian severamente algunos usos, que, los jesuitas guiados por su deseo de facilitar á las almas el camino de la salvacion, creian poder tolerar; y los procuradores de la Congregacion de las Misiones Estrangeras, establecidos en Pon-

dichery, se mostraban tan opuestos como los capuchinos, á la práctica seguida por los hijos de San Ignacio. La Santa Sede haciéndose cargo de esta cuestion de ritos, tomó el partido de enviar un delegado á Oriente. Cárlos Tomás Maillard de Tournon, natural de Turin, hijo de una ilustre casa, educado en Roma en el colegio de la Propaganda, y revestido por Clemente IX de la dignidad de patriarca de Antioquía, fué nombrado en julio del año 1702 legado *ad latere*, con poder y comision de arreglar contradictoriamente los puntos en litigio. El patriarca pasó á España, donde debia aguardar un buque encargado de trasladarle á las Indias. Partió el 3 de mayo del año 1703, y llegó al 6 de noviembre á Pondichery. Los jesuitas salieron á recibirle á la playa y le acompañaron procesionalmente á la ciudad, procurando del modo mas cumplido satisfacer todas sus necesidades. « Apenas llegó á Pondichery, dice el P. Cahour, el visitador apostólico, cayó enfermo y no pudo examinar las cosas por sí mismo. ¿Quién se encargó del asunto? Dos jesuitas, superiores de la mision, y segun sus informes, dice, fueron redactados los reglamentos. Es preciso convenir que si en la mision de los jesuitas, los particulares no eran inocentes, los superiores al menos no estaban en connivencia, y que por consiguiente á la Compañía de Jesus poco debió importarle el reproche que al parecer se le hizo. Hé aquí las palabras testuales del legado. Despues de haber hablado de las misiones del Maduré, de Maissur y Carnate, fundadas por los obreros de la Compañía de Jesus, misiones, dice, en donde á pesar de las persecuciones de los idólatras y de todas las incomodidades de la vida, florece lozano el árbol del Evangelio, sin cesar bañado por los sudores de los misioneros, añade: « Hubiéramos ido á esas misiones, deseosos de participar tanto de sus fatigas como de sus satisfacciones, si una prolongada enfermedad no nos lo hubiese impedido. Pero lo que no hemos podido obtener inmediatamente por nosotros mismos, ha sido suplido felizmente en nombre nuestro y de la Santa Sede, por los PP. Bouchet, superior de la mision de Carnate, y Bartholdo misionero del Maduré, hombres eminentes por su doctrina y su celo por la propagacion de la fé. Perfectamente instruidos, por una larga permanencia, en las costumbres, idioma y religion de estas comarcas, nos han hecho conocer muchas cosas que hace estéril é infructífero el árbol del Evangelio, de modo que en la abundancia de nuestra alegría, hemos esperimentado muchas tribulaciones. En su consecuencia, despues de haberlo sometido todo á un maduro exámen, despues de haber oido de viva voz y por escrito á todos los misioneros, é implorado el ausilio divino con públicas rogativas, deseando conservar la fé en toda su pureza, con ventaja espiritual de los cristianos, hacer agradable á Dios la oblacion de los gentiles, y santificarla en el Espíritu Santo: hemos resuelto espedir el presente decreto, con la autoridad apostólica y el poder de legado *ad latere*. » Hé aquí pues á la Compañía de Jesus, noblemente representada en las Indias por sus gefes, inocente de los abusos que ella misma ha sufrido, ya sea que deban atribuirse á la falta de algunos de sus miembros, ó de algunos otros religiosos de una órden diferente, ya en fin que deban buscarse en el invencible obstáculo de las preocupaciones de los indios. » El P. Cahour parte de la hipótesis que los PP. Bouchet y Bartholdo, hubiesen declarado inficionados de supersticion los ritos malabares, como así está indicado en el decreto; pero resulta de la correspondencia de aquellos religiosos, que habria habido error sobre el sentido de varios informes que se habian dado al patriarca de Antioquía. Como quiera, el mandato del 23 de junio del año 1704 que probibió los ritos malabares, fué publicado por el patriarca el dia 11 de julio siguiente, dia en que partió para las Filipinas, desde donde se dirigió á la China. El legado dirigió al propio tiempo aquel decreto á Clemente IX, quien lo aprobó en congregacion del Santo Oficio, el dia 7 de junio del año 1706, añadiendo sin embargo

esta cláusula: «Hasta que la Santa Sede acuerde otra cosa, atendidas las observaciones, si se le hacen, de los que pretendiesen tener derecho á reclamar sobre el contenido de este decreto.» En efecto, se hicieron algunas reclamaciones. Formuláronlas de una parte el obispo de Meliapur y el arzobispo de Goa; y los jesuitas se conformaron, siguiendo el ejemplo de los ordinarios de los lugares, aguardando la decision ulterior de la Sede apostólica; de otra parte apeló el consejo superior de Pondichery, como de un abuso, del mandato del legado. Las discusiones fueron entonces sumamente acaloradas, dice el obispo de Hesebon; los sábios indios dieron á cada partido pruebas favorables á la opinion que una y otra parte habia abrazado, por manera que entonces mas que nunca era difícil encontrar la verdad en medio de las tinieblas, en que iban envueltas todas aquellas contradicciones.»

CAPÍTULO XVII.

Apostolado de los jesuitas, dominicos, franciscanos y de los sacerdotes de la Congregacion de las Misiones estrangeras en China.

Antes de continuar la historia del patriarca de Antioquía en China, debemos hacer mencion del primer establecimiento de los jesuitas franceses en aquel pais.

El P. Próspero Intorcetta pasó del Celeste Imperio á Europa en el año 1672 por asuntos de la mision, escribiéndole el P. Fontaney á su llegada que deseaba consagrarse á la evangelizacion de los chinos. El P. Fernando Verbiest, que conocia la vocacion de Fontaney, lo llamó diciéndole que le aguardaba con impaciencia en Pekin Cuando los cinco jesuitas franceses abandonaron á Nimpo, en virtud de la órden siguiente del emperador: «Vengan los jesuitas desde luego á mi córte: los que estén impuestos en las matemáticas se quedarán á mi lado, pudiendo dirigirse los demás á las provincias que quieran,» tuvo Fontaney el consuelo de ver en Hang-tcheu al P. Intorcetta, que era entonces vice-provincial de la Compañía; pero no halló en la capital al P. Verbiest, cuyas relaciones debian abrirle el camino de Tche-kiang «No llegamos á Pekin hasta el dia 7 de febrero del año 1688, dice.... Nuestros PP. estaban sumidos en un vivo dolor por la muerte del P. Fernando Verbiest, acontecida diez dias antes, á consecuencia de la languidez que estaba sufriendo hacia ya algunos años. Mucho habríamos deseado poder consultar al hombre eminente que era con razon considerado por todos los cristianos de China como padre y restaurador de la religion en su pais; pero Dios nos habia dispensado ya bastantes gracias, y hora era ya de que sufriésemos algun contratiempo. El P. Gerbillon, contando con sus propias fuerzas, pidió que se le destinase á los últimos confines de la provincia de Chen-si, antigua iglesia del siervo de Dios Estéban Faber, cuya mision era la mas penosa del imperio, y la mas privada de todo consuelo humano El P. Bouvet deseaba pasar al Leao-ton (Corea) y á la Tartaria oriental, donde no se habia predicado aun el Evangelio; los demás misioneros no habian tomado aun resolucion alguna. Entretanto, permanecíamos en la casa de nuestros PP. en Pekin, donde hallé al P. Antonio Thomás, religioso que habia conocido en Paris, cuando iba á dirigirse á la China; y al que procuré consolar un tanto, al ver el profundo dolor que le causaba la muerte del P. Verbiest, su íntimo amigo. Díjonos aquel religioso que nos dispusiésemos á sufrir con paciencia las penas que nos estaban reservadas, añadiendo que cada misionero debia apropiarse estas palabras de S. Pablo: «Todos los que quieran vivir en la piedad, segun Jesucristo, serán perseguidos (1)» Lo propio, á corta diferencia, me escribia en aquella época desde Macao el P. José Tisannier, escelente religioso, que habia sido provincial y visitador de la mision. No nos intimidaron aquellas observaciones en lo mas mínimo,

(1) *Omnes qui pii volunt vivere in Christo Jesu persecutionem patientur.* (Tim. 3, 12.)

porque solo se nos prometia alcanzar aquello mismo de que íbamos en busca. Las honras fúnebres del P. Verbiest, se verificaron el 11 de marzo de 1688, observándose en ellas el órden siguiente: los mandarines que el emperador envió para honrar debidamente la memoria del ilustre finado, se dirigieron á la cabeza del cortejo fúnebre á la sala en que estaba el cadáver. Son los ataudes en China muy grandes, y de una madera que tiene tres ó cuatro pulgadas de espesor; están herméticamente cerrados para impedir que entre en ellos el aire. Se llevó el del P. Verbiest en andas hasta la calle, y se le colocó en una especie de coche fúnebre, en forma de cúpula, ricamente adornado y cubierto de seda blanca, (cuyo color es en China de luto); el superior y todos los jesuitas de Pekin se arrodillaron ante el féretro al estar en la calle, é hicimos tres profundas reverencias, mientras que los cristianos que estaban presentes prorumpian en amargo llanto, y lanzaban gritos capaces de enternecer el corazon mas empedernido. Rompió la marcha el fúnebre cortejo, precedido de varios hombres que llevaban en alto una especie de cuadro que tenia veinte y cinco piés de altura y cuatro de ancho, en cuyo centro se leia el nombre del P. Verbiest en letras de oro. Seguia luego una música china, y tras ella una porcion de hombres llevando banderas de diferentes colores, siguiendo en pos la cruz, colocada en un gran nicho con columnas cubiertas de seda; y por último, seguian los cristianos de dos en dos con cirios, recorriendo las vastas calles de Pekin con una modestia que admiraba á los infieles. Cerraban la comitiva un cuadro del ángel custodio y un retrato del P. Verbiest, en el que se hacia mencion de todos los cargos que le habian sido confiados por el emperador. De vez en cuando exhalábamos hondos suspiros, para demostrar, segun la costumbre del pais, el vivo dolor de que estábamos poseidos. Los mandarines que el emperador enviára para honrar la memoria del ilustre misionero, seguian á caballo tras el coche fúnebre; el primero de ellos era el padre político del emperador, el segundo su capitan de guardias, el tercero uno de sus gentiles-hombres y los restantes de menos categoría. Por último, cerraban aquella numerosa comitiva cincuenta ginetes perfectamente vestidos. Todas las calles que habíamos de recorrer estaban atestadas de gente que nos contemplaba sin proferir ni una palabra, sin hacer ni un movimiento siquiera, tal era el respeto que le infundia nuestro dolor. Tenemos el cementerio fuera de la ciudad, en un jardin que uno de los últimos emperadores cedió á los misioneros de la Compañía; al llegar á su puerta, nos arrodillamos ante el féretro en medio del camino y repetimos las mismas inclinaciones ó profundas reverencias que habiamos hecho antes, y empezó de nuevo el llanto de todos los espectadores. Junto á la sepultura que iba á recibir el cuerpo del P. Verbiest, habia sido dispuesto un altar, en el que hizo el P. Superior las preces de costumbre. Al colocar el cuerpo del misionero en su sepultura, prorumpió la multitud en tales gritos, que ninguno de nosotros pudo contener las lágrimas. Colocóse á algunos pasos de la sepultura una lápida de mármol blanco, en la que constaba en chino y en latin, el nombre, la edad y el pais del difunto, el año de su muerte y el tiempo que habia vivido en China. La tumba del P. Mateo Ricci es la primera que se encuentra al entrar, para demostrar sin duda que es el fundador de aquella mision; el P. Schall, tiene una sepultura verdaderamente régia, que le hizo construir el emperador actual algunos años despues de su muerte, cuando fué rehabilitada la memoria de aquel grande hombre.

El tribunal de ritos era el que estaba encargado de presentarnos al emperador, por haber sido el que recibió la órden de llamarnos á la córte. Despues de los funerales del P. Verbiest, esto es, cuando nos fué permitido salir, segun la costumbre de los chinos, nos vimos obligados á acudir á aquel temible tribunal, ante el cual se presentaban algunos años antes los misioneros cargados de cadenas. Re-

cibiéronnos en él los mandarines con bastante consideracion, obligándonos á sentarnos á su lado; cuando el primer presidente recibió la órden del emperador, que fué al poco tiempo de nuestra llegada, nos dijo que el príncipe deseaba vernos al dia siguiente, y que debíamos serle presentados por nuestro superior. El dia 21 de marzo del año 1688, tuvimos pues la honra de saludar al emperador; despues de habernos acojido bondadosamente, y de habernos reprendido con dulzura por no querer permanecer todos nosotros en su córte, nos dijo aquel gran príncipe que se quedaria á los PP. Gerbillon y Bouvet, permitiendo á los demás que fuesen á predicar nuestra santa religion en las provincias de su imperio. Luego nos hizo servir el té y nos entregó cien doblones, cuyo regalo pareció á los chinos estraordinario, por ser aquella una liberalidad poco comun entre ellos. Terminada nuestra visita, solo pensamos los PP. Le-Comte, Visdelou y yo en separarnos, á fin de que pudiese cada cual dedicarse á la evangelizacion de las provincias infieles que teniamos designadas; el P. Visdelou se quedó en la de Chan-si, donde dió comienzo á aquellas largas correrías evangélicas, en las que logró salvar tantas almas, y al estudio de la lengua china, en la que hizo tantos progresos. El P. Le-Comte se dirigió á la provincia de Chen-si, en la que estuvo durante dos años ocupado en evangelizar aquellos pueblos; vése en las *Memorias* que publicó, una parte de las bendiciones que dispensó el cielo á sus trabajos apostólicos. A mí se me destinó á Nanking, donde permanecí dos años, yendo á visitar la famosa cristiandad de Cham-hai, que distaba ocho jornadas. Debe su orígen aquella floreciente iglesia á la conversion del Dr. Pablo, quien llegó por su talento y virtud á la dignidad de kolao en tiempo del P. Ricci; durante mi permanencia en Cham-hai, visité repetidas veces el sepulcro del P. Jacobo Le-Favre, misionero ilustre por su virtud y su saber. Fué hijo de un consejero del parlamento de Paris, y estaba de catedrático de teología en la universidad de Bourges, cuando Dios le llamó á las misiones de la China, en la que se dedicó por espacio de muchos años á la salvacion de las almas, muriendo al fin en olor de santidad. El virtuoso P. Gabiani fué mi compañero en la mision de Nanking, y cuyo celo y prevision me sirvieron de mucho; permanecian con nosotros en aquella ciudad el Ilmo. Lopez, obispo de Basilea, y su vicario el P. Juan Francisco de Leonisa, religioso de la órden franciscana. Luego vinieron tambien á ella el obispo de Argolis, franciscano, y el P. Basilio de Glemona, quienes permanecieron á nuestro lado por espacio de un año. Lejos de ser escesivos los elogios que me habian sido hechos acerca de aquellos prelados, ví, por el contrario, que estaban aun muy lejos de corresponder á la virtud y á las demás cualidades que les adornaban. La dulzura de su carácter hacia que fuese su administracion querida y respetada; como solo procuraban el interés de la mision, lo que era tambien nuestro principal objeto, nos manifestaron desde luego aquel vivo afecto y simpatía que siempre profesaron á todos los jesuitas franceses, como lo atestiguan las diferentes cartas que en su favor escribieron al Papa y á la sagrada Congregacion. A principios del año 1689, recorrió el emperador las provincias del Mediodía, teniendo que visitarle diariamente mientras permaneció en Nanking dándonos repetidas pruebas de afecto y consideracion á la vista de la córte y de los primeros mandarines de las provincias vecinas. Salió el rey de Nanking el dia 22 de marzo en direccion á su capital; y como debíamos acompañarle, formamos parte de su comitiva hasta la distancia de treinta leguas; al vernos á orillas de un rio, hizo dirigir su canoa hácia nosotros, y quiso que llevase esta á remolque nuestra barquilla. Estaba entonces el emperador leyendo nuestro cheou-puen, ó sea la esposicion que le habíamos elevado en señal de gratitud, insiguiendo la costumbre del pais; estaba escrita en caractéres casi imperceptibles; porque cuanto mayor es en China la categoría de la persona á quien se escribe,

mas pequeña debe ser la letra. Sobre todo en aquella última visita, nos trató el emperador con muchísima familiaridad: hasta quiso compartir con nosotros una parte de las provisiones que le estaban destinadas.

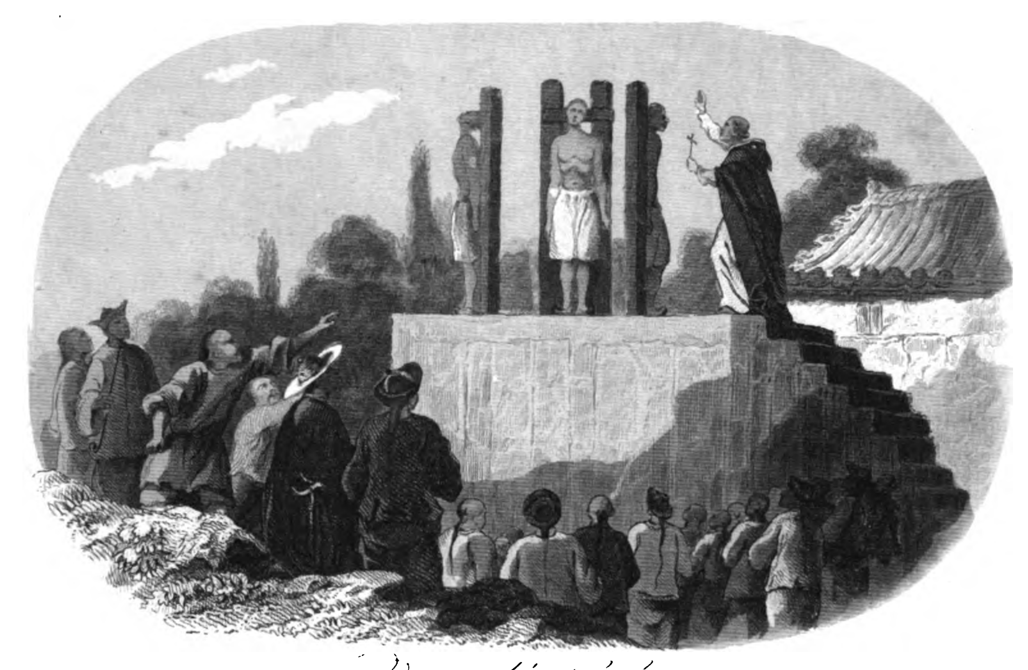
Entretanto, estaban los PP. Gerbillon y Bouvet en Pekin constantemente ocupados; y asi como los PP. Pereyra y Thomás estaban obligados, desde la muerte del P. Verbiest, á asistir diariamente á palacio y á cuidar del tribunal de matemáticas, debian los PP. franceses atender á toda la comunion de fieles que habia en aquella gran capital. El emperador, que habia tenido con ellos varias conversaciones antes de emprender su viage, aconsejó á entrambos que aprendiesen la lengua tártara, á fin de que les pudiese comprender mejor, procurándoles al efecto los maestros necesarios. Tratóse en aquella época de hacer un tratado de paz con los moscovitas, lo que nos admiró en gran manera, por no haber creido nunca que una nacion tan inmediata á la nuestra estuviese en guerra con los chinos; pero ya no nos sorprendió tanto al saber, que se habian abierto los rusos un camino desde Moscou que llegaba á trescientas leguas de la China. Los *czares de* Moscovia enviaron sus plenipotenciarios á Nipchou; y el emperador envió también embajadores junto con los PP. Pereyra y Gerbillon, que debian servirles de intérpretes. Para demostrar el afecto que el emperador profesaba á los dos jesuitas, les regaló dos de sus vestidos, y quiso que se sentaran con los mandarines de segundo órden; pero como llevaban estos en el cuello una especie de rosario, que es el distintivo de su dignidad, y el cual no está exento de supersticion, permitióse á los jesuitas que se pusiesen al cuello su propio rosario, en vez del de los mandarines, á fin de que pudiesen ser por aquel medio mas fácilmente conocidos. Preséntanse ciertas circunstancias en que sirve mucho á los misioneros el conocimiento de la sociedad, ó mejor, del corazon humano, como sucedió al P. Gerbillon en la época que vamos á referir: Versado un tanto en Francia en la política, y en todos los asuntos concernientes á ella, tuvo la dicha de conciliar á los chinos y á los moscovitas. El príncipe Sosan, gefe de la embajada, agradeció en gran manera á los misioneros el triunfo que le procuraron en su difícil mision, asegurándoles que podian contar siempre con su apoyo. El P. Gerbillon aprovechó entonces aquella feliz circunstancia para manifestarle nuestras intenciones. «Ya sabeis, príncipe, lo que nos ha obligado á dejar todo cuanto tenemos de mas querido en nuestra Europa para venir á este pais: todos nuestros deseos consisten en dar á conocer á Dios y hacer observar su santa ley. Pero lo que nos desconsuela es que los últimos edictos prohiben á los chinos abrazarla; así pues, os suplicamos, ya que tan bueno sois, que hagais queden sin efecto aquellas disposiciones: el favor que os pedimos tiene á nuestros ojos mucho mas precio que todos los honores y riquezas de que nos podeis colmar, por ser la salvacion de las almas el único bien á que hemos aspirado siempre.» Conmovido el príncipe, nos ofreció su proteccion, y cumplió religiosamente su palabra, cuando algunos años mas tarde se acudió á él para pedir al emperador que permitiese predicar la religion cristiana en sus estados.»

Khang-hi, que habia recibido anteriormente lecciones del P. Verbiest, continuó estudiando las ciencias de Europa bajo la direccion de los jesuitas. «Dedicóse con preferencia, dice Fontaney, á la aritmética, los elementos de Euclides, la geometría práctica y la filosofía; y sobre cuyas materias recibieron los PP. Thomás, Gerbillon y Bouvet la órden de escribir diferentes tratados en lengua tártara. Era tan clara la esplicacion que hacian de aquellas materias en sus respectivos tratados, que en breve llegó á comprender el emperador nuestras ciencias, que continuó cultivando con ardor creciente. Todos los dias iban los jesuitas á palacio, y pasaban dos horas por la mañana y dos por la tarde en compañía del emperador, quien les hacia sentar siempre á su lado á fin de poder aprovechar mejor sus leccio-

nos. Cuando estaba en el real sitio de Tchan-tchan-yuen, situado á dos leguas de Pekin, tenian á sí mismo los jesuitas la obligacion de enseñarle, por no poder quedar su instruccion interrumpida ni un solo dia; no obstante de ser aquel trabajo para los jesuitas sumamente pesado, lo hacian con el mayor gusto, solo por complacer al emperador, y poder por aquel medio fomentar mas fácilmente la religion cristiana. Por espacio de cuatro ó cinco años, continuó el emperador sus estudios con la misma asiduidad; cuantas veces los cortesanos le felicitaban por sus adelantos, les decia que eran estos debidos á la exactitud de las ciencias de Europa y al talento y buen método de los jesuitas que se las enseñaban.» De aquel modo el emperador pasaba el tiempo ocupado, y vivia con los jesuitas en una especie de familiaridad poco comun en los príncipes chinos, cuando la persecucion suscitada en la capital de Hang-tcheu, inclinó el ánimo del monarca en favor del cristianismo.

Pedro de Alcalá (1), que fué uno de los primeros perseguidos, era el que buscaba con mas empeño la palma del martirio, en la propagacion de las doctrinas evangélicas: el cielo atendió al fin á sus ardientes votos. Apenas hubo recibido órdenes sagradas, pidió Alcalá con humildad ser destinado á Filipinas, llegando á Manila en el mes de agosto del año 1666; despues de haber evangelizado por espacio de catorce años aquel archipiélago, en el que obró grandes conversiones, por hablar perfectamente los dialectos de aquellos varios pueblos, fué llamado de nuevo á Filipinas. La amabilidad de su carácter, la santidad de su vida, y sobre todo, su incansable afán en procurar á los naturales todos los ausilios espirituales, le grangearon el aprecio de todos aquellos sencillos pueblos. Como iba Alcalá á todas horas en busca de los desgraciados, sin pensar en su salud ni en su seguridad, vióse en cierta ocasion á punto de ser devorado por un enorme cocodrilo, mónstruo terrible del que es difícil librarse, tanto por la velocidad con que acomete, como por el asombro que causa su vista. Dios, empero, veló en aquel momento terrible por la seguridad de su siervo. La gratitud hizo renovar en Pedro de Alcalá el voto que habia hecho de trabajar por la gloria de Dios hasta su muerte; así que, pidió varias veces ser destinado á China, pero nunca se habia accedido á sus instancias, por considerarse necesaria su presencia en Filipinas. Por último; al ver sus superiores la abundante cosecha que ofrecia al Celeste Imperio, creyeron oponerse á los designios de Dios, por tener ya bastantes misioneros en el archipiélago, y permitieron en el año 1680 á Pedro de Alcalá, que se dirigiese á las regiones que habian sido constante objeto de sus mas vehementes deseos. El P. Juan de Polanco, profeso del convento de Valladolid, bajo cuya direccion habia salido de España catorce años antes, y que despues de haber trabajado con provecho en China, habia ido á buscar en Europa una nueva cohorte evangélica, estaba de regreso en compañía de los PP. Alcade del Rosario, Pedro de Alarcon y Alfonso de Córdoba. Embarcóse con ellos Pedro de Alcalá, para penetrar en el Celeste Imperio por la isla de Formosa, situada á treinta y cuatro leguas de la provincia de Fo-kien, obligándoles los vientos contrarios á estar veinte y cuatro dias en un trayecto que se hacia regularmente en ocho. Aunque el gobernador de la isla no parecia estar muy dispuesto á reconocer las verdades del Evangelio, no pudo menos que admirar el desinterés y la vida penitente de aquellos estrangeros, que procedentes de remotas tierras, no habian reparado siquiera en esponerse á tantos peligros y fatigas, al único objeto de dar á cono-

(1) Nació aquel religioso en Granada el año 1641, donde abrazó desde su mas temprana edad la Orden de predicadores. Como se sintiese inclinado á la carrera del apostolado, se dedicó con preferencia á la predicacion, llegando á ser en breve uno de los primeros oradores de su tiempo. Cuando le llamó Dios mas tarde á evangelizar las remotas regiones de otro mundo, partió el esforzado campeon de la fé con algunos otros de sus compañeros á donde su vocacion le llamaba; mereciendo por su virtud, su celo y su talento ser Pedro de Alcalá considerado siempre como uno de los mas ardientes apóstoles. (Nota del Trad.)



Pierre d'Alcala

Pietro d'Alcala Pedro de Alcala

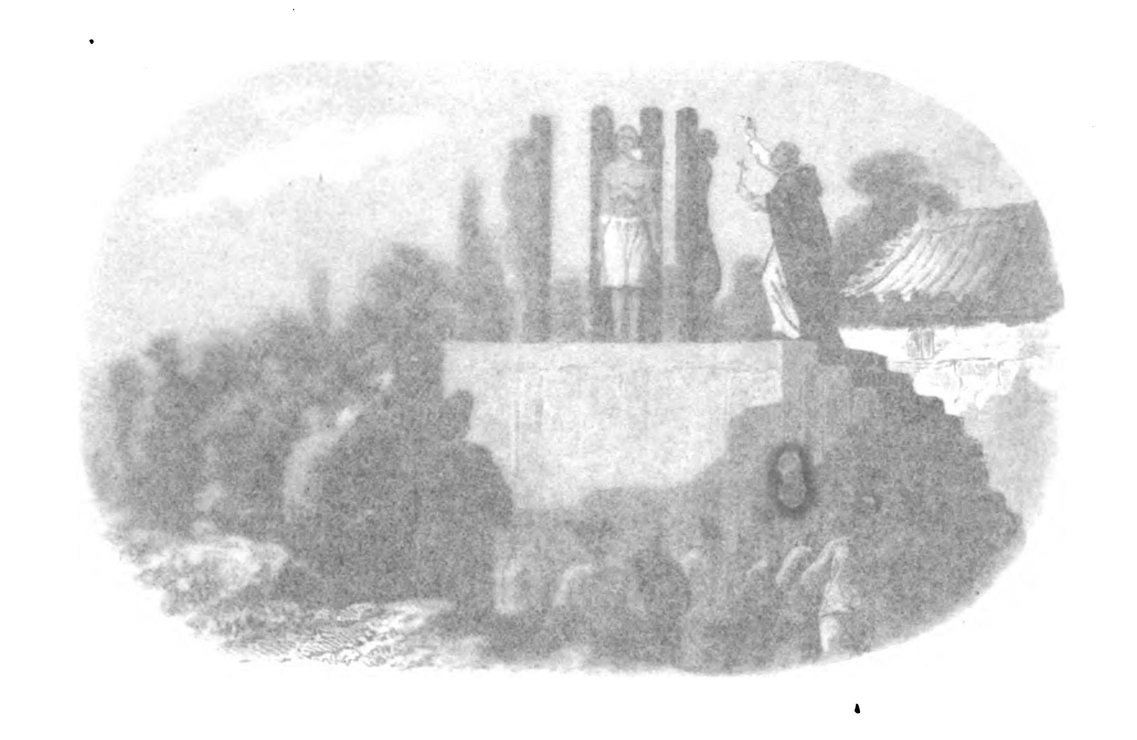


Nanking.

Nanking Nanking

[illegible] Dios [illegible] presentaban [illegible] al fin [illegible] el bautismo. Como [illegible] el gobernador [illegible] de Formosa que se [illegible] las tropas disponibles [illegible] su ausilio para ayudarle a [illegible] los tártaros, se vieron los [illegible] de los soldados que les [illegible] entregarse con mas [illegible] apostólicas. En breve aumentó [illegible] el número de fieles [illegible] pueblo en pueblo á anunciar [illegible], siendo [illegible] los frutos [illegible] recogia en todas partes. [illegible] en las afueras de un [illegible], en el que habia tres [illegible] pies y manos que [illegible]. Hacia ya muchos dias que [illegible] aquel horrendo [illegible] vida les hacia [illegible] angustias de la muerte; [illegible] del cadalso, [illegible] con sus [illegible] la [illegible] desgraciados. El celoso misionero, [illegible] consultar mas que su caridad ardiente, [illegible] decididamente al cadalso, confunde sus [illegible] con los de los tres criminales, y despues de haber calmado sus angustias con los [illegible] cuidados que la compasion sugiere, les promete en nombre de Dios el perdon de sus culpas y una recompensa eterna, si arre-

[illegible] Fo kien [illegible] por él en la nueva ley [illegible] Cristo, [illegible] como padre, le [illegible] y le veneraban como [illegible] inesperada [illegible] la confian[illegible] el misionero [illegible] fueron [illegible] La [illegible]





cer el verdadero Dios, y hacer seguir á los hombres el camino de la salvacion. La curiosidad atrajo á los isleños al lado de los dominicos, cuya predicacion habria sido muy fecunda, si los sacerdotes de los ídolos no hubiesen logrado convencer al gobierno de que eran los religiosos unos hechiceros, que con la mágica influencia de sus discursos, obligarian al pueblo á hacerse cristiano. Desde entonces se les nombró una guardia para vigilarles, sin que por ello se impidiese á la gente que fuese á verles y á oir su palabra. Algunos chinos convertidos, presentaban casi diariamente á los misioneros algunos idólatras, muchos de los cuales llegaron al fin á creer en Jesucristo y á recibir el bautismo. Como recibiese en aquella época el gobierno una órden del virey del Fo-kien, previniendo al gobernador de la isla de Formosa que se pusiese al frente de todas las tropas disponibles, y que acudiese en su ausilio para ayudarle á sacudir el yugo de los tártaros, se vieron los misioneros libres de los soldados que les custodiaban, y pudieron entregarse con mas desahogo á *sus* tareas apostólicas. En breve aumentó considerablemente el número de fieles; Pedro de Alcalá iba de pueblo en pueblo á anunciar la palabra divina, siendo inmensos los frutos de salvacion que recogia en todas partes. Cierto dia vió en las afueras de un pueblo un cadalso levantado, en el que habia tres chinos clavados de piés y manos que arrojaban espantosos gritos. Hacia ya muchos dias que estaban sufriendo aquel horrendo suplicio que, sin quitarles la vida les hacia sufrir todos los dolores y angustias de la muerte; agrupados los idólatras en derredor del cadalso, acababan de aumentar con sus insultos la desesperacion de aquellos desgraciados. El celoso misionero, sin consultar mas que su caridad ardiente, sube decididamente al cadalso, confunde sus lágrimas con las de los tres criminales, y despues de haber calmado sus angustias con los asiduos cuidados que la compasion sugiere, les promete en nombre de Dios el perdon de sus faltas y una recompensa eterna, si arrepentidos de sus pecados se someten á las órdenes de la Providencia, y mueren como cristianos. La gracia de que estaba animado Pedro de Alcalá, predispuso el corazon de los tres chinos, quienes pidieron humildemente el bautismo, cuya agua purísima les regeneró antes de espirar. (Pl. CXIII, n.° 1.) El regreso del gobernador á la isla de Formosa, impidió á los dominicos el continuar su mision con la libertad de que gozaban durante su ausencia; quizás habian obrado ya en ella durante los seis meses de su libre ejercicio, todo cuanto se habia dignado Dios conceder á su ministerio. De todos modos, es lo cierto que prosiguieron los misioneros su viage hasta llegar al continente de China, para proseguir en él la obra santa que se habian visto obligados á interrumpir en la isla de Formosa. A su llegada, se retiró Pedro de Alcalá al lado de los religiosos de su órden, en la provincia de Fo-kien; tan pronto como poseyó la lengua del pais y supo los usos y costumbres de los naturales, se dirigió solo á la provincia de Tche-kiang, en la que estuvo por espacio de veinte y seis años, ó mejor mientras vivió, ejerciendo las funciones del apostolado. La comunion de fieles que formó en aquella provincia, y particularmente en la ciudad de Lan-ki, en la que fijó Alcalá su residencia, llegó á ser casi tan numerosa y floreciente como la de la provincia de Fo-kien Todos los que fueron iniciados por él en la nueva ley de Jesucristo, le honraban como padre, le escuchaban como su doctor y le veneraban como santo. Una circunstancia inesperada contribuyó á aumentar aun la confianza y el aprecio de que era objeto el misionero. Vióse la ciudad de Lan-ki repentinamente inundada, siendo muchas las personas que murieron ahogadas, y las casas que fueron derribadas por la impetuosidad del agua. La en que vivia el P. de Alcalá, á pesar de estar espuesta al mismo peligro, por no ser mas sólida que las demás, fué el refugio de todos los cristianos de la vecindad, por creerse únicamente seguros al lado del ministro de Jesucristo. Todas las casas inmediatas habian

sido arrastradas ya por la corriente, y continuaba sin embargo el agua cayendo á torrentes, como si hubiese querido tambien destruir la única que quedaba en pié en toda la calle; viendo el misionero pintada la ansiedad en todos los semblantes, se puso en oracion hasta que cesó enteramente la lluvia. Por lo general, se atribuyó á la eficácia de sus oraciones la salvacion de todos sus vecinos. Algun tiempo despues, fué nombrado el P. Alcalá vice-provincial de los dominicos de China, cuya eleccion le fué muy sensible, no solo por el temor que le causaban los títulos y honores, si que tambien por obligarlo á separarse de su mision querida, y á fijar su residencia en el Fo-kien, punto en que debian vivir los superiores de la órden. Apenas hubieron trascurrido los tres años que debia durar el desempeño de su cargo, cuando volvió á reunirse con sus hijos espirituales en la provincia de Tche-kiang. Pronto, muy pronto fué á turbar su gozo las persecucion, motivada por circunstancias, sobre las que no están muy acordes los autores de aquella época, puesto que todos ellos las atribuyen á causas distintas. Segun unos, persiguió el virey á los cristianos con motivo de una casa que poseia el P. Alcalá, en la que vivian los misioneros y los catequistas; mientras que creen otros, procedia de haber hecho publicar el emperador Chun-tche diez y seis artículos para la instruccion de aquellos pueblos, en el último de los cuales prohibia abrazar ninguna falsa religion, imponiendo una pena al que se dejase alucinar por máximas perniciosas. El gobernador de Lin-gan puso al cristianismo en el número de las falsas religiones, añadiendo que « era una secta que tendia á la revuelta, tanto como cualquiera otra de las mas descabelladas que se conocian en China.» Si bien el P. Verbiest, que gozaba de gran favor en la córte, obtuvo que se diera en el año 1687 un edicto, previniendo que quedára sin efecto aquel artículo, no por esto se borró aquel acuerdo en la provincia de Lin-gan. El jesuita Intorcetta, fundado en aquel edicto, acudió en contra del gobernador al virey de Tche-king, quien encargó al misionero que desistiese de su proyecto, y que dejase á su cuidado el arreglo de aquel asunto; pero como considerase el religioso que podia resultar de aquella falta de cumplimiento un perjuicio para la religion, se negó á acceder al deseo del virey. Resentido éste, escribió al gobernador remitiéndole al propio tiempo la acusacion que el jesuita presentó contra él. Animado el gobernador del deseo de vengarse, indujo al virey á que se declarase contra los cristianos. Diéronse inmediatamente órdenes contrarias á la fé, y procedióse desde luego al derribo de muchas iglesias; persuadidos los idólatras de que lograrian la proteccion del virey declarándose contra los cristianos, les hicieron sentir todo el peso de su mortal ódio. Por mas que ni el P. de Alcalá ni los otros dominicos no tuviesen ninguna parte en lo que motivó aquella persecucion, habian hecho demasiado en favor de la religion para que dejasen los gentiles de perseguirles cruelmente.

Sin embargo, nadie fué tan perseguido como el jesuita Intorcetta; véase lo que dice con este motivo el historiador Le Gobien: « Era aquel religioso un venerable anciano de sesenta y cinco años, que habia encanecido en el ejercicio del apostolado; hasta los mismos paganos le miraban con cierto respeto. Entre las muchas virtudes que le adornaban, se veian brillar un celo ardiente y un esfuerzo heróico que le impulsaban á emprenderlo todo para la mayor gloria de Jesucristo y de su iglesia. Habiéndosele procesado en 12 de setiembre del año 1691, contestó á todos los interrogatorios con una presencia de ánimo y una serenidad imperturbables: dijo que habia entrado en el imperio el año 1657 con el P. Verbiest; que habia permanecido algun tiempo en la provincia de Kiang-si; pero que habiendo tenido que cumplir con los últimos deberes cerca del P. Humberto Augery, su primo, encargado de dirigir la iglesia de Hang-tcheu, se habia dirigido á aquella provincia; y que despues de la muerte de Humberto, se

habia quedado en ella para guiar á los fieles. ¿No presenciasteis vos mismo, dijo, dirigiéndose al mandarin, lo que sucedió hace algunos años cuando el emperador recorrió estas provincias, en cierta ocasion que se paseaba por el delicioso lago cuyas aguas bañan los muros de esta ciudad? ¿No os acordais de que envió el príncipe ricos presentes á mi iglesia, por medio de los gentiles-hombres de su séquito, que vinieron á adorar al verdadero Dios?» Se procuró calmar la persecucion, haciendo que el príncipe de Sosan escribiese al virey, con lo que solo se logró salvar la vida de Intorcetta; puesto que los misioneros y todos los fieles continuaron sufriendo los mayores insultos. El médico Tchin-ta-sen, una de las mas fuertes columnas de la nueva iglesia de Hang-tcheu, fué condenado á recibir cien palos, y á ser espuesto en público con la canga ó cadena al cuello. Con gran asombro de los mandarines, se presentó al médico un jóven cristiano, ahijado suyo, y se ofreció á recibir por él los palos á que se le habia condenado. El médico, despues de abrazarle le dijo: «Son estos momentos tan preciosos para mí, y me considero tan feliz al ver que se me juzga digno de sufrir algo por Jesucristo, mi divino Maestro, que por nada renunciaria á la dicha que me está reservada.» Cuando al dia siguiente se presentó de nuevo el jóven cristiano para reiterar su demanda, vió ya todo ensangrentado el cuerpo del mártir, de resultas de los golpes que acababa de recibir, y que brillaba en su semblante la dicha mas pura. «No me compadezcais por lo que he sufrido, decia á los que querian consolarle; compadecedme mas bien por no haber tenido la dicha de morir por mi Dios.» En cuanto al dominico Pedro de Alcalá, declararon hasta los mismos testigos infieles, que habian notado siempre en aquel religioso costumbres purísimas, una vida ejemplar, y vístole siempre animado del deseo de hacer bien; sin embargo, no por ello dejó de sufrir el confesor de Jesucristo en gran manera. Por último, se le desterró á Canton, y se procuró destruir en su ausencia todo el bien que habia hecho en aquel pais por espacio de tantos años.

Los PP. de Pekin, dice Fontaney, tenian copia de todas las actas y procedimientos que se habian formado de órden del virey; y como viesen al fin que la persecucion no cesaba, resolvieron recurrir á la clemencia del emperador, presentándole todas las copias que obraban en su poder. El príncipe, que les queria mucho, les escuchó con benevolencia, prometiéndoles acabar con aquella persecucion, con solo prevenir al virey que dejase libre á Intorcetta y á los demás cristianos. «Pero esto será nunca acabar, contestaron respetuosamente los misioneros, si V. M. no procura cortar el mal de raiz; porque si ahora que podemos acercarnos diariamente á vuestra real persona, y que nos colmais de beneficios, se continua vejando en las provincias á nuestros hermanos, ¿qué no deberémos temer el dia que nos veamos privados de la honra que se nos dispensa ahora?» Entonces prometió el emperador que los tribunales arreglarian solemnemente aquel negocio: pero que debian los religiosos presentarle una instancia motivada pidiendo la decision de los tribunales. Despues de haber examinado el emperador detenidamente la peticion presentada, advirtió á los religiosos que no estaba bastante fundada para obtener lo que ellos deseaban; y por un esceso de condescendencia, les dió el mismo emperador la solicitud que debia serle presentada, para que fuese decretada favorablemente. Los PP. Pereyra y Thomás fueron los encargados de presentarla públicamente el primer dia que se dió audiencia; y el emperador, como si nada supiese, la entregó, como las demás, al tribunal de los ritos para que la examináran, y le diesen luego cuenta. Despues de haber citado los mandarines todos los edictos que habian sido dados anteriormente contra el cristianismo, así como tambien las recientes disposiciones dadas durante la menor edad del soberano, dijeron que no debia permitirse en China el ejercicio de la religion

cristiana. Poco satisfecho el emperador al saber su decision, la rechazó mandando examinar nuevamente la instancia que les habia sido presentada; sin que fuese mas favorable á la religion cristiana su segundo dictámen. Viendo entonces el emperador que nada podria conseguir por medio de los tribunales, tomó el partido de adoptar la decision dada por el tribunal de ritos, la cual consistia en permitir al P. Intorcetta que continuase permaneciendo en Hang-tcheu, y que únicamente los europeos pudiesen profesar la religion cristiana. Fué aquella noticia para los jesuitas un golpe terrible; al ver el emperador su consternacion se sintió vivamente afectado. « Somos, decian á cuantos intentaban consolarles, como aquellos infelices que tienen siempre á la vista los cadáveres de sus padres. » Tal es la frase que impresionó mas vivamente á los chinos. El emperador les propuso enviar á algunos de ellos á las provincias con importantes cargos para demostrar públicamente el aprecio que le merecian; pero como viese que lejos de disminuir su tristeza iba siempre en aumento, llamó al príncipe Sosan, á fin de consultarle acerca de lo que debia hacerse para contentar á los misioneros. Aquel ministro celoso se acordó entonces de la palabra que habia dado en otro tiempo al P. Gerbillon en Nipchou; y despues de manifestar al emperador que despreciaban los religiosos todos los honores y riquezas de que pudiese colmárseles, le dijo que solo lograria halagarles permitiéndoles que predicasen su ley en todo el imperio. « Pero, ¿cómo queréis que les complazca con lo que me pedís, cuando se obstinan los tribunales en no querer reconocer su ley? » — « Señor, le contestó el príncipe, preciso es darles á conocer que sois vos el gefe del estado: si me lo permitís, hoy mismo me veré con los mandarines, á los que hablaré con tanta energía, que ninguno de ellos osará oponerse á los deseos de V. M. » Los mandarines tártaros fueron los primeros en aprobar las razones enérgicas del príncipe; adhiriéndose así mismo despues á ellas todos los mandarines chinos. Fueron tantos los elogios que hizo del catolicismo el príncipe Sosan en el preámbulo del edicto que se publicó, que el emperador se vió obligado á borrar algunos de ellos; no obstante, dejó todos los puntos mas esenciales respecto de la religion, la relacion de la vida ejemplar de los misioneros que la habian predicado en China por espacio de cien años, la autorizacion que se daba á los chinos para abrazarla, y la conservacion de las iglesias que habian sido construidas. Todos estos puntos fueron ratificados el dia 22 de marzo de 1692; y luego el tribunal de los ritos los envió, segun la costumbre establecida, á todas las ciudades del imperio, donde fueron espuestos al público y anotados en los registros de las audiencias. De este modo fué declarado libre en China la religion cristiana, debiéndose en gran parte aquella favorable disposicion tan vivamente deseada, al cultivo de las ciencias que profesábamos, por haber sido estas las que predispusieron el ánimo del monarca en nuestro favor. Si bien no debemos creer que fuese la ciencia un medio infalible para lograr nuestro objeto en China, con todo, es innegable, que nos sirvió entonces de mucho, por mas que los progresos de la fé y la conversion de los infieles sean siempre obra de la gracia omnipotente del Señor. »

Habiendo logrado el emperador reprimir ó evitar la persecucion, no paró hasta hacer volver de su destierro al P. de Alcalá, quien se dedicó desde luego á reunir su grey dispersada. Si bien la perseverancia de algunos de los nuevos cristianos le consoló en gran manera, en cambio, la caida de algunos otros contristó mucho su corazon de padre; una familia entera que habia bautizado poco antes de su salida, perdió insensiblemente su fervor primitivo y acabó por abjurar la fé cristiana. Una muger anciana que habia permanecido fiel á sus promesas en medio de la apostasía de sus hijos y nietos, pudo al fin con su ejemplo, y con su santa muerte y las tiernas exhortaciones del P. de Alcalá atraer al buen camino á todos sus séres queridos; teniendo el misionero á su

vez el consuelo de reconciliarles con la iglesia. Por mas que el siervo de Dios respetase en gran manera á los misioneros de las demás órdenes, seguia exactamente la práctica de su instituto, sin permitir á sus cristianos mas que lo que estuviese en armonía con los principios adoptados por los dominicos; para convencerse del espíritu de caridad y celo de que estaba poseido el misionero, basta leer sus dos cartas, una fechada en el año 1680, y otra en 20 de diciembre del año 1691, continuadas en la *Apología de los dominicos misioneros de la China*. Continuó el P. de Alcalá desempeñando las funciones del apostolado, sin que ni sus contínuos trabajos ni sus achaques le hiciesen renunciar á la austeridad y penitente vida que se impuso ya desde el primer dia que tomó el hábito de Santo Domingo, ni prescindir de ninguna de las santas prácticas observadas por la provincia dominicana de Filipinas. Era tan fructífera su palabra, que iba el número de fieles siempre en aumento en torno suyo. El P. Salvador de Santo Tomás dice, en una carta escrita el 10 de abril del año 1693 á Cárlos Maigrot, acerca del desacuerdo que habia sobre las ceremonias chinas, que solo se habian dirigido los dominicos al Celeste Imperio por no haber en él los obreros necesarios para administrar los sacramentos á un pueblo tan numeroso. No obstante el aislamiento en que vivia el P. de Alcalá, suplió siempre con su actividad prodigiosa la falta de personas que le secundasen; solo tenia un misionero, al que se veia obligado á enviar de vez en cuando á los puntos mas lejanos, segun las necesidades de la mision.

Desde la creacion de los vicariatos apostólicos, clamó incesantemente el Portugal contra una medida que creia contraria á los derechos del patronato. «En tal estado, dice el obispo de Hesebon, Roma cuya sabiduría sabe hacer siempre con oportunidad todas las concesiones necesarias para conservar la paz, consintió en crear en China dos obispados, que debia proveer el Portugal, y cuyas dos nuevas sillas fueron establecidas en las ciudades de Pekin y Nanking.» (Pl. CXIII, n.° 2.) Fueron ambas diócesis erigidas por Alejandro VIII en 10 de abril del año 1690, y dotadas por el rey de Portugal, como lo habia sido anteriormente la de Macao. «Así que se supo en Goa aquella disposicion, añade el obispo de Hesebon, envió el arzobispo de aquella ciudad en calidad de metropolitano, dos vicarios generales á las predichas diócesis, para dirigirlas en su nombre, basta que fuesen nombrados los obispos titulares; pero como quisiese comprender en una de ellas la provincia de Fo-kien, no quiso M. Maigrot reconocer su jurisdiccion, por ser su vicario apostólico, nombrado debidamente por la sagrada Congregacion.» Para poner término á todas las cuestiones, formó Inocencio XII nuevos vicariatos, independientes de la jurisdiccion de los obispos nombrados por su predecesor; siendo M. Maigrot confirmado en el título de vicario apostólico de la provincia de Fokien. Informado Inocencio XII de lo mucho que habia trabajado Domingo de Alcalá para la propagacion de la fé en aquellas regiones, le honró con el título de vicario apostólico de la provincia de Tche-kiang, cuya nueva dignidad le daba una jurisdiccion espiritual sobre todos los misioneros y las iglesias de la provincia, obligándole al propio tiempo á velar con mayor solicitud por todo lo concerniente á la predicacion del Evangelio y al culto divino y las costumbres, no solo de todos los nuevos cristianos, si que tambien de sus ministros. Sin prevalerse de su autoridad, nunca emprendió cosa alguna de importancia sin consultar antes los demás misioneros, por mas que no tuviesen estos ni su esperiencia, ni sus conocimientos; si no le fué posible hacer todo el bien que deseaba, logró al menos con su prudencia y dulzura evitar el escándalo y conservar la paz en la iglesia que le estaba confiada.

Despues de haber dado Khang-hi el nuevo edicto, volvió á continuar sus estudios bajo la direccion de los jesuitas; no habia á la sazon en China mas que cinco PP. franceses, dos

de los cuales permanecian en la córte, Fontaney en Nankin y Visdelou y Le-Compte en el Chan-si y el Chen-si. El último de ellos fué destinado á Europa por asuntos de la mision; Fontaney y Visdelou fueron á Canton á últimos del año 1692, á fin de fundar allí una casa destinada á recibir los jesuitas franceses que fuesen destinados á China: encontrándose aun en aquella capital, cuando recibieron la órden de dirigirse á la córte. Al atravesar la provincia de Nanking, abrazaron por la última vez al P. Gabiani, que murió dos años despues rendido de fatiga y lleno de merecimientos; á su llegada hallaron al emperador enfermo, y para el que llevaban una libra de quina que les habia enviado el P. Dola desde Pondichery. Aquel remedio, desconocido aun en Pekin, contribuyó, junto con algunas pastillas medicinales que tenian los PP. Gerbillon y Bouvet, á la curacion del monarca: agradecido este, trató de recompensar á los jesuitas. «El dia 4 de julio de 1693, dice Fontaney, nos llamó á su palacio y nos mandó decir por uno de sus gentiles-hombres: «El emperador os cede á los cuatro una casa en el Hoang-tchin, esto es en el primer cuerpo de su palacio.» Despues de haber oido arrodillados aquellas palabras, segun el ceremonial de China, nos levantamos, y aquel oficial nos condujo á las habitaciones del emperador, para que le diésemos las gracias, mientras estaba el príncipe ausente. Diferentes mandarines que se encontraban allí por casualidad, asistieron á aquella ceremonia, asi como tambien el P. Pereyra, y otro misionero de nuestra Compañía, que habia ido á palacio por otros asuntos. Los mandarines y los dos religiosos se colocaron á alguna distancia, estando de pié y guardando el mas profundo silencio, mientras que los PP. Gerbillon Bouvet, Visdelou y yo, hacíamos tres genuflexiones y nueve reverencias hasta tocar el suelo con la frente, en prueba de nuestro vivo reconocimiento. Al dia siguiente repetimos la misma ceremonia á presencia del emperador, quien se dignó despues llamarnos separadamente, y hablarnos en tono muy afectuoso; luego entregó al P. Bouvet los presentes que enviaba al rey de Francia, encargándole comunicase al rey la dádiva que acababa de hacernos. Tomamos posesion de nuestra casa el dia 11 de julio: pero como no estuviese aun dispuesta conforme nuestros usos, mandó el emperador á la junta de obras, que mandase hacer en ella todas las innovaciones que nosotros indicásemos. Como estuviese ya enteramente arreglada, dedicamos el dia 19 de noviembre nuestra capilla á Jesus Crucificado por la salvacion de los hombres, y se procedió al dia siguiente á su apertura con la mayor solemnidad. Desde entonces predicó el P. Gerbillon todos los domingos, y esplicó á los fieles los principales deberes de los cristianos; bautizamos al propio tiempo en ella á diferentes catecúmenos, siendo muy raros los domingos en que no se ministraba á alguno de ellos el agua de la regeneracion. El P. Visdelou se encargó del cuidado de instruir á los prosélitos, por lo que tuvimos en breve una comunion de fieles numerosa y floreciente; al año de habernos cedido el emperador nuestra casa, nos dispensó un nuevo beneficio, no menos señalado que el primero, puesto que nos cedió un espacioso terreno para construir la iglesia. Sabiendo que los administradores del palacio querian hacer construir en aquel terreno habitaciones para los eunucos, procuramos nosotros obtenerle para levantar en él la casa del Señor. Para lograrlo, hicimos presente al soberano que junto á nuestras casas debia haber siempre las iglesias, por lo que le suplicábamos se dignase cedernos el terreno de que se trataba, á fin de que no careciese la nuestra de aquel requisito indispensable. Deseoso el emperador de complacernos en todo, nos cedió la mitad del terreno, haciendo constar en el acta de cesion, que lo hacia al objeto de que se edificase en él un magnífico templo en honor del rey del cielo.» Otro jesuita, el P. Jartoux, hablando de la construccion de aquella iglesia, dice: «En el mes de enero del año 1699, el emperador concedió al P. Gerbillon el permiso para construirla;

algun tiempo despues, llamó el príncipe á todos los misioneros de la córte, y les dijo si querian por su parte contribuir á la construccion de aquella iglesia, é hizo entregar á cada uno de ellos cincuenta escudos de oro, á fin de que se suscribiesen por aquella cantidad. Cuando se colocaron los cimientos, no tenian los jesuitas mas que dos mil ochocientas libras para atender á la construccion del templo, sin que por ello dejasen de continuar con actividad las obras, confiados en la Providencia que no habia cesado de velar sobre ellos. Cuatro años duró la construccion y ornato de aquel vasto templo, uno de los mas hermosos de Oriente: está construido en el centro de un patio; hay en cada lado un cuerpo de edificio que contiene una vasta sala de construccion china; sirve una de ellas para instruir á los catecúmenos, y la otra para recibir á las personas que vienen á visitarnos. Hay en esta última los retratos del rey y de los príncipes de Francia, de los reyes de España é Inglaterra y los de otros muchos príncipes; hay además escelentes grabados que revelan la magnificencia de la córte de Francia. La iglesia tiene setenta y cinco piés de longitud, treinta y tres de latitud y treinta de altura; componen su interior dos distintos órdenes de arquitectura; tiene cada órden diez y seis columnas, con su pedestal inferior de mármol; los de la parte superior son dorados, así como tambien los capiteles, los hilos de la cornisa y los del friso de la alquitrava. El friso está cargado de adornos que solo son pintados, y cuyos colores han sido mas ó menos deteriorados, segun los diferentes objetos que representan; hay en la parte superior doce grandes ventanales en forma de arco, seis por cada parte, que dan á la iglesia toda la luz necesaria. Tiene el altar hermosas proporciones; cuando está adornado con los ricos presentes debidos á la liberalidad del rey, parece entonces un altar que un gran monarca haya erigido al Rey de los reyes.» Fontaney, despues de hablar de aquella iglesia, dice de Khang-hi: «Todavía nos dispensaba aquel príncipe otras muchas gracias, que nunca podrémos apreciar debidamente. Cuando íbamos á palacio, nos recibia con una bondad estrema; el dia de año nuevo es costumbre en China enviar el emperador dos mesas á los magnates de su córte, llena la una de los mas esquisitos platos, y cubierta la otra de esquisitos frutos; no solo nos dispensaba á nosotros el mismo honor, sino que nos invitaba además á ver el disparo de los fuegos artificiales en su hermoso palacio de Tchan-tchun-yuen. Solo éramos á la sazon en China tres jesuitas franceses, y viviamos los tres en la córte; pero recibimos un refuerzo considerable con la llegada del P. Bouvet, acompañado de escelentes misioneros: el *Amfitrite*, que les condujo, fué el primer buque francés que se vió en los puertos de China.»

El edicto de Khang-hi permitiendo la predicacion del cristianismo, arraigó mas y mas en los jesuitas la idea de formar un clero indígena, manifestada ya anteriormente en todos sus escritos. El dia 15 de agosto del año 1695, publicaron los misioneros de la Compañía una nueva Memoria, que será un monumento eterno de su celo; hé aquí un estracto de ella: Pintaban con los mas vivos colores el verdadero estado de la religion en China; decian que habia llegado el momento de asegurar para siempre su prosperidad, y de abrirse un camino para la conquista espiritual de aquel vasto imperio. Además, insistian los jesuitas en la necesidad de prevalerse del asombro general, para crear una iglesia imponente por el número de los neófitos, fundados en que segun la política del imperio, era imposible la persecucion, desde el momento que fuesen los cristianos en gran número. En su virtud, clamaron nuevamente porque se dispensára á los neófitos el estudio de la lengua latina, y se les autorizase á ellos para constituir la nueva iglesia en bases sólidas, y bajo el plan que estuviese mas en armonía con las costumbres del pais; pidiendo que fuese la lengua china la litúrgica en aquel vasto imperio, así como tambien en las regiones que estuviesen bajo

su influencia política ó moral. Habríase podido objetar que si se descuidaba la lengua latina, no habia ya medio de relacion directa entre Roma y China, lo que necesariamente habia de esponer á aquella comunion naciente á caer en el cisma; pero los jesuitas contestaban ya á esta objecion, diciendo que podia exigirse el estudio del latin á los neófitos mas distinguidos, que estaban llamados un dia al episcopado. Además, proponian que se fundase en Roma un colegio chino, que procuraria la doble ventaja de instruir á la juventud escogida, y de facilitar las relaciones entre Roma y China. Luego aducian en su Memoria otras muchas razones, fundadas en la necesidad de formar un numeroso clero indígena, lo que era imposible lograr de otro modo, segun lo manifestado ya anteriormente por los PP. Verbiest y de Rhodes, en sus respectivas Memorias publicadas al mismo objeto. Para convencernos del celo que anima á aquellos misioneros, trascribirémos aquí uno de los párrafos en que apoyaban con mas fuerza sus pretensiones. «Suponed, decian, que nuestro divino Salvador se hubiese encarnado en el imperio de China (que ni por su poblacion, ni por su influencia, en nada debia ceder al imperio romano), y que los chinos impulsados por el celo apostólico, hubiesen llegado á Roma para anunciar el Evangelio de Jesucristo, imponiendo por condicion que debiesen adoptarse la lengua y las ceremonias chinas. ¿Habrian aceptado los romanos el Evangelio bajo aquella condicion? y si algunos lo hubiesen aceptado, ¿de qué consideracion habrian gozado en la Roma pagana, los sacerdotes romanos que, despues de haber consagrado los mejores años de su vida al estudio de una lengua estrangera, hubiesen ignorado completamente la literatura y las ciencias de su patria? Seamos justos: empleemos en favor de los chinos todas las razones que á nosotros nos habria sugerido el espíritu nacional.» Por último, terminaban los jesuitas su memoria, poniéndose á los piés del Padre comun de los fieles, para asegurarle que nunca la iglesia de Jesucristo se habia visto en una circunstancia tan favorable para alcanzar la conquista espiritual de la China, y suplicarle les concediese la dispensa que solicitaban para el aumento y solidez de aquella iglesia naciente. «Podrá haber audacia, observa el P. Bertran, en la Memoria y en el plan trascritos; pero de ningun modo se hallarán en ellos aquella mezquindad de miras, aquella antipatía contra la institucion del clero indígena y la constitucion de iglesias nacionales que se han atribuido tan injustamente á la Compañía de Jesus. La Memoria escrita por los misioneros de la China, es la espresion de los sentimientos de la Compañía; llegada á manos del general el dia 26 de diciembre del año 1697, fué presentada por éste al Santo Padre, el 12 de enero del año de 1698.»

Los jesuitas franceses que los PP. Bouvet y de Fontaney, llevaron sucesivamente de Europa á China, ó que pasaron á ella por la India, fueron destinados á fundar nuevos establecimientos de la Compañía en varias provincias del imperio, sin que por esto creyesen los hijos de San Ignacio, poder por sí solos convertir aquel inmenso pais. Véase lo que acerca de esto decia Fontaney: «Cuantos mas operarios veamos en esta mision, mayor será nuestro gozo. De muy buena gana escribiríamos á todas las universidades de Europa, como S. Francisco Javier, suplicándolas enviasen hombres celosos en nuestro ausilio: tales son los sentimientos de que estamos animados todos, y que Dios sabe no hemos desmentido nunca con nuestra conducta. Cuando el Papa hubo nombrado obispos y vicarios apostólicos para todas las provincias de China, en los años 1698 y 1699, tuvimos ocasion de demostrar nuestro celo; puesto que, merced al favor de que gozábamos en la córte, no paramos hasta procurarles las recomendaciones necesarias, para que pudiesen establecerse libremente en sus respectivas diócesis. No solo nos espusimos gustosos á perder nuestra influencia, si que tambien á correr grandes peligros, atendida la magnitud de la empresa

que íbamos á acometer, y la natural desconfianza de que está poseido el pueblo chino, desconfianza que no podia dejar de alarmarse vivamente en vista de los numerosos establecimientos cristianos que iban á plantearse. Entonces como siempre, nada omitimos para dar cumplimiento á las órdenes de la Santa Sede, y abrir de par en par las puertas de China á la predicacion del Evangelio. El P. Gerbillon, que era nuestro superior, empezó por proteger al obispo de Argolis, que acababa de ser trasladado á la silla de Pekin. No fué menor la proteccion que dispensó á M. Leblanc, sacerdote de la Congregacion de las Misiones Estrangeras, nombrado vicario apostólico del Yun-nan; M. Artus de Lyonne, obispo de Rosalía y vicario apostólico de la provincia de Su-tchouan, fué tambien protegido en gran manera por nuestro superior. Cuando resolvió aquel obispo dirigirse á Roma, llamó á cuatro misioneros, para que se encargasen, durante su ausencia, de la vasta provincia que le estaba confiada, y que se veia obligado á abandonar para atender mejor á los intereses de la misma. Tambien logramos librar á los misioneros agustinos de la persecucion que pesó sobre ellos durante cinco años por no dejar en el desamparo á su iglesia de Vou-tcheou, en la provincia de Kouang-si; obrando por ellos con el mismo ardor que habriamos desplegado en nuestra propia defensa. A todas estas pruebas, añadiré la que tuve la honra de recibir del nuncio de Paris el año 1701: «La sagrada Congregacion, me dijo, ha sabido por cartas de los obispos, vicarios apostólicos y diferentes misioneros de China, que han procurado los jesuitas franceses con incansable celo sostener la religion en aquellos paises, y proteger en todo á los misioneros; por lo que cree la Congregacion deber darles un público testimonio de su gratitud y de su afecto. Por esto en una carta firmada por el cardenal Barberini, prefecto de la misma, me encarga os dé las gracias en su nombre á vos y á todos los demás jesuitas, por el bien que habeis hecho á la religion en aquel dilatado imperio; asegurándoos además en su nombre, que en todas las ocasiones que se le presenten, os dará pruebas de su proteccion y de su benevolencia.»

A costa de grandes sacrificios lograban los jesuitas conservar el favor de Khang-hi, por lo útil que habia de ser á la religion cristiana. «Aunque este príncipe, añade Fontaney, parece no tener el mismo empeño que los años anteriores en estudiar las matemáticas y las demás ciencias de Europa, nos vemos sin embargo obligados á visitarle con frecuencia, por tener siempre que consultarnos sobre alguna cosa. Ocupa noche y dia en ejercicios de caridad á los hermanos Frapperie, Baudin y Rhodes, muy hábiles en curar toda clase de llagas y heridas, confiándoles el cuidado de los enfermos de palacio, y de todas las personas mas distinguidas de la córte. Está el emperador tan prendado del P. Jartoux y del hermano Brocard, que les obliga á ir diariamente á palacio; conoce el primero muy á fondo el álgebra y la mecánica, y hace el segundo trabajos de gran mérito. Solo despues de estar ya muy entrada la noche, nos permite el emperador retirarnos; pero nos sometemos gustosos á sus órdenes, por exigirlo los intereses del cristianismo.»

M. Maigrot, vicario apostólico del Fo-kien, acudió tambien á los jesuitas, quienes le fueron en Fou-tcheou sumamente útiles. Para convencer mas á nuestros lectores del celo con que obraban los jesuitas, dirémos que en algunas cosas Maigrot disentia de ellos con respecto á las ceremonias supersticiosas de los indígenas, conforme lo indica el reglamento que publicó en su provincia, y en el que se leia; «Declaramos que la Esposicion elevada al papa Alejandro VII, sobre los puntos de controversía que dividian á los operarios evangélicos en esta mision, no era exacta en todas sus partes, etc.,» y luego terminaba de esta manera: «No intentamos atacar con esta manifestacion á los misioneros que no pensaron antiguamente como pensamos nosotros, por

ser libre cada cual de hacer lo que en su concepto crea mas conforme á la verdad y á la fé. » En una esposicion que elevó en 10 de noviembre á Inocencio XII, añadia: « Lejos de mí la idea de suponer que hayan caido en China algunos misioneros en la mas grosera idolatría, ni que la hayan permitido á los demás, lo que no podria suponerse sin calumniarles; pero es innegable que así como hubo ciertos teólogos que sostenian ser lícito el contacto Mohatra, hay ahora tambien diferentes misioneros que permiten á los nuevos cristianos ciertas ceremonias, que consideran ellos como puramente civiles, y que son supersticiosas en concepto de otros teólogos. » M. de Quemener, que fué enviado á Roma el año de 1690 por el obispo de Metellópolis, presentó aquella instancia á Inocencio XII, en el año 1696; y en su vista, el Papa encargó á M. Maigrot en un breve de 15 de enero, que nada omitiese para establecer un perfecto acuerdo entre todos los misioneros. Al propio tiempo se presentó á Roma M. Charmot, concólega del prelado, pidiendo tambien una solucion que pusiera término á la controversía; pero la Sede apostólica, lejos de dar como antes, una solucion motivada en la relacion espuesta por una de las partes, pidió informes á los demás misioneros, á fin de poder dar un fallo definitivo con todo conocimiento de causa. Los jesuitas de Pekin, se dirigieron entonces á Khang-hi, no por nombrarle árbitro ó juez en aquella diferencia, sino para que esplicase claramente los hechos controvertidos, lo que hizo el príncipe en el año 1700. No es probable que los jesuitas hubiesen pedido aquella declaracion al soberano, cualquiera que fuese la importancia que pudiese tener en sí aquel acto, á haber previsto el resultado que podia tener, caso de que el fallo de la Santa Sede fuese en sentido opuesto. De todos modos, despues de un detenido exámen, y de haber oido las razones de las partes, fueron prohibidas las ceremonias, así como tambien el uso de los nombres con que los letrados chinos acostumbraban designar á Dios, segun un decreto dado por Clemente XI, á 20 de noviembre del año 1704, que solo se publicó despues de haber sido enviado á Maillard de Tournon, patriarca de Antioquía y legado apostólico en China. La Congregacion del Santo Oficio, teniendo en cuenta la protesta añadida por Maigrot, al final de su escrito, decia: « Deberá encargarse al patriarca de Antioquía, ó á cualquier otro á quien se confie el cumplimiento de estas disposiciones, que evite toda apariencia, y segun espresion de Tertuliano, hasta el mas leve soplo de supersticion pagana; debiendo empero procurarse poner siempre á cubierto la reputacion de los operarios evangélicos que con tanta asiduidad trabajan en la viña del Señor, no dudando que todos ellos se someterán humildemente á las decisiones y á las órdenes de la Santa Sede. »

El P. Cloche, general de la órden, encargó á los dominicos de Filipinas, que diesen el ejemplo de obediencia debida al legado del Papa; fueron sus deseos tan exactamente cumplidos, que el mismo patriarca no pudo menos de ponderar en gran manera la caridad y sumision de los dominicos de Manila, así como tambien el celo ardiente que desplegaban los misioneros de la órden de Predicadores en China, cuando llegó el legado á ella en el mes de abril del año 1705. Solo por medio del favor de que gozaban los jesuitas, logró el patriarca que se le permitiese dirigirse á Pekin, y que se le hiciese en aquella córte una ovacion completa. Como el legado indicase á los jesuitas que se habia dado ya el decreto que habia de poner término á la controversía, le suplicaron estos les dijese sus decisiones, ó al menos que se las indicase, á fin de que pudiesen acatar desde luego las órdenes de la Iglesia, y hasta abandonar á la China, si tal era la voluntad del Sumo Pontífice. Al ver la llegada de un comisario apostólico, comprendió Khang-hi que solo podia aquel proponerse restablecer la union y la uniformidad de miras entre los misioneros europeos; pero no por ello dejó de hacerle preguntar el dia 25 de diciembre del año 1705, cual era el objeto de

su legacion. Contestó el patriarca que iba á la China para dar gracias al emperador en nombre del Papa, por la proteccion que habia dispensado al cristianismo y á sus apóstoles; y luego, porque deseaba Su Santidad tener en Pekin un superior general, que dirigiese todas las misiones en aquel imperio. A los tres dias, ó sea á 28 de diciembre, se contestó al patriarca ser la voluntad del emperador, el que desempeñase aquel cargo importante un misionero que hubiese permanecido antes diez años en su córte, á fin de que conociese las costumbres del pais que estaba llamado á regir. En 31 de diciembre, fué admitido por primera vez el legado á presencia del Khang-hi. « Hallábase, dice el P. Tomás, en medio de sus magnates y de todos los misioneros residentes en Pekin; todos los funcionarios del palacio habian recibido la órden de no exigir al patriarca las ceremonias chinas, por el respeto que se debia á su persona, y en consideracion á la enfermedad de que estaba aquejado. Al entrar saludó al emperador por medio de algunas genuflexiones, y le hizo este sentar desde luego en un monton de cogines, informándose de la salud del Papa con un interés que revelaba la bondad de su corazon. Despues de haberle tratado con la mayor consideracion, mandó el emperador que se sirviese el té al legado; quiso el mismo emperador ofrecerle despues una copa de vino, y le acompañó á la mesa que le estaba preparada, en la que habia treinta y cuatro platos y cubiertos de oro. Pasadas las horas de sobremesa, en las que se tuvo una conversacion sumamente animada, el emperador invitó al patriarca á que le esplicase el principal objeto de su legacion. « Creyendo el prelado que admitiria Kang-hi mas fácilmente un nuncio que un superior general de las misiones, propuso, en nombre del Papa, elegir un agente ó encargado de relaciones, para estrechar mas y mas las que existian entre las dos córtes de Roma y China. A lo que contestó el príncipe que era aquello sumamente fácil, y que podia confiarse aquel cargo á cualquiera de los europeos que habia en su palacio; pero como observase el legado que habia de ser un agente recientemente llegado á la córte, el emperador se negó á admitirle. El patriarca intentó además establecer en Pekin una casa para los misioneros de la Propaganda, lo que solo logró realizar en parte. « La Santa Congregacion de *Propaganda Fide*, instituida por Gregorio XV en el año 1622, dice el P. Bertrand, envió directamente sus misioneros á la India, á China, al Tong-king, etc.; pero creyendo las autoridades portuguesas ver en aquella medida una violacion de los derechos de patronato, rechazaron á aquellos misioneros de sus posesiones, y les crearon en otras obstáculos insuperables. El consejo de Goa, que llevaba el nombre de Junta, dió órdenes severas á los prelados y á los superiores de las misiones, contra los *propagandistas*, tal era el nombre que se daba á los enviados de la Propaganda; parece que el principal medio, de que echaban mano las autoridades portuguesas para justificar su conducta, era el de que no contentos aquellos misioneros con violar los derechos del patronato establecido por solemnes bulas, que no habian sido revocadas por el Sumo Pontífice, hasta se negaban á reconocer á la autoridad constituida y á someterse á su jurisdiccion, lo que era contrario, decian, á los decretos del Santo Concilio de Trento. En vista de la conducta observada por los portugueses, invitaron los jesuitas á su general á que procurase se hiciese un tratado entre Roma y Portugal, á fin de que no se viesen privadas aquellas vastas posesiones, de los ausilios que podia procurarles la Congregacion de *Propaganda Fide*. Inútiles fueron empero todos los esfuerzos hechos para lograr el apetecido objeto; contribuyendo, por el contrario, á exasperar mas los ánimos. En aquella triste lucha que duró dos siglos, mas de una vez fueron los jesuitas blanco de todos los tiros, por serles igualmente contrarios los que combatian en uno y otro campo; puesto que estaban sugetos á los obispos y al prelado de Indias, y por lo mismo á todos los derechos del

patronato, por lo que no podian dispensar una proteccion decidida á los *propagandistas*, y estos, por su parte, manifestaban su resentimiento á los hijos de Loyola, por no prestarles todo el apoyo de que necesitaban. De la triste posicion en que se veian colocados, resultaron aquella funesta rivalidad y contínuas quejas contra la ambicion y orgullo de los jesuitas, á los que se acusaba de no querer someterse á la Propaganda. Como los misioneros de la Congregacion llegaban directamente de Europa, era natural, y hasta inevitable, que se admiráran y reprobáran en cierto modo las costumbres de aquel pais, así como tambien la administracion de las misiones en él establecidas, de lo que resultaban contínuas quejas contra los antiguos misioneros. Por su parte, ¿procuraron estos atraerse siempre á los nuevos apóstoles, por medio de la moderacion y la observancia de la caridad religiosa? Hé aquí lo que no nos atreverémos nosotros á afirmar: eran hombres, en su mayor parte portugueses, que atendian algunas veces á los intereses de su nacion, mucho mas de lo que era permitido á misioneros católicos. Sin embargo, tenemos datos para creer en la rectitud de todos los misioneros, por lo que no titubeamos en afirmar, que mas bien que de sus intenciones, procedia el mal de la falsa posicion en que unos y otros estaban colocados. Si se hubiese examinado á fondo y sin pasion aquel estado de cosas, y modificádose un tanto los derechos del patronato, única causa que produjo la discordia, habríase logrado fácilmente la concordia que tan necesaria era á los intereses del catolicismo. Pero como no fué posible inducir los ánimos á un arreglo definitivo, fué cundiendo insensiblemente en los ánimos el fuego de la discordia, que acabó por causar la ruina de las misiones, y contribuir en Europa á la espulsion de la Compañía de Jesus.»

Volvamos ahora á la peticion del legado, que ha sido causa de las consideraciones que hemos creido deber trascribir. El obispo de Hesebon, despues de haber lamentado la rivalidad que existia entre los jesuitas portugueses y franceses, á causa de las pretensiones del Portugal, añade que fracasaron sus planes, merced á la oposicion del jesuita Pereyra. Lejos empero de desalentarse el patriarca, entabló nuevas negociaciones al objeto de destruir la influencia del Portugal en China; procurando demostrar la injusticia de los portugueses, que no permitian la entrada en el Celeste Imperio, á los que no hubiesen pasado antes por sus posesiones y reconocido sus leyes; pero solo le valió esta queja la animadversion del reino, cuya funesta exigencia publicaba. Así mismo se ocupó en la eleccion del enviado que debia ofrecer al Papa los ricos presentes de Khang-hi, y que debia pedir en nombre de este, al gefe de la iglesia, doce de sus súbditos, á saber: tres matemáticos, tres médicos, tres cirujanos y otros tantos músicos. El patriarca habia nombrado á su auditor para el desempeño de aquella embajada; pero el emperador nombró al P. Bouvet, para que ofreciese en su nombre aquellos presentes al Papa, á lo que trató de oponerse el legado. Entretanto Maillard de Tournon, que no perdia de vista el objeto esencial de aquellas misiones, tomó informes acerca de las ceremonias chinas, y ordenó á principios del año 1706 á Cárlos Maigrot, que se dirigiese á Pekin, al objeto de discutir con los jesuitas los diferentes que habian motivado la controversía; previniendo así mismo al obispo de Conon que se presentase á la córte. En la audiencia solemne que el legado obtuvo del emperador el dia 29 de junio, se mostró este partidario de los jesuitas, y le habló de Maigrot, diciéndole que estaba muy versado en la lengua china; luego obligó á Khang-hi al obispo de Conon, á que declarase por escrito todo lo que en su concepto habia de contrario á la fé cristiana en la doctrina de Kong-fou-tse. El prelado aunque no vió en el emperador un juez competente para dirimir la cuestion suscitada, por pertenecer aquel derecho esclusivamente á la Santa Sede, citó en apoyo de su opinion cincuenta textos, sacados de los libros sagrados de la China. Así pues, todas las prácticas declara-

das por el mismo Khang-hi en el año 1700 como puramente civiles, debian ser consideradas como supersticiosas; entonces el emperador, para acabar de convencerse de la ciencia de Maigrot, le propuso descifrase los cuatro caractéres que habia en el trono de la sala de audiencia, y de los que solo pudo leer dos, por serle uno de los otros dos desconocido, y no alcanzarle la vista para distinguir el último. A las conferencias que tuvo el emperador con Maigrot durante los dias 1, 2 y 3 de agosto, siguieron dos decretos, con el primero de los cuales manifestaba su descontento al obispo de Conon, y al que mandaba el emperador se retirase en la casa de los jesuitas. Al poco tiempo, fué aquel obispo desterrado de China; llegando á Roma el año 1709, donde murió el dia 28 de febrero del año 1730. En el segundo decreto, dirigido al patriarca de Alejandría, se intimaba á este prelado que se dispusiese á partir; pero como creyese antes el legado deber terminar ciertos asuntos, no salió de Pekin hasta el 28 de agosto, lo que acabó de indisponerle con el príncipe.

La merecida reputacion de que gozaba *Pedro de Alcalá*, decidió á Maillard de Tournon á proponerle para obispo, esperando poder él mismo consagrarle cuando fuese á la provincia de Tche-kiang; interin le envió un eclesiástico con una carta muy satisfactoria y una cantidad de dinero, por haberle señalado la congregacion de la Propaganda una pension como vicario apostólico. Recibió Pedro de Alcalá aquellas pruebas de afecto con todo el respeto debido al legado del Papa; y despues de haber girado su visita, fué á presentarse al patriarca de Antioquía, para pedirle que se le relevase del cargo de vicario apostólico, á fin de poder continuar trabajando en lo sucesivo como simple misionero. Esta condicion habria estado mucho mas en armonía con su humildad, le habria ahorrado muchos disgustos y permitídole emplear mucho mas tiempo en la instruccion de los nuevos cristianos; pero tuvo una enfermedad durante la visita que le hizo preveer ya desde un principio su próximo fin, por lo que se hizo trasladar inmediatamente al lado de sus ovejas. Conforme lo previera el varon cristiano, su mal se agravó en gran manera al llegar á la ciudad de Lanki; así que, pidió á un religioso de la misma órden y su compañero en el apostolado que le administrase los últimos sacramentos. Habiéndole preguntado el abate Montigni, sacerdote de la congregacion de las Misiones estranjeras, si habia alguna cosa que le mortificase, contestóle el moribundo: «Solo me atormenta la idea de no haber hecho por Dios cosa alguna.» Y sin embargo, se habia consagrado á Dios en su mas tierna edad, habia mortificado constantemente su cuerpo, y tanto en los tiempos de persecucion como en los de paz habia procurado siempre salvar á sus hermanos. El dia 14 de setiembre del año 1706, fué él en que recompensó el cielo los trabajos del ardoroso apóstol, ciñéndole la corona de eterna gloria que reserva á los justos. Murió Pedro de Alcalá á los setenta y cinco años de edad, y á los cuarenta de su apostolado.

La firmeza con que el patriarca de Antioquía se presentó al emperador, así como tambien la que desplegó siempre contra la idolatría en una córte idólatra, no se desmintieron nunca; como fiel ministro del Papa, publicó el dia 25 de enero de 1707 una pastoral en Nan-king, prohibiendo las ceremonias criminales con que pretendian los chinos honrar la memoria de sus antepasados. Hizo además el prelado todo cuanto creyó necesario para manifestar la santidad de la religion cristiana, conservar la pureza de su culto sin ninguna mezcla de supersticion y atender á la salvacion de los nuevos cristianos y de sus directores. «Aquella pastoral, no obstante, dice el obispo de Hesebon, lejos de terminar las diferencias que existian, contribuyó á hacer aun mas crítica la posicion de los misioneros; puesto que, si daban cumplimiento á las órdenes del legado se indisponian con el emperador y causaban la ruina de la naciente iglesia, y de no hacerlo, se mostraban rebeldes á la voluntad del ministro pontificio. En aquella perple-

jidad, los misioneros que creian poder tolerar las ceremonias, apelaron al único remedio que podia tranquilizar su conciencia, pidiendo al sumo Pontífice la revocacion de la órden dada por su legado. Su apelacion empero fué rechazada por Clemente XI, que declaró aquella órden conforme al decreto dado á 20 de noviembre del año 1704, y tan obligatorio como el mismo decreto; además, para mejor asegurar su cumplimiento, la hizo comunicar á los generales de las órdenes de Santo Domingo, San Agustin, San Francisco y de la Compañía de Jesus. El P. Tamburini, general de los jesuitas, se presentó al sumo Pontífice á 20 de abril del año 1710 con los enviados de todas las provincias, reunidos á la sazon en Roma, y prometió, no solo someterse al decreto dado por Su Santidad, sino que hasta consideraria, ó mejor, espulsaria de la sociedad á todo el que intentase obrar de distinto modo.

Luego que supo Khang-hi la órden publicada en Nanking, envió un mandarin para que condujese al legado á Macao, donde debia quedar preso en poder de los portugueses, quienes hicieron sufrir todos los oprobios al representante de la Santa Sede. Todos cuantos misioneros tuvieron resolucion bastante para obedecerle, y hablar como el legado en favor del cristianismo, fueron á participar del rigor de su encierro: nada pudo sin embargo vencer la constancia del patriarca, ni entibiar en lo mas mínimo el ardor de los religiosos dominicos que le secundaron en aquella época de terrible prueba. Mientras que encerrado en una oscura cárcel se consideraba feliz el legado por sufrir todos los ultrajes en defensa del culto cristiano, la Santa Sede, menos por recompensar su celo que por acreditar mas y mas su ministerio entre las naciones estrangeras, le elevó al cardenalato. Cuando se recibió en Macao la noticia de su encumbramiento en el mes de agosto del año 1709, esperimentaron, tanto el prelado como los dominicos, nuevos rigores de parte de los portugueses; pero verdaderos adalides todos del cristianismo, dieron una nueva prueba de su ardor y su fé en el capítulo general celebrado en Manila en 1710. Hé aquí lo que escribia con aquel motivo el provincial de Filipinas: «El R. P. provincial, nuestro predecesor, recibió varias cartas hace algunos meses, no solo de los religiosos de nuestra órden que están evangelizando el vasto imperio de China, si que tambien de su eminencia el cardenal Cárlos Tomás de Tournon, revelándose en todas ellas la heróica constancia desplegada por nuestros misioneros durante la persecucion que están sufriendo en China. Ni uno solo de los religiosos dominicos ha abandonado al gefe de aquella mision en el momento del peligro; al contrario, todos se han agrupado en torno suyo, sufriendo con una resignacion verdaderamente cristiana todas las privaciones que se les ha hecho sufrir para entibiar el noble ardor que les anima. Los dos únicos dominicos que han podido librarse de la persecucion, continuan recorriendo secretamente aquellas vastas regiones, alentando á los nuevos cristianos en su fé, y consolando á todos los desgraciados.» El P. Francisco Gonzalez de San Pedro, uno de los apóstoles enviados por el P. Cloche á la China en el año 1693, y que predicaba con gran fruto en la provincia de Fo-kien cuando el legado llegó á aquel imperio, cita los nombres de los principales dominicos que mas participaron de sus tribulaciones. Tales fueron los PP. Francisco Tomás Croquer, Francisco Cantero, Juan Antonio Diaz, Magin Ventallol, Pedro Muñoz, Pedro de Amarall, Juan Astudillo, que servia de intérprete al legado en Canton y Macao, y Juan y Francisco Cavagliere. Habiéndose obligado á este último á partir para Manila, fué arrojado por la tempestad á las costas de Canton, cuyo accidente le permitió regresar nuevamente á su iglesia de la provincia de Fo-kien, donde fué recibido por los nuevos cristianos con el mayor entusiasmo, y en la que continuaba aun el ejercicio del apostolado, cuando escribió el P. Gonzalez en el año 1710 la relacion de que nos hemos ocupado anteriormente.

El dia 14 de marzo del año 1711 dirigió Clemente XI un breve al rey de Portugal, para informarle de que el capitan general de Macao y las demás autoridades eran los principales autores de la persecucion suscitada contra el cardenal; y despues de encargar al príncipe que pusiese fin á los desmanes que se cometian en Macao, castigándolos de un modo ejemplar, añadia el Papa: «Aunque convencido Nos, de que no habeis recibido de Indias contestacion alguna despues de nuestra última carta, y no dudemos que cumplirá el virey de Goa puntualmente vuestras órdenes, el vivo dolor que nos causan las tristes noticias que recibimos de aquel pais, nos obliga á manifestar á V. M. el esceso de las injurias cometidas por vuestros súbditos con tanta impiedad contra nuestro legado apostólico, sobre todo, desde que ha sido elevado al cardenalato. Las últimas cartas que hemos recibido de Oriente, nos dicen que en el mes de diciembre del año 1708, y en el de setiembre de 1709, se publicó en Macao un edicto del virey de Goa, prohibiendo á todos los fieles, bajo las mas duras penas, que obedeciesen en lo mas mínimo al *legado apostólico*. Segun aquel edicto, tan *contrario* é injurioso á vuestra real autoridad, todo eclesiástico ó laico que obedeciese al nuncio apostólico, debia ser inmediatamente encerrado en las cárceles de Goa; en su virtud fueron presos cuatro religiosos de la órden de Predicadores, mientras estaban orando en la iglesia, en la que se hallaba espuesto el Santísimo Sacramento, y conducidos á la cárcel como verdaderos criminales. Uno de ellos que se hallaba revestido con los ornamentos sacerdotales, fué conducido con ellos á la ciudadela ante un numeroso pueblo vivamente escandalizado: hasta los mismos gentiles se estremecian de horror al ver tan sacrílego atentado.»

Cuando el Pontífice romano dirigió al rey de Portugal aquella sentida carta, ignoraba aun que el dia 8 de junio del año 1710, el cardenal de Tournon hubiese muerto en Macao. Al saber el Vicario de Jesucristo aquel triste acontecimiento, hizo en el consistorio secreto de 14 de octubre del año 1711 el elogio del legado en estos términos: «Venerables hermanos, muchos son los males que habeis visto á Nos deplorar en este mismo sitio; tambien hoy nos vemos obligados á llorar todos una pérdida, á vosotros y á Nos igualmente sensible, que debe ser considerada como una calamidad para la iglesia universal. Ya comprenderéis que me refiero á la muerte del cardenal Cárlos Tomás de Tournon; hemos perdido, venerables hermanos, un apóstol celoso de la religion cristiana, un defensor intrépido de la autoridad pontificia, un poderoso apoyo de la disciplina eclesiástica, y una lumbrera de vuestra órden. Hemos perdido, Nos, un hijo, y vosotros, un hermano, cuya existencia han minado los trabajos que emprendió por Jesucristo, las penas infinitas, los oprobios y las afrentas que sufrió con una paciencia y un esfuerzo invencibles, que le han purificado, como el fuego purifica el oro en el crisol. No obstante, si consideramos esta sensible pérdida como verdaderos cristianos, lejos de poner el colmo á nuestro dolor, endulzará por el contrario la amargura de que estamos poseidos: ya sabeis nos advierte el apóstol que no debemos contristarnos por los que duermen, como lo hacen los hombres que no abrigan esperanza alguna. ¿Cuán fundada no ha de ser la nuestra, de que ha sido la muerte del cardenal preciosa á los ojos del Señor? Recordemos sino el ardor de su celo por la propagacion de la fé, y su pronta obediencia desde que el Señor le llamó por Nos al ministerio apostólico; desde entonces solo pensó en abandonar á la córte, á sus parientes, amigos y á todo cuanto nos hace la naturaleza mas querido, para ir á esponerse á las incomodidades y peligros de un largo y penosísimo viage. La misma caridad de Jesucristo que le hacia desear su partida y que le sostuvo siempre en los lejanos paises que recorrió por mar y tierra, es la que le ha hecho preferir el cumplimiento de su deber á su propia conservacion, y la que le ha procurado su glorioso triunfo. Anunció á los reyes y á los príncipes

la ley del Señor, y no fué confundido nunca; lleno de esperanza y de consuelo en todas sus tribulaciones, supo el cardenal Cárlos de Tournon dar á la iglesia un ejemplo grato á Dios y á sus ángeles. No olvidemos nunca la magnanimidad de su alma, ni su profundo desprecio por las grandezas humanas, tan revelados en sus acciones y en sus cartas; cuando por recompensar sus eminentes servicios le elevamos al cardenalato, nos escribió que solo aceptaba aquella dignidad como una nueva obligacion de combatir hasta su postrer suspiro en defensa de Jesucristo y de su iglesia; añadiendo, que renunciaria gustoso al honor de la púrpura, antes que abandonar las misiones de China para volver á Europa. Y á pesar de todo esto, ¿cómo no admirar la rara y tierna piedad que revela el cardenal en su testamento? Baste saber que ha cedido á los pobres todo cuanto poseia en dinero, el pectoral á sus parientes, y todos sus restantes bienes para el sosten de los ministros encargados de predicar el Evangelio á los infieles. Con este solo rasgo, ha demostrado el cardenal de Tournon cuales deben ser los testamentos de los que, consagrados al servicio de la iglesia, han vivido del altar. Finalmente, lo que mas nos hace confiar en que habrá aceptado Dios su sacrificio, es aquella constancia tan digna de la virtud sacerdotal y del celo apostólico que manifestó siempre en sus actos el santo cardenal: el hambre, la sed, la cárcel, la persecucion mas injusta y cruel, nada bastó á hacerle abandonar la obra de Dios. Siempre el mismo en todos los vaivenes de su existencia, obró con resolucion y sufrió con paciencia; por esto combatió, terminó su carrera y conservó la fé. ¿No debemos por lo tanto esperar que el Juez supremo le habrá dado la corona que reserva para los que saben sufrir, luchar y vencer? Sí, fundada es la esperanza que abrigamos. Pero ya que la humana fragilidad no permite que ni aun la vida mas pura esté exenta de alguna imperfeccion, nos obliga la caridad cristiana á ofrecer oraciones y sacrificios por el alma del cardenal difunto Si bien lo hemos hecho ya en particular, á fin de honrar la memoria de un varon tan eminentemente cristiano, harémos celebrar aun solemnes exequias en nuestra capilla pontificia el dia que os indicarémos. Creemos firmemente que, el cardenal de Tournon que tanto amó las misiones de la China durante su vida, las favorecerá desde el cielo, obteniendo de la misericordia del Señor que la cizaña sembrada en aquel campo por el hombre enemigo, será destruida, y que será en aquella region abundante la cosecha cristiana.»

En medio de los acontecimientos que acabamos de describir, continuaban los jesuitas divididos con respeto á la cuestion de los ritos chinos, siguiendo las opuestas opiniones de los PP. Ricci y Longobardi. El que siguió con mas empeño la opinion de este último, fué el P. Claudio de Visdelou, nacido en Bretaña el año 1656, y el cual llegó con los PP. Fontaney, Gerbillon, Le Comte y Bouvet al Celeste Imperio. Entregado enteramente al estudio de la lengua china, asombró de tal modo á los indígenas con los rápidos progresos que hizo en ella, que no pudo uno de los hijos del Khang-hi dejar de manifestarle su admiracion en una carta que dirigió al misionero, escrita, segun la costumbre del pais, en una tela de seda. En breve utilizó Visdelou los nuevos conocimientos que acababa de adquirir, puesto que, imitando á aquellos de sus predecesores que buscaron con preferencia las nociones históricas consignadas en los libros de China, dió á conocer los detalles que se notan en ellos acerca de los pueblos que ocuparon las regiones centrales y septentrionales del Asia. La existencia de los verdaderos documentos que podian reconstituir la historia de tantos pueblos era aun desconocida, y solo á él estaba reservada la dicha de poder descubrirlos: en ellos estaba basada su *Historia* de Tartaria. Tambien fué debido á Visdelou el conocimiento de la famosa inscripcion de Si-gan-fu, que manifiesta haber penetrado el cristianismo en China en el siglo VII. Sus profundos conocimientos en la lengua del pais, hacian que fuese su opinion acerca de la controversía la

mas generalmente admitida, porque nadie estaba en el caso de saber como él todas las tradiciones de la China. Partidario y defensor ardiente del patriarca de Antioquía, se vió Visdelou envuelto en su misma desgracia; habiendo sido nombrado en 12 de enero del año 1708 vicario apostólico de la provincia de Koueïtcheu, y un mes despues, obispo de Claudiópolis, se le disputó el título conferido por el legado, y solo logró ser consagrado por él penetrando en su carcel la noche del 2 de febrero del año 1709 Como fué celebrada aquella ceremonia en secreto, cundió luego la voz de que no habia sido consagrado; viéndose obligado Visdelou á abandonar á China el 24 de junio siguiente, se embarcó para Pondichery, donde recibió un breve de Clemente XI, en el que aprobaba el Papa su conducta. Vivió en el convento de capuchinos de aquella ciudad por espacio de veinte y ocho años. Murió Visdelou en Pondichery el 11 de noviembre del año 1737, siendo enterrado en la iglesia de los PP. franciscanos. El P. Norberto, capuchino, pronunció su oracion fúnebre, panegirista que no fué por cierto el mas á propósito para enumerar las virtudes y hacer resplandecer la gloria del ilustre finado. »

La permanencia de Visdelou en Pondichery, nos induce á continuar la historia del apostolado en el Indostan, al que se dirigian los misioneros franceses por el Cabo de Buena Esperanza, pasando sucesivamente por Borbon y la isla de Francia.

CAPÍTULO XVIII.

Apostolado de los sacerdotes de las misiones en Borbon y en la isla de Francia. — Misiones de los Jesuitas, Capuchinos y Agustinos en el Indostan, Bengala y las islas de Nicobar.

Era la isla Borbon en un principio el punto en que tenian los franceses sus enfermos, y el en que eran desterrados todos los descontentos de Madagascar. Del degüello de los franceses en esta última isla, data su establecimiento en la de Borbon, cuyos habitantes tuvieron por primeros pastores á los sacerdotes de la mision, apóstoles de una vida intachable, que desempeñaron sus funciones con edificante regularidad. La compañía francesa de Indias, sostenia á los misioneros del mismo instituto en la isla de Francia.

Nuestra Compañía, escribia á 30 de enero del año 1709 el jesuita de La Lane, tenia á la sazon en Pondichery tres grandes misiones en la península de aquende el Ganges, situada al sud del imperio del gran Mogol. La primera era la mision de Maduré, que empezaba en el Cabo Comorin, y se estendia hasta Pondichery, hácia el duodécimo grado de latitud septentrional. La segunda era la de Maissour, gran reino cuyo soberano era tributario del Mogol: estaba situado al norte del de Maduré, y casi en el centro de aquellas vastas regiones. Finalmente, dábase á la tercera el nombre de mision de Carnate, que empezaba á la altura de Pondichery, y no tenia por el norte mas límites que el imperio del Mogol, ni por el oeste mas que los del reino de Maissour. Así pues, no debe entenderse únicamente por la mision de Carnate, el reino de este nombre, sino tambien todas las demás provincias que contenia: sus principales estados eran, los reinos de Carnate, Visapur, Bijanagaran, Ikkeri y Golconda. El P. Mauduit era el mas antiguo y el superior de los misioneros de Carnate; desde que él se encontraba en aquella mision, los brahmas y los moros (mahometanos) le habian perseguido constantemente, haciéndole sufrir todos los insultos y atropellos, y saqueado su iglesia. Nada empero bastó á reprimir el celo del misionero, al contrario, crecia su actividad á medida que iba en aumento el peligro que le amenazaba; no habia dia en que no bautizase á muchos infieles. El P de La Fontaine trabajó tambien al principio en aquella mision con gran fruto, confiriendo el bautismo á un gran número de idólatras; pero como hiciesen luego los brahmas correr la voz de que pertenecia el religioso á la raza de los pranguis, se vió sériamente amenazado. Algun tiempo despues se internó La Fontaine hácia al oeste,

donde hizo la fé grandes progresos á los pocos meses de su llegada. El P. Le Gac, despues de haberse consagrado por algun tiempo á la mision del Maduré, fué á reunirse con el P. de La Fontaine; pero no tardó en verse preso por los moros, quienes le hicieron sufrir por espacio de un mes grandes privaciones; sin que dejáran de perseguirle con menos encarnizamiento despues de lograr su libertad, al ver la noble constancia con que proseguia su obra civilizadora. Tambien el P Petit fué obligado á permanecer en un punto, en el que no estuvo menos espuesto al furor de los gentiles ó moros, sufriendo en diferentes épocas las vejaciones de unos y otros; era su iglesia la que reunia mayor número de fieles, bautizados casi todos por el mismo misionero. Respecto del P. Tachard, debemos decir que no le permitieron sus frecuentes viages reunirse con los operarios evangélicos que trabajaban en el interior del pais; en el mes de setiembre del año 1710, salió de Pondichery para dirigirse á Bengala, en cuyo punto le fué preciso empezar á los sesenta años el estudio de la lengua de aquel pais, segun escribia el mismo Tachard en 18 de enero del año 1711, desde Chandernagor. Murió aquel misionero en Bengala de una enfermedad contagiosa, mientras estaba ocupado el obispo de Meliapur en la santa visita, de la que vamos á hacer mencion.

El P. Francisco Laynez, que habia sido enviado á Portugal el año 1705, por exigirlo así los intereses de la mision del Maduré, supo, á su llegada, que acababa de nombrársele obispo de Meliapur, diócesis que comprendia todas las provincias contenidas desde el cabo Comorin hasta los confines de la China. « Fué aquella noticia para él muy sensible, escribia el P. Berbier; hizo antes de aceptar aquella dignidad todos los esfuerzos posibles para evitar su nombramiento; pero el rey de Portugal, que se habia formado una alta idea de su persona y de su mérito, persistió en su eleccion, hasta que al fin fué preconizado Laynez por el papa Clemente XI, y consagrado en Lisboa por el gran limosnero de Portugal. A los pocos dias de su consagracion, se embarcó Laynez para su diócesis; pero fué tan largo su viage, que solo pudo tomar posesion de ella en el año 1710: su primer cuidado fué visitar aquella grey confiada á su direccion y á su celo. Mientras estaba el nuevo obispo recorriendo la costa de Coromandel, fué invitado por los misioneros del Maduré á penetrar en su mision para confirmar á los nuevos cristianos; como conocia Laynez la lengua y las costumbres del pais, dió su visita un fruto mucho mayor que el que habria alcanzado cualquier otro obispo. Desde luego se dirigió al reino de Bengala, cuna de todas las supersticiones indias, y en el que tuvo por lo mismo que vencer grandes obstáculos antes de poder hacer por los cristianos todo el bien que deseaba. » El P. Barbier, que acompañó á Laynez, observa que estaban los agustinos al frente de todas las iglesias de Bengala, y que habia en aquel reino tres distintas comuniones cristianas. « La primera, dice, estaba compuesta de europeos de diferentes naciones, que habian fundado factorías, los cuales se hallaban establecidos á lo largo de la ribera del brazo principal del Ganges, que baña los muros de la fortaleza de Ougli, perteneciente al Mogol. Forma la segunda el Mogol, cuyo príncipe para impedir las invasiones de sus vecinos, y contener á los pueblos nuevamente conquistados, además de las guarniciones de los moros, tenia un cuerpo de tropas portuguesas, formado de los súbditos de aquella nacion, procedentes de Goa. Como aumentaron los portugueses considerablemente, en breve llegó á ser aquella comunion cristiana muy numerosa en todas las principales poblaciones del imperio: dábasele el nombre de *gentes de sombrero*, por llamarse así á los portugueses. No se crea por esto que todos los portugueses llevasen sombrero, puesto que solo le usaban algunos gefes de familia los dias festivos. Finalmente, componian la tercera comunion los infieles convertidos por los misioneros y sus catequistas, los cuales eran tam-

bien muy numerosos.» Menciona el referido P. Barbier, todos los puntos principales en que se detuvo el obispo. «Nos encontrábamos, dice, el dia 11 de junio del año 1712 en la rada de Balassor, en la embocadura del Ganges; en Chandernagor, factoría de la compañía francesa, fué á hospedarse el prelado en nuestra casa; luego se dirigió al convento de los agustinos, situado á dos leguas de distancia en el Bandel, ó habitacion de los portugueses; hay tambien en él un colegio de nuestra Compañía, que depende de la provincia de Malabar. Como es esta iglesia la madre de todas las del Bengala, pensaba el obispo tomar en ella los informes y conocimientos necesarios para el resto de su visita. A nuestro regreso á Chandernagor, nos fué preciso pagar el tributo, que como estrangeros debíamos al rigor del clima; de las veinte personas que vivíamos en la casa, hubo siempre cuatro ó cinco enfermos de gravedad; el P. Tachard fué el primero en verse atacado, y sucumbió despues de algunos dias al rigor de su enfermedad. El obispo, á su vez, fué sériamente atacado, y nos hizo temer por su vida; durante el curso de su enfermedad, solo pensó en los medios que habian de emplearse para penetrar en el interior del pais, á fin de que pudiese llevar por sí mismo el consuelo á sus ovejas A mediados de enero del año 1713, salió para Chattigan, en cuyo pais están los cristianos divididos en tres comuniones, situadas á media legua de distancia una de otra. Cada una tiene su gefe, su iglesia y su misionero; no tienen mas sacerdotes por no permitirlo el número de obreros evangélicos; los cristianos del interior del pais, llamados boctos, tienen que ir á Chattigan para procurarse los sacramentos. El respeto en que son tenidos los cristianos en aquel pais, les permite celebrar con toda libertad las fiestas, como si se encontrasen en Europa. Desde Chattigan subimos por el Ganges hasta Dakka, capital del Bengala; consiste aquella en una multitud de cabañas que ocupan una estension de media legua, formando angostas calles llenas de barro y de inmundicia; hay en el interior algunas casas de ladrillo, construidas á la usanza de los moros, que son de muy mal gusto; tal es el triste aspecto que ofrece la ciudad de Dakka. Los cristianos tenian su iglesia en uno de los barrios mas decentes, situado al este de la ciudad; el misionero que cuidaba de ella habia hecho preparar una habitacion para el obispo, la cual, aunque sumamente sencilla, tenia para mí un encanto indecible. Al dia siguiente de nuestra llegada, me hizo el buen misionero una proposicion que me admiró en gran manera.—«Quiero, me dijo, haceros arreglar un cuarto separado, que será aun mucho mas cómodo que el que tanto os admira por su sencillez. —Es inútil, le contesté, atendido el poco tiempo que permanecerémos aquí. —Esta noche podréis ya ocuparle, me contestó, puesto que solo debo enviar por él á la ciudad.» Esta contestacion me admiró aun mucho mas, haciendo nacer en mí el deseo de ver la construccion de aquellas casas compradas en el mercado. Apenas habia trascurrido media hora, cuando ví á dos hombres que llevaban haces de cañas, algunas esteras, y luego un techo de paja formado por dos gruesas ramas de árboles, para preservar de los rayos del sol. En muy poco tiempo fué levantado aquel edificio portátil, y adornado en su interior por una doble estera que le daba un color y un aspecto magníficos; la ventana que se abrió en mi nueva habitacion, practicando una abertura en la estera, se cerraba por medio de otro pedazo de estera, atado en la parte superior de la habitacion, y que subia y bajaba haciendo las veces de persiana; como la puerta era tambien de la misma construccion, quedó mi nueva casa terminada antes de la noche. Pasada la fiesta de la adoracion de los Santos Reyes (año 1714), salimos para Rangamati, en cuyo pais permanecimos veinte y cinco dias, y en el que el obispo administró el sacramento de la confirmacion á mas de mil personas. Despues de habernos dirigido á Ossumpur, penetramos en el interior del pais por medio de los numerosos ca-

nales que le cruzan; y en la iglesia principal dedicada á San Nicolás de Tolentino, recibieron los cristianos el sacramento de la confirmacion. Hácia el Domingo de Pasion, nos dirigimos nuevamente á Dakka, donde pasamos la Pascua, trasladándonos luego á Ougli; en la iglesia de PP. agustinos de esta ciudad, dimos gracias al Señor, por habernos permitido hacer felizmente la santa visita, y permitídonos recobrar la salud durante la misma. Al regresar á Chandernagor, se retiró el prelado al colegio que tenian los jesuitas portugueses en el Bandel de Ougli, terminando en él su gloriosa carrera el dia 11 de junio del año 1715, para irse á recibir en el cielo la recompensa que merecia una vida consagrada enteramente á la conversion de los idólatras.

Los superiores de los jesuitas franceses residentes en Pondichery formaron el proyecto de anunciar la feliz nueva de la salvacion á los infieles de las islas de Nicobar, situadas á la entrada del gran golfo de Bengala, frente á una de las embocaduras del estrecho de Malaca. La principal de aquellas islas, llamada Nicobar, que dá su nombre á las demás, aun que tiene cada una de ellas el suyo particular, fué la que llamó particularmente la atencion de los jesuitas, por ser sus habitantes los que estaban mas acostumbrados al trato de los europeos. « Todo lo que he podido saber acerca de la religion de los nicobarinos, escribia el P. Faure, consiste en que adoran la luna, y temen mucho á los espíritus malignos; no están divididos en diferentes castas ó tribus como los pueblos de Malabar y Coromandel; ni aun los mahometanos han podido penetrar y establecerse entre ellos, á pesar de haberse estendido libremente por toda la India en grave perjuicio del cristianismo. No se vé en Nicobar ningun monumento público que esté consagrado á un culto religioso; solo hay algunas grutas abiertas en las peñas, que son tenidas en gran devocion por aquellos isleños, y en las que no se atreven sin embargo á penetrar, por temor de que les atormente el demonio. Cuando llegué á Pondichery, se pensaba sériamente en los medios que debian emplearse para convertir á aquellos insulares; pero como no queria privarse á las misiones de Carnate y el Maduré de ninguno de sus operarios evangélicos, tuvo que aguardarse á que llegasen nuevos refuerzos para acometer aquella empresa. Presentéme entonces á mis superiores, y les pedí con tan vivas instancias me permitiesen ir á la nueva mision proyectada, que al fin se dignaron acceder á mi deseo, destinándome con el P. Bonnet á aquellas islas. El dia 17 de enero del año 1711, divisamos con mi compañero las islas de Nicobar, y cuya vista animó mas y mas en nosotros el amor que profesábamos á aquel pobre pueblo que acababa de sernos confiado. »

Los dos buques que conducian á los primeros apóstoles que iban á evangelizar á los nicobarinos, tocaron á la isla de Chambolan, la mas inmediata á Achem, en la que hizo Dumaine desembarcar á los dos misioneros, que arrancaron á toda la tripulacion lágrimas de ternura, al ver que iban á asentar su planta en aquel pais infiel que no habia oido aun pronunciar el sagrado nombre de Jesucristo. Antes de desembarcar los dos apóstoles, se vió á un indígena en la orilla con el arco en la mano, que despues de haber fijado con atencion la vista en el buque, fué á internarse en un bosque inmediato. Sin embargo, saltaron los dos jesuitas á tierra con la paz en el alma y la sonrisa en los lábios, como si no debiesen correr en medio de aquel pueblo feroz peligro alguno. Sin mas equipage que un pequeño cofre, que contenia su capilla portátil, y un saco de arroz que les dió el capitan del buque, desembarcaron en la isla, cuyo polvo besaron con respeto antes de tomar posesion de ella en nombre de Jesucristo. (Pl. CXIV, n.° 1.) Despues de haber ocultado su capilla y el saco de arroz, se internaron los misioneros en el bosque, para ir en busca de los insulares. Durante dos años estuvieron evangelizando á Chambolan, desde donde pasaron despues á Nicobar; con solo seis meses que permanecieron en esta última isla, llegaron á





...salo sériamente en los ... empleárse para convertir á aquellos isleños; pero como no queria privar ... de Carnate y el Maduré de ... operarios evangélicos, tuvo ... que llegasen nuevos ... aquella empresa. ... á mis superiores, y les pedí con ... vivas instancias me permitiesen ir á la ... se dignaron ... á mi deseo, ... el P. Bonnet á aquellas islas. En ... 17 ... del año 1711, ... las islas de Nicobar, ... en nosotros el ... esábamos a aquel pobre ... de ... confiado.»

...version de ... los jesuitas ... Pondichery ... feliz nueva ... las islas de Nicobar, ... entrada del gran golfo de Bengala, ... una de las embocaduras del estrecho de Malaca. La principal de aquellas islas, llamada Nicobar, que da su nombre á las demas, aun que tiene cada una de ellas el suyo particular, fué la que llamó particularmente la atencion de los jesuitas ... los que es- ... de los euro- ... acerca ... escri... en la ... y ... es- ... ar ... orse ... en ... vé en ... que esté ... a pe- ... el de- ... se ren-

... que conducian á los prim... iban á evangelizar á los ... á la isla de ... á Achem, en la que hizo ... á los dos misioneros ... toda la tripulacion lágri... que iban a asent... que no hab... nombre de ... dos ... vio un ... con el mano, ... haber fij... cion la ... fué á ... un bosque ... emba... los dos jesuitas ... con ... y la sonrisa ... si ... sen correr ... de ... peligro ... sin m... que un pe- queño ... que ... y un ... buque ... besaron ... de ella ... XIV, n.º 1.) Despues ... y el saco de ... ros en el ... los in- sulares. Durante ... llevado á Ch... despues á Nicobar ... meses que permanecieron en ...



Les Jésuites aux îles de Nicobar



Tritchinápalli

granjearse de tal modo el aprecio de sus habitantes, que derramaron estos al separarse abundantes lágrimas. Dijéronles para hacerles desistir de su determinacion, que corrian á una muerte cierta al ir á recorrer aquellas tribus bárbaras; pero todo fué inútil, por estar resueltos los dos misioneros á cristianizar todo el pais, cualesquiera que fuesen los peligros á que debiesen esponerse. Conforme lo predijeran los nicobarinos, fueron los misioneros bárbaramente asesinados á los quince dias de encontrarse en las tribus vecinas. No adquirieron los franceses la certeza de aquel triste acontecimiento hasta el año 1715.

Muchos son los detalles que hay acerca de la mision francesa del Carnate, y de la que debe ser considerado como su fundador el P. La-Fontaine. Las numerosas iglesias que estableció en ella, demuestran claramente el celo de aquel misionero por la gloria de Dios y la salvacion de las almas. La vizcondesa de Harmoncourt, su madre, le enviaba anualmente una limosna considerable, que le permitia atender á los gastos que ocasiona siempre la apertura de una nueva mision; es imposible manifestar mas valor, actividad ni grandeza de alma, que los que desplegó el misionero en todos los contratiempos que pusieron su constancia á prueba. Durante la persecucion que sufrió en Ballabaram, admiró tanto su dulzura á los soldados que tenian la órden de prenderle, que acabaron por arrojarse á sus piés, y pedirle perdon de las injurias que le habian hecho sufrir. Otro dia en que toda la poblacion estaba sublevada contra los misioneros y los fieles, bastó una sola conversacion que tuvo el P. La-Fontaine con el gefe de las tropas, para convencerle de las verdades de nuestra religion, y hacer que se interesase aquel gefe para que no volviesen á ser los nuevos cristianos molestados en lo mas mínimo. Habiéndose apoderado de la iglesia de Devandapalle los enemigos de la fé, no paró el misionero hasta volver á incorporarse de ella, teniendo que vencer grandes obstáculos antes de poder lograrlo. Nombrado La-Fontaine superior de su misión, supo atraerse con su natural bondad la benevolencia de los franceses y de los malabares, por lo que alcanzó muchas conversiones. Nunca perdió de vista la mision del Carnate, objeto principal de su solicitud; cuando con mas fundamento creia poder ensanchar considerablemente el imperio de Jesucristo, sorprendióle la muerte en el año de 1718. Solo quedó entonces el P. Hubert para dirigir á los fieles de Carnate, en una estension de mas de sesenta leguas: fué tan grande el ejemplo de todas las virtudes, dado por aquel misionero, que no solo fué objeto de la admiracion general, sino que hasta supo ganarse el afecto y confianza de los príncipes, quienes recibian con sumo gusto las visitas de los catequistas, y visitaban á su vez al misionero. Hé aquí de que modo describia en el año 1725 el P. Ducros, los progresos que habia hecho el cristianismo en la mision de Carnate, á los treinta años de haberla fundado los jesuitas franceses: «Habian sido levantados once templos en honra y gloria de Dios; desde la primera iglesia, que es la de Pineipondi, hasta la última, hay mas de cien leguas; se cuentan en aquella mision de ocho á nueve mil cristianos, entre sudras y parias. Cuatro misioneros eran los que estaban al frente de aquella cristiandad, á saber: los PP. Aubert, Gargan, Duchamp y Le-Gac; siendo este último su superior, y el que como tal estaba encargado de recorrer siempre aquella vasta mision para atender á todas sus necesidades. Son los brahmas nuestros mas crueles enemigos; imposible nos seria resistir á su persecucion incesante, si no nos viésemos protegidos por el nabab ó virey del Carnate, y hasta por el mismo gran Mogol, que ha dado recientemente órdenes muy favorables á la religion cristiana.» El dia 30 de setiembre del año 1733, escribia el P. Calmette acerca de la mision de Carnate, lo siguiente: «Se estiende á mas de doscientas leguas de Pondichery, cuya ciudad es, por decirlo así, su piedra fundamental; hay diez y seis iglesias, sin contar las dos que pertenecen á los fran-

ceses establecidos en Pondichery y Ariancupan. Somos seis misioneros para procurar la salvacion á este pais infiel, pero pronto recibirémos el refuerzo de otros dos que se proponen venir á secundarnos en el apostolado; en el reino de Bengala va á abrirse cuanto antes un vasto campo, en el que será establecida una nueva mision, que comprenderá todo el norte de la India. El príncipe de Orixa nos llama para que vayamos á predicar la fé en sus estados; y hay al propio tiempo otro príncipe, mucho mas poderoso aun en el Indostan, de la raza de los rajaes, que suplica tambien á los misioneros de Bengala, que vayan á anunciar el Evangelio en su reino. Es aquel príncipe muy amante de las ciencias, y tiene conocimientos profundos, á juzgar por las cuestiones que ha propuesto á los misioneros sobre astronomía. El P. Boudier, á quien iban aquellas dirigidas, y que está muy al corriente de todos los adelantos que se han hecho en ella, acaba de hacer en Bengala nuevas observaciones, y en las que ha basado nuevas tablas astronómicas. Se ha resuelto que el P. Boudier, acompañado de otro misionero, pase á satisfacer la curiosidad del príncipe acerca de la astronomía, y que examine al propio tiempo las ventajas que podrá el cristianismo reportar de su proteccion y del espíritu de sus pueblos; puesto que las ciencias pueden aquí, como en la China, ser uno de los principales medios que emplee Dios para la edificacion de su Iglesia. Si podia procurarse por aquel medio el establecimiento de una mision, tendríamos, por decirlo así, bloqueada la India; porque mientras que por el Cabo Comorin, nos adelantamos hácia el norte, los misioneros de Bengala podrian reunírsenos por el sud, y formar de este modo una mision que tendria mas de quinientas leguas.» Los jesuitas franceses conferian en Bengala anualmente el bautismo á millares de niños; cuando sus padres no podian procurarles el sustento, ó se veian en grave peligro de muerte, sus mismas madres iban á vendérselos. El P. Possevin escribia desde Chandernagor, acerca de esto: «Cada niño nos cuesta dos rupies y un pedazo de tela, lo que equivale á un escudo de nuestra moneda; precio en verdad muy módico para comprar una alma redimida por la sangre de un Dios. Además, nos hacen entrar aquellas compras en conversacion con las madres, algunas de las cuales acaban despues por abrazar el cristianismo con los demás hijos que les quedan.» En los años 1744 y 45, que esperimentó aquel pais el doble azote del hambre y la peste, construyó el P. Mosac, superior de los jesuitas, un hospital en Chandernagor para los pobres y los huérfanos, así como tambien para los niños moribundos, vendidos por sus padres; en el año 1753, alababan al Señor en aquel establecimiento piadoso unas ciento cincuenta vírgenes, á las que habian abierto los misioneros las puertas del cielo. Completarémos aquí las noticias recibidas acerca de la mision de Carnate, citando una carta del P. de San Estéban, escrita el 15 de noviembre del año 1755, en la cual decia del P. Gargan, que acababa de morir, lo siguiente: «En los cuarenta años que ha trabajado en estas regiones, ha prestado al pueblo los mas señalados servicios; la costa de Coromandel fué tambien teatro de su apostolado; así como tambien fundó diferentes iglesias y comuniones cristianas en las provincias del norte. Ninguno de sus predecesores se habia internado tanto en el pais; á los mas penosos trabajos y al insufrible rigor de un clima ardiente, unió siempre Gargan una vida de mortificacion y penitencia. Dotado de un carácter amable y dulce para todos, solo era en estremo severo para sí; por lo que tenia en alto grado el don de atraerse todos los corazones. No obstante su avanzada edad de setenta y dos años, no interrumpió Gargan el ejercicio de sus funciones, hasta cuatro dias antes de su muerte, considerada con razon como una verdadera calamidad para Pondichery.»

Dejamos á la consideracion de nuestros lectores lo mucho que sufririan los misioneros de Carnate en los largos y frecuentes viages que

se veian obligados á emprender en un clima de sí tan ardiente y mal sano. Véase acerca de esto lo que escribia el P. Saignes á 3 de junio del año 1736: « Por tres veces he cambiado la piel de mi cuerpo, cayéndome á grandes pedazos, como sucede á las serpientes; lo que mas sentia era que no fuese la nueva piel menos blanca que la primera, por la fatal idea, que como sabeis, se han formado de los pranguis de color blanco. Cuando nos es dado encontrar en nuestro camino un charco de agua turbia, nos creemos en el colmo de la dicha. Es innegable que sin la proteccion visible de la Providencia, ningun misionero podria resistir por mucho tiempo las privaciones de toda clase que nos cercan, ni dejar de ser devorado por las fieras que tanto abundan en este pais. Hace algun tiempo que, sofocado por el calor y rendido de fatiga, me senté á la sombra de un árbol frondoso y me quedé profundamente dormido; en breve, empero, me desperté á los agudos chillidos de un ave, que estaba luchando con una enorme serpiente en el árbol bajo el cual yo dormia. Obligada la serpiente á ceder el campo á su contrario, se *deslizó* por el tronco del árbol y se arrojó sobre mí: el movimiento que hice al levantarme, impidió que me alcanzára. Tendria unos cuatro piés de largo, y era enteramente verde: están aquellas serpientes siempre en los árboles aguardando á que pasen los viageros para arrojarse sobre ellos.» El P. Tremblay, religioso que estaba evangelizando la India desde el año 1734, dice no haber ejemplo de que ningun misionero hubiese sido mordido. « Estaba, añade, acostado de noche sobre una estera en un pequeño cuarto, en el que teníamos el Santísimo Sacramento. Al despertar cierta mañana, ví con horror que tenia sobre mí una serpiente enorme, cuya cabeza descansaba sobre mi hombro; hice en tal apuro la señal de la cruz, y en aquel mismo instante fué deslizándose la serpiente hácia el pavimento, siendo muerta por un religioso que acababa de entrar en mi aposento. No puedo omitir aquí el peligro de que me ví tambien libre otra vez por la proteccion del cielo. Viajábamos cierta noche, ocupados en rezar el rosario, segun nuestra costumbre, cuando de repente se nos presentó un tigre en medio del camino, dispuesto al parecer á disputarnos el paso; estaba tan cerca de nosotros, que habria podido fácilmente alcanzarle con mi palo. Los cuatro cristianos que me acompañaban, aterrados al verse en tan inminente peligro, esclamaron: *¡ Santa María!* á semejante esclamacion, se apartó la fiera del camino, y lanzó un rugido al vernos pasar, como para indicarnos el dolor con que veia escapársele tan buena presa. »

La mision de Maissur, fundada por el jesuita Cinnami, ofrecia á poca diferencia los mismos peligros. « Lo que ha hecho á los maisures tan temibles á todos sus vecinos, dice el P. Bouchet, es el modo ignominioso y cruel con que tratan á los prisioneros de guerra; pues tienen la bárbara costumbre de cortarles la nariz, y despues de salarla para que se conserve, enviarla á la córte. Los gefes y soldados reciben un premio conforme al número de prisioneros en que han ejercido aquella inhumanidad; dependiendo la consideracion de que gozan en la carrera de las armas, de los actos mas ó menos injustos á que se han entregado desde que la abrazaron. El P. Dacunha, enviado al Maissur por el provincial de Goa, estuvo cultivando aquel campo durante tres años con un celo infatigable, en medio de las mayores persecuciones; la antigua iglesia que tenia en los dominios del rey de Cagonti, fué incendiada por los mahometanos; el religioso, empero, no paró hasta construir de nuevo otro templo que fuese aun mucho mas vasto y magnífico. Entretanto, iba el cristianismo en aumento, ya por haber confundido el misionero públicamente á los *dasseris*, sacerdotes de la religion del pais, ya por la proteccion que le dió el *delavay*, general en gefe del ejército. El dia de la Asencion del año 1711, celebró el P. Dacunha la misa en su iglesia, siendo la primera y última que dijo en ella, por haber ido á cercarle los dasseris en el mismo

templo, donde recibió el misionero diferentes heridas y habria sido asesinado al pié mismo del altar, á no interceder en su favor uno de los brahmas que respetaba mucho su virtud y su talento, desde que habia sido vencido por él en una controversía pública. En el triste estado en que se veia el misionero, fué conducido por sus verdugos á presencia del gourn, quien sentado en una alfombra manifestaba tanto orgullo y cólera, como constancia y humildad se descubrian en el rostro del apóstol. «El gouru, escribia el jesuita Santiago, habló en un principio al P. Dacunha con el mas profundo desprecio; luego le preguntó quien era, de donde procedia, cual era su idioma y el pais en que habia nacido; y como no le contestase el misionero á ninguna de sus preguntas, se dirigió el gourou al catequista que estaba á su lado. Este respondió que era el religioso kchatria, esto es, de la segunda raza de los indios; entonces le hizo el gourou las siguientes preguntas acerca de la religion: «¿Quién es Dios? — Es un soberano que tiene un poder infinito, contestó el catequista. —¿Qué quieren decir esas palabras? — El misionero tomó entonces la palabra, y dijo: «Es un ser puro y perfectísimo, que no tiene principio ni tendrá fin.» A estas palabras prorumpió el gourou en una carcajada, y luego añadió: «Si, sí, pronto te enviaré á ese Dios para que sepas si es un ser perfectísimo.» Preguntóle entonces si brama de Tripurdi, ídolo muy reverenciado en el pais, era ó no Dios; y como el misionero le contestase negativamente, se encolerizó el gourou en gran manera, é iba sin duda á condenar á muerte al misionero, á no haber intercedido por él algunos gentiles, compadecidos de su triste suerte. Mientras estaba aun el misionero ante el gourou, fueron dos antiguos cristianos á abrazar á su pastor, y se ofrecieron á defender generosamente con él los intereses de la religion, cualquiera que fuese el peligro á que debiesen esponerse; iguales deseos manifestó tambien el catequista. Como viese el gefe de los dasseris, que permanecian los cristianos en su fé inalterable, y que era cada vez mas numeroso el pueblo que se interesaba en su favor, mandó al misionero que saliese inmediatamente de su jurisdiccion, sin darle si quiera el tiempo necesario para curar sus heridas ni las de los demás cristianos, haciéndole partir aquella misma noche. Al ver el misionero que de ningun modo podia diferir su partida, dirigió una triste mirada á aquella pobre iglesia, objeto de toda su ternura, y se despidió de los nuevos cristianos, encargándoles la perseverancia en la fé, cualquiera que fuesen los contratiempos á que tuviesen que hacer frente en lo sucesivo. No pudiendo tenerse de pié, tuvo el misionero que ser conducido á Capinagati, cuyos cristianos me advirtieron desde luego el grave peligro en que estaba su pastor; por lo que fuí inmediatamente á visitarle. Al ver que iba de mal en peor y que se acercaba su última hora, me dijo el P. Dacunha que le administrára los últimos sacramentos; y luego de haberlos recibido, pronunció el dulce nombre de Jesus, me abrazó tiernamente, y se durmió en el seno de Dios, á consecuencia de los ultrajes y heridas que recibió de los brahmas y de los dasseris de Cagonti.» No podemos continuar la historia de la mision del Maissur por falta de datos; así que, volverémos á continuar la del Maduré, resumiéndola en la biografía del jesuita Beschi, digno sucesor de Roberto de Nobilibus y de Juan de Britto.

Nació José Beschi en Italia, y fué educado en Roma. Sintiéndose inclinado desde su mocedad á la vida apostólica, dió comienzo á sus estudios (1). Habiendo sido enviado mas tarde por Inocencio XII en calidad de misionero al Indostan, llegó aquel jesuita en el año 1700 á Seranadu ó Malealam, en la costa de Malabar. A las lenguas italiana, hebrea, griega, latina y portuguesa, que poseia ya, unió en breve la del sanskrito y el telenga; fueron tan-

(1) *Memoria sobre la vida, las obras y los trabajos apostólicos del P. Beschi, muerto en la India á mediados del último siglo*, por Eugenio Sicé de Pondichery, miembro de la sociedad asiática de Paris, en los *Anales de la Filosofía cristiana*; 3.ª *serie*, t. IV, p. 30.

tos los progresos que hizo en el tamul, que no paró Beschi hasta conocer á fondo todas las obras de los principales escritores tamules, tales como Tirouvallouvar, Camben, Tolcapiinaar y otros. Desde su llegada, procuró Beschi atraerse la benevolencia de aquel pueblo tan singular y obstinado en sus costumbres, conformándose ó aceptando todas aquellas que podian conciliarse con su doble carácter de cristiano y sacerdote. Como los naturales, se abstuvo de comer carne y pescado, viviendo solo de leche, legumbres y fruta; siendo siempre los indos distinguidos que habia logrado convertir los que le preparaban la comida. Cubria su cabeza un *coulla*, especie de gorro de seda de color de fuego; llevaba ceñido en la cintura un *somen*, ó faja de paño encarnado; un manto de color de rosa en anchos pliegues le envolvia la cabeza y los hombros, y eran sus zapatos unos grandes zuccos. Al salir, llevaba un *angui*, sobretodo, ó túnica á la persa, de muselina teñida con una tierra encarnada y un cinturon del mismo color; llevaba además una toca blanca, un velo que tenia el mismo color del angui, aunque no tan subido, un par de *moutou-kadaguen*, pendientes de perlas, un anillo de oro, y por palo ó baston una larga caña de junco. Tal era el rigoroso trage que usaba siempre al salir en su palanquin; procurando los que le servian al entrar en quitarle sus sandalias, para envolverle los piés con la piel de tigre que cubria los cogines de su palanquin. Precedianle siempre muchos jóvenes que ostentaban vistosas plumas en señal de distincion, cerrando el cortejo un hombre que llevaba un ancho quitasol de seda, del mismo color del vestido del jesuita. Cuantas veces salia este de su palanquin ó silla, se tenia un particular cuidado en tender una nueva piel de tigre para que le sirviera de asiento. De este modo trocó Beschi las costumbres europeas por las del Indostan, á fin de grangearse el aprecio de los idólatras, y lograr mas fácilmente su conversion; además, sus frecuentes viages le pusieron en relacion con los hombres mas eminentes del pais, los cuales, como se verá despues, le procuraron grandes ventajas. Por otra parte, como no habia pobre que no fuese por él socorrido, ni desgraciado que no encontrase en él un consuelo, y procuraba sobre todo, al instruir á la juventud é inculcarla la piedad mas tierna, en breve fué Beschi el ídolo de aquel pueblo agradecido. Despues de haber fundado una iglesia en Conacupam, pueblecito habitado por la raza llamada de los ladrones, se dirigió á Meliapur, donde, de acuerdo con el obispo, vistió á la Vírgen á la usanza del pais, y la envió luego á Manila, á fin de que construyesen otra imágen enteramente igual. Cuando se recibió en Meliapur la nueva imágen, se le dió el nombre de *Poria-Nayagui-ammalle* (Nuestra Señora); y luego la colocó Beschi en la iglesia que habia hecho construir en Conacupam; instituyendo en honra de la Vírgen una novena que aun continúa celebrándose hoy dia. Los quince himnos (*padels*) que se cantan durante la fiesta, fueron compuestos por el misionero; tambien hizo construir en el año 1726 otra iglesia, que dedicó á Ntra. Sra. del Buen Socorro, en la poblacion de Arialur. Las obras en verso escritas por Beschi en tamulco, que «brillan como el sol de la ciencia en la cumbre de una montaña de oro» son principalmente el *Tembavani*, poema religioso cantado en nombre de la poblacion de Arianur, en honor de San José, que contiene tres mil seis cientos quince versículos, divididos en treinta y seis cantos (*padalam*), y que fué publicado en el año de 1726; no pudiendo los idólatras comprender toda la filosofía cristiana que encerraba aquella obra, escribió un comentario de ella el año 1729; pero como solo pudiesen comprenderle los hombres de letras, publicó otro segundo en prosa, que estaba al alcance de todos. Su reputacion se aumentó de tal modo luego de haber sido conocido el *Tembavani*, que todos los filósofos y poetas, para mostrar lo mucho en que tenian su talento, resolvieron cambiarle su nombre de Dairinada souami (Padre Constantino José) por el de

Viramamouni (*vir doctissimus*). El *Tiroucavalour kalambagam*, el *Adeicamaley*, y el *Kalivenba*, fueron las tres obras en verso que escribió Beschi despues del *Tembavani*· el estilo de todas ellas es muy poético y de una pureza notable. A estos tres poemas siguió la publicacion de *Kitteriammale saritiram*, ó historia en verso de Santa Catalina de Portugal, compuesta de mil ciento estrofas divididas en diez cantos, cuyo estilo aunque mas sencillo, está lleno de elegancia y sentimiento. Además compuso Beschi otras varias obras acerca de la Vida, pasion y muerte de Jesucristo, la virginidad de María, su inmaculada Concepcion y sus dolores. El P. Beschi dictaba á la vez en verso á cuatro secretarios indos, que escribian en una hoja de palmera (óle); teniendo otro quinto secretario, que estaba encargado de poner despues aquellos versos en limpio. Era imposible que un solo escribiente hubiese podido seguir á aquella concepcion fecunda; entre las obras tamules que escribió Beschi en prosa, citarémos el *Vediar oujacam* (Guia de los eclesiásticos) y el *Niana ounartel* (Instruccion religiosa), publicadas ambas en el año 1727. Los daneses de Tranquebar entregaron á un indígena instruido un ejemplar de su Evangelio tamul, para que fuese á predicar el cristianismo, alterado por los reformados, en el punto mismo en que residia el misionero. Así que tuvo noticia el misionero de las ideas vertidas por el nuevo predicador, publicó el *Veda vilacam* (esposicion de la doctrina cristiana) en la que combatia gloriosamente todos los errores de los tranquebarianos, á los que envió un ejemplar de su obra. Algun tiempo despues se dirigió á Tirucadey, pueblo situado á corta distancia de Tranquebar, á fin de que pudiese contestar de palabra á las objeciones que quisiesen hacerle los daneses; volviéndose á los ocho dias á su residencia, sin que se le hubiese presentado ninguno de ellos. Para vengarse de la derrota que acababan de sufrir, tradujeron al tamul los daneses un escrito portugués titulado el *Cisma de la iglesia católica*, y enviaron tambien un ejemplar al P. Beschi, quien descubrió en él diez y siete errores que refutó desde luego en su *Bedagam aroutel* (Refutacion del cisma), dirigido á los habitantes de Trencabar, que no volvieron desde entonces á despegar los lábios. Nada dirémos acerca de las obras que escribió el sábio misionero para facilitar el estudio del tamul, ni tampoco de sus tratados sobre astronomía y medicina.

Habiendo tenido el misionero que dirigirse al nabab de Tritchirapalli (Pl. CXIV, n.º 2) capital del Maduré, aprendió antes de tres meses el persa y el turco hasta el punto de hablar y escribir con facilidad las dos lenguas. Admirado el nabab de su mérito, le dió el nombre de Ismat sanniasi (penitente sin mancha), y le regaló un magnífico palanquin que habia pertenecido á Satoula-khan, su abuelo. Para atender á sus gastos, hizo señor al misionero de cuatro poblaciones, que le producian una renta anual de doce mil rupies, (unos cinco mil quinientos duros), y le nombró divan (su primer ministro) obligándole por lo mismo á quedarse á su lado. Dispensáronse al P. Beschi en todos sus viages los honores reservados á los grandes gurues. Salianle en todas partes al encuentro numerosos heraldos; seguian en pos de ellos una escolta de treinta ginetes que no se separaban ya mas de su lado, con doce porta estandartes, que le ofrecian dos magníficos caballos, uno negro y otro blanco, ricamente enjaezados. Terminaban el cortejo un corneta de caballería y algunos soldados que tocaban un enorme bombo que se oia á una gran distancia. Por último, habia cuatro camellos mas, uno de los cuales llevaba todos los ornamentos necesarios para que pudiese el misionero celebrar la misa, y los otros tres los bagajes y las tiendas. Lejos de impedirle sus funciones civiles atender á los deberes del ministerio apostólico, y ser un obstáculo para la conversion de los idólatras, facilitaban por el contrario su accion todos los hombres mas notables del pais, que iban á tributar gustosos un homenage á la virtud y ciencia del apóstol. Dos *pandaroms* (penitentes), convencidos de que

ninguna ventaja podian prometerse en una cuestion sostenida verbalmente con el religioso, trataron de sostenerla por medio de signos, creyendo que el misionero no los comprenderia. No solo aceptó Beschi su proposicion, sino que tomando la iniciativa, les hizo con su diestra una señal de interrogacion, para indicarles sobre lo que debia versar la cuestion. Uno de los *pandaroms*, le mostró entonces dos dedos para confundirle, puesto que aquel signo podia significar ser dos los que estaban presentes, ó ser dos los puntos sobre que debia versar la cuestion; pero Beschi sin pararse en aquel doble sentido, señaló desde luego los dos puntos que debian ser objeto de la cuestion, esto es: el vicio y la virtud, el bien y el mal, el cielo y el infierno. Luego levantó el misionero un solo dedo y juntó las manos: siendo entonces los pandaroms los primeros en romper el silencio y preguntarle la significacion de aquel signo. A lo que contestó Beschi, que indicaba no haber mas que un Dios, creador de todas las cosas, y que fuera de él todo es falsedad y engaño; por lo que se retiraron confundidos los dos pandaroms, sin proferir otra palabra. Otros nueve de ellos, que eran reputados por los primeros dialécticos del Indostan, resolvieron á su vez discutir con Beschi sobre la filosofía y la religion; debiendo durar un mes aquella pública controversía, y despues de la que debia ponerse el vencido á disposicion del vencedor. Fué tan señalado el triunfo que obtuvo sobre ellos el misionero, que los seis abrazaron el cristianismo, y los tres restantes le ofrecieron en homenage su larga y espesa cabellera, que tenia de cinco á seis piés, las cuales fueron llevadas á la iglesia de Tiru-cavolur. En cierta ocasion que era aun Beschi divan del nabab, pasaba frente á un templo, que se le dijo ser el de Vineytiratan (el médico de todos los males); díjosele así mismo que en él los ciegos recobraban la vista, los paralíticos el uso de sus miembros, y que así como el sol disipaba las tinieblas, hacia desaparecer aquel dios todas las enfermedades. Beschi improvisó entonces un venba, cuya significacion era la siguiente: «Tiene Vineytiretan mal en las piernas; su hermano padece una incontinencia de orina, y su hijo está hidrópico. Él, que ni aun en su cielo ha sabido procurarse un remedio, ¿cómo es posible que pueda curar en la tierra los males de los demás?» Aquel venba, hecho en desprecio del dios falso, tiene un sentido mitológico que conviene conocer: Vineytiratan, apostó un dia con Kali, diosa de la muerte, á que bailaria con una sola pierna, teniendo por mucho tiempo la otra levantada é inmóvil. El Ganges, se cree que sale de los piés de Vichnu, hermano de Vineytiratan, y esta creencia de los idólatras esplica la incontinencia de orina, de que el misionero le suponia afectado; además, Ganesa, hijo de Vineytiratan, era representado por los idólatras con un vientre enorme, que le hacia semejarse á un hidrópico. La gracia de aquel epígrama, lejos de exasperar á los gentiles, produjo muchas conversiones. Fatal en estremo fué el año 1740 al nabab, del que continuaba aun siendo Beschi el primer ministro; habiendo sido tomada la capital por el ejército enemigo, se retiró el misionero á Cael-patanam, que estaba en poder de los holandeses, y desde donde se dirigió á Manapar. Dedicó Beschi los dos últimos años de su vida á la instruccion de los cristianos, y á corregir sus muchas obras, escritas en tamul, telenga, latin y portugués, muriendo en el año 1742.

La biografía de Beschi nos indica claramente que, además de los peligros á que hemos visto hasta aquí espuestos á los misioneros de aquella region, pesaban tambien sobre ellos los peligros de la guerra.

«A pesar de estender los mogoles rápidamente sus conquistas por esta parte de la India, dice un jesuita, dejaban subsistir los antiguos reinos de Tanjaur, Maduré, Maissur y Marawa, cuyos estados continuaban siendo gobernados por príncipes gentiles, sin mas obligacion que la de pagar un tributo anual al gran Mogol, y de la que sabian prescindir aun con frecuencia; viéndose el emperador precisa-

do á enviar tropas contra ellos, para obligarles á pagarle aquel tributo. Cansados al fin los mogoles, invadieron los estados de muchos de aquellos príncipes gentiles, sembrando por do quiera á su paso la confusion y el espanto; en tal apuro, imploraron los príncipes el ausilio del rey de los marates, advirtiéndole al propio tiempo que, sino se oponia á los progresos de sus enemigos, no solo perderian sus estados, sino que hasta su religion seria enteramente destruida por los mahometanos. Habitaban los maratas las montañas situadas detrás de Gou, en la costa de Malabar; Sutura, capital de aquel pais, es una plaza fuerte considerable. El rey de los marates era tan poderoso, que llegó á invadir algunas veces los estados del Mogol, al frente de ciento cincuenta mil caballos, sin parar hasta obligarles á pagarle las contribuciones; así que, instado vivamente por los pueblos de Tritchirapalli (entonces capital del Maduré), y seducido por la codicia, resolvió invadir y devastar aquel pais, enriquecido por el oro y plata de todas las naciones del mundo que hacian en él su comercio. Formó pues un ejército de ciento cincuenta mil infantes y sesenta mil caballos, el cual recibió en el mes de octubre del año 1739, la órden de dirigirse á Carnate.» «Los ejércitos de los marates, que recorren anualmente esta parte de la India para hacer pagar los impuestos, dice el P. Calmette, llevan consigo una numerosa y edificante comunion católica, que obra muchas conversiones. Hay en cada cuerpo de ejército un número considerable de familias cristianas, y cuyos neófitos han elegido un gefe que les sirve de catequista. Todos los domingos adornan una vasta tienda en forma de iglesia, en la que se reunen los fieles para oir las pláticas y hacer sus preces, lo que hacen con tanto ardor y celo, que se vé obligado el misionero á moderar la penitencia que ha de imponer en el confesionario.» Muy distinta es la pintura que hace de aquellos pueblos el P. Saignes, presentándoles como devastadores de toda la península; he aquí lo que escribia aquel misionero, á principios del año 1741: «Llegaron el año último hasta las orillas mismas del Ganges; luego dirigiéndose al oeste, se apoderaron de todo el pais ocupado por los portugueses y cercaron la ciudad de Goa, que de seguro habria caido en su poder, á no ser los numerosos fuertes que la defendian. La toma de aquella ciudad habria sido para la religion un golpe terrible, por haber causado la ruina de las misiones del Canara, Maissur, Maduré, Travancore y la isla de Ceylan; puesto que todos los misioneros que hay en esos diferentes reinos, viven de la pension que les fué asignada por el rey de Portugal. Todas nuestras iglesias han sido saqueadas por los maratas; viéndose obligados los misioneros encargados de ellas, á huir para librarse del furor de los invasores; hay ya en Pondichery catorce de aquellos operarios evangélicos. Ignórase cual ha sido la suerte de cuatro religiosos portugueses que han desaparecido de sus destinos durante la invasion; pero mucho mas se teme aun por la de otros dos, cuyas iglesias estaban muy en el interior del reino de Maissur. Muchos han logrado salvarse en lo mas áspero de las montañas; solo el P. Madeira no ha podido librarse del furor de aquellos bandidos; á instancias de un brahma, que les dijo tener aquel religioso inmensos tesoros, le azotaron cruelmente para obligarle á entregárselos; teniéndole además por espacio de muchos dias, atado á un poste casi enteramente desnudo, y espuesto á los rayos de un sol abrasador, sin darle mas alimento que un poco de arroz para que no muriese de hambre. Al ver los maratas los pocos ornamentos que tenia el religioso en su iglesia de Vergampetti, creyeron haberles engañado el brahma acerca de sus riquezas; pero este les dijo: «Preciso es reducirle al último estremo; porque aunque él no tenga dinero, ya lo darán sus discípulos por librarle del tormento.» Los maratas siguieron aquel pérfido consejo, y anunciaron al misionero haber resuelto hacerle morir en los mas crueles suplicios, si no procuraba que les entregasen sus discípulos todo

el dinero que tenian en su poder. Informados los cristianos de la triste situacion en que se veia su padre en Jesucristo, se ofrecian á reunir la suma que se exigia para su rescate; pero el religioso prohibió terminantemente á sus discípulos que entregasen para su libertad suma alguna, prefiriendo morir él á verles reducidos á la última miseria. Si bien admiró en gran manera á los maratos aquella resolucion heróica, iban á condenarle no obstante á los mas atroces tormentos, cuando al ver uno de sus gefes la heróica firmeza del misionero, esclamó: «Dejad en paz á ese sanniasi, porque sé que podríamos atraernos la cólera del Dios temible que invoca, si continuábamos atormentando á su siervo; además, es un estrangero que hace á los hombres todo el bien posible con sus oraciones y sus útiles consejos.» ¡Qué triste situacion la que ofrece este asolado pais! Preciso nos será construir nuevas iglesias en todos los puntos en que han sido destruidas, reparar otras muchas, y sobre todo, reunir á nuestros pobres cristianos dispersados, desde que se lanzó en estos reinos el primer grito de guerra. Además de la invasion de los maratos, que, cual torrente desbordado, inundaban los reinos del Indostan, tenian que sufrir los misioneros el doble azote de la guerra civil que sostenian entre sí los príncipes indígenas, y los *nababs* ó vireyes del emperador del Mogol. Lejos empero de desalentarse los misioneros ante aquellos disturbios que sembraban cada dia el terror y la muerte entre los naturales, procuraron aun con mas empeño á los pueblos el consuelo de la religion cristiana. Por esto pudo el P. Tremblay decir con razon al ver los brillantes resultados que daba en todas partes su celo: «Es la mision de la India la mas floreciente del mundo; ninguna hay en que los fieles den un ejemplo tan patente de todas las virtudes con que admiraron al mundo los primitivos cristianos. Por misiones de la India, entiendo la establecida en los reinos del Maduré y de Maissur, y en las provincias vecinas, tales como las de Travancore y Comorin, las cuales, á pesar del hambre y la guerra, cuentan aun con mas de trescientos mil cristianos.»

Preciso nos es aun continuar aquí la relacion de los hechos ocurridos con motivo de la controversía entablada acerca de los ritos malabares, y sobre la cual habia dado el patriarca de Antioquía el dia 23 de junio del año de 1704 una disposicion favorable á los adversarios de los jesuitas. Cuando Visdelou, obispo de Claudiópolis, se vió obligado á pasar desde China á Pondichery, el pontífice romano le encargó en gran manera la observancia de aquella disposicion; pero temiendo, que, á causa de la opinion que habia demostrado cuando la cuestion sobre los ritos chinos, en la que disentia de la mayor parte de sus antiguos colegas, fuese su intervencion un obstáculo para la paz de aquella iglesia, el mismo Visdelou suplicó al Papa que le relevára de aquel cargo. Habiendo sido considerada la controversía en Roma de muy distinto modo, por una Congregacion de la que formaba parte el cardenal Lambertini, despues Benedicto XIV, dirigió Benedicto XIII en 12 de diciembre del año 1727 á los apóstoles del Maduré, Maissur y Carnate, un breve que confirmaba el arreglo propuesto por Maillard de Tournon. En virtud del primer decreto dado sobre la cuestion de los ritos malabares por Clemente XII á 24 de agosto del año de 1734, los jesuitas Le Gac, de La Lane, de Montalembert, Turpin y Vicary, presentaron el dia 22 de diciembre del año 1735 al gobernador de Pondichery una acta de adhesion y obediencia. Al firmar mas tarde los jesuitas la fórmula del juramento que se les prescribia, en virtud de las constituciones de 13 de mayo del año 1739, presentaron á la decision de la Santa Sede tres nuevas dudas para resolver las cuales dió Benedicto XIV á 12 de setiembre del año 1744, la Bula solemne que sirve aun de regla de conducta á los misioneros.

«Lo que afligia mas sensiblemente el corazon de Benedicto XIV, dice el P. Cahour, era el que sus predecesores todo lo habian inten-

tado en vano, para destruir en el corazon de los indios convertidos el desprecio con que miraban á aquellos de sus hermanos que reprobaban las leyes de la humanidad y del Evangelio. La religion cristiana habria logrado sin embargo modificar enteramente las costumbres de los neófitos en sus relaciones mútuas y privadas, á no haber sido la funesta influencia de los idólatras; además, los neófitos que pertenecian á las clases elevadas, no podian resolverse nunca á humillarse en público, sobre todo, á presencia de los demás nobles que no se habian convertido. La abnegacion de los jesuitas inventó empero un medio para vencer aquellas dificultades insuperables, por mas que debiese aquel medio costarles muy caro. He aquí lo que dice de él Benedicto XIV en su bula tantas veces citada como una prueba del desprecio con que miraba la Compañía de Jesus las riquezas. « Cuando escitados por el ejemplo de Jesucristo Nuestro Señor, y por el de los pontífices que nos han precedido, buscábamos con ansiedad un medio por el cual pudiésemos al fin obtener lo que nuestros predecesores habian deseado tan ardientemente, los misioneros de la Compañía de Jesus, que estaban encargados de las misiones del Maduré, Maissur y Carnate, despues de habernos pedido una resolucion sobre el artículo de los parias, se han ofrecido, mediante nuestra aprobacion, á delegar á algunos misioneros para que se encargasen esclusivamente de la conversion de los parias. Como esperamos que bastaria aquel medio para lograr su salvacion, lo aceptamos con el mayor gusto, atendidas las circunstancias presentes, y no podemos menos de recomendarlo con toda eficacia. »

La bula de Benedicto XIV llegó á Goa el año 1745, ó sea un año despues de haber sido publicada en Europa; procuróse cumplir la promesa hecha, por mas que atendido el escaso número de obreros de la Compañía fuese aquel cumplimiento difícil. No podia con razon arrancarse de sus antiguas misiones á los jesuitas que estaban al frente de ellas; por lo que fué preciso crear otros de entre los indígenas que no tuviesen relacion alguna con los brahmas ni los parias. Los primeros en presentarse fueron los PP. Arcángel de Origni y Bartolomé Babosa; pero no fué su ofrecimiento aceptado, por haberse preferido emplear el uno de ellos en el gobierno de la provincia, y confiar al segundo una cátedra. Procuraron entonces dos jóvenes jesuitas terminar sus estudios lo mas prontamente posible, interrumpiendo sus cursos de teología docmática, para consagrarse á la cultura de los parias: tales eran los PP. Antonio José y Joaquin Paolino; tambien se juntaron á ellos Manuel Suarez y José de Lemos, ambos sacerdotes, partiendo los cuatro para Maissur á principios de enero del año 1747. Habrian comprometido á los demás religiosos que se dedicaban á la instruccion de las clases nobles, si hubiesen sido reconocidos por sus hermanos; porque si bien en el Maduré tenian los misioneros de los parias alguna relacion con las demás castas, era aquello en el Maissur enteramente imposible. Despues de haberse hablado en una carta de Goa, de la primera entrada de los jesuitas parias, que se habian dividido de dos en dos, refiere de este modo las precauciones que se vieron obligados á adoptar. « Unicamente el que haya conocido por esperiencia aquellas regiones y las costumbres de sus habitantes, podrá comprender las muchas dificultades que habia de ofrecer semejante viage. Los cuatro religiosos debieron vestirse de distinto modo que los demás misioneros de su misma órden, sin poder confabularse mas que con las personas que se veian obligados á tratar, y á montar bueyes en vez de caballos. Nada eran empero aquellas privaciones, comparadas con las que debian sufrir en sus contínuos viages, por no hallar nunca mesones ni casas en los caminos para procurarse provisiones ó tomar algun descanso; porque las pocas que se ven esparcidas de trecho en trecho, solo pueden hospedar á las personas acomodadas, debiendo las que no lo son abstenerse de entrar en ellas, y procurarse algun descanso á la sombra de

los árboles.» Las siguientes líneas, contenidas en la propia carta ó *Relacion*, demuestran hasta que punto estaban poseidos del espíritu de la fé aquellos misioneros que tantas humillaciones sufrian por Jesucristo. «¡Seguid, seguid la gran via de la cruz, fieles compañeros del Cristo, vuestro gefe y maestro querido! Vosotros sois, segun el apóstol, considerados como la escoria que el mundo rechaza; pero en realidad sois la verdadera gloria de nuestra Compañía, y el mas bello ornamento de esta provincia. Que vuestro corazon no se turbe en lo mas mínimo por la indiferencia de vuestros hermanos, ni porque os desconozcan los hijos de vuestras madres (Ps. 68, 9) negándoos los abrazos y huyendo de vosotros; si bien que á serles permitido, cumplirian para con vosotros todos los deberes de la caridad. Cuando al hallarles les direis con San Pablo: *Vosotros sois nobles*, y *nosotros miserables*, os prometo que les haréis derramar lágrimas, y que les obligaréis á envidiar santamente vuestra ignominia.» En el año 1752, el P. Timoteo Javier se habia reunido ya con los otros cuatro religiosos que hemos visto partir cinco años antes; y en el año de 1756, contaba ya la mision de Maissur con siete jesuitas que instruian á las clases elevadas, y con cinco misioneros de la propia Compañía que se dedicaban al servicio de los parias. Hé aquí los nombres de aquellos cinco apóstoles: Pedro Lichetta, José Sarmiento, Timoteo Javier, Salvioli y Cárlos Greci.

La provincia del Malabar, de la que dependia enteramente el Maduré, no mostró menos entusiasmo y generosidad que la de Goa; puesto que procuró diferentes misioneros, que se dedicaron desde el año 1747 á civilizar los parias en el interior del pais, donde se conserva aun el recuerdo de los PP. Tomás Celaya, Fernando Pimentel y Juan Alejandri. Se creyó en un principio necesario establecer en el Maduré dos superiores distintos, á fin de no esponer á los jesuitas brahmas y parias á tener relaciones peligrosas; pero luego se desistió de ello, por ser aquel divorcio harto sensible. El general Francisco Rety, mandó pues en una carta de 15 de febrero del año de 1750, que reconociesen las dos clases de misioneros una misma autoridad.

El apostolado especial de los parias fué igualmente establecido en el Carnate, segun lo manifiesta esta carta que en fecha de 7 de diciembre del año 1754, escribió el P. X de San Estéban desde Pondichery, diciendo acerca de la comunion cristiana que tenia á la vista: «Forman esta mision antiguos y respetables misioneros que han encanecido en los trabajos apostólicos, y que tienen como unos quince mil cristianos bajo su direccion; son en número de siete: el mas jóven de entre ellos pasa de sesenta años. Esta numerosa cristiandad aumenta considerablemente cada dia, merced á los muchos prosélitos que atrae á ella el P. Artaud, apóstol de los parias; el bien que ha hecho á estos últimos, considerados por los demás indios como la hez del pueblo, es incalculable. Vese dirigir á aquellos desgraciados diariamente á la iglesia á las seis de la mañana, y luego á la una de la tarde, para aprender el catecismo y hacer sus oraciones; nada mas edificante que la paciencia de estos catecúmenos, á los que se ve sentados en el suelo cruzados de piernas escuchando devotamente diez ó doce horas por dia la voz de sus maestros. Las clases acomodadas se sujetan tambien por su parte á la misma instruccion: un respetable anciano, el P. Cœurdoux, que ha sido durante diez años superior general, es hoy el apóstol de los *choutres* ó nobles; el número de sus prosélitos es cada vez mayor, y los bautismos son en su comunion diarios.»

Hé aquí como se obligaron los jesuitas á desempeñar en un mismo punto un doble papel, cuyo contraste habria sido ridículo, segun el P. Cahour, á no haber sido la caridad apostólica la que hizo adoptarlo. Véase en que términos habla M. Perrin de aquel contraste: «Era en verdad chocante el ver á dos hermanos en religion, dos amigos, que en cualquier parte que se hallasen no podian comer juntos,

ni vivir en la misma casa y ni si quiera hablarse. El uno de ellos vestia un rico *angui*, montaba un caballo de gran precio, ó se hacia llevar con fasto en palanquin, mientras que el otro viajaba medio desnudo y cubierto de harapos, siempre á pié y en medio de hombres que eran mirados con horror, mas aun que por su pobreza, por la raza á que pertenecian. El misionero de los nobles iba con la frente erguida, sin saludar á nadie; el pobre *gourou* de los parias saludaba de lejos á su hermano, se postraba á su paso, y se llevaba la mano á la boca, como si hubiese temido infeccionar con su aliento al doctor de los grandes; este no comia mas que arroz guisado por los brahmas, y el otro se alimentaba de algun pedazo de carne corrompida, que le ofrecian sus desgraciados discípulos. Nada hay empero que honre tanto á la religion como esos recursos del celo; nada que distinga tanto á un sacerdote como esos sacrificios hechos por el deseo de atraer los hombres al conocimiento de la verdad. « Mr. Perrin, dice además: « Pareció aquel medio en un principio vencer todos los inconvenientes y conciliar todos los intereses; pero luego demostró la esperiencia que todo cuanto se hacia no era mas que un paliativo: por esto se desistió de él á los pocos años. » Preciso fué recurrir á otros nuevos medios para conciliar la observancia de los decretos dados por la Santa Sede, con las exigencias impuestas por las costumbres nacionales.

En la costa de la Pesquería, en la que se conservan las partidas de bautismo desde el año 1685, se ven las firmas de un gran número de jesuitas: figuran en ellas los nombres de los PP. J. Gomez, J. Costa, Manuel Pereyra, Luis de Sylva, Silvestre Souza, de Acosta, Soarez, Antonio Diaz, Teillez, Ribeyra, Moraes, Nicolás Missoni, Carvalho, Antonio Simois, José Pereyra, Corea, Manuel dos Reys, Francisco de Cruz, Natal, Moreyra, Alvarez Cordeyro; carécese empero de detalles sobre la vida de estos misioneros. Los indígenas solo se acuerdan de algunos de los últimos de ellos, que sobrevivieron á la destruccion de la Compañía. El P. Franzodi echó los cimientos de la actual iglesia de Vadankulam, y luego partió para Aour, donde fué á reemplazar al P. Clemente Thomasin, italiano, que habia ido voluntariamente á ocupar aquel puesto. La vida de este último misionero ofrece la práctica constante de la paciencia, la dulzura y la humildad; rigió por espacio de veinte y cinco años la comunion cristiana de Vadankulam, purificándola de varias prácticas gentílicas que la inficionaban. Habia muchos cristianos que se casaban segun las ceremonias paganas, abuso que corrigió el misionero; teniendo antes de morir el consuelo de ver en torno suyo un fervor religioso que se conservó por mucho tiempo. Finalmente, viendo que se acercaba su última hora, se hizo trasladar á Taley, donde estaba el P. Antonio Duarte, antiguo provincial, en cuyos brazos murió el anciano apóstol hácia el año 1775. Tanto la vida como la muerte del P. Thomasin nos dieron una prueba evidente del imperio que ejerce la virtud hasta en una nacion acostumbrada á menospreciar todo aquello que no lleve el sello de la opulencia y la grandeza; el nombre del misionero es aun hoy dia pronunciado con respeto, y van con frecuencia los indos á visitar su sepulcro. A la vida del P. Thomasin va tambien unida la del P. Maissur, que se presentó de noche á llamar bruscamente á la puerta del primero, diciéndole que habia visto rotas al fin sus cadenas; y luego desapareció, sin que volviese á vérsele nunca mas en aquel pais. No es aun su desaparicion lo que mas admira á los indos que refieren esta anécdota, sino el modo maravilloso con que logró romper los hierros que le sujetaban y burlar la vigilancia de sus guardias. Felipe Suarist fué el primer jesuita que permaneció en Periataley, al frente de cuya iglesia se hallaba antes un sacerdote indígena; pronunció Suarist sus votos en Taley, donde compuso el libro de oraciones que se usa en toda la costa. Murió en el año 1780. El P. Cayetano Barello fué astrónomo y gran médico;

el P. José Greningue dejó algunas pinturas de raro mérito; y el P. Antonio Duarte, del que ya hemos hecho mencion, puso en el año de 1745 la primera piedra de la actual iglesia de Manapar, y fué el último provincial que residió en aquella ciudad. La modestia y dulzura de este último misionero le valieron el aprecio de todos los naturales, que no cesaron de darle el nombre de padre. Poco antes de morir, se hizo llevar á Manapar, donde al dia siguiente de su llegada reunió al pueblo, y despues de exhortarle á que siguiese constante el camino de la fé, y á que conservase la paz y union de que tanto necesitaba, le prometió que le enviaria la Sociedad de Jesus nuevos misioneros. Luego, ante todo el pueblo, selló Duarte sus papeles, diciendo que solo el provincial de la Compañía, que fuese mas tarde destinado á aquella mision, podia enterarse de su contenido Murió Duarte santamente el dia 30 de agosto del año 1788, á la avanzada edad de setenta y cinco años. Muchas son las personas que llevan su nombre en la costa de la Pesquería, para mejor honrar su memoria. Háblase tambien del P. Domingo de la Cruz, sábio muy temido de todos los paganos, que fué visitador del Sud, y que murió á los setenta y siete años en el de 1789. Tambien murió el dia 2 de octubre del año 1791, el P. Menes ó Meneses, último rector de la casa convento de Manapar, despues de haber dado el glorioso ejemplo de grandes virtudes. Los dos jesuitas que sobrevivieron á todos los demás en aquellas regiones, fueron el P. Juan Freire, conocido bajo el nombre de Pandaram Souami, el primero que llevó el hábito amarillo adoptado ahora por los misioneros, y el P. Luis Falcon. Nada resistia á la elocuencia de estos dos misioneros; los grandes de entre los gentiles eran los primeros en someterse á sus leyes y juicios; tambien los europeos les miraban con profundo respeto. Y sin embargo, la posicion de aquellos dos jesuitas era de las mas difíciles, porque la Compañía á que pertenecian habia desaparecido; y el reino de Portugal, su patria, perseguia sus tristes restos: no habria á su muerte quien les sucediese, y nadie pensaba en socorrerles. Los holandeses, dueños de la costa, estaban muy lejos de respetar la religion cristiana, puesto que en las ciudades en que residian aquellos herejes no habian parado hasta convertir todas las iglesias en templos protestantes; y hasta en algunas de ellas las habian destruido enteramente. Preciso era por lo tanto á los dos jesuitas rehabilitar el nombre cristiano, é impedir que fuese objeto de escarnio de sus enemigos; por lograrlo, solo emplearon los medios que ponia antes en práctica su estinguida institucion. Con todo, causaron aquellos medios el asombro de los indos, quienes llegaron á considerar á los dos religiosos tan temibles como el gigante que dió su nombre á Tritchirapalli, ó el célebre Ramen; no obstante, modificaron su opinion respecto de ellos, luego que llegaron á conocerles mas á fondo. En los últimos dias de su vida, dicen, el P. Freyre servia la iglesia de Vadakenculam, donde se indispuso con un rico europeo por no haber permitido la entrada en ella á siete de sus concubinas; siendo obligado á retirarse á Periataley, donde pasó los diez últimos años de su vida. Era el P. Freyre casi enteramente ciego; para impedir que se le cerrasen los párpados, los tenia suspendidos por medio de una cadenilla de plata. El P. Luis Falcon, por su parte, habia sabido grangearse de tal modo el aprecio del nabá, que le hacia acompañar por una escolta de soldados, precaucion que evitó cayese mas de una vez en poder de los holandeses. Viéndose cierto dia en grave peligro de morir ahogado en un estanque, prometió, si se salvaba renunciar á su vida errante, por lo que despidió despues á toda su escolta, sin quedarse mas que con un solo discípulo; dirigiéndose á la casa de uno de sus colegas, que segun la crónica, murió en Saragoni, en olor de santidad. Despues de haber pasado algun tiempo á su lado, se fué á visitar su antiguo provincial, el P. Antonio Duarte, al que pidió le permitiese vivir á su lado en el retiro y el ejercicio de la penitencia. Obligado tam-

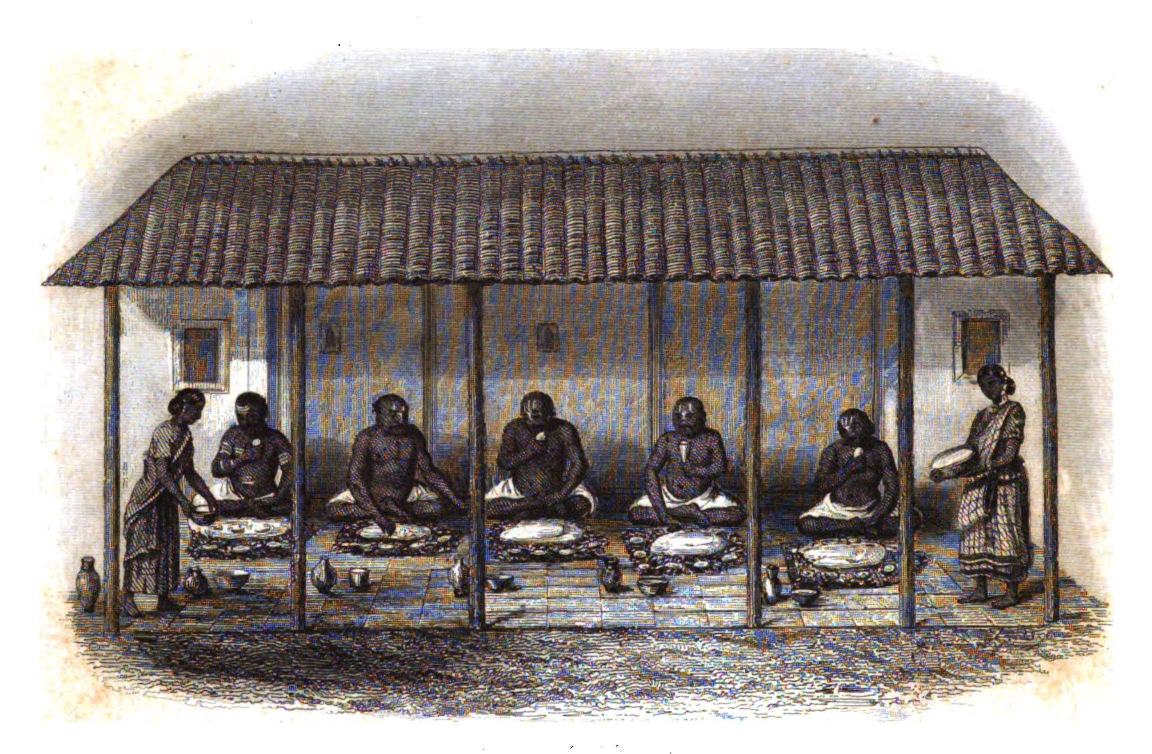
bien mas tarde Falcon á separarse de su antiguo superior, se retiró á Taley con el P. Freyre, únicos restos de la Compañía, objeto de sus esperanzas, y cuyo renacimiento confiaban ver antes de cerrar sus ojos para siempre. Segun los indos, luego de haber muerto Freyre salió Falcon de Taley, escribiendo con aquel motivo una carta que encerró en una caja con otros papeles para que fuesen entregados todos ellos á los jesuitas que fuesen mas tarde á sucederle en aquel pais. Ignórase no solo el contenido de aquellos documentos, si que tambien el punto en que murió el célebre misionero; si bien se cree que fué en Manapar, hácia el año 1795. Pocos son los recuerdos que existen de los jesuitas en la costa de la Pesquería; hasta el mismo S. Francisco Javier parece haber sido enteramente olvidado por sus queridos paravas: diríase que S. Antonio de Pádua y S. Sebastian han hecho olvidar su memoria, al ver que hay muchas iglesias dedicadas á estos dos santos, cuando no hay ni una sola que lleve el nombre de aquel generoso apóstol.

Es preciso recordar que la mision del Maduré pertenecia á los jesuitas portugueses, y que la de Carnate, que comprendia Karikal, Pondichery, etc., correspondia á los jesuitas franceses. Cuando la supresion de la Compañía, obligados los misioneros portugueses á retirarse, confiaron su mision á los jesuitas franceses, que eran tratados en aquellas regiones con menos rigor que en su patria; en union con algunos misioneros de Pondichery, dirigieron entonces á los cristianos del Maduré. No tardaron, empero, las intrigas de los sacerdotes goveares, y la desconfianza del gobierno, en arrojarles de aquel pais; siendo el P. Andrea, misionero napolitano, otra de las víctimas de aquella injusta persecucion que le obligó á retirarse á Marawa. Este jesuita, que fué el último entre los antiguos apóstoles de su órden, en evangelizar las playas indias, tuvo el consuelo de ver el restablecimiento de la Compañía, y de verse incorporado nuevamente á ella. Murió el P. Andrea en Pondichery el año 1819.

Cuando los antiguos jesuitas de que acabamos de hacer mencion, evangelizaban el Maduré y la costa de la Pesquería, existian en Pondichery, Madras y Karibal, los Costa, los Cœurdoux, los Possevin, los Guirbaldi, los Garofallo, los Arnoux, los Mont-Justin, los Ojollais, los Gibeaumé, los Busson, los Ansaldo, los Bainoux y los Mozac, nombres venerables, dice Perrin, que ningun cristiano pronunció jamás sin profundo respeto.

El P. Mont-Justin, natural de Besançon, habia desempeñado en el ejército el cargo de limosnero, durante las guerras que por tanto tiempo sostuvieron los franceses; siendo debidos á sus Memorias los diferentes mapas que vieron la luz acerca de los paises que fueron teatro de aquellas sangrientas guerras. La hermosa iglesia de los jesuitas, arrasada por la artillería inglesa, fué reedificada por una suma que el misionero recibió del gobernador francés, en recompensa de sus servicios Terminó el P. Mont-Justin sus dias, el año 1782 en Karikal, donde aun hoy dia son imitadas por algunos sus grandes virtudes.

Esta ciudad tuvo por cura al P. Ojollais, del que refiere Perrin el rasgo siguiente: «Estando un dia á punto de celebrar, oyó en su iglesia un rumor causado por la profanacion de los indígenas, y sin poderse reprimir, dió un bofeton á uno de los que promovian el escándalo. Como previese luego el religioso las tristes consecuencias que podian seguirse de aquel acto de impremeditacion, se retiró confundido y vivamente impresionado. Al poco rato de estar en su cuarto oyó llamar á la puerta, y vióse, al abrirla, con el indígena que habia recibido públicamente el ultrage; dispuesto estaba el misionero no solo á darle la satisfaccion mas cumplida, sino hasta á permitir que vengase aquel la afrenta recibida en su persona, cuando el pobre pagano, con la vista inclinada y en la actitud mas humilde, le dijo: « Padre, os suplico me conteis desde hoy en el número de los que vais á regenerar cuanto antes por medio del bautismo. Debo mi conversion á la bofetada que me disteis;





... de Regis ...

... no es aquel el modo de predicar ...

... refiere Perrin ...

... de un jesuita francés. ...

... observar que los ind... bajas adulaciones ... de los ricos, ...

... sombra de un ... un mendigo, ...

... más ilustre de los ... vuestras leyes a tod... Busson ...

... descubrir con la ... a la muerte. ...

... dominios, porque la tierra ...

... apiadaos de mi triste ...

... El misionero, que tenía ...

ial y una serenidad á toda prueba, ... á fin de ...

con una altivez propia de un ... ra: « Acércate, amigo mio, ...sarte el celo que acabas ... ...ad; quiero hacerte una de ... ...ores que existen en el ... Vos ... tierra que dices ser mia, te la cedo, ...ándome yo tan solo con la que piso: ... es grande mi dadiva. » Continua el ...tor narrando los hechos de otros va... de San Ignacio, en estos terminos: ... P. Busson, misionero, de cuarenta y

... de penitencia ...

der, su ...

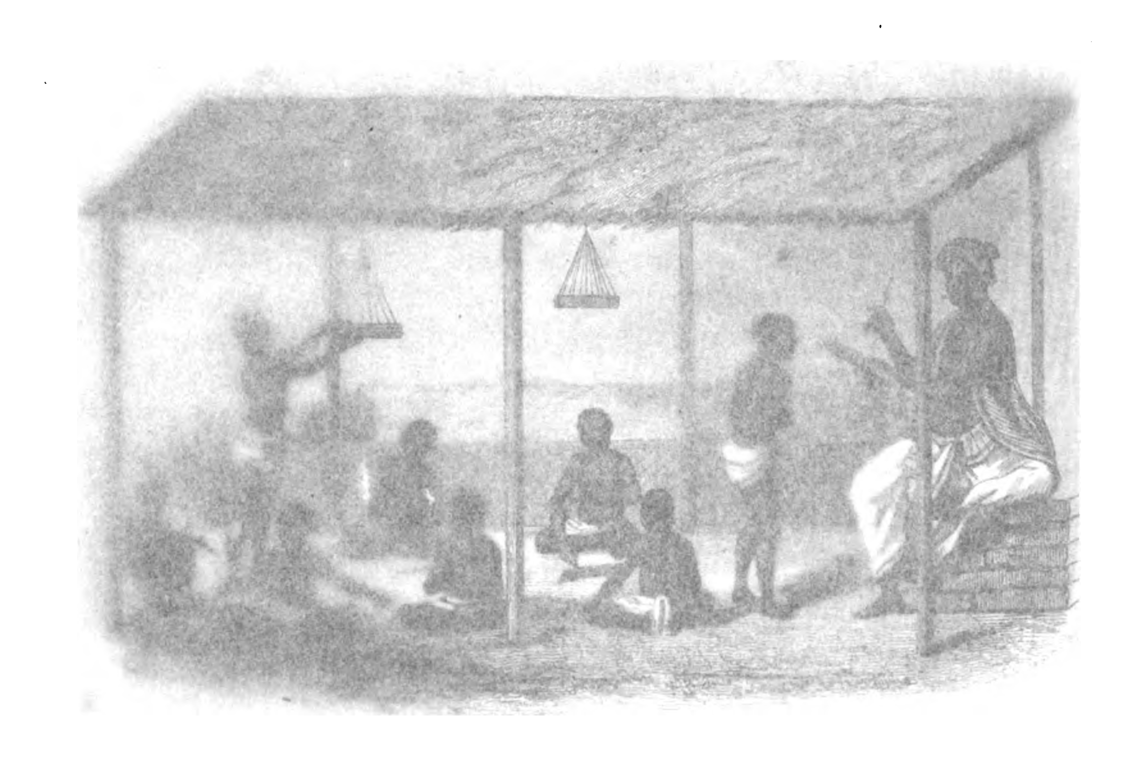
para e...

esta...

para

rec...





he pensado que, siendo vos tan bueno y amable como sois, no me habriais tratado de aquel modo por algunas palabras que habia proferido en vuestro templo, á no ser el profundo respeto que os inspira el Dios que adorais, y al que desde ahora deseo yo tambien tributar un culto. Os suplico, pues, veais en mí á uno de los discípulos de vuestra fé.» Imposible es formarse idea del asombro que causaron en el jesuita semejantes palabras: de buena gana habria abofeteado á los hombres todos, á saber que habia de dar siempre igual resultado el esceso de su celo. Tambien San Francisco de Regis convirtió á un libertino por el mismo medio; pero si bien tiene la gracia sus momentos, es preciso convenir, no obstante, en que no es aquel el modo de predicar la moral, y en que nunca debe emplearse un medio que no esté basado en las tradiciones apostólicas.»

Tambien refiere Perrin otra curiosa anécdota acerca de un jesuita francés. Despues de haber hecho observar que los indos pobres, procuran con bajas adulaciones, atraerse la benevolencia de los ricos, añade: «En uno de sus viages, se paró el P. Gibeaumé con sus criados á la sombra de un árbol, cuando se le presentó un mendigo, y le dijo: «Vos, que sois el mas ilustre de los mortales, que imponeis vuestras leyes á todo el universo, que no podeis descubrir con la vista todos vuestros dominios, porque la tierra toda os pertenece, apiadaos de mi triste suerte, amparadme.» El misionero, que tenia un carácter jovial y una serenidad á toda prueba, contestó con una altivez propia de un monarca de la tierra: «Acércate, amigo mio, quiero recompensarte el celo que acabas de mostrar por la verdad; quiero hacerte uno de los mas grandes señores que existen en el mundo. Ves toda esa tierra que dices ser mia, te la cedo, contentándome yo tan solo con la que piso: mira si es grande mi dádiva.» Continua el propio autor narrando los hechos de otros varios hijos de San Ignacio, en estos términos:

«El P. Busson, misionero, de cuarenta y cinco años de edad, estaba dotado de una virtud sobrehumana; era su vida tan penitente, que por espacio de un año no tomó reposo alguno; pasaba las noches de pié arrimado á una pared, ó arrodillado en las gradas del altar de su iglesia, sin descansar mas que los cortos momentos en que lograba la naturaleza triunfar de su constancia. No se alimentaba mas que de pan mojado en agua, y de algunas yerbas muy amargas, á pesar de su incesante trabajo; puesto que él solo dirigia un colegio, cuidaba de una cristiandad numerosa, y ayudaba aun á sus compañeros en los trabajos manuales mas penosos. Dijo un dia el P. Busson, á sus discípulos: «Hijos mios, Dios quiere que mueran dos de vosotros dentro pocos dias; no os diré cuales de vosotros deben ser las dos víctimas, pero sí que os dispongais todos, por no sufrir una funesta sorpresa. Con efecto, todos aquellos jóvenes fueron á confesarse, y murieron dos de ellos en menos de una semana. En medio de los mayores sufrimientos, conservó siempre el misionero una paz y contento inalterables, que causaban la admiracion de todos los indígenas; dotado de una caridad sin límites, procuraba castigar en sí mismo las faltas que cometian los demás, á fin de que su debilidad no les causára desaliento; digna copia del perfecto modelo que se propuso imitar, fué Busson humilde, bueno y sufrido hasta la muerte. Cuando cayó enfermo en Oulgaret, pueblecito situado á una legua de Pondichery, prohibió á sus discípulos que dieran aviso á los demás religiosos de la ciudad, á fin de que no le procurasen remedios que creia incompatibles con el espíritu de penitencia; hallábase tendido en un corredor, sin tomar mas que algunas gotas de agua para calmar un tanto la sed causada por la fiebre. Tan pronto como el obispo supo el triste estado del misionero, le mandó su palanquin para que fuese trasladado á Pondichery; al recibir Busson la órden del obispo, se estremeció al ver la solicitud con que se procuraba endulzar sus males, y quiso hacer el viage á pié, á pesar del triste estado en que se halla-

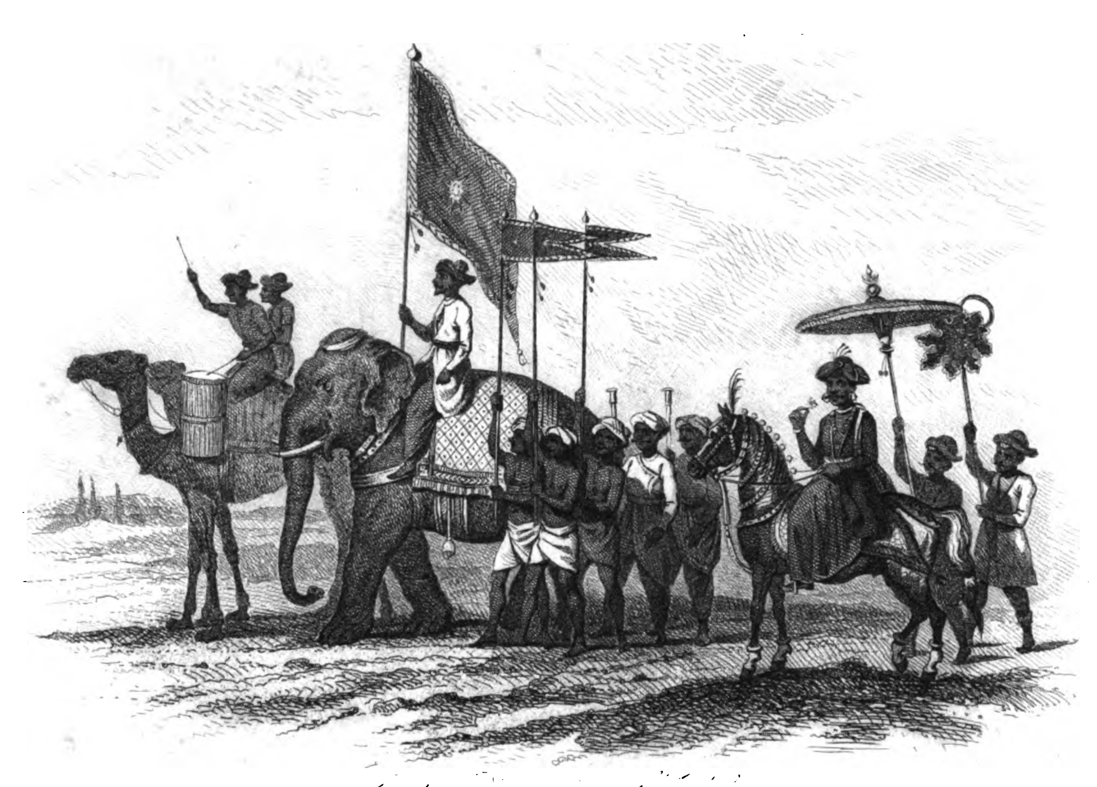
ba. A su llegada à Pondichery tuvo que meterse en cama, y despues de haber recibido los últimos sacramentos, volvió á levantarse para ir á espirar junto á un crucifijo que habia en su habitacion; encontrósele un rudo cilicio que le estaba turturando hacia quince años, ó sea, desde que llegó á la India. La mayor parte de sus hermanos imitaron su heroismo, cada cual segun sus fuerzas y la estension de la gracia que el cielo les acordára.

«El P. Ansaldo, natural de Sicilia, era otro modelo de todas las virtudes cristianas, religiosas y apostólicas; estando además dotado de una gran inteligencia y de una constitucion robusta. Con el mismo cuidado con que obraba siempre el bien, procuraba que fuesen los demás los que se llevasen la gloria de haberle practicado; si oraba, era siempre en la actitud mas penosa; comia siempre sin afectacion lo peor, y solo hablaba para instruir á los demás sin que lo notasen; viósele constantemente para descansar, apoyado en su confesionario ó sentado en una silla. Trabajaba el P. Ansaldo como seis misioneros, puesto que dirigia por sí solo una numerosa Congregacion carmelitana del pais (establecimiento destinado á recoger las viudas jóvenes que no quisiesen contraer nuevos lazos). Estableció varios puntos en que se hilaba el algodon, á fin de ocupar con provecho á la juventud, bajo la direccion de personas virtuosas; enseñando por su parte el catecismo en aquellos establecimientos, y atendiendo á todas las necesidades de los mismos. Estaba encargado además el misionero, de la direccion de casi toda la ciudad de Pondichery; y como le quedasen aun á pesar de sus inmensas ocupaciones, algunas horas libres, las dedicaba á estudiar las ciencias, á aprender nuevas lenguas, ó á formar algun proyecto de piedad. Dotado el misionero de ardientes pasiones, no paró hasta triunfar enteramente de sí mismo; el resentimiento y la cólera, que puede decirse formaban antes su carácter, se convirtieron despues en una resignacion y caridad sin límites, que le obligaron á confundir en el mismo amor á sus amigos y á sus perseguidores.

«Hubo tambien un tal P. Baignoux, encargado de los distritos de Pineipondi, Kerveipondi y Atipakam, que fué así mismo apóstol de una austeridad increible. Las raices y algunas hojas de árboles eran su único alimento; viajaba siempre á pié para esponerse mas á los rayos de un sol abrasador, sin descansar mas que el tiempo preciso para poder resistir sus fatigas; tenia además la precaucion cuantas veces se entregaba al descanso, de atarse fuertemente una cuerda en derredor de su cuerpo, á fin de que ni un solo instante de su vida dejase de estar consagrado á la mas ruda penitencia. Recuerdo haberle visitado cierto dia, en el que me hizo aguardar la comida por espacio de cinco horas, consistiendo por último aquella en un poco de arroz y algunas hojas de árboles con cebolla y pimienta

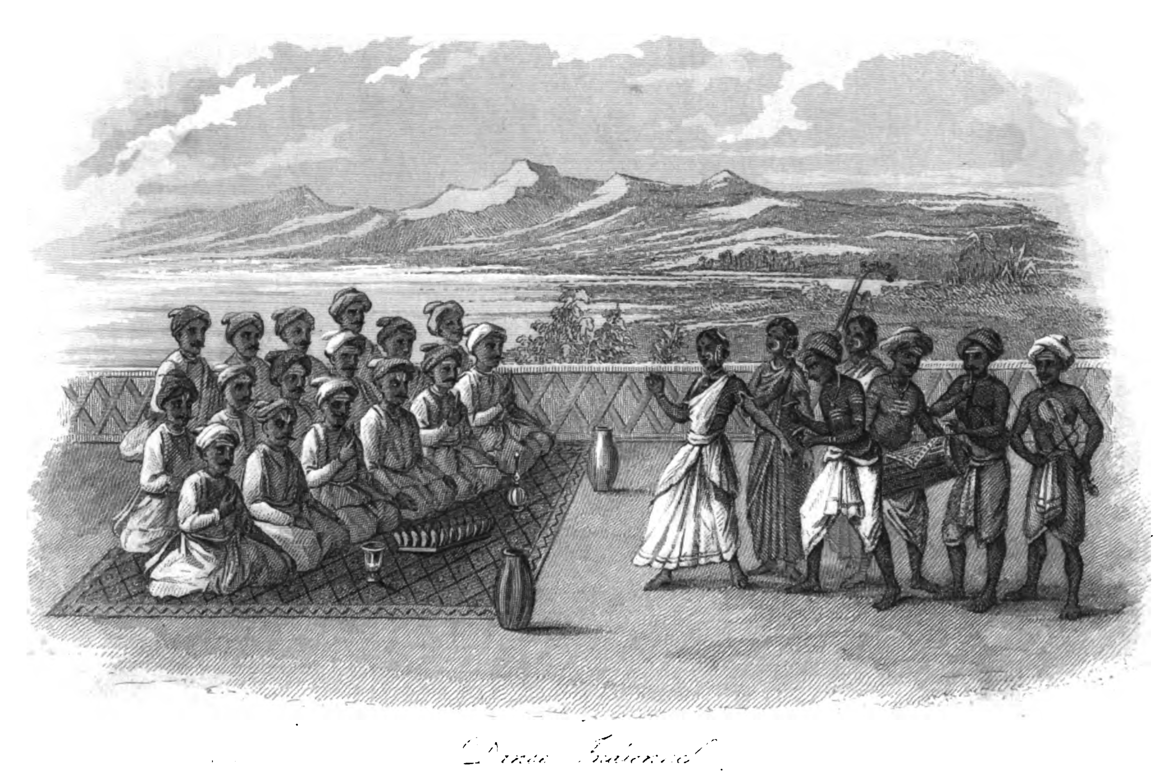
«Tales eran los estimables misioneros que tenia el Indostan la dicha de poseer. Los jesuitas franceses tuvieron á su frente al P. Mosac, hasta que el obispo de Tabraca fué á encargarse de aquella mision, en nombre de sus colegas de la Congregacion de las Misiones Estrangeras: era el P. Mosac, un anciano octogenario, encanecido en el ministerio apostólico que ejerció por espacio de cuarenta años; abdicó con la sencillez de un niño, así que se presentó el que debia sucederle en su cargo importante. Tan pronto como se vió libre del peso de la autoridad, se entregó á la oracion y á todos los ejercicios de la vida interior; tuvo al poco tiempo la muerte de los justos, legando á sus sucesores el recuerdo de sus eminentes virtudes.»

Ya verémos mas tarde el modo con que sustituyó la Congregacion de las Misiones Estrangeras á los jesuitas en la mision de Pondichery, sin omitir ninguno de todos sus detalles; solo hemos querido hacer mencion aquí de los informes relativos á los últimos apóstoles de la Compañía de Jesus, á aquellos hombres que tanto hicieron por la ciencia y la religion, como lo demuestran sus *Cartas tan curiosas* como *edificantes*. En ellas hallarémos



Cortège d'un roi de l'Inde

Cortejo de un rey de la India — Seguito de un Re dell'India



Danse Indienne

Ballo Indiano — Baile Indiano

to [illegible] sus [illegible] sus [illegible], [illegible] bres, su [illegible] sentan al modo bajo [illegible] vista en la vida religiosa [illegible] En unas se esplica la [illegible] del matrimonio, como se ve [illegible] n.° 1 y 2.); en otras, [illegible] y los funerales (Pl. XXXV [illegible]) además en otras [illegible] (Pl. XIII, n.° 1.) [illegible] interior de una escuela (Pl. [illegible] n.° 2) [illegible] la relacion de las ceremonias [illegible], tales como el pomposo cort[ejo] [illegible] Pl. XXV, n.° 1.) y luego la [illegible] [el]evados, [ta]les como la danza [illegible] Pl. XXV, n.° 2. En una palabra, [illegible] cartes, la sola [illegible] que presenta [illegible] la curiosidad [illegible] en esta [illegible] cionaria, tan dife[rente] de la nuestra.

CAPÍTULO XIX.

Misiones de los Teatinos en Borneo. — Los Jesuitas chinos en el Tibet.

La ciudad de Goa, centro y punto de [par]tida de tantos misioneros de diferentes institutos, fué la que procuró tambien [illegible] Borneo y al Tibet.

Borneo, es la mayor de las islas [illegible] despues de las de Madagascar y Nueva [Ho]landa. Tiene esta última la estension de [tres]cientas leguas de sud á norte, y varia su latitud desde cincuenta á dos cientas cincu[enta] leguas. Parece deber su orígen la costa de Borneo á los inmensos bancos de arena formados por los caudalosos rios que atraviesan el interior de la isla; hasta se cree que aquella [g]ran masa de tierra, formó en otro tiempo un grupo de islas, que fueron despues arrastradas por la corriente de las aguas. Aun hoy dia se notan allí progresivos aluviones, sobre todo en la costa occidental, donde los indígenas construyeron sus casas sobre estacas plantadas en el cieno. Los habitantes del interior son

[illegible] como [illegible] barba [illegible] y maca[illegible] te dentadura [illegible] y rel[illegible]

Solo cuando el prín[cipe] [illegible] por Massen manifestó e[illegible] tugueses estableciesen [illegible] tiendo autorizar la [illegible] el libre ejercicio del [illegible] evangelizar la is[la] [illegible] Goa, que [illegible] teramen[te] [illegible] y sembrar e[illegible] consideraron la [illegible] cipe de Manjar-M[illegible] seguro para rea[lizar] [illegible] Luis Francisco C[illegible] los recursos n[illegible]



todo cuanto deseemos saber sobre el Indostan, sus producciones, su industria, sus costumbres, su policía y su religion; ellas nos presentan al indo bajo todos los puntos de vista en la vida religiosa, doméstica y civil. En unas se esplica la procesion y la ceremonia del matrimonio, como se vé (Pl. XXXVI, n.os 1 y 2.); en otras, la procesion fúnebre y los funerales (Pl. XXXVII, n.os 1 y 2.); danse además en otras detalles sobre las comidas, (Pl. XIII, n.º 1.) ó la descripcion del interior de una escuela (Pl. XIII, n.º 2.); la relacion de las ceremonias públicas, tales como el pomposo cortejo de los reyes, (Pl. XXV, n.º 1.) y luego la de los goces privados, tales como la danza del indo. (Pl. XXV, n.º 2.) En una palabra, hállase en las *Cartas Edificantes*, la solucion del enigma que presenta á la curiosidad europea aquella civilizacion estacionaria, tan diferente de la nuestra.

CAPÍTULO XIX.

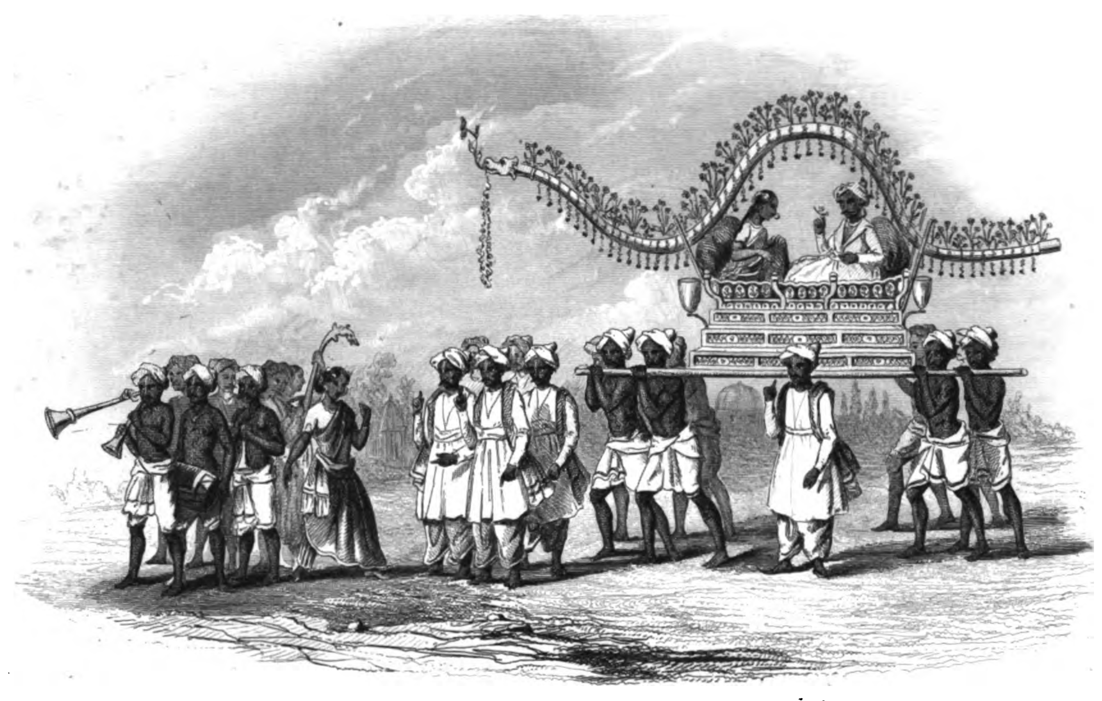
Misiones de los Teatinos en Borneo. — Los Jesuitas y los Capuchinos en el Tibet.

La ciudad de Goa, centro y punto de partida de tantos misioneros de diferentes institutos, fué la que procuró tambien operarios á Borneo y al Tibet.

Borneo, es la mayor de las islas del globo despues de las de Madagascar y Nueva-Holanda. Tiene esta última la estension de trescientas leguas de sud á norte, y varia su latitud desde cincuenta á dos cientas cincuenta leguas. Parece deber su orígen la costa de Borneo á los inmensos bancos de arena formados por los caudalosos rios que atraviesan el interior de la isla; hasta se cree que aquella gran masa de tierra, formó en otro tiempo un grupo de islas, que fueron despues arrastradas por la corriente de las aguas. Aun hoy dia se notan allí progresivos aluviones, sobre todo en la costa occidental, donde los indígenas construyeron sus casas sobre estacas plantadas en el cieno. Los habitantes del interior son conocidos bajo diferentes nombres: dase el de dayaks á los del sud y al oeste, el de idahanes á los del norte, y son conocidos por el de tidunes los de la parte oriental; pero todos ellos pertenecen á la raza de los alforeses (barfoures). Son estos indígenas de la mayor parte de las islas de la Malesia y de la Australia, y se juntan y confunden á veces con los papues ó negros oceánicos; si bien son los alforesos menos negros, y sobrepujan á los papues, en fuerza, inteligencia y vivacidad. Los dayaks se dedican al cultivo de la tierra y al comercio, y son mucho mas corpulentos y robustos que los malayos; adoran á Deouata (el hacedor del mundo) y las almas ó sombras de sus antepasados; tienen en la mayor veneracion á ciertas aves que les sirven de augures, como á la mayor parte de los habitantes de la Polinesia. Luego hay los biadjues, que habitan la costa noroeste, y por último los tidunes, que viven en el estado salvage; en la parte noroeste de la isla, son sus moradores intrépidos marineros; se entregan á la piratería y son algunos de ellos antropófagos. Al sud de la sultania de Borneo, hay algunas tribus salvages, compuestas de kayanes, dusunes y marutos; y finalmente hay en aquella vasta region los biadjues, raza compuesta de diferentes pueblos, entre los que tan pronto se ven chinos de largos cabellos y de oblícuos ojos, como japoneses barbilampiños y macasares de dentadura negra y reluciente.

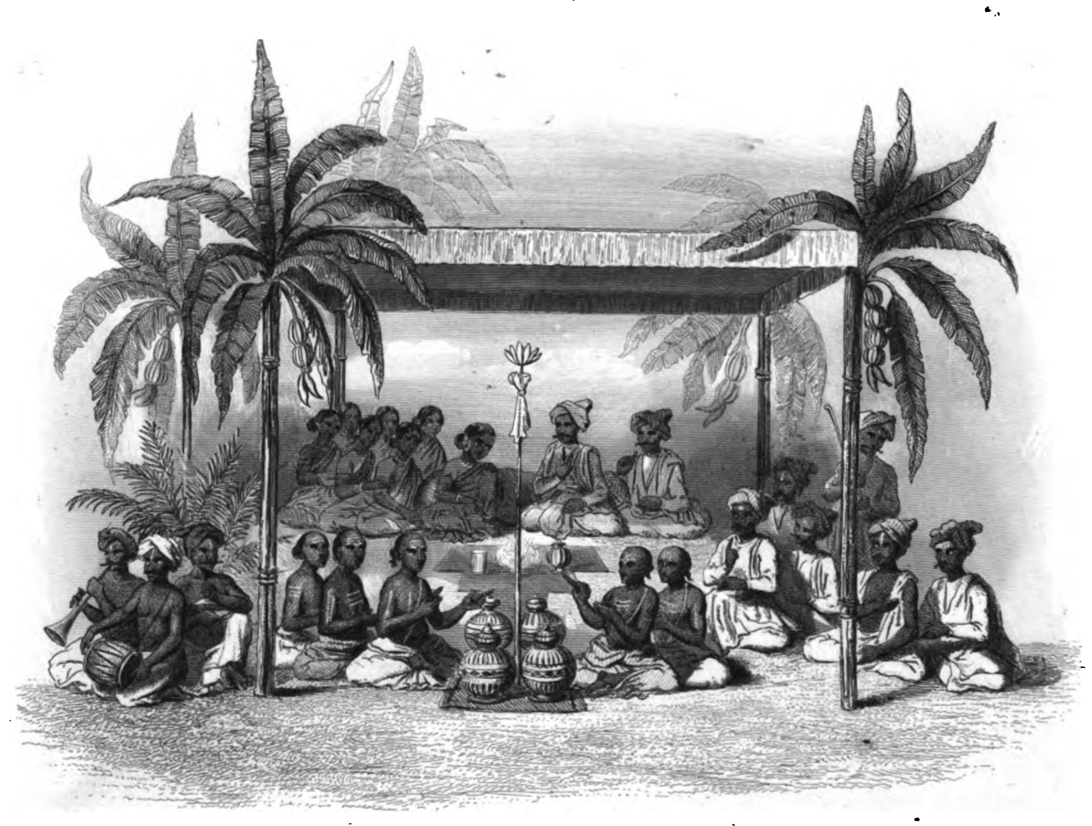
Solo cuando el príncipe musulman de Manjar-Massen manifestó el deseo de que los portugueses estableciesen una factoría, prometiendo autorizar la ereccion de una iglesia para el libre ejercicio del cristianismo, se resolvió evangelizar la isla de Borneo. Los teatinos de Goa, que querian dedicarse á una mision enteramente nueva, á fin de poder ser mas libres y sembrar con mayor fruto la palabra divina, consideraron la proposicion hecha por el príncipe de Manjar-Massen, como el medio mas seguro para realizar sus santas aspiraciones. Luis Francisco Coetinho, no solo les procuró los recursos necesarios para acometer aquella

empresa, sino que les ofreció además la cooperacion del P. Antonio Ventimiglia, teatino de Palermo, que pedia ser enviado á aquella isla. Con efecto, salió este religioso de Goa el 5 de mayo del año 1687 en compañía de Coetinho, su bienhechor y amigo, y despues de haber pasado algun tiempo entre los agustinos de Macao, entró el dia 2 de febrero del año 1688 en el puerto de Manjar-Massen. A los pocos dias de su llegada, empezó ya á instruir á algunos biadjues pero no se le permitió penetrar en el interior de la isla; el dia 27 de mayo se dirigió Ventimiglia nuevamente á Macao, de donde partió otra vez en el mes de enero del año 1689 con un chino que habia sido esclavo de Coetinho, y el biadju Lorenzo, vendido poco antes por los musulmanes de Borneo á Fructuosa Gomez, los cuales recobraron su libertad para acompañar al misionero. Cuando regresó Ventimiglia estaban los biadjues en guerra con los musulmanes; sin embargo, tomó el apóstol un barco y subió por el rio hasta ponerse en comunicacion con los indígenas, sin que nadie se lo impidiese como en el año anterior. No tardó su barco en verse convertido en templo, al que acudieron en tropel los biadjues para oir al teatino que por segunda vez se les presentaba para indicarles el camino de su salvacion; dieron al religioso el nombre de tatum (abuelo) en testimonio del profundo respeto que les inspiraba su virtud. Un anga (gefe de la poblacion ó tribu) que habia pedido el bautismo al misionero, puso á este en relacion con dos soberanos del interior, uno de los cuales era yerno del anga, quienes enviaron cien barcos al tatum, para mejor demostrarle la impaciencia con que era aguardado. Tambien hubo un tercer príncipe que instó en gran manera á Ventimiglia á que fuese á visitarle; y si bien los portugueses advertian al teatino que no pasase mas adelante, diciéndole que era el ofrecimiento de los biadjues un lazo que se le tendia, nada bastó á retraerle de su generosa resolucion. Decia el intrépido apóstol en una de sus cartas, «que de seguro habria renunciado entonces á la gloria del paraiso por poder trabajar en aquella viña del Señor hasta la consumacion de los siglos, sin mas recompensa que la de cumplir la voluntad divina.» El dia 25 de junio los portugueses se hicieron á la vela para Macao, y el teatino partió para su mision con el chino que le cedió Coetinho, el biadju Lorenzo, un marinero de Bengala y otro jóven que se ofreció á acompañarle. Llevóse el religioso una hermosa cruz de madera incorruptible, en la que habia esculpidas las armas de Portugal con estas palabras: *Lusitanorum virtus et gloria*, que recordaban el celo y los grandes hechos de los portugueses por el triunfo de la santa cruz y la propagacion del Evangelio. Cuando el barco de Ventimiglia se acercó al de los soberanos llamados el Damon y el Tomangun, pasaron estos al buque del misionero, ante el que se postraron ambos; luego el Damon se sentó entre el siervo de Dios y el Tomangun, y dijo que Ventimiglia habia ido allí de paises lejanos para enseñar á los biadjues la verdadera y santa religion, sin la cual nadie podia salvarse; y que sin aspirar á ningun interés temporal, solo deseaba conducir almas al cielo. El Tomangun y su corte contestaron unánimemente, que oirian al apóstol con el mayor gusto y veneracion; y hasta habrian firmado aquella promesa con la sangre que al efecto iban á sacarse de sus brazos, á no haberlo impedido el misionero. Entonces Ventimiglia les entregó la cruz, que todos besaron respetuosamente, para que fuese depositada en la primera iglesia que se construyese; luego se pasó del barco del misionero al del Damon, en el que se obligó al religioso á ocupar el primer puesto. Tales fueron los primeros actos con que se dió principio á la mision de Borneo, en cuyo establecimiento trabajó Ventimiglia con tanto ardor, que en seis meses logró bautizar á mil ochocientos biadjues; viéndose al poco tiempo obligado á pedir ausiliares que le ayudasen á cultivar aquella estensa viña. Segun Gemelli Carreri, murió aquel religioso en el año 1691; el teatino Gregorio Rauco asegura que honró Dios el cuerpo de su



Procession du Mariage au Malabar.

Processione di matrimonio degl'Indostani.   Procesion de casamiento en Malabar



Cérémonie du Mariage.

Cerimonie di matrimonio.   Ceremonias del Casamiento

siervo, permitiéndole obrar ... gros; y que por esto los ... varon en una cabaña ... mas profunda, llegando hasta ... muerte á un leproso por ... los demás a acercarse á e...

La metrópoli católica ... curó á Borneo aquel ilust... envió tambien algunos años despu... un jesuita al Tibet, mision sobre la cual tenemos muchas mas noticias.

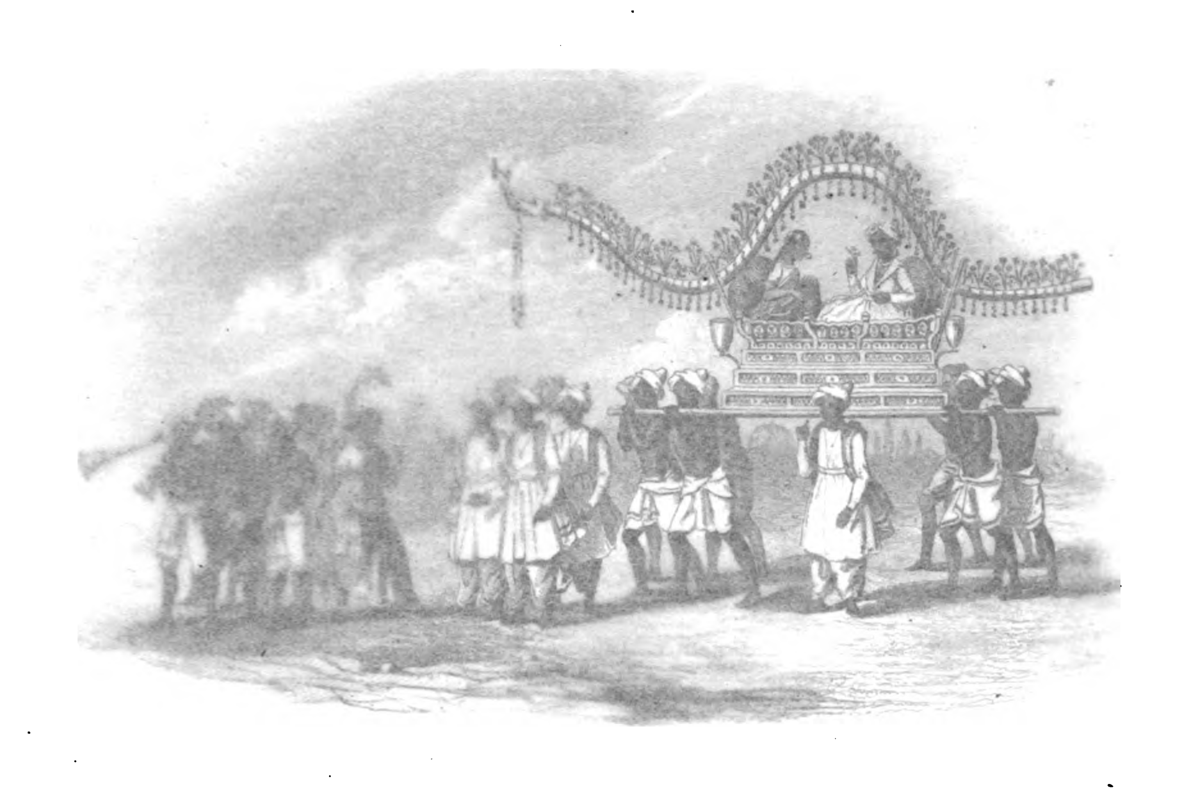
Antonio de Andrada, jesuit... mereció bien de la religion por ... gable en las misiones de las In... Tartaria: debióle la geografía ... noticias sobre el gran Tibet, ... tró el año 1624. En la relacion ... publicada en Lisboa el año 162... el autor el pais que acababa de ... el Katai (China superior). A su ... Goa, se entregó Andrada nuevam... tareas del apostolado: murió este ... envenenado el dia 16 de marzo del a...

La Congregacion de la Propa... en el año 1707 algunos capuch... los cuales no solo lograron est... si que tambien obrar grandes ... pero no por ello dejaron los je... girse á aquella mision.

Uno de ellos, Hipólito Desid... Pistoya, y enviado á la India e... partió de Goa á 20 de noviemb... guiente, llegando á Surate el ... año 1714. Obligado á permanecer ... po en aquella ciudad, aprendió la ... sa, y se dirigió luego á Dehli, d... nió con el P. Manuel Freyre, des... el á la mision del Tibet. ... ...stoles su viage el dia 2... ...por Lahore, y teniendo ... ... inaccesibles montañas para llegar á ... «Me ví muchas veces obligado á agarrarme de la cola de un buey de carga, dice Desideri, para que no me arrastrasen los torrentes en su impetuoso curso.» La mucha nieve que cayó durante el invierno sitió á los

dos ... se ... á D... s... Ch... ... siete... mayo d... dias á L... part... ...

... que ... Sin ... sus ... representan á ... ...une una fl... en la mano, y que ... ...dre de ... ademan... ...otras much... ...antas. En sus ... to de una toalla ... biendo en el centr... cie de tabernacul... reside Fr... está en el ... gios ... tra... n... son ... se l...



siervo, permitiéndole obrar diferentes milagros; y que por esto los biadjues lo conservaron en una cabaña con la veneracion mas profunda, llegando hasta el punto de dar muerte á un leproso por haberse atrevido como los demás á acercarse á ella.

La metrópoli católica de la India que procuró á Borneo aquel ilustre teatino, envió tambien algunos años despues un jesuita al Tibet, mision sobre la cual tenemos muchas mas noticias.

Antonio de Andrada, jesuita portugués, mereció bien de la religion por su celo infatigable en las misiones de las Indias y de la Tartaria: debióle la geografía sus primeras noticias sobre el gran Tibet, en el que penetró el año 1624. En la relacion de su viage, publicada en Lisboa el año 1626, confunde el autor el pais que acababa de recorrer con el Katai (China superior). A su regreso á Goa, se entregó Andrada nuevamente á las tareas del apostolado: murió este misionero envenenado el dia 16 de marzo del año 1634.

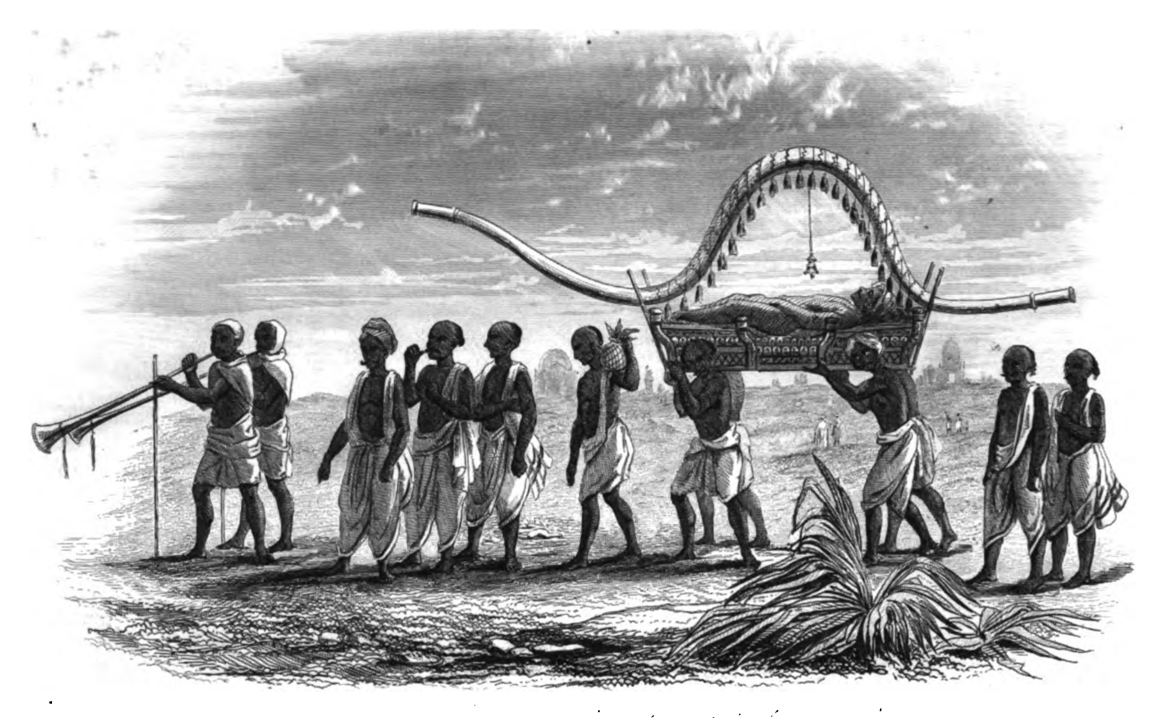
La Congregacion de la Propaganda envió en el año 1707 algunos capuchinos al Tibet, los cuales no solo lograron establecerse allí, si que tambien obrar grandes conversiones; pero no por ello dejaron los jesuitas de dirigirse á aquella mision.

Uno de ellos, Hipólito Desideri, natural de Pistoya, y enviado á la India en el año 1712, partió de Goa á 20 de noviembre del año siguiente, llegando á Surate el 4 de enero del año 1714. Obligado á permanecer algun tiempo en aquella ciudad, aprendió la lengua persa, y se dirigió luego á Dehli, donde se reunió con el P. Manuel Freyre, destinado como él á la mision del Tibet. Emprendieron los dos apóstoles su viage el dia 23 de setiembre, pasando por Lahore, y teniendo que atravesar despues inaccesibles montañas para llegar á Kachemir. «Me ví muchas veces obligado á agarrarme de la cola de un buey de carga, dice Desideri, para que no me arrastrasen los torrentes en su impetuoso curso.» La mucha nieve que cayó durante el invierno sitió á los dos misioneros en Kachemir por espacio de seis meses, reduciendo el esceso de la fatiga á Desideri al último estremo. En su incansable afan, queria por el Tibet dirigirse á la China, cuando se le dijo haber el pequeño Tibet, llamado Baltistan, y el grande, conocido bajo el nombre de Boutan. Los dos misioneros salieron de Kachemir en el mes de mayo del año 1715; llegando en cuarenta dias á Latak, capital de un reino que formaba parte del segundo Tibet. Si bien hemos hablado ya anteriormente de la religion que observan los tibetanos, no creemos sin embargo deber omitir aquí algunos curiosos detalles que dá Desideri acerca de sus creencias. «Dán á Dios el nombre de Konciok, y parecen tener alguna idea de la adorable Trinidad; puesto que tan pronto invocan á Konciok-cik. (Dios uno) como á Konciok-sum (Dios trino). Usan una especie de rosario, y al rezar pronuncian estas palabras: *Om*, *ha*, *hum*. Cuando se les pide que espliquen estas palabras, dicen, que *om* significa *inteligencia ó brazo*, esto es, *poder*; que *ha*, es la *palabra*; que *hum*, es el *corazon ó* el amor; y que estas tres palabras significan Dios. Los tibetanos adoran todavía á un tal Urghien, que dicen nació siete siglos há; y cuando se les pregunta si es Dios ú hombre, contestan algunos de ellos que lo es todo á la vez, que no tiene padres y que nació de una flor. Sin embargo, sus estátuas representan á una muger que tiene una flor en la mano, y que dicen ser la madre de Urghien; adoran además á otras muchas personas que consideran como santas. En sus iglesias, se vé un altar cubierto de una toalla perfectamente adornada; habiendo en el centro del propio altar una especie de tabernáculo, en el que, á su decir, reside Urghien, por mas que aseguren que está en el cielo. Dan los tibetanos á sus religiosos el nombre de lamas; llevan estos un trage muy distinto del de las demás clases, y no se trenzan el pelo ni ostentan pendientes; son tonsurados como nuestros sacerdotes, y se les obliga á guardar un celibato perpétuo.

Su deber es estudiar los libros de la ley, escritos en lengua vulgar; presentan los lamas á su dios, trigo, cebada y agua, por ser ellos los encargados de hacer las ofrendas, comiendo luego todo ello los creyentes como una cosa santa. Se les tiene en la mayor veneracion: viven los lamas regularmente en comunidad y separados del trato de los demás hombres; tienen además de los locales, un superior general, al que hasta el mismo rey trata con profundo respeto. Tambien á nosotros el monarca y todos los grandes de la córte nos consideraban como lamas de Jesucristo, procedentes de Europa; cuando vieron que celebrábamos los divinos oficios, no pararon hasta que les esplicamos su significacion. La misma curiosidad manifestaban por ver nuestros libros santos, esclamando todos ellos cuantas veces se los presentábamos: *Nuru* (está muy bien); luego añadian ser sus libros muy semejantes á los nuestros, lo que está, á mi ver, muy lejos de ser así, puesto que casi todos saben leer sus libros misteriosos, sin que los entienda ninguno de ellos. Decian tambien á menudo: «¡Ah! si sabiais nuestra lengua, ó bien nosotros comprendiésemos la vuestra, tendríamos un gran placer en oiros esplicar vuestra religion.» Lo que induce á creer que están estos pueblos bastante dispuestos á recibir las verdades cristianas.» Los misioneros, tratados en un principio con tantas consideraciones, no tardaron en ser mirados por la córte con la mayor desconfianza, por haber dicho algunos mercaderes de Kachemir que iban á Latak para la compra de lanas, que eran todos ellos ricos negociantes; pero no tardó en descubrirse la falsedad de aquella delacion.

Empezaba Desideri á estudiar la lengua del pais «con la esperanza, dice el mismo, de ver nacer un dia en medio de los peñascos del Tibet, algun fruto grato á los ojos de Dios», cuando supo que habia un tercer Tibet, al que se daba el nombre de H'lassa. A su pesar, se resolvió á descubrir el nuevo pais; siendo preciso atravesar inmensos desiertos durante seis meses antes de llegar á H'lassa, en cuyo pais penetraron los misioneros el 18 de marzo del año 1716. Poco tiempo despues de su llegada, se vieron compelidos ante los tribunales; pero habiendo logrado justificarse, fueron presentados al soberano. No obstante los disgustos de toda clase que sufrió Desideri en H'lassa, permaneció allí hasta el año 1727; en cuya época le llamó á Europa una órden del Papa, motivada por haberse quejado los capuchinos de que fuesen nuevos operarios á cultivar el campo que les estaba confiado. A su llegada á Roma, presentó Desideri á la Congregacion de la Propaganda tres escritos en contestacion á los capuchinos del Tibet, y pidió se le destinase nuevamente á Asia, pero no se accedió á su súplica. Murió Desideri en Roma el año 1733. Eyries asegura que tradujo aquel jesuita al latin el *Kangiar* ó *Sahorin*, obra que es considerada entre los tibetanos, segun aquel biógrafo, como la Sagrada Escritura entre los cristianos, y que Zoukaba, hombre que gozaba de gran fama de santidad entre los tibetanos, publicó en ciento ocho tomos. Todos los manuscritos de Desideri fueron archivados en el Colegio Urbano de la Propaganda.

Entretanto, los frutos alcanzados por los capuchinos, únicos apóstoles que habian quedado en el Tibet, acabaron por atraer sobre ellos la envidia y el ódio de los lamas. Obligados en el año 1742 á abandonar aquella mision, se dirigieron á las orillas del Ganges, cuya region estaba entonces dominada por el emperador del Mongol, y en la que lograron establecerse, haciendo varios prosélitos. Cuando aconteció la revolucion francesa quedó aquella mision enteramente abandonada, por haber muerto ya los capuchinos que la habian establecido; solo en el año 1803 fué dado á la Congregacion de la Propaganda renovarla, enviando á ella algunos capuchinos. En el año 1826, fué el P. Antonino Ponzoni nombrado vicario apostólico de aquella region, con el título de obispo de Esbona; llevóse con él á siete sacerdotes de su instituto, que tra-



Processione funebre degli Indostani — Procesion funebre de los naturales del Indostan



Funerali. — Funerales.

bajaron á sus órdenes en un inmenso país que solo contenia unos cinco mil cat[illegible]. El centro de la mision era Laknow, [illegible] considerable, situada á orillas del [illegible]; contaba ademas con otras ocho poblaciones, a saber: Baghelpur, Patna, Ciunar[illegible], Agra, Delhi, Sardhana Cioubri y Bettia, en cada una de las cuales habia un templo y un hos[illegible]io.

Hemos dicho que Desideri intentaba [illegible] por el Tibet en el imperio de China [illegible] año si se atiende á que procuraba [illegible] todos los medios la accion evangélica [illegible] Celeste Imperio, en el que la [illegible] suscitada con motivo de los ritos, [illegible] metido tan gravemente la suerte [illegible] relig[illegible] verdadera.

CAPÍTULO XX.

Misiones de diferentes institutos en la [illegible] Meza-Barba.

Dióse en el año 1706, [illegible] ado, un edicto [illegible] imperial del año 17[illegible] [illegible] del cristianismo [illegible] menos de que tuviese [illegible] que solo debia concederse [illegible] que [illegible] ciesen los honores [illegible] y de que no regresarian [illegible]. Cuarenta y siete misioneros, su mayor parte jesuitas, aceptaron aquellas [illegible] pero todos los que se oponian á [illegible] de Khang-hi acerca de las ceremonias supersticiosas, fueron obligados á ocultarse ó á abandonar aquel imperio. La [illegible] que por aquella causa presentó el mandarin [illegible] tchao-tso el 23 de diciembre de 1711, no produjo resultado alguno; con todo, presentó otra en el año 1717 el mandarin de Tchanmao, la cual fué acogida tan favorablemente por los tribunales, que volvió Khang-hi á interesarse desde entonces por los cristianos, á los que permitió permanecer nuevamente en su imperio, contentándose con prohibir que se

[illegible]

Canton dos [illegible]
unos son llev[illegible]
[illegible]

[illegible] za para que los aliment[illegible] obra [illegible] ridad del año 1719 [illegible] del [illegible] Felipe Cazier [illegible] de Can[illegible] lo siguien[illegible] tablecido [illegible] huérfanos qu[illegible] muy eficaz para bautismo que se ribundos, [illegible] ras en otros [illegible] se ha[illegible] [illegible]



bajaron á sus órdenes en un inmenso pais que solo contenia unos cinco mil católicos. El centro de la mision era Luknow, ciudad considerable, situada á orillas del Goumty; contaba además con otras ocho poblaciones, á saber: Baghelpur, Patna, Ciarnargarh, Agra, Delhi, Sardhana Cioubri y Bettia, en cada una de las cuales habia un templo y un hospicio.

Hemos dicho que Desideri intentaba penetrar por el Tibet en el imperio de China; y no estraño si se atiende á que procuraba por todos los medios la accion evangélica apoderarse del Celeste Imperio, en el que la controversía suscitada con motivo de los ritos, habia comprometido tan gravemente la suerte de la religion verdadera.

CAPÍTULO XX.

Misiones de diferentes institutos en la China. — Legacion de Meza-Barba.

Dióse en el año 1706, ántes de la disposicion del legado, un edicto corolario de la declaracion imperial del año 1700, prohibiendo á los apóstoles del cristianismo permanecer en China, á menos de que tuviesen un permiso por escrito, que solo debia concedérseles, caso de que reconociesen los honores tributados á Kong-fu-tse, y de que no regresarian nunca mas á Europa. Cuarenta y siete misioneros, en su mayor parte jesuitas, aceptaron aquellas condiciones; pero todos los que se oponian á la opinion de Khang-hi acerca de las ceremonias supersticiosas, fueron obligados á ocultarse ó á abandonar aquel imperio. La peticion que por aquella causa presentó el mandarin Fan-tchao-tso el 23 de diciembre de 1711, no produjo resultado alguno; con todo, presentó otra en el año 1717 el mandarin de Tchin-mao, la cual fué acogida tan favorablemente por los tribunales, que volvió Khang-hi á interesarse desde entonces por los cristianos, á los que permitió permanecer nuevamente en su imperio, contentándose con prohibir que se abrazase públicamente la religion católica en sus estados.

Los misioneros, no obstante aquella prohibicion, continuaron ejerciendo un gran bien en todo el pais, sobre todo, procurando la gracia del bautismo á los niños idólatras. Hé aquí lo que dice acerca de ellos el P. du Baudory, citado por el jesuita Gaubil: «Hay en Canton dos clases de niños abandonados; los unos son llevados á un hospital que los chinos llaman Yio-gin-tang, ó sea, *Casa de Misericordia*, donde son mantenidos á espensas del emperador. El edificio es vasto y magnífico; nada falta en él para el cuidado de aquellos pobres niños; ni amas para criarles, ni médicos para asistirles en sus enfermedades, ni directores que velen por el buen órden y conservacion del establecimiento. Solo se bautiza á aquellos niños cuando se les vé en peligro de muerte, en cuyo caso se avisa á mi catequista, que vive en las inmediaciones del establecimiento, y el cual va desde luego á conferirles el bautismo. Es siempre un chino el que está encargado del desempeño de estas funciones; porque no seria prudente que un europeo, y sobre todo un misionero, entrase en una casa en que hay tantas mugeres. Los demás niños expósitos son conducidos á nuestra iglesia, y en la que despues de habérseles bautizado se les encarga á personas de confianza para que los alimenten: data esta obra de caridad del año 1719. El P. Jacobo, dice del P. Felipe Cazier, uno de los misioneros de Canton, lo siguiente: «El medio por él establecido de recoger en su iglesia á los niños huérfanos que carecen de todo apoyo, ha sido muy eficaz para la salvacion de las almas; el bautismo que se confiere á aquellos niños moribundos, convierte á aquellas pobres criaturas en otros tantos predestinados. Lo propio se hace en otras muchas ciudades de la China, por haber en todas ellas la fatal costumbre de abandonar los padres á sus criaturas; por esto están obligados los catequistas á recorrer las calles muy de mañana y llevarse á cuantos niños encuentren en ellas para procurarles el

bautismo y todo cuanto sea necesario á su sustento. Se me ha asegurado haber año en Pekin que logran los misioneros salvar á mas de cuatro mil de aquellas infelices criaturas.» El P. de Entrecolles refiere el modo particular con que Dios se ha dignado salvar á algunos de aquellos niños, condenados por sus bárbaros padres á una muerte cierta. «Preciso es admirar, dice, la misericordia previsora con que la bondad divina abre á aquellos pobres huérfanos las puertas del cielo. Uno de nuestros hermanos que está empleado en el servicio del emperador, fué llamado á uno de los reales sitios de aquel príncipe para que curase algunos enfermos; apenas acababa de romper el dia, se puso el catequista en camino para dar cumplimiento á la órden recibida; como desease empero encomendarse á Dios durante el trayecto, resolvió, á fin de que nadie le interrumpiese, seguir un sendero poco frecuentado. Apenas acababa de entrar en él, vió á un niño tendido en el suelo, y junto á él un cerdo que iba á devorarle. El catequista ahuyentó desde luego al animal, y se apoderó del niño que daba aun señales de vida, y que murió poco despues de haber recibido el bautismo.»

Por medio de los mayores sacrificios, procuraban los jesuitas comprar el derecho de salvar las almas: en menos de ocho años habian dado cima á la mas vasta empresa geográfica que nunca se intentó en Europa. El P. Domingo Parrennin, natural del Russey, á su llegada á China en el año 1698, hizo notar á Khang-hi que se engañaba acerca de la posicion geográfica de algunas de las ciudades de su imperio; y el príncipe lejos de resentirse de la observacion hecha por un estranjero sobre la posicion de sus estados, le invitó á ocuparse en formar nuevos mapas de todas las provincias chinas. Empezaron los jesuitas aquella inmensa obra por la gran muralla y por los paises de sus alrededores: siendo los PP. Bouvet, Regis y Jartoux, los que se encargaron de fijar su situacion exactamente. Habiendo caido enfermo el primero de ellos á los dos meses de haber emprendido su trabajo, lo continuaron los dos restantes por todo el año 1708, en cuya época le dejaron enteramente terminado; el mapa que presentaron á Pekin en el mes de enero del año 1709, tenia mas de quince piés de largo. En el mes de mayo siguiente, los PP. Regis, Jartoux y Fridelli, fueron á levantar el del pais de los manchues, luego el de Pe-tche-li ó provincia de Peking, y el del pais que hay en las inmediaciones del rio Negro: ocupóles este trabajo durante el año 1710. Al año siguiente, fueron encargados los PP. Regis y Cardoso de formar el mapa del Chan-toung; así como lo fueron mas tarde el mismo Regis, Moyria de Maillac y Henderer, de levantar los del Konan, Nan-king, Tché-kiang y Fo-kien. Despues de la muerte del P. Bonjour, acontecida en el año 1715, fué aun Regis enviado al Yun-nan, á fin de que terminase los trabajos geográficos en él empezados. Luego se reunió nuevamente con el P. Fridelli, con el que dió la última mano á los mapas de las provincias de Kouei-tcheou y Hou-Kouang, region correspondiente al Houpe y al Hounan de la actual dinastía. Du Halde nos esplica el modo con que se llevó á cabo aquella importante operacion, terminada por algunos religiosos en ocho años, merced al efecto de un celo que fué de tanto interés para la ciencia.

Hé aquí lo que dice Parrennin, uno de los autores del mapa general de la China: «Seguí al emperador por espacio de diez y ocho años en todos sus viages á Tartaria; teniendo sucesivamente por compañeros al doctor Bourghese, médico del difunto cardenal de Tournon, á los hermanos franceses Frapperie y Rhodes y á los coadjutores Paramino y Costa, todos jesuitas, cirujanos y farmacéuticos; y por último, el señor Gagliardi, cirujano del hospital del Espíritu Santo de Roma.» Además, da el propio autor interesantes detalles acerca de Bernardo Rhodes, cuya útil y gloriosa carrera se prolongó hasta los setenta años. «Antes de pasar á esta mision, dice Parrennin, habia pasado ya Rhodes muchos años en la de



[illegible] el Pe- [illegible] de [illegible] El [illegible] en [illegible] sobres [illegible] de nues- [illegible] el servi- [illegible] uno de los [illegible] para que [illegible] [illegible]

deseasе [illegible] el trayecto, resolvió, á fin [illegible] interrumpiese, seguir un sendero p[illegible] cuent[illegible]do. Apenas acababa de entrar [illegible] vió á un niño tendido en el suelo, y jun[illegible] el un cerdo que iba á devorarle. El cate[illegible]sta ahuyentó desde luego al animal, y se apoderó del niño que daba aun señales de vida, y que murió poco despues de haber recibido el bautismo.»

Por medio de los m[illegible] procuraban [illegible] de [illegible] ha- [illegible] la posi[illegible] dos [illegible] le [illegible] de [illegible] los [illegible] mu- [illegible] los [illegible] exác- [illegible] número

de ellos á los [illegible] meses de haber emprendido su trabajo, lo continuaron los dos restantes por todo el año 1708, en cuya época le dejaron enteramente concluido: el mapa que presentaron á Pekin en el mes de enero del año 1709, tenia mas de quince piés de largo. En el mes de mayo siguiente, los PP. Regis [illegible] Fridelli, fueron á levantar el del [illegible] manchues, luego el de Pe-tche-li [illegible] de Peking, y el del país que hay [illegible] inmediaciones del rio Negro: ocupó [illegible] este trabajo durante el año 1710. Al año siguiente fueron [illegible] los PP. Regis y Car[illegible] [illegible] del Chan-tung [illegible] tarde el mismo Regis [illegible] Henderer [illegible] Ko- [illegible] Kiang [illegible] Fo-k[illegible] [illegible] de la [illegible] del P. Bonjour [illegible] en el [illegible] fué con R[illegible] Yun [illegible] [illegible] Cardelli [illegible] en el [illegible] mapas [illegible] las [illegible] de Kou[illegible] correspondient[illegible] Hou-nan [illegible] actual dinas[illegible] [illegible] con que [illegible] aquellos [illegible] oper[illegible], tec[illegible] por algunos [illegible] [illegible] año [illegible] al efecto de un [illegible] de [illegible] interés para la ciencia.

[illegible] lo que dice Parrennin, uno de los [illegible] del mapa general de la China: «Seguí al emperador por espacio de diez y ocho años en sus viages á Tartaria; teniendo [illegible] por compañeros al doctor Borghese, médico del difunto cardenal de Tournon, á los [illegible] franceses Frapperie y Rhodes y á los coadjutores Paramino y Costa todos jesuitas, cirujanos y farmacéuticos; y por último, el señor Gagliardi, cirujano del hospital del Espíritu Santo de Roma.» Además, da el propio autor interesantes detalles acerca de Bernardo Rhodes, cuya útil y gloriosa carrera se prolongó hasta los setenta años. «Antes de pasar á esta mision, dice Parrennin, habia pasado ya Rhodes muchos años en la de



las Indias. Habiendo sitiado los holandeses la ciudad de Pondichery, al apoderarse de ella fué hecho prisionero con el difunto P. Tachard, y conducido á Holanda, donde aguardó en las cárceles de Amsterdam á que se verificase el canje de prisioneros. Cuando llegó Bernardo á Paris, solo pensó en consagrarse nuevamente á las misiones, dirigiéndose desde luego á China, viage el mas largo y peligroso de todos cuantos habia emprendido hasta entonces en bien de la religion y de la humanidad. Al efecto se embarcó con el P. Pelisson, y al pasar, despues de haber tocado al Brasil, por la isla de Anjuan, fueron robados por los filibusteros que la ocupaban, viéndose obligados ambos á continuar sin recursos su viage á las Indias. Al año siguiente se embarcaron en dos buques ingleses, llegando en el año 1699 felizmente á Hiamen, puerto de la provincia de Fo-kien, desde donde fué conducido Rhodes á la córte por los mandarines que al efecto le estaban aguardando de órden del emperador. La dulzura, modestia y humildad que revelaba Bernardo de Rhodes en todos sus discursos y acciones, no tardaron en merecerle la amistad y el aprecio de los chinos; pero cuando se supo los profundos conocimientos que tenia el religioso en medicina, cirujía y farmacia, fué aun mucho mas considerado. El emperador le confió el cuidado de diferentes enfermos, por los que se interesaba en gran manera, y á los que los médicos chinos no habian podido restituir la salud, lo que logró el misionero á los pocos dias de haber emprendido su curacion, quedando el emperador altamente satisfecho. Los mandarines de palacio, que como todos los chinos en general, desconfiaban en gran manera de los médicos europeos, se vieron obligados á cambiar de opinion, por mas que hiciesen los médicos chinos todos los esfuerzos posibles para que continuasen mirando á los europeos con malos ojos.... «Que diferencia, me decian, hay entre ese médico europeo y los de nuestra nacion. Lo único que sentimos es que no quiera recibir cosa alguna en recompensa de su trabajo: basta proponérselo, para que se disguste y desaparezca en seguida.» En efecto, lo mismo visitaba á los pobres que á los ricos, procurando á todos con el mismo desinterés los medicamentos que les eran necesarios: muchas son las familias necesitadas que deben á sus caritativos cuidados la conservacion de su salud y de sus vidas. No se crea, sin embargo, que se limitase el misionero á ser médico del cuerpo, puesto que buscaba aun con preferencia serlo del alma; infinitos eran los niños, en quienes despues de haber practicado en vano los recursos del arte, procuraba por medio del bautismo abrirles las puertas del cielo. En mas de diez largos viages que he hecho con el emperador, me ha sido dado admirar los inmensos servicios que ha prestado de Rhodes durante los mismos á los chinos de todas condiciones: pasaba casi todo el dia ocupado en cuidar á los pobres enfermos, que eran siempre en gran número, atendido á que se componia el cortejo del emperador de mas de treinta mil personas. Cuanto mas triste era el estado de aquellos infelices, tanto mayor era el celo con que se consagraba el misionero á su cuidado; hé aquí porque esclamaban los chinos en el colmo de su admiracion: «Es verdaderamente estraordinario ver que hace un estranjero sin emolumento alguno, lo que no harian nuestros médicos ni aun á peso de oro.» ¡Qué lástima, me decia en cierta ocasion un idólatra, que el hermano Rhodes no sea chino! «De seguro que á haber nacido entre nosotros seria un gran santo, y se elevaria mas de un monumento á su gloria.» Entonces le espliqué la causa que nos habia obligado á abandonar á nuestro pais natal y á dirigirnos á China, lo que produjo en el ánimo del rico idólatra una admiracion profunda. Nunca habia habido tantos enfermos como en el último viage: en menos de cuatro meses empleó el hermano de Rhodes todos los medicamentos que el emperador habia hecho llevar á Gehol, segun su costumbre, por lo que fué preciso hacer llevar nuevos medicamentos de Pekin. Hácia aquella misma época, fué llamado el hermano de Rhodes para cuidar al monarca, á

fin de curarle un tumor que acababa de declarársele en el lábio superior, y del que quedó á los pocos dias enteramente restablecido. No menos feliz habia sido el misionero en curar anteriormente al monarca unas violentas palpitaciones que sufria desde mucho tiempo, y contra las cuales habia sido impotente la medicina china. Sin embargo, los frecuentes paseos que se vió obligado á dar el emperador para la conservacion de su salud, el cuidado de los negocios, y, sobre todo, el peso de los años, le debilitaron de tal modo, que en breve se vió el misionero nuevamente obligado á procurarle todos los recursos del arte, por librarle del inminente peligro en que se hallaba. «Haré todo cuanto me prescribais, decia al misionero, pero si creeis que os hable con franqueza, os diré que creo son ya para mí inútiles todos los remedios. Mis viages á Tartaria han terminado: preciso es, pues, que me prepare para el viage de la eternidad.» Con efecto, murió el emperador á 10 de noviembre del año 1714, á una jornada de Pekin, recitando con fervor las letanías de la Santísima Vírgen. El P. Tillick hizo trasladar su cuerpo á nuestro cementerio que está fuera de la ciudad, en el que estaban ya reunidos todos los jesuitas de Pekin para recibirle, y despues de las preces de costumbre, se le dió sepultura el dia 25 del propio mes.»

Si apartamos la vista de los hijos de S. Ignacio para fijarla en los de Sto. Domingo, verémos que los misioneros de esta órden, que hizo el P. Cloche desde Filipinas dirigir al Celeste Imperio, continuaban trabajando en él con ardoroso celo, no obstante las privaciones de que se veian rodeados. Clemente XI les honró con algunos presentes, y con el siguiente breve de 22 de abril del año 1713: «Queridos hijos nuestros: Lo que nos ha sido referido acerca de la escelente piedad y tierna afeccion con que habeis procurado la gloria de la Santa Sede, nos ha causado una satisfaccion vivísima, ya por el interés que de ella puede reportar el cristianismo, ya por ser debida á una órden que tanto queremos. Asimismo nos ha sido sumamente grato el ver que en todas ocasiones os habeis distinguido por la pronta y síncera obediencia á las órdenes, no solo del difunto cardenal de Tournon, cuyo nombre merece ser bendecido, si que tambien de todos los vicarios apóstolicos que la Santa Sede ha enviado á esas misiones. Tampoco ignoramos la heróica constancia con que habeis hecho frente á todos los esfuerzos de vuestros opres es, ni la invencible paciencia con que habeis soportado las cárceles, el destierro y todas las persecuciones inventadas para triunfar de vuestro heroismo. Vemos con placer una virtud tan digna de alabanza, y al daros la mayor seguridad de nuestra benevolencia, nos creemos obligados á felicitaros por la gloria que habeis sabido alcanzar ante todos los verdaderos hijos de Dios, que no cesarán de admirar en vosotros ese celo y admirable fuerza cristiana de que habeis dado tan bello ejemplo. En cuantas ocasiones se presenten, no dejarémos de daros nuevas pruebas de nuestro amor paternal; esperando recibireis con gusto la que os damos ahora con los presentes que os destinamos. Al propio tiempo, queridos hijos nuestros, os damos la bendicion apostólica, y pedimos al Autor de todos los bienes, que derrame sobre vosotros sus mas preciosos dones.»

Entretanto, los mandarines y los gobernadores procuraban por todos los medios hacer dar cumplimiento al edicto que espulsaba á todos los misioneros del imperio, con prohibicion, bajo pena de la vida, de volver á él, á menos que permitiesen practicar á los cristianos las ceremonias supersticiosas que habian sido condenadas por la Santa Sede y su legado. Algunos dominicos procuraron ocultarse en el pais, á fin de poder continuar instruyendo á los fieles, por mas que no les fuese dado, atendido su escaso número, ausiliar mas que á una pequeña parte de los muchos cristianos que habia en aquel vasto imperio. No cesaba de temer el P. Cloche por la vida de aquellos religiosos, espuestos contínuamente á ser delatados por los cristianos que

no dejarian de apostatar al verse privados del ausilio de los misioneros necesarios para sostenerles en la fé. En su consecuencia, escribió al provincial de Filipinas, á fin de que procurase por todos los medios posibles hacer pasar algunos religiosos á China. Despues de las cartas que desde el archipiélago fueron dirigidas al general de la órden en los años 1712 y 1714, y en las que solo se le anunciaban tristes noticias, las que recibió en el año 1716 empezaron á reanimar su esperanza, por comunicársele en ellas que á pesar de lo difícil que era desembarcar en China, diferentes religiosos de la órden de Predicadores habian penetrado felizmente en aquel pais, y al que se disponian á seguirles otros, émulos de su celo.

Los obstáculos que creó en China la ejecucion de los decretos pontificios al fin terminaron, por lo que envió Clemente XI á ella un nuevo legado, cuya negociacion esperaba el Papa seria mas feliz que la de Maillard de Tournon, y para cuyo cargo nombró á Cárlos Ambrosio Mezza-Barba, patriarca de Alejandría, el cual partió de Roma el año 1719, seguido de una numerosa y brillante comitiva. Formaban parte de esta los cuatro barnabitas Honorato Ferrari, Alejandro de Bérgamo, Segismundo Calchi y Salvador Rosini, tan recomendables por su piedad como por su saber. A fin de no herir la susceptibilidad de la córte de Portugal, fué dispuesto se dirigiese el legado á Lisboa, donde se embarcó á 5 de marzo del año 1720; á su llegada á Macao, que fué el dia 26 de setiembre, se le presentó el P. Juan Laureati, visitador de los jesuitas, para protestar de su sumision á las órdenes de Clemente XI respecto de los ritos chinos, y de sus deseos de secundar al legado. Mezza-Barba empezó el ejercicio de su ministerio de conciliacion, relevando de las censuras en que habia incurrido al obispo de Macao, por los motivos de queja que habia dado al cardenal de Tournon. Desde la ciudad de Canton en la que desembarcó á 7 de octubre, se dirigió el legado á Pekin, con la esperanza de obtener que el khang-hi permitiria á los cristianos abstenerse de las ceremonias idolátricas. El jesuita José Pereyra, que le servia de introductor y de intérprete, aseguró al emperador que eran muy poco satisfactorias las noticias de que era portador el legado; pero tan pronto como el príncipe hubo oido á Mezza-Barba, se encolerizó contra Pereyra hasta el punto de amenazarle con la muerte. En recompensa del celo con que procuraba Laureati secundar al legado, fué reducido á prision y cargado de cadenas; por lo que desesperando Mezza-Barba del éxito de su mision, pidió permiso para regresar á Europa, á fin de informar al Papa del estado de la religion en el imperio, prometiendo al propio tiempo no innovar cosa alguna ni ejercer ningun acto de jurisdiccion durante su permanencia en aquel pais. Tranquilizado Khang-hi por esta seguridad, le concedió el dia 1.° de marzo su audiencia de despedida, y le hizo además ricos presentes para él, para el Papa y para el rey de Portugal. A su regreso á Macao, donde debió el legado permanecer seis meses, publicó el 4 de noviembre una pastoral exhortando á los misioneros á acatar los decretos de la Santa Sede, que modificó algun tanto por medio de ocho artículos, relativos todos al culto de Kong-fu-tse y de los antepasados. Luego se dirigió el legado á Roma, llevándose los restos del cardenal de Tournon, á quien queria el Sumo Pontífice hacer unas exequias dignas de aquel venerable confesor de Jesucristo. Pero cuando llegó el legado á Roma, á últimos del año 1722, habia muerto ya Clemente XI, y ocupaba el trono pontificio Inocencio XII. La relacion de Mezza-Barba, atribuida por unos al P. Viani, su confesor; y por otros al P. Fabri, su secretario, no es de ningun modo favorable á los jesuitas. Habiendo sido aquella relacion insertada en las *Anécdotas de la China,* fué desde luego refutada por dos cartas del P. de Goville, á quien el P. Hervieu, su superior, envió á Francia el año 1723 para arreglar ciertos asuntos referentes á la mision francesa, y ofrecer al rey algunos presentes curiosos del Ce-

leste Imperio, cuyo encargo desempeñó aquel religioso en Versalles el dia 2 de febrero del año 1725.

CAPÍTULO XXI.

Mision de los barnabitas, benedictinos y de los siervos de María en el Pegú.

Si esta legacion no tuvo buen éxito, á pesar del mérito de los que la componian y de la pompa con que fué rodeada, «fué una dicha para los infieles del Pegú, escribia el P. Abbona, siervo de María, al P. Simonin, capellan del rey de Cerdeña. Mezza-Barba habia sido autorizado para enviar á las provincias que mas necesidad tuviesen de sacerdotes, los religiosos agregados á su séquito, y como fuese Pegú la comarca que mas le llamase su atencion por su estado de abandono, envió allí al P. Segismundo Calchi, quien partió de Canton el 3 de octubre del año 1721, y dirigiéndose á Coromandel, desembarcó en los primeros dias del año 1722 en Siriam, antiguo puerto del Pegú, acompañado del abate José Vittoni. Revestido el P. Calchi de los poderes y del título de Vicario apostólico, concentró en sus manos todo el poder de la jurisdiccion.

«Apenas la mision habia dado comienzo, cuando permitió Dios que la Cruz consagrase las primicias. Los que la habian fundado, pronto fueron objeto de las mas odiosas persecuciones. Algunos envidiosos esparcieron calumnias tan atroces contra los recien llegados, que el rey no pudo creerlas por su propia aseveracion, sino que para aclarar aquel misterio, quiso interrogar algunos europeos y armenios domiciliados en Siriam, y por sus declaraciones reconoció la inocencia de los dos misioneros; entonces proclamóla por medio de un acto solemne, y quiso que de su modesta residencia pasasen al palacio de Ava. Autorizado para hablar del cristianismo en presencia del monarca, el P. Calchi lo hizo con tanta fuerza y persuasion, que subyugado el príncipe por sus palabras, declaró, poseido de una especie de entusiasmo, que el soberano Pontífice era en su concepto el primer poder del mundo. Inmediatamente rogó al abate Vittoni que volviera á Roma con algunos rubies, ambar y mil piedras preciosas, para ser ofrecidas á los piés del Papa como una prenda de la alta estima que el rey de Pegú abrigaba por su persona y por su dignidad. En seguida hizo publicar en todos sus estados un edicto, por el cual prohibia, á quien quiera que fuese, que pusiera estorbos al celo de los misioneros. En fin, como un último testimonio de benevolencia, concedió entera libertad al P. Calchi para predicar el Evangelio, y á sus súbditos para abrazar sus doctrinas. El hábil misionero, aprovechando aquellas felices disposiciones, dispuso que fuesen abiertos sin demora los fundamentos de una iglesia.

«Entretanto el abate Vittoni partió para Roma y el P. Calchi quedó solo. Viendo el éxito maravilloso de su mision, dirigió, á ruegos del mismo príncipe las mas vivas instancias á sus superiores, á fin de obtener algunos obreros que le ayudasen á cultivar con mas desahogo un campo tan fecundo y tan rico en esperanzas. Sus deseos fueron atendidos: dos sacerdotes seculares, los abates Vittoni y Rosetti, se embarcaron con el barnabita Gallizia, en el año 1727, siendo portadores para el vicario apostólico de la órden de dividir aquella mision en dos partes, una de las cuales quedó al cuidado de los dos abates y la otra al de los barnabitas. El P. Gallizia no encontró al llegar al cofrade que le habia enviado á buscar, porque el P. Calchi murió mientras que aquel religioso iba en su ausilio. Su muerte dejó sin pastor á la iglesia que regia; deplorable abandono que mas de una vez se ha renovado desde su fundacion.

«Tres meses despues de aquel suceso llegó el P. Gallizia. El celo del P. Calchi volvió á hallarse en el alma de su sucesor, y pronto, merced á los desvelos del nuevo apóstol, Siriam tuvo una iglesia, la segunda de la mision. Ava acojió á los dos sacerdotes seculares que acompañaron á los barnabitas; pero ¿cuál fué el fin de aquellos dos misioneros?

¿Dónde hallaron su tumba? ¿Fué en el suelo de la India ó en Europa? Lo ignoro; ningun rastro han dejado de su memoria. Por lo que hace al P. Gallizia, su ardor operó muchos prodigios; y al influjo de su palabra, innumerables gentiles abrazaron el Evangelio. Pero ¿qué puede un hombre enteramente solo? Postrado por la fatiga y el aislamiento, varias veces escribió el misionero á Europa, sin recibir nunca contestacion. Por último, confiando que su palabra seria mas persuasiva que sus escritos, resolvió ir en persona á Roma á defender la causa de sus pueblos abandonados; y, despues de diez años de permanencia en tierra estraña, dirijióse otra vez á Italia. Clemente XII que ocupaba entonces la sede de San Pedro, acojió con paternal benevolencia al religioso que venia de allende los mares para interesar la Europa á favor de su naciente iglesia. Pero durante su ausencia la religion fué declinando en aquella desgraciada cristiandad, y hallábase casi destruida en el año 1741, cuando para aprovechar los restos, se dispuso una nueva espedicion de obreros.

« Agradecido el cardenal Vicente Petra, prefecto de la Propaganda, por los servicios que habian prestado á aquella mision los PP. Calchi y Gallizia, propuso que se confiase esclusivamente á la congregacion de los barnabitas toda la parte de las misiones orientales que se estienden mas allá del Ganges; Su Santidad Benito XIV aprobó aquel proyecto, y, sobre el mes de febrero de 1741, partieron para el Asia algunos misioneros bajo la direccion del P. Gallizia, nombrado obispo de Visma y vicario apostólico. Aquellos misioneros eran los PP. Nerini, Mondelli y del Corte, á los cuales se agregó Fr. Angelo Capello, que era médico muy hábil. Separados aquellos buenos religiosos durante el viage, volvieron á reunirse por fin á la vista de Siam, donde desembarcaron el dia 3 de junio del año 1743. Dueños de ejercer su apostolado conforme les dictára su buen celo, aquellos PP. barnabitas operaron numerosas conversiones. Estaban llenos de confianza en el porvenir, cuando se vieron detenidos en medio de sus trabajos. Estalló una guerra entre los birmanes y los habitantes de Pegú; los primeros sitiaron y se apoderaron de Siriam destruyendo hasta los templos cristianos, de modo que el P. Nerini no pudo salvar sino los vestidos con que iba cubierto. A su vez los peguanos, animados por la venganza, se arrojaron sobre los birmanes, los derrotaron en diferentes encuentros, invadieron su territorio, y con espantosas represalias destruyeron hasta en sus cimientos aquella mision, que tantos contratiempos ya habia sufrido y que otro no menos funesto iba á aniquilarla.

« Corria el año 1745, cuando un caballero aleman, gobernador de Bancquibozzar, ciudad situada á orillas del Ganges, habiendo sido arrojado por los musulmanes, se presentó delante del puerto de Siriam, con una flotilla de ocho buques, con intencion de apoderarse de la poblacion. Habiéndole disuadido de aquel inícuo proyecto el P. Nerini, solicitó del rey el permiso de fundar una colonia alemana. Consintió el soberano, y el caballero, deseando hacer al príncipe hospitalario una visita para darle las gracias, pasó á palacio con cincuenta hombres y algunos oficiales. Aquel imponente aparato, infundió temores al monarca, y creyéndose amenazado de un complot, urdió él uno á su vez. No solamente se negó á dar la audiencia prometida al gobernador, sino que resolvió deshacerse de él y de toda su escolta. Afortunadamente lo supo el caballero, é inmediatamente, volviendo á tomar el camino del puerto, quiso que le siguiesen no solo sus gentes, sino tambien los misioneros, temeroso de que el príncipe descargase sobre ellos su cólera, despues de su retirada. Ya los fugitivos, embarcados en botes, vogaban hácia la flota, cuando los indígenas observando su furtiva partida, corrieron en su persecucion. Trabóse una lucha terrible entre los peguanos y los estrangeros; pero agobiados estos últimos por el número, sucumbieron despues de una heróica resistencia. Unicamente dos alemanes escaparon con vida de aquella horrible

carnicería y corrieron á llevar la nueva al P. Nerini, quien en compañía de Fr. Angel se apresuró á ponerse en salvo en un buque. Alejáronse de aquellas playas derramando abundantes lágrimas, tanto por la muerte de su obispo muerto con dos de sus sacerdotes en aquella sangrienta refriega, como por la pérdida de la iglesia de Pegú, que, habiendo empezado por dos veces bajo los mas felices auspicios, otras tantas se habia visto destruida en su cuna. Nada quedó de los edificios cristianos despues de la desaparicion de los misioneros; iglesias y rectorías, todo fué incendiado ó demolido.

« El P. Nerini consagró el tiempo de su fuga á visitar diversas ciudades de la India; á su vez recorrió Mergui, Pondichery Madrás, pero de paso; donde permaneció mas tiempo fué en Chandernagor, sita á orillas del Ganges. Pero nada durante aquellos viages le hizo olvidar el Pegú; constantemente sus mas ardientes votos se cifraban en volver á ver al pais donde habia derramado sus primeros sudores. Dios quiso por último que quedasen satisfechos sus deseos, y el dia 21 de abril del año 1749, volvió á Siriam, seguido de Fr. Angel, su compañero de destierro. A su vista, la alegría de los cristianos no tuvo límites, y el rey olvidando lo pasado, acojió con benevolencia á los misioneros. El ferviente apóstol se aprovechó de aquella buena disposicion para construir un nuevo santuario, y merced á la generosidad de algunas personas devotas, en poco tiempo quedó terminado. Desde entonces el P. Nerini no tuvo mas que recojer las bendiciones con que le plugo al Señor favorecer todos sus trabajos. Seria preciso leer sus cartas, para comprender la alegría que inundaba su corazon viendo que volvia á florecer su querida iglesia indiana. «¡Ah! amado hermano mio en Jesucristo, decia á uno de sus amigos, si supierais la dicha que esperimento convirtiendo á tantas almas, vendriais si pudieseis volando al Pegú. » Otra vez escribiendo al general de su órden, le pedia algunos coloboradores y luego añadia: «¡Alabado sea Dios! La iglesia católica, esta inmortal esposa de Jesucristo, cada dia multiplica aquí su familia; es solicitado el bautismo con tan vivas instancias y por tan gran número de personas, que no puedo satisfacer todos los deseos; por manera, que es preciso que trabaje hasta de noche. » Un número considerable de armenios cismáticos se convirtieron al influjo de su palabra, y es fama que mientras el P. Nerini estuvo en Siriam, ninguno de ellos murió sin reconciliarse antes con Dios y con la iglesia. Pero los multiplicados trabajos del misionero agotaron sus fuerzas. « Enviadme algunos auxiliares, escribia en 1751, porque todavía no he aprendido á hacer milagros. » Tan vivas y repetidas instancias fueron por último atendidas. La congregacion de S. Pablo, hizo partir en el año 1754 una nueva colonia de religiosos, al propio tiempo que en Roma se expedian las bulas que le nombraban obispo de Orienze y vicario apostólico de todos los estados, en cuyo centro se hallaba colocado. Pero el Señor tenia otras miras; porque ninguno de los misioneros que la Europa enviaba en su ayuda, pudo llegar al punto de su destino: dos perecieron en medio de las olas con el buque que los conducia; otros dos acabaron sus dias en las playas de Martaban, casi á la vista de su mision, y Fr. Angel y el P. Nerini, murieron poco tiempo despues, mártires de su caridad.

« Despues de su derrota, los birmanes solo aguardaron una ocasion favorable para sacudir el yugo de los peguanos, sus vencedores. No tardaron en levantar un poderoso ejército y marcharon contra Siriam, cuya ciudad viéndose obligada á rendirse despues de un sitio cuya duracion agotó sus fuerzas, fué destruida hasta en sus cimientos y reemplazada por Rangun, nueva poblacion que se edificó no lejos de sus ruinas. En lo mas fuerte de la pelea, Fr. Angel corria acá y acullá para socorrer á los heridos, cuando una bala puso fin á su existencia. El P. Nerini por su parte, animaba el valor de los cristianos, sostenia su fé, protegia en fin con una solicitud paternal

un monasterio donde vivian algunas vírgenes bajo una regla comun. Quizá el heróico prelado hubiera evitado la muerte, á no haber aparecido de repente en las aguas de Siriam un buque francés. Al aspecto de aquella embarcacion, el rey de los birmanes, receloso como siempre, imaginó que habia sido llamada la Francia para ausiliar á los peguanos. El obispo Nerini se llevó la responsabilidad de aquel atentado imaginario, y fueron enviados algunos soldados para darle muerte; pero el amor que profesaban al venerable pontífice les hizo eludir aquella bárbara órden, y creyendo engañar al rey, decapitaron á un sacerdote portugués que encontraron al paso, presentando su cabeza al monarca; pero descubriendo este el artificio, renovó sus órdenes con mas severidad. Los soldados se presentaron pues en el domicilio del obispo, y deseando no obstante buscar un pretesto para darle muerte, intimáronle la órden de entregarles las vírgenes que se hallaban reunidas en el monasterio, y como se negase á obedecerles, le mataron á lanzazos. De este modo quedó otra vez privada de pastores aquella infortunada mision.

« Aquel abandono duró desde el año 1756 al de 1760, en cuya época dos nuevos misioneros llegaron á Rangun; eran los PP. Gallizia, sobrino del antiguo obispo, y Sebastian Donati. El primero se fijó en Rangun y el segundo en Ava. La acogida que obtuvo este último fué muy benévola, pero murió al siguiente año con gran sentimiento del pueblo de Ava que ya le queria de veras. Habiendo quedado solo el P. Gallizia, resolvió suplir el número con el celo, y su éxito en la conversion de los gentiles, fué tan prodigioso como su esfuerzo: fué tal el renombre que dejó de sus apostólicas virtudes, que todavía hoy dia su memoria es venerada por los pueblos que evangelizó. No obstante, su aislamiento duró poco; se le reunieron despues de diez y siete meses de espera, dos nuevos cofrades, los PP. Juan María, Percoto y Aveı ati, cuyo infatigable concurso contribuyó poderosamente á la estension de su Iglesia. En 1762 el P. Percoto vió sucumbir á sus dos compañeros á las fatigas de tan laborioso ministerio, sin que el impulso dado por su celo á la poblacion india pareciese menguar. Millares de infieles continuaron abrazando la fé; diez nuevos templos fueron elevados al verdadero Dios, y abrióse una escuela para cincuenta niños, que instruia el mismo misionero y de los que se rodeaba en los dias solemnes para dar mayor pompa al culto divino.

Desde el año 1776, época en la que el P. Percoto, promovido al episcopado, dirigia con tan feliz éxito la mision del Pegú, hasta el año 1794, varios obispos se han sucedido en aquel vicariato apostólico, dejando todos los mas preciosos recuerdos. El Ilmo. Montegazza fué el último eslabon de aquella cadena de santos pastores, la cual rota durante algunos años por el choque de las revoluciones de que se vió agitada la Europa á fines del último siglo, no pudo reanudarse hasta el año 1830. En aquella época una nueva colonia de misioneros, de los cuales ninguno pertenecia á la congregacion de los barnabitas, partió bajo la direccion del Ilmo. Scolopio, y llegó al Pegú en el momento en que aquella cristiandad únicamente contaba con un solo sacerdote católico. Merced al celo que anima al clero europeo, el número de obreros evangélicos es hoy dia mas considerable, sin estar no obstante en proporcion con las necesidades de nuestra Iglesia. En Maulmein, el P. Stork, religioso benedictino, dirije unos dos mil católicos; el P. Enrique, religioso piamontés, de la congregacion de los siervos de María, administra tres parroquias, cuya poblacion asciende á quinientas almas; mil otros fieles están confiados á los buenos oficios del P. Polignani; en fin, una pequeña grey de trescientos cristianos, tiene por pastor al P. Vicente Bruno, perteneciente como yo á la congregacion de los siervos de María. Juntos partimos de Turin en 1839 y pronto tendré que dejarle, porque me preparo para ir á anunciar Jesucristo á los pueblos del Laos. »

CAPÍTULO XXII.

Apostolado de los sacerdotes de la congregacion de las Misiones Estrangeras en el reino de Siam.

La historia del reino de Siam está tan íntimamente enlazada con la del Pegú, que es fuerza que volvamos á seguirla en este momento.

Luis de Cicé, de la congregacion de las Misiones Estrangeras, consagrado obispo de Sabula, habia sido nombrado en el año 1700 vicario apostólico de Siam. Aquel prelado, muerto en el año 1727, tuvo por sucesor á Texier de Kerlay, obispo de Rosalía, bajo cuya administracion la apostasía de un sacerdote siamés y un edicto contrario á la predicacion del Evangelio, expusieron, en el año 1730, la mision á grandes peligros. Prohibióse á los misioneros que escribiesen ningun libro de religion en siamés ó en *balí*, que predicasen el cristianismo á los siameses, peguanos y laocianos sometidos á Siam, y en fin, ir contra la religion del pais. Se quiso obligar al obispo de Rosalía á que designase el lugar donde seria colocada la piedra en la que se acababa de grabar aquel edicto, y como se negase á hacerlo el prelado, la colocaron precisamente delante de la puerta de la iglesia el dia 9 de octubre del año 1731. Despues de la muerte de Kerlay, acontecida en el año 1736, Loliere-Puycontat, vicario apostólico, con el título de obispo de Juliopolis, habiendo impedido á los cristianos que asistieran á una procesion idólatra, se renovó aquella piedra. El Ilmo. Brigot, obispo de Trabaca, habia sucedido á Loliere, muerto en el año 1755, cuando un cristiano llamado Sirou, llevado de un esceso de celo la rompió, con riesgo de provocar una persecucion general; pero el estado crítico del reino amenazado por los birmanes, preservó afortunadamente á los cristianos del castigo que hubiesen sufrido. El ascendiente de los misioneros era tal, que en el año 1758, afligido uno de ellos por las injusticias que el virey de Tennasserim cometia con los negociantes europeos, logró hacerle deponer. Audrieux y Lefevre que evangelizaban á Mergui, abandonaron esta ciudad y sus habitantes cuando se acercaron los birmanes, cuyos triunfos les llevaron hasta delante de los muros de la capital. Amedrentado el rey, rogó al obispo de Trabaca, que emplease su influencia con los cristianos para decidirles á defender el pais, y confió las posiciones mas importantes á aquellos hombres escogidos, cuyo valor contrastaba con la pusilaminidad del resto del ejército. El hermoso colegio de los misioneros de Mahapram fué incendiado; pero el arrojo de los cristianos preservó el campo de San José en Siam. La iglesia de los franceses recibió en aquella ocasion el nombre de iglesia de la Victoria, y fueron ofrecidos algunos presentes á título de reconocimiento, al vicario apostólico, á sus ausiliares y á los alumnos del seminario á cuyo establecimiento fué unido el colegio, que la falta de recursos no permitia establecer.

La congregacion de las Misiones Estrangeras contó dos nuevos mártires en aquella época. Con el objeto de establecer una mision en Socotora, habia enviado allí á los PP. Dupuy y Guerville, quienes despues de haber abordado en aquella isla en 13 de enero del año 1757, tuvieron que salir de ella al cabo de tres semanas para volver á Pondichery; pero dos años mas tarde volvieron á embarcarse pasando por Goa, Surate y Moka; mas viéndose obligados á tocar en la costa de Arabia, fueron degollados por los indígenas en el año 1760 ó al año siguiente.

Una segunda invasion de los birmanes dió por resultado reducir á la esclavitud á Audrieux y Alary, misioneros en Mergui, quienes agobiados por los malos tratos que sufrieron durante su cautiverio, acabaron por obtener que se les dejára retirarse á Pondichery. El obispo de Tabraca, viendo la capital del reino de Siam sériamente amenazada, hizo salir á los alumnos del colegio, á quienes envió bajo la direccion de los sacerdotes Kerhervé y Artaud, al pueblo siamés de Chantabun,

cerca de Camboge. Los cristianos, distribuidos en las tres iglesias situadas fuera de la ciudad, resistieron con esfuerzo al enemigo; pero cuando se conoció que toda resistencia era inútil, el obispo salió del campo de San José, donde se hallaba el seminario, para ir á negociar una capitulacion con los birmanes, quienes una vez vencedores y dueños del campo, violaron las condiciones, saqueando á los cristianos y haciéndoles cautivos. El prelado, á quien creian mas rico que los demás, por las muchas limosnas que recibia, corrió los mas graves peligros. Cuando la ciudad de Siam fué tomada al asalto, en la noche del 6 al 7 de abril del año 1767, despues de un sitio durante el cual mas de diez mil criaturas moribundas fueron bautizadas por los misioneros, el obispo de Tabraca, conducido á Thavai, se vió reducido á dar su anillo pontifical á un rico armenio, para que alimentase á los cristianos cautivos á quienes diezmaba el hambre. Ejerciendo las funciones de su ministerio, contrajo varias enfermedades y fué infestado de una especie de lepra. Trasladado mas tarde á Rangun, no solamente resolvió entre los franciscanos y barnabitas una cuestion de jurisdiccion que le sometieron, sino que consagró en enero del año 1768, al barnabita Juan María Percoto, vicario apostólico de Ava, obispo titular de Maxula. De allí pasó á Pondichery con tres seminaristas en un buque de la compañía de Indias que le transportó despues á Francia, donde llegó en el mes de octubre del año 1769.

Habiendo sido trasladado á Bang-kok el asiento del gobierno siamés, un individuo de la mision fué á reclamar de Phaia-thac, elegido rey de Siam, la proteccion que los príncipes de su nacion habian dispensado hasta entonces á los misioneros europeos. Aquel príncipe recibió con benevolencia al enviado y encargó á un mandarin, en el año 1769, que fijase los límites de un terreno destinado para la reedificacion de los edificios religiosos destruidos durante la invasion de los birmanes. No obstante, el colegio general de las misiones, no se restableció ya mas en el reino de Siam.

Respecto de los misioneros Kerhervé y Artaud, encargados de dirigir el colegio fugitivo á Chantabun, viéronse obligados, atendidos los progresos del enemigo, á retirarse á Hondat, promontorio en el pais de Kan-kao, cerca de una cristiandad de cochinchinos, emigrados para huir de la persecucion. Kerhervé murió, yendo á buscar á Siam algunos escolares, que no habian podido reunirse con sus condiscípulos; y Andrieux, que un europeo residente en Masulipatam habia rescatado del cautiverio, murió en las mismas circunstancias. El misionero Pigneaux de Behaine, recientemente llegado de Europa, fué nombrado en el año 1767 por el vicario apostólico de la Cochinchina, superior del colegio de Hondat, del cual Morvan hace esta triste descripcion: « Tenian por refectorio un cercado cubierto de paja y abierto por todos lados. Cuando sobrevenia alguna tempestad durante la hora de la comida, los escolares que se hallaban del lado de donde soplaba el viento, se veian obligados á levantarse, llevarse su plato, é irse al lado opuesto para buscar un rincon donde no se mojasen. El interior del edificio, donde dormian ó estudiaban, no se hallaba en mejor estado. Los vientos del norte se habian llevado una gran parte de los techos de paja, de modo que cuando llovia de noche, la mayor parte de los estudiantes tenian que levantarse, recojer sus camas, y buscar un abrigo hasta haber pasado la tempestad; pero aun en este caso, con dificultad hallaban un lugar seco para poder descansar el resto de la noche. Una parte del dinero que habia traido de Europa, fué empleado para remediar aquellos males; se ordenó lo necesario para edificar un nuevo colegio; pero nos vimos obligados á reunir nosotros mismos los materiales y hacer lo mas principal de la obra. Dos dias por semana se interrumpian los estudios para ir á cortar y pulimentar madera en los lejanos bosques, desde donde era preciso traerla, á través de los pantanos, hasta un rio, en cuyo

sitio íbamos á buscarla con una lancha. » Un incidente inesperado comprometió de repente la seguridad de los misioneros del colegio. Phaia-thac, nuevo rey de Siam, tenia en su poder los miembros de la antigua familia real, que los birmanes no se habian llevado prisioneros; pero habiéndose escapado uno de ellos, se embarcó en Hon-dat en una barca que habia traido provisiones á los misioneros, y aunque estos, lejos de favorecer su evasion, no habian querido tener ninguna relacion con él, fueron presos el dia 8 de enero del año 1768 y conducidos á Kan-kao, no recobrando su libertad sino despues de muchos meses de prueba sostenida con una heróica constancia. « He tenido la dicha, escribia Pigneaux de Behaine á sus padres, de pasar encarcelado el santo tiempo de la cuaresma, llevando al cuello una escalera de mas de seis piés de largo. Los cristianos que venian á visitarnos, derramaban muchas lágrimas, y á pesar de la alegría muy sincera que por nuestra suerte esperimentábamos, no habia medio de poder consolarles. Al poco tiempo de estar preso tuve calenturas que me duraron mas de cuatro meses, pero ya me hallo libre de ellas. Bendecid, pues, mil veces á Dios por haber concedido tanto honor á vuestra familia, y rogadle que me otorgue la gracia de que pueda sufrir y morir por su santo nombre. » En 1769, nuevas revueltas políticas, obligaron á los misioneros á abandonar á Hon-dat para refugiarse en Kan-kao, donde murió su compañero Artaud. Entonces realizaron el proyecto que hacia mucho tiempo habian formado, de trasladar el colegio general de las misiones á la costa de Coromandel; al efecto, se embarcaron en el mes de diciembre del año citado en número de cuarenta y tres personas, llegaron á Pondichery y se instalaron en Virampatnam, poblacion situada á una legua de aquella ciudad.

Entretanto el misionero Corre, primer sacerdote de la congrégacion de las Misiones Estrangeras, que no habia visto á Phaia thac desde su advenimiento al trono, recibió de él una muestra de benevolencia inaudita, haciéndole una visita de cortesia. El Ilmo. Le Bon, consagrado obispo de Metellópolis por el Papa, y nombrado coadjutor del obispo de Tabraca, á quien no tardó en suceder, habiendo llegado en marzo del año 1772 á Bang-kok, obtuvo la misma distincion; pero como dirémos mas adelante, aquel favor se trocó luego en persecucion. Pero conviene que nos ocupemos ahora de las viscisitudes porque pasó la iglesia de Cochinchina.

CAPÍTULO XXIII.

Apostolado de los sacerdotes de la congregacion de las Misiones Estrangeras, de los jesuitas y de los franciscanos de Cochinchina.

El Ilmo. Mahot, obispo de Bide y vicario apostólico de aquel reino, murió el dia 15 de junio del año 1684, y su sucesor Duchene, obispo de Berithe, no tardó en seguirle al sepulcro. Fué nombrado entonces para reemplazarle Francisco Perez, natural de Siam, hijo de padre español y de madre siamesa, quien á la edad de siete años habia entrado en el seminario y salió de él ya sacerdote. Laneau, entonces administrador general de las misiones en Siam, habiéndole consagrado obispo de Bujia, penetró en Cochinchina en una época en que aquella mision disfrutaba de suma tranquilidad. Pero en el año 1690 el rey escitó una persecucion de cuyas resultas murió, y aquel suceso, considerado como un castigo divino, provocó el ódio de su sucesor, quien contentándose en el año 1698 con ejercer sus rigores contra una cristiandad particular, dos años mas tarde ordenó una proscripcion general. El obispo de Bujia se mantuvo oculto en un barco costanero durante algun tiempo; pero habiendo descubierto despues una caverna muy retirada, hizo levantar en ella un altar, confiriendo la órden del sacerdocio á un diácono cochinchino, que habia vuelto del seminario de Siam hacia dos años. Aquel sacerdote, hijo del pais, no siendo todavía conocido y tomando grandes precauciones, pudo ir de una parte á otra á visitar

los cristianos en una provincia que corria únicamente á su cargo. Los demás misioneros, que eran estrangeros, se vieron completamente privados de ejercer su ministerio durante los primeros años de aquella violenta tempestad. El provicario Langlois fué preso en marzo del año 1700, al propio tiempo que los jesuitas José Candone, Pedro Belmonte y Antonio Arnedo; soltaron á este último pero encarcelaron y aherrojaron á los otros tres, no tardando en participar de su terrible cautiverio, otro sacerdote de las Misiones Estrangeras llamado Capponi. Como la supersticion impide á los cochinchinos hacer ninguna ejecucion durante el primer mes de su año, que correspondia precisamente al de marzo, no presentaron los fieles cautivos al rey hasta el dia 22 de abril. Cada uno iba acompañado de un soldado, que sujetaba con una mano la canga ó cepo del cautivo, y con la otra empuñaba un sable desnudo dispuesto á herir á la primera órden. Siete cristianos, de los cuales los cuatro eran hombres y los restantes mugeres, habiendo perseverado en su animosa confesion, el rey les condenó, á los hombres á morir de hambre y á las mugeres á la mutilacion, librándose de aquel suplicio una sola que se retiró llorando por no haber sido considerada digna de sufrir por Jesucristo. Pablo So, Tadeo Ouen, Antonio Ky y Vicente Don, con guardas de vista é interrogados sobre lo que mas les hacia sufrir, contestaron que les atormentaba una sed ardiente y un fuego secreto que les devoraba las entrañas. Veíaseles acostados sobre la arena, dice la relacion de un misionero que se hallaba en aquella época en Cochinchina, y cubrirse con ella para hallar alguna frescura en las capas inferiores y templar algun tanto el ardor que les consumia. Los soldados que los guardaban, les decian: ¡Infelices! ¿por qué quereis perecer de este modo? Nos hallamos en una isla en medio del rio: el agua nos rodea por todas partes, poned únicamente el pié sobre la imágen que teneis á vuestro lado y tendreis toda el agua del rio á vuestra disposicion. Pero los confesores exhalaban un lijero suspiro y con voz desfalleciente contestaban: No no es permitido aceptar el agua al precio que quereis vendérnosla; preferimos morir de sed, á ofender al que nos ha creado de la nada y que murió por nosotros. Al llegar al dozavo dia de su completa abstinencia, sus ojos fueron velándose lentamente, su árida lengua quedó como pegada al paladar, sus brazos permanecieron inmóviles y se apoderó tan gran debilidad de todo su cuerpo, que ya no podian sostenerse, ni aun sentados. A los quince dias el mas flaco de complexion se durmió en el sueño de los justos para ir á recibir la corona que su fé y su constancia le habian conquistado. Al dia siguiente é inmediato, otros dos abandonaron tambien este valle de lágrimas, para ir á descansar en el seno de Dios, por cuyo amor tanto habian sufrido. El cuarto, que era mas robusto, y que con sus discursos animaba á los demás y les exhortaba á tener paciencia, no murió hasta el dia décimo octavo, abismado en una paz profunda. Despues de su muerte el rey ordenó que fuesen descuartizados y arrojados al mar, temiendo que los cristianos guardasen sus restos como reliquias y les tributasen los honores de que serán eternamente dignos.» El mandarin que habia aconsejado aquel género de suplicio, murió de repente poco tiempo despues, y sus parientes dispusieron que se hicieran algunos sacrificios en la cárcel de los cuatro mártires, á fin de que no impidiesen al alma del difunto volver á su cuerpo; porque los idólatras cochinchinos creen posible aquella vuelta, y la admiten cuantas veces una persona desmayada vuelve á recobrar sus sentidos. En consecuencia, lanzan grandes gritos y los hacen lanzar todavía mayores á los bonzos, á fin de volver á llamar las almas de las personas que acaban de morir. En un principio los idólatras se contentaban con escribir los nombres de los misioneros en la lista de proscripcion, sin intentar hacerles apostatar, porque lo juzgaban imposible; pero despues el rey les condenó á cárcel perpétua, en la cual se les agobiaba con una canga tan pesada,

que no podian levantarse ni andar sin ausilio ageno. El sacerdote francés Sennemand y Nicolás Fonseca, sacerdote de Macao, descubiertos poco tiempo despues, fueron encerrados en una cárcel separada. Tambien prendieron á los sacerdotes Feret, Gouges y Destrechy. Los jesuitas Candone y Belmonte, y los sacerdotes Langlois y Feret, murieron gloriosamente en la cárcel. Los demás misioneros fueron puestos en libertad en el año 1704. Marin Labbé, enviado á Roma por las necesidades de la mision de Cochinchina, fué nombrado coadjutor de Francisco Perez y consagrado obispo de Tilópolis. Este prelado murió en marzo del año de 1723 y cinco años mas tarde bajó tambien al sepulcro el vicario apostólico. El barnabita Alejandro de Alexandris, misionero de la Propaganda, nombrado coadjutor en el año 1727 y consagrado obispo de Nabuce, reemplazó á Francisco Perez, y tuvo á su vez por coadjutor al franciscano Valerio Rist, obispo de Minda, muerto en el mismo año de su promocion al episcopado, esto es, en el año 1738.

Independientemente de las persecuciones que reconocian una causa esterior, los progresos de la fé hallaban algunos impedimentos en las discordias intestinas, originadas á causa de la jurisdiccion de los vicarios apostólicos y de las ceremonias idolátricas de la China. Algunos acuerdos contradictorios referentes á los ocho permisos concedidos en el ordenamiento del legado Mezza-Barba, habian agriado los ánimos en el Celeste Imperio. De una parte, el P. Francisco Saraceni, obispo de Lorima y vicario apostólico de Chen-si, prohibió el uso de las concesiones del legado; y de otra, el P. Francisco de la Purificacion, obispo de Peking, mandó por sus pastorales de 6 de julio y 23 de diciembre del año 1733 que se conformasen á la bula *Ex illa die*, modificada con aquellas ocho permisiones; pero Clemente XII condenó lo ordenado por el obispo de Peking en un breve del 26 de setiembre del año 1735 y sometió las concesiones de Mezza-Barba al exámen del Santo Oficio. El mismo Papa resolvió enviar un visitador apostólico á Cochinchina, eligiendo al efecto á Francisco de la Baume Achards, nacido en Aviñon en 1679 é instituido por Benedicto XIII, obispo de Halicarnaso. Aquel visitador llegó al punto de su destino en mayo del año 1739; en el mes de julio siguiente, publicó un mandamiento relativo á los puntos del litigio y murió en 2 de abril del año 1741, despues de haber conferido poderes de provisitador al abate Fabre, su secretario, cuya violencia y ánimo apasionado, contrastando con la prudencia y moderacion del prelado, impidieron la prosecucion del bien comenzado. La relacion que Fabre publicó á su regreso á Europa, fué condenada por la Santa Sede. Benedicto XIV debia terminar por último aquella controversia de los ritos chinos para siempre memorable, dice el obispo de Hesebon, por los males que ha ocasionado no solamente en las misiones, sino tambien en toda la iglesia; porque se sacó de ella un gran partido para desacreditar á los jesuitas, de los cuales algunos pudieron engañarse y otros hacerse culpables de una resistencia reprobable á las órdenes del soberano Pontífice, sin que por esto hubiera derecho para atacar á todo el cuerpo. Juzgamos interesante consignar en este lugar los motivos de sumision propuestos por Benedicto XIV. « Tenemos plena confianza, dice, en que el príncipe de los pastores, Jesucristo, cuyo lugar ocupamos en la tierra, bendecirá nuestros desvelos en un asunto tan grave, y cuyo exámen por tanto tiempo nos ha ocupado; que fecundizará el gran deseo que abrigamos de ver brillar pura y esplendente la luz del Evangelio en aquellas vastas comarcas, persuadiéndose sinceramente los pastores de aquellas mismas regiones, de la necesidad y obligacion que tienen de escuchar y seguir nuestros consejos. Tenemos igualmente confianza de ver, con la ayuda de Dios, desaparecer de su ánimo el temor que abrigan de contener los progresos de la fé con la ejecucion de los decretos pontificios. En efecto, ante todo, deben fundar sus esperanzas en la divina gracia; y esta gracia no les faltará jamás, si proclaman las ver-

dades de la religion cristiana con valor y en toda la pureza que se las ha trasmitido la Sede apostólica. Esta gracia no les faltará jamás, si están dispuestos á defender la religion con la efusion de su sangre, siguiendo el ejemplo de los santos apóstoles y otros grandes defensores de la fé cristiana, cuya muerte, lejos de contener ó retardar los progresos del Evangelio, hizo por el contrario, mas floreciente la viña del Señor y mas abundante la cosecha de almas. Por nuestra parte, y en tanto que dependa de Nos, rogaremos á Dios que les dé aquella fuerza de alma que nada abate, y todo el poder del celo apostólico. Por último, les recomendaremos, que consagrándose á la santa obra de las misiones, deben considerarse como verdaderos discípulos de Jesucristo enviados por él, no en busca de goces temporales, sino de grandes combates; no para alcanzar honores, sino para sufrir ignominias; no para entregarse á la ociosidad ó al descanso, sino al trabajo y á la penosa tarea de alcanzar muchos frutos por medio de la paciencia.» En esta famosa bula *Ex quo singulari*, Benedicto XIV, despues de resumir los hechos históricos de la controversía, á partir de los decretos del año 1645, reproduce por entero el de 1710, que confirma el mandamiento del cardenal de Tournon, dá tambien la constitucion *Ex illa die*, de Clemente XI en el año 1715; cita el mandamiento del legado Mezza-Barba, con las ocho concesiones, y el breve de Clemente XII en el año 1735 que anula las pastorales del obispo de Peking Declara que la Santa Sede jamás aprobó las concesiones de Mezza-Barba, que son contrarias á los decretos pontificios, que deben considerarse como nulas y no escritas, sin que sea dado hacer de ellas ningun uso. Confirma el decreto de Clemente XI, y probibe interpretarlo diferentemente de lo que él lo hace; esto quiere decir que todas las ceremonias indicadas deben ser consideradas, sin escepcion, como idolátricas y por consiguiente ilícitas en todos los casos posibles. Fulmina severas censuras contra los misioneros que se atrevan á faltar á lo ordenado; dispone que se envien á Europa á los que rehusen someterse á lo dispuesto, á fin de que sean castigados por su desobediencia por el mismo Papa; encarece á los jefes de los institutos religiosos que vigilen la estricta ejecucion de aquel acuerdo respecto á sus subordinados, reservándose proceder contra ellos, si se niegan á obedecer y declarándoles privados por aquel solo hecho de enviar jamás ninguno de sus subordinados á aquellas misiones, y por último prescribe una nueva fórmula de juramento para cada misionero. Esta bula *Ex quo singulari* datada el 11 de julio del año 1742, fué enviada inmediatamente á las misiones. En dos cartas fechadas en el mes de enero de los años 1743 y siguiente, el obispo de Peking hizo á Benedicto XIV algunas observaciones respeto á la cuestion de las ceremonias; pero aquel Pontífice, por un breve del 19 de diciembre del año 1744, quitó todos los pretestos con que podia escudarse la oposicion á las constituciones apostólicas; demostró que las razones de conveniencia, alegadas contra la oportunidad de aquellas decisiones, no eran suficientes, cuando se trataba de prácticas evidentemente idolátricas; é hizo ver que los decretos, cuya necesidad y conveniencia establecia á la vez, no podian perjudicar tanto como se pretendia, la propagacion de la fé en la China. La marcha seguida por Benedicto XIV en la citada bula, constituye la regla invariable y uniforme, sobre la cual todos los misioneros deben basar al presente su conducta y que juran solemnemente observar; aquel mismo Papa la adoptó en un decreto del 16 de noviembre del año de 1744 que tuvo por especial objeto poner término á las perturbaciones que la visita del obispo de Halicarnaso no habia podido disipar en Cochinchina. Benedicto XIV deplora en él las divisiones que se habian introducido entre los misioneros de las diferentes órdenes; recuerda el nombramiento de un visitador apostólico por Clemente XII, trascribe por completo el mandamiento de La-Baume, hace mencion de los varios recursos de apelacion hechos con este

motivo á la Santa Sede por los franciscanos, principalmente interesados en el asunto de la jurisdiccion; reconoce el derecho que asiste á estos religiosos á pesar de las pretensiones de la Congregacion de las Misiones Estrangeras, y declara revestir de los poderes relativos á la ejecucion de su reglamento al dominico Costa, obispo de Gorice, vicario apostólico de Tongking oriental, á quien confiere el título de vice-legado. Los sacerdotes de la Congregacion de las Misiones Estrangeras se sometieron al decreto del Pontífice, de modo que desaparecieron las divisiones intestinas; pero en cambio no cesaron los ataques esteriores de los infieles contra la mision.

Gobernábala el Ilmo. Lefevre, obispo de Neolena, cuando los temores que inspiraba la conducta de los europeos en la India y una falta cometida en Cochinchina por unos mercaderes franceses, provocaron la tempestad. El vicario apostólico y los SS. Azemar y Rivoal, considerados como responsables de los actos de sus compatriotas, fueron arrestados, y solo á fuerza de dinero pudieron obtener su libertad. Pero habiendo coincidido la llegada de las cartas dirigidas de Macao á los misioneros, con el descubrimiento de un complot tramado por algunos chinos domiciliados en Cochinchina, fueron detenidas y examinadas aquellas, y si bien su contenido justificó la inocencia de los predicadores del Evangelio, se decidió que estos no eran necesarios ni útiles al reino. En consecuencia, por un edicto del 24 de abril del año 1750 se prescribió el cristianismo y desterró á todos sus apóstoles. Estos eran en número de veinte y nueve, á saber: el obispo de Neolena, vicario apostólico, y el Ilmo. Bennetat, su coadjutor y sucesor designado, consagrado en el año 1748 obispo de Eucarpia, ambos del seminario de la Misiones Estrangeras; otros siete misioneros del mismo seminario; dos de la sagrada Congregacion de la Propagacion de la fé; nueve de la órden de S. Francisco y nueve de la Compañía de Jesus. El P. Kofler, jesuita aleman, que residia en la córte en calidad de médico, no fué arrestado como sus compañeros. Como el ejercicio público de la religion era tolerado hacia muchos años, eran conocidas la morada é iglesias de los misioneros, así es que se apoderaron de ellos fácilmente. Un soldado cojia al sacerdote por los cabellos, lo derribaba y lo arrastraba por el suelo, luego le ataban las manos con cuerdas en forma de cruz y se las sujetaban por detrás ó por delante. A varios les agarrotaron los brazos con tal fuerza, sobre el pecho, que con dificultad podian respirar. Despues de haberlos atado de aquel modo, les ponian la canga de cuyo enorme peso no quedaban libres ni de noche ni de dia. El obispo de Eucarpia, por espacio de diez y ocho dias permaneció tendido en el suelo bajo la presion de la que le pusieron. Otro tanto hicieron durante algunos dias con varios sacerdotes entre ellos el P. Laureyzo, jesuita portugués. Al propio tiempo que se prendió á los misioneros, se demolieron enteramente unas dos cientas iglesias, de las cuales mas de cincuenta eran hermosas y grandes para el pais. En la córte, la proteccion del hermano del rey, salvó la del obispo de Neolena, y los jesuitas Monleyzo y Kofler hallaron medio de garantizar las suyas de la general destruccion. Un gran número de cristianos se dirigieron de las provincias á la capital, para hacer revocar el edicto de destierro y tentaron, ofreciendo sumas considerables, la codicia del rey; pero no habiendo logrado su propósito, no les quedó otro consuelo qne acompañar á sus padres en la fé hasta el lugar en que debian embarcarse. Despues de haber atravesado las poblaciones, donde los fieles acudian para llorar en compañía de los desterrados y ofrecerles algunos alimentos, los soldados de la escolta les tomaban lo que les daban y aun les hacian cargos y amenazaban porque no exijian que les diesen mas. Durante el camino atormentaron al P. Hoppe, jesuita aleman, para obligarle á dar lo que no tenia, ó para decidir á los cristianos, testigos de aquella prueba, á abreviarla con un sacrificio de su parte. Exijian que los confesores desprovistos de todos



... ovo di Adran ... peaux de Behaines obispo de Adran

los recursos. ... alquilar ... con que ... mucha... les presos estan obligados á que ... Esto motivó ... Jesucristo carecian ... y se ... ga. Fray Miguel de S... pañol, sa ... el dia 14 de julio en ... puerto. La última despedida ... hicieron á S. Pablo y los cristi... de modo que hasta los mismos ... conmovieron en presencia de ... pueblo. Viendo que ... suaron la marcha ... hicieron ... fesores en unas ... que ... á la nave que les aguardaba ... cristianos acompañaron ... dres desterrados hasta que ... noche les envolvió ... de Neolena se retiró á Ma... algunos años despues al ... aquel país en el año 17... P. ... volvió á entrar en ... 1752 con algunos presentes ... gobernador de Pondichery, en ... una nueva tempestad habiendo ... aquel pais al año siguiente, se ... volvia con el titulo de ... el Tong-king oriental, cuando ... sorprendió en el camino. El Ilmo. ... nombrado vicario apostólico de Cochin... obispo de Canathe, consagrado en ... por el obispo de Tabraca el 9 de diciembre del año 1764, tuvo el consuelo de ver ... te año minorar la persecucion de los cristianos, con motivo de haber subido ... un rey joven, quien mandó que ... en libertad los confesores condenados a cuidar de los elefantes; pero el mandarin encargado de la ejecucion del decreto, habiendo querido imponer á los cautivos algunas condiciones onerosas para la cristiandad, rehusaron animosamente suscribir á ellas. La visita pasto-

... se trasladó ... allí pasó á se ...

... de la misma ... siendo dirigidas ... taban en el occidente por la ... las Misiones Estr... dadores de la ... su celo en los dos ...

Los PP. Le B... ceses ... Tong... prov... mis... d... l... gan... deseo ...



los recursos, buscasen los medios para pagar el alquiler de las cárceles, las sogas y cadenas con que iban aherrojados y el trasporte de sus muebles confiscados, porque en Cochinchina los presos están obligados á atender al gasto que hacen. Esto motivaba que los cautivos de Jesucristo, carecian de los alimentos necesarios y se hallaban postrados por el hambre y la fatiga. Fray Miguel de Salamanca, franciscano español, sucumbiendo á tanta miseria, murió el dia 14 de julio en Hay-Fo. cerca del gran puerto. La última despedida recordó la que se hicieron S. Pablo y los cristianos de Efeso; de modo que hasta los mismos soldados se conmovieron en presencia de aquel tierno espectáculo. Viendo que declinaba el dia, apresuraron la marcha é hicieron entrar á los confesores en unas lanchas que debian conducirles á la nave que les aguardaba en alta mar. Los cristianos acompañaron con la vista á sus padres desterrados hasta que las sombras de la noche les envolvieron enteramente. El obispo de Neolena se retiró á Macao, desde donde pasó algunos años despues al Camboge; muriendo en aquel pais en el año 1760. Pero el obispo de Eucarpia volvió á entrar en Cochinchina en el año 1752 con algunos presentes que Dupleix, gobernador de Pondichery, enviaba al rey. Una nueva tempestad habiéndole alejado de aquel pais al año siguiente, se dirigió á Roma, de donde volvia con el título de coadjutor para el Tong-king oriental, cuando la muerte le sorprendió en el camino. El Ilmo. Piguel, nombrado vicario apostólico de Cochinchina y obispo de Canathe, consagrado en Siam por el obispo de Tabraca el 9 de diciembre del año 1761, tuvo el consuelo de ver al siguiente año minorar la persecucion de los cristianos, con motivo de haber subido al trono un rey jóven, quien mandó que fuesen puestos en libertad los confesores condenados á cuidar de los elefantes; pero el mandarin encargado de la ejecucion del decreto, habiendo querido imponer á los cautivos algunas condiciones onerosas para la cristiandad, rehusaron animosamente suscribir á ellas. La visita pastoral del obispo de Canathe consoló y afirmó en la fé á muchos cristianos cuyo afan de rodear al prelado, dió por poco un nuevo pretexto de persecucion, de modo que el vicario apostólico se retiró al Camboge donde su presencia debia ser menos notada. En el año 1767 designó por superior del colegio de Hondat á Pigneaux de Behaine, quien, como dijimos antes, se vió obligado á trasladar su colegio general de las Misiones á Pondichery, y que en el año 1770, fué nombrado por el papa obispo de Adran y coadjutor de Cochinchina. Habiendo fallecido el obispo de Canathe en el año 1771, el Ilmo. Behaine, que fué entonces vicario apostólico, se trasladó en el año 1774 á Macao y desde allí pasó á su vicariato.

CAPITULO XXIV.

Apostolado de los sacerdotes de la congregacion de las Misiones Estrangeras, de los Dominicos y de los jesuitas en el Tong-king.

El Tong-king, situado entre la Cochinchina y la China, fué compartido entre los Ilmos. Bourges, obispo de Auren, que administraba la parte occidental, y Deydier, obispo de Ascalon, que gobernaba la parte oriental. Cuando murió este último en 1.° de julio del año 1693, nombró el Papa para sucederle á un dominico español, y confió las comuniones cristianas que habia al oriente del gran rio á los religiosos de la misma órden y de la propia nacion; siendo dirigidas las que se encontraban en el occidente por la congregacion de las Misiones Estrangeras. Los jesuitas, fundadores de la mision, continuaron ejerciendo su celo en los dos vicariatos.

Los PP. Le Roger y Paregaud, jesuitas franceses, llegaron el dia 22 de junio del año 1692 al Tong-king, del que recorrieron casi todas las provincias, bautizando muchos infieles, y administrando los sacramentos á un gran número de cristianos, en cuyo reino se contaban ya á la sazon mas de dos cientos mil. El P. Paregaud, dotado de un ardor infatigable y de un deseo de mortificacion estrema, murió á 5 de

junio del año 1695; siendo Le Roger desde entonces el único jesuita francés que quedó en el Tong-king. Despues de la muerte del P. Fereira, fué nombrado superior por los religiosos portugueses de su órden.

« En el mes de agosto del año 1696, escribia el propio religioso, dió el rey un edicto por el cual prohibia á sus súbditos abrazar la religion de los portugueses (nombre que se dá en el Tong-king á la religion cristiana), mandando al propio tiempo á los que la profesaban que se abstuviesen de reunirse para orar, y de llevar imágenes ni medallas. Asi mismo quiso que fuesen los estranjeros detenidos do quiera que se les hallase; siendo el gefe de nuestros catequistas uno de los primeros en verse encarcelado. Los PP. Vidal y Sequeira, de nuestra Compañía, á los que habia autorizado el rey poco antes para permanecer en el Tong-king, recibieron tambien la órden de salir inmediatamente del reino; siendo hasta cierto punto tratados aun con mas rigor que los demás, puesto que se obligó á Sequeira á partir estando enfermo. Pero no tardó Dios en recompensar dignamente á este misionero, puesto que dejó de existir á los dos ó tres dias en el mismo buque á que se le trasladó moribundo, terminando así la gloriosa carrera de su apostolado. El gobernador de la provincia de Ghean, en la que habia muchos cristianos, recibió, como los demás, la órden de publicar aquel edicto; pero hizo presente al monarca que nunca, desde que conocia á los cristianos, habia notado en ellos cosa alguna que fuese contraria ni á las leyes del pais ni á su servicio. El rey le contestó que no podia revocar el edicto que habia dado; pero que dejaba á cargo de los gobernadores el hacer lo que mas conviniese en bien del Estado, segun las circunstancias particulares de las provincias que les estaban confiadas. He aquí porque no tuvo esta persecucion las consecuencias funestas que en un principio se temian. » El Ilmo. Bourges, obispo de Auren, pidió por coadjutor á Belot, al que consagró en el año 1702 bajo el título de obispo de Basilea. El 19 de octubre del año 1705, presentó un apóstata al rey una instancia contra los obispos y los misioneros; pero por medio de algun dinero, se logró quedase terminado aquel asunto, sobre el que recayó una sentencia favorable el dia 8 de setiembre del año 1706.

La madre del rey, idólatra fanática, indujo á su hijo á que diese un nuevo edicto de proscripcion en 10 de marzo de 1712. « Dió aquel edicto por resultado, dice Le Roger, la salida de los obispos de Auren y Basilea, y la de Guisain, sacerdote de su congregacion, que llegó al Tong-king conmigo, los cuales permanecian aquí públicamente en calidad de factores de la compañía comercial de Francia. Apesar de saberse que eran gefes de los cristianos, nunca se habia hecho mencion de ellos en los edictos precedentes; pero en el presente fueron designados por sus nombres, y se mandó al gobernador que les hiciese salir del reino, sin permitirles regresar nunca á él. En vano se interesaron por ellos todos los hombres mas influyentes del pais; fué inmediatamente cumplida aquella órden injusta y terrible, sin que se tuviese ninguna consideracion á la ancianidad y los achaques del obispo de Auren, cuyo prelado contaba á la sazon mas de ochenta años. Comunmente se creyó que habia procurado con tanto empeño el gobernador dar cumplimiento á la órden recibida, por no verse obligado á satisfacer á los obispos la cantidad de dos cientos *taels*, (pesos) que les pidió prestados algunos meses antes. » Los dos prelados y Guisain, se embarcaron para Siam; pero apenas estaban en alta mar, les alcanzó un buque enviado por una religiosa *Amante de la Cruz* al obispo de Basilea y á Guisain, los cuales regresaron secretamente al Tong-king, cuya mision continuaron sosteniendo. El obispo de Auren murió en Siam el 9 de agosto del año 1714, á la edad de ochenta y tres años; tambien el de Basilea murió tres años despues; siendo Guisain nombrado vicario apostólico en el año 1718, y consagrado obispo de Laranda en el de 1721. « Como el último edicto, añade Le Roger, no nom-

braba al igual de los anteriores, la ley cristiana, *ley de Dios*, sino que era prohibida bajo el nombre de *ley Hoolang*, esto es, ley portuguesa, los mandarines consideraron aquellas dos leyes como distintas, cuantas veces quisieron favorecer á algun cristiano; he aquí un ejemplo de ello. Habiendo reunido una señora muy rica del pais á mas de doscientos cristianos para acompañar el cuerpo de su difunta madre al cementerio, fué acusada de profesar la ley *Hoolang*, prohibida por el rey; al verse aquella señora citada ante el tribunal, contestó que solo seguia la ley del Dios del cielo. El gobernador no solo se dió por satisfecho, sino que hasta hizo apalear al acusador, por no haber probado que siguiese la acusada, la ley *Hoolang*. Sin embargo, la mayor parte de los ministros paganos no admitian aquella distincion, sino que la consideraban un efugio para eludir el cumplimiento del último edicto.»

La persecucion contra la iglesia del Tong-king, escitada por la real órden del año 1712, duraba aun algunos años despues, cuando el P. Eleuterio Guelda, dominico español y misionero apostólico en el Tong-king, escribia al P. Tomás Miguel, religioso de la propia órden, la carta siguiente, fechada á 15 de julio del año 1715.

«Los PP. Pedro Bono, Sales y Bel están en Cagayan; los PP. Gil y Laberias en Pangasinan; el hermano Cosme se vé obligado á permanecer en una alquería. El P. Joaquin Royo y yo hemos sido destinados, él á China, y yo al Tong-king, que es el reino mas lejano; partimos ambos de Manila á principios de la cuaresma; tuvimos á los pocos dias de nuestro embarque una tempestad tan terrible, que nos creíamos ya irremisiblemente perdidos. El P. Joaquin se quedó en China, cuyo imperio atravesé yo con inminente peligro, por no permitirse la entrada ni la permanencia en él á ninguno de los religiosos de Santo Domingo; pero merced á la proteccion divina, pude sin percance continuar mi viage. El dia del Corpus llegué con mi compañero al reino de Tong-king, en el que nos embarcamos, siendo nuestra navegacion asaz larga por habernos sido el viento contrario; por dos distintas veces nos vimos en peligro de perder la vida en manos de los malhechores, que no contentos con robar á los pasageros, les dan despues la muerte. Pasamos un brazo de mar muy estrecho entre dos montañas, sufriendo mucho durante aquella travesía; obligado á ocultarme de dia en el fondo de una embarcacion pequeña, aguardaba la noche con la mayor impaciencia para poder respirar libremente. Por último, llegaron á faltarnos los víveres, pero la caridad de los cristianos acudió en nuestro ausilio; tan pronto como supieron los fieles que habia dos misioneros en el buque que imploraban su socorro, acudieron á él en tropel hombres, mugeres y niños, que de rodillas nos pedian la bendicion, rosarios y medallas. Su devocion profunda me hizo derramar lágrimas de ternura; todos nos ofrecieron algun presente, que consistia en provisiones ó dinero. El dia del triunfo de la Santa Cruz salté en tierra, entrada ya la noche, y se me condujo por caminos asperísimos, en los que no habia mas que espinos y zarzales; un hombre descalzo y cubierto de harapos se me presentó antes de llegar al punto á que nos dirijíamos: era el P. provincial de nuestra órden. Vénse obligados los misioneros á vestir de aquel modo por no ser descubiertos.

«Hace dos años que pesa la persecucion sobre està iglesia, por haber mandado el rey á todos los cristianos que renunciasen á la fé de Jesucristo, que entregasen á las llamas las iglesias y todo cuanto perteneciese al culto católico, sino querian ser castigados con toda severidad, condenados á prision perpétua, azotados á martillazos, y marcados en la frente como los esclavos. Y á fin de que fuese aquel edicto mas fácilmente cumplido, se ofreció la suma de cincuenta piastras al que delatase á un cristiano, y una cantidad mayor si era este un misionero. Terminado el plazo de un mes que se daba para llevar á cumplimiento aquel edicto, la persecucion fué terrible; varios de nuestros misioneros se ocultaron en las casas

de las hermanas terciarias de Santo Domingo, que vivian en comunidad y con todo el fervor y regularidad que podia observarse en los conventos de Europa. Pasan aquellas hermanas cada noche en el coro mas de hora y media, vuelven cada mañana á él cosa de una hora, y consagran al trabajo el resto del dia.

«Lejos de disminuir la persecucion iba siempre en aumento, llegando al fin á ser tan cruel, que nadie se atrevia á admitir en su casa á los misioneros; solo aquellas piadosas hermanas continuaron recibiéndoles, despreciando todos los peligros: muchas de ellas fueron terriblemente perseguidas y encarceladas por defender cada dia con nuevo ardor la ley de Jesucristo. Ciento treinta iglesias de nuestra órden fueron incendiadas, así como tambien pueblos enteros, habitados por los cristianos; un gran número de hombres y mugeres fueron reducidos á prision, y muchos de ellos atormentados cruelmente á presencia del rey. Se procedió al arresto de un obispo, contra el que se dió á los pocos dias una órden de destierro; tambien fué estrañado del reino uno de nuestros religiosos, despues de habérsele hecho sufrir diferentes tormentos.

Aun continúa el edicto fijado en las puertas del real palacio; sin embargo, no es la persecucion tan viva como lo fué en un principio, por haber descargado Dios sobre este reino el peso de su brazo. Fué tanta la miseria que hubo el año último, que murieron de hambre en su trascurso mas de un millon de personas. Hay además al presente enfermedades contagiosas, que no creo cesen hasta que haya sido revocado aquel injusto edicto. Parece que Dios ha querido darlo á conocer, valiéndose al efecto de una muger idólatra, que dijo públicamente en el palacio real, que todas las calamidades que esperimentaba el reino eran debidas á la persecucion suscitada contra los cristianos. Hubo tambien un jóven tongkinés que predicó durante la persecucion con el celo de un apóstol; examinado aquel jóven por el P. Juan de Santa Cruz, vicario apostólico, declaró este haber hallado en él un talento elevado y una compuncion poco comun. Aunque con menos violencia, continúa aun la tormenta contra los cristianos; han sido presos treinta y cinco de ellos últimamente, y casi no pasa dia en que no se proceda al arresto de alguno; lo que nos obliga á estar tan ocultos, que apenas nos atrevemos á salir de dia; solo lo hacemos de noche para procurar á los cristianos los ausilios espirituales, y aun adoptando grandes precauciones.

«Con todo, nunca ha estado esta iglesia tan floreciente respecto al número y fervor de sus miembros, como lo está hoy, no obstante la persecucion en que continúa viéndose envuelta. Somos seis religiosos, cada uno de los cuales tiene al menos bajo su direccion quince mil almas.

«Numerosos son los gentiles que se convierten al ver los contínuos azotes de que es víctima el pais, atribuidos á un castigo del cielo; es imposible que sin la proteccion de Dios, pudiésemos resistir el mucho trabajo á que tenemos que dar cima. Muchos son los dias y noches, casi seguidos, que pasan los misioneros entre el confesonario, el púlpito ó bautizando á los idólatras convertidos. Es tan grande su fervor que nos recuerda á cada paso el de los cristianos de la primitiva iglesia; lavan la mas leve de sus faltas con torrentes de lágrimas; hasta los niños de doce años se confiesan con visibles muestras de arrepentimiento, sin arredrarles el tener que hacer á veces cuatro ó cinco dias de camino para encontrar un misionero. Cuantas veces nos presentamos á la mas insignificante de sus aldeas, se nos recibe como enviados del cielo, siendo tan inagotable la caridad que ejercen con nosotros, que no nos falta cosa alguna mientras permanecemos entre ellos; gustosos se privarian todos los fieles del pan que les es necesario para procurárnosle á nosotros. Hasta las niñas de diez á doce años se ponen de acuerdo entre sí para hacer cada una de ellas un regalo al misionero cuando vaya á su aldea; no hay casi ningun indígena que visite al ministro de Jesucristo sin que le traiga alguna cosa; habien-

do algunos de ellos que gustosos le darian todo cuanto poseen para que les encomiende á Dios; nadie, sin haberlo visto, puede formarse idea de su generoso desprendimiento.

« Mucho mas podria decir acerca de esta mision, pero me abstengo de ello por advertírseme en este mismo instante que debo ir á ocultarme en otra casa; solo tengo tiempo para afirmar que es la mision del mundo en que podria producirse mas fruto. »

Asi que cesó un tanto la persecucion, fueron numerosas las ovejas descarriadas que entraron en el redil de Jesucristo; pronto empero volvió á encrudecer aquella contra los fieles, merced á la apostasía de una cristiana de Kesat, que volvió á soplar el fuego de ella, presentando al efecto una instancia al *tchoua*. Para indicar la significacion de esta última palabra, debemos advertir que durante el curso del siglo XVIII, los reinos del Tong-king y Cochinchina que pertenecian á la antigua familia de los Le, formaron dos estados distintos, gobernados uno y otro por un tchoua, ó regente perpétuo, que solo dejaba al rey nominal una sombra de soberanía sin poder y sin fuerza. La Cochinchina, sobre todo, en la que no moraba nunca el monarca, puede decirse que era para él poco menos que un reino estranjero; en este estado los *trinh*, regentes del Tong-king, y los *nguyen*, que ejercian la misma autoridad en Cochinchina, no cesaron de hacerse entre sí una guerra casi contínua como si hubiesen sido soberanos independientes. Aquella conducta y poderío de dos familias rivales, y sobre todo el estado de inaccion en que el rey se hallaba, ponian enteramente en manos de los regentes las riendas del gobierno; hé aquí porque los misioneros y los historiadores les dieron constantemente el título de rey, mientras que apenas se hacia mencion del verdadero soberano ni aun en los hechos históricos mas importantes de sus estados. El tchoua del Tong-king, deseoso de obrar contra la comunion cristiana de Kesat, en vista de la instancia que se le presentaba, envió á aquella poblacion algunos soldados que saquearon las iglesias de los jesuitas y de los dominicos. Otra denuncia dirigida contra la cristiandad de Koumay, á cuyo frente se hallaba el jesuita Francisco de Chaves, produjo tambien las mismas violencias; finalmente, el tchoua, generalizando la persecucion, dió un nuevo edicto proscribiendo el cristianismo en todo el reino. Ni el arresto, ni los tormentos que sufrieron varios cristianos indígenas bastaron á apaciguar su cólera; solo pareció satisfecho al saber que habian sido detenidos en las fronteras de China los PP. Francisco Buccharelli y Juan Bautista Messari, ambos italianos, los cuales fueron conducidos á la córte cargados de cadenas. Atacados ambos de una enfermedad violenta, sucumbió el P. Massari el dia 15 de junio del año 1723; siendo enterrado á los tres dias con los mismos grillos que le fueron puestos en el momento de su arresto. El P. Buccharelli fué asistido por uno de los médicos mas famosos de la córte, á fin de que una muerte natural no privase á los chinos del bárbaro placer de verle morir en el suplicio á que estaba condenado, junto con diferentes neófitos. Al leerse á los confesores su sentencia, mostraron todos ellos la mas viva alegría; acudiendo luego á la cárcel todos los cristianos para recibir la bendicion de los confesores. El dia 11 de octubre fueron conducidos los cautivos á la plaza pública, y se les volvió á leer su sentencia frente al palacio del tchoua; al terminar la lectura, inclinó Buccharelli con modestia la cabeza, y dijo con aire satisfecho: «Bendito sea Dios.» Luego fueron conducidos al lugar del suplicio, distante como una hora de la ciudad, santificando los neófitos con sus cantos piadosos, interrumpidos de vez en cuando por las amonestaciones del apóstol Buccharelli que les precedia, á muchos de los espectadores. Despues de haberse arrodillado varias veces, y besado respetuosamente la tierra que iba á regar con su sangre, fué atado Buccharelli por sus verdugos al poste, en cuyo instante empezaron á revolotear sobre la cabeza del mártir numerosas aves blancas,

desconocidas en el pais, formándole con sus alas una inmortal corona. Fué el P. BucchARelli el primero en ser decapitado; tenia á la sazon treinta y siete años, de los que habia pasado veinte y dos en la Compañía de Jesus: Pedro Frieu, Ambrosio Dao, Manuel Dien, Felipe Mi, Lucas Thu, Lucas Mai, Tadeo Tho, Pablo Noi y Francisco Kam, murieron tambien aquel dia al igual que su padre en Jesucristo. Los demás cristianos, en número de ciento cincuenta y tres, condenados á cuidar los elefantes, recobraron al ver correr la sangre de los mártires nuevo aliento para dedicarse al cargo humillante y penoso á que se les obligaba en ódio á su fé.

Por difícil que fuese acceder á los deseos de los fieles del Tong-king, que pedian incesantemente nuevos misioneros, se trató, no obstante, de acudir en su ausilio. Seis fueron los jesuitas que se embarcaron en Macao el 10 de marzo del año 1736, á saber: los PP. Juan Gaspar Crats, Bartolomé Alvarez, Manuel de Abreu, Vicente Da Cunha, Cristóbal de Sampayo y Manuel Carvalho, aleman el primero, y portugueses los demás. Habia nacido Crats en Duren, ciudad del ducado de Juliers, situada entre Colonia y Aquisgran; terminados sus estudios, recorrió varias naciones de Europa, y sirvió á la república de Holanda, desempeñando un empleo importante en Batavia. Por mas que se encontrase Crats en un pais hereje, observó constantemente todas las prácticas del cristianismo; por último, dimitió su empleo y se retiró á Macao. Algun tiempo despues de permanecer en esta última ciudad, resolvió consagrarse enteramente á Dios, suplicando á los superiores del colegio de los jesuitas que le recibiesen en su noviciado; y despues de haber dado pruebas de una vocacion decidida, fué admitido en la Compañía en 27 de octubre del año 1730, á la edad de treinta y dos años. Luego de habérsele ordenado de sacerdote, pidió á sus superiores que le enviasen á la mision del Tong-king, logrando al fin ver realizados sus deseos. Alvarez nació en Parameo, cerca de Braganza; entró en el noviciado de Coimbra á los diez y siete años, el dia 30 de agosto del año 1723; de Abreu, habia sido admitido tambien en el noviciado á los diez y seis años, y Da Cunha á los diez y ocho en Lisboa. Deseosos los tres de dedicarse á la vida apostólica, solicitaron con igual ardor ser admitidos en la Compañía de Jesus y destinados á Oriente, á fin de poder evangelizarle con la palabra santa y la práctica de las virtudes cristianas. Vióse obligado el Padre Sampayo á detenerse en Lo-feou de resultas de una grave enfermedad, quedándose para cuidarle el P. Carvalho, entrando ambos mas tarde en el reino del Tong-king; los demás misioneros que continuaron su camino junto con Márcos y Vicente, catequistas tongkineses, fueron presos en Batxa el 12 de abril del año 1736, junto con el barquero que les habia conducido. Al llegar los presos á la córte, se les condujo á una sala interior del palacio, en la que estaba el rey oculto detrás de una cortina, á fin de poderles ver sin ser visto, y oir el modo con que contestarian á las preguntas que debia dirigirles un eunuco del palacio. Mandóseles pisar un crucifijo; pero lejos de obedecer, contestaron los misioneros estremecidos, que sufririan todos los tormentos y hasta la misma muerte antes que cometer semejante impiedad. Lejos pues de obedecer, se postraron ante el signo de la redencion, y despues de presentárselo unos á otros para besarlo respetuosamente, se lo colocaban sobre su cabeza, lo que es entre los tongkineses una señal de veneracion profunda. Solo el barquero apostató, sin que tardase no obstante en arrepentirse de ello, en vista de los insultos que le dirigian los eunucos. «El que tiene valor, le decian, para pisar al que hace un momento veneraba como un Dios, no puede ser mas que un cobarde, un malvado.» Habiendo pasado la causa formada á los misioneros al tribunal de los letrados, fueron condenados aquellos por su constancia á sufrir el martilleo, cuyo suplicio consistia en descargar los verdugos con toda su fuerza varios martillazos sobre las rodillas de los cristia-

nos. Viendo uno de los jueces que era la constancia de Vicente y de Márcos superior á aquel tormento horrible, declaró considerar inútil la prolongacion del suplicio; debilitado Vicente por los tormentos, terminó santamente su vida el dia 30 de junio en la cárcel llamada Nque-Dom, esto es, *Infierno del Este*, calabozo oscuro y húmedo, en el que solo se encerraba á los criminales que habian de ser condenados á la última pena. Habiendo confirmado el tribunal de los crímenes la sentencia de muerte pronunciada contra los confesores, pasó un secretario de aquel tribunal á la cárcel el dia 7 de enero del año 1737, para asegurarse de la identidad de sus personas, costumbre observada en el Tong-king con todos los condenados á muerte. Despues de haberles mirado un buen rato á todos sin proferir palabra alguna, para mejor grabar sus facciones en su memoria, indicó á los mártires no estar lejano el momento que tanto ansiaban. Tres dias despues, fué un catequista, llamado Benito, á arrojarse á los piés de los confesores, diciéndoles: «¿Qué recompensa vais á darme por la feliz nueva que os traigo? El 12 de este mes será probablemente el dia de vuestro triunfo, puesto que saldreis de la cárcel para ir á dar un brillante testimonio de las verdades de la fé.» Pronto se vió reflejar en el semblante de los misioneros la alegría que les causaron semejantes palabras; despues de haber pasado algunos instantes en piadoso recogimiento, levantaron sus ojos y manos al cielo, para dar gracias á la misericordia divina por el favor señalado que les dispensaba. Desde entonces se permitió á los fieles visitarles libremente, por lo que se vió el calabozo atestado de cristianos de uno y otro sexo, que no cesaban de abrazar las rodillas de los confesores y besar sus cadenas. El dia designado, ó sea el 12 de junio, entraron los soldados en la cárcel sable en mano, obligaron á los cristianos á retirarse, ataron los brazos de los misioneros, y se les condujo con el catequista Márcos á las puertas del palacio, distante como una legua de la poblacion. Cuando llegaron frente al palacio, se les permitió descansar un rato, á fin de que pudiesen andar despues mas fácilmente el trecho que aun les faltaba que recorrer para llegar al lugar del suplicio. Entonces un secretario del tribunal dió á leer á los confesores la sentencia, escrita en lengua tongkinesa, y como solo se impusiese en ella la pena de destierro al catequista Márcos, hizo este presente, aunque en vano, que si los cuatro confesores merecian la muerte por haber ido á predicar la ley cristiana en el reino, con mas razon debia merecerla él por haberles procurado la entrada en el mismo. Admirado el mandarin que debia presidir la ejecucion, del placer que revelaba el semblante del P. Da Cunha, le hizo preguntar si sabia á donde iba á conducírsele; á lo que contestó el animoso mártir que no ignoraba se le conducia al suplicio por ódio á la fé que habia predicado en el Tong-king; pero que al propio tiempo sabia tambien que, al morir por tan santa causa, iba á volar su alma al cielo, donde gozaria de una dicha eterna. Recibió el mandarin su noble respuesta con profundo desprecio. «Ese estranjero es loco, dijo, y cree que va á conducírsele á Macao.» Al llegar á la mitad del camino, envió algunos rés, ó monedas de cobre, á los confesores, para que tomasen alguna cosa, pero no quisieron admitirlos, aceptando tan solo algunas frutas de mano de los cristianos, las cuales, casi sin probarlas, entregaron luego á sus verdugos. Temiendo los mandarines que seria ya de noche al llegar al lugar del suplicio, mandaron adelantar el paso, cuya órden procuraron cumplir los atletas de Jesucristo á pesar de la debilidad que apenas les permitia tenerse de pié; pero como no fuese su marcha tan rápida como deseaban los mandarines, obligábanles á andar los soldados con la punta de sus lanzas. Rendidos de fatiga llegaron los misioneros al lugar de la ejecucion, en el que cayeron de rodillas para implorar del cielo la fuerza de que necesitaban en aquel momento supremo; permaneciendo en aquella actitud todo el tiempo que emplearon los verdugos

en hacer los aprestos necesarios para la ejecucion. Acercáronse luego los misioneros á los postes que les estaban destinados, y que besaron con respeto despues de haber hecho la señal de la cruz, entregándose luego con resignacion á sus verdugos. Los soldados, sable en mano, estaban aguardando la señal del mandarin, la cual apenas fué hecha, descargaron á la vez el golpe fatal contra los confesores; los PP. Alvarez y Crats fueron decapitados de un solo golpe; no sucediendo lo propio con los PP. de Abreu y Da Cunha, quienes tuvieron que sufrir varios golpes. Despues de haberse retirado los mandarines, besaron los cristianos la tierra regada con la sangre de los mártires, cuyos venerables restos conservaron cuidadosamente hasta que se les presentó ocasion para enviarlos á los jesuitas de Macao.

Creemos deber continuar aquí la relacion de los hechos de dos religiosos dominicos, que como los cuatro jesuitas anteriores, fueron confesores de la fé.

Francisco Gil, hijo de D. Antonio y de D.ª Inés Sanz, nació en Tortosa el año 1702; y entró á los quince años en el convento de dominicos de la ciudad de Barcelona. Aun no habia cumplido Gil los veinte y dos años, pidió ya humildemente ser destinado á las Indias Orientales; si bien sus superiores creyeron no deber concedérselo hasta que hubiese dado repetidas pruebas de persistir en su generosa resolucion. Terminados sus cursos teológicos, fué nombrado catedrático de la propia facultad; hallándose de maestro de novicios en el propio convento de Barcelona, cuando al fin se le permitió seguir su vocacion, junto con otros veinte y tres religiosos de la propia órden, destinados á las misiones de Oriente. Llegó el P. Gil á Manila en el mes de noviembre de 1730, siendo enviado á la provincia de Pampamga ó Pangamina, en la que poseyó á los pocos meses la lengua del pais, ejerciendo con celo durante dos años todas las funciones del apostolado. Luego fué nombrado secretario de la provincia del Santo Rosario, y consultor del provincial, en cuyo último destino reveló Gil toda la profundidad de su talento; pero como unia á este una humildad sin límites, no paró hasta poder dedicarse enteramente á la salvacion de las almas. Algun tiempo despues se embarcó para el Tong-king, á cuyo reino llegó el dia de San Agustin, ó sea el 28 de agosto de 1735. Todos los superiores de las diferentes órdenes religiosas, accediendo á los deseos de la Santa Sede, hacian dirigir de vez en cuando á aquel reino los ministros del Evangelio de que podian disponer; los dominicos enviados á él habian logrado conquistar ya un gran pueblo para el reino de Jesucristo. Cuando el P. Gil llegó al Tong-king, reinaba aun la persecucion, de que hemos trazado ya algunos sangrientos episodios.

Ocupado en cultivar unas cuarenta comuniones cristianas, fundadas por los dominicos en la parte meridional de aquel reino, pasaba Gil casi todas las horas del dia en oracion ó estudiando la lengua del pais; y la mayor parte de las noches en instruir á los fieles. El fervor de los cristianos que vivian en el arrabal de Luc-Thuy y en algunas aldeas inmediatas, le obligó á fijar su residencia en él, á fin de alentarles mejor á seguir en el buen camino que habian emprendido.

Vivia á algunas jornadas de Luc-Thuy el bonzo Thay-Tinh, cuya avaricia y supersticion le hacian enemigo implacable de los cristianos; al ver que el número de los fieles iba siempre en aumento, y que era el culto de los falsos dioses cada vez mas descuidado, su cólera no reconocia límites. Menos aun por levantar la idolatría de la postracion en que se hallaba, que por procurarse las rentas de que empezaba á verse privado desde que veia florecer el cristianismo, juró lograr su estincion. Como las leyes del reino le autorizaban para prender á los predicadores de la fé y hacerles comparecer ante los tribunales, resolvió perseguir sin descanso á los dominicos. Así pues, informado de la poblacion y la casa en que vivia el P. Gil, reunió un gran número de

idólatras, y se dirigió con ellos al arrabal de Luc-Thuy, donde llegó en la noche del 3 de agosto de 1737. Mientras que al amanecer del siguiente dia estaba el ministro de Jesucristo celebrando la misa, hizo Thay-Tinh cercar la capilla, disponiendo su tropa de modo que no pudiese escapársele el misionero. Al anunciarle los cristianos el peligro que le amenazaba, lejos de mostrar turbacion alguna, fué el generoso misionero á abrir de par en par las puertas del templo, y poniendo toda su confianza en Dios, se entregó á sus enemigos, que le ataron estrechamente, para trasladarle desde luego á un barco que al efecto tenian ya dispuesto á corta distancia.

Como quisiesen los infieles llevarse tambien dos mugeres y un hombre por creerles dueños de la casa en que habia la capilla, manifestó el P. Gil que no habian faltado en lo mas mínimo á las leyes del pais, puesto que no le habian hospedado, y pidió con tanta instancia su libertad, que el sacerdote de los ídolos al fin consintió en soltarles. Habiendo preguntado Thay-Tinh al misionero si le causaba miedo el verse solo entre los soldados: «No, le contestó el intrépido confesor de Jesucristo, nada temo; porque es bastante poderoso el Dios que venero para arrancarme de vuestras manos, si tal es su voluntad; y si ha dispuesto que lo glorifique con mis sufrimientos y mi muerte, gustoso le sacrificaré mi vida. Mejor temeria que fuese mi detencion perjudicial á los fieles que la Providencia ha puesto bajo mi cuidado, si no sabia que el Señor nunca abandona á los que confian en él.

Los cristianos de Luc-Thuy, que solo á instancias del misionero, habian dejado de repeler la fuerza con la fuerza, ofrecieron dinero al bonzo por lograr la libertad de su pastor; y si bien el infiel hizo en un principio como que rechazase la proposicion, á fin de que le ofreciesen un rescate mucho mayor, aceptó despues el dinero sin dar libertad al preso. Exaltados los cristianos al ver el fraude de que habian sido víctimas, recorrieron al gobernador de la provincia, quien mandó inmediatamente al bonzo que se le presentase junto con el preso; pero lejos de cumplir aquel la órden recibida, acudió contra el gobernador suponiéndole partidario de los cristianos. La causa que se siguió con este motivo, puso nuevamente á prueba la virtud del confesor de Jesucristo, y le procuró nuevos triunfos antes de alcanzar la palma del martirio.

Cuando se recibió la órden de que fuese el P. Gil trasladado á la córte, se le hizo emprender la marcha al dia siguiente, á pesar de hallarse enfermo de gravedad, haciéndosele sufrir toda clase de privaciones é insultos durante los diez dias que tardó en llegar á la capital. Compadecido el carcelero de la triste situacion en que se veia el P. Gil á su llegada á Ketcho, en lugar de encerrarle en un calabozo, le dejó en la sala destinada para los que entraban de servicio; pero no por esto tuvo otra cama que el duro suelo, ni mas alimento que un poco de arroz, debido aun á la caridad de una pobre muger cristiana, y que compartia aun con los demás presos. Luego se le trasladó á otra cárcel que era aun mucho peor, en la que permaneció cargado de cadenas hasta el dia de su glorioso martirio. Con todo, era patente el consuelo que procuraba Dios á su generoso siervo en medio de su terrible prueba, curándole de una enfermedad mortal sin ningun ausilio del arte; y sobre todo, procurándole aquella dulce paz que solo es dado gozar al alma cristiana. Un sacerdote católico, natural de Tong-king, que fué á confesar al P. Gil en su cárcel, quedó edificado al ver la heróica paciencia del preso de Jesucristo, al cual solo animaba el deseo de nuevos sufrimientos y la esperanza de lograr la conversion de sus mismos verdugos. Lejos de quejarse del bonzo Thay-Tinh, y de descubrir su mala fé y su contravencion á las leyes del pais, procuró siempre librarle de toda responsabilidad, absteniéndose de pronunciar contra él palabra que pudiese comprometerle ó descubrirle.»

En los dos primeros dias de noviembre del año 1737, fué presentado el P. Gil ante sus

jueces, entre los que habia algunos que creian en Jesucristo, por lo que le trató el tribunal con bastante benevolencia; sin embargo, el populacho idólatra le insultó de palabra, y hasta algunas veces de hecho, siempre que se vió obligado á presentarse en público. Acostumbrada la plebe á considerarle como un criminal condenado á la última pena, no solo le llenaba de oprobios, sino que hasta le impedia detenerse delante de una casa cualquiera, por temer que fuese su presencia funesta al dueño de aquella. Eran tan pesadas las cadenas que le sujetaban, que no solo convirtieron su cuerpo en una espantosa carnicería, sino que hasta le obligaron á permanecer acostado por espacio de quince dias en un mismo sitio, sin permitirle cambiar de posicion ni moverse siquiera.

Además de los consuelos interiores que Dios procuraba á su ministro, le dió una nueva prueba de su proteccion, inspirando á dos mugeres que seguian aun el culto de los ídolos, la idea de cuidar al misionero. De este modo los sufrimientos del P. Gil iban á procurar á muchos grandes beneficios; las dos mugeres, que vivian junto á la cárcel, obtuvieron de los magistrados el permiso de llevarse el misionero á su casa, á fin de curar sus heridas y procurarle todos los demás consuelos de que tanto necesitaba. En la casa de aquellas mugeres caritativas, fué el P. Gil visitado con frecuencia por un buen sacerdote que le administraba los sacramentos; así mismo pudo instruir en ella á un gran número de cristianos ó idólatras; siendo las dos generosas huéspedas las primeras en quienes se hizo sentir la fuerza de la gracia, merced á la fructífera palabra del siervo de Dios. Lleno de reconocimiento y de celo, solo procuraba el P. Gil despertar en ellas el deseo de pertenecer á Jesucristo; pero sus palabras no habian producido aun impresion alguna en las dos mugeres, cuando cayó una de ellas gravemente enferma, siendo impotentes para curarla todos los recursos del arte, y las oraciones con que procuraba pedir su restablecimiento á los falsos dioses. Al ver la ineficácia de todos los medios hasta allí empleados, prometió la enferma al P. Gil, que si le lograba su curacion abrazaria el cristianismo; si bien el misionero habia orado ya hasta entonces por ella, lo hizo en lo sucesivo con mas ardor, y no tardó la enferma en verse repentinamente curada. Fiel á su palabra y dócil á las instrucciones del P. Gil, pidió humildemente el bautismo, y no cesó de exhortar á su compañera á que siguiese su ejemplo; pero esta última se resistia con tenacidad, contestando á secas que no estaba aun el fruto debidamente sazonado. Su resistencia obstinada contribuyó á escitar mas el celo del misionero, el cual resolvió entregarse enteramente á la oracion y á las mayores mortificaciones hasta lograr lo que deseaba con tanto ardor. Por fin, la tongkinesa despues de haber combatido por mucho tiempo la luz, fué iluminada y convertida; llegando á ser la idólatra obstinada una cristiana humilde y fervorosa. La primera de aquellas dos mugeres murió algun tiempo despues, habiendo recibido todos los sacramentos y dado pruebas de la piedad mas tierna; la segunda, que vivió aun algunos años, soportó con una constancia admirable todos los contratiempos y desgracias que le ocasionaron los idólatras por su adhesion al cristianismo.

Acusado nuevamente el P. Gil de haber predicado la religion cristiana, fué condenado, despues de haber sufrido varios interrogatorios, á la última pena; con la misma sentencia se condenó tambien al bonzo Thay-Tinh y su hijo á guardar los elefantes, por haber tenido diez dias en su casa al misionero.

Recibió el confesor con un placer tanto mas vivo su sentencia, cuanto que creia próximo ya el momento feliz de su martirio: pero estaba aun muy lejos de alcanzarle. Segun la costumbre de los tongkineses, no se ejecutaba á los condenados hasta la última luna, que corresponde á nuestro mes de diciembre ó de enero; y siempre que por cualquier causa ó motivo fuese diferida la ejecucion de la sentencia, debia serlo al menos por un año; lo

que sucedió respecto del misionero. El bonzo que habia sido procesado juntamente con él, apeló de la sentencia ante diferentes tribunales, lo que dió lugar á la primera dilacion. En el año próximo, todo el mes de la última luna fué consagrado á fiestas y regocijos públicos, por haber llegado los embajadores del emperador de China, al objeto de dar en nombre de su soberano al rey de Tong-king la investidura de sus estados. Además, las guerras civiles, la peste y otras varias calamidades, ocasionaron tambien nuevas dilaciones, que solo atribuia el confesor á no ser digno de aquel favor señalado, diciendo: «Solo mis pecados, mi orgullo y mi ingratitud para con Dios, pueden privarme de un bien que tanto deseo, y que tal vez aguardo con presuncion sobrada.»

En una carta de 24 de noviembre del año de 1738, dirigida á Luis Nez, obispo de Ceomania, y vicario apostólico en la parte occidental del Tong-king, decia alegrarse de que el tribunal hubiese hecho devolver á los cristianos de Luc-Thuy el dinero que habian entregado para su rescate. Luego añadia que el bonzo que lo habia recibido, solo fué condenado en última instancia á la pena de seis años de guardar los elefantes. «Por mi parte, añadia el misionero, continúo condenado á muerte, por haber anunciado el Evangelio á los tongkineses: ¡quiera la bondad divina aceptar mi sacrificio! (1)»

El dia 20 de julio del año 1739, fué llamado el misionero ante un nuevo tribunal, al que compareció tambien el bonzo Thay-Tinh, quien, para rechazar la acusacion que pesaba contra él, pidió que se llevasen á presencia de los jueces todas las imágenes encontradas en los efectos del P. Gil, porque queria pisotearlas, á fin de manifestar que nada tenia de comun con el misionero ni con su religion. Habiendo sido presentado el crucifijo y algunas otras imágenes pertenecientes al misionero, se mandó á este que las pisára, á lo que contestó con resolucion: «No cometeré nunca semejante sacrilegio.» Y arrodillándose ante el crucifijo, le besó repetidas veces con profundo respeto. Preguntóle el juez que era lo que indicaba aquella imágen, á lo que contestó el misionero que representaba al Hijo de Dios, que habia querido encarnarse y morir en una cruz por la salvacion de todos los hombres que creerán en él y cumplirán sus mandamientos. «Y esa otra imágen, añadió el juez, ¿qué es lo que significa?—Representa, contestó el religioso, la santísima Madre de Jesucristo, que sin dejar de ser vírgen, tuvo la dicha de concebir al Hijo de Dios.» Habiéndole preguntado el juez á donde pensaba ir despues de su muerte: «Espero gozar en el cielo de una dicha eterna, que Jesucristo nos procuró con su cruz, prometiéndola á todos los que le confesarian ante los hombres.» Díjolo entonces el juez: «¿Cómo esperais subir al cielo? ¿Podeis ignorar que despues de la muerte, será vuestro cuerpo descompuesto en el seno de la tierra?—Sé que nuestros cuerpos volverán á convertirse en polvo, pero tambien sé que resucitarán un dia. Entretanto, nuestra alma, espíritu inmortal, desde el instante de separarse del cuerpo, va á gozar en el seno de Dios de una dicha que no tendrá fin, ó se vé arrojada al infierno, segun los méritos por cada cual contraidos; debiéndose unir el cuerpo á ella, despues del juicio universal. —¿Quién os ha enseñado esta doctrina? repuso el juez —El mismo Dios: todo lo que acabo de manifestar, es Dios quien lo ha revelado á los hombres por medio de sus profetas y de su propio Hijo. Todo lo que Jesucristo nos ha enseñado, así como tambien todo lo que ha hecho en la tierra, habia sido vaticinado ya por los antiguos profetas muchos siglos antes de su nacimiento temporal, confirmándolo él con su doctrina y sus milagros.» Queria continuar aun el P. Gil esponiendo las verdades del cristianismo; pero fué interrumpido como las demás veces que lo habia intentado; despues de haberle hecho sufrir algunos otros interrogatorios, los jueces man-

(1) *Ego autem capite damnatus sum. Utinam Deus mihi concedat ad hanc gloriam pertingere!*

daron traer una maza, que hicieron colocar junto al religioso, que, creyendo iba á cumplirse la amenaza hecha por el juez, se arrodilló para recibir el golpe fatal. Pero se le hizo levantar, y se le mandó que diese con la maza al crucifijo; poseido de horror y de indignacion se levantó en efecto, tomó el instrumento y lo arrojó á lo lejos, diciendo que sufriria todos los tormentos y hasta la misma muerte, antes que cometer una accion tan indigna. El sacerdote de los ídolos tomó entonces la maza; y como viese el P. Gil que iba á herir con ella á las sagradas imágenes, se arrojó al suelo, las cubrió con su cuerpo, y dijo al bonzo que ya podia descargar sus golpes. «Véase, dijeron entonces los jueces, cuán ciego es el amor que los europeos tienen á sus imágenes; sin duda deben temer que los golpes les causen gran daño.» Al oir el misionero aquella burla, dijo que los cristianos, menos estúpidos y supersticiosos que los idólatras, no creian que tuviesen las imágenes sentidos, vida ni ninguna virtud ó divinidad; y que el respeto en que se las tenia era únicamente por el sagrado objeto que representaban. «Estoy seguro, añadió, que ninguno de vosotros querria pisotear la imágen de su padre, ni herir la de su príncipe, sin que al obrar así os contuviese el temor de causarles daño, sino el respeto que debeis al soberano y al que os dió la vida.» Por mas convencidos que estuviesen los jueces de que era el misionero un cristiano tan celoso, como era el bonzo idólatra fanático, confirmaron la sentencia dada contra uno y otro.

Thay-Tinh apeló nuevamente de ella, por lo que se vió obligado el misionero á comparecer ante un nuevo tribunal, el dia 20 de setiembre del año 1739, procurándole la Providencia un nuevo medio para defender la verdad y confesar la fé. Hé aquí el interrogatorio que le dirigió el nuevo juez, que era bastante favorable á los cristianos: —¿Qué es lo que habeis venido á hacer en este reino? —He venido á predicar la religion de Jesucristo. —¿Cuánto tiempo hace que estais en él, y en que punto la habeis predicado? ¿Cuánto tiempo permanecisteis en la casa del bonzo en que fuísteis cogido? — Hace cuatro años que estoy en este reino; he predicado en él las verdades del cristianismo por espacio de dos años en varios puntos, y solo permanecí diez dias en la casa del bonzo en que se me prendió.» Otro magistrado le dirigió entonces la palabra, diciéndole: ¿Cuál fué la causa que os hizo salir de vuestra patria y dirigiros al Tong-king? — He venido á este pais al solo objeto de dar á conocer el nombre de Jesucristo, salvador del mundo: para publicar su ley he arrostrado todos los peligros y fatigas. —¿De qué sirve esta ley? — Solo los que la siguen pueden ser eternamente dichosos, por ser la única que nos enseña la verdadera religion y el camino del cielo. — Las leyes del reino prohiben predicar la de vuestro Cristo. —Nadie puede prohibir que se enseñe una religion que Dios mandó predicar á todos los hombres y por toda la faz de la tierra. Si hay leyes que lo prohiban, será un abuso del poder, y no una ley fundada en la justicia. El magistrado le dijo que su religion era falsa, como lo indicaban claramente los errores que él mismo acababa de sentar; á lo que le contestó el misionero que nada habia dicho que no fuese verdad, y que aunque hubiese podido sentar un principio que no fuese cierto, no debia deducirse de ello el que fuese falsa la religion cristiana, cuando prohibia tan terminantemente toda falsedad. Entonces el juez, hizo consignar: 1.°, que estaba el P. Gil en el reino hacia cuatro años; 2.°, que por espacio de dos habia predicado en él la religion cristiana en varios puntos; 3.°, que solo habia permanecido diez dias en la casa del bonzo; y finalmente, que habiéndosele interrogado acerca de las personas que le habian dado hospitalidad, no habia querido descubrir á ninguna de ellas. Como notase que el escribano ó empleado que estendia aquella declaracion usase dos distintos caractéres de letra, lo que en lengua tongkinesa, podia formar un sentido equívoco, y demos-

trar que el europeo habia confesado ser una mala ley la religion que profesaba, pidió el misionero que fuese estendida la declaracion en un solo carácter de letra, si se queria que él la firmase; por lo que tuvo que accederse á lo que exigia el confesor de Jesucristo.

El dia 23 de octubre del año 1739 escribia el P. Gil al obispo de Ceomania que desde el año anterior, habia sido conducido tres veces ante los tribunales; teniendo en todas ellas la dicha de confesar el nombre de Jesucristo y de resistirse con firmeza á las instancias que se le hacian para que pisotease el crucifijo. Interin aguardaba la ejecucion de la sentencia proferida contra él, pedia el confesor humildemente al prelado, que le tuviese presente en sus oraciones, á fin de que Dios se dignase darle la paciencia, la fuerza y la gracia de que necesitaba para morir defendiendo su divinal doctrina.

Una revolucion y otras varias calamidades que asolaron al Tong-king por los años 1740 y 1741, impidieron á los misioneros ejercer sus funciones acerca de los cristianos que vivian en las inmediaciones de la córte, y facilitaron por el contrario al P. Gil, los medios de poder ser útil á muchos de ellos. Habiendo logrado el provincial de los dominicos procurarle los vasos sagrados y ornamentos necesarios para la celebracion de los santos misterios, tuvo el confesor detenido la dicha de procurar á los fieles que iban á visitarle todos los consuelos de la religion cristiana. En menos de dos años logró confesar á mas de cuatro mil personas, bautizar muchos niños y procurar los últimos sacramentos á veinte y ocho enfermos; la tolerancia remunerada de los magistrados, carceleros y guardias, permitióle no solo asistir á los enfermos de la ciudad, si que tambien á los de los pueblos vecinos. Sin embargo, á fines del año 1741, sufrió grandes vejaciones la nueva convertida que continuaba teniendo en su casa al misionero; y las habria tenido aun mucho mayores, á no ser la paciencia con que soportó los primeros insultos, y el dinero con que pudo evitar los que estaban aun dispuestos á hacerle sufrir los idólatras.

Los diferentes modos con que el P. Gil fué tratado durante su largo cautiverio, no solo prueban que los magistrados se mostraban mas ó menos benignos segun los regalos que para ello recibian de los cristianos, sino tambien que no todos ellos eran igualmente hostiles al cristianismo; lo que no es de estrañar si se atiende á que habia ya muchos fieles entre los jueces y los grandes del reino. El jueves santo del año 1742, celebró el P. Gil la misa en el palacio de un príncipe, hermano del rey, cuya madre profesaba la religion cristiana, que solo por temor de comprometer al rey habia dejado de seguir el príncipe; el sábado santo, dijo el misionero tambien misa á presencia de un gran número de fieles á la otra parte del rio, junto al palacio del rey. Un tio de este llamó al P. Gil en el mes de setiembre, para que le esplicase ante toda su servidumbre los principios de la religion cristiana, escuchando con el mayor interés las respuestas que daba el misionero á cuantas objeciones se le hacian. Al despedirse de él le dijo el príncipe que le haria llamar nuevamente, y ya para entonces le encargó dos cosas, á saber: que llevase algunos libros de los cristianos y un intérprete que entendiese perfectamente la lengua del pais; «porque cuando conozca á fondo la religion de Jesucristo, añadió, quiero hablar de ella al rey.» Habiéndole preguntado algunos oficiales de la casa del príncipe si era la religion que predicaba un medio eficaz para acabar con los rebeldes y restablecer la paz en el reino, contestó el P. Gil que el Dios único y soberano que adoran los cristianos, que es el que gobierna el universo, dispone de todos los acontecimientos con una sabiduría infinita; que permite á veces las guerras para castigar los pecados de los príncipes y de los pueblos; y que procura la paz cuando le es pedida con fervor y humildad. Luego añadió que la persecucion suscitada y sostenida por tanto tiempo contra la religion verdadera, era sin duda uno de los crímenes que Dios castigaba con

la guerra cruel y las facciones que asolaban al reino, y que seria probable que tan pronto como la persecucion cesase, volviese á renacer en él la paz y la calma.

Por mas que continuase el rey siendo hostil al cristianismo, no permitia sin embargo que se molestase á ninguno de sus súbditos so pretesto de que eran cristianos; mostrándose por humanidad, ó por política, muy dispuesto á aliviar, en cuanto le fuese posible, las desgracias de que era víctima su pueblo. Al verle los fieles en tan buena disposicion, concibieron la esperanza de obtener la libertad del P. Gil, por medio de una tia del rey, que tenia en él mucho ascendiente; asi pues, sometieron su plan al dominico Ponsgrau, gefe de la mision, y á los vicarios apostólicos, quienes lo aprobaron en todas sus partes. Solo el pobre preso, para el que eran ya sus cadenas tan queridas, si bien se sometió á la voluntad de sus superiores, no quiso consentir en que por lograr su libertad se alegase razon alguna que tendiese á ocultar ó encubrir que habia ido á predicar la ley de Jesucristo al Tong-king, ni que estuviese en lo secesivo menos dispuesto á hacerlo. La princesa que se encargó de presentar al rey la peticion del misionero, lejos de cumplir con las intenciones de este, dijo á su sobrino ser aquel un mercader que solo por el cebo de la ganancia se habia decidido á penetrar en el reino, que fué detenido so pretesto de que enseñaba la religion de los cristianos, por mas que no hallasen en él cosa alguna que lo indicase; que el tribunal habia condenado á la guarda de los elefantes al temerario que se atrevió á detenerle, y que no obstante, seguia aun el estrangero en la cárcel, por lo que se veia obligado á acudir á su real munificencia para obtener la libertad. Concedió el rey la gracia que se le pedia, caso de que resultasen ciertos los hechos que acababan de serle espuestos, y para la averiguacion de los cuales nombró á uno de sus eunucos. Fiel empero el misionero en su propósito, declaró que, contra su voluntad, habia sido alterada la verdad de lo ocurrido; que la predicacion del Evangelio habia sido la única y verdadera causa de su arresto, y que nunca consentiria en negarlo por recobrar su libertad. Semejante declaracion, que refutaba todo cuanto habia sido espuesto antes, dió por resultado dejar al cautivo en el mismo estado en que se hallaba, y en el que permaneció durante los años 1742 y 1743, haciendo fructificar su ministerio.

En el mes de marzo del año 1743, volvió á sostener con su heróica firmeza los intereses de la fé ante los tribunales, y á sufrir con placer los reproches, amenazas y malos tratamientos que se le dieron con aquel motivo. Como no contestase el misionero á ciertas preguntas que eran un insulto hecho á sus firmes creencias, el juez le dijo: «Os condenaré al tormento para haceros hablar.—Sufriré todos los tormentos, repuso el misionero, sin proferir ni una palabra.» Mandó entonces el juez pisotear el crucifijo para obligar al religioso á que hablase. «Esa imagen, dijo el P. Gil, es insensible á vuestros insultos; pero aquel á quien representa no dejará impune semejante delito.» Y como le reprendiese un magistrado porque, en su concepto, maldecia al primer juez. «No, contestó el misionero, no le maldigo; solo declaro una verdad que no me es permitido ocultar.» Dióse la órden de que al dia siguiente fuese conducido al mismo tribunal.

Tuvo entonces el P. Gil por compañero de cautiverio á un religioso de la misma órden, detenido por los idólatras en el mismo sitio y del propio modo que lo habia sido él seis años antes. Preciso nos será continuar aquí la biografía de aquel otro confesor de Jesucristo, por no separar á dos ilustres misioneros que, unidos por una misma prueba, debian alcanzar juntos la inmarcesible palma del martirio.

Mateo Alonzo, ó Alfonso Leziniana, natural de las Navas en España, abrazó la órden de Predicadores en el real convento de Santa Cruz de Segovia; siendo uno de los veinte y cuatro misioneros que se embarcaron con el P. Gil de Federich, y que llegaron á Filipinas á

fines del año 1730. En 19 de enero del año 1732 entró en el Tong-king con el P. Ponsgrau, quien sucedió al P. José Valero en el cargo de superior de los dominicos de aquel reino. El bonzo Thay-tinh, que habia de hacer detener mas tarde al P. Gil, puso ya entonces á prueba su constancia, acudiendo á los tribunales contra diferentes comuniones cristianas de Gian thuy, provincia meridional del Tong-king. Habiéndose concedido al bonzo algunas tropas, se dirigió con ellas á los principales pueblos de aquella provincia, los cuales circuyó de noche, para apoderarse de todos los ministros del Evangelio que se encontrasen en ellos. Apesar del secreto con que procuró el bonzo llevar á cabo su espedicion en el mes de julio del año 1732, tuvieron los fieles el tiempo necesario para hacer evadir á los PP. Ponsgrau y Leziniana, por haber sido avisados oportunamente. Al ver el bonzo frustrados sus planes, se vengó robando los vasos sagrados y todos los demás ornamentos del templo, cuya pérdida, por sensible que fuese, pudo repararse, merced á la liberalidad de los fieles. Obligado el P. Leziniana á retirarse por espacio de cinco meses para evitar la persecucion que dirigian contra él los sacrificadores idólatras, logró recobrar su salud, estudiar mejor la lengua y las costumbres del pais, y disponerse por medio de la oracion al ejercicio de su ministerio, el cual fué de suma utilidad para los cristianos que le tenian oculto. En los primeros meses del año 1733, empezó sus correrías apostólicas por toda aquella parte meridional del Tong-king, en que estaban los fieles principalmente encargados al cuidado de los dominicos, y donde por espacio de diez años seguidos tuvo el consuelo, no solo de asegurar á aquellos cristianos en la fé, sí que tambien el de aumentar considerablemente su número. Por mas que consagrase casi todas las noches al ejercicio de su ministerio, no podia atender á las necesidades de aquella inmensa comunion cristiana, por lo que se vió obligado á formar de entre los indígenas buenos catequistas, que pudiesen cooperar dignamente á la propagacion de las santas doctrinas. No solamente contribuyeron algunos de ellos á la instruccion de los pueblos, si no que acompañaron al misionero hasta en su mismo cautiverio, teniendo la gloria de sufrir con heróica constancia los tormentos en defensa de la fé. Como era la comunion de Luc-thuy una de las mas florecientes, residia en ella el P. Leziniana despues del arresto del P. Gil, para procurar á aquellos fieles los sacramentos de que habrian carecido despues del arresto de su pastor querido. Habia en las inmediaciones de Luc-thuy, un letrado idólatra y pobre, que ganaba su sustento enseñando á leer á los hijos de los cristianos; como atendido el cargo que desempeñaba y sus muchas relaciones en el pais, depositasen los fieles en él una gran confianza, no titubeó el misionero en tratarle y hasta en admitirle en su retiro. Aquel miserable, empero, lejos de corresponder dignamente á los beneficios que recibia y á la confianza de que habia sido objeto, vendió al P. Leziniana y á todos los cristianos de Luc-thuy, sus protectores, por una mezquina recompensa. Asi pues, en el mes de noviembre del año 1743, mientras los habitantes de Luc-thuy estaban ocupados en la recoleccion del arroz, fué aquel desgraciado á delatar el misionero al gobernador militar, que, procedió inmediatamente á su arresto. No satisfechos los idólatras con prender al misionero, le hicieron sufrir toda clase de insultos, le dieron un sablazo en la cabeza que le dejó muy mal parado, arrastrándole luego por el lodo y los guijarros hasta que perdió el sentido. En el triste estado en que se hallaba, fué presentado á uno de los mandarines, quien le hizo poner la canga al cuello, despues de haberle hecho los insultos mas groseros; solo el gobernador militar le trató con las consideraciones debidas á su persona y al triste estado en que se hallaba. Viendo los fieles que la autoridad militar trataba á su padre espiritual con los miramientos debidos, concibieron la esperanza de lograr su rescate mediante una suma que entregaron en el acto, ofreciendo dar otra mucho

mayor, tan pronto como el misionero fuese puesto en libertad. Sus buenos deseos no fueron empero realizados, puesto que á los catorce dias de estar preso el P. Leziniana, y despues de haberles hecho el gobernador todas las promesas, fué enviado aquel á la córte junto con el catequista Quoi, su compañero de cautiverio. Al dia siguiente de su llegada, ó sea el 30 de diciembre, vió ya el P. Gil al religioso que la Providencia asociaba á su dolorosa prueba.

El gobernador de Ketcho, encargado de la custodia del P. Leziniana, le dirigió algunas preguntas, á las que contestó el religioso con firmeza y modestia; luego se le hizo comparecer varias veces ante el tribunal á principios del año 1744, en las que no desperdició ocasion alguna para dar á conocer la verdad y la pureza del cristianismo. Cuando se le intimó que profanase las santas imágenes, se negó decididamente á ello, diciendo que era cristiano, sacerdote del Dios vivo y ministro de Jesucristo, que habia ido á aquel reino para predicar su doctrina y hacer patente el triunfo de su cruz. «Ya veis por lo tanto, añadió, que no puedo profanar el signo de mi salvacion.—¿A quién os manda adorar vuestra ley? le preguntó uno de sus jueces. —Nos manda adorar á un solo Dios, creador del cielo y de la tierra.—¿Qué es lo que os enseña esa ley? — Nos enseña que huyamos del vicio, que practiquemos la virtud, que cumplamos con todos los deberes respecto á un Dios único y soberano, que respetemos á los príncipes, á los superiores y á los padres, y que no hagamos mal á nadie. Hé aquí todo lo que encierran estos diez preceptos.» Y el misionero recitó el Decálogo, que fué oido por algunos con placer, por otros con indiferencia y por los mas con desprecio.

Despues de haber hecho retirar al misionero, se procedió al interrogatorio del catequista, al cual fueron dirigidas diferentes preguntas acerca de los fieles que les habian dado hospitalidad, y de si estaba el P. Leziniana en relaciones con los rebeldes; á las que contestó el jóven tongkinés, sin faltar á la verdad y sin comprometer á nadie. Ya que eres cristiano, le dijo el juez, voy á hacerte azotar si no me descubres á los ministros de tu secta. — Sí, soy cristiano por la gracia de Dios, contestó el celoso catequista; así pues, podeis hacerme sufrir todos los tormentos y hasta la misma muerte, pero no espereis de mí ni una palabra que pueda dañar á mi prójimo.

El habitante de Luc-Thuy, en cuya casa habia sido preso el P. Leziniana, se portó tambien con la misma nobleza que el catequista; puesto que para salvar á los demás fieles, dió á entender que solo él habia hospedado al misionero, por ser hijo de padres cristianos, mientras que los demás habitantes estaban ocupados en la recoleccion del arroz. No obstante el grave peligro á que le esponia su declaracion, solo fué condenado al pago de una multa, cuyo importe fué entregado al vil delator.

Entonces se hizo comparecer nuevamente al P. Leziniana, á quien mandó el juez le dijese donde habia permanecido mientras evangelizó aquel reino. «He anunciado la fé, contestó el misionero, en varios puntos, segun los preceptos de Jesucristo, que mandó á los apóstoles y á sus sucesores que fuesen á predicar su Evangelio por toda la faz de la tierra y á bautizar á los que creyesen en él.» Tal era la contestacion que daban siempre los misioneros por no comprometer á los fieles que les habian dado hospitalidad. Comprendiendo al fin los idólatras que no podrian sacar del misionero ningun partido para el objeto que se proponian, le preguntaron si era casado, y si se cometian entre los cristianos actos contrarios al pudor; contestó el dominico que era religioso, consagrado á Dios desde su juventud por los votos de pobreza y castidad, y que los verdaderos cristianos consideraban la impureza como un gran crímen, severamente prohibido por la religion. Preguntósele además si hacia uso de algun maleficio para atraer los pueblos á la religion que predicaba: «Es, dijo, el espíritu de Dios el que inspira á los predicadores

lo que deben decir, y el que dispone con su gracia el corazon de los oyentes, dándoles á conocer la verdad de la fé antes de abrazarla.» Así mismo se le preguntó si eran muchos los libros que habian sido escritos en lengua del pais para esplicar la religion cristiana. «Hay un número infinito, contestó el religioso; muchos de ellos han sido traducidos á la lengua tongkinesa, y de seguro que si nuestros jueces se tomaban la molestia de leerlos sin prevencion, dejarian de ser enemigos de una religion tan santa como la de Jesucristo.»

Hé aquí la sentencia que pocos dias despues se dió contra el misionero: «Como en vista del procedimiento y de los informes tomados, resulte que Mateo, gefe de la religion cristiana, ha procurado desde el año 1732 seducir al pueblo de Luc-thuy y enseñarle la religion que profesaba; y que se le han encontrado además diferentes imágenes que son otros tantos signos ó emblemas de aquella religion, que no se permite predicar en el reino; condenamos al sobredicho Mateo á ser decapitado. Así mismo condenamos á Ignacio Quoi, su discípulo, por profesar la propia religion, á la guarda de los elefantes. Ordenamos que las imágenes, muebles y demás efectos hallados á Mateo, que servian para el ejercicio de la religion cristiana, sean arrojados á las llamas; previniendo que se dén al licenciado Le Phuong sesenta monedas en recompensa del servicio que prestó al hacer que cayese en nuestro poder aquel gefe de la religion cristiana.» Esta sentencia fué un objeto de triunfo para los idólatras, de tristeza para los cristianos y de satisfaccion para el P. Mateo Leziniana, por considerarse feliz de morir confesando á Jesucristo, al verse privado de predicar la fé y conquistarle nuevas almas.

Su satisfaccion subió de punto, cuando el dia 30 de mayo del año 1744, fué trasladado á la misma casa en que estaba el P. Gil de Federich. Solo raras veces habian tenido antes los dos apóstoles ocasion de hablarse, y teniendo aun que ser siempre muy cortas sus conversaciones; su primer cuidado al verse reunidos, fué el de administrarse mútuamente los santos sacramentos; siendo ademas su ministerio útil en gran manera á muchos fieles y á diferentes idólatras. El pueblo atribuia al favor de que gozaban algunos cristianos en la córte el que fuese permitido á los dos misioneros vivir en una casa contigua á la cárcel, en la que podian ser visitados por los tongkineses y hasta celebrar la misa y todas las demás funciones religiosas, como si fuese permitida la religion que profesaban. Unicamente los cautivos de Jesucristo, creian que descendia de mas alto aquella tolerancia, por la que no cesaban de admirar la omnipotencia de Dios, al permitir que en un pais en que estaba prohibido el cristianismo, pudiesen ejercerlo libremente, é instruir y alentar á los que lo profesaban á presencia de los mismos que lo perseguian. Cuanto mas se acercaban los dos dominicos al término feliz de su carrera, tanto mayor era su consuelo, al ver que iban siempre en aumento el fervor y la piedad de los fieles; en el trascurso del año 1744, confesó el P. Gil á mil ochocientas personas, confirió el bautismo á setenta y tres y ministró el sacramento de la extremauncion á once. No fueron menores los triunfos que por su parte alcanzó el P. Leziniana durante los ocho meses que permaneció en la casa de su compañero.

Mientras que los dos misioneros entregados á sus trabajos apostólicos, estaban aguardando con santa impaciencia la consumacion de su sacrificio, tenian aun los cristianos tongkineses la esperanza de que seria revocada su sentencia. Lejos de desvanecerse en ellos aquella esperanza aumentó mas y mas, al saber que el tio del rey acababa de llamar á los dos confesores de Jesucristo, á fin de obtener nuevos detalles acerca de la religion cristiana. Celebróse aquella segunda conferencia el dia 17 de julio del año 1744; como hemos dicho ya que deseaba tener el príncipe algunos libros que tratasen de la ley de Jesucristo de un modo claro y metódico, le presentaron los misioneros dos de ellos: uno estaba escrito en chi-

no, y otro en lengua tongkinesa. El príncipe solo aceptó este último, proponiendo, despues de haberle leido, algunas dificultades á los dos dominicos, quienes dieron á ellas una solucion pronta y satisfactoria, por haber sido el estudio de la religion el objeto constante de sus ocupaciones. Sobre todo el P Gil, estaba tan versado en la ciencia teológica, que tanto los vicarios apostólicos del Tong-king como los misioneros de las demás órdenes, le consultaban en todos los casos árduos. Sin embargo, el príncipe, que no habia recibido el don de la fé, y que queria comprender las verdades católicas con la sola luz de la razon, esclamó: « Confieso que el culto de los ídolos es estravagante y la religion del pais un cúmulo de falsedades; pero aun comprendo menos los dogmas de la religion cristiana y sus misterios de amor. » El hombre debe empezar por someterse humildemente á la voluntad divina, á fin de que la luz de Dios eleve su espíritu; he aquí lo que en vano los dos confesores aconsejaron á aquel príncipe bastante ilustrado para despreciar á los ídolos, pero sobrado altivo para someterse al yugo de la fé.

Entretanto, los muchos azotes de que continuaba el Tong-king siendo víctima, indujeron á creer que el cielo castigaba en él una grande injusticia; reconociendo en ellos hasta los mismos idólatras la mano de la Providencia. Poseido tambien de esta idea, mandó el rey que fuesen nuevamente examinados los procesos ó causas de todos los que gemian en las cárceles, que fuesen puestos desde luego en libertad todos los cautivos que resultasen inocentes, y que se usase de clemencia hasta con los culpables. Así que llegó esta órden á noticia de los cristianos, resolvieron salvar á todo trance á los misioneros, haciendo presente al P. Gil que podia lograr entonces fácilmente su libertad, con solo firmar una esposicion que ellos mismos se encargarian de presentar al rey. No solo se negó el religioso á hacer lo que se le pedia, sino que hasta suplicó con instancia á sus amigos que se abstuviesen de dar ningun paso para salvarle la vida. « ¿No seria temible, les dijo, que los fieles se escandalizasen, y que los infieles considerasen como impostores á los ministros del Evangelio, si viesen que mientras exhortan á los cristianos á sufrir con paciencia y firmeza las persecuciones que pueda acarrearles la fé, procurasen ellos por todos los medios posibles evitar la dicha de sellar con su sangre la religion que anuncian? » Ante estas razones, desistieron los cristianos de su generoso propósito, por temor de ofender al esforzado atleta; y resolvieron salvar á toda costa al P. Leziniana, sin informarle antes de los pasos que iban á dar en su favor. Los jueces encargados de revisar el proceso, en vista de lo alegado en favor del P. Leziniana, confirmaron la sentencia de muerte dada contra el P. Gil, y conmutaron la de su compañero por la de cautiverio perpétuo. Al ver el rey la diferencia notable de las dos sentencias en dos causas enteramente iguales, se negó á firmarlas, disponiendo pasáran ambas causas al tribunal supremo.

Antes de que aquel tribunal diese su fallo, corrió la voz entre el pueblo de que iba á ser ejecutado uno de los dos misioneros, salvándose al otro de la pena de muerte á que habia sido antes tambien condenado; y como el secretario del supremo tribunal, confirmase en cierto modo aquel rumor en 12 de enero de 1745, declarando á los cristianos de la costa que seria al dia siguiente el P. Gil decapitado, sin decir nada respecto al P. Leziniana, cuyo nombre no estaba continuado en la lista de los que debian sufrir la última pena, llegó á su colmo la alegría del P. Federich. Así como cumplió aquella noticia los ardientes deseos del P. Gil, hizo por el contrario derramar un torrente de lágrimas al P. Leziniana, por convencerse de que sus pecados le impedian alcanzar la corona del martirio. Vióse entonces lo que raramente se vé en los hombres: el primero de los dos misioneros, destinado á morir al dia siguiente en manos del verdugo, procuraba consolar al segundo, por el que, en cualquier otro caso, habria debido ser consolado. « No

os afligais de este modo, le decia, ya que es el Señor quien ha fijado nuestra suerte; á mí me llama, y os deja á vos, en prueba de que acepta aun vuestro trabajo, y de que quiere ser glorificado por todo cuanto hagais para la santificacion de los que le pertenecen. El que hoy solo acepte una víctima no prueba que rechace la otra, y si solo que ha diferido vuestro sacrificio: yo os precedo, y vos me seguireis.» Todos los cristianos acudieron en tropel á dar á los dos confesores pruebas de su afecto; mientras que creian unos poder felicitarse con el P. Leziniana, no tenian otros espresiones bastante vivas para pintar al P. Gil el esceso de su dolor; pero sus felicitaciones y sus lágrimas habrian sido á uno y otro igualmente injuriosas, á no ser producidas por una caridad ardiente y pura. El vicario apostólico de la parte occidental del Tong-king, que no pudo visitar personalmente á los dos religiosos, les envió á uno de sus sacerdotes para que les saludase en su nombre, y les dijese que no olvidasen ante el Señor las necesidades de una naciente iglesia que les consideraba como padres. El dia 21 de enero el P. Gil escribió al prelado, diciéndole que á la mañana siguiente iba á sellar con su sangre la fé que habia predicado; aquella misma noche reunió el misionero á los cristianos, y despues de orar con ellos, les dijo ser su situacion semejante á la en que se vió Jesucristo la víspera de su muerte, y que por lo mismo les legaba lo que legó el divino Maestre á sus discípulos, esto es, el precepto de la caridad, á fin de que se amasen unos á otros como él les habia amado. Luego se despidió de ellos, dandoles gracias por los favores que le habian dispensado durante los ocho años de su cautiverio; y como no pudiesen al fin uno y otros contener sus lágrimas, terminó su alocucion el generoso confesor, y se retiró á su cuarto para pasar la noche en oracion, y disponerse á alcanzar la gracia del martirio.

A las tres de la mañana, celebró por última vez el santo sacrificio, y oyó despues la misa del P. Leziniana. Cuando fué de dia, se dirigió á la cárcel para despedirse de los presos y de los carceleros, y hacer algunas limosnas á los pobres, entre los que distribuyó ademas las provisiones que le quedaban. Hácia las ocho, llegaron los soldados que habian de conducirle al suplicio; el P. Leziniana, que ni un momento se separó del martir, no pudiendo ser su compañero en el martirio, quiso al menos presenciar su muerte. Así, pues, salieron los dos misioneros juntos de la cárcel, dirigiéndose al lugar del suplicio con aquella imperturbable serenidad que dá al mártir la fé por que muere, sin descuidarse de pedir á Dios la conversion de los idólatras y la perseverancia de los que habian abierto ya los ojos á la luz salvadora del cristianismo. Al verles los idólatras andar con paso tan firme y seguro, no podian menos de esclamar: «¿Quiénes son esos dos europeos tan poco parecidos á los demás hombres, que no tienen ningun apego á la vida?»

Cuando llegaron los dos confesores frente á la puerta principal del palacio, se anunció al P. Leziniana que en aquel mismo instante acababan los jueces de proferir contra él la sentencia de muerte, y que iba á ser decapitado con el P. Gil, presentándose luego el encargado de leerle la sentencia. Habiéndole preguntado aquel funcionario si entendia la lengua del pais y contestádole el misionero afirmativamente, añadió: «El rey te condena á ser hoy decapitado, por haber venido de un reino estrangero á predicar en este la ley de los cristianos. —De lo que doy gracias á Dios,» contestó con alegría el misionero, cual otro S. Cipriano. Tambien el P. Gil imitó al santo obispo de Cartago, repartiendo algunas monedas á los dos carceleros que, insiguiendo la costumbre del pais, habian de ejecutar la sentencia dada por el tribunal supremo y confirmada por el rey.

Despues de haber permanecido un buen rato orando en el lugar del suplicio, se dieron los dos dominicos mútuamente la absolucion sacramental. Fieles ó idólatras, todos parecian estar poseidos de un mismo respeto en aquel

momento supremo; hasta una muger anciana, postrada ante sus ídolos á algunos pasos de los mártires, les pedia con fervor salvasen á aquellos dos estrangeros, tan dignos de perdon por sus virtudes. Una vez atados ya á su poste, levantaron los dos confesores sus ojos al cielo ofreciéndole su sublime sacrificio, sin que volviesen á bajarlos á la tierra, por haber sido decapitados á una señal del magistrado. Los cristianos que se hallaban presentes, esclamaron unánimemente: «¡Nuestros padres! ¡ah! ¡nuestros queridos padres!» Y venciendo todos los obstáculos se lanzaron en tropel dentro del cuadro para pagar el último tributo á los santos mártires. Unos recogieron la tierra bañada en su sangre, otros se procuraron un retazo de sus vestidos ó una parte de sus cabellos, procurando tener todos alguna de sus reliquias. Segun una práctica supersticiosa de los tongkineses, despues de verificada la ejecucion, los oficiales, soldados y verdugos se retiraban precipitadamente, por temor que las almas de los sentenciados les causasen algun daño; pero contra la costumbre establecida, permanecieron aquel dia en su puesto, ya fuese por la confianza que les inspirase la virtud de aquellos dos mártires, ya por creer que no tratarian de vengar una muerte que habian deseado tan vivamente.

Era tan grande el número de los cristianos que acudieron al lugar del suplicio, que los funcionarios públicos, á quienes los criados de los mártires habian dado una suma para obtener sus cuerpos, no fueron dueños de apoderarse de ellos. Los cuerpos de los dos mártires fueron enviados al dia siguiente al pueblo de Luc-Thuy, donde han sido tenidos desde entonces en la veneracion mas profunda. Algun tiempo despues, el P. Ponsgrau, provincial de los dominicos, y algunos religiosos agustinos se dirigieron á Luc-thuy, con el P. Hilario de Jesus, obispo de Corea y vicario apostólico de aquel reino, los cuales hicieron trasladar los cuerpos de los dos mártires con toda solemnidad á la iglesia, en la que fueron enterrados despues de habérseles hecho solemnes exequias.

El rey, ocupado á la sazon en las guerras que estaban asolando sus Estados, visitó á fines del año 1748 un arsenal en el que habia diferentes piezas de artillería, procedentes de un buque holandés que habia naufragado en aquellas costas Las inscripciones que vió en ellos despertaron su curiosidad, pero como no habia nadie que las entendiese, no pudo ser aquella satisfecha. Acudióse entonces al P. Wenceslao Paleceuk, superior de la mision de los jesuitas, y como este las descifrase, logró que el príncipe se dirigiese á Ketcho, donde hizo poner en libertad á siete cristianos, encerrados en las cárceles por haber practicado sus doctrinas. «No quiero que esos infieles, dijo el rey, giman por mas tiempo entre cadenas, cuando hemos tenido que recurrir á su gefe y director en la fé.» Tan pronto como llegó el P. Paleceuk á Ketcho, fué conducido al arsenal, donde tradujo las inscripciones; logrando ya al dia siguiente confesar á mas de cien personas. Desde entonces empezaron á presentarse los fieles en las fiestas públicas con atabales y otros instrumentos, como para indicar ya el triunfo de su religion; viendo entonces los bonzos que iba dilatándose el imperio de Jesucristo, se presentó uno de ellos al rey pidiéndole la cabeza del misionero; pero no solo dejó de accederse á su demanda, sino que fué entregado á los tribunales y condenado á muerte. El P. Peleceuk, empero, le obtuvo el perdon; pero el rey al concedérselo dió una órden previniendo que se arrancaria la lengua á cualquiera que en lo sucesivo se atreviese á hablar en contra del europeo. Aquellas favorables disposiciones permitieron á los misioneros ejercer libremente el apostolado; siendo tantos los progresos que hizo el catolicismo en aquellas regiones, que en casi todas las cartas de los apóstoles de aquella época se ven admirables rasgos que revelan claramente la inocencia y la fé de los neófitos del Tong-king. «Como soy aun nuevo en esta mision, escribia uno de ellos, me admira en gran manera el que la mayor parte de los cristianos que están bajo mi cuidado, raramente se me acu-

sen de una falta que merezca llamarse tal. Cuantas veces les hago algunas preguntas sobre sus deberes, me contestan á ellas con tal devocion y naturalidad, que no puedo menos que convencerme de la inocencia y candor de su alma. « ¡Ah! padre mio, me responden, ¿cómo me atreveria á hacer esto contra el Dios que me ha llamado á su santa religion? ¡Ah! ¡que el Redentor divino que murió por mí, no permita llegue á cometer yo nunca semejante pecado! » Pidió el rey algunos matemáticos europeos, que le enviaron los jesuitas de Macao, siendo el P. Simonelli uno de ellos, y luego otros cuatro religiosos de la provincia del Japon, quienes se embarcaron el 6 de marzo del año 1751. Simonelli, por su ciencia, celo y esperiencia, era el hombre mas á propósito para desempeñar una comision de aquella especie; pero la rivalidad de los ministros, á quienes el P. Paleceuk olvidó consultar antes de llamar á sus hermanos, fué causa de que no diese aquel paso resultado alguno. Como si hubiese olvidado el rey ser él quien habia llamado á los misioneros matemáticos, limitóse á aceptar los presentes que por ellos le fueron ofrecidos, y solo les permitió construirse una casa en la orilla del mar. El P. Simonelli, que contaba al menos setenta años, al ver la inutilidad de su celo, pidió que se le permitiese regresar á Macao, en lo que no se le puso ningun obstáculo; y sus compañeros penetraron furtivamente en las provincias, donde ejercieron con fruto el ministerio del apostolado. El P. de Horta, jesuita italiano, atravesó varias veces en 1765 las montañas del Tong-king, reuniendo en sus escursiones conocimientos importantes acerca del cultivo y trasplantacion del arroz. En aquel mismo año, motivaron los crímenes de un bonzo que fué condenado á muerte, el que se dieran órdenes severas contra la clase á que pertenecia; pero temiendo el rey que le creyese su pueblo el protector de los cristianos si no hacia mencion de ellos en aquella circunstancia, renovó en el mismo edicto las penas impuestas contra ellos por sus predecesores. En virtud de aquella órden, fueron presos el jesuita de Horta y un dominico tongkinés, y encerrados en un calabozo durante algunos años. « Pensaba Horta regresar á Europa, dice el P. Francisco Bourgeois; pero habiendo desistido luego de su propósito, se dirigió á la mision del Tong-king, donde fué detenido cuando empezaba á ejercer su santo ministerio. » La cárcel de aquel misionero, segun una carta escrita por él mismo, consistia en una especie de hoyo, circuido de estacas plantadas á bastante profundidad, que podia tener á lo mas cuatro piés de largo sobre dos y medio de ancho; por lo que se veia en la precision de estar siempre sentado ó recostado, y espuesto á la lluvia, al rigor del sol en un clima ardiente, y al viento, que no dejaba de ser algunas veces estremadamente frio. Añádanse á este contínuo suplicio, las picaduras de los insectos, los insultos de los soldados encargados de su custodia, el cepo en que tenia sus dos piernas y la retencion de orina de que padecia el misionero, y se verá con exactitud trazado el cuadro de dolor que ofrecia la carta del P. de Horta. Lejos empero de dejarse abatir por sus sufrimientos, vióse cada dia al ardoroso apóstol mas dispuesto á sufrir, por tener siempre presente el sublime ejemplo de los mártires del Japon, que eran de su provincia, y la constancia heróica de los misioneros que en los años 1722 y 1737 derramaron generosamente su sangre por la fé en el mismo reino del Tong-king. Despues de pedir á los misioneros que le tuviesen presente en sus oraciones, firmaba su carta de esta manera: *Nuntius de Horta, indignissimus Christi confessor, pro Christo catenis ligatus.* Estaba fechada en el Tong-king el dia 28 de junio del año 1768. »

Los sacerdotes de las Misiones Estrangeras poseian entonces en Kevinh, pueblo situado al occidente del Tong-king, un colegio y un seminario, que contaban mas de ochenta jóvenes, en los que hicieron estragos las enfermedades epidémicas. Mr. Neez, obispo de Ceomania, que era el principal apoyo de aque-

lla mision, murió el 19 de noviembre del año de 1764, á la edad de ochenta y tres años, despues de haber ejercido por espacio de cincuenta las funciones apostólicas, y durante veinte y cinco las del episcopado. Tuvo tres coadjutores, siendo el último de ellos Reydelet, su sucesor, el cual fué nombrado obispo de Gabale y coadjutor en el año 1762, y consagrado por el vicario apostólico de Tong-king oriental, al recibir sus bulas el año 1766.

CAPÍTULO XXV

Mision de la China.

A fin de esplicar, aunque no sea mas que en parte, las vicisitudes del cristianismo en Cochinchina y el Tong-king, preciso es remontarse de los efectos á las causas, estudiando la historia de la religion en la China, por haber ejercido siempre el Celeste Imperio una gran influencia sobre el imperio anamita, cuyos príncipes se regian casi enteramente por los edictos que daban los emperadores chinos.

Khang-hi terminó su reinado el dia 20 de diciembre del año 1722. Fué tal la sabiduría con que rigió por espacio de sesenta años los destinos de su pueblo, que no solo consideran los chinos su reinado como uno de los mas gloriosos de su historia, sino que hasta los mismos jesuitas lo comparan con el de Luis XIV, su coetáneo, lo que es el mayor de los elogios que puede tributarse á la memoria de un príncipe estrangero. «El P. Parrennin, dice el jesuita Chalier, supo utilizar admirablemente la benevolencia con que el emperador le honraba, para instruirle en el conocimiento de Jesucristo y de sus santas verdades. Era tan acertado el módo con que lo hacia, que no solo concibió el príncipe un gran respeto y veneracion por nuestra santa fé, de la que era ilustrado protector, sino que hasta se creyó con fundamento que habria llegado á abrazar el cristianismo, á haber podido vencer los obstáculos que se oponian á ello (1).»

Por desgracia el sucesor de Kang-hi no tuvo por el cristianismo las simpatías que su padre, por suponer que habia algunos grandes de entre los que abrazaron la religion cristiana, que estaban al frente de una conspiracion que tenia por objeto colocar en el trono á su hermano Yesaké. Tales eran los sentimientos de que estaba animado respecto al cristianismo, cuando se notaron en el Fo-kien las primeras chispas del fuego de la persecucion general, que se declaró en el mes de julio del año 1723. Los dominicos Blas de la Sierra y Eusebio Ostot, recien llegados de Filipinas, se hallaban al frente de la comunion cristiana de Fou-ngan-hien, cuando un neófito, descontento de uno de ellos, renunció á la fé, arrastrando en su apostasía á algunos otros, que junto con él presentaron al mandarin una instancia contra los cristianos. Las proscripciones que dió por resultado aquella acusacion, alarmaron tanto mas á los jesuitas de Pekin, cuanto que el emperador, apenas echaba nunca mano de los europeos para nada, á causa de no dedicarse á las ciencias estrangeras, que eran á las que debian en gran parte su crédito y valía. Desde aquel instante no dudaron ya de que Young-tching habia resuelto proscribir el cristianismo en su imperio; lo que mas acabó de confirmarles en sus temores, fué el permitir que se reuniesen únicamente en Pekin los jesuitas cuyos conocimientos eran necesarios para la formacion del calendario, previniéndose que pasasen los demás desterrados á Macao. El tribunal de los ritos que fué el que dió esta disposicion, sancionada por el emperador en 12 de enero del año 1724, decidió que fuesen los religiosos conducidos á la córte ó á Macao en el plazo de seis meses; pero apenas se supo en las provincias la injusta disposicion que acababa

(1) Hasta llegó á suponerse si en realidad se habia hecho Khang-hi cristiano, pero no es de suponer fuese así, cuando al verse en grave peligro de muerte, hizo llamar á los misioneros residentes en su córte, para que le confiriesen el bautismo, ofreciendo abjurar antes sus errores. Sin embargo, esta dulce esperanza del príncipe, que á verse realizada, tan fecunda habia de ser en beneficios para el cristianismo, fué desvanecida por el príncipe su hijo, que habia de sucederle en el trono, por considerarla contraria á las leyes del pais, y un motivo asaz poderoso para turbar la paz en sus estados. (Nota del Trad.)

de darse, se apoderaron los idólatras de todas las iglesias, llegando en algunos puntos al estremo de consagrar al culto de los ídolos, los templos que pocos dias antes lo estaban al verdadero Dios. Por mas que el nuevo emperador hubiese prohibido maltratar á los operarios evangélicos, tuvieron que sufrir muchos insultos; puesto que el P. Bonkouski, jesuita polaco, estuvo á punto de verse apedreado en Hang-tcheou-fou, capital del Tche-kiang, y el P. Porquet, jesuita francés, se vió tambien en inminente peligro en la propia provincia. El obispo de Lorima, vicario apostólico del Chen-si, fué detenido en una de sus misiones con el franciscano que le acompañaba, el cual escribió al P. Reinaldi una carta diciéndole ser muchos los insultos que le habian hecho sufrir. Como era Canton, por decirlo así, la puerta de la mision de China, procuraron los jesuitas de Pekin que se concediese á sus hermanos residir en aquel punto, á fin de asegurar en lo posible la fé en aquellas regiones, cualquiera que fuese la suerte que les reservase el porvenir. Despues de haberlo logrado, hizo el P. Parrennin dar las gracias al emperador en términos tan lisongeros, que le mandó llamar junto con los PP. Bouvet y Kœgler, cuya honra no habian podido obtener aun los jesuitas desde su advenimiento al trono. En el largo discurso que pronunció el emperador ante ellos, quiso justificar la conducta que habia observado con respecto á los misioneros: «Si yo enviase, les dijo, una partida de bonzos y lamas á vuestro pais para que predicasen en él nuestra ley, ¿cómo les recibiriais?... Quereis que todos los chinos se hagan cristianos conforme lo previene vuestra ley; pero ¿qué es lo que seria de nos si esto sucediese? Los que siguen las doctrinas cristianas en este pais no reconocen mas autoridad que la vuestra, ni obedecerian mas que á vosotros mañana que llegase á turbarse el órden; así pues, solo os permito permanecer aquí y en Canton, ínterin no deis ningun motivo de queja; pero de ningun modo, quiero que permanezcais en las provincias. El emperador, mi padre, perdió mucho en concepto de los letrados por la condescendencia con que os dejó establecer en ellas; y por lo mismo no permitiré que durante mi reinado se me pueda acusar de no haber escarmentado con lo que sucedió á mi padre. Sin embargo, no creais que abrigue contra vosotros resentimiento alguno, ni que sea mi intencion oprimiros en lo mas mínimo: solo me induce á adoptar estas medidas, el deseo que tengo de gobernar bien mi imperio, digno objeto, al que consagro todas las horas del dia.»

No obstante, era la intencion de Young-tching acabar con el cristianismo en sus estados, segun lo demostró claramente el rigor ejercido por él contra una familia de Pekin, mas ilustre aun por la fé de Jesucristo que tan generosamente profesó, que por la sangre imperial de los Tártaros-Manchues que corria en sus venas. Los mas de aquella noble familia debieron su conversion al P. José Suarez, jesuita portugués, que les confirió el bautismo, y que continuó siendo despues su director espiritual; los demás miembros de la familia fueron bautizados por el P. Juan Mouram en Sinim, pueblo situado en la frontera occidental de la China, donde habian sido desterrados algunos de ellos. Cuando llegó á noticia del emperador la conversion de aquellos príncipes, hizo desterrar á Sourniama, su padre, único que continuaba en la idolatría, despojándole de todos sus bienes y títulos; pero no por esto se desmintió nunca la virtud de los ilustres neófitos, desterrados á la miserable aldea de Sin-pou-tse, mostrando, por el contrario, en su desgracia la firmeza mas heróica. Despues de la muerte de Sourniama, acontecida á 2 de enero del año 1725, Young-tching, envió á Fourdana dos de sus mandarines para degradar á todos sus hijos de la dignidad de príncipes, á los que se quitó el cinto amarillo, que era su distintivo; fué tal su heroismo en aquella circunstancia, que se vieron todos ellos con el mayor placer destituidos de un rango que no les permitia entregarse con entera libertad á la práctica de todos los deberes cristia-

nos. El P. Luis Fan, jesuita chino, que fué enviado desde Pekin para administrarles los sacramentos, no pudo contener las lágrimas al ver su devocion y su fervor. En el mes de abril del año 1726, el emperador resolvió destinar los príncipes desterrados á diferentes cuerpos; y como habia en Fourdana soldados de todos ellos, se recibió la órden de que fuesen incorporados en clase de soldados, dándoseles en los cuarteles que habia en las afueras de la ciudad todas las habitaciones que necesitasen. Al propio tiempo, bajo un pretexto político, se procesó al difunto Sourniama; siendo la sentencia que se dió contra él modificada por el emperador: condenábasele por el tribunal á que fuesen sus restos quemados y arrojados al viento; preveníase así mismo en ella que algunos de sus hijos y nietos fuesen condenados á muerte, y que fuesen desterrados los demás á las diferentes provincias del imperio. Todas estas disposiciones eran dadas para aumentar por medio del terror el número de las apostasías. «El emperador, dice Parrennin, despues de haber contenido los progresos que hacia la predicacion del Evangelio, queria arrebatar á la religion cristiana la gloria de contar á tantos príncipes en el número de sus hijos; pero nunca fué la religion tan respetada en China como cuando se intentó destruirla. Lo que es mas sorprendente, y que debe necesariamente atribuirse á la proteccion de Dios, es que el emperador al dispersar las ovejas, dejase en paz á sus pastores, permitiéndoles permanecer en su capital, y hasta honrándoles á veces con ricos presentes. A principios del año, en cuya época acostumbra hacer el soberano algunos regalos á los grandes y á los empleados de su casa, nos hizo llamar á su palacio en número de veinte, esto es, todos los que podian contener la sala del trono; trató con nosotros de diferentes cosas; nos habló de la religion, aunque muy superficialmente; y luego nos dispensó una honra que ni aun el emperador Kang-hi, protector decidido de los europeos, les habia otorgado nunca. Luego nos hizo sentar á una mesa cubierta de toda clase de platos, en la que nos servian los principales eunucos, dirigiendo el emperador durante la comida varias veces la palabra á cada uno de nosotros; llegado el momento de separarnos, nos hizo entregar á cada uno dos pieles de cebellina y dos bolsas muy limpias, de las que acostumbran los chinos llevar en el cinto. Al salir de las habitaciones interiores nos hizo acompañar por eunucos cargados con cestos de hermosos frutos, á presencia de todos los príncipes y mandarines que habia en palacio. Al ver aquellas pruebas de distincion de que éramos objeto, nos asaltó esta idea: «¡Ah! ¡menos favor á los misioneros, y mas justicia á la ley que predican!» Lejos de conmover á Young-tching la heróica firmeza de los príncipes de regia estirpe, cuya fé no habian podido hacer vacilar ni la privacion de sus títulos ni la confiscacion de sus bienes, ni las amenazas que se les hizo de una muerte infame y cruel, contribuyó por el contrario á aumentar en él la animosidad que tenia contra ellos. Muchos terminaron gloriosamente su vida en medio de los rigores de la persecucion de que eran víctimas. Al hablar Parrennin de las privaciones que sufrian en algunos puntos los jesuitas, se espresa de esta manera: «Apenas nos atreviamos durante mucho tiempo á salir de casa, y aun las pocas veces que lo haciamos, era para ir á palacio ó á los demás puestos en que el servicio del emperador exigia nuestra presencia. Cuando era preciso ir á administrar los sacramentos á los moribundos, solo nos dirigiamos los europeos á los puntos en que no pudiésemos ser sorprendidos, enviando á los PP. Mateo, Lo y Julian Tchin, jesuitas chinos, á los puestos que ofrecian algun peligro. Apesar de todos los disturbios y vejaciones que se han sucedido, no puede decirse que hayamos permanecido en la inaccion: no se ha cesado nunca en el cultivo de las misiones confiadas á los jesuitas franceses, tanto en esta ciudad como en el campo.» La Providencia habia reservado un asilo para los cristianos perseguidos, en las innaccesibles monta-

ñas de la provincia de Hou-kouang. «Aquellas montañas, escribia Parrennin, llevan el nombre de Mou-pan-chan, esto es, *Montañas del bosque llano*, porque están cubiertas de arbustos, y forman sus cumbres un llano. Para llegar á ellas, es preciso atravesar torrentes, para los que no servirian de ninguna útilidad puentes ni barcas; despues de haber pasado aquellos torrentes ha de subirse por escarpados montes cubiertos de malezas desde su pié hasta su cima, en la que se encuentra un pais estensísimo, cubierto de árboles frondosos y cuya tierra es fertilísima. El P. Labbe fué el primer europeo que penetró en aquellas ásperas montañas, que el P. Hervieu llamaba las *Cevennas* de la China. Tomó posesion de ellas en el mes de octubre del año de 1731, y á las que regresó en el mes de agosto del año siguiente; el dia 2 de marzo del año 1734 recibí de él una carta en la que me daba importantes detalles acerca de las bendiciones del cielo sobre aquel nuevo establecimiento. Habia dividido aquellas montañas en ocho barrios, cada uno de los cuales tenia su catequista; teniendo en su última visita el consuelo de administrar los sacramentos á un gran número de cristianos, y de hacer construir una casa para el misionero que se encargára de reemplazarle durante su ausencia. En los puntos en que no hay mas que cristianos, no se permite á ningun infiel que vaya á establecerse en ellos; los que permanecen en los demás puntos son objeto de la solicitud del P. Labbe, que abriga la esperanza de convertirles á todos, en cuyo caso solo serán habitadas aquellas montañas por verdaderos creyentes. Además, añade, que al salir de aquellas montañas habia seiscientos cristianos, cuyo número aumentó aun en lo sucesivo considerablemente; por lo que se vió obligado á escribir al superior general que le enviase al P. Kao, jesuita chino, persona muy recomendable por su prudencia y su virtud. Ambos religiosos se ayudarán recíprocamente, puesto que mientras pasará el P. Labbe la mayor parte del año en las montañas, recorrerá el P. Kao todas las cristiandades de la provincia sin ningun peligro.»

Los misioneros franceses, españoles é italianos, al verse arrojados de las diferentes provincias del imperio para ser relegados á Macao y Canton, vivian en estos últimos puntos con la mayor seguridad, cuando llegó una órden secreta de Young-tching, previniendo que fuesen espulsados de la ciudad de Canton. Fué tal la premura con que se obligó á los misioneros á dar cumplimiento á aquella órden, que tuvieron los jesuitas que dejar insepulto en su casa el cuerpo del P. Beaudory, muerto el dia 15 de agosto del año 1732, sin poder celebrar siquiera sus funerales. El lazarista Appiani, á pesar de estar gravemente enfermo y de ser septuagenario, vióse obligado igualmente á partir, muriendo á los tres dias de haber salido de Canton. Se embarcaron los misioneros el dia 20 de agosto en número de treinta y cinco, y llegaron el 23 á Macao; como habia en esta ciudad dos casas de jesuitas y tres conventos de religiosos, pudieron todos ellos encontrar fácilmente asilo. Los catequistas que les acompañaban fueron obligados á partir otra vez para Canton, donde tuvieron que sufrir muchos insultos y grandes privaciones. No contentos los mandarines con haber desterrado á los misioneros, encargaron al gobernador portugués de Macao que les enviase á sus respectivos reinos, á fin, decian, de que no volviesen á introducirse nuevamente en China para infestarla con sus perversas doctrinas. Aunque convencidos los jesuitas de Pekin de que se obraba con aquel rigor á consecuencia de una órden recibida de la córte, suplicaron á Young-tching que permitiese al menos á cuatro ó cinco misioneros residir en la ciudad de Canton, en calidad de corresponsales, á fin de recibir las cartas y demás objetos que fuesen enviados de Europa, para poder dirigirlos á sus hermanos de la capital. Pero no solo se vió que no queria el emperador acceder á lo que se le pedia, sino que deseaba por el contrario acabar con la religion cristiana en China, por no permitir

á los que la abrazaban, tributar los honores debidos á sus antepasados. En tales circunstancias, viendo el obispo de Pekin el peligro inminente en que estaba toda la mision, creyó prudente hacer uso del permiso acordado por el legado Mezza-Barba; y en su virtud dió algunas pastorales, obligando á los misioneros á conformarse en un todo á aquellas concesiones, so pena de verse privados *ipso facto* del ejercicio de su ministerio. Sin embargo, el P. Parrennin, al ver que solo habia en la capital de China venerables ancianos que iban á dejar en breve un gran vacío en la mision francesa, suplicó al emperador que le permitiese llamar á su lado á los PP. Gabriel Boussel y Pedro Foureau, recien llegados de Francia, á fin de que le ausiliasen en su ancianidad. El emperador accedió á ello, solo por complacer al virtuoso anciano que se lo suplicaba; desde entonces fueron ya diez en Pekin los jesuitas franceses, sin contar los tres chinos que pertenecian á la Compañía. La admision de los dos jóvenes jesuitas fué tanto mas notable, cuanto que se perseguia con el mayor encarnizamiento á todos los apóstoles. Dos dominicos, uno oculto en el Fo-kien, y recien llegado el otro de Manila, fueron presos y conducidos, el primero á Macao, y el segundo á Filipinas.

Durante el reinado de Khiang-loung, hijo de Young-tching, muerto el 17 de octubre del año 1735, el primer ministro Ma-tsi, unido hacia treinta y seis años por la amistad mas tierna al P. Parrennin, le previno que presentára prontamente una instancia, pidiendo el restablecimiento de la religion y de los misioneros; lo que era tanto mas equitativo y justo, añadia, cuanto que no habia en el imperio hombres mas dignos que los europeos. Sin embargo, el décimo sexto régulo se opuso á que fuese aquella peticion presentada al emperador, por lo que se vieron obligados los jesuitas á aguardar una ocasion favorable para verificarlo, confiados de que verian tarde ó temprano realizados sus santos deseos (1). El mandarin Tcha-sse-hai, que gozaba de gran crédito en la córte, presentó en aquella época una acusacion contra los cristianos, en la que despues de reproducir contra ellos todas las calumnias de que habian sido hasta entonces injustamente acusados, insistia en que no se permitiese abrazar su religion á los chinos y manchues que estaban sirviendo en el ejército. Enterado el emperador de la acusacion formulada contra el cristianismo, mandó en el mes de abril del año 1736, que los gefes de los cuerpos exhortasen á los nuevos cristianos á abjurar su fé; castigándoseles rigurosamente caso de que no lo verificasen; mandó al propio tiempo á los europeos cuya permanencia en Pekin decia tolerar tan solo por el conocimiento que tenian en las ciencias, que se abstuviesen de atraer á su religion á los soldados y al pueblo. Los fieles empezaron desde luego á llenar los templos, y á disponerse por medio de los sacramentos á sufrir la persecucion en que iban á verse envueltos desde aquel mismo dia; solo algunos de ellos que fueron intimidados por el aparato de los tormentos y suplicios á que iban á ser condenados, se mostraron débiles; pero en cambio todos los demás manifestaron una heróica firmeza en medio de los tormentos con que quiso obligárseles á la apostasía. Al ver los jesuitas que iban las cosas cada dia de mal en peor, tomaron el partido de hacer presentar su peticion al emperador por el hermano Castiglione. Este jóven italiano, que habria podido ocupar el primer puesto entre los pintores de su patria, prefirió entrar de simple coadjutor en la familia de S. Ignacio. Enviado á Pekin, pasó

(1) El principal obstáculo que han tenido que vencer siempre en China los misioneros, ha sido la natural desconfianza de sus habitantes. Así pues, nada tiene de estraño que cuando contaban con la proteccion decidida del primer ministro, y creian ver llegado el momento en que podría la oprimida Iglesia recibir con toda libertad en su seno á los numerosos hijos que la persecucion habia dispersado, no solo dejasen de ver satisfechas sus santas aspiraciones, sino que por el contrario, tuviesen que sufrir los cristianos pruebas aun mas terribles que las de que fueron víctimas en los pasados dias de amargura y de llanto. Siempre fué bastante en China una acusacion, una sospecha cualquiera, para destruir las mas fundadas esperanzas de la atribulada esposa de Jesucristo. (Nota del Trad.)



[illegible] llegados [illegible] sen en [illegible] á ellos [illegible] al virtuoso anciano [illegible] se [illegible] encontraron ya [illegible] vez en P[illegible] los [illegible] franceses, sin contar los tres electos [illegible] tenecian á la Compañía. La administracion [illegible] dos jóvenes jesuitas fue tanto mas notable, cuanto que se perseguia con el mayor encarnizamiento á todos los apóstoles. Dos dominicos, uno oculto en el F[illegible], y recien llegado el otro de M[illegible] con presos y con fundidos, el [illegible]

[illegible], hijo [illegible] célebre [illegible] y justicia [illegible] impe[illegible] europeos. Sin [illegible] se opuso á [illegible] los jesuitas [illegible] para [illegible] tarde ó [illegible] (1). El [illegible] siempre

mandarin Tcha-sse-hai, que gozaba de un crédito en la córte, presentó [illegible] una acusacion contra los cristianos, [illegible] despues de reproducir contra ellos todas las calumnias de que habian sido hasta entonces injustamente acusados, insistia en que no se permitiese abrazar su religion á los [illegible] y manchues que estaban sirviendo en el [illegible] Enterado el emperador de la acusacion formada contra el cristianismo, mandó en el mes de abril del año 1736, que los gefes de [illegible] [illegible] sen á los nuevos cristianos [illegible] castigandoseles rigorosamente [illegible] de que no lo verificasen; mandó al mismo tiempo á los europeos cuya permanencia en Pekin [illegible] tolerar [illegible] solo por el conocimiento [illegible] tenian en las ciencias, que se abstuviesen de atraer á su religion á los [illegible] del pueblo. Los fieles empezaron [illegible] á llenar [illegible] templos, y á disponerse por medio de los sacramentos á sufrir la persecucion en que iban á verse envueltos desde aquel [illegible] algunos de ellos que [illegible] por el aparato de los tormentos y suplicios que iban á ser condenados, mostraronse debiles: pero en cambio todos los demás manifestaron una heróica firmeza en medio de los tormentos con que quisieron obligarseles á la apostasía. Al ver los jesuitas que iban las cosas cada dia de mal en peor, tomaron el partido de hacer presente su [illegible] cion al emperador por el hermano Castiglione. Este jóven italiano, que habria podido [illegible] el primer puesto entre los pintores de su patria, prefirio entrar de simple coadjutor en la familia de S. Ignacio. Enviado á Pekin [illegible]

en China los misioneros, ha sido la natural desconfianza de sus habitantes. Asi pues, nada tiene de estraño que [illegible] con la proteccion decidida del primer ministro, [illegible] llegado el momento en que podria la oprimida Iglesia [illegible] con toda libertad en su seno á los numerosos hijos que la [illegible] habia dispersado, no solo dejasen de ver satisfechas [illegible] aspiraciones, sino que por el contrario, tuviesen que [illegible] cristianos pruebas aun mas terribles que las de que [illegible] mas en los pasados dias de amarguras y de llanto. [illegible] tante en China una acusacion, una sospecha [illegible] destruir las mas fundadas esperanzas de la [illegible] Iglesia de Jesucristo. (Nota del Trad.)



Khian-long

Khian-long   Khian-long

Gaume frères éditeurs

A. [illegible] imp.

[illegible] iel [illegible] P. [illegible]

[illegible] virtuoso [illegible] entonces [illegible] en P[illegible] franceses, sin contar los tres [illegible] tenecian á la Compañía. La admision [illegible] dos jóvenes jesuitas fue tanto m[illegible], cuanto que se perseguia con el mayor encarnizamiento á todos los apóstoles. Dos dominicos, uno oculto en el F[illegible], y recien llegado el otro de M[illegible] presos y conducidos [illegible] á F[illegible]

[illegible] hijo [illegible] y jus[illegible] impe[illegible] europeos. Sin [illegible] todos los je[illegible] (1). El [illegible] siempre

mandarin Tcha-sse-hai, que [illegible] credito en la córte, presentó en [illegible] una acusacion contra los cristianos, [illegible] despues de reproducir contra ellos [illegible] calúmnias de que habian sido hasta [illegible] [illegible], insistia en que no se permitiese [illegible] su religion á los [illegible] y manchues que estaban sirviendo en [illegible]. Enterado el emperador de la acusacion [illegible] contra el cristianismo, mandó en el mes de [illegible] 1736, que los gefes [illegible] [illegible] á los nuevos cristianos [illegible] castigandoseles rigorosamente [illegible] de [illegible]; mandó al propio tiempo á los europeos cuya permanencia en Pekin [illegible] tolerar tan solo por el [illegible] en las ciencias, que se [illegible] de atraer a su religion á los [illegible] pueblo. Los fieles empezaron [illegible] templos, y á disponer [illegible] sacramentos á sufrir la persecucion [illegible] a verse envueltos desde [illegible] algunos [illegible] aparato de los tormentos y [illegible] á ser condenados [illegible]; pero en cambio todos los demás [illegible] una heróica [illegible] en medio de los tormentos con que quis[illegible] á la apostasía. Al ver los jesuitas [illegible] las [illegible] en peor, [illegible] maron el partido de hacer presente [illegible] cion al emperador por el hermano Castiglione. Este jóven italiano, que habria podido [illegible] el primer puesto entre los [illegible] tria, [illegible] entrar de simple coadjutor [illegible] la familia de S. Ignacio. Enviado á Pekin [illegible]

en China los misioneros [illegible] la natural [illegible] habitantes. Asi pues nada tiene de estraño que [illegible] con la proteccion decidida del primer ministro, [illegible] gado el momento en que [illegible] toda libertad en su seno [illegible] los numerosos hijos [illegible] habia dispersado, no solo dejasen de ver [illegible] aspiraciones, sino que por el contrario, tuviesen [illegible] cristianos pruebas aun mas terribles que las de [illegible] en los pasados dias de amarguras de llanto. [illegible] tante en China una acusacion, una sospecha [illegible] destruir las mas fundadas esperanzas de la [illegible] de Jesucristo. (Nota del Trad.)



Khian-long

Khian-long. Khián long.

Gaume frères éditeurs

la mayor parte de su vida ocupado en los trabajos que le encargaba la córte; los emperadores Young-tching y Kiang-loung, que eran los que mas conocian el mérito de su pincel, le habian dado constantemente señaladas muestras de aprecio. Kiang-loung, iba casi todos los dias á visitar al coadjutor, mientras estaba este ocupado en su trabajo; el dia 3 de mayo del año 1736, fué como de costumbre á sentarse á su lado. «El hermano dejó su pincel, dice Parrennin, y arrojándose á sus plantas, le dijo con voz ahogada por los supiros, que se dignase aceptar con benevolencia la peticion que le presentaba, envuelta, segun costumbre, en una cubierta de seda amarilla. El emperador le oyó conmovido, y le dijo: «No he condenado vuestra religion, solo he prohibido que mis súbditos la abrazasen.» Al propio tiempo hizo seña á los eunucos de que aceptasen la instancia, y luego volviéndose hácia el hermano Castiglione, añadió: «Podeis estar seguro de que la leeré; continuad en vuestro trabajo.» Si bien no pudimos saber la resolucion que tomaria el emperador, la esperiencia, no obstante, vino á demostrarnos en breve que debia de habernos sido aquella favorable, puesto que en breve dejó de ser la persecucion tan terrible como antes. Los hijos y nietos de Sourniama fueron rehabilitados á pesar de que continuase aun en vigor la órden que obligaba á los militares á abjurar el cristianismo.

Pero apenas empezó á gozar la iglesia de alguna calma, cuando volvió ya á rugir sobre ella una nueva tormenta. Los jesuitas de las tres iglesias hacia ya algun tiempo que estaban al frente de los diferentes hospitales destinados á recibir los niños espósitos, teniendo en cada uno de ellos á varios catequistas, encargados de bautizar á aquellas abandonadas criaturas. Habiendo sido detenido uno de aquellos catequistas en el momento en que estaba bautizando á algunos de aquellos infelices niños, diéronse nuevamente órdenes terribles contra los fieles. El dia 14 de diciembre, á las diez de la mañana, se dirigió el emperador á la habitacion en que estaba trabajando el hermano Castiglione, y le hizo bastantes preguntas sobre la pintura. El hermano bajó la vista con tristeza, sin poder siquiera contestarle; por lo que le preguntó Kiang-loung si estaba enfermo: «Nó, le respondió entonces el hermano, pero estoy en un abatimiento profundo.» Luego arrojándose á sus plantas, añadió: «V. M. condena nuestra santa religion; las esquinas están llenas de órdenes que la proscriben; ¿cómo es posible que continuemos ya aquí en seguridad? ¿Cómo quereis que cuando se sepa en Europa la persecucion que sufrimos, venga aquí ninguno de nuestros hermanos para consagrarse á vuestro servicio? — No he prohibido vuestra religion, puesto que os permito practicarla, contestó el emperador, pero sí que la sigan mis vasallos. — Solo para predicársela hemos venido nosotros á este pais, repuso el hermano; y el emperador Kang-hi, vuestro abuelo, nos autorizó públicamente para que la anunciásemos en todo el imperio.» Como le hablaba Castiglione con el rostro inundado de lágrimas, el emperador enternecido le hizo levantar, prometiéndole examinar detenidamente aquel negocio. Y en efecto, dispuso que cesase la persecucion contra los cristianos, pero no por esto dejaron los misioneros de sufrir sus rigores en algunas provincias, siendo principalmente el blanco de ella los franciscanos Gabriel de Turin, Antonio de la Madre de Dios, Ferrayo y el Ilmo. Concas, obispo de Lorima y vicario apostólico de Chan-si.

Tal fué la última persecucion de que fué testigo el P. Parrennin, el cual murió el dia 27 de octubre del año 1741; el emperador quiso pagar los funerales, á los que asistieron su hermano y otros diez príncipes, quienes enviaron luego sus oficiales para que acompañasen el féretro hasta el cementerio, situado á una legua de Pekin. Asistieron además todos los grandes del imperio, deseosos de pagar el último tributo á la virtud y sabiduría del ilustre finado. Fueron sus funerales en un todo dignos del gran monarca que los costeaba. Hé aquí lo que dice el P. Chalier acerca de Par-

rennin: «Parece haberle Dios creado para ser el apoyo de esta mision, que estaba destinado á salvar en todas las circunstancias difíciles; puesto que reunia todas las cualidades necesarias para ser á la vez su guia, su protector y su apoyo; bajo todos conceptos ha sido Parrennin uno de los mas ilustres misioneros que ha habido en la China, y que mas ha contribuido á hacer florecer el cristianismo en ella. El fué quien convirtió á los príncipes que tanto sufrieron por la fé durante el reinado de Young-tching, así como tambien á todos los demás príncipes y grandes del imperio que tuvieron la dicha de profesar la religion cristiana. Bautizó á mas de diez mil niños infieles, entre los que habia uno de los hermanos del emperador reinante.»

Habia á la sazon en Pekin un colegio, en el que estudiaban el latin los jóvenes mantchues, para poder luego desempeñar los cargos que se les confiaban entre los rusos, y cuyo colegio estaba bajo la direccion de Parrennin. El P. Antonio Gaubil, que le sucedió en aquel cargo, nació en Gaillac, poblacion del alto Languedoc, el dia 4 de julio del año 1689. «Entró en nuestra compañía, dice el P. Amiot, á la edad de quince años; poseia Gaubil con perfeccion el hebreo, y fundábanse en él las mas lisonjeras esperanzas, sin que hubiese pensado nunca él en hacerse un nombre por medio de la literatura y de las ciencias. Cuando supo empero los trabajos á que se entregaban sus hermanos en el Nuevo-Mundo para la propagacion de la fé, sintió el deseo de consagrar su talento y su vida en beneficio de aquellas misiones, y como estaba muy versado en las matemáticas y sobre todo en la astronomía, pensó en dirigirse á China, con la esperanza de que podrian sus conocimientos facilitar en gran manera la conversion de sus naturales. Llegó á Pekin el año 1723.» Su primer cuidado fué estudiar las lenguas china y mantchue, en las que estuvo en breve tan impuesto, que hasta los mismos letrados iban á recibir sus lecciones. «Aquellos graves y orgullosos letrados, dice Abel de Remusat, se quedaban asombrados al ver á aquel hombre, procedente de uno de los confines del mundo, esplicarles los puntos mas difíciles de los King, formar acertados juicios sobre las doctrinas de los antiguos y las de los siglos posteriores, citarles las obras históricas mas notables asi como todos los acontecimientos ocurridos en cada dinastía, haciéndolo con una claridad y precision que les obligaba á confesar que la ciencia y los conocimientos que tenia aquel doctor europeo en todo lo concerniente á la China, superaba en mucho á la de todos ellos. Los deberes de su estado, que desempeñó siempre Gaubil con ardor y constancia, las ciencias exactas, y principalmente la astronomía, á cuyo estudio se habia entregado siempre con particular predileccion, absorviánle casi enteramente. Veíasele muchas veces despues de haber pasado noches enteras contemplando los astros, dirigirse al altar y luego al púlpito y al confesonario, sin que mediára intérvalo alguno entre las diferentes ocupaciones no interrumpidas que podia soportar, merced á su constitucion robusta y á su salud á toda prueba.» Young-tching nombró á Gaubil intérprete de los europeos, á quienes la córte china admitia en clase de artistas y matemáticos, mientras que los rechazaba ó perseguia como misioneros. Reemplazó además al P. Parrennin en el cargo de director del colegio imperial, y fué nombrado además intérprete para el latin y el tártaro, cargo importantísimo atendidas las relaciones establecidas entre Rusia y China. «Traducir del latin al manchu los despachos de San Petersburgo, dice Abel de Remusat, y del manchu ó del chino al latin las contestaciones de la córte de Pekin, hablar, escribir, componer y corregir para un pueblo amante de la exactitud, y muy impuesto en las minuciosidades de sus diversas lenguas, cumplir estos deberes á todas horas sin tener tiempo para prepararse, ante los ministros y hasta á presencia del mismo emperador; vencer todas las dificultades que no podian menos de surgir entre dos naciones como Rusia y China, cada una de

las cuales estaba aferrada á sus costumbres y en la ignorancia mas completa de las de la otra con que trataba; y por último, escitar durante treinta años la admiracion y el aprecio de ambas naciones, son títulos mas que suficientes para perpetuar la gloria del P. Gaubil. No se crea, sin embargo, que sean estos los únicos que reunió el ilustre misionero: imposible parece tuviese tiempo para escribir las numerosas obras que legó á la posteridad, profundas todas ellas y destinadas á aclarar las materias mas difíciles. Fué Gaubil mas fecundo que Parrennin y Gerbillon, menos sistemático que Premare y Fouquet, mas profundo que Amiot y menos ligero y entusiasta que Cibot, dilucidando siempre todas las cuestiones con su saber y sana crítica. Solo puede tachársele el haber escrito sus obras en un estilo que hace su lectura sumamente pesada, á consecuencia de haber olvidado en gran parte su lengua materna; sin embargo, no se crea que á pesar de aquella falta que se notaba en sus obras, fuesen leidas con menos entusiasmo por los sábios á quienes estaban destinadas.»

Otro jesuita francés se hizo tambien notable por su talento y su carácter; tal fué Miguel Benoist, nacido en Autun á 8 de octubre del año 1775. Hé aquí lo que dice de él uno de sus cooperadores: «Fué muy impetuoso durante su infancia, pero la aficion al estudio y una tierna piedad, moderaron en breve su ardor natural. Animado del deseo de consagrarse á las misiones estranjeras, resolvió entrar en una sociedad cuyos miembros tuviesen que dedicarse por deber á aquel santo y penoso ministerio; pero como su padre se oponia abiertamente á ello, no hubo medio que no emplease para hacerle desistir de su propósito. Sin embargo, nada bastó á triunfar de su resolucion; estudió teología en el seminario de San Sulpicio de Paris, donde se vió en breve unido por los vínculos de la mas tierna amistad con los jóvenes seminaristas que como él deseaban consagrarse á la conversion de los idólatras. Habiendo suplicado Benoist á su padre que le permitiese entrar en el noviciado de los jesuitas de Paris, recibió por toda contestacion una formal negativa y la amenaza de que acudiria su padre á los tribunales, caso de que se atreviese á dar ningun paso en aquel sentido. Cuando algun tiempo despues obtuvo el subdiaconato, se prevalió del derecho que aquella órden le daba, y partiendo para el noviciado de Nánci, entró en él á 18 de marzo del año 1737. No solo dejó de contestar su padre á la tierna carta que le escribió Benoist con aquel motivo, sino que nunca mas recibió el religioso noticia alguna de él, lo que fué un tormento por toda su vida y la prueba mas terrible á que fué puesto su ánimo esforzado. Al ver sus superiores las felices disposiciones del jóven religioso, procuraron conferirle el sacerdocio lo mas pronto posible; siendo la China la que debia recojer el fruto que iba á dar en breve el nuevo apóstol. Cuanto mas terrible era la persecucion que habia en ella contra el nombre cristiano, tanto mas vivas fueron las instancias con que pidió Benoist ser destinado á aquel imperio, hasta que por fin despues de tres años de contínuas súplicas, se accedió á sus ardientes deseos. Cuando el nuevo misionero hubo llegado á Paris para hacer los preparativos necesarios, los señores de la Isle, de la Caille y Lemonnier se encargaron de perfeccionar sus conocimientos astronómicos, por conocer la feliz disposicion de su jóven discípulo, y lo muy útiles que habian de ser sus adelantos á la religion y á la ciencia. Pocos dias antes de su partida cayó el P. Benoist gravemente enfermo en Rennes, pero apenas restablecido se embarcó en el puerto de Lorient, llegando felizmente á Macao el año 1744; sin embargo, tuvo al poco tiempo una recaida que fué aun mas terrible que la primera enfermedad, si bien los remedios, ó mejor, un nuevo beneficio de la Providencia, le sacó por segunda vez del borde del sepulcro. Entonces pidió ser destinado á las provincias de la China, lo que no pudo ver realizado, por llamarle á Pekin una órden del emperador; «en el año 1745, escribia

el propio religioso, llegué á Pekin en clase de matemático.» Todo es nuevo para un europeo en la capital de la China, la mayor y tal vez la mas poblada del universo; pero solo una cosa llamó la atencion del P. Benoist: la idolatría de aquel inmenso pueblo. Su primer cuidado fué procurarse las obras necesarias para estudiar aquella lengua difícil, á fin de que pudiese por aquel medio hacer brillar mas fácilmente la luz del Evangelio y disipar las densas tiniéblas del error; llegando ya á fines de aquel año á comprender las obras chinas y á desempeñar las funciones de misionero. Iniciado por la bibliografía en las antiguas ciencias de aquel confin del Asia, empezó á estudiar con empeño sus antiguas obras, sin parar hasta escribir en todos los caractéres y componer algunas obras en la lengua del pais; sin que su salud delicada, el cambio de clima y de alimentos y el estremado rigor del verano y del invierno, bastasen á hacerle desistir de su propósito de procurarse los conocimientos necesarios para ejercer su celo. En cambio, se vió Benoist pronto en el caso de desempeñar con gloria la carrera laboriosa y difícil en que iba á entrar. Kian-loung, príncipe de talento que deseaba instruirse, habiendo visto en el año 1747 la pintura de un surtidor, preguntó al hermano Castiglione si habia en la córte algun europeo que fuese capaz de hacer otra igual; pero como el misionero artista reunia á su talento una modestia sin igual, limitóse á contestar al rey, que iria á informarse en todas las iglesias, nombre que se daba á las casas de los misioneros, á fin de poder complacerle. Apenas se hubo retirado el emperador, se presentó de su parte un eunuco diciendo, que caso de que hubiese algun europeo capaz de emprender aquella obra, le fuese presentado al dia siguiente á palacio; lo que indicaba que á toda costa era preciso hallar un hombre que pudiese emprender la obra que el príncipe deseaba. Todas las miradas se fijaron desde luego en el P. Benoist, que fué desde luego presentado al monarca, como el único que podia con los operarios necesarios dar comienzo y terminar el *choui-fa* ó surtidor. El emperador le recibió con señaladas muestras de aprecio prometiéndole poner á su disposicion todos los operarios y recursos que le fuesen necesarios; de este modo se vió el astrónomo convertido en fontanero; pero, ¿qué le importaba esto al religioso, si los astros, la tierra, las aguas, todo le era igual, con tal que pudiese con ellos lograr su propósito de estender el imperio de Jesucristo? Cuando estaba el religioso estudiando física en Europa, habia inventado algunas máquinas hidráulicas, que estaba entonces muy lejos de creer debiesen servirle en la China para construir surtidores; el primero que hizo admiró tanto al emperador, que desde luego resolvió hacerse construir un palacio á la europea, escogiendo él mismo para sus jardines un sitio delicioso que habia á dos leguas de la capital, y mandando al hermano Castiglione que de acuerdo con el P. Benoist levantára el plano. Sin embargo, preciso era luchar y vencer muchas preocupaciones, á las que la política del ministro daba pié, á fin de que cansado el emperador acabase por renunciar á su propósito; pero todo fué inútil, puesto que se le vió cada dia mas resuelto á no desistir de él. Entonces el P. Benoist le dijo que cuanto mas Su Magestad descansaba en él, tanto menos se sentia dispuesto á emprender cosa alguna, no fiando en sus escasos conocimientos; por lo que, con su asentimiento, se limitaria á seguir los planos que habia visto en Occidente, á fin de que fuese mas fácil y segura su realizacion. Aquella modestia y sencillez complació mucho al príncipe, quien en su conocimiento del corazon humano, pudo apreciar debidamente el candor y la franqueza del misionero; hé aquí lo que dijo con este motivo á sus cortesanos: «Conozco á los europeos mejor que vosotros: sé que no me harán emprender cosa alguna, que no sepan de antemano que la pueden cumplir.» Como iba el emperador á ver diariamente el estado de los trabajos, dió órden de que se siguiesen puntualmente todas las disposiciones del misionero y que se re-

nunciase á todos los antiguos usos que pudiesen entorpecer la obra; además, mandó que se permitiese al P. Benoist, penetrar solo y á todas horas en los jardines de palacio, haciéndose luego estensivo aquel permiso á todos los demás europeos. A pesar del continuo trabajo del misionero, veíasele diariamente con frecuencia en Pekin, por mas que estuviese á tres horas de distancia; y despues de haber pasado la noche y una gran parte de la mañana en el púlpito y el confesonario, se volvia á nuestro hospicio de Hai-tien, á menos que debiesen al dia siguiente reunirse otra vez los neófitos. No habia ocasion que desperdiciára para predicar el Evangelio á los grandes, los mandarines, los eunucos y los operarios; y si bien no tuvo el placer de obrar un gran número de conversiones, tuvo al menos el consuelo de dar á conocer y á admirar nuestra santa religion, y que fuese objeto de respeto entre aquellos que la miraban antes con desprecio y ódio. Merced á su aplicacion constante, pudo, á pesar de las inmensas obligaciones que pesaban sobre él, discutir en breve con todos los letrados sobre sus sistemas, darles á conocer la escelencia de la moral cristiana, y demostrarles los errores de que estaba plagada su filosofía. Algun tiempo despues tradujo el *Chou-king* al latin, cuya traduccion, á instancias del P. Gaubil, envió Benoist al conde de Rasumoski, con razon considerado como el Mecenas de Moscovia. Aprendió con suma facilidad la lengua tártara, por estar en continuas relaciones con los principales magnates tártaros, que deseaban poder hablar libremente con el misionero, sin que pudiesen los chinos comprenderles. Por mas que se procurase adelantar en lo posible la construccion del nuevo palacio, era aquel modo de trabajar tan nuevo para los operarios chinos, que seguia la obra muy lentamente; solo quedó terminada á fines de otoño. La única gracia que pidió el P. Benoist, en recompensa de su trabajo, fué que se le permitiese salir de la córte para dedicarse en las provincias al ausilio de los pobres y á la salvacion de las almas. Sus superiores, á fin de que pudiese cuidar mejor su salud delicada, le confiaron la instruccion de los jóvenes chinos que querian consagrarse á la carrerra del apostolado; debiendo á sus cuidados los PP. Yanki y Ko, el celo, las luces y la sabiduría de que dieron mas tarde tantas pruebas. Luego le fueron confiados otros seis neófitos; pero el emperador le encargó al propio tiempo otras obras importantes en los jardines interiores de la ciudad y en Yuen-Ming-Yuen, cuyo real sitio puede ser considerado como el Versalles de la China. El gobierno, empero, hizo pasar sus discípulos á Europa, á fin de que no teniendo que dedicarse el misionero á su instruccion, pudiese entregarse libremente á la direccion de las obras que acababan de serle confiadas.»

Los PP. Parrennin y Chalier, testigos de la consideracion con que eran mirados en la córte de Pekin el talento y las virtudes del hermano Castiglione, hábil pintor italiano de su Compañía, unido á la mision portuguesa, escribieron á su patria encargando que se procurase hallar un buen pintor francés, que justificase por su parte la idea favorable que se tenia de la Francia en un pais, en el que era tan difícil á los estranjeros crearse una reputacion, seguros de que seria aquel un medio poderoso para facilitar la propagacion de la fé y procurar protectores poderosos al catolicismo. En su virtud, fué enviado á la China otro hermano coadjutor, del que nos habla el jesuita Amiot en estos términos: «Attiret, nacido, por decirlo así, entre las paletas y los pinceles de su padre, dió ya desde su mas tierna infancia pruebas inequívocas de lo que habia de llegar á ser un dia. Empezó su padre á enseñarle de dibujo cuando apenas contaba seis años; siendo ya desde entonces su mayor placer, segun decia el mismo Attiret, *borronear papel, hasta que le fuese dado poder gastar colores*. El marqués de Broissia, (hermano del jesuita Cárlos de Broissia, muerto el dia 18 de setiembre del año 1704 en China), visitaba con frecuencia el taller del único pintor que habia en Dole; al ver los rápidos progresos que hacia el jóven aprendiz, resolvió protegerle en todo. Como la

ciudad de Dóle careciese de elementos para procurar á su protegido la instruccion necesaria, le buscó otra ciudad en la que pudiese desarrollarse su talento, y esta fué la única que permite al genio levantar fácilmente su vuelo, la ciudad eterna. Despues de haber estudiado Attiret los grandes maestros, lleno de júbilo se dirigió nuevamente á su patria; siendo el mas ardiente de sus deseos, segun me ha dicho mas de una vez, no el volver á ver sus hogares y recibir los plácemes de sus compatriotas, sino el de mostrar el reconocimiento de que estaba poseido á su generoso protector por cumplir con el primero de todos sus deberes Con todo, no fué el marqués de Broissia el que obtuvo las primeras obras debidas á su diestro pincel, por habérselas arrebatado, por decirlo así, el cardenal d'Auvergne, á la sazon arzobispo de Viena, el arzobispo de Lyon y Mr. Perrichon, preboste de los mercaderes, quienes solo despues de haber logrado su objeto, dejaron partir al jóven pintor para el franco condado. Encontrándose Attiret ya en el caso de emprender la carrera mas conforme á sus aspiraciones, resolvió abrazar el estado religioso, á cuyo fin se presentó á la Compañía de Jesus para que le recibiera en calidad de simple coadjutor. Aquellos á quienes se entregó para que dispusiesen en lo sucesivo de su pincel y su persona, es probable que no le hubiesen permitido dedicarse á la pintura en los dos años de su noviciado, si la Providencia no le hubiese puesto por decirlo así, el pincel en la mano.... Mr. Sauvan, pintor de Aviñon, fué llamado por los jesuitas del noviciado para que procediese al embellecimiento de su iglesia; al oir el hábil artista la proposicion que acababa de hacérsele, no pudo menos de manifestar su admiracion al ver que querian los jesuitas confiarle una obra que podia desempeñar, quizás mejor que él un miembro del propio instituto. En vista de aquella justa observacion, fué confiada la obra al humilde jesuita. De este modo tambien por la insinuacion de un gran artista, y por circunstancias casi enteramente iguales, consintieron tambien los jesuitas de Roma en que diera el célebre Pozzo las primeras pruebas de un talento que inmortalizó su nombre. No procuró el hermano Attiret hacer brillar su genio, presentando trabajos difíciles, sino que se limitó á pintar simplemente en los cuatro ángulos de la cúpula los cuatro evangelistas con los símbolos que les caracterizan; luego pintó los principales rasgos de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, sin dejar de cumplir nunca por esto con todas las demás obligaciones que le imponia el noviciado. Terminado este, le comunicaron sus superiores las cartas que habian recibido de China, preguntándole si tenia alguna repugnancia en pasar los mares é ir á consagrar sus talentos á un príncipe idólatra que podia hacer mucho en bien ó en mal de nuestra santa religion, segun fuese el concepto que le mereciesen los que la predicaban en sus Estados. El hermano Attiret contestó que no habia abrazado el estado religioso para hacer su voluntad, y que estaba dispuesto á sacrificar su reposo y su vida, con tal que pudiese su sacrificio procurarle el objeto que se habia propuesto al dar su adios al mundo; que no solo no tenia ninguna repugnancia en dirigirse á China, sino que estaba pronto á ir hasta el último confin de la tierra, si creian poder contribuir con ello á la mayor gloria de Dios y á la salvacion de las almas. Como perseveró siempre en aquella feliz disposicion, se le hizo partir para la China á fines del año 1737; y al llegar á Pekin, presentó al emperador un cuadro de la *Adoracion de los Reyes*, hecho con todo el cuidado que exigia una obra en la que iba á fundar su reputacion. El emperador estuvo tan contento de ella, que la hizo colocar en una de las mejores habitaciones del interior de su palacio; y para dar al jóven pintor una prueba de su benevolencia, dispuso que fuese á trabajar diariamente á palacio, á fin de poder tenerle siempre á su lado. Desde entonces fué nombrado el hermano Attiret pintor de cámara del emperador de China; desde entonces dió principio á la gloria que habian de procurarle sus triunfos á los ojos de los hombres; pero desde entonces tambien empezaron para el hu-

milde religioso el sufrimiento y la cruz que habian de durar treinta años y que solo por el ausilio de una gracia sobrenatural logró resistir. Habia descuidado toda clase de pinturas para dedicarse únicamente á hacer cuadros históricos y retratos; pero de repente tuvo que convertirse en China en pintor de paisajes, batallas, flores, animales y en toda clase de decoraciones, teniendo que olvidar, por decirlo así, todos los estudios hechos para dedicarse á pintar á la aguada, por ser esta casi la única pintura á que se entregan los chinos. Por otra parte, cuanto mas esquisito era el gusto y mayores los estudios que habia hecho Attiret, mas difícil le fué sujetarse á las falsas reglas y al mal gusto de los chinos, á quienes se veia obligado á complacer, aunque fuese á espensas del arte. En la primera obra que presentó conforme al gusto del pais, le hizo el emperador quitar y añadir tantas cosas, que resultó una amalgama que participaba de todos los órdenes de pintura sin pertenecer á ninguno de ellos. ¡A cuántas preguntas tuvo que contestar el pobre pintor, que apenas sabia balbucear algunas palabras, sin que entendiese casi el sentido de las que le eran dirigidas! El hermano Castiglione, que en su tiempo habia tenido que vencer las mismas dificultades, contestaba por él, tratando de complacer siempre al emperador, aferrado á sus ideas y á su gusto por la aguada. «Es una pintura mas graciosa, decia, y sorprende mas agradablemente la vista, por cualquiera parte que se la mire; así pues, cuando quede terminado este cuadro, preciso será que el pintor recien llegado trabaje como los demás; los retratos podra hacerlos al óleo, dándosele para ello las instrucciones necesarias. Una órden del soberano, en China, mas que en cualquiera otra parte, es considerada como una cosa sagrada; así es que, debe cumplirse, y nada parece imposible cuando es el *hijo del cielo* el que la manda. Aun cuando el acostumbrado ejercicio de la meditacion y la plegaria, y la práctica diaria de las virtudes religiosas y cristianas hubiesen sofocado casi enteramente todo sentimiento de amor propio en el hermano Attiret, conservaba sin embargo un resto de aquella vivacidad francesa que no le permitia oir con indiferencia las órdenes que se le daban; por esto dijo algunas veces que él no se habia presentado sino como pintor de asuntos históricos y de retratos, y no como hombre que tuviese que aprender los primeros elementos del arte. Aunque los eunucos y demás chinos que estaban presentes, no comprendiesen ni una sola de sus palabras, conocian fácilmente en su fisonomía y su actitud el verdadero sentido de ellas; por lo que trataron de estinguir aquella última chispa de vivacidad europea, que indicaba, segun ellos, cierta indocilidad que debia ser reprimida á toda costa. Mortificar cruelmente, sin al parecer notarlo, y sin dar al que se mortifica pretesto alguno de queja, es una habilidad ó destreza peculiar á todos los chinos; siendo este el medio que se empleó respecto al hermano Attiret. Habia mostrado gran repugnancia en pintar al aguada, por lo que no tardó en verse obligado á hacerlo, teniendo que mostrarse aun agradecido á los que procuraban de aquel modo contrariarle y vencer su inclinacion. Parecia haberle disgustado el que se encargase á los pintores chinos que procurasen instruirle, y no solo tuvo que sujetarse á sus instrucciones, sino hasta mirarlas como un señalado beneficio. Pero el tiempo, la reflexion, los consejos del hermano Castiglione y las exhortaciones de los Padres, cuando al regresar á casa les decia lo mucho que habia tenido que sufrir; y mas que todo esto, su sólida piedad, unida al interés de la gloria de Dios, y de la salvacion de las almas, que no perdia nunca de vista, acabaron por hacerle indiferente á todos los tiros que contra él pudiesen ser dirigidos. Dedicóse pues con empeño á estudiar la costumbre china, á formar su gusto en conformidad al de los naturales, y á escoger todo lo bueno que pudiese haber en su escuela, haciendo en ello tan rápidos progresos, que solo se habló al poco tiempo en palacio de la belleza de sus pinturas. El trabajo que hacia en palacio era tanto mas penoso por su naturaleza,

cuanto que era indispensable guardar siempre una etiqueta fastidiosa é inútil, que acababa de hacerle mas insoportable: además, una especie de sala aislada en el patio, espuesta como casi todas las habitaciones chinas al rigor de las estaciones, era el taller destinado en palacio para los pintores. Nadie, sin embargo, se habria atrevido á quejarse, ni aun á procurarse alivio alguno que pudiese preservarle del frio ó del calor que se sufria en aquel vasto taller, segun la estacion que se estaba atravesando. No pudiendo Attiret terminar por sí solo todas las obras que le estaban confiadas, tenia que emplear bajo su direccion en ellas á otros pintores chinos, haciendo luego las correcciones que creia necesarias Con respecto al peinado, al vestido y al paisaje, confesaba el mismo Attiret que los hacian los pintores chinos mas pronto y mucho mejor de lo que él lo habria hecho con todo su arte, y empleando en ello mucho mas tiempo. Aquella docilidad le grangeó el aprecio de los demás pintores, quienes vieron desde entonces en él á un artista eminente que podia darles útiles lecciones; de modo, que á pesar de consultarles por lo tocante al gusto y las costumbres del pais, no por esto dejaron de considerarle siempre como su maestro respecto de lo que constituia el arte en su esencia. En aquella instruccion recíproca, los pintores chinos aprendieron del hermano Attiret á no echar á perder las figuras de sus cuadros, á pintarlas con la exactitud y las proporciones debidas, en una palabra, á pintar hombres y no monos: y por su parte el hermano Attiret aprendió de los pintores chinos á dar á sus paisajes aquella agradable sencillez y aquella variedad maravillosa que trasporta al alma fascinando á los ojos. Uno de los principales resultados que dió aquella mútua inteligencia ó acuerdo, fué la revolucion que se obró en la pintura, que tomó desde entonces una nueva forma en palacio y hasta en la capital del imperio. Fundáronse dos clases que no tardaron en adquirir una y otra gran celebridad, mas bien que por el crecido número de alumnos que acudieron á ellas de todos los puntos del imperio, por los adelantos que hicieron: eran sus profesores los hermanos Castiglione y Attiret.» En una carta que escribió este á Mr. d'Assaut el dia 1.° de noviembre de 1743, dice á corta diferencia lo mismo que Amiot; en ella el humilde hermano hace alusion á la bula de Benedicto XIV. *Ex quo singulari*, que acaba de cortar definitivamente la cuestion de los ritos chinos. Y luego añadia: «Entré muy tarde en la Compañía de Jesus, lo que prueba claramente, que no fué por las preocupaciones de mi educacion; pero despues de haber examinado con detencion los hombres y las cosas, veo que todos los jesuitas que hay en este pais son hombres de una virtud acrisolada. Sin embargo, el Papa ha hablado y esto basta, ni una palabra, ni un ademan siquiera debemos hacer en contra: es preciso callar y obedecer.»

Desde que los misioneros se habian establecido en China, no habia ningun emperador que como Khian-loung se hubiese aprovechado tanto de sus conocimientos; y sin embargo, no hubo príncipe que les tratára tan mal, ni que diese decretos tan terribles contra el cristianismo. Veamos cuales fueron los héroes que debieron á su furor la palma del martirio.

Pedro Mártir Sans, hijo de Andrés y de Catalina Jordá, nació en Ascó, diócesis de Tortosa, en Cataluña. Educado en Lérida bajo la direccion del doctor Miguel Jordá, su tio, tomó el hábito de Sto. Domingo en el convento de aquella ciudad, y pronunció solemnemente sus votos el dia 6 de julio del año 1698; en el momento de la profesion trocó su nombre de Pedro José Andrés por el de Pedro Mártir, como si indicase ya su nuevo nombre el martirio á que estaba destinado. Julian Cano, obispo de Urgel, le ordenó de sacerdote el dia 20 de setiembre del año 1704. Asegúrase que durante el cerco que sufrió la ciudad de Lérida en el año 1707, permaneció Pedro Sans en ella, cuidando á los heridos y á los moribundos con la piedad mas tierna; sus superiores le enviaron luego al convento de San Ildefonso en Zaragoza, donde estaba despues de ocho años anunciando la palabra divina á

los pueblos de Cataluña y Aragon, cuando se le nombró para ir á evangelizar á los idólatras. Así pues, salió de Zaragoza el dia 21 de julio del año 1712 con otros religiosos de su órden, llegando á Méjico en el mes de enero del año 1713, donde permaneció hasta el 7 de marzo en cuya época partió para el puerto de Acapulco; el dia 5 de abril se embarcó en el mar Pacífico y llegó á últimos de agosto á Manila, punto en que se detenian todos los dominicos destinados á China, Cochinchina y el Tong-king. El dia 12 de junio de 1715, se hizo el P. Sans á la vela para China con el P. Mateo, y llegó el dia de San Pedro al puerto de Hia-men; el P. Mateo fué nombrado provincial de aquella mision, empleo que ejerció durante dos años; luego el P. Sans desempeñó el mismo cargo por espacio de ocho años, sin dejar por ello de evangelizar con ardor la gran provincia de Fo-kien, y particularmente, la ciudad de Fougan. Como la mision del Fo-kien habia sido fundada por los religiosos de Santo Domingo, procuró el Sumo Pontífice que fuesen siempre de la propia órden los prelados que habian de dirigirla, á fin de que pudiesen conocer y atender mejor á sus necesidades. Por otra parte, procuraron los dominicos corresponder dignamente á la confianza del Papa, de modo que fué su mision una de las mas florecientes del imperio. El seminario de las Misiones Estrangeras tuvo hasta estos últimos tiempos un misionero europeo ó indígena para dirigir á la pequeña cristiandad de Hing-hoa; pero al fin acabaron por ceder su direccion á los dominicos. Fué nombrado el P. Sans, despues de Maigrot, vicario apostólico del Fo-kien; pero habiéndole obligado la persecucion suscitada en el año 1728 á retirarse á Canton, fué consagrado en esta ciudad el 24 de febrero del año 1729, bajo el título de obispo de Mauricastre, por el franciscano Manuel de Jesus, obispo de Nan-king, asistido de los obispos de Peking y Macao. Desde Canton, tuvieron los misioneros que dirigirse á Macao, en cuya ciudad Sans permaneció seis años; publicando con el obispo de la misma una Apología del cristianismo, en contestacion á los edictos infamatorios que los mandarines hacian fijar en todas partes contra la religion verdadera. Finalmente, en el mes de mayo del año 1728 salió Sans de Macao para dirigirse nuevamente á su vicariato apostólico del Fo-kien. Debemos observar que antes de la persecucion habia llamado Sans á aquel vicariato á los PP. Royo y Serrano, á los que envió despues el P. Alcober, y que luego él regresó con el P. Diaz.

Joaquin Royo, natural de Aragon, nació el año 1690 en la diócesis de Teruel, y partió para Oriente en 1713. Salió de Filipinas dos años despues con el P. Eleuterio Guelda que se dirigió al Tong-king y evangelizó la China, sin ser llamado hasta el año 1722 al Fo-kien, en el que trabajó con incansable celo por espacio de veinte y cuatro años. Durante la ausencia del vicario apostólico, desterrado á Canton y Macao, atendió á las necesidades de los cristianos de Fou-gan, sintiendo menos el peligro á que se esponia, que el abandono en que aquel pueblo se hallaba.

Nació Francisco Serrano en Andalucía, á cuatro leguas de Cádiz. Despues de haber abandonado á España en el año 1725 y de haber permanecido algunos meses en Manila, voló al llamamiento de Sans, y estaba desempeñando ya el ministerio apostólico en Fougan, antes de que terminase el año 1727. La resolucion y la prudencia con que desempeñó las funciones evangélicas, le valieron el que la Santa Sede le elevase al episcopado, y le designase para suceder al obispo de Mauricastre en la dignidad de vicario apostólico del Fokien.

Juan Alcober, nació en Gerona el año 1694, partió de España en el de 1728, y despues de haber permanecido algun tiempo en Manila, Macao y Canton, fué llamado por el obispo de Mauricastre al pais de Fou-gan en el año 1730. El cuidado con que cultivó por espacio de diez y seis años la viña que le fué confiada, le valió el título de provincial de la mision de China.

Fué Francisco Diaz natural de Écija, pueblo de Andalucía. Despues de haber pasado algun tiempo en Manila, se dirigió á Macao, donde se puso en contacto con el obispo de Mauricastre, que se le llevó al Fo-kien, destinándole al lado del P. Serrano, cuyos dos religiosos bautizaron por espacio de ocho años á mas de mil doscientos chinos

Secundado el obispo de Mauricastre por sus hermanos, propagaba con gran fruto el cristianismo en el Fo-kien, cuando un idólatra, llamado Tong-ky-tsu, presentó en el mes de junio del año 1746 una denuncia al virey contra la comunion cristiana de Fou-gan y las de las poblaciones vecinas. En su virtud, se dió inmediatamente una órden en la que se prevenia arrestar á todos los misioneros, así como tambien á los dueños de las casas que les diesen asilo. Sans, Royo, Serrano, Alcober y Diaz, se encontraban á la sazon en el pueblo de Moyang, y habrian caido todos ellos en poder de sus perseguidores, á no haberles advertido la algazára que estos movian, que habia llegado el momento de ponerse en salvo. «¿Sabéis donde están los europeos?» preguntó el oficial Fan á María, muger cristiana hacia ya diez y nueve años. «Lo ignoro,» contestó María; y como soportase con serenidad los tormentos á que se la sujetó para obligarla á hablar, dirigiósele el oficial ciego de cólera, diciéndole: «¿Sabéis que me es muy fácil haceros condenar á muerte? —Podeis hacerme decapitar, si gustais, contestó la heroína, seguro de que será para mí la muerte que me deis la suprema dicha.» En el momento de salir el P. Alcober por una puerta trasera, se arrojaron sobre él sus perseguidores; y como á los gritos de triunfo que diesen estos al verle, acudiesen los cristianos en ausilio del misionero, prohibióles Alcober que apelasen á la violencia por salvarle. No obstante, la dolorosa prueba que se le hizo sufrir para obligarle á descubrir el paradero del obispo de Mauricastre, guardó Alcober el mas profundo silencio; no fué empero así una de las criadas, la cual no pudiendo sufrir la violencia de los tormentos, indicó á los soldados el punto en que estaban ocultos los PP. Diaz y Serrano. Al verse los dos religiosos en poder de sus enemigos, ofrecieron á Dios el sacrificio de sus vidas; sin embargo, apelaron á algunos medios por si podian salvarse á fin de continuar velando por aquella pobre comunion cristiana que iba á quedar en el mayor desamparo. A este fin ofrecieron algun dinero que aceptaron los soldados, pero no atreviéndose despues á guardarle, lo entregaron al oficial Fan, quien no contento con guardarlo para sí, hizo poner en el tormento al P. Diaz y abofetear al P. Serrano, por no haber querido descubrir el paradero del vicario apostólico. Hé aquí el modo bárbaro con que acostumbran los chinos abofetear á los presos: está el paciente de rodillas, teniendo tras él á un empleado con una rodilla en tierra, que le coge por el mechon de pelo hasta obligarle á poner horizontalmente una de sus megillas sobre su rodilla; mientras hay otro empleado que tiene ya en la mano un instrumento de metal, parecido á una suela de zapato, pronto á descargar con toda su fuerza el número de bofetones que ha fijado el mandarin. Basta uno de ellos á dejar sin sentido al hombre mas robusto. Entretanto el cristiano que habia procurado un nuevo asilo al obispo de Mauricastre, temiendo ser descubierto, se presentó al prelado para anunciarle el peligro inminente á que esponia á toda su familia. «Querido amigo, le contestó el obispo, ¿no hemos venido á este pais por vuestro interés? Si somos la causa inocente de los males que se os hacen sufrir, en cambio nos veis siempre dispuestos á compartirlos con vosotros, y hasta cargar con todos ellos cuando es posible; sin embargo, no quiero esponeros por mas tiempo.» Terminadas estas palabras, salió el prelado y fué á ocultarse en un jardin inmediato, en el que pasó la noche, sin abrigo alguno; solo pudo taparse el rostro con su abanico, objeto ú adorno del que no hay hombre que pueda dispensarse en China. Al dia siguiente se registró la casa en que habia estado oculto el obispo y volvió á pregun-

tarse á su dueño, aunque inútilmente, por lo que se le redujo á prision; entonces el animoso prelado se presentó en público, no tardando en ser detenido. Al saber el P. Royo que acababa de presentarse el obispo, imitó tambien su ejemplo; siendo á los pocos dias trasladados todos los misioneros y demás cristianos detenidos á la capital del Fo-kien. La libertad apostólica con que el obispo contestó al virey le costó veinte y cinco boletones, y cuyo número se aumentó despues hasta ochenta y cinco, sin que interesare en lo mas mínimo á sus verdugos su avanzada edad y el estado de su salud cada dia mas quebrantada. No fueron menores los tormentos que sufrieron los demás misioneros, hasta que fué pronunciada su sentencia para ellos tan severa como honrosa. «Pe-to-lo (Pedro Mártir Sans) se decia en ella, despues de haber sido desterrado en virtud de un decreto de la córte, ha tenido aun la audacia, no solo de llamar al Fo-kien á otros cuatro europeos, para que predicasen en él la religion cristiana, sino que hasta él mismo ha penetrado en el pais disfrazado, para poder ocultarse en el distrito de Fou-gan, todo al objeto de pervertir los corazones. Todos los que por desgracia han llegado á abrazar su religion, sean letrados, sean hombres del pueblo, no quieren abjurarla, cualesquiera que sean los medios que se empleen para obligarlos á ello; es tan grande el número de los que han logrado pervertir, que á cualquier parte que volvamos los ojos no vemos mas que cristianos; hasta en las filas del ejército y en los mismos tribunales, cuentan tambien numerosos afiliados. Cuando esos europeos fueron presos y en el momento de ser conducidos á la capital, acudieron á su paso millares de personas que les vitorearon y tuvieron á mucho honor acompañarles hasta la cárcel; no contentos con procurarles refrescos y todo lo demás de que podian disponer, no paraban hasta tocarles los vestidos y declararles en voz alta sus gefes. Conviniendo pues cortar de raiz todos esos males que acabarían por arrastrar al pueblo á la revuelta; condenamos en conformidad á las leyes al referido Pe-to-lo, á ser inmediatamente decapitado; los cuatro europeos restantes serán igualmente decapitados dentro el plazo marcado por la ley; así mismo condenamos á Ko á ser estrangulado.»

Cuando fué remitida esta sentencia á Pekin, partieron de la córte órdenes secretas para todos los tsong-to ó vireyes de las provincias del imperio, en las que se les encargaba buscasen con empeño á los europeos que se encontrasen en sus respectivos distritos para enviarles á Macao, y desde allí á Europa, y que obligasen á abjurar el cristianismo á todos cuantos lo profesasen. Si bien produjo aquel secreto edicto de proscripcion admirables ejemplos de fidelidad, no dejó de ser en cambio, objeto de tristes defecciones. Muchos de los misioneros se ocultaron en las provincias, y otros fueron á refugiarse á Macao; los sacerdotes de la Congregacion de las Misiones Estrangeras tuvieron que abandonar tambien la provincia de Sse-tchouan, confiada á Enjoberto de Martillat, obispo de Ecrinea, el cual salió de China en 1746, y murió en Roma nueve años despues. La ciudad de Macao, aunque ocupada por los portugueses, se vió tambien mas ó menos espuesta á los rigores de la persecucion, como lo indica el haberse prohibido tambien en ella á los chinos servir á los europeos y frecuentar las iglesias; hasta se pretendia hacer entregar la llave del santuario en que eran bautizados los catecúmenos chinos, lo que, sin embargo, no se llevó á efecto, merced á la heróica firmeza del P. Lopez, provincial de los jesuitas. Tambien los misioneros residentes en Pekin se vieron á su vez perseguidos, pero acudieron, como siempre, al hermano Castiglione, que volvió á hablar al emperador por la iglesia perseguida. Como le hiciese el emperador un regalo en prueba del afecto que le profesaba, le dijo el hermano con la emocion mas sincera: «Dígnese Vuestra Magestad apiadarse de nuestra atribulada iglesia.» Al ver que nada le contestaba el emperador, volvió á dirigirle la misma súplica; y Hhian-loung se limitó á decirle: «Vosotros

sois estrangeros y no sabeis nuestras costumbres; ya he nombrado á dos de mi córte para que velen por vosotros en las circunstancias presentes.» A los pocos dias fué el emperador en peregrinacion á la famosa montaña Vou-tao-chan, reverenciada por los chinos como un lugar sagrado; cuando regresó á últimos de noviembre del año 1746, se le presentaron todos los jesuitas, y volvió á tener con Castiglione otra entrevista, que tampoco produjo resultado alguno. «Nunca los misioneros, dice un jesuita, predicaron con tanto ardor la religion católica dentro y fuera de palacio, como durante la persecucion. Presentáronse dos ministros en la iglesia de los jesuitas franceses el dia 22 de noviembre del año 1746 de órden del emperador, para convocar en ella á los misioneros de todas las órdenes, á fin de tomar, en vista de las razones que estos últimos alegasen, una resolucion decisiva Lejos empero de turbar á los religiosos convocados la presencia de los dos ministros, les enardeció hasta el punto de hacer la defensa mas enérgica de sus doctrinas; declarando unánimemente que no podian continuar los misioneros en China, sino se les permitia predicar la religion de Jesucristo. Uno de los dos ministros, hombre altivo y enemigo declarado de los cristianos, y al que no habia príncipe ni grande en la córte que se atreviese á contrariarle, quedó en aquella reunion humillado y confundido; tuvo mas tarde un fin desgraciado, como casi todos los perseguidores de la fé.»

Merced á la influencia de aquel ministro, no se contestó al virey del Fo-kien que se atuviese á las órdenes anteriores, que prescribian enviar á su pais á los estranjeros sorprendidos en China, sino que se elevó en consulta al tribunal de los crímenes la sentencia proferida contra los cinco dominicos y el catequista Ambrosio Ko. El tribunal de los crímenes confirmó aquella injusta sentencia el dia 21 de abril del año 1747.

Un sacerdote chino fué el que anunció á los cautivos la dichosa nueva Habiendo sido trasladado el obispo de Mauricastre á una de las salas del tribunal para que le fuese leida su sentencia, declaró despues de haber oido su lectura, que moria en defensa de la religion verdadera, y que no dudaba de que aquel mismo dia iba á volar su alma á la eterna mansion de los justos. Luego añadió que rogaria á Dios fuese la China regenerada por la luz del Evangelio; y que queria ser en el cielo el protector de aquel imperio. Como ya desde la sala del tribunal iba á salir para el suplicio, le fueron las manos atadas á la espalda, y se le puso un rótulo al pecho que decia condenársele á muerte por haber pervertido al pueblo con sus falsas doctrinas. En todo el trayecto que recorrió el misionero hasta llegar al lugar del suplicio, reveló su rostro sereno la paz interior de que gozaba su alma á medida que iba acercándosele el momento solemne de abandonar para siempre la mansion del dolor para volar á la celestial morada. Al llegar á un puente de madera, en el que regularmente se verificaban las ejecuciones, se advirtió al mártir que se parára; el piadoso obispo cayó de rodillas, é hizo señal al verdugo de que le concediese aun algunos momentos para terminar su plegaria Algunos instantes despues se volvió hácia él sonriendo, y le dijo: «Me voy al cielo, ¡cuánto desearia, amigo mio, vinieses conmigo!» Contestóle el verdugo: «Tambien yo deseo poder ir algun dia;» y quitándole con una mano el solideo, le decapitó con la otra de un solo golpe, hácia las cinco de la tarde del dia 26 de mayo del año 1747. (1) Tienen los chinos la supersticion de creer que al salir de su cuerpo el alma de un ajusticiado, va á arrojarse sobre el primero que en-

(1) Tal fué la gloriosa muerte del ilustre prelado, del generoso apóstol catalan Fr. Pedro Mártir Sans, despues de haber anunciado el Evangelio á los chinos por espacio de treinta y tres años; despues de haberles curado los males del cuerpo y del alma, de haberles enjugado sus lágrimas y de darles el ejemplo de todas las virtudes. No contento con indicar á sus ovejas el camino del sacrificio que debian seguir para llegar á la inmortal Sion, quiso él mismo servirles de guia para que pudiesen seguirle con paso mas firme y seguro. Por su saber, su virtud, y sobre todo, por su glorioso martirio, fué el P. Pedro Mártir Sans uno de los hijos que mas lustre dieron á la religion dominicana. (Nota del Trad.)

cuentra para vengar el suplicio que se le ha hecho sufrir; así es que, cuando va á darse el golpe de muerte á la víctima, todos los chinos huyen precipitadamente para evitar aquel fatal encuentro. Nadie empero juzgó animada de venganza al alma del venerable prelado; por lo que todo el pueblo despues de haber muerto aquel, fué á contemplarle de cerca; ni el verdugo siquiera quiso lavarse las manos teñidas en su sangre, sino que fuese corriendo á su casa, y frotando con ella la cabeza de sus hijos, les dijo: «¡Que la sangre del santo os bendiga!» Desde luego rompió sus ídolos y no adoró ya mas que al verdadero Dios, merced á la intervencion poderosa del obispo mártir; además, llevó á su casa la piedra que habia servido para la ejecucion, y grabó en ella estas palabras: «Es la piedra desde la que el respetable mártir *Pé* subió al cielo.» Como se le dijese que los que siguiesen su doctrina sufririan el mismo suplicio: «Tanto mejor, contestaba, contándose ya en el número de los cristianos, asi irémos todos juntos al cielo.» Sabiendo el mandarin que guardaban los cristianos con respeto el cuerpo del mártir, hizo trasladar su féretro al punto en que eran depositados los cadáveres de los ajusticiados; y á pesar de haber trascurrido algunos dias, se vió que ni aun el rostro del mártir habia perdido el color; querian los idólatras quemar sus restos sagrados, pero lograron los cristianos evitar aquella última profanacion.

Poco tiempo despues del martirio del obispo de Mauricastre, marcaron los idólatras en el rostro de los otros cuatro dominicos y el catequista Ko, dos caractéres chinos que indicaban la clase de suplicio á que habian sido condenados. A pesar de las privaciones que sufrian los confesores y de su próxima muerte, notábase siempre en ellos una dulce calma que convertia en delicias los horrores de sus calabozos, segun se desprende de la siguiente carta, escrita por el obispo de Tipasa al P. Arcángel Miralta: «¿Cómo no ofrecer de buena voluntad á Jesucristo, nuestro salvador, lo poco que por él sufrimos? Por precioso que fuese el don que Vuestra Reverencia me ofreciese, dejaria de aceptarle, sino lo hacia de buena gana y con la mejor voluntad. Así pues, al ofrecer á Jesucristo mi pobre cabeza, debo hacerlo con el mayor placer.» Todos los dominicos y el catequista Ko fueron estrangulados á los pocos dias en su propia cárcel en la tarde del 27 de octubre de 1748.

La familia de San Ignacio tuvo tambien sus mártires como la de Santo Domingo. Bajo la proteccion de Francisco Destaroza de Viterbo, obispo de Nan-king, dirigian ocho jesuitas en aquella provincia á unos sesenta mil cristianos. Era su superior Antonio José Henriquez, quien desde Lisboa, su patria, habia pasado á China con un embajador que el rey de Portugal envió á Young-tching. Las relaciones que contrajo Henriquez en Macao con los misioneros que iban á recorrer los dos imperios chino y anamita, hicieron nacer en su corazon el deseo de consagrarse á la vida apostólica. Dócil pues á las impresiones de la gracia, fué recibido Henriquez el dia 25 de diciembre del año 1727 en la Compañía de Jesus, siendo destinado algunos años despues á las misiones, que tanto habian escitado en él la caridad y el celo en favor de los chinos. Tristan de Athemis, entró en la Compañía el mismo dia que Henriquez el año 1725; profesó el 2 de febrero del año 1740, y le fué confiada la cátedra de filosofía, que desempeñó á entera satisfaccion de sus superiores. Deseoso empero Tristan de emplear su talento en bien de las misiones, se dirigió á Macao el año 1744, de donde salió al año siguiente para la provincia de Nanking; apenas acababan de llegar á ella Henriquez y Athemis, cuando fueron presos y conducidos á Sou-tcheou, donde se les formó causa. Habiendo sido condenados á la pena de muerte y recibido su sentencia la sancion imperial, entró el carcelero, seguido de un verdugo en su calabozo el dia 12 de setiembre del año 1748, y despues de haber arrojado la paja que contenian los jergones de los mártires, se presentó otro verdugo pro-

visto de cuerdas que les dijo en tono de mofa: «Vamos á enviaros á vuestro paraíso, para que goceis en él la eterna dicha que os está prometida.» Insiguiendo la costumbre de la China, se dió de comer á los confesores antes de la ejecucion; pero como no probasen los misioneros cosa alguna, los verdugos les ataron las manos y la cuerda al cuello, sin concederles mas que el tiempo necesario para que pudiesen los dos mártires reconciliarse; luego fueron estrangulados. Cuando un año mas tarde se procedió á la exhumacion de sus preciosos restos, se vió que estaban en el mas perfecto estado de conservacion. El obispo de Nankin, que durante la persecucion quiso participar siempre de todos los peligros que amenazaban á su rebaño amado, alcanzó el dia 2 de marzo de 1750 una santa muerte, fruto de una larga serie de privaciones y sufrimientos soportados con noble constancia.

Imposible nos es referir aquí todos los estragos que causó la persecucion en muchas comuniones cristianas, en cambio de las que no tardó el cielo en hacer estallar su justa cólera sobre los perseguidores, por medio de terribles castigos que no permitieron desconocer el brazo vengador que los fulminaba. Tales fueron un hambre cruel que asoló á la vez diferentes provincias del imperio, una guerra sangrienta, seguida de terribles y frecuentes reveses, la muerte del príncipe heredero, hijo único de la emperatriz, y la de esta, seguida de otros muchos castigos no menos ejemplares. Veamos ahora los castigos particulares que sufrieron los que tuvieron una parte mas ó menos directa en la persecucion suscitada contra la Iglesia. El primer ministro, consejero y favorito de Khian-loung, autor del edicto de proscripcion, despues de habérsele destinado al ejército de simple soldado, luego se le condenó á muerte. El virey del Fo-kien, perseguidor encarnizado del venerable obispo de Mauricastre y de sus compañeros, fué condenado tambien á la última pena por haber cometido la imprudencia de hacerse rapar la cabeza á la muerte de la emperatriz, espiando de este modo los atentados cometidos contra la religion y sus ministros. El virey de la provincia de Nanking, á consecuencia de una revolucion promovida por la carestía de comestibles, no solamente fué destituido, sino que se le condenó á presidio y á hacer todas las mecánicas á que están sujetos los penados, sin ninguna consideracion al alto puesto que antes ocupára. Mientras que el cielo vengaba de este modo á la inocencia oprimida con la muerte de sus perseguidores, la religion celebraba el triunfo de sus mártires con toda la pompa que requieren las fiestas mas solemnes.

El dia 16 de diciembre del año 1750 los jesuitas de Peking, anunciaron al emperador la llegada de tres de sus compañeros, añadiendo que sus vastos conocimientos en las ciencias de Europa podrian servirle de mucho. Como el príncipe autorizase desde luego á los tres religiosos para dirigirse á la córte, entró el P. Amiot el dia 22 de agosto del año 1751 á Peking, de cuya ciudad no salió ya hasta la muerte. A los rápidos progresos que hizo en las lenguas china y tártara, debió aquel conocimiento profundo que adquirió sobre la historia, las ciencias y la literatura de la China.

La acogida que se dispensó á los tres jesuitas, demuestra la facilidad con que pasaban los apóstoles del temor á la esperanza; no se crea que fuese aquella vez mas duradera su prosperidad. Como fuesen interceptadas las cartas que dirigia el Padre Du-Gad, superior de los jesuitas franceses, á los misioneros que estaban á sus órdenes, se avivó el fuego de la persecucion, viéndose obligado el mismo superior á ir siempre oculto, sin hallar en parte alguna un asilo seguro. Cierto dia en que habia agrupados algunos idólatras junto á su barquilla, pidiendo á voz en grito que les fuese entregado el misionero, iban ya sus guias aterrados á acceder á ello, cuando tuvo Du-Gard la feliz inspiracion de presentarse ante sus enemigos, diciendo: «¿Qué pruebas teneis para creer que haya aquí un estranjero oculto? Miradme bien, y juzgad si he sido nunca europeo.» Al oir estas palabras, se retiraron los infieles confundi-



E. Monnin sc.

Amiot

Amiot Amiot.

Gaume freres editeurs

N. Remond imp.

dos, dejando al [illegible] la hi[illegible]
despues de haber hecho el P. [illegible]
á China á la edad de sesenta y [illegible]
[illegible] ser [illegible] en Pek[illegible]
sar aun cerca de treinta años [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
muy [illegible]
[illegible]
[illegible] emperador [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] « Para [illegible]
[illegible] el difunto P. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] para el [illegible] P. B[illegible]
[illegible] de San P[illegible]
rar [illegible] juegos de a[illegible]
[illegible] de su palacio[illegible]
[illegible] la direccion del [illegible]
[illegible] complacerle [illegible]
[illegible] construir un [illegible]
[illegible] unos cien pasos [illegible]
d[illegible] leones que repres[illegible]
da[illegible] que en su se[illegible] [illegible] efecto.
[illegible] miento. Es verdad [illegible] se pre[illegible]
[illegible] humilde [illegible] y me [illegible]
[illegible] conocimientos [illegible] dijo: « Ta-hi [illegible] fel[illegible]
[illegible], haya podido inventar [illegible] brado el emperador [illegible]
[illegible] encierra todo [illegible] den » Entonces [illegible]
[illegible] en la mecánica. Tambien [illegible] fluencia cerca [illegible]
[illegible], misionero de la Propaganda, ha S. M. se dign[illegible]
[illegible] para complacer al Príncipe, la [illegible] de n[illegible]
[illegible] de otro autómata, que [illegible] tener
[illegible] humana, y [illegible]
si logra dar cima á [illegible],
es muy probable que el emperador le mande [illegible] a
dar despues á su autómata nuevas fa[illegible] [illegible]
animales: « Le has hecho andar [illegible], lue- [illegible]
go puedes hacer tambien que hable. » Y cuan- [illegible]



dos, dejando al apóstol la libertad de alejarse; despues de haber hecho el P. Du-Gad su viaje á China á la edad de sesenta y dos años, sin poder lograr ser admitido en Peking, debia pasar aun cerca de treinta años entregado á pesadas escursiones evangélicas, teniendo por último que abandonar aquel pais, objeto de sus mas ardientes deseos, y reembarcarse en Canton á 10 de enero de 1770. Fueron detenidos en la provincia de Nanking cinco jesuitas portugueses, quedando algunos de ellos muy mal parados, de resultas de los tormentos que tuvieron que sufrir.

El emperador, durante cuyo reinado eran ejercidas aquellas crueles persecuciones, continuaba utilizando los conocimientos de los misioneros. «Para complacerle, escribia el jesuita Amiot, el difunto P. Chalier inventó el famoso reloj de las vísperas, obra que hasta en Europa seria considerada como una maravilla, ó cuando menos por una obra maestra en el arte; para él inventó el P. Benoist la célebre máquina del valle de San Pedro, á fin de procurar vistosos juegos de agua que embelleciesen los jardines de su palacio europeo, construido bajo la direccion del hermano Castiglione. Para complacerle acababa tambien el hermano Teobaldo de construir un leon autómata, que dá como unos cien pasos al igual que los verdaderos leones que representa, ocultando cuidadosamente en su seno todos los resortes que le dan movimiento. Es verdaderamente asombroso que ese humilde hermano Teobaldo, con sus limitados conocimientos en el arte de relojería, haya podido inventar una máquina que encierra todo cuanto hay de mas difícil y complicado en la mecánica. Tambien el P. Segismundo, misionero de la Propaganda, ha emprendido para complacer al Príncipe, la confeccion de otro autómata, que debe tener la forma humana, y andar como los hombres; si logra dar cima á su obra, como no lo dudo, es muy probable que el emperador le mande dar despues á su autómata nuevas facultades animales: «Le has hecho andar, le dirá, luego puedes hacer tambien que hable.» Y cuando el emperador dá una órden, debe cumplirse á todo trance, por mas que hayan de vencerse imposibles; porque á fuerza de oirse honrar con el pomposo título de *hijo del cielo*, ha llegado el emperador casi á creerse que es omnipotente. El gusto de este príncipe, varia casi como las estaciones; al principio era admirador de la música y de los juegos de agua, y hoy absorven toda su atencion la maquinaria y los buques; solo en la pintura ha manifestado hasta el presente una aficion constante.» Hé aquí porque los hermanos Castiglione y Attiret conservaron su aprecio; á instancias de la emperatriz madre, hizo aceptar al primero el mandarinato; tambien quiso nombrar mas tarde á Attiret mandarin del Ge-hol, sitio imperial de Tartaria, donde va el emperador á entregarse á los placeres de la caza, y en el que tiene palacios y jardines tan hermosos como los del mismo Peking. Véase la sencillez con que refiere Attiret en una de sus cartas aquel incidente de su vida: «A las seis de la tarde se me ha presentado el tsoang-koan, encargado de mis obras, diciéndome: «¿Cómo es que no se os haya comunicado la órden del emperador?» Contesté al eunuco que no sabia á qué órden se referia. «El emperador acaba de nombraros mandarin con el título de Lang-tchoung, dijo, y el ministro habria debido comunicaros ya la órden; es probable que lo haga esta noche.» Con efecto, serian como cosa de las nueve cuando se presentó el ministro á palacio y me hizo llamar; al verme me dijo: «Ta-hi (os felicito) por haberos nombrado el emperador mandarin de cuarto órden.» Entonces le supliqué interpusiera su influencia cerca del emperador, á fin de que S. M. se dignase retirarme aquel título; pero él de ningun modo quiso consentir en ello, diciéndome que así como el hermano Castiglione y otros europeos lo habian aceptado, podia yo tambien aceptarle del mismo modo. Y como aun yo insistiese, me interrumpió el ministro diciéndome, que no se me relevaria del mandarinato, aun cuando no fuese mas que por la repugnancia que mostraba en aceptarlo. Cuan-

do al dia siguiente iba el ministro á salir para el palacio imperial, le reiteré las súplicas que le habia hecho ya la víspera, y él me contestó que no tenia el emperador la intencion de mortificarme en lo mas mínimo; pero que ya le hablaria de modo que no tomase á mal mi resistencia. Habiéndome dirigido yo pocas horas despues á palacio, el emperador me hizo llamar para que le viese tirar el arco; llegando yo al mismo tiempo que él al punto que me habia designado. Al verme, me dijo con amabilidad: « Ven, ven, acércate para verme tirar la flecha, y quédate conmigo para ver cuanto ocurra; » hallábanse con él todos sus hijos y los grandes de su imperio. Despues de haber tirado algunas flechas, me miró atentamente, y como no viese en mi gorro la señal usada por los mandarines, preguntó al ministro si me habia comunicado sus órdenes, á lo que contestó este afirmativamente diciéndole entonces las razones en que yo me apoyaba por no aceptar el nuevo título. El emperador solo contestó con un *hong;* terminada la ceremonia, me dirigí á la habitacion del palacio en que acostumbraba trabajar, y á la que no tardó en presentarse el emperador. Al arrojarme á sus plantas para darle gracias, segun la costumbre del pais, por el beneficio que acababa de dispensarme, me dijo: « ¿Con qué no quieres ser mandarin? ¿Qué es lo que te impide aceptar este cargo? V. M. sabe la causa, le contesté. » Luego de entrar en la sala vió su retrato, al que halló muy parecido, si bien me hizo retocar en él alguna cosa; en seguida se sentó, mandándome á mí que hiciese otro tanto, y que me cubriese para estar con mas comodidad. Mientras estaba haciendo en el retrato las variaciones que él me habia indicado, volvióme á hablar del mandarinato diciéndome: « ¿Por qué no quieres ser mandarin? ¿Por ventura el hermano Castiglione y los demás europeos que están en el tribunal de astronomía, no son religiosos como tú? » Entonces le contesté que el hermano Castiglione era mandarin á pesar suyo, y que los otros solo lo eran por pertenecer á un tribunal. « Pues bien, repuso el emperador, tú tambien pertenecerás á uno de los tribunales. — No sé el chino con bastante perfeccion, para poder hablar y darme á comprender fácilmente, le contesté, ni mucho menos para entender á los demás. » Esta contestacion debió al parecer satisfacerle, puesto que pasó á otra cosa, y á Dios gracias, se me ha dejado desde entonces en paz, no volviéndoseme á hablar de este asunto. Convencidos los jesuitas de que creia el emperador hacer por ellos cuanto le era posible, honrándoles de esta manera, procuraban evitar en lo posible aquellos honores, á fin de poder hablarle con mas libertad siempre que las circunstancias lo exigiesen. Hombres como ellos no podian considerar que fuese el mandarinato una gracia, ni mucho menos pensaban hallar la gloria de Dios en lo que solo habria podido ser la satisfaccion del amor propio, caso de que hubiesen deseado la dignidad que se les concedia. La conducta observada por el hermano Attiret en aquella ocasion, fué la admiracion de los idólatras, quienes no cesaban de ponderar su desinterés, y de gran utilidad para los nuevos cristianos que, solo vieron en aquel acto de generosa abnegacion, el efecto de la virtud que lo habia inspirado.

El ministro preguntó al hermano Attiret si llegaria á noticia del rey de Francia el que el emperador hubiese nombrado mandarin á uno de sus súbditos; basta esta pregunta para indicar el esplendor que procuraban los misioneros dar al trono de Francia en aquellos remotos paises. Demuéstralo asimismo el modo favorable con que los letrados hablaban siempre de su pais á los misioneros. « Vuestro precioso reino, les decian, es la China de Europa: todos los demás Estados se creen en el deber de seguir vuestros usos, vuestras máximas y vuestros ritos. « Lo que contribuyó tambien en gran manera á dar á los chinos una alta idea de la Francia, dice el P. Amiot, fué el ver que habian sido construidos en aquel reino casi todos los objetos de lujo que habia en el palacio del emperador y los de los grandes de su córte, de modo que puede decirse que hay tantas flores de lis en el palacio

imperial de Peking como en el Louvre y en Versalles.» Además, habia algunos jóvenes chinos que habian podido admirar la civilizacion francesa, por haber sido enviados á Paris por los jesuitas á seguir sus estudios, á fin de que les pudiesen secundar un dia en las tareas del apostolado. Cuando en 1762 rugió la tempestad sobre la cabeza de los jesuitas, tomó bajo su proteccion el ministro Bertin á los jóvenes que enviaron á Paris, poniéndoles en un seminario para que terminasen la teologia, y haciéndoles recorrer despues las principales ciudades del reino, á fin de que se pusiesen al corriente del estado en que se hallaban en Francia la industria y las artes, antes de que regresasen á China. Al llegar aquellos jóvenes á su patria, buscaron un asilo en una casa francesa; y el P. Benoist escribió al ministro Bertin el modo con que habia dispuesto de los presentes de que eran aquellos jóvenes portadores, asegurándole haberlo hecho lo mas convenientemente para asegurar el bien de la religion y el honor y la gloria de la Francia.

Los hermanos Castiglione y Attiret debian terminar su carrera en una misma época. Cuando Khiang loung supo que el primero habia cumplido ya setenta años, quiso recompensar sus largos servicios, honrándole de un modo público y solemne; consistió aquella honra poco comun en regalarle seis piezas de tela de seda finísimas, un rico traje, un collar de ágata y una carta escrita por el mismo emperador, en la que ensalzaba mucho las virtudes del humilde religioso. Todos estos regalos, dispuestos en uno de los palacios de verano del emperador, situado á alguna distancia de la capital, fueron trasladados á Peking en andas por ocho hombres que vestian la librea imperial, precedidos de una numerosa música, que como todas las de aquel pais, atronaba los oidos de millares de espectadores; luego seguian detrás cuatro mandarines á caballo, y un magnate de la córte, encargado de dar cumplimiento á las órdenes del emperador. Al llegar aquel numeroso cortejo á las puertas de Peking, se pusieron las guardias sobre las armas, y destináronse algunos soldados para abrir la marcha y contener al inmenso pueblo que de todas partes acudia para presenciar aquel acto imponente. Despues de haber recorrido el cortejo dos largas calles que tenian mas de hora y media, llegó al colegio de los jesuitas portugueses, y en el que estaban adornados el frontis, las puertas y los patios de piezas de damasco y de banderas. Todos los misioneros de las tres casas de la Compañía estaban reunidos en él, y admitieron con todas las ceremonias que el caso requeria, los ricos presentes hechos á uno de sus hermanos. Muy poco sobrevivió empero el hermano Castiglione á aquellos honores, puesto que murió el mismo año 1768 en que les recibiera, á la avanzada edad de setenta años. El hermano Attiret contaba sesenta y seis, cuando espiró el dia 8 de diciembre del año 1768; durante su enfermedad dijo aquel humilde religioso: «¿Sabéis lo que pienso al verme en las calles de Peking en medio de un pueblo numeroso que me obstruye el paso? Os lo diré francamente: *Eres casi el único que conoce aquí el verdadero Dios*. ¡Cuántos hay en este mundo que no tienen la misma dicha! ¿Qué has hecho para atraer de este modo sobre tí las gracias del Señor?» Pocos momentos antes de espirar, esclamó Attiret con trasporte: «¡Qué hermosa devocion la que se enseñaba en los noviciados de nuestra Compañía!» Se referia á la devocion de la Santísima Vírgen; teniendo la dicha de morir el dia de su Inmaculada Concepcion. «El emperador, dice el P. Amiot, en recompensa de los antiguos servicios que le prestó Attiret, dió doscientos taels, equivalentes á mil quinientas libras francesas, para sus funerales. El quinto Régulo, hermano único del emperador, hizo informar varias veces á su hijo del estado del religioso durante su enfermedad, y despues de su muerte, del dia en que se verificaria el entierro, para enviar al primero de sus eunucos á llorar en su nombre ante el féretro, y acompañar luego los restos de Attiret á su última morada. Solo despues de mu-

chas súplicas, logramos evitar cumpliese el enviado del príncipe con una triste ceremonia que nunca podiamos agradecer debidamente al príncipe que la habia dispuesto. » Unicamente quedaron en China dos pintores, uno de los cuales era un jesuita aleman, llamado Ignacio Sikelpart.

El hermano Bazin, poco antes médico de Thahmas-kouly-khan, llegó el año 1767 á Canton, para dirigirse á Peking; pero no se le permitió pasar mas adelante. Hacia aquella misma época cayó enfermo el quinto hijo de Khiang-loung; por lo que se preguntó á los jesuitas si conocian á algun europeo que estuviese versado en la medicina; saliendo, en virtud de su contestacion, un correo en busca del hermano Bazin. Como no se permitia la permanencia de ningun estranjero en Canton despues de haberse alejado los buques europeos; y como por otra parte Macao habia dejado de ser en aquella época un asilo seguro para los jesuitas, acababa de dirigirse el hermano Bazin con el P. Lefebvre, superior general de las misiones de la Compañía, á la isla de Francia. A la llegada del correo imperial, todo Canton se puso en movimiento para buscar al hermano coadjutor, queriendo los mandarines obligar á los portugueses residentes en Macao á que descubriesen el paradero del religioso; en la imposibilidad empero de hallársele, se escribió al Indostan y hasta á Europa para hacerle volver. Muy lejos estaba en verdad el humilde religioso de pensar si quiera en las investigaciones de que era objeto, cuando el buque que conducia al P. Ventavon á China, le tomó en la isla de Francia y volvió á conducirle á Canton, de donde salieron los dos religiosos para Peking á 18 de octubre del año 1768. El P. Ventavon fué colocado cerca del emperador en calidad de relojero ó maquinista; encargósele al poco tiempo que hiciese dos autómatas, que andasen, llevando en la mano un pequeño tiesto de flores. De acuerdo con el superior de los jesuitas franceses en Peking, obtuvo aquel religioso que se permitiese al P. Lefebvre residir en Canton; hizo así mismo el emperador algunas otras concesiones que indicaban ir siempre en aumento el aprecio y confianza que le inspiraban los jesuitas. «Cuanto mas avanza en edad, escribia el P. Ventavon, mas quiere el emperador á los europeos; tanto él como los grandes de su imperio confiesan que nuestra religion es buena, y que solo se oponen á su predicacion por razones de política que no pueden desatender por no turbar la paz en sus estados. Además, saben las numerosas conquistas que los europeos han hecho en las Indias, y temen que hagan otro tanto respecto á la China; si pudiésemos desvanecer en ellos este temor, no tardaríamos en alcanzar toda la libertad que deseamos para difundir las santas doctrinas del Evangelio. »

Las sospechas que inspiraba el cristianismo, por el mero hecho de ser europeos los encargados de predicarle, dieron orígen en el mes de noviembre del año 1768 á una nueva persecucion que duró hasta el mes de febrero del año siguiente, y aun mucho mas en varios puntos; puesto que en el Sse-tchouan, dirigido por Pottier, obispo de Agathópolis, empezó aquella persecucion por el sacerdote Gleyo del seminario de las Misiones Estrangeras, y se prolongó hasta el año 1777. Cuando Gleyo fué reducido á prision, el obispo de Agathópolis se refugió á la provincia de Chen-si; procurándole aquel viage el medio de hacerse consagrar por el obispo italiano de aquel vicariato. Pedro Marcial Cibot, natural de Limoges, que llegó á Macao en el año 1769, uno de los jesuitas mas sábios de Peking, dice que todos los misioneros habrian sido espulsados del Celeste Imperio, á no haber sido la proteccion que les dispensaba Khianloung, por conocer mejor que nadie la falsedad de las acusaciones dirigidas contra ellos, y á no haberse hecho un deber de protegerles y conservarles en sus estados. «Durante la persecucion de este año (1771), que ha durado cerca de seis meses, añade Cibot, se ha publicado un edicto, por el cual se prohibe la religion cristiana como contraria á las leyes

del imperio, al paso que se declara en el mismo edicto que no contiene nada falso ni perjudicial. El emperador, los ministros, los grandes, todos están tan convencidos de ello, que no han querido cóndenar á muerte á ningun cristiano: solo se han propuesto intimidarles. » En el año 1772 estalló no obstante la persecucion con violencia en el Koueitcheou, y pronto se conocieron tambien sus tristes efectos en la parte oriental del Ssetchouan.

El dia 12 de enero del año 1773 llegaron á Peking dos nuevos jesuitas, á saber: el P. Mericourt, bajo el título de relojero, y el hermano Pansi en calidad de pintor. Khianloung dispuso que fuesen inmediatamente admitidos, para que pudiesen entregarse uno y otro al ejercicio de su profesion; en su virtud, el P. Mericourt fué destinado á la relojería al lado del P. Arcángel, carmelita descalzo, misionero de la Propaganda, y del P. Ventavon, jesuita; mientras que el hermano Pansi debia contribuir con los PP. Damasceno y Poirol á terminar seis hermosos cuadros. Los dos nuevos misioneros habian llevado un telescopio de reflexion y una máquina neumática, de la que fué el P. Benoist el primero en dar á conocer sus efectos al emperador, que se complacia despues en esplicarlos á sus cortesanos. Esta circunstancia nos obliga á completar aquí la biografía de Miguel Benoist. A fin de satisfacer este la curiosidad del emperador, que sin cesar le preguntaba acerca de la géografía, le hizo un *mapa-mundi*, que tenia doce piés y medio de longitud sobre seis y medio de altura; habia en él todos los paises nuevamente descubiertos, y solo habia de continuar los que han suprimido nuestros modernos geógrafos, restableciendo de este modo en aquel mapa la verdadera posicion de muchos puntos. Escribió además una *Memoria*, en la que despues de haber dado las esplicaciones necesarias acerca de los globos terráqueo y celeste, esponia los sistemas modernos acerca del movimiento de la tierra, el de los planetas, y en particular el de los cometas; luego hacia tambien mencion de todo cuanto se habia practicado en Europa para perfeccionar la astronomía y la geografía; de los hombres observadores que habian sido enviados á varios puntos del globo; de los viages hechos al polo y al ecuador para la medida de un grado del meridiano, etc. Fué entonces nombrada una comision, compuesta de letrados y miembros del tribunal de matemáticas, para examinar aquel mapa que, despues de haber sido objeto durante dos años de vivas discusiones, acabó por merecer la aprobacion unánime de sus jueces. Khiang-loung mandó entonces que se hiciese una copia de aquel mapa, para conservar el original en su palacio y depositar la copia en el archivo que contenia las cartas geográficas del imperio. Hácia aquella misma época se hizo un mapa general del imperio chino, que contenia todos los paises limítrofes; y aunque el grabado sobre el cobre no fuese conocido en China, quiso Khiang-loung que fuese el nuevo mapa grabado sobre planchas de aquel metal, bajo la direccion del P. Benoist. El misionero que no tenia ningun conocimiento en el arte de grabar, vióse obligado á recurrir á las obras de Europa, para estudiar el modo de grabar al buril; luego le fué preciso enseñar á grabar, inventar prensas al tórculo para imprimir los grabados, y amaestrar á los que debian hacer uso de ellas. El mapa general que debia grabarse contenia ciento y cuatro hojas, de dos piés y dos pulgadas de ancho sobre un pié y dos pulgadas y media de largo cada una; y sin embargo, fueron grabadas todas ellas con una prontitud y precision que dejaron asombrado al misionero. Luego á fuerza de precauciones, se logró imprimir un ejemplar, que fué presentado al emperador, el cual mandó que se imprimiesen hasta cien ejemplares, necesitándose para ello diez mil cuatrocientas hojas de papel. En breve debió ocuparse el P. Benoist en otra impresion que era aun mucho mas difícil que la anterior. Habia enviado Khiang-loung á Francia diez y seis magníficos dibujos de batallas, que fueron grabados á espensas de Luis XV, bajo la

direccion de Cochin; y luego acompañados de sus dibujos originales y de doscientos ejemplares impresos, fueron enviadas aquellas planchas nuevamente á la China. Al llegar á Pekin en el mes de diciembre del año 1772, quiso el emperador que sus operarios, dirigidos por el P. Benoist, sacasen de ellas nuevos ejemplares; pero como no se trataba ya de la impresion de un simple grabado como el del mapa general, sino de un trabajo fino y delicado, tuvo que adoptar el misionero muchas precauciones, tales como la de inventar una nueva prensa, mojar el papel, componer una nueva tinta y enjugar cuidadosamente la plancha, á fin de no alterar en lo mas mínimo la delicadeza del grabado y obtener una impresion clara y que revelase hasta el menor de los detalles en él contenidos. De este modo se obtuvieron ejemplares, que si bien no eran como los de Paris, demostraban no obstante la inteligencia de los operarios chinos. Tal fué el último trabajo que hizo en China el P. Miguel Benoist, víctima de una apoplegía, que solo le dió el tiempo necesario para recibir los sacramentos, llevándole al sepulcro el dia 23 de octubre del año 1774. Khian-gloung costeó sus funerales, y dijo ante toda su córte: «Era un hombre de bien, y muy celoso para mi servicio; » palabras que habian hecho ilustre á todos los descendientes del finado, si hubiese sido este un tártaro ó un chino.

Cuando en el año 1774 se supo en Peking el breve que suprimia á la Compañía de Jesus, se notó en el emperador y en varios magnates de su córte una impresion dolorosa. El Rdo. Mouly, lazarista, que ha visitado, á una legua de aquella ciudad, el cementerio de los jesuitas franceses, hablando del antiguo refetorio de aquella casa, decia en 1835: « Aquella misma sala que se habia visto en otro tiempo adornada con un gran número de retratos de eminentes jesuitas, no conserva hoy dia mas que dos de ellos, por haber desaparecido todos los demás en medio de los desastres de la persecucion. Los dos retratos que aun se ven en ella, son los de los PP. Parrennin y Bourgeois: están colocados en cada lado de un largo epitafio escrito por el P. Amiot, en nombre de todos sus hermanos, cuando supieron que acababa de ser su ilustre Sociedad disuelta en Europa. Aunque no estoy dotado de una esquisita sensibilidad, mi corazon se conmovió profundamente, y surcaron mi rostro abundantes lágrimas á la simple lectura de aquel epitafio. Está escrito en latin; á pesar de la consistencia del papel y de estar pegado á una plancha de madera, el tiempo y la humedad han borrado por desgracia como unas tres líneas; hé aquí el contenido de aquel epitafio: Aquí yacen varios misioneros franceses pertenecientes á la célebre Sociedad, hoy tan perseguida, que en todas partes enseñó y promovió el culto debido al verdadero Dios. Como hijos sumisos de la iglesia católica, no hubo peligro á que no se espusieran para procurar su triunfo; despúes de haber hecho brillar la antorcha de la fé en estas regiones, no pararon hasta hacer florecer en ellas las ciencias y las artes. En cambio, hallaron en esta tierra estraña la paz de que carecen sus hermanos en el suelo que les vió nacer. Orad por todos ellos.

«No me atrevo á hablaros de nuestras desgracias, escribia el superior de los jesuitas franceses residentes en Peking á uno de sus amigos; á pesar de toda la resignacion, puedo aseguraros que tengo el corazon desgarrado; apuremos empero hasta las heces el cáliz de amargura. Dichosos nosotros, si animados de los generosos sentimientos del apóstol de las Indias y el Japon, sabemos decir con él: «amplius, Domine, amplius.» Entre los infinitos males que nos agovian, ninguno nos ha sido tan sensible como el que esperimentamos en el mes de febrero del presente año 1775. Habia en el colegio una magnífica iglesia, construida á la europea, cuyo monumento augusto de la piedad y celo de los príncipes cristianos, dominaba esta magnífica ciudad, y anunciaba á su modo la gloria del verdadero Dios. No tenia el oriente nada tan bello y tierno. El dia ó fiesta de Santa Catalina de Ricci,

tia del respetable y santo anciano del mismo nombre que hay en el castillo de San Angelo, fué el P. Suno á celebrar en ella la última misa, una hora antes de la en que acostumbran á comer los chinos. Apenas pudo terminar el santo sacrificio, tan fuerte era el olor que se sentia; así que hubo entrado en su cuarto, oyó ya el espantoso grito de «fuego, hay fuego en la iglesia.» Era empero ya tan violento el incendio, que en menos de una hora quedó el templo enteramente arruinado. Al dia siguiente mandó el emperador á sus ministros que se informasen de lo que su abuelo Khang-hi habia dado para la construccion de la iglesia que acababa de ser presa de las llamas; y como se le dijese que dió Khang-hi un *ouan*, cuya suma equivale á la de setenta y cinco mil libras francesas, Khian-loung nos hizo entregar la misma para la reconstruccion de la iglesia. Aquella gracia fué pronto seguida de otra que era aun mucho mayor; habia en la iglesia tres grandes y magníficas inscripciones, hechas por el mismo emperador Khang-hi con su pincel rojo, lo que es el mas rico presente que puede hacerse, y del que solo se conoce el precio al ver el caso que hacen de él los chinos. Tenemos una de esas inscripciones imperiales escrita en tres caractéres, que es una frase atenta que dirigió Khang-hi al P. Parrennin, colocada en el salon en que acostumbramos recibir á los grandes; y he visto á un príncipe de la sangre descubrirse ante ella y retirarse por respeto á un ángulo del salon. Segun las costumbres del pais, es siempre una falta el perder alguno de aquellos presentes., falta que es preciso confesar al emperador; en su virtud, presentaron los PP. del colegio un escrito al emperador, suplicándole se dignase perdonarles la falta que tan involuntariamente habian cometido. El emperador les recibió con aquel aire benévolo que le es tan familiar cuando quiere, y les perdonó como se perdona siempre una falta que se sabe ser involuntaria; luego para reparar su pérdida, mandó á su antiguo ministro, que lo era entonces del imperio, que preparase bellas inscripciones para la nueva iglesia. «Quiero escribirlas yo mismo, añadió el emperador; las escribiré con mi pincel rojo.» Tan pronto como se supo esta noticia, todo el mundo fué á felicitar á nuestros padres; hasta hubo algunos cristianos que consideraron como una verdadera dicha el siniestro ocurrido. Desde entonces estamos mas tranquilos, porque se está reconstruyendo la iglesia, que no será menos grande y magnífica de lo que antes lo era. Por mas que procuremos ocultar en lo posible nuestras desgracias, siempre llegan á saberlas nuestros neófitos, que se muestran inconsolables; si bien evitan á su vez hablarnos de sus males y de los nuestros, por no contristar mas nuestro ánimo. Han llegado de diferentes provincias para celebrar aqui las fiestas de Pascua mas de doscientos cristianos; su fervor nos ha enternecido tanto mas, cuanto que nos ha sugerido la idea de que es probable sigan siempre del mismo modo.... ¡Vana esperanza, sino se procura reemplazarnos en breve! ¡Qué hombres los Loppin, los Roy, los Beuth, los Forgeot y tantos otros como nuestra provincia ha procurado á la China! Cuando hace ya muchos años les vimos partir, no nos cansábamos de admirar su piedad, su celo, su abnegacion, su recogimiento y aquel espíritu interior que les hacia tan fácil la práctica de todas las virtudes. Yo tuve la dicha de seguirles sin tener su perfeccion cristiana, y he visto que desde que estoy aquí, lejos de desmentirse en ellos, ha ido siempre en aumento; puesto que despues de haber llenado una carrera útil y gloriosa á la religion, murieron santos. Ya que no faltan buenos misioneros entre los religiosos y sacerdotes que han querido participar de los sufrimientos y trabajos de la Compañía, que no se tarde en enviarnos á algunos. ¡Dios mio! ¡Cuántas almas van á caer nuevamente en las tinieblas de la idolatría! ¡Y cuántas, á no faltarnos operarios, podrian salir de ellas! Aquí, Dios mediante, aun podremos sostener algunos años la fé, merced á nuestro modo de vivir y á la proteccion que se nos dispensa en palacio;

pero no somos inmortales, y cuando faltemos, volverá Peking á seguir la desgraciada suerte de las demás misiones. »

Félix de Rocha, antiguo jesuita portugués, presidente á la sazon del tribunal de matemáticas, fué encargado en el año 1774 de ir á formar en el Tibet la carta geográfica de una provincia nuevamente conquistada por los chinos, atravesando con este motivo el Ssetchouan, en el que continuaba aun la persecucion, y donde logró la libertad el sacerdote Gleyo, preso desde el año 1769. A los primeros años de su cautiverio recibió aquel misionero grandes favores del cielo, puesto que comulgó un dia miraculosamente en su cárcel, y luego le fué revelado todo lo que habia de acontecerle en su largo cautiverio. Restituido nuevamente en el año 1777 á los cristianos que antes habia evangelizado, solo pensó en sostener y aumentar su fé hasta que le sorprendió la muerte el dia 6 de enero del año 1786. A instancias de otro jesuita, Khian-loung permitió al procurador de la Congregacion de la Propaganda residir en Canton, donde se habia visto obligado á buscar un asilo para librarse de la persecucion de ciertos portugueses, que pretendian cerrar las puertas del Celeste Imperio á todos los apóstoles de las demás naciones.

En el mes de agosto del propio año 1777, quiso Khian-loung dar una nueva prueba de su benevolencia á los antiguos jesuitas. Habiendo recibido Ignacio Sikelpart la órden de ir á retocar un cuadro en uno de los reales sitios, el emperador aparentó creer por primera vez que la mano del pintor temblaba. «¿Qué edad teneis? le preguntó. — Setenta años. — ¿Por qué no lo habeis dicho antes? ¿Acaso ignorais lo que hice por el hermano Castiglione cuando llegó á esa misma edad?» Con efecto, el dia 21 de setiembre se repitió la misma ceremonia de que hemos hablado antes en honor de Sikelpart, en una ocasion tanto mas oportuna, cuanto que habia entonces en Peking un concurso de diez mil letrados de todas las provincias, que habian de recibir grados superiores, y que estaban destinados á ser un dia mandarines de las ciudades de China. Los honores que á su vista fueron tributados á un misionero, es innegable que podian contribuir á que mirasen en lo sucesivo con mas respeto al cristianismo.

Por desgracia fueron desapareciendo uno á uno todos los antiguos jesuitas: Cibot, que llevó su modestia hasta el punto de no querer publicar bajo su nombre ninguna de sus obras, murió en Peking el dia 8 de agosto del año 1780. Jacobo Francisco María Dollieres, que nació en 30 de noviembre del año 1722, fué admitido en la Compañía de Jesus el año 1744, partió para la China con Cibot en el año 1758, y murió el dia 24 de diciembre del año 1774. «Misionero incansable, dice de él Bourgeois, consagraba el dia al ejercicio de buenas obras, y sus noches al estudio; y solo por un favor especial del cielo no sucumbió antes á sus continuas fatigas. Cuando poseyó las lenguas tártara y china, se dedicó á la astronomía, sin dejar por esto de catequizar en menos de un año á muchos indígenas y de oir mas de tres mil confesiones. Se nos considera aquí como dependientes del palacio imperial, por lo que nunca podemos salir de la ciudad sin obtener antes permiso; y sin embargo, lograba siempre Dollieres hacer contínuas escursiones de cincuenta y sesenta leguas para predicar la fé á los pueblos, sin que nunca el gobierno se opusiese á ello. En las horas que le quedaban libres, traducia al tártaro nuestras principales obras de devocion; tenemos de él un Catecismo chino que ha hecho un bien infinito: en una sola vez hizo imprimir mas de cincuenta mil ejemplares, que fueron repartidos por todo el imperio.» El breve dado en el año 1773 causó en el alma de Dollieres una herida profunda, incurable; solo vió ya desde entonces males en lo presente y un desborde general en lo porvenir: el triste cuadro que se le ofrecia á la vista le causó la muerte. Colás, natural de Thionville, matemático de palacio y misionero laborioso, sucumbió al dolor que le causó la muerte de

su amigo. Amiot alcanzó la edad de setenta y siete años, muriendo en Peking en el de 1794.

CAPITULO XXVI.

Misiones de los jesuitas en las islas de los Ladrones (Marianas.)

Hemos visto como Manila durante una larga serie de años, dió un número considerable de animosos apóstoles á la China. Tambien era procedente de aquella metrópoli española de las misiones, digna émula de Goa, metrópoli portuguesa, el hombre estraordinario que fué á civilizar las islas de los Ladrones, visitadas por Magallanes, antes de terminar su existencia en las Filipinas.

Diego Luis de Sanvitores, hijo de una de las mas ilustres familias de Burgos, en Castilla la Vieja, habia sido llamado de un modo enteramente providencial á abrazar la regla de San Ignacio, y se habia preparado con algunas misiones que hacia de vez en cuando en el campo, á la obra de las Misiones Estrangeras, objeto de sus deseos, desde sus mocedades. Acababa de restablecer de una enfermedad que le habia conducido á los bordes del sepulcro, cuando su superior local, le permitió consagrarse, por un voto especial, á aquel ministerio, bajo los auspicios de San Francisco Xavier y del glorioso P. Marcelo Francisco Mastrilli, mártir en el Japon. Destináronle á las Filipinas para donde se embarcó en mayo del año 1660 y al pasar por delante del archipiélago de las Marianas todavía envuelto en las tinieblas del paganismo, no pudo contener sus lágrimas y se arrojó á los piés de su crucifijo para rogar á Dios que no abandonase aquel pobre pueblo, sintiendo un presentimiento de que llegaria un dia que podria evangelizarle. Llegado en julio del año 1662 á las Filipinas, no perdió de vista, en medio de los frutos abundantes do su celo, aquellas islas, las primeras del Oriente, que habian sido descubiertas por Magallanes, pero que los españoles, ocupados entonces en mayores empresas, habian casi abandonado. María Ana de Austria, esposa de Felipe IV, rey de España, y madre de Cárlos II, sabedora del triste estado moral en que se hallaban sus moradores, manifestó su deseo de que les fuese anunciado el Evangelio. Sanvitores escribió entonces al jesuita Nitard (1) confesor de aquella princesa, á fin de que le rogara que tomase bajo su proteccion aquel archipiélago, y dispusiera fuesen enviados á él algunos misioneros. El dia 24 de junio del año 1665, Felipe IV mandó al gobernador de las Filipinas que proporcionase á aquel religioso y á los compañeros de su apostolado, los medios de trasporte necesarios. Sanvitores eligió en las Filipinas al P. Tomás Cardenoso y en Méjico á los PP. Luis de Medina, Pedro de Casanova, Luis Morales y Lorenzo Bustillos, y por último en el mes de junio del año 1668, Medina y Casanova desembarcaron en Guaham, una de las diez y siete islas ó grupo de islotes de que se compone el archipiélago de los Ladrones, que Sanvitores denominó islas Marianas, en honor de María Ana de Austria.

La raza indígena se designa en el pais bajo el nombre de chamorra ó chamorrin y tambien chamorris, nombre que seria difícil justificar de un modo satisfactorio; quizás sea debido á una equivocacion de los compañeros de Magallanes, conservándose despues por la fuerza de la costumbre. Como quiera, los indígenas estaban divididos en tres clases: los nobles, *matoas*; los semi-nobles *atchaots*, y los hombres del pueblo, *mangatchangs*. Los matoas mandaban á las dos clases restantes, y eran constructores de piraguas, guerreros y pescadores. Los atchaots gozaban del privilegio de ayudarles bajo ciertas condiciones; y en cuanto á los mangatchangs, especie de parias,

(1) Juan Everardo Nidhard ó Nithard, natural de Falkeinstein, en Austria, entró en la sociedad de Jesus en el año 1631. Llamado á la córte del emperador Fernando III, fué nombrado confesor de la archiduquesa María, á quien acompañó cuando vino á España para casarse con Felipe IV. Despues de la muerte de Felipe, la reina madre le dió el cargo de inquisidor general, y le hizo entrar en el ministerio. Habiendo perdido mas tarde el favor, se retiró á Roma, donde fué nombrado embajador de España Clemente X le nombró cardenal en 1672 y obispo de Edesa, muriendo nueve años mas tarde. (Nota del trad.)

les estaba prohibida la navegacion. La lengua de aquellos isleños no tiene ninguna palabra para designar la divinidad; de lo que dedujo el P. Gobien que aquellas gentes no habian concebido ninguna idea de un Ser supremo. Otras personas autorizadas pretenden que reinaban algunas vagas creencias entre ellos. Hé aquí cuales eran sus ideas sobre el orígen del mundo. Pontan ó Fontan, hombre muy ingenioso, vivió un gran número de años en los espacios imaginarios que existian antes de la creacion; cuando su muerte, encargó á sus hermanas que hicieran con su pecho y espaldas el cielo y tierra, con sus ojos el sol y la luna y con sus cejas el arco iris. Los marianos reconocian la inmortalidad del alma: segun ellos, el hombre que moria tranquilamente y sin ningun dolor, iba al paraiso gozando de los abundantes frutos que dán sus árboles; al paso que aquel cuyos últimos momentos eran violentos y agitados, iba al infierno, llamado por ellos Sassalagoham. Conocian el diablo bajo el nombre de *kaifi ó aniti* (maligno espíritu.) Creian que si alguna persona destruia el apoyo de una casa, el alma del que la habia construido, no dejaria tarde ó temprano de vengarse de semejante accion. Segun ellos, el diablo permanecia entre los vivos, maquinando siempre la maldad. Afortunadamente las almas de sus antepasados se oponian á las tentaciones diabólicas, y acudian en su ausilio en el momento del peligro. Habia almas mas poderosas que el demonio y otras que no lo eran tanto: las primeras habian pertenecido á hombres intrépidos y activos; las segundas á los perezosos y cobardes. Las mugeres tambien tenian alma, pero de menos valor que la de los hombres; y se estaba en duda si la tenian los mangatchangs. Una cosa muy singular era el temor que inspiraba á los marianos el ave carolina llamada *otag*: presagio de mal tiempo, su aparicion en aquella costa siempre era de un funesto agüero. En el peligro y en la necesidad, los indígenas invocaban á los *antis* (almas de los difuntos,) primero con voz natural, y si el peligro ó necesidad continuaban, en tono mas alto y por último á grandes voces. Aquellos fuertes gritos significaban: «Almas de los finados, socorrednos, si amasteis á vuestra familia.» Los *makanas* ó hechiceros que desempeñaban una especie de sacerdocio, se dividian en dos clases: una compuesta de *mangatchanges*, no hacia mas que mal; otra de nobles, siempre hacia bien. Estos últimos procuraban buenas pescas, felices viajes, abundantes cosechas y una temperatura conveniente. Los makanas, para consultarlos en sus predicciones, guardaban en sus casas los cráneos de sus muertos encerrados en algunas cestas. Además de aquellos hechiceros, algunos *eamtis* (curanderos de ambos sexos), se dedicaban á la cura de enfermedades especiales, tales como dislocacion ó fractura de miembros, heridas de toda clase, calenturas, etc.

El gefe Kipoha, recibió con bondad á los PP. Medina y Casanova, quienes despues de haber plantado una gran cruz en la playa, como para tomar posesion de la isla en nombre de Jesucristo, regresaron á su nave, acompañados de los principales indígenas. Habiendo rogado al P. Sanvitores que desembarcase, comenzó su apostolado, celebrando los santos misterios para pedir á Dios la conversion de aquel pueblo infiel, evangelizándolo en el idioma local que habia aprendido durante el viage. Aquella primera alocucion dió por resultado la conversion de mil quinientos oyentes. Eligióse la poblacion de Agaña como centro de la mision y de los trabajos apostólicos, y Kipoha dió á Sanvitores el terreno necesario para edificar una iglesia y la casa de los jesuitas. El superior se trasladó con Medina á Gouaham, envió á Casanova á la isla de Rota y mas tarde á Cardenoso y Morales á la de Tinian, cuyas magníficas ruinas, demuestran que aquel suelo tuvo sus días de prosperidad y grandeza. En presencia de aquellos restos de construcciones colosales el ánimo queda sorprendido. Las ruinas mas bien conservadas se hallan al oeste del fondeadero y el edificio que allí existió, tenia doce soberbios pilares de los cuales únicamente han quedado ocho de pié (Pl. CXV,



[illegible]

Ruine di Tinian — Ruinas de Tinian



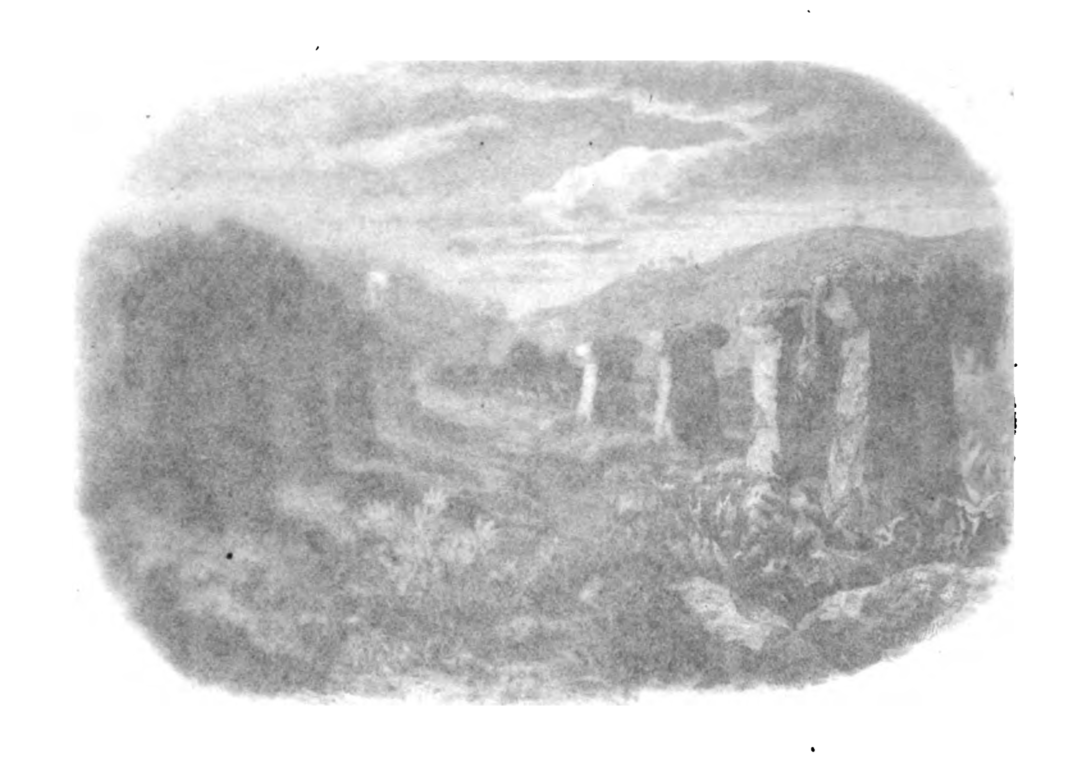
[illegible]

Sacerdotes — Sacerdotes



[illegible] 1. Algunos [illegible] cerca de [illegible] parecen [illegible] de mas de [illegible] plantas [illegible] prestan á [illegible] como [illegible] todos los [illegible] de los matas y de los [illegible] habia hecho concebir [illegible] y de las gracias [illegible] á los [illegible] con dignos de [illegible] Sanvitores á los [illegible] sus [illegible] la tela que habia [illegible] de hojas de [illegible] por [illegible] todos los [illegible] llamado Choco, se [illegible] y suscitó [illegible] hostiles, que [illegible] heridos [illegible] o apac[illegible] y fuero[illegible] para conduc[illegible] [illegible] en [illegible] la muleta [illegible] llamado Choco por la [illegible] de reliquias á los [illegible] del servicio [illegible] Dios para pedirle el bau[illegible] El apostol [illegible] las islas de [illegible]n y de Saypan [illegible] que Morales [illegible] conformidad [illegible], á llevar el Evangelio á Anatayan, Sarigan, Alamaguan, P[illegible] y Grigan. De regreso á Gouaham en [illegible] del año 1669, Sanvitores estableció en [illegible] pueblo de Agaña un seminario, bajo el titulo de S. Juan de Letran, para la educacion de la juventud indigena. « Aquellos jóvenes,

[illegible] camino. Pe[illegible] del año 1670 que se construirian [illegible] otra en Sonharon. [illegible]chando procesi[illegible] lugar designad[illegible] P. Medina [illegible] del [illegible] y [illegible]





n.° 1.) Algunos restos mas deteriorados y situados cerca de un pozo llamado *pozo de los antiguos*, parecen haber formado parte de un edificio de mas de cuatrocientos pasos de largo ; las plantas trepadoras y enredaderas que los enlazan, prestan á aquel recinto un aspecto tan original como pintoresco. El principio de igualdad de todos los hombres ante Dios, alarmó el orgullo de los matoas y de los atchaotes. Sanvitores les habia hecho concebir tan alta idea del bautismo y de las gracias que este sacramento procura á los que lo reciben, que no juzgaron dignos de recibir semejante don á los mangatchanges. Con suma dificultad logró el misionero convencerles que en materia de salvacion, no existe ninguna diferencia entre nobles y plebeyos. En fin, logróse desterrar la preocupacion, y el gefe Kipoha fué regenerado el primero con el nombre de Juan. Como aquellos pueblos iban desnudos, al bautizar Sanvitores á los insulares, les daba alguna ropa para cubrir sus carnes ; pero como no bastase la tela que habia traido, quiso que se sirviesen de hojas de palmera ; mas para hacer aceptar aquel estraño traje, tuvo que usarlo él mismo por sobre la sotana y entonces le imitaron todos los catecúmenos. Un chino idólatra, llamado Choco, se opuso á la obra de los misioneros y suscitó contra ellos prevenciones tan hostiles, que los PP. Medina y Morales fueron heridos alevosamente. Al saberlo Sanvitores, se sintió de repente inspirado de ir á encontrar á aquel enemigo del cristianismo : entabló con él la discusion, en presencia de la multitud, y subyugado Choco por la fuerza de la verdad, cayó de rodillas á los piés del servidor de Dios para pedirle el bautismo. El apóstol visitó en seguida las islas de Tinian y de Saypan, mientras que Morales iba en conformidad á sus órdenes, á llevar el Evangelio á Anataxan, Sariñan, Alamaguan, Pagan y Grigan. De regreso á Gouaham en enero del año 1669, Sanvitores estableció en el pueblo de Agaña un seminario, bajo el título de S. Juan de Letran, para la educacion de la juventud indígena. « Aquellos jóvenes, dice Le Gobien, cantaban diariamente á dos coros la doctrina cristiana con una modestia que encantaba ; iban por las calles con la campanilla para advertir á los demás jóvenes que acudiesen para aprender el catecismo. Los mas hábiles y mas adelantados en edad, acompañaban á los PP. en sus misiones y les servian de catequistas ó intérpretes. » La reina de España que habia tomado bajo su proteccion las islas Marianas, consolidó aquel seminario de jóvenes por medio de una escritura fechada el 18 de abril de 1673, en la que le asignaba tres mil pesos pagaderos anualmente por el tesoro real de Méjico, y ordenó tambien al virey de Nueva España que se entendiera con Sanvitores para el establecimiento de un seminario de doncellas.

Dios apoyó con milagros la mision de su siervo. Casanova y Medina no habiendo podido evitar ni calmar la enemistad que reinaba entre los habitantes de las dos principales poblaciones de la isla de Tinian, llamadas Marpo y Sonharom, acudió Sanvitores desde Gouaham y se constituyó mediador entre los dos bandos. En vez de atender á sus amonestaciones, le apedrearon ; pero quedaron admirados al ver al apóstol que permanecia inmóvil en medio de una lluvia de guijarros, que apenas tocaban á Sanvitores ó á su crucifijo, quedaban reducidos á polvo y caian al suelo como fina arena Aquel milagro no apaciguó sin embargo á aquellos furiosos, y fueron necesarias largas negociaciones para conducirles por el buen camino. Por último, logróse en enero del año 1670 que se olvidaria lo pasado ; que se construirian dos iglesias, una en Marpo y otra en Sonharom, y que los dos bandos, marchando procesionalmente, se encontrarian en un lugar designado para la reconciliacion. « El P. Medina, añade Le Gobien, se puso al frente del bando de Marpo, que desfiló con gran órden, llevando el estandarte de la Santísima Vírgen y de los santos protectores de la mision. El P. Sanvitores precedia con una gran cruz en la mano á los habitantes de Sonharom, y al encontrarse, los que antes eran encarni-

zados enemigos, adoraron la cruz con grandes muestras de dolor y arrepentimiento y luego se hicieron algunos regalos de arroz y frutas y sobre todo de conchas de tortuga, que, entre aquellos pueblos, son como el sello de la paz. Los de Marpos presentaron una concha tan grande que por su esquisidad fué consagrada á la Santísima Vírgen, en la iglesia de Ntra. Sra. de Guadalupe en la isla de Tinian. A fin de dejar un monumento imperecedero de aquella paz, llamóse al lugar donde el P. Sanvitores habia sido apedreado el *Campo de la Sta. Cruz*, y construyóse mas tarde en aquel sitio una ermita en honor de Ntra. Sra. de la Paz.»

El P. Medina tuvo la dicha de ser el primer mártir de la Compañía en las islas Marianas. Pereció en la de Saypan de un lanzaso que le atravesó la garganta el dia 29 de enero del año 1670. Del mismo modo murió el catequista Hipólito de la Cruz que le acompañaba. El Ilmo. Juan Lopez, obispo de Nombre de Dios, en la isla de Cebú en las Filipinas, á cuya jurisdiccion estaban sometidas las islas Marianas, ordenó que se instruyese una informacion judicial acerca de la muerte de los dos mártires, cuyos cuerpos fueron trasladados á la iglesia de Agaña, capital de la isla de Gouaham.

Habiendo llegado en junio del año 1671 los PP. Francisco Solano, Alonso Perez, Diego Noriega y Francisco Esquerrá para ausiliar á Sanvitores, envió al último á la isla de Rota. Lopez evangelizó las de Saypan y Tinian, dotando á Sonharom de un seminario de jóvenes parecido al de Agaña. Para facilitar la administracion espiritual de la isla de Gouaham, Sanvitores la dividió en cuatro partes, con una iglesia en cada una que servia para cuarenta poblaciones. El catequista Bazan, que aquel misionero habia agregado en su cohorte apostólica diciéndole: «Hijo mio, quereis venir conmigo para ser mártir?» viendo con sentimiento que el gefe Kipoha deshonraba su carácter de cristiano con la licencia de sus costumbres, le dirigió algunas amonestaciones, pero Kipoha á quien cegaba su pasion, por toda respuesta le hizo asesinar el 31 de marzo del año 1672. Nicolás de Figueroa y Damian Bernal, catequistas de Sanvitores, perecieron tambien á manos de los indígenas. Dios pareció disponer á los misioneros para su muerte, con la del apóstol de las islas Marianas. Acompañado del catequista Pedro Calangsor, dirigióse Sanvitores el dia 2 de abril de 1672 al pueblo de Tumham para regenerar la hija de Matapang, cristiano apóstata. «Entra en mi casa, impostor, le dijo aquel bárbaro, encontrarás un cráneo que guardo y que podrás bautizar si te place. — Déjame bautizar á tu hija enferma, puesto que tu mismo eres cristiano, le contestó el siervo de Dios. Despues me matarás, si quieres; voluntariamente perderé la vida del cuerpo, para procurar la vida del alma á esa criatura.» Rechazado Sanvitores por aquel padre malvado, se dedicó á catequizar la juventud del lugar, pero Matapang se asoció con otro indígena para asesinar al misionero. Aprovechando el apóstol su ausencia para penetrar con el catequista en su casa, logró bautizar á la jóven, pero apenas lo hubo logrado, llegaron los asesinos (Plancha CXV, n.° 2.) Calangsor fué muerto por el idólatra Hirao. Sanvitores al ver que habia llegado la hora de su muerte, presentó el crucifijo á los dos indígenas y les dijo: «Sabed que Dios es el soberano Señor de todas las naciones, y que él es el único soberano que se debe adorar en la isla de Gouaham.» Pero apenas hubo pronunciado; «Que Dios se apiade de tí, Matapang,» cuando Hirao le descargó un gran golpe de maza en la cabeza y Matapang le atravesó el cuerpo de un lanzaso. Así murió el fundador de la mision á la edad de cuarenta y cinco años, despues de haber establecido la fé en trece islas, fundado ocho iglesias, organizado tres seminarios para la educacion de la juventud de ambos sexos y bautizado á mas de cincuenta mil indígenas. Matapang desnudó su cuerpo que halló cubierto de un rudo cilicio y de un áspero cinturon de hierro. Arrancó el pequeño crucifijo que el

apóstol llevaba al cuello y lo rompió diciendo: «Hé aquí lo que los españoles reconocen por su Dios y Señor. Cubrió con ascuas y ceniza las huellas de sangre, trasladó con Hirao los dos cuerpos á la playa, atándoles una gruesa piedra á los piés y los precipitó al mar. Si las reliquias desaparecieron, Dios puso de manifiesto la santidad de Sanvitores por medio de milagrosas curas.

El P. Solano, segundo superior de la mision, murió el dia 15 de junio siguiente y fué reemplazado por el P. Esquerrá á quien degollaron los idólatras en 2 de febrero del año de 1674. Igual muerte alcanzaron los PP. Antonio de San Basilio y Sebastian de Mauroy en el año 1676. Bajo la direccion del P. Manuel de Solorzano que llegó á las islas Marianas en 1679, aquella mision se hizo mas y mas floreciente; pero tambien aquel ilustre varon obtuvo la corona del martirio en premio de su apostolado. Los misioneros de Gouaham tenian costumbre de reunirse todos los años en Agaña, ocho dias antes de la fiesta de S. Ignacio para conferenciar sobre los medios de adelantar en la obra de Dios; pero aconteció en el año 1685 que cuando se hallaban todos en camino estalló una sedicion general. Los PP. Cardenoso, Bustillos y Le-Roux llegaron el mismo dia en Agaña, y los PP. Tilpe y Ahumada al dia siguiente; pero el P. Teófilo de Angelis que evangelizaba la isla desde el mes de junio del año 1681, fué degollado en Ritidian. Los dos seminarios de Agaña y la casa de los jesuitas fueron presa de las llamas, porque los españoles se retiraron á la fortaleza. Los PP. Agustin Strobach y Cárlos Boranga, fueron tambien degollados, el primero en la isla de Tinian y el segundo en la de Rota, porque la revolucion tenia partidarios en todas las poblaciones del archipiélago. Pasados los primeros momentos de sorpresa y habiéndose dirigido algunos españoles á Gouaham, centro de la rebelion, cambió el aspecto de las cosas, porque los idólatras intimidados se retiraron á los bosques y montañas. El P. Gerardo Bouvens, entonces superior de la mision, se esforzó en hacer brillar de nuevo la luz de la fé y con ella la religion. A principios del año 1689, terminóse la iglesia de Pago y se reedificó la de Umaga. Mas de veinte franciscanos que iban á las Filipinas y á quienes un naufragio arrojó á la costa de Gouaham, fueron testigos del activo apostolado de los jesuitas y vieron con una santa emulacion los copiosos frutos que reportaban de su celo, como así lo patentiza una carta escrita desde Filipinas en 8 de abril de 1692 por Fr. Antonio de la Concepcion y Urrea, uno de ellos, al P. Lorenzo Bustillos, vice-provincial y superior de la mision de las Marianas. A las revueltas felizmente reprimidas de los indígenas, sucedió en el año 1693, un terrible huracan que arrancó en Gouaham cuanto se levantaba del suelo, de modo que en toda la isla no quedó una sola casa en pié; pero la religiosa liberalidad de los indígenas convertidos, permitió que pronto pudiesen edificarse de nuevo las iglesias.

Las espediciones del comandante Quiroga, gobernador español de las Marianas, facilitaron muy mucho los progresos del cristianismo. «No os pido mas que una cosa, decia á los idólatras de las islas que recorria, y es que escucheis á los predicadores del Evangelio y os mostreis dóciles á sus instrucciones.» Así es, que á contar del año 1699, la idolatría quedó casi estinguida en las islas Marianas.

En el número de los misioneros que en el año 1721 evangelizaban la isla de Saypan, cítase al P. Cruydolf de quien el P. Gil Wibault, en las *Cartas edificantes*, habla en estos términos: «Trataba de construir una iglesia que pudiese resistir á los furiosos huracanes que reinan todos los años en aquellas islas y que derriban casi todos los edificios. A este objeto buscaba una madera de cierta clase; pero los indios con quienes se informó, ya fuese por indolencia, ya por temor que tenian de ciertos nigrománticos que moraban en los bosques, llamados *makandas* en su idioma, contestaron unánimemente que no habia semejantes árboles en la isla. Ya habia perdido el religioso

toda esperanza, cuando en la víspera de la Ascension, un niño, que apenas empezaba á hablar, se presentó á él y le dijo: « Padre, allí, » y no pudiendo decir otra cosa, indicóle con la mano un punto de la isla, pronunciando varias veces el nombre del árbol de que tenia necesidad el religioso. Enseguida se trasladó este á aquel lugar con sus domésticos y varios neófitos, encontrando el árbol que buscaba y en poco tiempo construyó una hermosa iglesia.

« Este misionero tenia á su servicio un jóven de veinte años que le servia con mucho celo. Uno de aquellos mukandas puso en obra todos los secretos de su arte diabólico para ocasionarle la muerte, y en efecto cayó el jóven en un estado de postracion tal, que hacia temer por su existencia. El P. Cruydolf, creyendo que su enfermedad era natural, empleó en un principio los remedios ordinarios; pero á pesar de ello, la enfermedad iba en aumento todos los dias con síntomas estraordinarios, acompañados de visiones horribles que le atormentaban todas las noches y lo reducian al último estremo. El sentimiento que esperimentaba el misionero por la pérdida de tan fiel criado, le inspiró la idea de apelar á remedios sobrenaturales, y al efecto aplicó al enfermo una reliquia de S. Ignacio. Desde luego el enfermo se vió libre de la postracion que sufria, y al poco tiempo recobró completamente la salud. El mismo dia que salió de su estado de convalescencia, vióse á la madrugada á un hombre ahorcado en un árbol inmediato á la iglesia. Muchos indios fueron á decir al misionero que aquel miserable era el mas famoso makanda de toda la isla, que habia jurado la perdicion del jóven y que á este efecto habia empleado toda su mágica ciencia; pero que viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos, les habia dicho el dia anterior, que en su desesperacion estaba resuelto á quitarse él mismo la vida. El religioso despues de haber dirigido una exhortacion patética á cuantos habia reunido aquel horrible espectáculo, añadió: » — Decid á todos los makandas que conozcais, que pueden reunir todas sus fuerzas, que no les temo. — Ya hace mucho tiempo, contestaron, que hacen todos los esfuerzos posibles para dar la muerte á los misioneros, á fin de exterminar el cristianismo; pero muchas veces se han visto obligados á confesar su impotencia y debilidad.

« Un domingo, siguiendo el P. Cruydolf el camino de la playa para ir á visitar á un enfermo, encontró á algunos indios que trabajaban en la construccion de algunas barcas. Preguntóles si no habia otros dias en la semana en los que pudiesen dedicarse á aquella faena, y porque motivo faltaban de aquel modo al precepto de la iglesia, que les ordenaba santificar el dia del Señor, absteniéndose de toda obra servil y consagrándolo á los santos ejercicios de las buenas obras cristianas. Contestáronle de un modo brutal, que tal era su voluntad. El misionero prosiguió su camino sin replicar; pero pocas horas despues, cuando de regreso de casa del enfermo, pasó por el mismo sitio, halló reducidas á cenizas las barcas y el cobertizo bajo el cual las construian, y los indios que habian sido tan poco dóciles á sus quejas, cubiertos de confusion y dando muestras del mas vivo arrepentimiento. »

CAPÍTULO XXVII.

Misiones de los jesuitas en el archipiélago de Palaos (Carolinas occidentales) y en Nuevas Filipinas (archipiélago de las Carolinas, propiamente dicho).

Un nuevo campo se abrió á la predicacion del Evangelio. Los jesuitas Antonio Fuccio, siciliano, provincial de la provincia de Manila y Pablo Clain, su compañero, visitaron el archipiélago de las Visayas (islas de los Pintados) donde setenta y siete mil cristianos vivian bajo la direccion espiritual de cuarenta y un hijos de S. Ignacio, asistidos de dos hermanos coadjutores. En Guivam, poblacion de la isla de Samar, la mas importante de las Visayas (1) encontraron á veinte y nueve pa-

(1) Esta isla perteneciente á la España, que forma parte del archipiélago de las Filipinas situada al S. E. de la grande isla

laos ó habitantes de las Carolinas occidentales, que los vientos del Este habian arrojado á trescientas leguas de su patria, en la costa de Samar, el dia de los Santos Inocentes del año 1696. Cuando los palaos ó carolinos, supieron que iban á conducirles en presencia del P. misionero de Guivam, se pintaron todo el cuerpo de un cierto color amarillo, lo que pasaba entre ellos por un adorno. En presencia del jesuita, aquellos estrangeros, movidos del respeto que les inspiraba, le tomaron por el rey del pais, en cuyas manos estaba su salvacion; así es que todos se arrojaron á sus piés, implorando su misericordia. El misionero, movido por su afliccion, les hizo levantar enseguida, hablóles con bondad, acarició á sus hijos, proveyó á sus necesidades y uno de ellos tuvo la dicha de recibir el sacramento del bautismo en el lecho de muerte. El P. Clair, en una carta al R. P. General de la Compañía, dice hablando de estos insulares: «Admiran.... la magestad de las ceremonias con que celebra la Iglesia los divinos oficios.... Hasta al presente no han manifestado que tuviesen ningun conocimiento de la divinidad, ni que adorasen á los ídolos: su vida es puramente animal.... Están tan contentos por encontrar aquí en abundancia cuanto es necesario á la vida, que abrigan deseos de volver á su pais para hacer venir á sus compatriotas y persuadirles que entren en relaciones comerciales con estas islas. A nuestro gobernador le gusta mucho esta idea, en su propósito de someter todo este pais al rey de España y otro tanto sentimos nosotros, porque de este modo se abriria una gran puerta para la predicacion del Evangelio.... Ya se han bautizado las criaturas, y á los demás se les instruye en los misterios de nuestra santa religion. Os participo todo esto, R. P., persuadido de que tendreis una satisfaccion en saber que será dable á algunos de nuestros hijos, llevar la fé á esos nuevos y remotos paises. Tenemos necesidad de obreros para atender a tantos trabajos; confiamos que tendreis la bondad de enviárnoslos y de no olvidarnos en vuestras oraciones.»

Los jesuitas Andrés Serrano y Domingo Medel, pasaron á Roma, con cartas del arzobispo de Manila, para solicitar la proteccion del Papa á favor de la mision de las Carolinas occidentales. Clemente XI entregó en 1.º de marzo del año 1705 al P. Serrano varios breves dirigidos á los reyes de España y Francia, y á los arzobispos de Méjico y Manila. En fin, los PP. Duberron y Cortil, acompañados de Fr. Estevan Baudin partieron el 14 de noviembre del año 1710 del archipiélago de las Filipinas á bordo del navío la *Santísima Trinidad*, mandado por Francisco Padilla, para ir á llevar la fé á las Carolinas occidentales. José Somera, uno de los oficiales del citado navío, dice, refiriendo aquel viaje: «Despues de quince dias de navegacion, el dia 30 de noviembre del año 1710, descubrimos tierra al noroeste: eran dos islas que los PP. Duberron y Cortil, llamaron San Andrés por ser el nombre del apóstol cuya fiesta se celebraba aquel dia. Al llegar muy cerca de ellas, vimos un barquichuelo que venia hácia nosotros y en él iban algunos insulares que nos gritaban de lejos: *¡Mapia! ¡Mapia!* (Buenas gentes). Un palaos (habitante de Pelew), que habia sido bautizado en Manila y que nos acompañaba, les hizo seña de que se acercáran y les habló. Enseguida subieron á bordo y nos dijeron que aquellas islas se llamaban Sonsorol (Sonsol en el mapa de Cantova, Sorol en el de Serrano), y que eran del número de las islas Palaos. Manifestaron mucho contento de verse entre nosotros y lo demostraron besándonos las manos y abrazándonos.... Los dos misioneros quisieron persuadir á uno de ellos que se quedase, pero no pudieron lograrlo; le hablaron de religion y le hicieron pronunciar los nombres de Jesus y María, lo que hizo de un modo muy afectuoso.... El dia 5, dichos mi-

de Luzon, de la que está separada por el estrecho de San Bernardino y cuya superficie es de 168 kil. de largo por 1[illegible]0 de ancho. cuenta al presente con una poblacion de 111.000 habitantes. Unicamente las tribus independientes que viven errantes en los bosques y montes del interior, dejan de pertenecer al gremio del cristianismo. (Nota del Trad.)

sioneros manifestaron su propósito de desembarcar para plantar una cruz. Padilla y yo les hicimos presentes los peligros á que se esponian, no conociendo ni el carácter ni las intenciones de aquellos insulares y el embarazo en que se verian si las corrientes ó vientos contrarios impidiesen acercarse el navío á la costa para poder reembarcarse ó para socorrerles. Pero resueltos á arrostrarlo todo, dejando á Fr. Baudin á bordo, entraron en la chalupa con el contramaestre, un cabo de mar, el palaos intérprete, su muger y sus hijos. Despues de su partida.... el jesuita, el segundo piloto y yo fuímos todos de parecer de hacer rumbo para descubrir la isla Panlog, principal de todas, y distante unas cincuenta leguas de la que dejábamos.» Habiendo vuelto Padilla á las islas Sonsorol para informarse de la suerte de los misioneros, cruzó por espacio de tres dias por delante del grupo, sin que se dejase ver ninguna piragua, y al cabo de aquel tiempo un fuerte viento tempestuoso le obligó á alejarse. El año siguiente, el P. Serrano partió de Manila para ir en busca de los PP. Duberron y Cortil; pero al tercer dia de navegacion, una tempestad destrozó el buque en que iba, salvándose únicamente de aquel triste naufragio dos indios y un español que llevaron la nueva á Manila. Mas tarde un buque español al pasar cerca de Palaos, castigó la osadía de aquellos insulares haciéndoles algunos prisioneros, á quienes habiéndoles preguntado por señas lo que habia sido de los dos Padres que habian quedado en una de sus islas, contestaron tambien por señas, dando á entender que sus compatriotas les habian muerto y despues se los habian comido.

Del mismo modo que los vientos del Este habian arrojado en el año 1696 algunos palaos ó carolinos á la costa de Samar, una de las Visayas, lo propio en el año 172...., el viento oeste habia llevado otros carolinos á las costas de Gouaham, una de las Marianas, cumpliéndose así una prediccion del P. Sanvitores. «Casi al mismo tiempo que se tomaba posesion de las islas Marianas, escribia el jesuita Cantova al P. Aubenton de la misma Compañía, se tuvo noticia de algunas otras islas.... á las cuales desde luego se las designó con el nombre de Carolinas. Considerábase la isla de Gouaham, la mayor de las Marianas, como la puerta que debia abrir la entrada de una inmensa multitud de islas australes enteramente desconocidas; y porque estas islas que se llaman Carolinas, se hallan, por decirlo así á la cabeza de esas islas australes, todos los gobernadores de Gouaham hicieron varias tentativas para obtener tan importante descubrimiento, pero siempre fueron inútiles todos los esfuerzos dirigidos á su logro. No obstante el P. Bouvens, uno de los misioneros de las islas Marianas, lejos de desanimarse por aquel poco éxito, mantenia vivo su ardor, para tan útil empresa. Hablando sobre este particular un dia con el P. Luis de Sanvitores, que con justicia puede llamarse el apóstol de las islas Marianas, puesto que fué el primero que llevó á ellas las luces de la fé, y que la ha cimentado con su sangre, espirando bajo la cuchilla de los idólatras; «No os impacienteis, díjole el hombre apostólico, aguardad que la cosecha esté sazonada. Entonces se verá á los habitantes de las Carolinas que ellos mismos vendrán á buscar los cosecheros para recojerla.» Parece que el cumplimiento de esta prediccion haya estado reservada á estos últimos tiempos. El dia 19 de junio (172....) vióse una barca estrangera, poco diferente de las que se construyen en las Marianas, si bien un poco mas alta, de modo que un vigía que la vió de lejos navegar á toda vela, tomóla por un buque de alto porte. Aquella barca abordó á una playa desierta de la isla de Gouaham, del lado del Este, llamada Tarofofo. Llevaba veinte y cuatro personas: once hombres, siete mugeres y seis niños. Algunos desembarcaron como azorados y deslizándose por debajo las palmeras cercanas á la playa, hicieron provision de cocos. Un indio de las Marianas que estaba pescando en las inmediaciones de aquel sitio, habiéndolos visto, fué á participárselo al P. Muscati, viceprovincial que se hallaba

entonces en la poblacion de Inarahan. Al punto aquel religioso acompañado del alcalde del pueblo y de algunos habitantes, se embarcaron en unos botes y fueron á ausiliar á aquellos pobres insulares, que no sabian ni en que pais se encontraban, ni con que nacion tenian que habérselas. Como el alcalde llevaba una espada pendiente del cinto, aquella arma espantó á los insulares imaginando que peligraba su existencia. Las mugeres sobre todo, empezaron á exhalar lastimeros ayes, y si bien por medio de señas se trató de tranquilizarles, no hubo medio de lograrlo. No obstante, uno de ellos mas atrevido que sus compañeros, habiendo visto al P. Muscati en la playa, dijo en su lengua dos ó tres palabras á los que iban con él, y saltando en tierra se fué directamente al encuentro del misionero á quien ofreció algunas bagatelas de su isla, que consistian en unos pedazos de carey, con que se hacen brazaletes aquellos insulares, y en una especie de pasta de color amarillo ó encarnado con la que se pintan el cuerpo. El Padre abrazó tiernamente al isleño y acogió benévolamente el presente que le hacia. Aquellas demostraciones de amistad disiparon todo recelo; la confianza sucedió al espanto, y los que se habian quedado en la barca, no tuvieron dificultad en desembarcar.... El misionero les hizo dar algunos vestidos á fin de que se presentasen con mas decencia, y les invitó á pasar algunos dias en Inarahan, hasta haber recibido contestacion del gobernador general de las Marianas, á quien participó la llegada de aquellos nuevos huéspedes. El dia 21 otra barca estrangera, aunque parecida á las de las islas Marianas, abordó en el cabo Orote, que está al Oeste de la isla de Gouaham. No contenia mas que cuatro hombres, una muger y una criatura; á todos se les dió vestidos y se les condujo á Umata donde se hallaba entonces el gobernador general D. Luis Sanchez, para confrontarlos con los otros isleños y ver si eran de la misma nacion. Indecible fué su alegría cuando se vieron y lo demostraron con los cariñosos y repetidos abrazos que todos se dieron.... Se hallaban muy estenuados por la fatiga, y tenian las manos desolladas de tanto remar. Uno de ellos, jóven todavía, de una complexion robusta al parecer, no sobrevivió por mucho tiempo á tanta fatiga. Se le instruyó tanto como fué posible, en los principales misterios de la fé, y se le confirió el bautismo en el artículo de la muerte. El dia 28 de junio, el gobernador Sanchez mandó conducir á aquellos insulares á la ciudad de Agaña, capital de las islas Marianas, donde tenian los gobernadores su morada fija. Como aquellas gentes estaban muy débiles y enfermizas, se procuró ante todo restablecer su salud, lo que se logró merced á los desvelos de Fr. Chavarri, nuestro farmacéutico, y despues se trató de instruirles en algunos misterios de la fé. La empresa no era fácil, porque su lenguaje nos era enteramente desconocido y nos faltaban intérpretes para hacernos comprender. No obstante, como algunos de ellos vivian en nuestra casa, á fuerza de oirles hablar y de hacerles nombrar las cosas que les enseñábamos ó indicábamos por medio de señas, al cabo de dos meses estuve en estado de traducir en su lengua la señal de la cruz, la oracion dominical, el símbolo de los apóstoles, los mandamientos de la ley de Dios y un compendio del Catecismo. Todo lo aprendieron de memoria y lo repetian á menudo en presencia de sus compañeros; despues les hacia una pequeña plática que terminaba con un refrigerio, lo que era un inocente cebo, que les llevaba con mas buena voluntad á la iglesia. El dia de la fiesta de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, un español, me trajo en sus brazos un hijo de aquellos insulares que tendria unos cuatro años y que se hallaba gravemente enfermo, á fin de que le administrase el sacramento del bautismo. Apenas lo hubo recibido, que empezó á mejorar, y al cabo de pocos dias gozaba ya de una salud perfecta. Aquella criatura ha sido despues un portento, por la prontitud con que ha aprendido la doctrina cristiana y por su facilidad en imitar las maneras corteses y civiles de Europa. Administré además el bautismo á otros

cuatro infantes, el dia de S. Miguel, celebrándose aquella ceremonia con mucha solemnidad y en presencia de un gran concurso de gentes. Los padres habian dado su consentimiento y se habian comprometido además á dejarles en Agaña confiados á nuestro cuidado, en el caso que volviesen á sus islas sin ir acompañados de algunos misioneros.... Aquellos carolinos adultos habiéndose convencido de la necesidad del bautismo para alcanzar la dicha de ir al cielo y evitar las penas eternas del infierno, me manifestaron varias veces el deseo que abrigaban de ser cristianos; pero como no habian olvidado su patria, donde pretendian volver mas tarde y era moralmente imposible que, privados de pastores y en medio de una tierra infiel, dejáran de pervertirse otra vez, volviendo si se quiere insensiblemente á su primera infidelidad, no se consideró prudente acceder á sus deseos.... Escribí al R. P. provincial pidiéndole el permiso de acompañar aquellos isleños para enterarme de su pais, carácter y costumbres de sus naturales, y poder juzgar por mí mismo de su disposicion en abrazar la doctrina cristiana El gobernador me habia ofrecido un buque para aquel viage....; pero la contestacion del P. provincial no se halló conforme con mis deseos, porque temia que aquella empresa no mereciese la aprobacion en Manila y se le hicieran cargos por haberme autorizado á ello.... Entretanto una de aquellas siete mugeres dió á luz un niño que me trajo su padre para que le confiriese el bautismo: el Sr. Gobernador le sirvió de padrino y le puso por nombre Luis Felipe. Como se retardase la partida de nuestros insulares y yo hubiese adquirido un conocimiento suficiente de su lengua, me aproveché de su permanencia en Gouaham, para informarme mas detenidamente del número y situacion de sus islas, de su religion, creencias, hábitos, costumbres y gobierno....

« Preguntéles quien habia hecho el cielo y la tierra y todas las cosas visibles, y me contestaron que lo ignoraban enteramente.... Reconocen no obstante buenos y malos espíritus; pero segun su modo de pensar *todo* material, dan á esos pretendidos espíritus un cuerpo y hasta dos ó tres mugeres.... Son, segun ellos, substancias celestes de una especie diversa de las que habitan en la tierra. El mas antiguo de estos espíritus celestes se llama Sabucur, cuya muger se llamaba Halmelul. Tuvieron de su matrimonio un hijo, al cual los carolinos dieron el nombre de Eliulep, que significa en su lengua el *grande espíritu*, y una hija llamada Ligobund. El primero se casó con Leteuhieul, que habia nacido en la isla de Ulea; pero murió en la flor de su edad y su alma voló en seguida al cielo. Eliulep habia tenido de ella un hijo, llamado Lugueileng. que quiere decir *centro del cielo*, y se le reverencia como el gran señor del cielo del cual es heredero presunto. No obstante como Eliulep no estuviese satisfecho por haber tenido un solo hijo de su matrimonio, adoptó á Reschabuileng, jóven muy cumplido, natural de Lamurek. Dicen los carolinos que disgustado este jóven de la tierra, subió al cielo para disfrutar en él de las delicias de su padre; que todavía existe su madre en Lamurek de una edad decrépita, y que en fin ha descendido del cielo á la region media del aire, para conversar con su madre y hacerle partícipe de los misterios celestes; pero todo esto no son mas que fábulas groseras inventadas por los habitantes de Lamurek para obtener mas consideracion y respeto en las islas circunvecinas. Ligobund, hermana de Eliulep, hallándose en cinta en medio del aire, bajó á la tierra donde dió á luz tres hijos; pero quedó muy sorprendida al ver la tierra árida é infecunda, de modo que al instante con su poderosa voz, la cubrió de yerbas, flores y árboles frutales; enriquecióla con toda clase de plantas y la pobló de hombres racionales. En aquellos tiempos no se conocia la muerte, la cual no era mas que un breve sueño: los hombres dejaban de existir el último dia del menguante de la luna, y cuando volvia á aparecer en el horizonte, resucitaban como si dispertáran de un sueño tranquilo. Pero un cierto Erigiregers, espíritu

mal intencionado y á quien atormentaba la dicha de los humanos, les procuró un género de muerte contra el cual no hubo recurso, de modo que una vez muertos, lo quedaban para siempre; así es que lo llamaron *Elus Melabut*, esto es, maligno espíritu, en vez de *Elus Melafirs*, esto es, buenos espíritus ó espíritus bienhechores como llamaban á los demás. Pusieron en la clase de los espíritus malos á un tal Morogrog, quien habiendo sido arrojado del cielo por sus maneras groseras y descorteses, trajo á la tierra el fuego que habia sido desconocido hasta entonces. Esta fábula, como se echa de ver desde luego, tiene mucha relacion con la de Prometeo. Lugueileng, hijo de Eliulep, tuvo dos mugeres: la una celestial que fué madre de dos hijos, llamados Carrer y Meliliau; la otra terrestre, hija de Falalu, en el grupo de Hogoleu. Tuvo de esta un hijo llamado Oulefat, el cual llegado á la edad de la pubertad, supo que su padre era un espíritu celestial y en sus vivos deseos de verle, remontó su vuelo al cielo como un nuevo Icaro; pero apenas se hubo elevado en el aire, volvió á caer á la tierra. Aquella caida le causó suma afliccion; lloró amargamente su infausto destino, pero no por esto desistió de su primer designio; sino que encendió un gran fuego y con la ayuda del humo se remontó otra vez á los aires, y esta vez logró abrazar á su padre celestial. Los mismos indios me han dicho que en la isla de Falalu, hay un pequeño estanque de agua dulce en donde los dioses van á bañarse, y que por respeto á ese baño sagrado, no hay ningun isleño que se atreva á acercarse á él, temeroso de incurrir en el desagrado de sus divinidades; idea bastante parecida á lo que la fábula refiere de Diana y Acteon que se atrajo el resentimiento de esa diosa por la imprudencia en contemplarla en el baño. Dan un alma racional al sol, á la luna y á las estrellas, donde creen que habita una numerosa nacion celeste, que tambien son otras reminiscencias fabulosas de la poesía de Homero y de los errores de los origenistas. Tal es la doctrina de los habitantes de las islas Carolinas, quienes sin embargo no la profesan con mucha conviccion, porque, si bien reconocen todas esas fabulosas divinidades, no se ve entre ellos ni templo, ni ídolo, ni sacrificio, ni ofrenda, ni ningun otro culto esterior. Unicamente á algunos de sus difuntos rinden un culto supersticioso.... Creen que hay un paraiso donde hallan los buenos la recompensa y un infierno donde son castigados los malvados. Dicen que las almas que van al cielo, vuelven al cuarto dia á la tierra y permanecen invisibles en medio de sus deudos. Hay entre ellos algunos sacerdotes y sacerdotisas que pretenden tener comercio con las almas de los difuntos; y son estos sacerdotes los que declaran por su propia autoridad, quienes son los que van al cielo y quienes al infierno. Honran á los primeros como espíritus bienhechores, y les dan el nombre de *tahutup*, que significa santo patron, contando cada familia con su *tahutup* á quien se dirige en sus necesidades. Si están enfermos, si emprenden un viage, si van á pescar, si trabajan en el cultivo de los campos, invocan á su *tahutup*. Les hacen presentes que cuelgan en la casa de sus *tamoles* (jefes políticos), ya sea por interés para obtener de él las gracias que piden, ya por gratitud por las mercedes recibidas de su mano liberal. Pero los habitantes de la isla de Yap tienen un culto mas grosero y mas bárbaro: una especie de cocodrilo es objeto de su veneracion, y bajo aquella figura el demonio ejerce sobre aquellos pueblos una cruel tiranía. Hay entre ellos una especie de hechiceros que dicen tener comunicacion con el maligno espíritu, y tratan con su ausilio de procurar enfermedades y hasta la muerte á los que tienen un interés en deshacerse de ellos.

« En el momento en que termino esta carta, recibo el permiso de ir á reconocer esas tierras infieles, embarcándome en una de las naves que el gobernador debe enviar allí pasada la Pascua. Así es, R. P., que mis deseos quedan por fin cumplidos. Ojalá que Dios bendiga esta empresa, dispensando mi incapacidad y escasos méritos á fin de que no se de-

tenga el curso de sus misericordias para ese gran pueblo.»

Los PP. Cantova y Walter partieron de Gouaham el dia 2 de febrero del año 1731 y un mes despues llegaron á una de las Carolinas que evangelizaron juntos por espacio de tres meses; pero como todo faltaba en aquel archipiélago, Walter volvió á las Marianas para proveerse de las cosas necesarias á la subsistencia de Cantova, quien se quedó con catórce compañeros. Poco despues de la partida de Walter, Cantova, dejando á sus compañeros en Falalep para guardar la casa, pasó con un intérprete y dos soldados á la isla de Mogmog, donde le llamaba un bautismo. Apenas hubo desembarcado, los habitantes se amotinaron armados de lanzas y lanzando espantosos gritos rodearon á Cantova, quien les preguntó con dulzura porque querian quitarle la vida si jamás les habia hecho ningun daño. «Tú vienes, le contestaron, para destruir nuestros usos y costumbres, y nosotros no queremos tu religion.» Y al decir estas palabras, atravesaron su cuerpo con tres lanzasos. Despues despojaron su cadáver, le envolvieron en una estera y le enterraron en el interior de una casita, lo que es entre ellos una sepultura honrosa que no conceden sino á los principales de la isla. Dieron muerte del mismo modo á los otros tres y pusieron sus cuerpos en un bar quichuelo que abandonaron á merced de las olas. Despues de estos asesinatos, se embarcaron y dirigieron á la isla de Falalep en el sitio donde se habian quedado los compañeros del misionero. Al acercarse aquellos bárbaros que parecian hallarse dominados por el furor, los soldados se pusieron en estado de defensa y dispararon cuatro pequeñas culebrinas que habian colocado delante de su casa matando á cuatro agresores; pero habiéndose arrojado sobre ellos una multitud de indios, si bien se defendieron por mucho tiempo con espada y sable, al fin fueron dominados por el número cada vez mayor de enemigos, pereciendo gloriosamente con las armas en la mano. Catorce fueron las personas que sucumbieron en aquella ocasion: el P. Cantova, ocho españoles, cuatro indígenas de las Filipinas y un esclavo. Otro jóven filipino de la provincia de Tagale fué el único que salió con vida por haberse compadecido de él uno de los principales de la isla, quien le adoptó por hijo. Los bárbaros saquearon la casa, y despues la destruyeron. Entretanto Walter forzado por los vientos contrarios á tocar en las Filipinas, aguardó allí durante un año que partiese el buque que iba cada dos años á las Marianas, embarcándose el 12 de noviembre del año 1732. Despues de tres meses y medio de navegacion, el buque encalló á la entrada del puerto. Sin desanimarse por esto los jesuitas, mandaron construir y cargar de provisiones otro, en el cual se embarcó Walter en mayo del año 1733 con cuarenta y cuatro personas. Al cabo de nueve dias se encontraron cerca de las Carolinas y dispararon algunos cañonazos para dar aviso de su llegada á Cantova, pero no salió ninguna barca y se sospechó que habia sido martirizado. Cuando el buque estuvo á tiro de pistola de Falalep, vióse que la antigua casa habia sido incendiada y que la cruz que habia en lo alto de la costa habia desaparecido. Por último, se acercaron al buque cuatro barquichuelos y los isleños ofrecieron algunos cocos á los tripulantes. Interrogados en su lengua sobre lo que habia sido de Cantova y sus compañeros, contestaron con aire turbado, que aquellos estrangeros habian partido para la gran isla de Yap; pero no se tardó en obtener la certidumbre de la catástrofe.

CAPÍTULO XXVIII.

Misiones de los agustinos, dominicos y jesuitas en Méjico.

El reino de Méjico situado entre las Carolinas y España, veia á sus obispos ocupados con celo en la conversion de los indígenas que permanecian todavía en la idolatría. Gonzalez de Salazar, natural de la ciudad de Méjico y religioso agustino, habia ganado muchos infieles á Jesucristo, cuando fué llamado á Eu-

ropa bajo el reinado de Felipe III y el pontificado de Paulo V, siendo instituido en junio del año 1608, obispo de Yucatan. Tan caritativo como celoso, proporcionó el sustento á cuatro mil pobres, durante una gran carestía, y convirtió á los mejicanos al cristianismo, tanto con su misericordia como con el don de la palabra, de modo, que mas de veinte mil ídolos cayeron á su voz, por cuyo suceso le felicitó Paulo V, considerándolo como la estincion de la idolatría en una gran provincia. Nicolás de Tapia, eclesiástico no menos ardiente por la propagacion de la fé, que habia sido antes vicario general de Salazar en el territorio de Santiago, evangelizó despues la isla de Cozumel, en la costa oriental del Yucatan, y posteriormente el pueblo de Pola, en otra isla inmediata. De este modo justificó la confianza de su obispo, quien, en vez de diez mil indígenas cristianos que habia hallado en el año 1608 en su diócesis, dejó á su muerte, acontecida en agosto del año 1636, mas de ciento cincuenta mil, gobernados por noventa y cuatro sacerdotes casi todos oriundos de España. Salazar tuvo por sucesor á Juan Alfonso Ocon.

La sede mas considerable de la América septentrional, tanto por su importancia como por sus productos, era la de Angelópolis. Juan de Palafox, nacido el 24 de junio del año 1600 en Ariza, en Aragon, y limosnero de la emperatriz María de Austria, fué nombrado para ocuparla en el año 1639, y al propio tiempo Felipe IV le dió el título de comisario ó visitador general, encargado de informarse de la conducta de los jefes y magistrados de Nueva-España. En menos de nueve años, transformó su catedral, que estaba únicamente principiada, en uno de los mayores y mas grandiosos templos que existen en América. Junto á ella mandó construir un seminario ó colegio real, para probar y arraigar la vocacion eclesiástica de los jóvenes mistecas, totomaques, cocheanos, otomitas y mejicanos, y edificó en varios puntos de su diócesis, que tenia mas de cuatrocientas leguas de circuito, á lo menos cincuenta iglesias y diversos hospitales. En sus visitas pastorales, aunque muy penosas, no se le vió jamás hacerse llevar á espaldas de los indígenas, á quienes, por el contrario, alivió las cargas y cimentó la seguridad, sobre todo cuando en ausencia del duque de Escalona, ejerció las funciones de virey de Nueva-España. Este prelado creyó amenazada su jurisdiccion por el uso de algunos privilegios concedidos á los misioneros, lo que ocasionó un desacuerdo con los jesuitas, quienes nombraron á dos dominicos jueces conservadores de sus privilegios amenazados. Debemos esplicar aquí que en virtud de un breve de Gregorio XIII, estaba permitido á su Compañía, cuando su honor ó sus bienes peligraban, nombrar uno ó varios jueces conservadores, que instruyesen judicialmente el proceso y pronunciasen su sentencia en nombre del soberano Pontífice, de quien eran delegados en virtud de su nombramiento. Este breve habia sido admitido en todos los dominios españoles, con la condicion únicamente que los tribunales superiores de apelacion, declarasen que la causa era de competencia del juez conservador y aprobasen la eleccion de la persona nombrada al efecto. Nada mas lícito que lo que hizo Juan de Palafox en desacuerdo con los regulares sobre el valor de sus derechos, y fué pedir á la Santa Sede que cortase la cuestion como así lo hizo con un breve de fecha de 14 de marzo del año 1648. Pero una carta publicada bajo el nombre de Palafox fechada el 8 de enero de 1649, dirigida á Inocencio X, volvió á agriar la cuestion. Aquella carta tan estraña por su forma como por su fondo, acusaba de todos los crímenes á los jesuitas de Méjico, y estos religiosos publicaron á su vez para vindicarse, una memoria dirigida al rey de España. El venerable prelado desaprobó el escrito que motivó aquella vindicacion en su *Defensa canónica*, presentada á Felipe IV en 1652. «La Compañía de Jesus, léese en ella, es un instituto admirable, sábio, útil, santo, digno de toda la proteccion, no solamente de V. M., sino de todos los prelados católicos. Hace mas de

un siglo que los jesuitas son los útiles cooperadores de los obispos y del clero.» Mas adelante refiriéndose á la carta dirigida á Inocencio X, dice: «¿Cuándo he empleado yo semejante lenguaje? ¿Dónde existe esa pretendida carta que se cita? ¿La ha comunicado el soberano Pontífice á alguna persona? ¿Quién será capaz de mostrar mi firma?» Lo que acaba de persuadir que la carta es supuesta, son los lisonjeros elogios que Juan de Palafox, trasladado de la Sede de Angelópolis á la de Osma, en España, en el año 1653, hizo de los hijos de San Ignacio en unas notas á las *Cartas* de Sta. Teresa. De los diversos escritos de este prelado, muerto en el año 1659 (1) el que mas relacion tiene con nuestro objeto, es el *Retrato al natural de los Indios*, digna continuacion de la memoria que su predecesor Julian Garcés, habia dirigido ciento treinta años antes á Paulo III y á Cárlos V.» Los principales rasgos y algunas veces las espresiones son las mismas, en una y otra memoria, dice Touron en su *Historia general de la América;* el mismo espíritu de caridad y sinceridad los dictó, y seria muy difícil decir cuál de los dos prelados estaba mejor instruido en las costumbres y verdadero carácter de los indios, ó era mas celoso en su defensa. El primero no tan solo habia instruido, alimentado y consolado á su rebaño, sino que puede decirse que lo habia formado, y que durante los veinte años de su episcopado, no habia cesado de fortificarle, perfeccionarle y hacerle crecer constantemente en virtud y en número con la conversion de una multitud de gentiles que sometió al yugo de Jesucristo apartándoles de los errores del paganismo, cifrándose en esto todo su anhelo y consagrando toda su existencia al propio objeto. Revestido el segundo prelado de mas grandes empleos y dignidades en toda la estension de Nueva-España, habia tenido mas medios y ocasiones de conocer al fuerte y al débil, las buenas y malas cualidades de los americanos en general; pero su título de obispo de Angelópolis hacia que se consagrase esclusivamente al bienestar de aquel gran pueblo, que llevaba siempre en su corazon. Juan de Palafox llamó la atencion de Felipe IV: 1.° por la facilidad con que los mejicanos abrazaron el Evangelio y su fervor en el ejercicio del cristianismo; 2.° por su inviolable fidelidad al soberano y las grandes ventajas que procuraron á la corona de España; 3.°, por los hábitos de los mejicanos, generalmente moderados, modestos, sufridos, pobres y no obstante generosos; 4.°, por su sumision y respeto para con los superiores; 5.°, por su clara inteligencia; y 6.°, por su aptitud para las artes y ciencias. Cada uno de estos puntos, despues de haber contestado el autor á varias objeciones, desarrollólos estensamente con tanta elocuencia como verdad. Así es, que sobre el primer punto, despues de haber confesado que todavía existian en ciertos lugares de Méjico algunos restos de supersticion, por falta de ministros de la santa palabra, añadia que en general, el celo y la religiosidad de los indígenas le habian edificado. No hay casa por pobre que sea, escribia, que no tenga su oratorio, donde los mejicanos colocan sus imágenes, decorándolos con lo que economizan del fruto de su trabajo. Pasan los dias de comunion en sus oratorios ó en la iglesia, y esto con tanto recogimien-

(1) Es citado este prelado como uno de los varones ilustres de España por sus virtudes y sabiduría, dice uno de sus biógrafos, que no tuvo porque arrepentirse Felipe IV de haberle elegido obispo de Angelópolis ó Puebla de los Angeles, confiándole al propio tiempo cierta participacion en el gobierno civil, pues el respetable prelado desempeñó las funciones de su cargo con el celo, bondad y propia discrecion de su talento y escelente corazon. Seis años ocupó la silla episcopal de Osma, en Castilla la Vieja, falleciendo con fama de ejemplar piedad y de esclarecido talento. Sus obras conocidas no solo en su patria, sino en varios paises de Europa, por haber sido traducidas en atencion á su mérito, merecen leerse detenidamente por la pureza de su doctrina, no menos que por lo castizo y correcto del lenguage. La reputacion de sus virtudes, dió orígen á las diligencias que se comenzaron á practicar para su beatificacion á fines del siglo XVII. Examinadas las obras de Palafox por la Congregacion de los Ritos, y siendo aprobadas por no encontrar en ellas nada contrario al dogma ni á las buenas costumbres, mandó Clemente XIV que se procediese al exámen de las virtudes del obispo español y en la cesion de la citada Congregacion celebrada ante Pio VII en 28 de febrero del año 1777, para tratar de la canonizacion de nuestro compatriota, tuvo, segun se cree, una mayoría considerable de votos; sin embargo, la Santa Sede aun no ha santificado aquella decision y la causa ha quedado pendiente. (Nota del Trad.)

to y tan profundo respeto, que podrian servir de modelos á los mas virtuosos cristianos. Cuanta mas rica es la ofrenda que pueden hacer á la iglesia, mayor es su satisfaccion, y para poder lograrlo, siembran y labran las tierras antes abandonadas. El modo como reciben á sus curas y á los eclesiásticos es ejemplar; les preceden para preparar los caminos; de distancia en distancia disponen enramadas para preservarles en su descanso de los ardores del sol, y al acercarse á ellos, doblan la rodilla para besarles la mano y recibir su bendicion. Nunca falta á esos eclesiásticos el alimento necesario; cuando entran en las iglesias, quedan edificados del órden y silencio que reinan entre los fieles; hombres y mugeres, colocados separadamente, permanecen con los ojos inclinados y hacen las genuflexiones con una regularidad tal, que no se ve otra cosa igual en las naciones europeas. Uno de sus caciques, añade el prelado, llamado Luis de Santiago, hizo cuarenta leguas por un camino muy malo para venir á encontrarme. Era un venerable octogenario, que aquellos pueblos consideraban como su padre y protector. Díjome con acento tembloroso á causa de su avanzada edad: «Padre, no ignorais que he gastado todo cuanto tenia para edificar la iglesia de mi pais y para aliviar las necesidades de los pobres indios. Ahora que me hallo al borde del sepulcro, quisiera emplear ciento cincuenta pesos que me quedan para la adquisicion de algunos ornamentos para la iglesia de mi pais, del color y forma que mas os guste: os ruego que os ocupeis de este asunto, y que me deis vuestra bendicion para que pueda ir á dormir el último sueño en mi patria.» Alabé el celo de aquel buen cacique, ordené que se ejecutase su voluntad y se volvió lleno de júbilo, á terminar sus dias en el seno de su familia.

Sobre el segundo punto, Palafox hace notar que de todos los vasallos de la corona de España, los indios son los que le han costado menos y de los que mas provecho ha sacado; y no sin razon añade ser esta consideracion debida á su fé, á fin de conciliarles la real proteccion. Sobre el tercer punto, recuerda que aquellos pueblos, aunque ricos por su suelo, son pobres individualmente y aman su pobreza; se contentan con una camisa y un simple vestido de algodon, y son pocos los que usan sombrero y van calzados. Su casa es una humilde cabaña, cuya puerta solo les libra de las fieras, porque no se oye hablar de robos entre ellos: una esterilla de juncos les sirve de cama, y un tronco de arbol forma su almohada. Unicamente su oratorio, como hemos dicho, está aseado y embellecido. Tan pacientes como pobres, jamás se quejan: en caso apurado huyen del lugar en que se les persigue para establecerse en otra parte. Si su superior les manda trabajar, trabajan; emprenden largos viages con escasas provisiones, porque son muy parcos, aceptan la recompensa que se les dá y jamás murmuran. Generosos en su indigencia, mantienen á los misioneros; nunca se presentan delante de sus superiores eclesiásticos sin ofrecerles algunos comestibles, y cuando nada tienen, les presentan ramos de flores, dándose por muy satisfechos si los admiten, y quedando muy afligidos en caso contrario. Si las mugeres indígenas, apenas se hacen religiosas, es por falta de dote; pero amigas del retiro y del trabajo, se encierran voluntariamente en los conventos en calidad de hermanas legas. En la época en que Palafox les tributaba este testimonio de aprecio, habia en Cholula una mejicana que mantenia en su casa y á su costa, un cierto número de huérfanos indígenas que avezaba á los ejercicios de la piedad cristiana. Lo que el prelado refiere acerca del modo con que se trataban los casamientos en algunas provincias de América, no es menos singular y edificante. El jóven indígena sin haber hablado de su inclinacion ni á la que desea tener por compañera, ni á sus padres, va, apenas amanece, á barrer los umbrales de su casa; cuando sale la muchacha con sus padres, entra en ella y la limpia; los demás dias, tambien al amanecer, lleva agua ó leña que deja á la

puerta, sin hablar á nadie de su propósito. Procurando adivinar cuales son los servicios mas agradables á los padres, pone todo su ahinco en complacerles y continúa dándoles pruebas de su afecto, hasta que estos seguros de su constancia, juzgan que ya ha hecho lo bastante. Entonces disponen entre sí cuanto es necesario para la celebracion del casamiento, sin que por esto el jóven dirija una palabra á la muchacha, ni se atreva á presentarse delante de ella, ni levantar los ojos para mirarle el semblante cuando pasa por delante de él. Hé aquí hasta que punto unos hombres que suponemos salvajes, llevan la modestia y discrecion.

Sobre el quinto punto, Palafox cita varios rasgos que demuestran que los mejicanos tienen una imaginacion viva y mucha penetracion, así cuando tratan de asuntos sérios como de cosas lijeras. En la iglesia de la Puebla de los Angeles habian fundido una campana, que resultó tener muy mal sonido. Viendo un indio que el fundidor estaba muy preocupado por aquel mal resultado de su obra, le dijo: «No debeis incomodaros, señor, de que no hable bien claro á las pocas horas de haber venido al mundo. Lo mismo me sucedió á mí; un poco de paciencia, que con el tiempo ya hablará.» Otro indio se hallaba en una corrida de toros á cuyo ejercicio son muy aficionados los mejicanos. Un español que le habia prestado bajo palabra cierta cantidad de maiz, viendo á su deudor entre las astas del toro, le hizo señas de que huyese. «Ya veo, le dijo el indígena, que temes que el toro me mate. Hazme el favor de dejarme divertir. ¿No te he dado mi palabra? Otro indio, en fin, montado en un buen caballo, halló en un camino solitario á un europeo que iba en otro muy malo, y que le obligó de grado ó por fuerza á hacer un cambio diciendo, sin ser verdad, que el caballo le pertenecia. Siguióle el indio hasta la poblacion inmediata, y fué á quejarse al alcalde; pero el europeo sostuvo con teson su embuste y ya el juez iba á despedirles por falta de pruebas, cuando el indio le dijo: «Si me lo permitís, probaré que el caballo es mio.» Autorizado para hacerlo, quitóse su capa, cubrió con ella la cabeza del animal, y añadió: «Manda á ese hombre, puesto que asegura haber criado el caballo, que diga de que ojo es tuerto.» El europeo para no infundir sospechas, contestó al punto: «Del ojo derecho.» Entonces el indio, descubriendo la cabeza del caballo, replicó: «No es tuerto ni del ojo derecho ni del izquierdo,» y el magistrado convencido con una prueba tan ingeniosa y tan valedera, le adjudicó el caballo.» ¿Se puede imaginar, añade Palafox, un espediente mas sutil que el que halló aquel indio en un momento? Ninguno se ha acercado tal vez jamás tanto al juicio de Salomon cuando las dos mugeres reclamaban á un mismo niño.» Sobre el sexto punto, el prelado manifiesta que los indígenas, buenos carpinteros, buenos pintores y buenos músicos, descuellan en este último arte, hasta el punto de tener libros de música en sus capillas y muestras de música en todas las iglesias parroquiales, á diferencia de Europa, donde no las hay sino en las catedrales. Un indio de Tarasca fué á Méjico para aprender el arte de fabricar órganos y se dirigió á un artista español, quien estipuló la obligacion escrita de una remuneracion. Habiéndose diferido por espacio de cinco ó seis dias el poner la firma al contrato, durante los cuales el indígena, siguió con atencion los movimientos del maestro que colocaba, sacaba y ensayaba las piezas del aparato del órgano, grabóse tan profundamente en su inteligencia el mecanismo del instrumento, que cuando se le habló de suscribir el contrato de aprendizage, contestó que ya no tenia necesidad de mas larga enseñanza. En efecto, habiendo regresado á Tarasca, fabricó en aquella poblacion un órgano que pasó por el mejor del pais, y llegó á ser tan hábil en aquel oficio, que cualquiera que fuese la materia que emplease en la fundicion de los tubos, sus órganos siempre eran los mas estimados. La habilidad con que los indios cortan y pulen las piedras preciosas, es tambien admirable. Se sirven de piedras duras para

hacer navajas y lanzetas, y así pueden prescindir de los instrumentos de Europa que son de acero. Despues de haber hecho resaltar las cualidades del talento y del corazon de que están dotados los indígenas, Palafox dice al rey de España: «Si solicito vuestra proteccion en favor de los indios, lo hago con tanta mayor seguridad, cuanto rindo un servicio agradable á Dios y muy importante para V. M.»

No nos es dado poder nombrar todos los ilustres obispos bajo cuya direccion asimiló sucesivamente el cristianismo á la mayor parte de los indígenas de Méjico. Sin embargo, entre aquellos ilustres prelados mencionarémos á Francisco Manso que en el año 1629 tuvo el sentimiento de ver su ciudad metropolitana sumergida por el lago á causa de un repentino y estraordinario desbordamiento, en cuya ocasion perecieron treinta mil indígenas y cerca de veinte mil familias españolas; catástrofe espantosa que arruinó todos los edificios sagrados y profanos dejando á Méjico completamente arruinada. Juan de Zamora, natural de Marquina en Vizcaya, consagrado obispo de Méjico en el año 1643 por Juan de Palafox, tuvo el consuelo de ver suceder á toda clase de azotes, abundantes frutos de bendicion.

Es imposible pasar en silencio al dominico Antonio de Monroy, español de orígen y americano de nacimiento, porque habia visto la primera luz en Méjico en el año 1633. Hacia mas de un siglo, que la Orden de Hermanos Predicadores poseia en la América sometida á la dominacion española, no solamente numerosos conventos y colegios, sino provincias enteras y regulares. En el capítulo celebrado en Salamanca en el año 1551, se habian fijado los límites de la provincia de Méjico ó Nueva-España; y con motivo de su estension, se habia dividido en el capítulo de Venecia, en el año 1592, en dos partes, conservando la primera el nombre de provincia de Méjico, bajo la proteccion de Santiago, y la segunda fué llamada provincia de Guaxaca, ó de San Hipólito mártir. Las familias españolas establecidas en gran número en los paises conquistados y los idólatras convertidos, formaban la poblacion de esos semilleros de los apóstoles. Por no tener que citarlos todos, en las actas del capítulo general de la órden de dominicos, celebrado en Roma en el mes de junio del año 1650, bajo la presidencia del P. Juan Bautista Marinis, se halla el sumario de la vida y trabajos de los dominicos Lupo de Cuellar, Francisco de Sarabia, Martin de Aliende, José Calderon, Melchor de San Raymundo y Juan de Fineo, la mayor parte hijos de Méjico y todos de la provincia de Guaxaca. Antonio de Monroy, uno de los misioneros mas distinguidos, tan querido de los españoles como de los americanos por los esfuerzos que hizo para hacer cesar la antigua antipatía entre vencedores y vencidos, obtuvo del virey, sabedor de su mérito, cuanto le pidió en favor de los indígenas, y el celoso religioso supo aprovecharse de aquel favor para hacer ingresar en el seno de la iglesia, á los que hasta entonces habian permanecido con los ojos cerrados á la luz del Evangelio. Sus admirables conversiones no se limitaron á Méjico, sino que se estendieron á las diferentes regiones de la provincia dominicana. Los diversos empleos que ejerció despues en su órden le prepararon para ocupar en el año 1677, el primero de todos. Nombrado general de su órden, procuró que el instituto de Santo Domingo, fuese cada vez mas útil á la Iglesia principalmente para la propagacion de la fé. El conocimiento personal que tenia de vastas regiones donde no se habia anunciado todavía el nombre de Jesucristo y de la ceguedad de tantos pueblos acostumbrados á la abominacion de cruentos sacrificios, le imponia en cierto modo una obligacion mas estricta de procurar la civilizacion de los idólatras por medio del cristianismo. Mejor que nadie sabia las dificultades de la empresa; pero se acordaba de que el P. Domingo de Betanzos, el apóstol dominico de Nueva-España, habia logrado destruir una infinidad de ídolos, y dar á conocer la malicia del demonio á sus infortunados esclavos; por otra parte, tampoco habia

olvidado, que en una comarca de Méjico, llamada por los españoles Tierra de Fuego ó Tierra de Guerra, á causa de la crueldad de sus habitantes, y en la que los soldados europeos siempre estaban con recelo, dos ó tres religiosos de Santo Domingo, armados de la virtud de Dios y de su palabra, habian hecho en poco tiempo tan grandes conquistas á J. C., que á la denominacion de Tierra de Guerra, habia sustituido la de Tierra de Paz. A fin de escitar el celo de los hijos con el recuerdo de la ardiente caridad de sus padres, Antonio de Monroy hizo imprimir en tres volúmenes en fóleo, la historia de la provincia dominicana del Perú, é hizo mas vulgar la de la provincia de Santiago de Méjico. En estos monumentos se halla la sencilla relacion, aunque circunstanciada, de los trabajos de los misioneros dominicos, y la del éxito que obtuvieron sus esfuerzos; éxito tanto menos dudoso, cuanto las pruebas están patentes y siempre subsistentes, puesto que unas grandes naciones, todavía idólatras en el siglo XVI, forman hoy dia una parte considerable de la Iglesia católica, y demuestran con su perseverancia en el cristianismo, el ardoroso celo de los misioneros con que Dios se dignó operar semejante cambio. El afan de multiplicar las conversiones, fué lo que mas ocupó al Padre Monroy durante los nueve años que gobernó la órden de Santo Domingo. Redactó, con este objeto, todos los reglamentos que juzgó necesarios ó útiles. Obtuvo tambien la aprobacion de la Santa Sede y de la córte de España para fundar una universidad en el convento de los dominicos de Quito, porque la causa de la civilizacion, era inseparable, en su concepto, de la del cristianismo; y en fin, eligió para la carrera de las misiones lo mejor de sus religiosos. Tal fué su constante solicitud antes de ser nombrado arzobispo de Compostela, en cuya sede murió el dia 7 de noviembre del año 1715.

Las misiones americanas favorecidas de Dios, fueron cada vez mas en aumento. Lo que los precedentes misioneros habian plantado, sus sucesores lo cultivaron de generacion en generacion, acrecentando así una cristiandad ya fecunda en frutos de honor y santidad. El religioso dominico, Fr. Domingo de Glacuno, profeso de la provincia de San Vicente, en Méjico, ocupa un lugar distinguido entre los santos personages que, por el ministerio de la palabra y por la fuerza no menos eficaz del ejemplo, renovaron el fervor en las diócesis de Chiapa y de Guatemala; y los indígenas que habia regenerado en J. C. lloraron amargamente su muerte acaecida en el año 1744. Los ausilios espirituales y temporales que Domingo de Glacuno procuraba á la provincia dominicana de San Vicente, en Méjico, recibiólos la de Santiago, en el mismo reino de los religiosos de la misma órden Francisco Romus é Ildefonso Cabrera, muertos en el año 1750, cuyo celo y desinterés, encomian las actas del capítulo general de la órden, celebrado en Roma en el año 1756.

La familia de San Ignacio, siempre fué émula de la de Santo Domingo en Méjico. Consignarémos en este lugar, segun la autoridad del P. Bertrand, lo que hizo por la propagacion de la fé, valiéndose de la educacion dada tanto á los indígenas, como á los descendientes de los conquistadores. Establecida en Nueva-España en el año 1572, al siguiente año abrió el colegio de los santos apóstoles Pedro y Pablo, el cual no bastando á la afluencia de alumnos, fué secundado en el año 1754 por los tres colegios de S. Miguel, S. Bernardo y S. Gregorio. Mas tarde aquellos tres colegios, fueron reemplazados por otros dos establecimientos, á saber: el colegio ó seminario de S. Ildefonso, y el seminario de S. Gregorio. El primero reservado para los europeos, contaba ordinariamente trescientos discípulos, de los cuales, una gran parte se destinaba al estado eclesiástico; de modo que aquel establecimiento proporcionaba escelentes operarios para las comunidades de las catedrales y parroquias y á las diferentes órdenes religiosas. El seminario de S. Gregorio estaba destinado esclusivamente á los indígenas, recogidos por los

Padres en sus diversas misiones y cuyo número llegaba á cincuenta; despues de una educacion completa, salian de aquel seminario para ir á administrar las parroquias en su pais bajo la direccion de misioneros europeos. Otro seminario, instituido por una tribu de indígenas que no podian ser educados con los precedentes, á causa de que hablaban una lengua diferente, la de los otomitàs, estaba situado cerca del noviciado de Topozotlan. Además de estos establecimientos especiales, Méjico poseia varios otros colegios y seminarios dirigidos por la Compañía de Jesus, y abiertos á la juventud de todas las clases, tanto europeos, como mestizos ó indígenas que hablasen ya el español. Tales eran los colegios ó seminarios de Guadalajara, Queretaro, S. Ignacio y S. Gerónimo, en Angelópolis, Mérida y Guatemala. Estos establecimientos eran otros tantos ricos criaderos para el clero secular, no menos que para las órdenes regulares; y sus antiguos discípulos, tales como el P. Sartorio y el doctor Medrano (1), considerados como los oráculos del pais, hacian todavía el mas grande honor á sus maestros, cincuenta años despues de la supresion de la Compañía.

Esta sociedad ocupó en Méjico hasta ciento cuarenta y cuatro Padres, que tenian bajo su direccion mas de quinientos mil cristianos. Veremos á sus misioneros en el jercicio de su ministerio, en el cuadro que vamos á trazar de la California.

CAPITULO XXIX.

Misiones de los carmelitas, agustinos, jesuitas y franciscanos (2) en California.

Urbano Cerri en su obra titulada «Estado presente de la Iglesia romana, en todas las partes del mundo,» dice que en el año 1611 el rey de España envió á California tres buques, con tres carmelitas que bautizaron á varios indígenas; y que en el año 1636 el nuncio apostólico en Madrid, estuvo encargado de suplicar al rey católico que hiciera pasar á aquel pais una mision mas numerosa de carmelitas, agustinos y de otras órdenes. En el año 1642, el duque de Escalona virey de Méjico, envió á California al gobernador de Cinalva, con algunos miembros de la Compañía de Jesus, para fundar allí algunas misiones y civilizar á los indígenas.

«Deseoso el rey Cárlos II, dicen las *Cartas edificantes*, de cimentar la religion cristiana en aquellos remotos paises, y animado de un santo celo, dió órden de enviar á aquella tierra algunos misioneros para trabajar en la conversion de los idólatras y establecer, si posible fuese, un comercio sólido con ellos. Al efecto el marqués de la Laguna, entonces virey de Méjico, hizo pasar á California al almirante D. Isidoro de Atondo, con todo lo necesario para fundar una Colonia. La pequeña flota partió del puerto de Chalaca en la Nueva-Galicia el dia 18 de enero del año 1683 y llegó al puerto de Nuestra Señora de la Paz en California el 30 de marzo del mismo año. Procedióse enseguida á la construccion de un fuerte, y los PP. Matías Goñi y Eusebio Francisco Kuhn, ambos jesuitas (este último sábio astrónomo de Ingolstadt), empezaron á predicar á J. C. y á ejercer su ministerio. Pero aquella mision cuyos comienzos habian hecho infundir tan gratas esperanzas, no dió ventajosos resultados á causa de la rebeldía de los naturales, de modo que los misioneros al cabo de algun tiempo se vieron obligados á abandonar la California y retirarse á las provincias de Cinalva y Sonora, donde la fé hacia maravillosos progresos.» En el año 1686 se trató de enviar á aquel pais una nueva mision de jesuitas, pero por varios motivos no pudo llegar á realizarse el pensamiento.

«El regreso de los PP. Goñi y Kuhn, aña-

(1) Los vastos conocimientos que poseia el Dr. Medrano y las virtudes que le distinguian como ciudadano, le valieron el aprecio general y los mas señalados favores, de modo que, como observa muy acertadamente el autor, era considerado tanto un escelente repúblico, como un sábio á quien se sometia el fallo de los negocios mas árduos. Su memoria vivirá por mucho tiempo en el suelo que tuvo la dicha de verle nacer, y en la Compañía de Jesus, cuya primera educacion le dió. (Nota del trad.)

(2) Sobre la primera mision franciscana en California, véase tom. I.

den las citadas *Cartas*, afligió sensiblemente al P. Juan María de Salvatierra, jesuita, que trabajaba con gran celo en la conversion de los indios de la provincia de Taraumara, llamada por los españoles Nueva-Vizcaya. Un dia que gemia en presencia de N. S. por aquella multitud de pueblos que perecian todos los dias en aquellos vastos paises, faltos de instruccion y ausilios espirituales, de repente se sintió vivamente inspirado de consagrarse á la mision de California y llevar allí de nuevo el Evangelio. Pero, por grande que fuese su deseo de seguir la voz que le llamaba, no pudo hacerlo por entonces, á causa de que sus superiores le retiraron de las misiones para confiarle la direccion del colegio de Guadalajara, despues el de Topozotlan y la direccion del noviciado de la provincia de Méjico. Aunque estos diversos empleos parezca debian alejarle del designio que Dios le habia inspirado, no por esto lo perdió jamás de vista; por el contrario, hizo todo cuanto pudo durante aquel tiempo para lograr el objeto de una empresa tan difícil, y varias veces, tuvo el honor de hablar de ello con la duquesa de Sessa y con el conde Motezuma, su esposo, que habia sucedido al marqués de la Laguna en el vireinato de Nueva-España. Ese conde, que el rey católico nombró duque de Atrisco y grande de España de primera clase, por los servicios importantes que habia prestado á la religion y al estado, alabó el propósito del P. Salvatierra, y le prometió apoyarle cerca del rey de España. En esta seguridad, el padre empezó á obrar sin amedrentarle los obstáculos que tenia que vencer; porque para obtener un buen éxito la empresa que de nuevo se iba á acometer, no solamente era necesario establecer una nueva colonia en California, mantenerla y apoyarla, sino que además era preciso procurarse los buques para ir allí, llevar las provisiones necesarias y conservar enseguida una comunicacion libre y fácil con Méjico, sin cuyos socorros, la nueva colonia no podia absolutamente mantenerse. Aquellas dificultades que para cualquier otro hubiesen parecido invencibles, no lo fueron por un religioso que contaba hacia muchos años, mas en la proteccion de Dios que en los ausilios humanos. Y no se engañó, porque el bachiller D. Juan Caballero y Ocio, comisario de la cruzada, á quien abrió su pecho, prometió ausiliarle, y D. Pedro Gil de la Sierpe, tesorero del puerto de Acapulco, se comprometió para procurarle embarcaciones. Tranquilizado el P. Salvatierra con la promesa de aquellos socorros, partió para las provincias de Cinalva, Sonora y Taraumara en busca de misioneros y de gentes que voluntariamente quisieran formar parte de la colonia. Recorrió de paso las montañas de Cinipaz y de Guazaperez (1) donde en otro tiempo habia tenido la dicha de convertir á casi todos sus habitantes. Aquellos nuevos cristianos, que le miraban como su padre, le recibieron con las mayores muestras de alegría, la cual se convirtió en tristeza cuando supieron que solo se hallaba de paso. Despues de haberles exhortado á vivir en la inocencia y el fervor, al bajar de aquellos montes, para tomar el camino del mar, supo que los pueblos de la provincia de Taraumara, que no habian querido renunciar á sus antiguas supersticiones, acababan de tomar las armas, para hacer una guerra de esterminio, no solo contra los españoles sino tambien contra sus compatriotas que habian abrazado el cristianismo. Aquella imprevista sublevacion trastornó los planes del P. Salvatierra y le obligó á tener que desistir por el momento de su viaje á California. El P. Eusebio Francisco Kuhn, que debia acompañarle, le escribió que en una situacion tan crítica, no podia abandonar la mision de Sonora que le estaba confiada. Varias personas que se habian comprometido á pasar con él á aquel nuevo reino, para formar una colonia, tuvieron que desistir tambien de su idea á causa de aquella revolucion que infundia mucho recelo á los españoles; de modo que se vió casi abandonado de todos aquellos con quienes mas

(1) Los montes Cinipaz se hallan al Occidente de los desiertos de Sonora, y los de Guazaperez al E. de Guatemala, la Nueva cerca del grande Océano equinoxial. (Nota del Trad.)



habia contado. Pero aunque le faltasen todos aquellos recursos no por esto se descorazonó : sino que firme en su idea, y persuadido como todos los hombres apostólicos, que cuanto mayores son los obstáculos y contradicciones en lo que se emprende para la gloria de Dios, tanto mas hay que esperar que al fin el éxito será colmado, apenas supo que los buques del tesorero de Acapulco habian llegado á las costas de Cinaloa, dirigióse allí, embarcándose el dia 10 de octubre del año 1697, dia en que la iglesia celebra la fiesta de S. Francisco de Borgia, que fué el primer fundador de nuestras misiones en Méjico. Se hizo á la vela al dia siguiente, y, despues de haber corrido varios peligros durante dos dias, el buque en que iba avistó las montañas de las Vírgenes en California. Desembarcaron en la bahía de la Concepcion, donde el P. Salvatierra dijo misa el dia de Sta Teresa; pero como aquel sitio no pareciese cómodo, no se detuvieron en él, ni tampoco en San Bruno, donde solo habia agua salada. En fin, despues de haber pasado la noche anclada la nave delante de la isla Coronados, desembarcaron el dia 18 de octubre en el distrito de San Dionisio, en un lugar llamado Concho. El padre y los que le acompañaban trabaron amistad con los indios, que en un principio parecia que se presentaban de buena fé; pero lo hacian maliciosamente para sorprender á los españoles y darles muerte, lo que habria sucedido, si algunos dias despues no se hubiese reprimido la violencia de aquellos bárbaros. Grande fué el consuelo que esperimentó el P. Salvatierra, que hacia mucho tiempo no contaba con ningun ausiliar, cuando vió llegar, algunos dias despues al P. Francisco María Picolo, antiguo misionero de la provincia de Taraumara, sacerdote distinguido por su virtud y su celo. Aquellos dos hombres apostólicos, á quienes una larga esperiencia hacia muy hábiles en su ministerio, empezaron entonces á trabajar sólidamente en la conversion de los pueblos de California. »

El mismo P. Picolo, nos refiere en una interesante memoria que publicó algun tiempo despues, las bendiciones que le plugo á Dios conceder á aquel apostolado.

« Nos embarcamos en el mes de octubre del año 1697, dice, y cruzamos el mar que separa la California de Nuevo-Méjico, bajo la proteccion de Ntra. Sra. de Loreto, cuya imágen llevábamos. Aquella *Estrella del mar* nos condujo felizmente á puerto.... Apenas desembarcamos, colocamos la imágen de la santísima Vírgen en el lugar mas propio que encontramos, y despues de haberla adornado cuanto nos lo permitia nuestra pobreza, rogamos á aquella poderosa abogada que nos fuese tan propicia en tierra como nos lo habia sido en el mar. Pero el demonio á quien íbamos á inquietar en la tranquila posesion en que se hallaba despues de tantos siglos, hizo los mayores esfuerzos para sembrar de dificultades nuestra empresa. Los pueblos en donde penetramos, no pudiendo saber el designio que abrigábamos de sacarles de las profundas tinieblas de la idolatría en que estaban sumidos y procurar su eterna salvacion, porque no conocian nuestra lengua, y no habia nadie entre nosotros que supiese hablar la suya, imaginaron que íbamos á su pais para arrebatarles la pesca de las perlas, como parece lo habian querido hacer otros en tiempos remotos. En aquella falsa creencia, tomaron las armas, y reunidos cercaron nuestra habitacion, donde no habia entonces mas que un corto número de españoles. La violencia con que nos atacaron y la multitud de flechas y piedras que nos lanzaron fué tan grande, que indudablemente todos hubiéramos perecido, si la Santísima Vírgen no nos hubiese protegido.... Los bárbaros, que fueron mas tratables despues de su derrota, y viendo por otra parte que nada podian con nosotros por la fuerza, nos enviaron algunos parlamentarios. Les recibimos amistosamente, y no tardamos en darles á comprender en su lengua, lo que nos habia decidido á ir á su pais. Aquellos enviados sacaron á sus compatriotas del error en que estaban, de modo que, persuadidos de nuestras buenas intencio-

nes, volvieron en mucho mayor número y nos manifestaron que estaban muy contentos de que quisiéramos instruirles en nuestra santa religion y enseñarles el camino del cielo. Al ver tan felices disposiciones, nos decidimos á aprender la lengua *moqui* que se habla en el pais; y consagramos cerca de dos años, parte en estudiarla, parte en catequizar á aquellos pueblos, encargándose el P. Salvatierra de instruir á los adultos y yo á los niños. La asiduidad con que acudia aquella juventud á oir hablar de Dios y su aplicacion en aprender la doctrina cristiana fueron tan grandes, que en poco tiempo se halló perfectamente instruida. Muchos me pidieron el bautismo, pero con tantas lágrimas y tan vivas instancias, que juzgué no debia negárselo. Algunos enfermos y ancianos que nos parecieron suficientemente instruidos, lo recibieron tambien, temiendo que falleciesen sin haber recibido aquel sacramento, y muchas veces creíamos que la Providencia habia prolongado sus dias únicamente para procurarles aquel momento de salvacion. Hubo además cerca de cincuenta infantes que de los brazos de sus madres volaron al cielo despues de su regeneracion en Jesucristo.

«Despues de haber trabajado en la instruccion de aquellos pueblos, procuramos descubrir otros, á los cuales pudiésemos ser igualmente útiles. Para hacerlo con mas provecho, acordamos con el P. Salvatierra separarnos, privándonos de la satisfaccion que teníamos de vivir y trabajar juntos. El tomó la direccion del Norte y yo la del Mediodía y Occidente. Mucho fué el consuelo que esperimentamos en aquellos viages apostólicos, porque como sabíamos bien la lengua, y los indios habian puesto en nosotros una verdadera confianza, nos invitaban ellos mismos á entrar en sus poblaciones, y se complacian en alojarnos y presentarnos á sus hijos. Cuando los primeros estaban instruidos, íbamos en busca de otros, á quienes sucesivamente enseñábamos los misterios de nuestra religion. De este modo el P. Salvatierra descubrió poco á poco todas las habitaciones que componen hoy dia la mision de Loreto-Concho y la de San Juan de Londo; y yo todo el pais llamado al presente la mision de S. Francisco Javier de Biaundo, que se estiende hasta el mar del Sur.

«Adelantando así cada uno por su parte, observamos que varias naciones que hablaban diferentes idiomas, se hallaban mezcladas entre sí; los unos hablaban la lengua *moqui*, que sabíamos, y los otros la lengua *laymon*, que está mucho mas estendida que la primera, y que nos parece tiene un curso general en todo aquel vasto pais. Nos aplicamos con tanto ahinco al estudio de aquella segunda lengua, que la aprendimos en poco tiempo y empezamos á predicar indiferentemente ya en laymon, ya en moqui. Dios ha bendecido nuestros trabajos, porque ya hemos bautizado mas de mil niños, todos muy bien dispuestos y tan deseosos de recibir aquella gracia, que no hemos podido resistir á sus ruegos. Mas de tres mil adultos, igualmente instruidos, desean y piden el mismo favor; pero hemos juzgado á propósito diferirlo para esperimentarlos con mas calma, y para arraigar mas en ellos tan santa resolucion; porque, como estos pueblos han vivido por mucho tiempo en la idolatría, y en una gran dependencia de sus falsos sacerdotes, y son por otra parte de un carácter ligero y veleidoso, tememos, si nos apresurásemos, que despues se dejasen pervertir, ó bien, que siendo cristianos sin llenar sus deberes, no espusieran nuestra santa religion al desprecio de los idólatras; así es que nos hemos contentado con ponerles en el número de los catecúmenos. El sábado y domingo de cada semana vienen á la iglesia y asisten, con sus hijos ya bautizados, á las pláticas que se hacen, y tenemos la satisfaccion de ver un gran número que perseveran con fidelidad en el deseo que les anima de contarse en el número de los discípulos de Jesucristo.

«Despues de nuestros segundos descubrimientos, hemos dividido toda esta comarca en cuatro misiones.... Cada mision comprende varios pueblos. La de Loreto-Concho tiene nueve en su dependencia.... Cuéntanse once

pueblos en la mision de S. Francisco Javier de Biaundo.... Se habia construido una capilla para esta segunda mision; pero siendo ya demasiado pequeña, se ha empezado á edificar una grande iglesia, cuyas paredes serán de ladrillo y el techo de madera. La huerta inmediata á la casa de los misioneros dá ya toda clase de yerbas y legumbres; y los árboles de Méjico que se han plantado, van todos muy bien y dentro de poco estarán llenos de escelentes frutos El bachiller D. Juan Caballero y Ocio, comisario de la cruzada, cuyo celo y religiosidad no serán nunca bien ponderados, ha fundado estas dos primeras misiones, y ha sido, por decirlo así, el gefe y promotor de toda esta grande empresa.

«Por lo que toca á la mision de Ntra. Sra. de los siete Dolores, no comprende mas que tres poblaciones. Los individuos de la congregacion del colegio de San Pedro y San Pablo, de nuestra Compañía, fundada en la ciudad de Méjico, bajo el título de los Dolores de la Santísima Vírgen, y compuesta de la principal nobleza de aquella gran ciudad, han fundado esta mision, y en varias ocasiones han dado pruebas de su grande anhelo para la propagacion de la fé y para la conversion de estos pobres infieles. En fin, la mision de San Juan de Londo contiene cinco ó seis poblaciones. El P. Salvatierra que arde en deseos de estender el reino de Dios, cultiva estas dos últimas misiones con un celo admirable. He dejado con él al P. Juan de Ugarte, quien despues de haber prestado en Méjico esenciales servicios á estas misiones, ha querido por último consagrarse en persona á sus trabajos (1701). Ha hecho grandes progresos en poco tiempo; porque además de predicar perfectamente en las dos lenguas de que he hablado, ha descubierto del lado del Sud, dos nuevas poblaciones.... donde ha bautizado á veinte y tres niños, y se dedica sin descanso á la instruccion de los demás y de los adultos.

«Los naturales de California tienen mucha vivacidad y son naturalmente burlones, lo que observámos cuando empezamos á instruirles, porque apenas cometíamos alguna falta en su lengua, se burlaban de nosotros sin poder disimularlo. Mas tarde, cuando ha sido mas frecuente nuestro trato con ellos, se han mostrado mas circunspectos, pero no por esto han dejado de advertirnos si alguna falta se nos ha escapado. Cuando les esplicamos algun misterio ó algunos puntos de moral poco conformes con sus preocupaciones ó sus antiguos errores, aguardan á que el predicador concluya el sermon para disputar con él con calor y con talento. Si se les dan buenas razones, escuchan con docilidad, y si se les puede convencer, se confiesan vencidos y hacen lo que se les ordena. No hemos hallado entre ellos ninguna forma de gobierno, ni casi de religion y culto regular. Adoran la luna, se cortan los cabellos, no sé si es durante su menguante, y los dan á sus sacerdotes que los emplean para diversas especies de supersticiones. Cada familia se hace las leyes á su antojo, y esto será sin duda la causa de que mas frecuentemente riñan unos con otros.

«Por lo que hace á los misioneros.... he sabido con tanta gratitud como consuelo, que nuestro rey Felipe V (que Dios guarde muchos años) siempre dadivoso y liberal, ha tenido á bien señalar para esta mision una pension anual de seis mil pesos, satisfecho por los progresos que ha hecho la religion en esta nueva colonia. Con esta dádiva se podrán mantener un gran número de obreros que no dejarán de venir en nuestro ausilio.»

En apoyo de estas últimas palabras del P. Picolo, se lee en las *Cartas edificantes*: «El rey Felipe V, habiendo sabido despues de haber ceñido la corona, los progresos que hacia el Evangelio en California, escribió inmediatamente al arzobispo de Méjico, que habia sucedido interinamente al conde de Montezuma en el cargo de virey y de capitan general de Nueva-España, manifestándole que siendo conocedor del éxito que Dios habia concedido á los trabajos de los PP. de la Compañía de Jesus, ya en sus misiones de las provincias de Cinaloa, Sonora y Nueva-Vizcaya, ya en la

que acababan de establecer en el gran reino de California, deseaba que se protegiesen aquellas misiones y que se multiplicasen por la gloria de la Iglesia y la salvacion de las almas; á cuyo efecto dispuso que además de lo que se daba de su parte á las misiones de Cinaloa, Sonora y Nueva-Vizcaya, se diese lo que necesario fuese á la de California. Añadia que deseaba se le informase exactamente del estado en que se hallaba y de los medios que podrian emplearse no solamente para conservar una obra tan importante para la Iglesia y el Estado, sino para cimentarla y perfeccionarla en cuanto fuese posible. No se limitó á esto el soberano, sino que para demostrar cuan á pechos tomaba la conversion de aquellos pueblos, terminaba de este modo la carta escrita al arzobispo de Méjico: «Os prevengo que deis las órdenes necesarias á fin de que los subsidios que he señalado sean hechos efectivos inmediatamente, á fin de que los PP. jesuitas puedan proseguir su empresa con el mismo ardor con que la han comenzado. Es mi voluntad tambien, que de mi parte se den las gracias á las personas caritativas que con sus limosnas han contribuido á los gastos del primer establecimiento de estas misiones, manifestándoles que quedo muy agradecido al celo que abrigan por la propagacion de la fé y por el servicio que me han prestado en esta ocasion, é invitadles á seguir mi ejemplo y á proseguir en el amparo de una obra tan santa y tan agradable á Dios.» El rey acompañó aquella carta con otra al consejo real de Guadalajara, de que dependian aquellas misiones.»

Mientras que los PP. Salvatierra y Picolo trabajaban de este modo en el centro de California, donde habian entrado por mar, quiso la Providencia que el jesuita aleman Kuhn, del que ya hemos hablado anteriormente, se abriera paso hácia el Norte para penetrar por tierra. Desde el año 1683 que tuvo que retirarse de aquella region, no habia perdido de vista el misionero aquel suelo donde deseaba hacer algunas nuevas conquistas á Jesucristo. Asi es que en ocasion mas favorable, adelantó en el año 1698 del lado del Norte, siguiendo la costa hasta el monte de Santa Clara. Viendo allí que el mar se internaba de Este á Oeste, en vez de continuar siguiendo la costa, penetró en las tierras, y siguiendo constantemente la direccion de sudeste á noroeste, descubrió en el año 1699 las orillas del rio Azul (1) el cual despues de haber recibido las aguas del Gila, y corriendo de Oriente á Occidente, se reune con el rio Colorado ó gran rio del Norte. Despues de haber pasado el rio Azul, se encontró en el año 1700 cerca del rio Colorado, que tambien atravesó, quedando muy sorprendido en el año 1701 de encontrarse en California. Entonces supo que á treinta ó cuarenta leguas del lugar en que se hallaba entonces, el Colorado desaguaba en una ancha bahía en la costa occidental de California, y que esta por consiguiente únicamente estaba separada de Nuevo-Méjico por aquel rio. Hasta entonces se habia creïdo que el rio Colorado iba á terminar en el golfo de Méjico. El P. Kuhn, tan hábil matemático como celoso é infatigable misionero, trazó un mapa del camino que acababa de descubrir y lo envió á la córte de España.

En el año 1705, nuevos jesuitas llegaron á California, y su número ascendia á doce en el año 1715. Al siguiente, el P. Salvatierra, primer superior, envió el procurador de aquellas misiones al virey de Méjico, para pedirle la fundacion de un seminario destinado á la educacion de la juventud indígena, pero aquella súplica no dió ningun resultado. Habiendo pasado Salvatierra á Méjico en el año 1716 murió aquel mismo año en aquella ciudad.

En el año 1719, el P. Guillen, y en 1721 el Padre Ugarte, estendieron el círculo de las misiones. Un rasgo que se refiere de este último, demostrará que los naturales de California tienen conciencia de la superioridad de los blancos. Ugarte, entonces superior de los jesuitas, hombre de alta estatura y de una fuerza prodigiosa, predicaba en la mision de Nues-

(1) El rio Azul, que baña el pais de los Apaches, desagua en el Gila en las inmediaciones de S. Felipe (Nota del Trad.)

tra Sra. del Loreto. Un cacique, famoso por su vigor, que se hallaba colocado cerca de él, se burlaba de sus palabras y se reia sin embozo. Apurada la paciencia del misionero, inclinóse sobre el púlpito y con una mano cogió al cacique por la cabellera teniéndole algunos momentos suspendido y balanceándole de un lado á otro. Al ver aquella accion del religioso, el temor se apoderó de los indígenas y algunos de ellos huyeron; pero en lo sucesivo, cuando volvieron á la mision, asistieron á las ceremonias religiosas con mucha mas veneracion. No sin derramar su sangre, cimentaron los jesuitas sus misiones en la Vieja y Nueva-California, puesto que en el año 1733, las PP. Tameral y Caraneo perecieron en la parte meridional. En el año 1746 el P. Consag esploró el rio Colorado con el objeto de organizar algunas nuevas misiones que permitiesen hacer por tierra la travesía de Sonora á California. Los hijos de San Ignacio continuaron estendiendo el dominio de la geografía y gobernando paternalmente sus cristiandades hasta el año 1767, época en que las cedieron á los franciscanos del real convento de San Fernando de Méjico.

El protestante Robertson (1) ha dicho de la California: «A fines del siglo XVIII, los jesuitas que se habian consagrado al estudio de las costumbres y á civilizar sus habitantes, insensiblemente habian adquirido sobre ellos una autoridad tan absoluta, como la que tenian sobre los pueblos del Paraguay, y trataban de introducir en el pais el mismo sistema de administracion, gobernando á los indios con las mismas máximas. Para evitar que la córte de España concibiera recelos de sus operaciones, tenian gran cuidado de dar una idea muy mala de aquel reino. Segun ellos, el clima era tan mal sano y el suelo tan estéril, que únicamente el celo de la conversion de los indios, habia podido determinar á los misioneros á fijarse en él. Alejandro de Humboldt, protestante tambien, y que tenia sobre Robertson la ventaja de haber visitado él mismo aquellos lugares, se espresa con mas imparcialidad. (1) «Los establecimientos que fundaron los jesuitas en la Vieja-California, dieron ocasion de conocer la grande aridez de aquel pais y la suma dificultad de cultivarlo. El escaso resultado que dieron las minas que se esplotaron en Santa Ana, al norte del Cabo Palmo, enfrió el entusiasmo con que se habian preconizado las riquezas minerales de la península. Pero la malevolencia y el ódio que abrigaban algunos contra los jesuitas, hicieron nacer la sospecha de que aquella órden ocultaba á los ojos del gobierno los tesoros que encerraba una tierra tan celebrada desde muy remotos tiempos. Aquellas consideraciones decidieron al visitador D. José de Galvez, cuyo carácter caballeresco le habia hecho tomar parte en una espedicion contra los indios de Sonora, á pasar á California en el año 1768. Halló en ella montañas descarnadas, sin tierra vejetal y sin aguas: jaramagos y mimosadas arborecentes nacian en el hueco de las rocas; nada revelaba la existencia del oro y plata que decian haber sacado los jesuitas de las entrañas de la tierra; pero en todas partes se veian impresas las huellas de su actividad, de su industria y del laudable celo con que habian procurado cultivar un pais tan árido como desierto. Los interesantes viajes de tres jesuitas llamados Eusebio Kuhn, J. María de Salvatierra y Juan Ugarte, dieron á conocer la situacion física del pais. En el año 1697, ya habia sido fundada la poblacion de Loreto, bajo el nombre de presidio de S. Dionisio; pero en el reinado de Felipe V, sobre todo desde el año 1744, los establecimientos españoles en California, fueron muy considerables. Los PP. jesuitas desplegaron en esta ocasion ese tacto y esa actividad que tanto les distingue, que tan buenos resultados les ha dado y que tantas calumnias les ha valido en ambos hemisferios. En muy pocos años construyeron diez y seis centros de poblacion en el interior de la península.» Cada uno de esos centros tenia un misionero, y el superior general que residia

(1) *Historia de América*, tom. IV, pág. 128.

(1) *Ensayo político sobre Nueva-España*, tom. II, pág. 261.

en Loreto, concentraba en sus manos la autoridad de la península entera.

«Por órden de Cárlos III, dice el historiador Mofras, el marqués de Santa Cruz, virey de Méjico, y el visitador de aquel reino, D. José de Galvez, confiaron (25 junio del año 1767) á los frailes franciscanos del convento de S. Fernando de Méjico, la administracion de las misiones que los jesuitas hasta entonces habian dirigido solos con tanta prudencia como buen resultado. Las diversas misiones y los bienes inmuebles, formando el fondo piadoso de California, pasaron á manos de aquellos religiosos Diez y seis franciscanos, á las órdenes de su prefecto apostólico, el R. P. Fr. Junipero Serra, desembarcaron en Loreto, en la Baja-California, en el mes de abril del año 1768. El 16 de julio del mismo año, el visitador general de Nueva-España, llegó en persona, portador de una real órden que le prescribia fundar un establecimiento, ya fuese en el puerto de Monterey, ya en el de S. Diego. D. José de Galvez y el P Junipero, despues de haber visitado las misiones de la Baja-California, acordaron establecer en la Alta, en los dos estremos de la provincia, los presidios y misiones de S. Cárlos de Monterey y de S. Diego, de modo que pudiesen protejer todo el pais, añadiendo, como punto intermediario, la mision de S. Buenaventura.... A cuarenta leguas al norte de la mision de S. Francisco de Borja, que era en aquella época la parte mas septentrional de California...., el P. Junipero fundó la de San Fernando de Vellicata, que pronto contó con trescientos indios bautizados.... La noticia de la ocupacion de los puertos de S. Diego y Monterey causó un grande alborozo en Méjico, y á peticion del P. Junipero, el virey, marqués de Santa Cruz, envió treinta nuevos misioneros franciscanos que se embarcaron en S. Blas el dia 2 de enero del año 1771. La intencion del prefecto apostólico, era fundar dos misiones en el territorio comprendido entre S. Fernando de Vellicata y el puerto de S. Diego, y otras diez entre este puerto y Monterey. En sus cartas, este venerable religioso se titula *jefe del escuadron seráfico y apostólico*, encargado de la conquista de las almas de los pobres indios. Admirable á lo sumo es el valor que desplegó para civilizar á las tribus bárbaras en cuyo seno le habia llevado su caridad, y todos sus religiosos siguieron dignamente sus huellas. Durante una de sus ausencias, habiendo dado muerte los indios al P. Luis Jaime, que se habia presentado para apaciguarlos, el P. Vicente Fuster se refugió en una pequeña cabaña con dos españoles, desde donde hacian fuego á los indios. Viendo estos que sus flechas nada podian con sus contrarios, arrojaron tisones encendidos sobre el techo de la cabaña formada de ramas secas. Entonces el P. Vicente se sentó sobre la pólvora, cubriéndola con su hábito, sin considerar que una sola chispa podia hacerlo volar. Con aquel acto de intrepidez, los soldados españoles pudieron continuar haciendo fuego, dando tiempo á sus camaradas para que acudieran en su ausilio.

«En el año 1771, habiendo cumplido el marqués de Sta. Cruz el tiempo de su mando, fué reemplazado por Bucareli. Los dominicos de Méjico obtuvieron una cédula real, en la cual se disponia que los franciscanos les confiasen la administracion de una ó dos misiones; pero el P. Guardian del convento de San Fernando hizo observar con razon, que las provincias de la Baja California no podian dividirse, que sus límites naturales estaban perfectamente trazados y que podian presentarse graves inconvenientes si las dos órdenes se hiciesen la competencia en un mismo territorio. Concluia ofreciendo á los dominicos, en el caso que quisiesen encargarse de la provincia entera, desde el Cabo de San Lucar hasta el puerto de San Diego esclusivamente, cederles, con todas las misiones administradas antes por los jesuitas, la de S. Fernando de Vellicata y las otras cinco que quedaban todavía para establecer. El virey hizo reunir el consejo, y el dia 30 de abril del año 1772, dió un decreto para llevar á cumplimiento lo acordado entre las dos órdenes. No obstante, hasta

el 1.º de mayo del siguiente año, no entraron los dominicos en posesion definitiva de la baja ó vieja California, retirándose los franciscanos á la alta ó nueva, donde, pudiendo concentrar todos sus esfuerzos en un terreno menos vasto y mas fértil, no tardaron en obtener resultados dignos de admiracion. Al cabo de catorce años, el P. Junipero, que murió en el año 1784, habia fundado ya quince misiones de indios ó pueblos de colonos españoles.»

En el año 1777, los franciscanos Velez y Escalante, exploraron el pais situado al oeste de la Sierra-Madre, los manantiales del rio Colorado, el Narvajoar y el rio Gila. El autor antes citado añade: «Los magníficos resultados obtenidos por los misioneros españoles; quienes lograron reunir mas de treinta mil neófitos en sus misiones de la alta California solamente, prueban que es fácil captarse la voluntad de los indios por medio de presentes, darles á comprender las ventajas de un trabajo moderado y conservarles en la obediencia con el buen trato. En los muy remotos desiertos de América, muchas veces quedan sorprendidos los viajeros, encontrando cruces groseras de madera construidas y fijadas por los indígenas. Estos, á pesar del mucho tiempo que ha trascurrido desde la conquista, conservan un recuerdo de veneracion para los misioneros, para aquellos hombres, que siempre les hicieron bien y contínuamente les han protejido. Asi es que la nacion que no tendiese á destruir los indios, es decir, á emplear respecto de ellos los medios de que se valen los Estados-Unidos contra los de las Floridas, deberia, ante todo, enviar en medio de ellos algunos misioneros que pudiesen continuar la obra de civilizacion tan admirablemente comenzada por los jesuitas y franciscanos españoles. Entre esas tribus, como acontece con todos los pueblos incultos, la autoridad militar sola no puede dar ningun resultado permanente. La cruz de madera de algunos pobres religiosos, habia conquistado mas provincias á España y Francia, que la espada de sus mejores capitanes.»

CAPÍTULO XXX.

Misiones de los dominicos y de los jesuitas en el Perú.

Dueño el rey de España de Méjico y Californias, iba estendiendo cada dia sus dominios por una parte de la América meridional, en la que vastas regiones habian adoptado ya la forma y las costumbres de la civilizacion. Habia al propio tiempo otros muchos paises que, bajo la direccion de los misioneros, empezaban ya á salir del estado de degradacion intelectual, moral y social, á que sus habitantes idólatras se habian visto reducidos hasta que los españoles fueron á plantar en sus playas el lábaro santo de la cruz.

A instancias de los vireyes ó gobernadores, el rey de España proponia con deferencia al Papa para las sillas vacantes, á aquellos de entre los antiguos misioneros que mas se habian distinguido por su celo ilustrado y perseverante en el ministerio apostólico; otras veces consultaba antes el rey á los obispos y hasta algunas veces á los pueblos, quienes deseaban casi siempre tener por primeros pastores á los padres espirituales que les habian regenerado por medio del bautismo. Imposible nos seria, sin entrar en largos detalles, citar aquí todos los prelados que fueron propuestos para aquellas iglesias nacientes, aun limitándonos á las del Perú, ó á los prelados que despues de Bartolomé Lobo Guerrero, ocuparon la silla metropolitana de Lima. Basta á nuestro propósito mostrar al apostolado en accion entre las tribus que no conocian aun las verdades consoladoras del cristianismo: preferimos omitir la historia de las iglesias ya formadas, para poder referir mas estensamente los hechos gloriosos de los misioneros que con esfuerzos sobrehumanos, lograban añadir nuevas ovejas cada dia al rebaño del Pastor soberano.

La familia de Sto. Domingo nos presenta como uno de sus primeros apóstoles al P. Adriano de Ufeldre, natural de Lima, donde abrazó

á los catorce años la órden de Predicadores. Touron se complace en referir estensamente los hechos de aquel celoso apóstol, que despues de haber evangelizado á los indígenas de la diócesis que le vió nacer, fué enviado á Panamá, para convertir á los habitantes de las peñas de Guaymi, comparados por su ligereza con las cabras monteses. Apesar de que reconocian aquellos idólatras á un Dios supremo, llamado por ellos Noncomala, al que atribuian la creacion del cielo, la tierra y la luz que habia disipado las tinieblas procedentes del abismo, creian no obstante en otras divinidades inferiores, que compartian con el primer ser el gobierno del mundo, especialmente en las regiones sometidas á su influencia. El P. Adriano civilizó y convirtió á aquellos infieles, con los que formó, bajo el nombre de *Pueblo de San Lorenzo de los Reyes*, diferentes colonias que fueron las mas florecientes de la provincia de Veragua. Obligado el misionero á separarse de sus ovejas queridas, se dirigió, por mandato de sus superiores á la provincia de Darien, donde no fueron menores las conquistas espirituales que logró hacer en medio de aquellos feroces habitantes. En sus últimos dias, se retiró aquel ilustre misionero al convento de Panamá, en el que vivia aun el año 1647.

Con no menos resplandor brilló en la propia órden Francisco de la Cruz, nacido en Granada á últimos del siglo XVI. Despues de haberse procurado todos los conocimientos necesarios sin descuidar el estudio de la religion, hizo Francisco de la Cruz un viage á América, donde no paró hasta recorrer diferentes provincias del Nuevo-Mundo. En sus frecuentes viages tuvo ocasion de conocer las costumbres y la religion de los indígenas, hasta que por fin resolvió unirse á los ministros del Evangelio que habian emprendido el mismo viage con un fin mucho mas puro y santo, al ver la ceguedad de los pueblos idólatras que se entregaban á toda clase de supersticiones y escesos. No se cansaba la Cruz de admirar el desinteresado celo de tantos religiosos que habian ido de remotos paises á anunciar el Salvador á aquellos infortunados, despreciando todas las fatigas y peligros á que se veia la vida del misionero contínuamente espuesta. Como hombre sábio y cristiano, pensaba en la suerte distinta de los que veia dirigirse de Europa á América, unos por procurarse bienes perecederos, que las mas veces anticipaban su muerte sin saciar su codicia; y otros, con la sola mira de aumentar la grey de Jesucristo, lo que no podia menos de procurarles su gloria y la de la religion que profesaban. Así que, no le dejó la gracia fluctuar mucho tiempo. Resuelto Francisco de la Cruz á preferir la dicha eterna á la felicidad aparente de esta vida, pidió el habito de Sto. Domingo al convento de Cuzco, en el Perú; entrando á formar parte de aquella comunidad el dia 7 de febrero del año 1716. Pronto conocieron sus superiores que, aunque era Francisco uno de los últimos que habia entrado en la viña del Señor, no seria de los que la harian producir menos fruto, merced á la pureza de sus costumbres y á la asombrosa facilidad que tenia en aprender cualquier lengua, circunstancia en él tanto mas recomendable, cuanto que se dedicaba principalmente á la instruccion de los indígenas. Sus progresos en las letras divinas correspondieron tambien al ardor de su celo, puesto que llegó á enseñar teología en los conventos de Cuzco y de Lima; luego desempeñó tambien una cátedra en la universidad de esta última ciudad: formando de aquel modo ministros del Evangelio, destinados á hacer un dia lo que él mismo iba á emprender en favor de los pobres indígenas. No era en las ciudades de Lima y de Cuzco, ni en sus inmediaciones, donde los americanos carecian de instruccion; preciso era ir á buscar á lo lejos las familias errantes, ó mejor los pueblos enteros que huian de los europeos para evitar las luces de que tanto necesitaban. La mayor parte de ellos se habian retirado á las ásperas montañas de la América meridional, llamadas los *Andes de Acobamba*, que se estienden de norte á mediodía en el Perú, dividiéndole en dos partes.

Creian los indígenas que serian aquellas montañas inaccesibles para los europeos; así que, vivian en ellas confiados como podian hacerlo en otro tiempo sus padres en regiones mas fértiles, sin tener ninguno conocimiento de Dios, y entregados á las pasiones mas brutales. Los conquistadores, quizás por un sentimiento de humanidad, ó tal vez por la escasa importancia del pais que ocupaban, habian respetado aquel último baluarte de su independencia; pero Francisco de la Cruz en su deseo de salvar las almas, no podia dejar en la barbarie y la abyeccion á aquellos hombres redimidos por la sangre de Jesucristo. Cuanto mas digno de lástima era el estado en que se veian, tanto mayor fué el empeño con que acudió en su ausilio; el conocimiento que tenia ya de su lengua y sus costumbres le procuró el medio de serles sumamente útil, así como contribuyeron su caridad, su paciencia, su dulzura y su desinterés á grangearle su aprecio. Cuando los indígenas se hubieron convencido de que lejos de amenazar su libertad, se imponia gustoso los mayores sacrificios para asegurarles una felicidad eterna, hasta los mas feroces de entre ellos se arrojaron cariñosamente en sus brazos. Por otra parte, el Señor, que inspiraba á su apóstol, disponia en su favor á aquellos corazones por medio de la gracia, á fin de que la semilla del Evangelio no cayese siempre en un suelo ingrato. Asi que, no tardó en dar aquella mision grandes frutos, atendido el gran número de indígenas que pidieron la gracia del bautismo; pero como el prudente misionero no concedia aquella gracia hasta estar bien seguro del fervor de los que la solicitaban, para evitar un sacrilegio, no siempre se veian satisfechos los deseos de los que aspiraban á ella. Puede afirmarse que recorrió el celoso misionero casi en toda su estension las montañas del Perú, á pesar de contener cerca de mil leguas, sin que le arredráran nunca ni los precipicios, ni los demás obstáculos de toda clase que tenia que vencer para el desempeño de su mision regeneradora y santa. Finalmente, despues de haber anunciado por espacio de muchos años la palabra divina á aquellos pueblos salvajes, recibió la órden de dirigirse á España; acababa de ser nombrado superior general de la provincia dominicana del Perú, y debia en interés de aquellas misiones pasar á Madrid, donde obtuvo del rey todo cuanto deseaba. Despues de haber hecho de la Cruz imprimir un Compendio de teología (1), obra que compuso mientras estuvo ejerciendo el profesorado en Lima, se dirigió á Roma, donde permaneció algun tiempo, escitando la admiracion de los hombres mas eminentes de su órden. Al regresar á América, se le obligó á aceptar el cargo de vicario general de la provincia dominicana de San Antonino, en el reino de Nueva-Granada, por creerse que nadie estaba en el caso de difundir tan fácilmente la luz del Evangelio en aquel pais; tambien fué nombrado otra vez provincial del Perú, prestando los mas señalados servicios á la religion, á su órden y á su patria. No contento Francisco de la Cruz con emplear todos los medios de que podia disponer para escitar la emulacion de sus hermanos, y emplearles segun sus talentos en la propagacion del Evangelio, se puso siempre á su frente, reservando siempre para sí los actos que exigian mas resolucion. Ni la fragosidad de los montes, ni los abismos profundos que abrieran los torrentes, ni los barrancos que á cada paso interceptaban los caminos, bastaron nunca á hacerle interrumpir sus contínuos viajes; finalmente, merced á la liberalidad del rey de España, pudo evitar aquellos inconvenientes, y abrirse camino hácia los pueblos que queria regenerar por medio de la fé. Hizo construir varios puentes y llenar de tierra algunos barrancos; abriendo de este modo nuevas vias de comunicacion que fué el primero en aprovechar, y que siguieron tras él otros misioneros para ir á hablar de Jesucristo á aquellos indígenas, que la naturaleza

(1) Aquella obra de justa celebridad que valió á su ilustre autor merecidos elogios, fué publicada en Barcelona el año 1636; despues de haber servido mucho á todos los teólogos por hallarse dilucidadas en ella las cuestiones mas intrincadas, fué declarada obra de texto. (Nota del Trad.)

parecia haber separado del resto de los hombres. Preciso era tener una resolucion heróica y una caridad ardiente, por no ceder el misionero en su generosa resolucion ante las insuperables dificultades que á cada paso se le presentaban; bastaria por sí sola la heróica constancia que mostró siempre en todos los momentos difíciles para inmortalizar la memoria de aquel grande hombre. Testigos los dominicos del Perú de las bellas acciones de su superior, no solo hicieron mencion de ellas en el capítulo provincial que se celebró en el año 1649, sino que para trasmitir despues su recuerdo á la posteridad, hicieron de ellas una relacion exacta, que firmada por todos ellos fué enviada al general de la Orden, residente en Roma. Igualmente celoso el incansable provincial por la regularidad de sus religiosos que por la conversion de las almas, recòrria á la vez todos los conventos que habia de su órden en aquel estenso reino, y predicaba en todos los puntos que se veia obligado á visitar. Escogia además en cada casa de su órden á algunos religiosos que se llevaba con él por algun tiempo, encargándoles luego que continuasen la mision comenzada, mientras iba á llevar él á otros puntos la palabra de salvacion. Recuórdese que á mediados del siglo XVI, el dominico Gerónimo de Loaisa, arzobispo de Lima, habia establecido una universidad, dotada por el Papa y por el rey, que gozaba de los mismos privilegios que la de Salamanca; á su vez el P. Francisco de la Cruz, para aumentar la emulacion con el número de los profesores, fundó en el mes de marzo del año 1646, bajo la advocacion de Santo Tomás, un colegio del que fué nombrado rector y administrador perpétuo. Todos los reglamentos que formó el ilustre fundador tendian á formar en él dignos ministros de la palabra divina, teólogos y misioneros tanto mas capaces de trabajar en la conversion de los indígenas, cuanto que conocian con perfeccion su lengua, sus usos y costumbres. El convento de Santa Magdalena de Lima, en el que Francisco de la Cruz habia hecho renacer el antiguo fervor de la órden y la mas perfecta regularidad, era el santuario en que los novicios de la provincia pasaban el primer año de prueba; despues de haber pronunciado sus votos, iban á continuar sus estudios en el colegio de Santo Tomás. Dió aquel medio tan escelentes efectos, que no pudo menos de ser confirmado por el general Tomás Turco el año 1647 en el capítulo general que se celebró en Valencia. Apesar de las muchas ocupaciones á que se entregaba contínuamente el siervo de Dios, publicaba de vez en cuando algunas nuevas obras, escritas en latin ó en español; la mayor parte de las cuales, despues de haber sido publicadas en Lima, fueron reimpresas en Madrid y en Alcálá. Habiendo muerto en aquella época el dominico Juan de Espinar, obispo de Santa Marta, fué nombrado para sucederle el P. Francisco de la Cruz; antes empero de ser consagrado, los intereses de la religion y del Estado le llamaron á Potosí, ciudad importante del Perú, situada en el pais de los Charcos, que dista de Lima unas trescientas leguas. No solo estuvo encargado de morigerar las costumbres de los cristianos y atender á la instruccion de los infieles, sino que le encargó además el rey de España procurase calmar los ánimos, escitados con motivo de unas ricas minas de plata, que acababan de ser descubiertas en los montes vecinos. Ocupado estaba Francisco de la Cruz en el desempeño de esta doble mision, cuando murió en Potosí hácia el año 1664, en olor de santidad.

Los dominicos Antonio de Rocha, Tomás de Chaves, Francisco del Rosario, José Murillo, Diego Gonzalez de Valdosera, Pedro Palomino, Juan de los Rios y otros, son citados por Turon como activos predicadores de la palabra divina en medio de los idólatras. En el mes de octubre del año 1725, fué asaeteado el P. Ambrosio Gomez, de la propia órden, en las misiones del Darien, donde selló con su sangre el ministerio apostólico que abrazára por amor á sus semejantes; hubo tambien en aquel mismo año otros tres reli-

giosos de la órden de Predicadores, llamados Miguel Pantigoso, Nicolás Gonzalez y Juan Dávila, consagrados á la difícil mision de Cochabamba, que vieron coronada con el martirio su perseverancia (1).

Los esfuerzos de los dominicos no deben empero hacernos olvidar los de los franciscanos, agustinos, mercenarios y jesuitas, que tanto rivalizaron en celo por difundir la fé, desde Panamá hasta el estremo de Chile, y cuya generosa propaganda veremos fomentarse en breve hasta en el corazon mismo de la América meridional.

CAPÍTULO XXXI.

Misiones de los franciscanos, jesuitas y mercenarios en las provincias del Paraguay, el Rio de la Plata y el Tucuman.

Todavía empezamos por la vida de un ilustre dominico á reanudar la historia de estas misiones. Recibió Tomás de Torres, noble español, natural de Madrid, el hábito de Santo Domingo en el real convento de Nuestra Señora de Atocha, pronunciando sus votos ante el P. Bernardo de Lerma. Su ilustre cuna y el talento de que ya dió pruebas en la edad mas temprana, abrieron á Torres las puertas del colegio de San Gregorio, en el que solo eran admitidos los jóvenes de mas brillantes esperanzas. La merecida reputacion que en breve alcanzó Torres en los colegios de Madrid, Valladolid y Alcalá, decidió al P. Gerónimo Faviere, entonces general de la Orden, á nombrarle rector del colegio de Louvain, á cuya ciudad llegó en el año 1606, tomando luego el bonete de doctor, y encargándose de la clase de Sagrada Escritura, en cuyo desempeño sobrepujó á las esperanzas de los que le habian nombrado para aquel importante cargo (2). Era el P. Torres en el año 1611 definidor de la provincia de la baja Alemania, en cuya calidad fué enviado al capítulo general de su órden, celebrado en Paris ante el P. Galamini, donde presidió el religioso español un acto solemne, esto es, las tesis que el P Jacinto Coguet, hábil flamenco, sostuvo en el colegio de Santiago, revelando en él un profundo conocimiento en los Cánones, la Sagrada Escritura y en la de los Santos Padres. Despues de haber ejercido Torres el profesorado, escribió varias obras y se dedicó á la predicacion por espacio de ocho años en los Paises Bajos, de los que partió en el año 1614 para dirigirse á España, donde le fueron confiados honrosos cargos. Gobernó por algun tiempo la comunidad de Zamora, en el reino de Leon, y era superior del convento de Nuestra Señora de Atocha en Madrid, cuando fué nombrado obispo de la Asuncion, capital del Paraguay, en la América meridional; habiendo recibido el nuevo prelado las bulas de Paulo V el dia 30 de marzo del año 1620, fué consagrado en la córte, partiendo luego para Nueva-España á dirigir el rebaño que acababa de serle confiado. Contaba á la sazon el P. Torres cincuenta y seis años; como habia adquirido una justa reputacion y no le faltaba el apoyo de amigos poderosos, habria llegado fácilmente á ocupar los mas elevados puestos; pero como no conocia el siervo de Dios la ambicion, que es por lo regular el móvil de casi todos los hombres, huyó del fausto para entregarse al trabajo en medio de los indígenas de América, ya que el Señor le llamaba á aquellas regiones para que fuese á ejercer su celo en ellas. Aunque en las Indias Occidentales, sometidas ya á la corona de España, no se estuviese espuesto á las terribles persecuciones que procuraban á los misioneros la corona del martirio, en los paises que estaban bajo la dominacion de los príncipes infieles; no por esto

(1) No solo son españoles los gloriosos mártires citados en el presente capítulo, sino que españoles fueron tambien todos los generosos atletas de Jesucristo que por espacio de muchos años derramaron su sangre en casi todo el vasto continente americano. Loor á España, loor á sus nobles hijos que en todos tiempos han hecho heróicos sacrificios por lograr el triunfo de las grandes ideas. (Nota del Trad.)

(2) Muchos de sus discípulos brillaron mas tarde en las universidades de España, distinguiéndose sobre todo entre ellos el célebre Juan Poinsot, conocido despues bajo el nombre de Juan de Santo Tomás, el cual escitó la admiracion de todos los grandes hombres de aquella época con sus escritos teológicos. (Nota del Trad.)

los obispos y apóstoles celosos por la propagacion de la fé y la pureza del culto, tenian que vencer á cada paso menos obstáculos, ya por procurar á los indígenas toda la proteccion que exigia el espíritu evangélico, ya para desvanecerles sus antiguas supersticiones, y hacerles profesar el cristianismo en toda su pureza. Además, como no se habia estinguido en ellos el sentimiento de su independencia, era preciso impedir que se lanzasen á temerarias empresas, como habia sucedido en el Perú, donde la rebelion fué casi general, y solo sofocada despues de muchos esfuerzos. Por medio de la dulzura trató el P. de Torres de evitar aquellas revueltas, que solo podian acarrear la ruina del pais y el esterminio de sus habitantes; y, como siempre, procuraron la dulzura y la suavidad el apetecido resultado. Escudado pues el virtuoso prelado con la confianza y el afecto de toda la colonia, pudo hacer su ministerio igualmente útil á españoles ó indígenas, merced á los medios que le procuró la Providencia para estrechar mas cada dia los lazos sagrados que unian al pastor y á su rebaño. Además de la amabilidad que le atraia todos los corazones, dispensaba el prelado á todos sus diocesanos continuos beneficios, ya arreglando sus diferencias, ya interesandose por ellos cerca de la córte de España, en la que eran sus proposiciones siempre aceptadas. Tal fué la prudencia cristiana, ó la política santa, que observó Tomás de Torres constantemente en su diócesis; si bien no pudo evitar siempre todos los males, logró al menos que no fuesen estos tan frecuentes como antes. Los simples particulares, al ver que era el prelado tan querido y respetado por todos los gefes de la colonia, temian ofenderle; y era aquel temor tan saludable, que contenia no pocas veces á los que deseaban declararse contra él, por no haber abrazado aun la religion cristiana. Cuando el obispo hubo logrado que renunciasen los indígenas á sus antiguos planes de venganza, por haberse sometido ya enteramente al suave yugo de los españoles, llamó á los que habian ido á esconderse en los bosques ó en lo mas áspero de las montañas por no verse privados de su independencia, á fin de que volviesen á gozar de la vida comun entre sus compatriotas; lo que no le fué dificil alcanzar, atendida la confianza que en él se tenia. Los vicios que mas le costó desarraigar de entre los indígenas fueron la embriaguez, la impureza y la venganza; aquellos hombres degenerados hasta el estado salvaje eran generalmente vengativos hasta el punto de hacerse la guerra entre sí, sin respetar ni aun los vínculos de la sangre, por una causa cualquiera; pero aquellas bárbaras costumbres que el gobierno español no habia podido cambiar, desaparecieron, aunque insensiblemente, merced á la influencia evangélica. En su ardiente celo por realizar la obra regeneradora que habia emprendido, no cejó el piadoso obispo ante obstáculo de ninguna clase, siendo siempre el primero que se dirigia á los puntos de mayor peligro y que soportaba con mas resignacion las fatigas que llevaba consigo la difícil carrera del apostolado. Reunidos ya los españoles y los indígenas en los ejercicios de una misma religion, no formaban mas que un solo pueblo, sometido á leyes uniformes, sin que debiesen temerse ya revueltas, porque la reconocida y respetada autoridad del rey conservaba la tranquilidad y el reposo en el seno de las familias, y la paz en aquella sociedad en general, que tan pocas disposiciones mostrára antes á favor del órden y la disciplina. En menos de seis años logró el P. Tomás de Torres obrar aquel portentoso cambio en las costumbres de los indígenas; queriendo el rey Felipe IV que repitiese en otra diócesis el portento de civilizacion cristiana obrado en el Paraguay, le designó para la sede de Tucuman. En aquel vasto pais de la América meridional, tan distante de uno y otro mar, situado entre Chile y el Rio de la Plata, poseian los españoles las ciudades de Santiago, San Miguel, Córdoba, Talavera y algunos otros pueblos que habian empezado á colonizar. La ciudad de San Miguel, residencia del

obispo, era considerada como capital de la provincia, á que daba algunas veces su nombre; distinguíanse en ella, entre las demás tribus, la de los tucumanes, jurias y diaguitos, siendo estas dos últimas compuestas de pastores de ovejas. Por lo general, era aquel pueblo laborioso, menos entregado á la embriaguez que las demás tribus de aquellas regiones, pero no por esto dejaba de ser menos vengativo, conforme lo indicaban ya sus cabañas construidas en forma circular y cubiertas de haces de espinos, á causa de las guerras en que se veian contínuamente empeñados. Esto no obstante, iban adoptando costumbres menos bárbaras y hostiles para con los que no les ofendian, y no se notaba ya en ellos la repugnante desnudez en que iban algunas de las demás tribus; diferentes dominicos españoles habian ido á anunciarles la palabra divina con mas ó menos resultado, pero era casi insignificante el número de los naturales convertidos, cuando el Papa Urbano VIII, á peticion del rey de España, encargó á Tomás de Torres que fuese á disipar las tinieblas de la idolatría en el Tucuman. El prelado, fiel á su método, empezó por predicar á vencedores y vencidos la caridad cristiana, y por ser él primero en practicarla, á fin de que sus ovejas la observasen mas fácilmente; luego se dedicó con preferencia á la evangelizacion de los indígenas. Empieza el verano en el Tucuman el dia 23 de setiembre y termina á 20 de marzo, durante cuya estacion es muy dificil viajar, por ser el pais arenoso y abundar en él mucho las fieras; pero ni las incomodidades y peligros que ofrecian los caminos, impidieron nunca á Tomás de Torres visitar los diferentes puntos de su vasta diócesis. Mientras se dirigia á un concilio provincial convocado por el arzobispo de Lima en la capital del Perú, murió por el camino en Chuquisaca el año 1630; teniendo el consuelo de exhalar su postrer suspiro en brazos de los religiosos de su órden y de ser sepultado en su iglesia.

Tenian los franciscanos algunas misiones en las diócesis de la Asuncion y de Buenos-Aires, á las que se daba el nombre de reducciones, y cuyos cristianos se daban en encomienda. Pero luego en virtud de las órdenes del rey Católico, publicadas por el visitador Francisco Alfaro, se prohibió á los cristianos de las reducciones que organizaban los jesuitas el darse en encomienda, ni someterse á ningun servicio personal por causa ni por motivo alguno.

En el año 1623 dirigia el P. Cataldino las reducciones del Guayra, y el P. Gonzalez las de las inmediaciones del Paraná y las que acababan de ser establecidas en la provincia de Uruguay. Los jesuitas poseian además algunos colegios y otras casas en las tres provincias del Paraguay, el rio de la Plata y el Tucuman; sucedió aquel mismo año al P. de Onaté en el cargo de provincial, el P. Nicolás Duran de Mastrilli, quien vió aumentar considerablemente la cosecha espiritual, merced á los constantes afanes de los misioneros.

Logró el P. Cataldino fundar en el Guayra la Reduccion de *San Francisco Javier* entre los feroces montañeses de Itirambara; luego confió á los PP. de Montoya y de Salazar el cuidado de evangelizar la tribu de guaranis antropófagos, y á la cual dieron despues el nombre de Tayaoba, que era el de su principal cacique. Al ver aquel cacique los rápidos progresos que hizo el cristianismo en el Guayra, no pudo menos de admirar y querer á sus apóstoles; hé aquí porque hizo de él el P. Montoya la piedra angular de una cristiandad que no tardó en ser floreciente. Luego, de acuerdo con el cacique convertido, fué establecida la reduccion de los *Santos Arcángeles*, y confiada á la direccion del P. Pedro de Espinosa; habia no lejos de la nueva reduccion una vasta llanura habitada por unos indígenas conocidos bajo el nombre de coronados ó largas melenas, por dejarse hombres y mugeres crecer estremadamente el cabello. El establecimiento de la tribu de la Encarnacion en una colina inmediata á la llanura, hizo ya desde un principio concebir la esperanza de que

acabaria por atraer los coronados á la fé, como así fué en efecto. En breve diez de sus caciques pidieron que se les instruyese, por lo que se vió obligado el misionero de la tribu de la Encarnacion á llamar en su ausilio á los PP. de Montoya y Diaz de Tano. Los gualaches, en cuya tribu ningun europeo se habia atrevido á penetrar, se mostraron dóciles á la voz de dos misioneros; advertido Montoya de que trataban los mamelucos de invadir todas las reducciones del Guayra, se interpuso generosamente entre aquellos aventureros y las recientes comuniones cristianas. Luego penetró en la tribu de los coronados y formó las reducciones de *San Miguel* y *San Antonio*; se reunieron al propio tiempo otros indigenas á instancias del P. Diaz de Tano en un sitio llamado el *Cementerio de Pay-Isumé*, por haber hecho dar Sto. Tomás sepultura en él á muchos cristianos, segun la tradicion; teniendo la nueva reduccion por patrono á aquel santo apóstol. El cacique Guiravera, llamado el *Esterminador*, se titulaba gran sacerdote y jefe supremo del Guayra, y se hacia tributar honores como si fuese una divinidad; era tal el ódio que tenia á los misioneros, y particularmente al P. Maceta, que siempre decia no habia de parar hasta comerse á aquel jesuita. Sin embargo, Guibeira, lo mismo que Tayahoba, se postró ante la cruz: los PP. Montoya y Maceta trasformaron aquella salvaje tribu en una familia cristiana, y recibió su gefe en el bautismo el nombre de Pablo.

La provincia del Uruguay hacia concebir esperanzas tan fundadas como habia hecho nacer la de Guayra; en el año 1623, intentó el P. Pedro Romero, subir por el Uruguay hasta su orígen, pero se vió obligado á volverse á Buenos-Aires, por haber temido sus guias la oposicion de los yaros y charuas, pueblos respecto de los que se referia una costumbre muy singular. A la muerte de cada uno de sus allegados, se cortaban la articulacion de un dedo, empezando por las manos; así es que, muchas veces se veian ya á la flor de la edad sin ningun dedo en las manos ni en los piés, y sin embargo hacian cualquier trabajo y andaban con la misma soltura que antes. El P. Gonzalez, que para el establecimiento de la Concepcion, se habia internado mas de ciento cincuenta leguas, se dirigió luego á Buenos-Aires á fin de concertar con el gobernador español los medios necesarios para subir hasta el mismo nacimiento ú orígen del Uruguay. Niezu, cacique de la nueva reduccion, que le acompañaba, fué nombrado jefe de todos los indigenas de la provincia del Uruguay que abrazasen el cristianismo. El obispo confirió desde luego á los jesuitas todos sus poderes; y el gobernador, por su parte, les autorizó para fundar reducciones en toda la provincia del Rio de la Plata, trasmitiéndoles á su vez todas las facultades que los reyes de España, como delegados de la Santa Sede y patronos de las iglesias indígenas de la América española, podian dar á los ministros del Evangelio. Al regreso del misionero, no tardaron en florecer dos nuevas cristiandades, una de las cuales llevaba el nombre de los *Tres Reyes*, y la otra el de *San Francisco Javier*. Luego de haber penetrado Gonzalez en el pais que riega el *Ibicicui*, formó la comunion cristiana de la *Calendaria*, que debia ser tan pronto arruinada por los idólatras; despues de haber ido á reconocer á los tapes, colonia la menos viciosa de los guarani, para la cual, sin embargo no habia sonado aun la hora de su regeneracion, fué á establecer en las riberas del Piratini, otra reduccion llamada tambien *Candelaria*, mucho mas duradera de lo que lo fué la primera del mismo nombre.

Martin de Ledesma Salderanna, nombrado gobernador del Tucuman, para que conquistase el Chaco y fundase en él dos ciudades, habria querido que le acompañasen á aquel pais los jesuitas y formar en él reducciones iguales á las de los guaranis; pero juzgando el provincial Mastrilli que era el estruendo de las armas impropio para los predicadores del Evangelio, contestó que si entraban los jesuitas en Chaco en medio de un ejército, no podrian captarse la confianza de los indígenas;

pero que tan pronto como fuese aquel pais conquistado, irian los jesuitas para hacer mas soportable el yugo que fuese impuesto á sus naturales. Penetró Ledesma en el Chaco sin otro sacerdote que Juan Lozano, religioso de la Merced, el cual fué asesinado por los mataguayos. Cuando hubo fundado Santiago de Guadalcazar, fué á reunirse con él en el mes de agosto del año 1627 el jesuita español Gaspar Osorio de Valderavano.

Un refuerzo de cuarenta y dos hijos de San Ignacio llegó felizmente á Buenos-Aires el dia 30 de abril del año 1638; habia entre ellos dos jesuitas franceses, á saber: Nicolás Henard, de la diócesis de Toul, poco antes paje de Enrique IV, y Noel Bertholdt, natural de Lion. Véase lo que escribia este último á Europa, apenas acababa de desembarcar: «Nótase ya una gran diferencia entre los indios que pertenecen á las reducciones y los que aun no han entrado en ellas; estos parecen fieras mas bien que hombres, al paso que nada tienen aquellos de bárbaros, ni aun en sus costumbres. Me admiró en gran manera el ver á uno de ellos que estaba leyendo en el refetorio del colegio, durante la comida en español y en latin, como si hubiese poseido con perfeccion las dos lenguas; y el que en las fiestas celebradas con motivo de la llegada de los jesuitas formasen aquellos indígenas una orquesta, que tocaba con precision cualquier pieza. Luego supe que un hermano jesuita les habia enseñado el canto y la música, y que era lo que mas habia contribuido á llamar y atraer á los indígenas; por esto se decia que aquel buen hermano con su violin, habia prestado á la naciente Iglesia tantos servicios como hubiese podido hacerlo el mas famoso de los misioneros; que los nuevos cristianos acudian á él como á su Orfeo; que aquella circunstancia decidió á los fundadores de la república cristiana de los guaranis, á hacerles aprender de música y á tocar toda clase de instrumentos; y finalmente, que los infieles, al oir cantar y tocar á los jesuitas, y al verles pintar, permanecian cuatro y seis horas inmóviles y como en éxtasis.»

La llegada de aquel refuerzo estimuló en gran manera á los antiguos obreros, que creyeron poder dar mas ancho campo á su celo. El P. Gonzalez, secundado por el jóven P. Juan del Castillo, fundó á 15 de agosto del año 1628, una reduccion bajo el título de la Asuncion; luego fué con el P. Alfonso Rodriguez á plantar la cruz en los dilatados bosques del Caro, sin que le faltára ya mas que la palma del martirio para coronar su obra santa. La reduccion de *Todos los santos* empezaba á formarse, cuando Niezu, escitado por un apóstata, que le dió á entender se hallaba su autoridad sujeta á la de un simple sacerdote español, mandó asesinar á todos los misioneros. El dia 15 de noviembre del año 1628, despues de haber celebrado Gonzalez el santo sacrificio de la misa, estaba ocupado en colocar la campana de la tribu en presencia de sus parroquianos, cuando al bajarse para recojer el badajo, le descargó un emisario de Niezu dos golpes de *macana*, y le tendió muerto á sus piés. Atraido por el rumor, salió Rodriguez de una cabaña inmediata, y despues de haber sido atado, sufrió tambien la muerte; siendo luego los dos cadáveres atrastrados hasta la puerta de la iglesia, donde se les descuartizó; alentados los seides de Niezu al saber aquel doble asesinato, fueron á apoderarse del P. Castillo, al cual tambien dieron muerte el dia 17 de noviembre. Hubo otros dos jesuitas que fueron salvados por sus neófitos, al acercarse los infieles para acabar con ellos. Vistos los escesos á que se entregaban los emisarios de Niezu, resolvieron los caciques cristianos apelar á las armas, siendo tal su noble esfuerzo, que en breve lograron arrollar y vencer á sus bárbaros enemigos y dar muerte al mismo Niezu; todos los allegados de este jefe apóstata fueron hechos prisioneros, y se mostraron arrepentidos los mas de ellos en el momento de espiar su crímen. Solo se pensó despues en tributar los últimos deberes á los tres confesores de Jesucristo, cuyos cuerpos fueron trasladados en triunfo á la iglesia de la Concepcion, en la que se les hicieron solemnes

exequias. De este modo terminó la primera persecucion que sufrió la iglesia del Paraguay.

Cuando el jesuita español, Francisco Vasquez Trujillo reemplazó al P. Mastrilli en calidad de provincial, á principios del año 1629, encontró ya veinte y una reducciones en el Guayra, el Paraná y la provincia de Uruguay, aunque nacientes las mas de ellas. Formó además el nuevo superior dos de ellas en el Caro, como para compensar la ruina de las que los mamelucos acababan de destruir en otros puntos; al ver la barbárie por estos ejercida en diferentes tribus, se resolvió que los PP. Maceta y Mancilla siguiesen al enemigo hasta el Brasil, para pedir al general el castigo de las hostilidades cometidas por súbditos de su gobierno en un pais sometido al rey de España, á la sazon su soberano. Desde San Pablo de Piritiningua, donde los jesuitas tenian aun su colegio, se dirigieron los dos misioneros á Rio Janeiro y á Bahia, sin haber podido obtener reparacion alguna del general portugués; dando tambien por resultado su segundo viage el anticipar una segunda espedicion contra el Guayra. Lejos de dar ausilio á las reducciones amenazadas, procuró el gobernador del Paraguay contrariar á los jesuitas, prohibiéndoles pasar por el Paraná, para dirigirse desde sus cristiandades, cada dia mas florecientes, de la provincia de Uruguay, á las del Guayra; siendo preciso que la real audiencia de la Plata dejase sin efecto aquella prohibicion. Al recibirse la noticia de que se acercaban los mamelucos, dispuso el P. Trujillo que saliesen los neófitos de todas las reducciones del Guayra, y que se refugiasen junto á la gran cascada del Paraná; hé aquí lo que dijeron los neófitos de S. Ignacio y de Loreto, al recibir aquella órden: « Despues de habernos procurado el inestimable beneficio de la fé, bien sabeis que no podemos separarnos de vosotros, sin esponernos á perderla; así que, añadieron, dirigiéndose á los PP. de Montoya y Maceta, estamos resueltos á seguiros hasta el último confin del mundo. Si el hambre, la sed, las fatigas y demás incomodidades propias de un largo viage, acaban con nuestros padres, mugeres y niños, nos consolará la idea de que han muerto por su Dios y recibirán su recompensa en el cielo. Finalmente, si nos faltan los alimentos necesarios para nuestro sustento, no nos faltará al menos el pan del alma, que será, mientras no nos separemos de vosotros, toda nuestra fuerza, todo nuestro apoyo. » Como lo previeron aquellos fervientes cristianos, las enfermedades, las fatigas y el hambre destruyeron de tal modo á los fugitivos, que de cien mil almas de que se componia la iglesia del Guayra, solo quedaron los misioneros y unas doce mil, que bajo los adorados nombres de Loreto y San Ignacio, formaron dos reducciones en las riberas del Jul aburro, tributario del Paraná. El triste abandono en que se dejó á los guairanos, dió por resultado la destruccion de las poblaciones de Ciudad Real y Villarica, que quedaron desde su emigracion sin apoyo.

Mientras que los misioneros estaban acampados con sus neófitos junto á la gran cascada del Paraná, los itatinos que vivian en las lagunas hácia el norte de la Asuncion, desecharon las injustas sospechas que hasta entonces abrigaron. El sacerdote portugués Acosta que habia reunido cierto número de ellos, so pretesto de civilizarles y convertirles, les entregó despues á algunos de sus compatriotas que debian conducirles al Brasil: descubierta aquella traicion por los itatinos, no solo dieron muerte á Acosta, sino que concibieron graves sospechas contra el jesuita Rançonniere, al que el P. de Montoya habia nombrado para evangelizarles. Pero ya hemos dicho que no tardaron en desvanecer aquellas sospechas, queriendo ser instruidos todos á un mismo tiempo; por lo que fué preciso enviar á Rançonniere el ausilio de los PP. Henart é Ignacio Martinez, cuyos tres misioneros formaron las cuatro reducciones de *San José*, los *Angeles*, *San Pedro* y *San Pablo*; pero fueron luego desgraciadamente invadidas por los mamelucos.

Otra conquista espiritual no menos consoladora fué la del Tapé, al que no habia encon-

trado el P. Gonzalez dispuesto aun á recibir la semilla evangélica que debia fructificar tanto en el año 1632. El P. Romero formó en el nuevo pais conquistado la reduccion de *San Miguel;* los PP. Bertoldo y Benavides organizaron la de *Santo Tomás;* y no tardaron en nacer sucesivamente las comuniones cristianas de *San José*, la *Natividad*, *Santa Teresa*, *San Joaquin*, *Jesus-María* y las de los santos *Cosme* y *Damian*.

El P. de Boroa, que sucedió al P. Trujillo en el cargo de provincial, emprendió un viage de dos mil leguas para enterarse del estado en que se hallaban las reducciones de su provincia. Como habia encanecido en los mas penosos trabajos del apostolado en el Paraguay, sabia apreciar debidamente la esperiencia y el celo de sus numerosos cooperadores; siéndole en estremo sensible la pérdida de los que le fueron arrebatados por el furor de los infieles. El P. de Espinosa iba á comprar en Santa Fé las provisiones que necesitaban los cristianos refugiados en las riberas del Paraná, cuando fué asesinado por los guapalachos en 1634. Tambien al año siguiente el P. Cristóbal de Mendoza, misionero del Tapé, cayó en una emboscada hecha por el jefe Tayaba, enemigo declarado del cristianismo; despues de haberle cortado una oreja y de haberse dispuesto para abrirle el vientre, sobrevino una tempestad que dispersó á sus asesinos. El siervo de Dios se arrastró hasta la distancia de algunos pasos y procuró ocultarse; pero el rastro de la sangre le descubrió al dia siguiente á sus enemigos; al decirle los indígenas, que adoraba á un Dios impotente que no le defendia, se enardeció el celo del misionero hasta tal punto, que irritados los impios le arrancaron los dientes. Y como continuase el misionero aun confundiéndoles, le cortaron la nariz, los lábios y la oreja que aun le quedaba; por último, le arrancaron la lengua, le atravesaron el cuerpo con una estaca, y luego le pasaron el corazon con una flecha, diciendo: «Veamos si su alma se dirige al cielo.» Consumó Mendoza su sacrificio el dia 25 de abril del año 1635. Privado el nuevo provincial de la cooperacion de los útiles ausiliares que acababan de alcanzar la palma del martirio, se dirigió el año 1636 al consejo de Indias por medio del P. Montoya, superior de las reducciones, y envió al propio tiempo á Roma al P. Diaz de Tano. El agustino Melchor Maldonado, obispo del Tucuman, aprovechó la partida de Montoya para esponer al rey de España el triste estado de su diócesis, donde los jesuitas no tenian el poder, como en las provincias del Paraguay y del Rio de la Plata, de librar del servicio de las armas á los infieles que lograban convertir al cristianismo. El prelado deseaba establecer sólidamente la religion en el Chaco, donde el dia 1.° de abril del año 1639 los chiriguanos quitaron la vida á los PP. Gaspar Osorio y Antonio Ripario, para impedir que la predicasen á los naturales; véase como á pesar de haberse convertido el Chaco, continuaban los mamelucos ejerciendo sus inauditas crueldades en la provincia de Uruguay. Como la resistencia de los neófitos, organizada por los misioneros, no bastase á contener á sus enemigos, resolvió el provincial que las reducciones del Uruguay emigrasen al igual que las del Guayra. Enorgullecidos los mamelucos á consecuencia de sus triunfos, iban á dirigirse á Paraná, cuando el gobernador del Paraguay salió á su encuentro; el P. Alfaro, superior de las reducciones, que acompañaba al gobernador en aquella espedicion, murió en uno de los primeros encuentros; fué su sucesor el P. Claudio Ruier, jesuita del Franco-Condado. El papa Urbano VIII no pudo contener las lágrimas al saber los escesos cometidos por los mamelucos, á quienes amenazó con los rayos de la iglesia. Diaz de Tano hizo publicar sus breves en el Brasil; y, con aquel motivo, los jesuitas, ardientes defensores de la libertad de los indígenas, fueron espulsados de San Pablo de Piratiningua. Montoya, por su parte, obtuvo del rey de España que declarase contrarias á las leyes divinas y humanas las agresiones injustas de los mamelucos contra las tribus cristianas del Guayra,

el Tapé, el Uruguay y el Paraná; así como tambien el que fuese nuevamente confirmado el edicto que concedia á los indígenas convertidos por los jesuitas en aquellas regiones, el derecho de ser considerados como vasallos inmediatos de la corona, y no poder por lo mismo, bajo ningun pretesto, ser obligados al servicio personal de ningun particular. Fué fijado en el propio decreto el tributo que habian de pagar desde el año 1649; y, finalmente, para que pudiesen combatir con armas iguales á los mamelucos y tupies del Brasil, se les autorizó para que pudiesen usar armas de fuego, en el caso de sufrir una invasion.

Ya hemos visto el triste estado del Tucuman, cuyo obispo Melchor Maldonado pedia el ausilio de los jesuitas; en su virtud, el P. de Boroa, provincial de la Compañía, encargó á los PP. Fernando de Torreblanca, y Pedro Patria que evangelizasen á los calcaguies, en cuyo pais formaron ambos religiosos la reduccion de *San Cárlos*. Pero deseando el prelado que fuese con preferencia planteada la fé en el Chaco, el P. Pastor, rector del colegio de Santiago, se ofreció con santa abnegacion á llevarla á los abipones, situados al estremo oriental de aquel pais; solo admitió por compañero al P. Gaspar Cerqueyra, natural de la Concepcion, que poseia perfectamente la lengua de los abipones, única que se hablaba en toda aquella parte del Chaco. Los dos misioneros pidieron guias á los mataras, indígenas supersticiosos que habian desoido ya la voz de un cura que, desde Buenos-Aires, habia ido á evangelizarles. Al aniversario de la muerte de sus allegados, debia cada matara presentar un avestruz muerto; y si eran varios los finados cuya memoria iban á honrar, debian presentar un avestruz por cada uno. Pastor y Cerqueyra, despues de haber evangelizado á los mataras, se dirigieron á la tribu de los abipones, á los que no pudieron catequizar el tiempo necesario para inculcarles el cristianismo.

El P. Francisco Lupercio, nombrado provincial en reemplazo de Boroa, no debia ya temer que los mamelucos turbasen la paz que gozaban las reducciones que habia en número de veinte y nueve, en las dos provincias del Paraná y el Uruguay, teniendo cada una dos sacerdotes á su frente; pero no dejaba de haber por esto un enemigo interior que amenazaba á los fundadores de aquella república cristiana. Bernardino de Cárdenas, religioso franciscano que nació en la Plata de los Charcos, fué preconizado obispo de la Asuncion el dia 18 de agosto del año 1640, y consagrado por el obispo de Tucuman en el mes de octubre de 1641, antes de haber recibido sus bulas. Pensando de distinto modo que los jesuitas del colegio de Salta que participaban del mismo error en que estaba el prelado consagrante, los del colegio y la universidad de Córdoba no creyeron en la legitimidad de la toma de posesion, verificada antes de recibirse las letras apostólicas; creyendo que si bien la consagracion era válida en cuanto al sacramento y á la impresion del carácter, no podia dejar de considerarse como nula respecto al ejercicio lícito de las funciones inherentes á la órden. En este mismo sentido se declaró mas tarde la congregacion del santo concilio de Trento. Bernardino de Cárdenas disimuló en un principio su aversion á los jesuitas; pero procuraba en secreto arrojarles de la Asuncion y de todas las misiones del Parana, que eran de su diócesis. Coincidió con esta animadversion del prelado, la calumnia de que los jesuitas habian encontrado en la provincia de Uruguay algunas minas de oro que procuraban ocultar á los españoles, y cuyos productos remitian á Roma por Buenos-Aires; por absurdo que fuese este rumor, no dejó de dársele crédito, conforme lo demuestra el haber mandado el consejo de Indias que se alejase del Paraguay á todos los misioneros que no fuesen súbditos del rey de España.

No habia mas que el Tucuman, dice Charlevoix, en que gozasen los jesuitas de una verdadera paz, por trabajar bajo la proteccion de un obispo que les daba el ejemplo de todas las virtudes, y que estaba siempre dispuesto á

defenderles en todo: por esto bendijo el Señor sus trabajos y les dió una abundante cosecha. Sin embargo, apesar de lo mucho que sufrian los jesuitas en las provincias vecinas, sus reducciones del Paraná y del Uruguay, eran cada dia mas florecientes, sin esceptuar aun aquellas que oian rugir mas de cerca la tempestad formada contra sus directores. Practicábanse en todas ellas virtudes cuya observancia parecia increible en hombres que estaban poco antes sumidos en la barbarie; y lo mas maravilloso era que su progresivo aumento se debia tanto á los neófitos como á los mismos apóstoles que habian sabido inspirarles el celo de que estaban animados.» Los guirapores y otras varias tribus vecinas, establecidas al occidente del Paraguay, parecian estar dispuestos á vivir bajo la direccion de los jesuitas; por lo que se creyó oportuno entrar por aquella parte en el Chaco, ó al menos para establecer una comunicacion mas directa y fácil entre las provincias del Paraguay y del Tucuman. Los misioneros de los itatinos escribieron al provincial, que mandó al P. Romero que, acompañado de Mateo Fernandez, fuese á formar una reduccion entre los infieles de que se le hablaba en aquella comunicacion. La palma del martirio que tantas veces habia estado Romero á punto de alcanzar en la provincia del Uruguay, le estaba reservada en aquella iglesia naciente. El dia 22 de marzo del año 1645 se disponia Romero á celebrar el santo sacrificio de la misa, cuando recibió de un cacique un golpe terrible que le hizo caer medio muerto; el neófito Gonzalo, que queria morir con el apóstol, espiró de un flechazo, lo mismo que Fernandez. Despues de haber hecho sufrir á Romero los tormentos mas atroces, le cortaron los dedos para metérselos en el vientre que á este objeto le fué abierto, por creer sus supersticiosos asesinos que de aquel modo no serian responsables de su injusta muerte. Los cuerpos de los tres mártires fueron trasladados algun tiempo despues á la tribu de los itatinos, la cual perdió á su vez al P. Francisco Arias, muerto en una nueva intentona que hicieron contra ella los mamelucos, que, no atreviéndose á medir sus armas con los nuevos cristianos del Paraná y del Uruguay, intentaban sorprender á un pueblo menos dispuesto á defenderse. Tambien los guaycuros por su parte intentaron arrojar á los españoles de la Asuncion en el año 1646, pero fueron completamente derrotados por las milicias del Paraná. El gobernador del Paraguay, que habia hecho alejar á Bernardino de Cárdenas, no pudo menos de hacer presente, que á haberse realizado la intencion del prelado acerca de las reducciones, habria sido la provincia irremisiblemente conquistada, porque si hubiesen sido proscritos los jesuitas, todos sus neófitos se habrian dispersado.

Bernardino de Cárdenas renunció el episcopado de Popayan, en el nuevo reino de Granada, para el que acababa de ser nombrado; cuando fué relevado el gobernador del Paraguay, logró el obispo regresar á su diócesis de la Asuncion, en la que continuó persiguiendo á los jesuitas, fundado en la oposicion que les hacia entonces en Méjico Juan de Palafox, obispo de Angelópolis. Empezó Bernardino por quitar á los jesuitas las misiones de los itatinos, que desde la invasion de los mamelucos habian sido trasladados al occidente del rio Paraguay, á fin de estar mas cerca del enemigo, y de que pudiesen dispersarle antes de que penetrase en el interior del pais, caso de hacer otra intentona. Privadas las dos reducciones de los hijos de San Ignacio, á los que se arrancó de ellas con tanta dureza, que murió de sus resultas el P. de Arenas, no tardaron en quedar enteramente desiertas; solo á duras penas logró mas tarde el P. Mansilla reunir á los itatinos. El ambicioso Bernardino de Cárdenas se hizo nombrar por el municipio capitan general de la provincia, con motivo de haber muerto el gobernador repentinamente; y, prosiguiendo su obra de destruccion, previno al rector de los jesuitas que saliese de la Asuncion, y que hiciese evacuar desde luego todas las reducciones del Paraná y los demás establecimientos que poseian los

jesuitas en la provincia del Paraguay. Los religiosos que estaban enfermos fueron arrancados de sus camas, conducidos atados como malhechores junto al rio, donde fueron metidos en unas canoas, y abandonados sin provisiones á merced de la corriente que no habria dejado de arrastrarles hasta el mar, á no haber embarrancado en una isla que encontraron á su paso, y desde la que se dirigieron á Corrientes. El nuevo gobernador que fué nombrado, tuvo que vencer la resistencia armada que le opuso el obispo, para instalarse en la Asuncion, donde restableció á los jesuitas tan injustamente espulsados. El arzobispo de la Plata de los Charcas, nombró un vicario general para que gobernase la diócesis durante la ausencia de Bernardino de Cárdenas, cuyo prelado tuvo que presentarse á la real audiencia de la Plata para dar cuenta de su conducta. En el propio año 1651, al verse en el lecho de muerte, hizo declarar por su secretario, que la conciencia le obligaba á hacer á los jesuitas una reparacion jurídica por el mal que les habia hecho.

Apenas acababan de entrar los hijos de San Ignacio en posesion de sus reducciones del Paraná, cuando se vieron ya á punto de ser espulsados de las del Uruguay, por haber resuelto el benedictino Cristóbal Moncha, obispo de Buenos-Aires, convertir aquellas reducciones en curatos, que debian desempeñar sacerdotes seculares. Así pues, mandó á los jesuitas que las evacuasen, é invitó á los eclesiásticos, no solo de su diócesis, sí que tambien á los de las del Tucuman y la Asuncion, á que se presentasen para ser nombrados párrocos de las mismas. Pero como no se presentase ni un solo sacerdote al llamamiento del obispo, procuró este examinar con detencion la conducta observada por los jesuitas, y acabó por confesar que habia obrado con ligereza, y que no pararia hasta reparar en lo posible la falta cometida. Los neófitos de las reducciones de los jesuitas, prestaron nuevamente señalados servicios á su patria, venciendo sucesivamente á los frontones, á los calcaguies del Rio de la Plata y á los ingleses; en el año 1660 socorrieron tambien los nuevos cristianos al gobernador del Paraguay, demostrando una vez mas cuan injusto era el concepto que habia hecho formar de ellos Bernardino de Cárdenas en ódio á sus pastores. Desde entonces dejaron de ser considerados como vecinos peligrosos, ó como rebeldes que los jesuitas trataban de emplear para la realizacion de sus supuestos planes de conquista; al contrario, se les creyó con razon los libertadores de la provincia, y el mas seguro apoyo contra la agresion de los bárbaros.

Desde el año 1654 habia sometido el rey de España á su consejo de Indias la gran cuestion que turbaba hacia tanto tiempo al Paraguay. A peticion de Felipe IV, el general de la Compañía de Jesus nombró visitador en aquel pais al P. Antonio de Rada, el cua siendo provincial en Méjico, cuando las diferencias suscitadas por Juan de Palafox, se portó con una moderacion y prudencia admirables; mandándole al propio tiempo que obrase de acuerdo con Fr. Gabriel de Guillestigui, comisario general de los franciscanos en el Perú. Solo contribuyeron los últimos informes tomados á hacer resaltar mas y mas la inocencia de los jesuitas; por lo que fué trasladado Bernardino de Cárdenas á la silla de Santa Cruz de la Sierra, siendo nombrado el 15 de diciembre del año 1666 obispo de la Asuncion Gabriel de Guillestigui, al que sucedió en el año 1674 Faustino de las Casas, religioso de la Merced.

Como se agrupasen algunos indígenas errantes en las márgenes del rio de Monday, escribió el último prelado al superior de las reducciones del Paraná que se sirviese enviar algunos religiosos para convertir á aquellos pobres infieles; al recibir el obispo á los dos jesuitas encargados de la nueva mision, les abrazó con ternura y les dijo, que con la mayor confianza les trasmitia la obligacion en que estaba de trabajar para que entrasen en el redil del Pastor soberano las ovejas descarriadas.

La region que se trataba de evangelizar, era sin duda alguna la mas áspera del Paraguay; pero ni su escesivo calor, ni su suelo montuoso, cubierto de espinos, ni los tigres y víboras que tanto abundaban en el pais, intimidaron en lo mas mínimo á los jesuitas. A los dos meses de su llegada, tenian ya mas de dos mil catecúmenos, habian construido una iglesia y no habia reduccion que escediese en nada á la reduccion del Monday. En un viaje que los dos apóstoles hicieron al Paraná, se les vió enteramente desfigurados; su vestido hecho girones, solo les cubria una parte del cuerpo, dejando ver la restante cubierta de cicatrices; solo se les conocia en la voz; en cambio, el abundante fruto producido por sus trabajos les procuraba tan dulce consuelo, que no habrian trocado su mision por ninguna otra. Mientras que en el norte del Paraguay se fundaba bajo un sol abrasador aquella nueva iglesia, se procuraba en el mediodía iluminar con la antorcha del Evangelio á la nacion de los guenoas, que forma entre el mar, el Uruguay el Rio de la Plata una vasta estension, en la que es en invierno el frio insoportable, y sin que haya en el rigor del verano un solo árbol para prestar fresca sombra. En el mes de setiembre del año 1683, empezó el jesuita Francisco Garcia con una cohorte de fervientes cristianos á evangelizar á los guenoas, formando su primera reduccion el año 1685; los yaros, algunos de los cuales habian logrado abrir ya los ojos á la luz de la fé, fueron reunidos por el P. Richard en una tribu que recibió el nombre de *San Andrés*. Al poco tiempo de haber formado el religioso la nueva comunion cristiana, se le presentaron los principales de ella diciéndole que iban á retirarse para adoptar nuevamente su antiguo modo de vivir, ya que les habia dicho que el Dios de los cristianos estaba en todas partes y que veia todas sus acciones: no podemos admitir á un Dios tan perspicaz, sobre todo cuando los nuestros no se paran siquiera en ninguna de nuestras acciones. «Pero vosotros, repuso el apóstol, habeis olvidado lo que os he repetido tantas veces, esto es: que el Dios de los cristianos es el único y verdadero Dios, que todos los demás solo lo son de nombre; y que, aunque os oculteis en el fondo de las cavernas ó en los mas espesos bosques, no lograreis evitar ni la vista ni la justicia del Creador cuyo culto quereis abandonar.» Ninguna impresion causaron en los yaros estas palabras; puesto que ni uno solo habia ya aquella misma noche en la tribu.

De las tres provincias del Tucuman, el Paraguay y el Rio de la Plata en que trabajaban los jesuitas, solo la primera dejaba de utilizar el servicio militar que estaban en el caso de prestar los indígenas de sus reducciones, no sujetos á los gobernadores; por lo que quedaba espuesto el Tucuman á los ataques de los pueblos del Chaco, los que era probable continuasen, ínterin no se lograse establecer el cristianismo en aquel pais. En el mes de agosto del año 1653, el P. Pastor, antiguo apóstol de los abipones, y á la sazon provincial, acompañó á los PP. de Medina y Andrés Lujan á la tribu de los Mataguayos, cuyos salvajes amenazaron constantemente su vida, hasta que se les mandó de órden del rey salir del Chaco. Hasta el año 1672 no se formó allí la primera reduccion, fundada por los jesuitas Diego Altamirano y Bartolomé Diaz, bajo el nombre de *San Francisco Javier*, en las inmediaciones de Esteco, sin que tardára aun en ser enteramente abandonada. El dia 20 de abril del año 1683, los jesuitas Diego Ruiz y Antonio Solinas y el celoso sacerdote Pedro Ortiz de Zárate, partieron de Jujuy para evangelizar de nuevo aquella reduccion; al sexto dia de su viaje llegaron á la cumbre del monte de Santa, desde la que se descubre el Chaco en toda su estension; las nubes no llegan nunca á su cumbre, pero en cambio se apiñan con frecuencia en su base, impidiendo al viajero descubrir un paisaje inmenso y variado. Los tres misioneros, que de lo alto de la montaña no pudieron descubrirle, creyeron ser aquella circunstancia un presagio de que no tendrian la dicha de disipar las tinieblas de la infideli-

dad en que estaba sumida aquella region, y de que iba su empresa á procurarles el cielo, que descubrian en todo su esplendor y magestad, como si se hallasen en el punto mas alto del globo. Llegaron á una tribu de los ojatas, en la que fueron visitados por algunos tobas y diferentes tanos, que parecian estar dispuestos á dejarse dirigir por ellos, por lo que formaron los misioneros desde luego la reduccion llamada de *San Rafael*, compuesta de cuatrocientas familias. Habiendo sido enviado el P. Ruiz al Tucuman por procurarse provisiones, saliéronle al encuentro, á su regreso, el P. Solinas y el licenciado Ortiz á seis leguas de la reduccion, en una capilla que habian construido en honor de la Vírgen, y en la que se les advirtió que los tobas y los mocovis acababan, á instancia de los juglares, de jurar su muerte. Con efecto, el dia 17 de marzo del año 1684 salieron aquellos indígenas de un bosque inmediato y se dirigieron á la capilla, llegando á ella en el momento en que Solinas salia del altar y que iba Ortiz á dirigirse á él, para celebrar á su vez el santo sacrificio. En vano los dos misioneros se dirigen á sus asesinos para hacerles presente la dicha de que se disfruta al servir al verdadero Dios, pues prorumpen los bárbaros desde luego en espantosos gritos y dan la muerte á los apóstoles, cuyas cabezas se llevan en triunfo, para beber despues en sus cráneos durante la infernal orgía á que se entregan para celebrar su doble parricidio. El P. Ruiz, que por un milagro del cielo, se libró de la banda de asesinos enviada en su persecucion, encontró al llegar á San Rafael desierta la tribu, por haber huido todos los neófitos al saber la proximidad del enemigo. Cuando supo el rey de España aquel doble martirio, comprendió que solo habia faltado á aquellos misioneros para consolidar el establecimiento empezado, poder convencer á los pueblos del Chaco de que lejos de atentar á su libertad, solo se queria hacerles alcanzar la verdadera dicha, dándoles á conocer á Dios. En su virtud, mandó el dia 6 de diciembre del año 1684 al gobernador del Tucuman, hiciese presente á los jesuitas, que podian asegurar á los indígenas que consintiesen en vivir bajo su direccion, que se les trataria en un todo como á los de las reducciones del Paraná y del Uruguay.

Confiados aquellos misioneros en que les seria fácil penetrar en el Chaco por medio de los chiriguanes, algunos de los cuales eran aliados de los españoles, fundaron un colegio en la poblacion de Tarija, que sirvió de asilo á los apóstoles que fueron en lo sucesivo á predicar la fé á los charcas. Nombróse al P. Arcé para evangelizar aquel estremo del continente de la América meridional, que termina en el estrecho de Magallanes. El P. Nicolás Mascaradi, jesuita italiano, que se habia dirigido ya anteriormente á aquella region desde Chile, recorrió casi toda la Patagonia; pero puede decirse que solo contribuyeron sus trabajos á procurarle la palma del martirio. Arrepentidos los indígenas que le dieron muerte, pidieron misioneros; y los jesuitas del Tucuman, que eran los que mas estendian sus escursiones hácia aquella parte, nombraron al P. de Arcé para la nueva mision; por lo que se acusó á los PP. del Paraguay de haberse arrogado un derecho que pertenecia al reino de Chile, del que salieron algunos jesuitas en el año 1703, para empezar una mision en el mismo punto en que habia terminado la suya el P. Mascardi. En lugar de llevar la fé á la Patagonia, tomó el P. de Arcé posesion del nuevo colegio de Tarija, donde fueron los chiriguanes á suplicarle que formase un establecimiento en su tribu. Despues de haber hecho su primera escursion al Chaco con el P. Miguel de Valdolivas, volvió á él, acompañado del P. Juan Bautista de Zea: entonces fué cuando se les ofreció un terreno junto al Guapày para fundar una reduccion, á la que dieron desde luego el nombre de la *Presentacion de Nuestra Señora*. El provincial Gregorio de Orozco encargó entonces al P. de Arcé, que para obrar con mas seguridad, debia empezarse por formar, lo mas cerca que fuese posible de Tarija, una comunion cristiana que sirviese

de punto de partida para las que fuesen organizándose en lo sucesivo hácia la parte del Chaco que ocupaban los chiriguanes; y en virtud de aquellas instrucciones, se formó en el valle de Tariquea la reduccion de *San Ignacio*. Pero fué el pais de los chiriguanes tan estéril, que no bastaron á hacerle productivo los constantes afanes de los misioneros: preciso fué abandonar sucesivamente las reducciones de San Ignacio y de la Presentacion, cuyo fundador se habia convertido en apóstol de los chiquitos.

Llevan este nombre un gran número de tribus esparcidas por toda la estension del pais que linda por oriente con los moxos y los bauros y sin límites señalados en la parte occidental; cuanto mas uno avanza hácia el norte, mas se dilata ó ensancha el pais; siendo empero muy poca su latitud en la parte del mediodía. Los chiquitos temian mucho á los demonios, que decian presentárseles bajo formas horribles; creian que era el alma inmortal; al enterrar los muertos les ponian provisiones para su alma y armas para la caza, á fin de que los difuntos se procurasen los víveres necesarios, cuando se les hubiesen agotado las provisiones. Daban á la luna el nombre de madre; cuando estaba en su eclipse, creian que los cerdos la mordian, dejándola cubierta de sangre; para librarla de los dientes de aquellos animales no cesaban de arrojar flechas al aire hasta que volvia la luna á su estado natural. El trueno y los rayos eran obra, segun los chiquitos, de las almas de los difuntos que vivian en las estrellas, con las que estaban en continua lucha; consideraban á los hechiceros como enemigos del género humano, y daban la muerte á todos cuantos creian que lo eran. Supersticiosos hasta el esceso, creian ver en los gritos de los animales y en el canto de los loros un aviso, ó cuando menos un presagio de lo que habia de sucederles; hasta en sus armas creian descubrir signos que les indicaban el porvenir. La ley de Jesucristo habia sido anunciada ya á los chiquitos, si bien no quedaba en aquellos pueblos ni aun el recuerdo del cristianismo. El gobernador de Santa Cruz de la Sierra supo atraérseles con su benevolencia, y les predispuso á recibir nuevos misioneros, diciéndoles que serian jesuitas los encargados de evangelizarles, á fin de que pudiesen conservar sus libertades. « Tales fueron, dice Charlevoix, las disposiciones de la Providencia para la fundacion de la segunda república cristiana, que formaron aquellos religiosos bajo el mismo modelo de la primera, á la que igualó en todo, escepto en el número de reducciones. El gobernador de Santa Cruz pidió al provincial Orozco que enviase el P. de Arcé á los chiquitos, mision la mas digna del celo de la Compañía de Jesus que se habia presentado en aquella parte de América. Llegó el apóstol á ella á fines del año 1692, plantando la cruz el dia 31 de diciembre en medio de aquel pueblo, diezmado por la peste, y en el que construyó una iglesia bajo la advocacion de *San Francisco Javier*. Los chiquitos panoquis, cuyos ascendientes habian profetizado ya el cristianismo, se presentaron desde luego para ser admitidos en el número de los catecúmenos; todo indicaba que seria aquella reduccion en breve una de las mas florecientes, cuando de repente se arrojaron los mamelucos sobre aquel pueblo, defraudando todas las esperanzas; el P. de Arcé, empero, que era su ángel tutelar, reunió á cuantos panoquis lograron salvarse del furor de los mamelucos, y fundó en el año 1694 una segunda reduccion, que recibió el nombre de *San Rafael*. Luego fué formando otras dos, que llevaron los nombres de *San José* y *San Juan Bautista*. Fué verdaderamente asombroso el modo rápido con que se formó aquella nueva iglesia, así como tambien el grado de perfeccion á que ya desde un principio llegaron sus neófitos; puesto que el espíritu apostólico de aquellos cristianos, apenas regenerados, les hacia desafiar la muerte por procurar nuevos adoradores á Jesucristo, y desear ardientemente sacrificarse por tan bella causa. Lo que era aun mas admirable en hombres nacidos en la barbarie, era sin duda la paciencia inalte-

rable de que daban contínuamente pruebas en todos los accidentes de la vida; con todo, debe tambien decirse, que nunca tuvo quizás S. Francisco Javier tan dignos imitadores como los jesuitas encargados de cristianizar á los chiquitos; particularmente el P. Caballero, era un modelo de todas las virtudes. En el año 1704 se dirigió á los puraxis, cuyos indígenas le suplicaron alcanzase de Dios la lluvia de que tanto necesitaban sus campos, haciéndoles esperar su fé que Dios se la concederia. Entonces el P. Caballero plantó en tierra el crucifijo que llevaba en la mano, y mandó á los indígenas que le adorasen despues de haber hecho la plegaria que les enseñó; apenas la hubieron terminado, empezó ya á caer una abundante lluvia. Los manacicas, á su vez, quisieron probar tambien su celo; preguntándole cierto dia el cacique de los purajis, que es lo que haria el misionero para vencer la ferocidad de aquella tribu: «Les opondria mi Dios y el suyo, contestó el hombre apostólico, mostrando su crucifijo: hé aquí mi único escudo. Nada temo cuando se trata de obedecer á mi Salvador y á mi maestro, ó de publicar su ley, porque sé que nada han de poder sus enemigos contra mí, sin su permiso. Además, ¿qué dicha puede haber mayor para mí que la de morir, haciendo lo que él me prescribe?» Véase lo que dice Charlevoix acerca de los manacicas: «Segun una antigua tradicion, fué el apóstol Sto. Tomás á predicar el Evangelio en su pais, ó que al menos envió á él algunos de sus discípulos. Es innegable que entre las groseras fábulas y los monstruosos dogmas de que está su religion plagada, se descubren en ella algunas huellas del cristianismo; parece sobre todo, que tienen los manacicas una confusa idea de un Dios que se hizo hombre por salvar al género humano; porque segun una de sus tradiciones, hubo una muger de sin igual belleza que dió á luz un niño sin dejar de ser vírgen; que aquel hermoso niño al llegar á la edad viril obró grandes milagros, tales como el de resucitar los muertos, curar los paralíticos, etc.; y que habiendo reunido cierto dia un gran pueblo, se elevó en los aires, trasformado en ese sol que nos ilumina. Si no hubiese, dicen los *maponos* (ministros de la religion), tanta distancia de él á nosotros, podríamos distinguir claramente su fisonomía; tributan á estos indios grandes honores á los demonios, que se les presentan, segun dicen, bajo formas horrendas. Reconocen un gran número de dioses, entre los que distinguen particularmente á tres de ellos, que son superiores á los demás, los cuales forman una trinidad, compuesta del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; dan al Padre dos nombres, á saber: Omequaturiqui y Uragosoriso, llamando al Hijo Urasana y al Espíritu Santo Urapo. La muger del Padre, llamada Quipoci, es la que sin dejar de ser vírgen fué madre de Urasana. El Padre, dicen, habla siempre en voz alta y clara, el Hijo es balbuciente, y tiene el Espíritu Santo una voz muy parecida al retumbo del trueno; Quipoci se presenta algunas veces resplandeciente de luz. El Padre es el Dios de justicia, y el que como tal castiga á los malos; el Hijo, su madre y el Espíritu Santo son los que interceden por los culpables. En la sala que hace las veces de templo, hay un puesto cerrado por medio de una cortina, que es el santuario en que las tres divinidades reciben los homenages de sus adoradores; solo el jefe de los sacerdotes puede entrar en él, siendo prohibida su entrada á los demás de la tribu bajo pena de muerte. Por lo regular descienden los dioses á su santuario cuando están atestados de gente los templos, y anuncia su llegada un espantoso estruendo; todos los que están presentes esclaman: «Padre, ¿ya habeis llegado?» Y al propio tiempo una voz les responde: «Sí, hijos mios, procurad divertiros; ya haré que tengais una caza y pesca abundantes; á mí me debeis todos los bienes de que disfrutais.» Se le escucha con profundo respeto, pero luego empiezan los circunstantes á beber y danzar; cuando están en una completa embriaguez empiezan á maltratarse entre sí, siendo muy raras las fiestas en que no haya varios muertos

y heridos. El mapono que está en el santuario quiere tomar tambien parte en el festin; entonces dice una voz que los dioses tienen sed, y desde luego se les prepara un vaso de chico, adornado de flores, que se entrega á la persona mas respetable que hay en la tribu, para que lo presente al mapono, quien entreabre la cortina para recibirlo. Cuando los dioses tienen hambre, se emplea el mismo medio para saciársela; como no puede el mapono, á causa de su dignidad, dedicarse á la pesca ni á la caza, preciso le es valerse de aquel medio por poder subsistir. Algunas veces sale del santuario para apaciguar las querellas causadas por la embriaguez, y despues de imponer silencio, promete en nombre de los dioses que verán los circunstantes cumplidos todos sus deseos. A veces el intérprete de los dioses manda en su nombre á las tribus que tomen las armas y vayan á saquear los pueblos vecinos, en cuyo caso debe ser siempre obedecido; lo que es causa de que viva aquel pueblo en contínuos ódios y de que no multiplique. Entre los dioses inferiores, hay algunos que presiden las aguas, los cuales están obligados á recorrer los rios y los lagos para llenarles de peces; se les invoca en la estacion de la pesca y se les inciensa con el humo del tabaco. Hay así mismo los dioses de la caza, á los cuales tambien se invoca, ofreciendo á unos y otros, ó lo que es lo mismo, á los maponos que les están consagrados, las primicias de la caza ó pesca, segun sean estas mas ó menos abundantes. Los manacicas creen que es el alma inmortal, y están íntimamente convencidos de que al salir del cuerpo es llevada al cielo por los moponos, para que goce en él de eterna dicha. Cuando muere alguno de ellos, tan pronto como están terminadas sus exequias, recibe el mapono lo que la familia del difunto tiene á bien ofrecerle; luego arroja agua sobre el cadáver para purificar al alma de sus manchas y consuela á los parientes, prometiéndoles que en breve podrá darles noticias satisfactorias acerca del alma del finado. Despues de haber trascurrido algunas horas vuelve á presentarse, reune la familia, y con aire de satisfaccion le manda que enjugue sus lágrimas y deje el luto, porque el alma ha llegado ya felizmente al cielo, donde les aguarda para compartir con ellos la dicha de que goza. Enseguida pondera lo muy costoso que le ha sido el viage, en el que ha tenido que atravesar espesos bosques, escarpados montes, rios desbordados y pestilentes lagunas; que despues de haber pasado todo esto, se ha encontrado á orillas de un gran rio, sobre el que habia un puente de madera, guardado noche y dia por el dios Tatusio, que dispone el paso de las almas, haciendo seguir á los maponos encargados de ellas el camino que conduce al cielo. Tiene aquel dios un rostro pálido, calva la frente, y una fisonomía que dá espanto; tiene además el cuerpo lleno de úlceras, y va cubierto de harapos. Algunas veces impide el paso al alma, sobre todo si es la de algun jóven, á fin de purificarla antes de que entre en la eterna morada; si por casualidad opone el alma la menor resistencia, la arroja al rio, en cuyo caso creen los manacicas que ha de suceder á la familia ó á la tribu una gran desgracia. Dicen que hay en su paraiso unos árboles, de los que destila una goma que sirve de alimento á las almas; que hay en él monos enteramente negros, que es muy abundante la miel, pero que en cambio hay muy pocos peces; dicen haber además un águila que vuela en todas direcciones, y sobre la cual han inventado un gran número de mal forjadas fábulas; que tienen en él todos los dioses sus habitaciones; que la de la vírgen madre, tal es el nombre que dán á la diosa Guiposi, es la mas rica y cómoda de todas; que por do quiera hay en el cielo frondosos bosques y grandes calles de árboles, en las que se va á tomar el fresco; que nunca falta pescado á la mesa de los dioses; que los loros son en él numerosos; que las almas están divididas en tres clases. á la primera de las cuales pertenecen las de los que han muerto ahogados, á la segunda, las de los que han muerto en despoblado, y por último, pertenecen á la tercera las almas

de los que han dejado de existir en sus cabañas. No se trata de las almas de los que han sido muertos en la guerra ó por efecto de la embriaguez, á pesar de no ser la virtud la que procura la entrada en aquel paraiso.» Tal era la nacion que intentó el P. Caballero regenerar por medio de los preceptos del Evangelio. Bendijo Dios de tal modo sus trabajos, que en breve logró formar el misionero varias reducciones, siendo la primera de ellas conocida bajo el nombre de *la Concepcion.* Despues de haber evangelizado á los puizocas, recibió el P. Caballero un flechazo entre los dos hombros, despues de cuya mortal herida cayó de rodillas ante el crucifijo, en cuya reverente actitud recibió el último golpe que habia de privarle de la vida el dia 10 de setiembre del año 1711. Al morir de este modo uno de los primeros fundadores de la república cristiana de los chiquitos, tenia ya esta cinco reducciones; en 1716, resolvió el P. de Zea formar la sexta en la tribu de los zamacos; cuando dos años mas tarde fué nombrado provincial, envió á ella al P. Miguel de Yegros.

En un principio contribuyó este misionero con el P. Machoni, á evangelizar á los lullos, pueblo dividido en dos tribus conocidas bajo el nombre de *San Antonio;* Felipe V dispuso en el año 1712 que, no solo la reduccion de los lullos, si que tambien todas las que en lo sucesivo fuesen establecidas en el Chaco, fuesen confiadas á los jesuitas, y gobernadas en la misma forma y con los mismos privilegios que las de los guaranis, situadas en las provincias del Paraguay y del Rio de la Plata. Charlevoix dice, acerca de la reduccion de los lullos, establecida en las fronteras del Tucuman y del Chaco, lo siguiente: «Era muy difícil que semejantes bárbaros, que se habian acercado á los españoles mas bien por interés, ó por miedo, que por un verdadero deseo de asegurar su salvacion eterna, estuviesen dispuestos á admitir los sentimientos que se les procuraba inculcar. Muchos eran además los obstáculos que se oponian á ello; siendo uno de los mayores la proximidad de unos pueblos que eran los que mas distaban del reino de Dios; por esto se confirmaban los misioneros cada vez mas en la idea de que nunca igualarian los cristianos de aquellas reducciones *domésticas* á los guaranis y chiquitos, que no estaban espuestos á aquellos inconvenientes.» El único medio que podia salvar á los lullos, era el de distribuirlos entre los guaranis y chiquitos, á medida que iban entregándose á los españoles; pero solo se dispuso trasladarles á Miraflores y luego cerca de San Miguel. Los PP. Juan Andreu y Pedro Artigues, no solo lograron restablecer enteramente aquella comunion cristiana en todo su fervor primitivo, sino que hasta lograron atraer á ella diferentes isistinos.

El P. Miguel de Yegros, que se vió obligado á abandonar la mision de los Pullos para reemplazar al P. de Zea, no halló á los zamucos en el punto que se le habia designado para fijar la sexta reduccion; por lo que envió en su busca al hermano coadjutor Alberto Romero, á quien su cacique hizo decapitar de un hachazo, internándose luego con su tribu en el fondo de los bosques.

La crueldad de los zamuscos solo puede ser comparada con la de los pazaguas, que impedian á la sazon con sus fechorias navegar por el Paraguay. Los jesuitas Blas de Sylva y José Maco al descender por aquel rio en el año 1717, fueron cogidos por los payaguas, y asesinados junto con los treinta neófitos que iban en su compañía. La misma suerte estaba tambien reservada á los PP. de Arcé y Bartolomé de Blende, descendiente este último de una noble familia de Bruges; se embarcaron en la Asuncion el dia 24 de julio de 1715, y subieron por el rio hasta el lago Manioré, desde donde el P. de Arcé se dirigió al pais de los chiquitos, al objeto de descubrir una comunicacion fácil por aquella parte entre el Paraguay y el Tucuman. A su regreso, no encontró ya al barco, cuya tripulacion habia querido, á pesar del P. de Blende, dirigirse otra vez hácia la Asuncion: habiendo caido en poder de los payaguas fueron asesinados los ma-

rineros, y quedó cautivo el misionero, al que al fin dieron tambien muerte, arrojando su cadáver al rio. El P. de Arcé, se construyó con el ausilio de los neófitos una piragua, y al descender por el rio fué cogido y asesinado por los mismos payaguas, quienes dejaron su cuerpo en la orilla, donde los guaycuros le cubrieron aun de lanzadas en el año 1718.

Los zamucos, despues de la traicion de que fué víctima el hermano Romero, vivian en montes inaccesibles, si bien no lo fueron en el año 1722 al celo de los PP. Jacobo de Aguilar y Agustin Castañarez, los cuales obraron en aquella tribu salvaje grandes conversiones. Encargado el P. Jacobo de visitar las reducciones de los chiquitos, les dispensó un señalado beneficio, descubriendo en ellas la sal de que tanto carecian.

Ocupados hasta entonces los chiquitos en cerrar el paso á los bárbaros que intentasen molestar por aquella parte la provincia de Santa Cruz, no habian tomado aun las armas por el rey de España. Por primera vez se acudió á ellos en el año 1726, por haber invadido el pais los chiriguanos, cuya historia continuarémos nuevamente. En el año 1713 se dirigieron aquellos pueblos á los jesuitas, á fin de que lograsen conciliarles con los españoles; con este motivo, el P. Francisco de Guevara, al que se encargó formára una reduccion en el valle de las Salinas, construyó allí una capilla, y bautizó al cacique Moringa. Finalmente, el dia 28 de agosto del año 1715, los PP. de Guevara y Restivo erigieron la tribu en comunion cristiana que recibió el nombre de la *Concepcion*. Llegó á ser en breve aquella iglesia tan floreciente, que se creyó con fundado motivo ver en toda la cordillera chiriguana una república cristiana destinada á regenerar el Chaco; pero desgraciadamente fueron estas esperanzas defraudadas, por haber devastado los chiriguanos en el año 1726 los alrededores de Santa Cruz. El P. de Aguilar hizo entonces presente á los chiquitos que no podian dejar impune el crímen de aquellos bárbaros que destruian sus templos; y á su voz, todas las reducciones procuraron útiles ausiliares á los españoles contra los chiriguanos.

Al cesar la persecucion suscitada contra los jesuitas por Bernardo de Cárdenas en la provincia del Paraguay, gozaban los hijos de Loyola de una paz que parecia deber ser tanto mas duradera, cuanto que era en gran parte resultado de su celo y de los servicios prestados por sus neófitos á aquella provincia. Pero como son los jesuitas dignos hijos de esa iglesia militante que en todas épocas se ha de ver combatida, no tardaron en sufrir, como ella, nuevos tiros de parte de sus enemigos. La ambicion de Antequera, que usurpó el gobierno del Paraguay, hizo arrojar á los jesuitas de la Asuncion en el año 1724, á fin de hacerse dueño de las reducciones del Paraná y ceder los neófitos á sus partidarios. Obligado el obispo de la Asuncion á detenerse en España, á causa de las enfermedades que no le permitieron ver su diócesis, fué nombrado su coadjutor el franciscano José Palos, con el título de obispo de Tatillum; este digno prelado, verdadero ángel de paz en medio de las turbulencias del Paraguay, repuso el año 1728 á los jesuitas en su colegio. Cuando se recibió empero la noticia de que Antequera habia espiado con su muerte en Lima el crímen de su rebelion, espulsaron sus antiguos cómplices nuevamente á los jesuitas de la Asuncion en el año 1732, apesar de los esfuerzos que hizo por evitarlo José Palos, nombrado obispo titular de aquella ciudad. El franciscano Juan de Arreguy, consagrado por Palos, acabó de aumentar su dolor, aceptando de los rebeldes el título de gobernador del Paraguay, y dando como tal un decreto, por el que despojaba a los jesuitas de todo cuanto poseian. Por fin logró Palos hacer oir la voz del deber á Arreguy, que arrepentido anuló todo cuanto habia hecho y se retiró á su diócesis de Buenos-Aires, donde el obispo de la Asuncion le siguió, para aguardar á que Dios cambiase el corazon de un pueblo sordo á la voz de su pastor. Cuando se obró aquel dichoso cambio

en el año 1735, tuvo Palos el consuelo de recibir á los jesuitas nuevamente en la Asuncion; indemnizóseles de la persecucion sufrida en el Paraguay con la fundacion de un nuevo colegio en Buenos-Aires; y el puerto de Montevideo, situado frente á aquella ciudad en la márgen oriental del Rio de la Plata, les consagró una casa. El santo obispo de la Asuncion se interesaba vivamente en favor de una mision que habian emprendido los jesuitas en la tribu de los tobatinos, pueblo bárbaro que desde los montes y bosques de Taranta, como un torrente devastador se arrojaba sobre los pueblos habitados por los españoles; pero desgraciadamente no pudo hacer el digno prelado por aquella mision todo el bien que deseaba, por haber muerto en el año 1738. En vano los tobatinos, trásfugas de la religion de Jesucristo, intentaban evitar los efectos de la caridad ardiente de los jesuitas; puesto que los PP. Sebastian de Yegros, Félix de Villagarcía y Juan Escandron, recurrieron en su busca por espacio de algunos años los bosques y montañas que les servian de guarida. Al fin lograron dar con ellos, siendo Yegros y Planas los que se encargaron en el año 1746 de reconciliar con el buen Pastor á aquellas ovejas descarriadas; cuando, merced á su solicitud, fué toda la tribu reunida, se organizó una reduccion bajo el nombre de *San Joaquin*.

No bastaron las turbulencias del Paraguay á hacer desistir á los obispos del Tucuman de su propósito de reducir el Chaco por medio de las leyes del Evangelio; empresa que facilitó en gran manera la conversion de los chiriguanos. El P. Julian de Rizardi, natural de Guipuzcoa, despues de haber dirijido por espacio de cuatro años la reduccion de San Angelo, en la provincia del Uruguay, fué destinado el año 1732 con los PP. Ignacio Chomé y José Pons, jesuitas flamencos, para vencer la inconstancia y ferocidad de aquellos pueblos. El apóstol guipuzcoano manifestó el placer que le causaba la órden de su provincial, por no ocultársele, decia, que iba á procurarle aquella órden la gloria del martirio; añadiendo que no se habia atrevido nunca á pedir se le destinase á aquella mision, apesar de haberlo deseado siempre ardientemente. Algunos restos de la antigua reduccion de Tariquea se agruparon á la voz del P. Gimenez, que bajo el nombre de la *Concepcion*, formó una nueva cristiandad á siete leguas de Tarija. Aquel nuevo plantel, del que podian salir elementos de regeneracion para toda la Cordillera chiriguana, fué trasplantado por el P. Lizardi al pié mismo de las montañas, donde se le fraccionó en dos colonias, á una de las cuales se dió el nombre de *Santa Ana* ó la *Concepcion*, y á la otra el del *Santo Rosario*. El fuego divino de que estaba animado el superior de la mision, llegó á comunicarse de tal modo entre los nuevos cristianos, que en breve pudo competir aquella reduccion en ardor y celo con las mas antiguas del Paraguay. Los chiriguanos de la Cordillera no podian sin embargo dejarla crecer en paz por mucho tiempo: estaba el P. Lizardi en el altar, cuando de repente se arrojaron sobre él los idólatras y despues de obligarle á seguirles, le asaetearon en un monte inmediato el dia 17 de mayo del año 1735; tenia el mártir guipuzcoano treinta y nueve años. Algunos dias despues, recogió el P. Pons su cadáver, que fué llevado en triunfo á Tarija. Los jesuitas de la provincia del Perú no eran mas afortunados que sus hermanos del Paraguay en triunfar de la inconstancia de los chiriguanos; sin embargo, los PP. Juan de Torres y Juan Antonio Bocas, acababan de fundar junto á la provincia de Santa Cruz una reduccion de aquellos indígenas bajo el título de *San Gerónimo*, pero tuvieron al fin que abandonarla los dos misioneros, por haber ocurrido en ella un terremoto el año 1734, y haber creido los indígenas ser un castigo que les daba el cielo por haber abrazado el cristianismo. Solo quedaron ya desde entonces los chiriguanos cristianos de la reduccion del Santo Rosario. El P. Comé, que habia sido enviado en un principio al occidente de Tarija, fué destinado despues á las tribus de los chiquitos, cuya república cristiana acabó por

estenderse hasta el pais de los zamucos, quienes despues de haber resistido al celo de los PP. Aguilar y Castañarez, hubo muchos de entre ellos que pidieron ser admitidos en la reduccion de San Juan Bautista. El P. Castañarez volvió á conducirles á su pais, en el que formó con ellos la cristiandad de *San Ignacio*, á la que se dirigieron el año 1724 en ausilio del misionero, los PP. Domingo Bendiere y Juan de Montenegro. Cuando veia crecer Castañarez con mas placer la comunion cristiana que la Providencia le confiára, vióse obligado por un accidente improvisto á arrancar la colonia de su pais natal, para conducirla á San José de los Chiquitos; pero el amor á la patria no tardó en llamarla nuevamente á San Ignacio. Como solo deseaban ya aquellos nuevos cristianos ser empleados en conquistas espirituales, utilizó el director su celo en favor de los zatienos y otras tribus que continuaban sumidas en las tinieblas de la idolatría. Habiendo sido nombrado Castañarez superior general de aquellas misiones, dejó en San Ignacio al P. Contreras, con el que en breve fué á reunirse el P. Chomé, que fué á arrojar la primera semilla evangélica al campo de los borillos, fraccion de los chiquitos, cuya conversion estaba reservada á los moxos, quienes debian formar bajo la direccion de los jesuitas del Perú, una república cristiana enteramente igual á la de los guaranis. Tambien los chiquitos cristianos gozaron en breve de los mismos derechos que estos últimos, por haber mandado Felipe V en el año 1745, que fuesen considerados como todos sus demás vasallos; y cuyos pueblos, reconocidos al monarca por los derechos que acababa de concederles, se obligaron á pagar voluntariamente el mismo tributo que habia sido impuesto á los guaranis. Alcanzó Castañarez el año anterior la corona del martirio (1), merced á la infame traicion de un cacique de los mataguayos que, fingiéndose dispuesto á abrazar el cristianismo, llamó á un misionero para que le instruyese en la nueva ley que se proponia seguir. Sabedor de ello Castañarez, fué al encuentro del pérfido cacique, que al tenerle en su poder, quiso darle por sí mismo el golpe mortal que le abrió las puertas del cielo el dia 15 de setiembre del año 1744. Era tan inminente el peligro que amenazaba á los jesuitas, que en todas partes veian suspendida sobre su cabeza la corona del martirio. En una escursion que hicieron los abipones al Tucuman el año 1746, murió el P. Santiago Herrero.

Otra tribu de los abipones, aliada con los mocovis, devastó hácia aquella misma época el pais de Santa Fé; al visitar los mocovis durante su espedicion el colegio de los jesuitas establecido en Santa Fé, se mostraron un tanto dispuestos á abrazar el cristianismo. Con efecto, formó una parte de ellos mas tarde la reduccion de *San Francisco Javier*, la cual fué trasladada despues por su director espiritual, el P. Francisco Burghez, á las inmediaciones de Santa Fé. Los abipones á su vez acudieron tambien á ella con el mismo entusiasmo que manifestaron antes los mocovis.

Finalmente, en la parte situada mas al mediodía de América, los PP. Matías Strobl y Manuel Querini fueron llamados á ella por sus habitantes, logrando formar bajo el título de la *Concepcion* una cristiandad compuesta de un gran número de pampas y montañeses de la Cordillera que separa á Chile de la Patagonia. Interesándose Felipe V en gran manera por aquella naciente república cristiana, dispuso que saliese en el año 1745 una fragata del puerto de Cádiz para reconocer la costa desde Buenos-Aires hasta el estrecho de Magallanes, y que el P. José de Quiroga, escelente marino antes de abrazar la regla de San Ignacio, hiciese las observaciones necesarias. Los PP. Strobl y José Cardiel, acompañaron á aquel

(1) Este celoso misionero español, en quien, segun los autores de su tiempo, suplieron el celo y el heroismo á la debilidad de su cuerpo, fué sin disputa el primero de los apóstoles del Paraguay, tanto por la elocuencia de su palabra, como por el incansable celo con que procuró siempre á costa de los mayores sacrificios, y hasta de su propia vida, evangelizar á aquellas tribus feroces que tanto se obstinaban en abrir los ojos á la luz que habia de disipar las densas tinieblas en que yacian. Murio Castañarez junto con su compatriota Acosta. (Nota del Trad.)

religioso, llamado, como jesuita, á crear nuevas reducciones, y á buscar, como navegante, un puerto que pudiese servir de escala á los buques españoles. En la esploracion de la costa fueron descubiertas diferentes bahias; pero en la que se hizo en el interior del pais, se desvanecieron las esperanzas que se habian concebido de ver á no tardar establecida la fé en todo el reino de Patagonia.

Desde el año 1679 habian establecido los portugueses en la parte oriental del Rio de la Plata la colonia del Santísimo Sacramento, que los españoles, secundados por los cristianos de las reducciones, les quitaron una vez, y que luego fué restituida al Portugal en virtud del tratado de Utrech, y que volvió á caer despues en poder de España, merced á la intrepidez y aunados esfuerzos de los españoles y de los neófitos. No fué menos admirable la serenidad de los misioneros, que sin mas armas que sus breviarios, se les vió siempre en los puestos de mayor peligro para ausiliar á los heridos y á los moribundos. Volvian los portugueses á ocupar nuevamente la colonia del Santísimo Sacramento, cuando el gobernador de Rio Janeiro resolvió en el año 1750 trocar aquella floreciente colonia por las siete reducciones del Uruguay, en las que entreveia su codicia abundantes minas de oro, ocultadas á los europeos por los jesuitas. En su virtud, los neófitos de las reducciones cedidas al Portugal debian ser arrojados de ellas; pero cuando el P. Bernardo Neydorffert les comunicó la órden de verificarlo, se negaron á abandonar el suelo natal, y hasta llegaron á perseguir á los dos ó tres jesuitas que estaban encargados de hacer llevar á cumplimiento el tratado. Al verse el gobernador portugués dueño del terreno que se decia ocultar ó contener tantas riquezas, se convenció de que solo existian estas en la imaginacion de los detractores de la Compañía de Jesus. En el año 1759 anuló Cárlos III aquel funesto tratado.

«Los jesuitas, dice Mr. Alcides de Orbigny, habian civilizado á un gran número de hombres que vivian antes en el embrutecimiento y la barbarie. Los que han querido suponer que trataban aquellos religiosos con escesivo rigor á los indígenas, se engañan miserablemente, puesto que á haber sido así, no conservarian los indios, como sucede aun hoy dia, tan gratos recuerdos de los jesuitas. No hay ni un solo anciano entre ellos que no se incline con respeto al oir pronunciar su nombre, ni que no recuerde con viva emocion aquellos tiempos felices, tan presentes á su memoria, por haberlos oido encomiar desde su cuna. El decreto por el cual se espulsaba á los jesuitas confiscando sus bienes en favor del estado, se firmó el dia 27 de marzo del año 1767; cuando llegó á noticia de Bucarelli, á la sazon virey de Buenos-Aires, lo comunicó inmediatamente á los jesuitas, que se sometieron á él sin oponer resistencia alguna. Para reemplazar á los jesuitas desterrados, fueron destinados al Paraguay algunos religiosos de la órden de Menores y varios sacerdotes seculares; el obispo de Santa Cruz de la Sierra dispuso el 15 de setiembre de 1768 que fuesen los sacerdotes de su diócesis á encargarse de las tribus de los chiquitos que habian quedado sin pastor desde la espulsion de los jesuitas. Así quedaron las cosas hasta el año 1789, en cuya época se destinó á cada mision, como en el Paraguay, un secular encargado de la administracion, un gobernador con el título de administrador general, y un vicario apostólico para lo espiritual. Como no poseian estos funcionarios la lengua de los chiquitos, ni los usos y costumbres de las provincias que les habian sido confiadas, adoptaron en un todo la marcha seguida por sus predecesores. El administrador secular reemplazó al jesuita encargado de la administracion, y el fraile menor al cura que habia sucedido al misionero de la Compañía de Jesus. Sin duda se debió á aquella sábia medida la conservacion de las misiones de los chiquitos; puesto que en el Paraguay, donde se siguió un método enteramente opuesto al que habian adoptado los jesuitas, volvieron la mayor parte de los indígenas á retirarse á los bosques y á vi-

vir nuevamente en la barbarie. En el año 1828 no encontré ya á ninguna de aquellas opulentas misiones, que tanto habian escitado la envidia de los gobernadores y obispos, y que habian sido objeto de las críticas de los filósofos del último siglo; solo se veian en su lugar espesos bosques, en medio de los que se distinguian de vez en cuando algunos naranjos entre una vegetacion indígena, que indicaban una mision destruida. Véase, pues, que si las misiones de los chiquitos quedaron intactas, lejos de desaparecer como las del Paraguay, fué debido á la conservacion de las instituciones primitivas.

CAPITULO XXXII.

Mision de los jesuitas del Perú en el país de los Moxos.

Despues de haber hablado de las repúblicas cristianas formadas por los jesuitas del Paraguay, creemos deber describir la de los Moxos, nombre que comprende un gran número de pueblos, parte de los cuales habian sido ya evangelizados por los dominicos. La provincia de los Moxos presenta una superficie oblonga, bordada al este y al norte por las colinas de los chiquitos y las montañas del Brasil, al oeste y al sudoeste por las cordilleras, comunicando por el sud con las llanuras de Santa Cruz de la Sierra, y por el norte con las de las Amazonas, cuyo rio atraviesa la mayor parte de aquella provincia.

«Todos estos pueblos, dice una relacion escrita en español sobre la vida del P. Cipriano Baraze, fundador de aquella mision, viven en una profunda ignorancia acerca del verdadero Dios. Hay entre ellos algunos que adoran el sol, la luna y las estrellas; otros tributan culto á los rios; algunos á un supuesto tigre invisible; y por último, llevan diferentes de ellos siempre encima un gran número de pequeños ídolos de forma ridícula. Pero no tienen ni un solo dogma que sea objeto de su creencia; viven sin la esperanza de ningun bien futuro, y si se entregan á algun acto de religion, es tan solo por el temor de que están poseidos; pues creen que hay en cada objeto un espíritu que se irrita contra ellos, y al que deben todos los males de que están aquejados: por esto ponen todo su cuidado en apaciguar ó no ofender á aquella virtud secreta, á la que dicen es imposible resistir. Sin embargo, no se entregan á ningun culto solemne; de modo que entre tantos pueblos diversos, solo habia uno ó dos que hiciesen ciertos sacrificios; no obstante, hay entre los moxos dos clases de ministros para tratar los asuntos religiosos. Hay unos que son simplemente embaucadores, que solo están encargados de devolver la salud á los enfermos; y otros, que como verdaderos sacerdotes, están destinados á aplacar la cólera de los dioses. Los primeros no son elevados á aquel rango hasta despues de haber observado por espacio de un año un ayuno riguroso, durante el cual se abstienen de comer carne y pescado. Es preciso, además, para llegar á aquella dignidad, que hayan sido heridos por un tigre y logrado escaparse de sus garras: en cuyo caso se les respeta como hombres de una virtud rara, por creerse que les ha respetado el tigre invisible con el que han combatido. Cuando han ejercido por mucho tiempo aquel empleo, se les eleva al supremo sacerdocio; pero es preciso antes que vuelvan á ayunar otro año entero con tal rigor, que ha de quedar su rostro pálido y estenuado: luego esprimen el jugo de ciertas yerbas muy fuertes y lo echan á los ojos de los que han de ser ascendidos; confiriéndoseles de este modo en su concepto el carácter sacerdotal. En ciertas épocas del año, y sobre todo en los dias de nueva luna, aquellos ministros de Satán reunen el pueblo en una de las montañas inmediatas; desde el amanecer todo el pueblo se dirige en silencio al punto indicado; pero así que llega á él, prorumpe en espantosos gritos para enternecer, segun dicen, el corazon de sus divinidades. Observan un riguroso ayuno y pasan todo el dia en una confusa gritería, terminándola con las ceremonias siguientes: sus sacerdotes empiezan por cortarse el pelo

(lo que es entre aquellos pueblos una prueba de grande alegría), y por cubrirse todo el cuerpo con plumas amarillas y encarnadas. Luego hacen traer grandes vasos, que llenan con el fuerte licor que han dispuesto para aquella solemnidad y que reciben como una primicia ofrecida á sus dioses; y despues de haber bebido de él sin medida, lo entregan al pueblo que, insiguiendo su ejemplo, no para hasta embriagarse. Luego se pasa la noche bebiendo y bailando: uno de ellos entona una cancion, y todos se reunen formando un gran círculo, arrastran los piés é inclinan negligentemente la cabeza á una y otra parte, haciendo con el cuerpo movimientos impropios y hasta indecentes Cuantas mas son las estravagancias y locuras, mayor es la consideracion que como devoto y virtuoso adquiere el que las hace; siempre terminan aquellas fiestas por la muerte de algunos de los que toman parte en ellas. Tienen los moxos algun conocimiento acerca de la inmortalidad del alma, pero es este tan confuso, que no sospechan siquiera que haya castigos que temer ni recompensas que esperar en la otra vida.

«Al objeto de darles á conocer la ley de Jesucristo, establecieron los misioneros jesuitas una iglesia en Santa Cruz de la Sierra, para que les fuese al propio tiempo mas fácil penetrar en aquel pais á la primera ocasion favorable que se les presentase, teniendo una iglesia á sus puertas. Sin embárgo, fueron inútiles todos los esfuerzos que hicieron los jesuitas por espacio de cerca de un siglo; estaba reservada aquella gloria al P. Cipriano Baraze; hé aquí el medio que se la procuró.

«El hermano del Castillo, que vivia en Santa Cruz de la Sierra, se reunió en el año 1674 con algunos españoles que hacian el comercio con los indios, y penetró con ellos hasta el interior del pais. Su dulzura y atentos modales le granjearon el aprecio de los principales de la nacion, quienes le prometieron admitirle con placer en sus casas siempre que visitase su pais; así que, animado de la mas dulce esperanza, se dirigió inmediatamente á Lima, á fin de hacer presentes á sus superiores los medios que Dios le habia deparado para evangelizar á aquellos bárbaros. Hacia ya mucho tiempo que el P. Baraze instaba á sus superiores á que le destinasen á las misiones mas peligrosas y difíciles, inflamándose mas y mas aun sus deseos, cuando supo la muerte gloriosa de los PP. Jacobo Luis de Sanvitores y Nicolás Mascardi, quienes despues de haber trabajado constantemente; uno en Chile, y otro en las islas Marianas, habian tenido ambos la dicha de sellar con su sangre las verdades de la fé que habian predicado á un gran número de infieles. Como reiterase el P. Baraze con aquel motivo sus instancias, se le confió la nueva mision de los Moxos; partiendo desde luego el ferviente misionero para Santa Cruz de la Sierra con el hermano del Castillo. Apenas llegaron á aquel punto, hicieron construir una canoa por los gentiles del pais que les sirvieron de guias, y se embarcaron desde luego en el rio de Guapay; despues de doce dias de navegacion peligrosa y difícil, llegaron al pais de los moxos. Durante los primeros cuatro años que permaneció el P. Braze en medio de aquel pueblo, se vió siempre en peligro de ser sacrificado al furor de los bárbaros, que le recibian con el arco en la mano, y á los que solo contenia la dulzura angelical que animaba el rostro del misionero. Cuando por recobrar su salud se vió obligado á dirigirse á Santa Cruz de la Sierra, tenia siempre presentes á sus queridos indios, y no pensaba mas que en los medios que habia de emplear para civilizarles, por no ocultársele que era preciso enseñarles á ser hombres, antes de que llegasen á ser cristianos. A este objeto, se procuró ya desde los primeros dias de su convalecencia todo lo necesario para tejer, y despues de haber aprendido este oficio, se volvió á su mision para enseñarlo á los indios, á fin de que pudiesen tejerse la tela necesaria para sus vestidos, y acabar con la repugnante desnudez en que iban la mayor parte de ellos. Como creyese el gobernador de la ciudad que habia llegado la hora de cristianizar á los chirigua-

nos, pidió á los superiores de la Compañía que enviasen á aquella mision al P. Cipriano; pero el modo indigno con que recibieron las puras doctrinas que les anunciaba el misionero, le obligó á abandonar á aquel pueblo tan corrompido. Entonces pidió nuevamente á sus superiores que le permitiesen regresar al pais de los moxos, quienes estaban, en su concepto, mucho menos distantes del reino de Dios, de lo que lo estaban los chiriguanos; y en efecto, vió que eran mucho mas dóciles que antes. Desde luego se reunieron como unos seiscientos de ellos para vivir bajo la direccion del misionero que, tuvo el consuelo despues de ocho años y medio de contínuos trabajos (año 1684), de ver una floreciente comunion cristiana, formada por su solicitud y sus cuidados. La circunstancia de haberles conferido el bautismo el dia en que se celebra la fiesta de la Anunciacion de María, le hizo poner su cristiandad bajo la proteccion de la Reina de los Angeles, y darle el nombre de mision de *Ntra. Sra. de Loreto.* Cinco años empleó el P. Cipriano en cultivar y aumentar aquella cristiandad naciente, que ascendia ya al número de dos mil neófitos, cuando recibió el ausilio de otros misioneros; aquel aumento de operarios evangélicos, indujo al ardoroso apóstol á poner en práctica el plan que habia concebido de llevar la luz del Evangelio de uno á otro confin de aquel pais idólatra. Empezó por confiar á los nuevos misioneros el cuidado de su iglesia, para irse él en busca de los otros pueblos que pensaba regenerar; instalándose al fin, despues de algunos dias de marcha, en una region bastante lejana, cuyos habitantes no se hallaban al parecer muy dispuestos á renunciar á sus bárbaros instintos. Despues de haberse hospedado el P. Cipriano en la casa de uno de aquellos indios, fué á visitar una á una todas las cabañas de la tribu, procurando atraerse la confianza y amistad de sus moradores. Procuraba, para mejor lograrlo, imitar todos sus movimientos y gestos ridículos que empleaban para demostrar los sentimientos de que estaban animados; dormia además entre ellos, espuesto á la intemperie y sin adoptar ninguna precaucion para librarse de la picadura de los mosquitos y de los demás insectos. Por mas repugnantes que fuesen sus comidas, probaba siempre todos sus platos; sin desperdiciar ninguna de cuantas ocasiones se le presentaban para demostrar que era tan bárbaro como ellos, á fin de atraerles mas fácilmente al camino de la salvacion. Los conocimientos que tenia el misionero en el arte de curar, contribuyeron en gran manera á que lograse con mas facilidad conquistarse el afecto de aquellos pueblos; cuando habia algunos indios enfermos, él les disponia ó preparaba los medicamentos que debian tomar, les curaba las heridas, y hasta llegaba al estremo de limpiarles sus cabañas. La estimacion y el reconocimiento fueron el resultado de sus constantes afanes; así es que, abandonaron los indios con facilidad sus cabañas por seguir al misionero, quien logró en menos de un año reunir á unos dos mil, formando una gran tribu, á la que dió en el año 1687 el nombre de *Santísima Trinidad.* Despues de haber reducido á aquel pueblo al dulce yugo de Jesucristo, procuró el misionero establecer en él una forma de gobierno, á fin de que la independencia en que aquellos hombres habian nacido, no les hiciese caer nuevamente en la anarquía y el desórden en que vivian antes de su conversion. Así pues, reunió á los que gozaban entre ellos de mas consideracion por su prudencia y su valor, y les nombró jefes, estableciendo entre ellos diferentes categorías, para que gobernasen y dirigiesen al resto del pueblo. Como las artes podian contribuir tambien en gran manera á su civilizacion, les enseñó el misionero todos los oficios que les eran mas necesarios; no tardando en haber entre ellos, labradores, carpinteros, tejedores y otros muchos operarios. Lo que mas llamó empero la atencion del misionero, fué el cuidado de procurar á aquel pueblo que iba en aumento cada dia los alimentos necesarios; por lograrlo, pobló el pais de toros y vacas, únicos animales que pueden vivir en él y au-

mentarse; venciendo al efecto cuantas dificultades se ofrecian por poder procurárselos. Vióse obligado á dirigirse el misionero á Santa Cruz de la Sierra, donde reunió doscientos de aquellos animales, suplicando luego á algunos indígenas que le ayudasen á conducirlos; á su regreso, tuvo que trepar por inaccesibles montes, atravesar caudalosos rios, teniendo que vencer además de las dificultades que le ofrecia el camino y la repugnancia del ganado, que se obstinaba cada vez mas en volver atrás. No pudiendo resistir las fatigas de aquel penosísimo viage, casi todos los indios abandonaron al misionero, que continuó sin embargo su camino, llegando al fin, despues de cuarenta dias de penosa marcha, en los que se vió espuesto á todos los peligros, á su mision querida. Solo le faltaba ya entonces levantar un templo á Jesucristo, pues no podia permitir por mas tiempo que se celebrasen los divinos misterios en una pobre cabaña, así pues, levantó desde luego el plano del templo que debia hacerse, y que fué construido sin ninguno de los instrumentos necesarios, y sin mas arquitecto que el misionero. Despues de haber formado dos grandes tribus, descubrió el P. Cipriano la nacion de los coseremonianos, con los que se formó en el año 1690 una gran tribu, conocida bajo el nombre de *San Javier*. No contento aun el hombre apostólico con los triunfos alcanzados, continuó avanzando hácia el interior del pais, en el que encontró á los cironianos, por los que supo que existian no lejos de allí los feroces y temidos guarayanos, únicos antropófagos de que se tenia noticia en aquel pais. Inmediatamente se dirigió el misionero hácia aquellos bárbaros, que, reconocidos á las muestras de aprecio que les dió á su llegada, se lo llevaron á su tribu; en ella supo que existian aun otros muchos pueblos, entre los que habia los tapacures y los bauros.

«Despues de haberse reunido varias veces los misioneros por ver si podrian facilitar las comunicaciones entre aquellos paises idólatras y las ciudades del Perú, estaban ya á punto de desistir de su propósito, cuando el P. Cipriano propuso acometer una empresa que parecia irrealizable. Habia oido decir que atravesando aquella inmensa cordillera de montañas que hay á la derecha del Perú, se encontraba un estrecho sendero, siguiendo el cual se abreviaba en mas de una tercera parte el camino; por lo que procuró desde luego descubrir la senda ignorada.... Dios, que conocia sus santos deseos, se dignó coronar su constancia, permitiendo descubriese en el año 1688 el angosto sendero, objeto de todas sus aspiraciones; despues de dar gracias á la clemencia divina por el favor señalado que acababa de dispensarle, comunicó el P. Cipriano aquella fausta noticia al colegio mas inmediato. Era aquel descubrimiento de tanta importancia, que podia irse en quince dias al pais de los moxos, siguiendo el nuevo camino trazado por el misionero. Como no distaba entonces mucho de las casas de su Compañía, dirigióse el religioso á una de ellas, al objeto de recobrar bajo un cielo mas puro la salud que habia perdido á consecuencia de las contínuas fatigas de su apostolado; por otra parte, deseaba tambien volver á ver á sus antiguos amigos despues de una ausencia de veinte y cuatro años, sobre todo, no oponiéndose á ello sus superiores; pero cuando iba á descubrir ya la casa en que habia pasado y le aguardaban aun horas tan tranquilas, creyó seria mas grato á Dios el sacrificio de ellas, y se volvió inmediatamente á su mision.

«Solo pensó desde entonces en descubrir la tribu de los tapacures, que le habia sido indicada por los guarayanos; el descubrimiento, empero, que causó mas vivo placer al P. Cipriano, fué la de los bauros, pueblo mucho mas civilizado que el de los moxos. Despues de haberse internado mucho en el pais, recorrió el misionero un gran número de tribus, entregándose á unos pueblos enemigos de la santa ley que predicaba, resuelto á sacrificar su vida por la salvacion de aquellos bárbaros. Al poco tiempo de haber entrado en la tribu, halló una banda de bauros, armados de ha-

chas, arcos y flechas, que amenazándole ya desde lejos, se arrojaron con furor sobre él, mientras que invocaba los sagrados nombres de Jesus y María, y ofrecia generosamente su sangre por los mismos que iban á derramarla con tanta barbarie. Uno de los salvajes le arrancó el Crucifijo que tenia entre sus manos, y le descargó con tanta furia un hachazo en la cabeza, que le tendió muerto á sus piés. Tal fué el fin glorioso que tuvo el P. Cipriano Baraze el dia 16 de setiembre del año 1702, á la edad de sesenta y un años, despues de haberse consagrado á la conversion de los moxos por espacio de veinte y siete años y dos meses y de haber bautizado á mas de cuarenta mil idólatras.»

El P. Estanislao Arlet, llegó al Perú en el año 1697 con el P. Francisco Boriné, quien escribia al año siguiente acerca de la mision de los canichanas, á que habia sido destinado, la relacion que trascribimos: «Como no habian visto nunca ni caballos ni hombres que se nos pareciesen en el color ni en el modo de vestir, mostraron, al vernos, un asombro que nos escitó la risa. El arco y las flechas les caian de las manos, tan grande era el temor que esperimentaban; no podian esplicarse porque medio habian aparecido en sus bosques semejantes mónstruos, pues creian, segun lo confesaron despues, que el hombre, su sombrero, sus vestidos y el caballo que montaba eran un solo animal; y por esto les causaba su vista un asombro que les hacia quedar inmóviles. Uno de nuestros intérpretes les tranquilizó, esplicándoles quienes éramos, sin omitirles la causa que nos habia obligado á emprender aquel viaje; les dijo además que habíamos ido allí desde el otro confin del mundo, solo por hacerles conocer y servir al verdadero Dios. Convencidos de esta verdad aquellos hombres sencillos, nos siguieron en gran número desde el primer dia, pareciéndose al rebaño que sigue á su pastor; seis son ya las tribus que por medio de enviados nos han ofrecido su amistad, y nos han dicho que estaban prontos á vivir con nosotros en el punto que les designásemos.» Como se diese principio á aquella mision bajo los auspicios del príncipe de los apóstoles, designóse su primer establecimiento con el nombre de residencia de *San Pedro*.

En el año 1767, dice Mr. Alcides de Orbigny, hallábase la tribu de los moxos en el estado mas floreciente; era su capital San Pedro, mision del centro, en la que tenian los jesuitas un templo magnífico, lleno de esculturas; la plata de los ornamentos ascendia á mas de mil kilógramos, sin contar las joyas de que estaban cubiertas todas las imágenes de la Vírgen. La renta de la tribu ascendia anualmente á unos tres cientos mil francos; tal era el estado de Moxos, cuando en el año 1767 fueron espulsados los jesuitas de sus posesiones; salieron de Moxos á una simple indicacion de la audiencia de Charcas, cien años despues de haber hecho su primera entrada en aquella vasta provincia, dejando en lugar de tribus enemigas y salvajes, un pueblo casi civilizado que vivia desahogadamente con el fruto de su trabajo, y que estaba en paz y armonía con sus vecinos. Despues de la espulsion de los jesuitas, el obispo de Santa Cruz, Francisco Ramon de Herboso, dispuso, mediante la aprobacion de la audiencia de Charcas, que todas las posesiones de aquellos misioneros fuesen conservadas, debiéndolas empero ocupar los curas nombrados, únicos árbitros en lo sucesivo del gobierno espiritual y temporal de cada mision. El nuevo estado de cosas duró veinte y dos años, en los cuales, segun dice Viedma, solo fueron aquellas misiones una pálida sombra de lo que habian sido; quedando aun de quince reducidas á once. La mayor parte de las riquezas desaparecieron, perdiendo los desgraciados indios el fruto de su educacion; los vicios aumentaron espantosamente á la sombra de la ociosidad, y todos los oficios y artes cayeron en el mas completo olvido. Don Lázaro de Rivera presentó diferentes memorias á la audiencia de Charcas, logrando por fin en el año 1789, que se adoptase su plan de reforma, consis-

tente en dejar á los curas el poder espiritual, y en que se confiase la direccion temporal de la provincia á un administrador secular, encargado de seguir en un todo las antiguas reglas establecidas por los jesuitas. Sin embargo, como no hubo siempre en la administracion la probidad que era de desear, bajaron cada vez mas las rentas del Estado, que por lo mismo no pudo procurar los útiles necesarios á los talleres de las misiones, y no tardaron los indígenas en verse privados hasta de lo necesario. Esto, unido al rigor que desplegó mas tarde el gobernador Velasco, dando muerte al cacique Marasa, produjo una revolucion durante la cual lograron los canichanas apoderarse de la poblacion, obligando al gobernador á encerrarse en el colegio de los jesuitas, donde tuvo al fin que rendirse despues de haber opuesto una obstinada resistencia. El gobernador fué condenado á muerte, y los preciosos archivos de la provincia presa de las llamas, por haber sido el colegio incendiado durante el combate. Las tropas de Santa Cruz fueron á los pocos dias á someter á los canichanas de San Pedro, cuya poblacion dejó de ser desde entonces la capital de aquella provincia, siéndolo en su lugar la de Trinidad.

CAPÍTULO XXXIII.

Misiones de los franciscanos, jesuitas, capuchinos y dominicos en el rio de las Amazonas.

Ya hemos visto que todo el pais de los moxos pertenece á la vertiente de las Amazonas. En el año 1637, los franciscanos Domingo de Brito y Andrés de Toledo partieron de Quito, se embarcaron en un rio inmediato, y dejándose llevar por la corriente, descendieron por el rio de las Amazonas hasta el mar de Para. En vista de su relacion, partió D. Pedro Tejeira de Para el dia 25 de diciembre del año 1637, á fin de subir por aquel rio y enterarse mejor del nuevo pais que iba á recorrer; queriendo los españoles conocer mejor aun el curso de aquel gran rio, el gobernador de Quito instó á los jesuitas Cristóbal de Acuña y Andrés de Artieda, que acompañasen á D. Pedro de Tejeira. Despues de haber observado cuidadosamente aquellos dos misioneros todo el pais que riegan aquel gran rio y sus tributarios desde su orígen, fueron á dar cuenta de ello al rey de España (1). Diferentes misioneros se habian dirigido ya desde el Perú á las riberas de las Amazonas para dar principio á sus tareas apostólicas, cuando llegaron á su vez á ellas los jesuitas en 1658, para dedicarse con su acostumbrado celo á la evangelizacion de los indígenas. Fundaron su principal establecimiento en la ciudad de Borgia, que podia ser considerada como capital de la provincia de los Maynas, que se estiende hasta trescientas leguas de Quito, á lo largo de los rios Pastaca, Guallaga y Ucayal.

Diferentes de entre ellos fueron bastante felices para sellar con su sangre las verdades del Evangelio que estaban anunciando á los infieles; asesinaron estos bárbaros el año 1666 al P. Francisco de Figueroa, en las riberas del Guallaga; al año siguiente dieron tambien muerte al P. Pedro Suarez en el pais de Abijiras, y en el año 1677 al P. Agustin de Hurtado en la provincia de los Andoas. El P. Enrique Richler, formó tambien mas tarde un nuevo eslabon en aquella cadena de mártires.

«Nació Richler en Coslau el año 1653, y se consagró al servicio de Dios en la Compañía de Jesus á la edad de diez y seis años, segun refiere el P. Fritz. Durante sus estudios, y aun mientras ejerció el profesorado en la provincia de Bohemia que le recibiera, siempre suspiró Richler por las misiones de las Indias, á las que desde su juventud habia resuelto consagrarse, con la esperanza de poder un dia derramar su sangre en defensa de la fé. En el año 1684 llegó á aquella trabajosa mision, en la que empezó á ejercer su celo en favor de los maynas; siendo enviado luego á los pueblos infieles que vivian en las riberas

(1) Escribió el P. de Acuña con aquel motivo un precioso *Diario*, en el que hay hermosas descripciones é importantes detalles acerca del pais vírgen que recorrió por diferentes veces en toda su estension. Fué aquel diario traducido al francés, al italiano y á otros varios idiomas. (Nota del Trad.)

del Ucayal. El ardor con que trabajó Richler en esta mision por espacio de doce años, dió por resultado la evangelizacion de nueve tribus numerosas que vivian en la mayor pureza de costumbres; referir aquí los sacrificios que tuvo que imponerse el misionero durante aquellos doce años de su apostolado, tanto por aprender las lenguas bárbaras de aquellos pueblos, como durante las escursiones difíciles é interminables que emprendió varias veces á lo largo del rio, seria de todo punto imposible. En todos sus largos viages no contaba mas que con la Providencia para atender á las necesidades de la vida, sin querer llevar nunca encima provision alguna; iba además siempre descalzo por caminos cubiertos de espinos, espuesto á las picaduras de una multitud de insectos venenosos, que no pocas veces causaban la muerte. Llegó á verse Richler tan falto de todo, que por cubrir su desnudez, se vió obligado á recurrir algunas veces á la corteza de la palmera, lo que era mas bien un cilicio que un vestido. Sin embargo, no contento aun con los rigores de su vida apostólica se mortificaba con nuevas maceraciones; era su ayuno tan contínuo y austero, que en todos sus viages solo se alimentaba con las yerbas de los campos; en cambio, debia coronar aquella vida penitente una muerte gloriosa. Por distintas veces se habia intentado convertir á los giberos, pero siempre en vano, por ser un pueblo inhumano y feroz que vivia en lo mas áspero de las montañas. Para someterles á la benéfica influencia de la fé, habian levantado los españoles en su pais la poblacion de Sogrona; pero se vieron mas tarde obligados á derruirla por no poder resistir las crueldades de los naturales. El conde de Leon, presidente del consejo real de Quito, noble español nacido para las grandes empresas, formó el designio de enviar aun nuevamente misioneros al pais de aquellos bárbaros; sometiendo su propósito al obispo de Quito y el virey del Perú, quienes prometieron apoyar con toda su autoridad una obra tan santa. Asi pues, pidieron á los superiores de las órdenes religiosas hombres capaces de dar cima á aquella arriesgada empresa; y, á fin de no esponerles temerariamente á una muerte segura, les hicieron acompañar por algunos indios convertidos, que debian servirles de escolta. Cinco años trascurrieron, sin que casi produjesen los trabajos de aquellos misioneros fruto alguno; los indios fieles, encargados de su custodia, enviaron uno de ellos á Quito, pidiendo que se les relevase, ó que al menos enviasen, en lugar del P. Richler, á otro misionero mas entrado en años, por serles imposible soportar las contínuas fatigas que les imponia el incansable celo de aquel misionero. Por último, viendo que no se accedia á su demanda, concibieron la infamia de deshacerse del misionero, y para mejor ocultarla, procuraron hacerle odiar de los pueblos circunvecinos, á fin de que se encargasen estos de darle la muerte. Pero Dios permitió, para aumentar la gloria de su siervo, que el gefe mismo de los que habian jurado su pérdida, fuese el que mas confianza inspirase á su inocente víctima. Enrique, así se llamaba, era un jóven indio que habia educado el misionero desde su mas tierna infancia; dióle al bautizarle su mismo nombre de Enrique; considerábale como un hijo querido que habia engendrado en Jesucristo, y formado para las virtudes cristianas; por lo que le tenia siempre á su lado, le hacia comer con él y hasta lo empleaba en el ejercicio de las funciones apostólicas. Olvidando aquel pérfido tantos beneficios, se puso al frente de los indios que logró seducir con sus engaños, para quitar la vida á su protector, á su padre en Jesucristo; aguardó el momento en que el religioso iba á convertir á los piros, y saliéndole al encuentro, fué el que le dirigió el primer golpe: era la señal, á la que los demás indios debian arrojarse sobre el misionero y quitarle la vida. Al propio tiempo asesinaron tambien á dos españoles que acompañaban al misionero, uno de los cuales vivia en la ciudad de Quito, y siendo el otro procedente de Lima; luego se dirigieron los asesinos á la tribu de los chipés, donde no

pararon hasta ejercer otro acto de crueldad en la persona del venerable D. José Vasquez, celoso sacerdote que se habia reunido hacia ya muchos años con los misioneros jesuitas, para dedicarse con ellos á la conversion de los gentiles. Tal fué en el año 1695 el fin glorioso del P. Richler, que, habiendo pasado de los helados climas del septentrion á los ardientes paises de la India Occidental, abrió las puertas del cielo á mas de doce mil infieles.»

En el año 1707 fué muerto el P. Nicolás Durango por los infieles en el pais de los gayos.

El P. Samuel Fritz, nacido como Richler el año 1653 en Bohemia, pasó tambien como él á América; siguió el curso del rio de las Amazonas, evangelizando á los indígenas con tal éxito, que llegó á convertir tribus enteras. Las fatigas de su ministerio acabaron por causarle una enfermedad que le obligó á hacerse trasladar al Para, colonia portuguesa situada en la embocadura del rio, por no poder dirigirse á Quito, en razon de ser su viaje tan largo y difícil, por estenderse ya las conquistas espirituales de Fritz hasta la confluencia del Rio Negro y del de las Amazonas, distante como unas seis cientas leguas de Borgia, en el Perú. Partió Fritz el dia 31 de enero del año 1689, llegando al Para á 11 de setiembre del propio año; como el gobernador portugués le tomase por espia, le tuvo encarcelado hasta el mes de julio de 1691, hasta que por último se le dejó libre en virtud de las órdenes recibidas de Portugal, que prevenian fuese enviado á su mision de Pevas, situada allende la embocadura del Napo. Como no se habia recibido de él noticia alguna, se le hicieron en la Compañía de Jesus las preces que acostumbra rezar por los difuntos. Despues de haber visitado mas de cuarenta poblaciones, llegó Fritz al pueblo de la Laguna, levantado junto á la embocadura del Guallaga; luego subió por el rio hasta el Paranura, atravesó los Andes, pasó por Moyamamba, Caxmalca y Trujillo, y llegó á Lima para comunicar al virey del Perú las observaciones que habia hecho en su viaje á lo largo del rio de las Amazonas. Al regresar en el año 1693 por el mismo rio, se dirijió hácia Jaen de Bracamoros, á fin de informarse del curso de los rios procedentes del sud: en vista de las observaciones y conocimientos adquiridos durante el viaje, resolvió trazar un mapa de las Amazonas, que fué grabado en Quito el año 1707, y que apareció por primera vez en Francia el año 1717; cuya obra, segun Condamine, es de gran mérito y única en su clase. Luego hizo el P. Fritz otros muchos viajes á Lima y á Quito, en los que se procuró campanas y todos los demás ornamentos necesarios para las iglesias de las misiones. Dotado de conocimientos profundos y de una disposicion poco comun para toda clase de artes y oficios, llegó á ser á la vez arquitecto, carpintero, estatuario y pintor, dotando todas las iglesias de cuadros que eran obra suya, y que habrian podido figurar muy bien en los templos de Europa. Fué nombrado superior general de las misiones de las Amazonas, en las que murió despues de haber pasado cuarenta y dos años entregado á la evangelizacion de aquellos pueblos, el dia 20 de marzo de 1728, mientras estaba dirigiendo á los giberos, tribu que hay junto á la Laguna. «No puedo contener mis lágrimas, escribia el P. Guillermo de Etré, al ver á aquellos buenos indios acudir en tropel para arrojarse sobre el cuerpo de su padre, besar con ternura sus piés y manos, tan flexibles, como si aun estuviese en vida.»

El P. de Etré nació en Francia el año 1668, y fué enviado á aquella parte de la América española en 1708; su primer cuidado al llegar á ella, fué aprender la lengua del *Inga*, ó *quichoa*, por ser la mas generalizada en aquellas tribus ribereñas de las Amazonas. Tan pronto como llegó á poseerla, se encargó de cinco pueblos que habia á lo largo del rio Guallaga, entre los que permaneció siete años, ó sea hasta que fué nombrado superior general y visitador de todas las misiones, que se estendian hasta á mas de mil leguas sobre las dos riberas de las Amazonas, y sobre todos los rios

que del norte al mediodía van á desaguar en aquel gran rio. Con el ausilio de los indígenas, que, además de su dialecto especial, sabian la lengua del Inga, llegó de Estré á traducir á diez y ocho idiomas en forma dialogada la doctrina cristiana, y todo cuanto debia enseñar á los neófitos, fuese al administrarles los sacramentos, ó al disponerles á morir santamente. Entre los compañeros de su apostolado, cita de Etré al P. Luis Coronado, misionero de los payaguas y omaguas, así como tambien al P. Gasner, cura párroco de la poblacion de Archidona y misionero de las dos tribus vecinas, llamadas Tena y Chita, que eran, por decirlo así, la llave de todas las misiones que poseian los jesuitas á lo largo de las Amazonas. Con solo citar un solo acto logró el misionero dar una exacta idea de la obcecacion y crueldad de aquellos indígenas; hé aquí el acto á que nos referimos. Viendo uno de aquellos bárbaros que era su muger muy gruesa, que no podia emplearla ya en ninguna clase de trabajo, y que no sabia además prepararle la comida, la dió muerte, y luego se comió á la pobre muger en compañía de sus amigos, á los que invitó á aquel banquete horrible diciéndoles, que ya que su muger no habia hecho en vida mas que mortificarle, justo era que le procurase un buen dia despues de su muerte. En el año 1727, fué nombrado el P. de Etré rector del colegio de Cuenca, ciudad la mas importante de la provincia, despues de la de Quito; además de la iglesia de los jesuitas, habia en Cuenca las de los Dominicos, franciscanos, agustinos y mercenarios. Murió de Etré en una edad muy avanzada.

Urbano Cerri, al hablar del rio de las Amazonas, dice lo siguiente: «En diferentes épocas fueron enviadas á aquel pais diferentes misiones de capuchinos de la provincia de Valencia, de los Menores Observantes de la provincia de San Antonio de Portugal y algunas de dominicos; pero ignoramos lo que fué de ellas.

CAPÍTULO XXXIV.

Misiones de los dominicos, agustinos descalzos, jesuitas, capuchinos y franciscanos en Nueva-Granada, y especialmente en las riberas del Orinoco.

Por mas que no sea nuestro objeto continuar la historia de las iglesias formadas, y describir las biografías de sus obispos, nos parece sin embargo, deber esceptuar de esta regla al prelado que fué el primero en ocupar la silla de Nueva-Granada, por la influencia que tuvo en la conversion de los indígenas, que eran aun idólatras en la época de su encumbramiento.

Cristóbal de Torres nació en Burgos el año de 1574, y abrazó la órden de Predicadores en el real convento de San Pablo, profiriendo sus votos el dia 28 de marzo de 1590. Profundo teólogo, director ilustrado, y sábio y prudente superior, fué tambien el P. de Torres uno de los mas famosos oradores sagrados de su tiempo, mereciendo que hasta sus mismos émulos le llamasen el Crisóstomo de su siglo. El año 1606 fué llamado á la córte, donde se le dió el título de orador de S. M.; tan elocuente en el púlpito, como lleno de uncion en todos sus tratados de piedad, logró conquistarse Torres una inmortal gloria. En poco tiempo fueron agotadas diferentes ediciones de sus *Panegíricos de los Santos*, publicados en Madrid el año 1627, con motivo de haber hecho poco antes el de Santa Teresa. Su piedad, su elocuencia y su imparcialidad brillaron igualmente en todas las oraciones fúnebres que le fueron confiadas á la muerte de los príncipes, durante su permanencia en Madrid, mereciéndole la confianza y el respeto del soberano y de su córte. Don Cárlos, hermano de Felipe IV, le hizo llamar con motivo de hallarse peligrosamente enfermo, y al que á pesar de estar en el borde del sepulcro, se hacia concebir la esperanza de su curacion; pero el austero dominico desvaneció aquella esperanza engañosa, que le hacia entreveer aun una larga existencia, y recibió su última

confesion y su postrer suspiro el dia 3 de julio de 1632. Tal era el religioso que estaba destinado á llevar la antorcha de la fé á Nueva-Granada, y á fecundizar mas y mas aquel pais fértil, hermoso y templado. Apenas se notaba en él diferencia entre el estío y el invierno, así como tampoco en la duracion de los dias y las noches, casi enteramente iguales por su proximidad al Ecuador. Las ricas minas de oro, las esmeraldas y demás piedras preciosas que habia en él, hicieron resolver á los españoles á establecerse y fortificarse; residian por lo regular en la capital de Santa Fé de Bogotá, en el pueblo de San Miguel, y en las poblaciones de Tocaima, la Trinidad, Tunja, Pamplona, Mérida, Belez, Marequita, Ibagua, Vitoria y San Juan de los Llanos, además de residir tambien en los villorrios de Palma, San Cristóbal, etc. El superior tribunal y el gobernador se hallaban establecidos en Santa Fé, en cuya ciudad habia, además de la catedral, otras varias iglesias bastante regulares y dos hermosos conventos, uno de dominicos y otro de frailes menores. El arzobispo, cuya iglesia metropolitana comprendia todo el reino ó gobierno de Nueva-Granada, tenia por sufragáneos á los obispos de Cartagena, Santa Marta y Popayan. El territorio que los españoles no podian ocupar por falta de colonias numerosas, estaba habitado por los indígenas, llamados panchas y moxos; los primeros, que eran mucho mas salvajes, puede decirse conservaban aun su carácter feroz, al paso que adoptaban los últimos mas fácilmente las costumbres de los españoles, haciendo concebir la esperanza de que llegarian á ser buenos cristianos. D. Bernardino de Almanza, arzobispo de Santa Fé, muerto en el año 1633, tuvo por sucesor á Cristóbal de Torres, nombrado por el Papa á peticion de Felipe IV; y como se considerase necesario en Nueva-Granada la presencia del arzobispo electo, el rey le hizo partir para América, antes de haber llegado sus bulas de Roma, sin que las recibiese hasta Cartagena, ciudad de la América meridional, en la que fué consagrado por el obispo de aquella ciudad, uno de sus sufragáneos. Luego de su consagracion prosiguió su camino, verificando su entrada en Santa Fé de Bogotá el dia 1.º de octubre de 1635, donde encontró tres pueblos distintos, á saber: los españoles, los indígenas ya convertidos al cristianismo y los naturales que eran aun idólatras. La conversion de los últimos y la perseverancia de los segundos, dependieron en gran manera del ejemplo de los españoles, que salvas raras escepciones, procuraron permanecer siempre unidos por exigirlo así su propia seguridad y el interés de la religion. Sin embargo, no dejó de haber por desgracia ciertos desórdenes que entorpecieron algun tanto los progresos de la fé, é hicieron desear á Felipe IV que partiese Cristóbal de Torres sin dilacion para su diócesis. A su llegada, procuró aumentar la armonía y la paz, empleando al efecto su virtud y su talento, mas bien que la autoridad de que se habia querido revestirle; despues de haber acabado de cimentar la union en todas las familias, procuró revivir las prácticas de piedad á fin de edificar á los nuevos cristianos y á los infieles. Encargó á los españoles que fuese siempre su conducta respecto á los indígenas llena de moderacion y de dulzura; y como era Cristóbal de Torres el primero en dar el ejemplo de todas las virtudes, fueron sus instrucciones exactamente cumplidas. Los misioneros que desde mucho tiempo estaban evangelizando á los naturales, al ver á su frente á un hombre tan eminentemente cristiano, se esforzaron mas y mas en llenar debidamente sus santas funciones, y derramó el Señor nuevas bendiciones sobre sus trabajos; así que, no tardó la luz del Evangelio en estenderse á lo lejos por todo el pais de Tierra-Firme, siendo las conversiones mas frecuentes cada dia, hasta entre los panchos, tribu situada al mediodía de las provincias de Bogotá y de Tunja. Desde mucho tiempo habia en pié una cuestion que no podia ser decidida sino en el sitio mismo en que tuvo orígen, y que llevaba divididos los ánimos respecto de la conducta que habia de obser-

varse con los indígenas; consistia aquella en que unos, al ver la ignorancia y estupidez de los indígenas, sostenian que, por mas que pidiesen la gracia del bautismo y que les fuese concedida, no debia sin embargo admitírseles á la participacion de nuestros mas imponentes misterios, concediéndoseles la divina Eucaristía. Todos los arzobispos y obispos de Nueva-Granada habian participado de esta opinion hasta el año 1633; como era cada vez mayor el número de cristianos, merced á las contínuas conversiones que se obraban, fué aquella cuestion empeñándose mas y mas entre los que de tanto tiempo la estaban sosteniendo; Cristóbal de Torres antes de declararse por una ú otra opinion, estudió detenidamente el carácter y comprension de los indígenas, no menos que el cambio obrado en ellos desde que habian recibido el bautismo, y su perseverancia en el bien, lo propio que sus luchas interiores, por continuar en el cumplimiento de sus deberes; y despues de un detenido exámen, le pareció injusta y dura la opinion seguida hasta entonces; sin embargo, alabó la conducta de los que habian obrado de aquel modo, guiados por el deseo de evitar una profanacion; pero no creyó que los ministros de la iglesia pudiesen privar para siempre á un pueblo entero de una gracia que Jesucristo habia dispensado á todos los que creian en él. Con todo, antes de obrar aquel cambio en la disciplina de su iglesia, no quiso el prudente arzobispo fiarse en sus solas luces; sino que en la imposibilidad de convocar un concilio provincial como habria deseado, se dirigió por escrito, á todos los obispos, sus sufragáneos, encargándoles que emitiesen sobre aquel asunto libremente su opinion. Despues de recibida su respuesta, reunió á los teólogos, los misioneros y todos los hombres mas eminentes de su diócesis, y les propuso la misma cuestion, sin disimularles las faltas de los indígenas, y sin hacer resaltar mucho lo bueno que habia encontrado en ellos. Casi unánime fué la opinion de aquellos ilustres varones en favor de las miras del prelado; así pues, se resolvió que todos los nuevos cristianos podian tener participacion en nuestros augustos misterios, siempre que sus directores les juzgasen dignos de aquella gracia. Luego concibió Cristóbal de Torres la generosa idea de fundar una universidad en Santa Fé, bajo el mismo plan de la que Gerónimo de Loaisa, otro arzobispo de la órden de Sto. Domingo, habia fundado en Lima, capital del Perú, por no ocultarse al nuevo arzobispo las inmensas ventajas que habia de reportar de ello todo el reino de Granada. Como eran sus rentas considerables y muy limitado el número de pobres, se vió el arzobispo en estado de consagrar muchos fondos á la fundacion proyectada, hecho lo cual pidió al Papa y al rey de España, no solo permiso para hacer una universidad, si que tambien todos los privilegios que podian contribuir á su esplendor y asegurar su duracion. El rey señaló una renta anual de cinco mil ducados para la dotacion de los profesores; y en su virtud, Cristóbal de Torres, hizo construir un magnífico colegio, al que se dió el nombre de Santa María del Rosario, fundando en él quince cátedras, á saber: cinco de teología, cinco de derecho civil y canónico y otras tantas de bellas artes y medicina. Al propio tiempo llamó á los hombres mas sábios de España, y antes de terminar el año 1651, tuvo ya la satisfaccion de ver á aquellos escelentes profesores al frente de sus respectivas cátedras. Indistintamente, cristianos é idólatras, habian recibido contínuas pruebas de la inagotable caridad del prelado; pero el nuevo monumento debido á su generosidad, fué lo que la hizo resaltar mas y mas á los ojos de todos sus diocesanos; pudiéndose decir que aquel último rasgo fué el que coronó gloriosamente todo cuanto habia hecho el prelado en favor de Santa Fé y de su iglesia. Los sábios reglamentos que el arzobispo formó para su colegio, aumentaron aun la influencia benéfica que necesariamente habia de ejercer un establecimiento de aquella clase; no eran el talento y la instruccion títulos bastantes para alcanzar los grados, y sobre todo para ser admitido

entre los profesores, sino que se exigia además una piedad sólida, y una reputacion sin mancha. Por desgracia no sobrevivió Cristóbal de Torres mucho tiempo al establecimiento ó fundacion de la universidad de Santa Fé; despues de haberse consagrado por espacio de diez y ocho años á instruir, edificar y aumentar su rebaño, murió en 1653, á la avanzada edad de ochenta años. Su nombre y su memoria continúan siendo aun bendecidos en todo el reino de Nueva-Granada.

Bajo la direccion de los obispos que se sucedieron en las sillas de Santa Fé, Santa Marta, Cartagena y Popayan, hubo escelentes misioneros que convirtieron al cristianismo á millares de idólatras; llegando á brillar en aquel reino la luz del Evangelio en toda su pureza. Turon coloca entre los primeros de aquellos hombres apostólicos, á Francisco de Garayta, que ilustró la provincia dominicana de San Antonino, á la cual llegó el año 1614. Nombrado provincial en el de 1630, recorrió una á una todas las comunidades y casas de su órden que habia en las cuatro diócesis, viajando siempre á pié, no obstante el rigor de las estaciones, y reanimando en todas partes el celo por la propagacion de la fé. Dotó á la poblacion de Mompox, situada en las riberas del Magdalena, de una casa dominicana, en la que dejó al P. Estéban Santos para anunciar el verdadero Dios á las tribus idólatras que atraia el comercio; aquel humilde siervo cristiano, que obró un gran número de curaciones milagrosas, murió en Zaragoza la Nueva el dia 29 de setiembre del año 1641. Los dominicos Diego de Valderas y Pedro de Saldanna, contribuyeron á la fundacion de la nueva ciudad conocida bajo el nombre de *Ecce-Homo*, por medio del establecimiento de una pobre casa, en la que solo habia cinco religiosos, encargados de ir á catequizar á los indígenas errantes en las montañas, ú ocultos en los bosques. Murió Valderas el año de 1640, y su compañero Saldanna en el de 1661. Finalmente, harémos mencion del dominico Juan de Pereyra, que cristianizó á diferentes tribus que, creyentes en la apariencia, continuaban adorando en secreto á sus falsos dioses. Confesóle un indígena anciano que, á pesar de asistir á la reunion de los fieles, no habia dejado de frecuentar cada noche lo que los idólatras llamaban el santuario de sus dioses, caverna profunda que habia al pié de una alta montaña, frente al precipicio de Macheta, en el que habia habido poco antes un templo dedicado al supuesto dios de la sementera y la cosecha, coloso de arcilla de repugnantes formas, al que ofrecian sus ciegos sectarios abundantes granos. A semejante aviso, procuró Pereyra apoderarse del ídolo, al que hizo llevar á su casa con todos los granos ó semillas que habia en su altar; vióse con sorpresa que no habia entre tantas semillas ni un solo grano de trigo, y como se preguntase la causa de ello á los idólatras, dijeron que Dios no lo aceptaba, por ser la materia de que se componia el sacramento de la Eucaristía. Despues de haber catequizado á aquellos infelices, dispuso Pereyra que, en prueba de su arrepentimiento de haber adorado una estátua de barro, rompiesen los nuevos penitentes el ídolo y lo arrojasen al rio: la indignacion con que se arrojaron sobre la estátua no dejó duda alguna de que estaban los nuevos cristianos íntimamente convencidos de la impotencia de aquellas divinidades quiméricas. El misionero, autor de su conversion, murió en el año de 1682.

Los agustinos descalzos contribuyeron con los dominicos á disipar las tinieblas de la idolatría en el reino de Nueva-Granada. « El P. Alfonso de La Cruz, agustino descalzo, convirtió ocho mil paganos á la fé cristiana, dice Urbano Cerri; lo que fué causa de que en 7 de agosto del año 1629, fuesen enviados á aquel pais doce religiosos de su órden. El P. Alfonso fué nombrado su superior, con el derecho de ejercer igual cargo en las provincias vecinas; siendo aquella mision aumentada el año 1639 con otros doce religiosos, en virtud de los grandes progresos que habia hecho la fé en aquellos pueblos. »

Apesar de ser todos los religiosos de que acabamos de hablar grandes siervos de Dios, no hubo ninguno entre ellos que pudiese rivalizar con el jesuita Claver que, sin casi salir de Cártagena, fué considerado el apóstol de América. Habiendo sabido Claver que el P. Diego de Farigna iba á sucederle en su ministerio cerca de los negros: «¡Ah! esclamó, levantando los ojos al cielo, que fausta noticia la de que van á ser bautizados los pobres negros!» Y no obstante su grave enfermedad, se arrastró hasta los piés de su sucesor, besándoselos con el mas profundo respeto. El amigo, el padre de los negros entregó el alma á su Creador el año 1654; patentizando diferentes milagros, la gloria eterna á que acababa de ser llamado el apóstol cristiano; hasta se dignó Dios concederle la incorruptibilidad de su cadáver como al gran Francisco Javier, á fin de que fuesen tributados sin duda al apóstol de las Indias occidentales los mismos honores que tributó el mundo cristiano al apóstol de las Indias orientales. La Compañía de Jesus, tan solícita para los negros importados de Africa al reino de Nueva-Granada, atendió tambien con paternal cuidado á la salvacion de los indígenas de este último pais; procurando siempre todos sus misioneros, distribuidos en varios puntos de aquel reino, convertirles con celo infatigable.

Además de los hijos de Stò. Domingo, S. Agustin y S. Ignacio, tuvo tambien el reino de Nueva-Granada por apóstoles á los de S. Francisco. Urbano Cerri dice, que los capuchinos de Aragon evangelizaron á Venezuela, bajo la direccion del P. Francisco de Pamplona, que se dirigieron despues á Andalucía la Nueva, junto al Orinoco; que penetraron despues en Cumana, y, que por su mediacion, abrazaron el cristianismo los jefes de cinco tribus, dirigiendo sus cartas de sumision al papa Clemente XI, por medio del P. José de Caravantes. Segun la relacion hecha por este religioso, fué confirmada la mision de su órden por un decreto especial del año 1667, disposicion ó medida tanto mas justa y merecida, cuanto que el P. Agustin Villabano, habia pagado el año anterior con su vida la gloria de predicar el nombre de Jesucristo á los infieles de aquellas regiones.

En la época en que el capuchino Caravantes se dedicaba á la conversion de los pueblos situados al oeste del Orinoco, los jesuitas Ignacio de Llauri y Julian de Vergara, no contentos con los frutos espirituales que acababan de recoger en San José de Oruna en la isla de la Trinidad, intentaron regenerar á los habitantes de la Guyana, que habia al este del rio, en cuyos pueblos fundaron cinco iglesias. Cuando los corsarios devastaron aquel pais, al poco tiempo de haberse instalado en él los dos misioneros, el P. de Llauri murió de hambre; su compañero, despues de haber confiado los neófitos á un dominico y á un agustino, se dirigió á las misiones de Casanara. Algun tiempo despues, los capuchinos catalanes se encargaron de la Nueva-Guyana, en la que no volvieron á aparecer ya mas los jesuitas, por haber continuado ejerciendo su apostolado en las dos riberas del Orinoco.

Los caribes de las costas, enemigos acérrimos de las misiones, asesinaron en los años 1684 y 1693 á los apóstoles del Orinoco, jurando no parar hasta dar muerte á todos los que quedaban y destruir sus colonias; con todo, los jesuitas restablecieron las cristiandades saqueadas y formaron otras nuevas. Fieles empero los caribes á su terrible juramento, volvieron á atacarlas en el año 1733 con mas encarnizamiento que nunca; entregaron á las llamas la iglesia de Ntra. Sra. de los Angeles, en la tribu de los salivas, la de San José en la de los otomacos; y cuando creyeron haber dado ya el golpe de gracia á todos los establecimientos de los jesuitas, se arrojaron sobre la colonia de Mamos, que los franciscanos de Piritu acababan de fundar junto á la ciudad de Guaya. «El P. Andrés Lopez estaba en el altar terminando la misa, dice Gumilla, cuando teniendo noticia del combate que acababa de empeñarse en la plaza, se quitó los hábitos sacerdotales, tomó un crucifijo, y fué con reso-

lucion á escitar al pueblo á la defensa. Sin límites fué la serenidad del misionero durante la lucha; habia recibido ya un balazo en la pierna y continuaba exhortando aun á sus ovejas con mas ardor que nunca, cuando un caribe le dió un sablazo diciéndole: «Calla, y no pierdas el tiempo predicando.» Como cayese el apóstol á la violencia del golpe, se dispersaron sus ovejas buscando su salvacion en la fuga: despues que los caribes hubieron saqueado la tribu, se arrojaron sobre el misionero á fin de apoderarse de cuanto llevaba, encontrándole vivo, con el crucifijo en la mano, y orando por la conversion de sus mismos asesinos. Descargáronle entonces un nuevo golpe en la cabeza, y sin aguardar á que exhalase su postrer suspiro, le despojaron, le colgaron de un árbol y encendieron la hoguera que debia consumirle, á no haber respetado el elemento voraz el cuerpo del mártir. A los ocho dias fué hallado su cadáver, siendo probable que el alma que antes le animára, purificada en las llamas del amor de Dios y del prójimo, subiera triunfante al cielo.» Durante el pontificado de Benedicto XIII que terminó en el año 1730, Nicolás de Labrid, canónigo de Lion, y otros tres sacerdotes que habian ido á Roma para pedir al Pontífice que les destinase en calidad de misioneros al pais que creyese necesario, fueron nombrados obispos para regir diócesis establecidas en las cuatro partes del mundo. Los paises del Orinoco fueron confiados al citado Labrid, que se trasladó á ellos; y mientras iban á espedirse sus bulas y el permiso de S. M. católica, resolvió dirigirse á Cayena para aguardar allí las bulas de Su Santidad. Cuando llegó el prelado al rio de Aquire, recibiéronle los salvajes con los brazos abiertos, para mejor ocultar su traicion; pero á los pocos dias asesinaron dos sacerdotes de su comitiva, y decapitaron á Labrid de un sablazo. Luego se apoderaron de los ornamentos y rompieron un crucifijo de marfil y un altar que habia sido consagrado por el Papa; los cuerpos del prelado y de sus compañeros, fueron sepultados en la iglesia de San José de Oruna.

CAPÍTULO XXXV.

Misiones de los capuchinos, felipinos y jesuitas en el Brasil.

Los mismos esfuerzos que hemos visto hacer en la América española, cuya historia acabamos de trazar, se hacian tambien por propagar el cristianismo en la América portuguesa, ó sea el Brasil, donde se vió aparecer la aurora de la civilizacion bajo los auspicios de los hijos de San Francisco y San Ignacio.

Hé aquí lo que dice Urbano Cerri acerca de aquella vasta region que confina con las Amazonas por la parte del norte, y con el Rio de la Plata por el mediodía, ocupando una estension de quinientas leguas sobre doscientas de latitud. «Fueron los portugueses dueños del Brasil durante la dominacion de sus reyes; pero cuando pasó la corona de Portugal á las sienes del rey Católico, continuaron los holandeses con obstinacion la guerra emprendida contra aquel príncipe, é intentaron además, alentados por algunos judíos que hacian su comercio en el Brasil, emprender su conquista. Como las tropas españolas tenian que sostener á la sazon varias guerras, lograron los holandeses fácilmente su objeto; dieron desde luego la libertad de cultos, pero como solo contribuyese aquel nuevo gérmen de discordia á dividir mas los ánimos, por mas que hubiese sido al principio una de las causas que facilitaron la conquista del pais, vióse el gobierno holandés en la precision de adoptar severas medidas, que dieron por resultado una sublevacion general, que acabó por arrojar á los holandeses del Brasil. En vano enviaron los holandases una nueva flota para apoderarse nuevamente del pais sublevado, en vano procuraron halagar de nuevo á sus habitantes, que nunca olvidaron su dominacion despótica, pues fueron rechazados en todos los encuentros: quedó el Brasil desde entonces en poder de los portugueses. Solo habia una diócesis en Todos los Santos, que fué erigida en arzobispado por Inocencio XI, en la que residia

la mision de capuchinos franceses que fué fundada en Bretaña el año 1634. Algunos religiosos que se dirigian á Guinea, y que se habian detenido algun tiempo en la isla de Santo Tomás, fueron presos por los holandeses cuando se apoderaron de ella, y trasladados con los portugueses á Olinda, cuya posesion reconquistó el rey de Portugal. Grande era la confusion que reinaba á su llegada á Olinda en materias religiosas, no solo á causa de los judíos, si que tambien con motivo de los hereges, que habian desterrado á los sacerdotes católicos, y al objeto de introducir mas fácilmente las doctrinas de Calvino, se casaban con las jóvenes portuguesas, contra la voluntad de sus padres. Los capuchinos se opusieron tenazmente á ello, llegando á ser al poco tiempo su oposicion tan eficaz, que hasta lograron sublevar al pais y hacer arrojar á los holandeses de Recife, por cuyo medio pasó aquella parte del Brasil nuevamente bajo la dominacion del rey de Portugal. Hubo en aquella ocasion un lego capuchino que se distinguió en gran manera; además, estaba muy impuesto en el arte de la guerra, é indicó á los portugueses los medios de que debian valerse para tomar el fuerte; por lo que puede decirse que el restablecimiento de la fé en el Brasil, fué debido á los religiosos capuchinos. En justo reconocimiento, les cedieron los portugueses una casa en Recife, que les sirvió de residencia; otra en Olinda y una tambien en Rio Janeiro; y Juan IV, rey de Portugal, les cedió un hospicio en Lisboa. No solo instruian aquellos religiosos á los naturales, si que tambien á los negros de Guinea y Etiopía, que se encontraban en gran número en el Brasil; aquella mision que en el año 1664 estaba limitada á Fernambuco, se estendió luego por todo el Brasil, llegando á los pocos años algunos de sus misioneros hasta ciento veinte millas de Recife, al través de paises montañosos y desiertos, en los que encontraron espesos bosques y un gran número de salvages que vivian en ellos como bestias. Las poblaciones de Olinda y Fernambuco fueron erigidas en diócesis, debiendo ser sus obispos propuestos por el rey de Portugal y ser sufragáneos del arzobispo de la Bahía de Todos los Santos. Luego fué fundada en la ciudad de Olinda una congregacion de sacerdotes bajo la regla de San Felipe Neri; debiendo aquella nueva institucion consagrarse á la evangelizacion de los infieles, segun los poderes que al efecto le fueron conferidos por la Congregacion de *Propaganda Fide*. Las provincias de Rio Janeiro, situadas en la parte meridional del Brasil, hácia el Rio de la Plata, pertenecian en otro tiempo á la diócesis de la Bahía de Todos los Santos; pero fueron separadas despues, por las tres razones espuestas en el breve de Gregorio XIII de 19 de julio del año 1575. Creyóse conveniente establecer en aquellas provincias un vicario, con el título de Administrador de Rio Janeiro, por estenderse aquel pais hasta novecientas millas de la ciudad de Todos los Santos, en la que residia el obispo del Brasil. Aquel vicario apostólico, tuvo jurisdiccion episcopal, oscepto las funciones pertenecientes al obispo; habiendo sido elegido aquel dignatario eclesiástico por el rey de Portugal, sin la aprobacion de la Santa Sede. Cuando aquel pais estaba bajo la dominacion del rey Católico, se pidió á la Santa Sede que se erigiese en él un obispado, por considerarse ya en aquella época enteramente indispensable, ya para atender á las necesidades espirituales del pais, ya para la ordenacion de los sacerdotes. A Vuestra Santidad estaba reservada la gloria de atender á ellas, creando un obispado en la ciudad de San Sebastian (Rio Janeiro).»

Es muy raro que en la relacion trascrita, Urbano Cerri no mentase siquiera á los jesuitas, cuando habria debido recordar que salieron incesantemente de sus colegios de Fernambuco, Bahía, Rio Janeiro y otros puntos, numerosos misioneros en busca de los indígenas errantes, para hacerles entrar en la vida social y cristiana; y que, como civilizadores desinteresados, solo aspiraban á que por toda recompensa á su abnegacion se respetase la libertad de sus queridos neófitos. Habria debido

al menos consagrarse un recuerdo á la accion civilizadora de la Compañía de Jesus en la isla de Maranhao, tomada á los franceses en el año 1614, y en la parte del continente que de aquella isla se prolonga hasta Santa María de Belen, poblacion fundada el año 1616 en la orilla de la segunda boca de las Amazonas.

Los PP. Manuel Gomez y Didacio Nuñez, fueron los primeros en ser enviados desde Fernambuco á aquel pais, en el momento en que pasó este al dominio de Portugal; siete años despues los PP. Luis de Figueira y Benito Amodei, á su vez se presentaron en aquellas regiones, con desagrado de los que, especulando en el trabajo de los indígenas, sabian que los jesuitas defenderian con ardor la causa de la independencia de los indígenas. La invasion que verificaron los holandeses en la isla de Maranhao el dia 24 de noviembre del año 1641, destruyó hasta los signos de la religion católica; ante el peligro que tan de cerca amenazaba á la fé, dirigieron los PP. Benito Amodei y de Cuto el movimiento del 20 de febrero del año 1644, que obligó á los invasores á retirarse de la naciente colonia. El gobernador Tejeira de Mello no pudo menos de hacer público en 14 de mayo del año 1647, que solo á los dos misioneros era debido el alzamiento glorioso que habia arrojado á los hereges de aquella isla; los jesuitas, por toda recompensa, pidieron la abolicion de la esclavitud, que alcanzaron ya el año 1602 en el Brasil, y que les fué tambien entonces concedida respecto de Maranhao y las Amazonas, por haberse dignado el rey de Portugal acceder en el año 1652 á lo que la humanidad y la civilizacion reclamaban. El dia 16 de enero del año siguiente, salió de Lisboa para ir á recorrer las nuevas misiones en calidad de visitador, y vencer cuantas dificultades se oponian en ellas á los progresos de la fé, el P. Antonio Vieira, orador famoso, jurisconsulto célebre y uno de los políticos mas hábiles de Portugal. Por mas que todos los especuladores se declaren contra él á su llegada, dá el hombre apostólico comienzo á su obra de conciliacion; y secundado por los PP. Juan Paira, Gonzalo Veras, Pedro Monteira, Bernardo Almeida, Juan María de Dominis y el irlandés Ricardo Curew, procura á numerosas tribus las dulzuras de la vida social y cristiana. Veinte y cuatro eran los jesuitas, entre los que habia quince sacerdotes, que trabajaban el año 1659 en aquella mision, dividida en las cuatro colonias de Scara, Maranhao, Para y las Amazonas; en aquellas colonias, escalonadas por decirlo así en una costa que tenia mas de cuatrocientas leguas, tenian los jesuitas diferentes residencias, á las que iban á reunirse en grupos los indígenas, á medida que eran regenerados.

Tenia aquella mision un carácter particular y un doble objeto, que el P. Antonio Vieira precisa en estos términos en una carta que escribió al rey, fechada el 11 de febrero del año 1660: «Se vá regularmente á las otras misiones, al objeto de salvar las almas de los indígenas, mientras se procura salvar aquí las de los naturales y los portugueses; es la mayor falta de estos, la servidumbre que imponen á los indígenas, cogidos ó comprados en los rios. Vuestra Magestad ya ha remediado en lo posible aquel acto odioso, encargando á los misioneros de la Compañía que reconozcan y rescaten los esclavos; solo falta ahora para acabar enteramente con semejante abuso, vencer algunos obstáculos que se oponen á la accion benéfica de los misioneros.» El P. Francisco Velloso redimió seiscientos esclavos, haciendo recobrar su libertad á un número igual el P. Francisco Gonzalez.

Hay en la embocadura de las Amazonas la isla de Marajo, la mayor que hay en todo el rio; tiene como unas treinta leguas de sud á norte, y cuarenta de este á oeste. Sus habitantes, los nengahibos, que fueron sordos en el año 1655 á la predicacion de los PP. Juan Sotomayor y del Valle, van á ser dominados ahora por la fuerza de las armas, por temor de que secunden los planes de los holandeses. Con efecto, se habian hecho ya todos los aprestos necesarios para sojuzgar á los nen-

gahybos, cuando el P. Antonio Vieira se empeñó en reducirles con las solas armas del Evangelio; por lograrlo, se dirigió á sus jefes prometiéndoles que seria su libertad respetada, y en efecto, acudieron enseguida siete de ellos al colegio de los jesuitas en el año 1659, diciendo que se ofrecián en rehenes á los europeos, porque nada temian desde el momento que tenian á su lado al virtuoso Padre, del que querian ser los hijos mas sumisos. Propúsoles entonces Vieira acompañarles nuevamente á su isla, pero ellos contestaron que habiendo vivido hasta aquel dia en los bosques y debajo de los árboles como los animales, necesitaban algun tiempo para formar una aldea, y que tan pronto como hubiesen construido algunas casas y una iglesia, irian á buscarle en tropel, pues ya podrian recibirle entonces mas dignamente. El dia 15 de agosto del año 1659, se embarcó al fin Vieira para dirigirse á su tribu amada, celebrándose ya á su llegada el santo sacrificio en la nueva iglesia; terminado este, dirigió el sacerdote un discurso á los nengahybos, en el que les hizo presente sus deberes como cristianos y como súbditos del rey de Portugal; á su voz cada jefe se dirigió al altar, arrojó su arco y sus flechas á los piés del misionero, y levantando las manos al cielo hizo esta formal promesa. «Yo, jefe de mi nacion, en mi nombre y en el de todos mis súbditos y descendientes, prometo á Dios y al rey de Portugal abrazar la fé de Jesucristo; prometo así mismo, ser, como lo soy ya desde este dia, súbdito de Su Magestad, y estar en paz perpétua con todos los portugueses, siendo amigo de sus amigos, y enemigo de los que son sus contrarios.» Todas las demás tribus ribereñas de las Amazonas, se adhirieron sucesivamente al tratado hecho con los nengahibos. «Véase, escribió Vieira al rey de Portugal, como dos pobres misioneros de la Compañía de Jesus con dos cartas han hecho entrar bajo el dominio de Vuestra Magestad á pueblos formidables, que los gobernadores no habian podido sojuzgar en veinte años por medio de las armas y de todos los demás elementos de que podian disponer. Señor, creed que Dios lo ha dispuesto así, para hacer ver á los ministros de Vuestra Magestad, que el mejor medio para sostener y aumentar los dominios portugueses es la ley del Evangelio; y que en interés de la propagacion de la fé instituyó Dios la monarquía portuguesa, elevándola al alto grado de esplendor y gloria en que se encuentra.» Como era cada vez mayor el empeño con que procuraban los jesuitas defender la libertad de sus catecúmenos, se declararon abiertamente contra ellos todos cuantos se dedicaban al tráfico de los esclavos; así que, resueltos á dar el último golpe á los generosos defensores de los americanos, procedieron en el mes de enero de 1661 al arresto del P. Vieira y de sus compañeros; viendo la ciudad de Lisboa desembarcar á aquellos mártires de la caridad y el celo apostólico el dia 6 de enero del año 1662, mientras que los indígenas abandonaban las poblaciones construidas en las riberas de las Amazonas, para ir á ocultar en sus antiguos bosques el tesoro de la fé. Pero como conociese Alfonso VI la injusticia de quo habian sido víctimas Vieira y sus hermanos, mandó que volviesen inmediatamente á los paises de que habian sido espulsados, á fin de que continuasen en ellos la obra regeneradora que se habian visto obligados á interrumpir. Todas las cosas tomaron ya desde el primer dia de su llégada un nuevo aspecto; pero como careciesen en breve de operarios evangélicos, vióse obligado el P. Luis Figueira á dirigirse á Europa por procurárselos; teniendo Figueira la desgracia de ser asesinado á su regreso por los amani en la embocadura de las Amazonas, junto con los doce religiosos que le acompañaban, procedentes de Europa. Sin embargo, continuaba Vieira ensanchando cada dia el campo de la mision, puesto que los fieles, colonizados bajo un plan conforme á la estraordinaria fecundidad del pais, llamaban sin cesar á sus hermanos de las montañas ó de las islas vecinas, para que fuesen á gozar de su dicha en la vida comun á la protec-

tora sombra de la cruz. Despues de la muerte de Vieira, siguieron sus hermanos tan fielmente sus huellas, que hasta el P. Manuel Priey, privado de la vista, fué, cual otro Tobías, el ángel de aquellas regiones; hé aquí lo que con motivo de su ardiente celo escribia el P. Bettendorsi, superior de aquella mision, al P. Oliva, general de la Compañía de Jesus, el año 1678: «En estas misiones, los ciegos ven, los cojos andan y los pobres evangelizan.» El P. Luis Consasvi escribia tambien al general nombrándole los puntos que se habian visto obligados á abandonar los misioneros, y terminaba su carta de esta manera: «En lugar de escribir deberia mas bien llorar por la triste suerte de mas de un millon de almas que se pierden por falta de operarios. Además de los pueblos indicados en mi carta, lograríamos descubrir y atraer á otros muchos, si éramos en bastante número para penetrar en el interior del pais, que tanto desea tener apóstoles que le instruyan en la fé.»

El dia 31 de marzo de 1680 dió el rey Pedro II una nueva ley prohibiendo á los portugueses, bajo severas penas, el reducir los indígenas á esclavitud; tambien mandó el mismo príncipe que las misiones de Maranhao y de las Amazonas fuesen confiadas esclusivamente á los jesuitas. Convencidos los ambiciosos traficantes en carne humana, de que eran las quejas de los hijos de S. Ignacio las que habian dado orígen á aquellos dos decretos, repitieron contra ellos el atentado del año 1661, é hicieron sufrir á los jesuitas un duro cautiverio, arrojándoles de aquel pais en el año de 1684; pero no quedaron esta vez impunes semejantes violencias. Gomez Freire de Andrada, que fué enviado á Maranhao en calidad de comisario, reconoció la inocencia de los religiosos; y en virtud del informe que dirigió al rey, no solo fueron los jesuitas restituidos á sus misiones, sino que se les confirió además la administracion temporal y el gobierno espiritual de las mismas. En el año 1730, empezaron los mercaderes de esclavos á dirigirse nuevamente contra los jesuitas, enviando á la córte á Pablo de Sylva Nuñez, en cuya época el rey Juan V, á instancias de los protectores que el comercio inícuo de los esclavos encontró en Lisboa, envió el 16 de abril de 1734 á Francisco Eduardo Dos Santos á la isla de Maranhao, á fin de que se informase de si eran ó no fundadas las quejas dirigidas contra los hijos de S. Ignacio. Como era Dos Santos un juez ilustrado é íntegro, no tardó en distinguir la verdad de la mentira. «La execrable inhumanidad con que los indios han sido reducidos á la esclavitud, decia en su relacion al rey, ha llegado á generalizarse de tal modo en este pais, que es considerado como un acto de virtud. Todo cuanto se hace y dice contra esta bárbara costumbre, es inmediatamente refutado; por esto los religiosos de la Compañía de Jesus, en cuya caridad encuentran aquellos desgraciados siempre un apoyo, son odiados por todos los hombres impíos que se dedican á aquel infame tráfico.» Semejante informe, y la resolucion tomada en su virtud por el consejo del almirantazgo el dia 23 de noviembre del año 1736, hicieron triunfar á los jesuitas de las calumnias de sus enemigos.

Pero no tardó en formarse nuevamente sobre ellos una tempestad aun mas terrible; siendo arrojados á la vez de sus misiones del Brasil, Maranhao y las Amazonas, y embarcados sin provisiones ni recursos en el primer buque que se dirigió á la metrópoli.

CAPÍTULO XXXVI.

Apostolado de los jesuitas, recoletos, capuchinos, sulpicianos y sacerdotes del Seminario de las Misiones-Estranjeras en el Canadá y la Luisiania.

Despues de las Américas española y portuguesa, debe llamar nuestra atencion la América francesa, y particularmente el Canadá.

Enrique de Levi, duque de Ventadour, propuso al mariscal de Montmorency, su tio, que aceptase el vireinato de la Nueva-Francia, al objeto de que se lograse mas fácilmente la conversion de los indígenas. Como eran los jesuitas sus directores, creyó que nadie mejor

que ellos podia realizar su proyecto, tanto mas, cuanto que los recoletos, reconociendo su insuficiencia, le habian hablado en el mismo sentido. En su virtud, los PP. Cárlos Lallemant, Enemundo Massé y Juan de Brebeuf, partieron para Quebec en el año 1625, con el recoleto José de Daillon, y hácia cuyo punto se dirigieron tambien al año siguiente los PP. Filiberto Noyrot, de Noue, y un hermano coadjutor. Hasta el año 1632 estuvieron aquellos religiosos preparando los medios para establecer el cristianismo entre los indígenas, antes de dar comienzo á la obra santa que tan profundo conocimiento exigia en la lengua, las costumbres y las creencias del pais. Como las intrigas de los calvinistas del Canadá favorecian los planes ambiciosos que abrigaban los ingleses acerca de aquella region, prohibió Luis XIII á los protestantes dirigirse á ella; además, creyendo la Compañía formada para colonizar la Nueva-Francia que, mas bien que de utilidad, servirian los religiosos mendicantes de carga á una colonia naciente, se resolvió no admitir, al menos por algun tiempo, á los recoletos en ella, por lo que recayó todo el peso del apostolado sobre los jesuitas. No tardó en crecer empero bajo su direccion un pueblo verdaderamente cristiano, en el que reinaban la pureza y sencillez de los primitivos siglos de la iglesia.

Los jesuitas comprendieron que fijando el centro de su apostolado en el pueblo ó tribu de los hurones, les seria mas fácil hacer irradiar desde ella la luz del Evangelio sobre todas las tribus vecinas; así que, fijaron los PP. de Brebeuf, Daniel y Davost la primera mision en Joubatiri, donde lograron en breve construir una iglesia bajo la advocacion de *San José*, cuyo nombre tomó despues la tribu. Al propio tiempo tomaron los jesuitas posesion del punto de Tres Rios, muy frecuentado ya á la sazon por todos los pueblos septentrionales, y desde el cual pudieron tambien fácilmente atraerse á los montañeses y algonquinos. La tribu de los hurones, á pesar de ser la mas tenaz y supersticiosa, fué la mas fiel á la verdad católica, tan pronto como llegó á convencerse de ella; los algonquinos, por el contrario, fueron en un principio mucho mas dóciles, pero despues menos perseverantes. Por fin, se logró fundar en Quebec un colegio para los jóvenes indígenas; el marqués de Gamaches, cuyo hijo, Renato de Rouault, se habia hecho jesuita, dió para aquella fundacion, realizada á fines del año 1635, la suma de seis mil escudos. Samuel de Champlain, verdadero padre de la Nueva-Francia, murió aquel mismo año; sucediéndole en el gobierno del Canadá Mr. de Montmagny. Como si dijese á los salvajes que indicaba el nombre del nuevo gobernador *gran montaña,* ó sea en su idioma *Ononthio*, cuya palabra tiene una gran significacion, fué desde entonces considerado el rey de Francia por ellos como el gran Ononthio, y cuyo poder, gloria y riquezas eran incalculables. Inmensa fué la caridad que escitaron en Paris las relaciones y cartas de los misioneros á favor de aquella iglesia naciente; sin que nadie empero igualase en generosidad y desprendimiento á la duquesa de Aiguillon y al comendador de Sillery. Fundó la primera un hospital en Quebec; y, no menos generoso el comendador por su parte, formó en el Canadá una poblacion que solo podian habitar los salvajes cristianos, ó que estuviesen dispuestos á serlo; esta poblacion levantada á una legua de Quebec, lleva aun el nombre de Sillery. Otro de los establecimientos que produjo en Quebec mejores resultados, fué el del convento de las Ursulinas para la educacion de las jóvenes; madama de La Peltrie, viuda de Normandía, consagró su fortuna á aquella obra piadosa en el año 1639; y condujo al Canadá, junto con las hospitalarias de la duquesa de Aiguillon, tres ursulinas, entre las que habia María Guyart, que tan célebre fué despues bajo el nombre de María de la Encarnacion (1). El piadoso Dauver-

(1) Unicamente la religion cristiana podia infundir el heroismo de que necesitaban aquellas nobles damas para desprenderse de su fortuna, abandonar su rango y su patria y esponerse á los inminentes peligros de una larga navegacion, solo por ir á enjugar las lágrimas de unos pobres salvajes en las regiones del

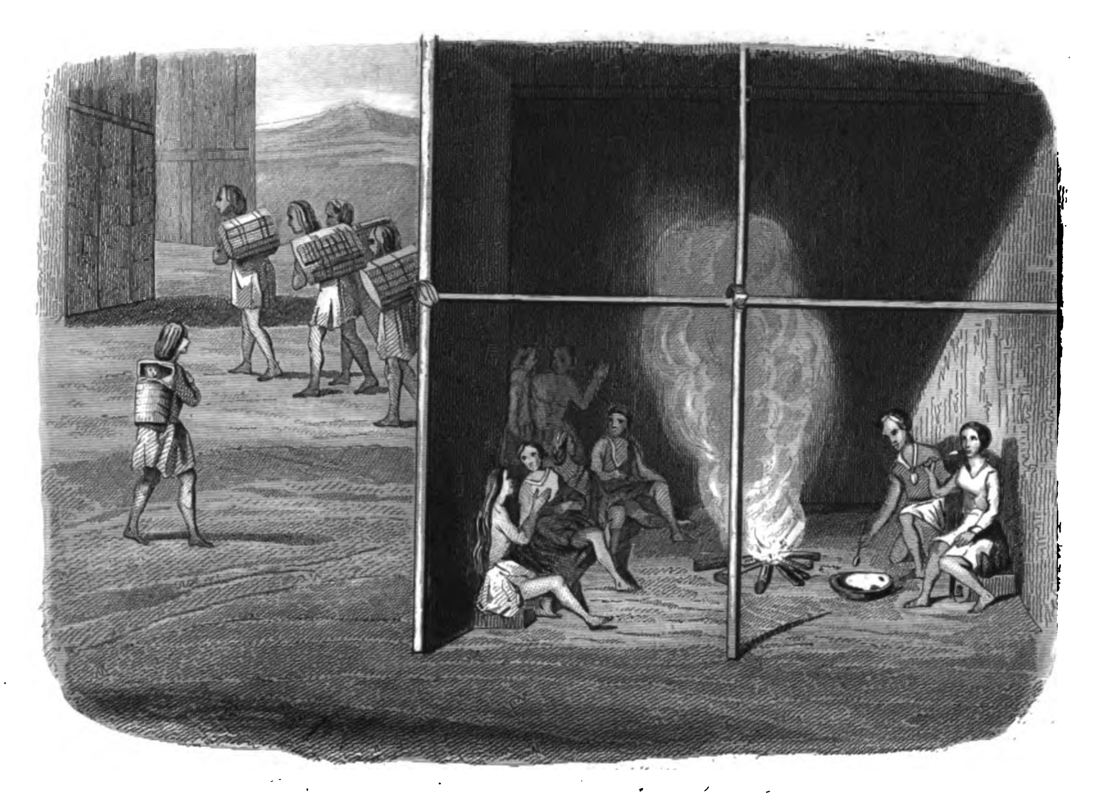
siere, intendente general de los dominicos de La Fleche, resolvió hacer en mayor escala lo que se habia hecho en Sillery, á cuyo objeto pidió y obtuvo del rey la isla de Montreal, situada en el rio San Lorenzo, á sesenta leguas de Quebec. Despues de haber comunicado su designio al abate Olier, formó una sociedad bajo el nombre de Montreal, bajo la proteccion del cardenal de Richelieu; habiendo sido Mr. de Maisonneuve, uno de los sócios, nombrado gobernador de aquella isla, condujo á ella la primera colonia en el año 1641, de la que formaba parte Juana Manse, piadosa jóven de Langres, que queria consagrarse al cuidado de los enfermos del hospital que iba á construirse. Tal fué el orígen de la ciudad conocida bajo el nombre de Villamaría ó Montreal (Pl. CXVI, n.° 1).

Al ver los ingleses y holandeses la prosperidad de la colonia francesa, procuraban aumentar el ódio de los iroqueses contra las tribus que se unian á la Francia; confina el pais de los iroqueses por el norte con el lago del Santísimo Sacramento y el rio San Lorenzo, por mediodía con el Ohio, la Pensilvania y Nueva-York, por oriente con el lago Erie y por occidente con el lago Ontario (Pl. CXVI, n.° 2). Estaban divididos en cinco tribus, á saber: los tsonnontuanes, goyoguanos, onnontagos ó iroqueses superiores, los agnios y los onnejutos, ó iroqueses inferiores; tenian la costumbre de decir todas ellas, por indicar su union, que no componian mas que una sola *cabaña iroquesa*. Adoradores del sol, el fuego de sus hogares hacia en los iroqueses las veces de altar; ante él celebraban sus matrimonios, aunque sin gran solemnidad. La esposa aguardaba en su cabaña al esposo, que se dirigia á ella al caer la tarde, acompañado de todos sus parientes; así que se habia sentado frente al hogar, le presentaba ella en un plato una torta de maiz, se sentaba en silencio á su lado y le volvia un poco la espalda, envolviéndose por modestia en una especie de manto que llevaba; (Pl. LXII, n.° 1), luego se retiraba en el interior de la cabaña: hé ahí en lo que consistian todas las ceremonias practicadas en los casamientos. El aparato y la magnificencia estaban tan solo reservados entre los iroqueses para los funerales, por ser el respeto á los difuntos y el recuerdo de los antepasados, la principal virtud de aquellos salvajes; tenian sus sepulturas una forma circular; y despues de haber pringado el cuerpo del difunto, le bajaban al sepulcro envuelto en su hamaca; guardando el cadáver la postura de un hombre sentado, con una pierna sobre otra, y con la cabeza inclinada sobre sus rodillas (Pl. LXII, n.° 2). Idólatras obstinados, hicieron los iroqueses una guerra tanto mas cruel á los hurones, cuanto que habian abandonado estos sus prácticas supersticiosas para abrazar el cristianismo; por esto apenas la iglesia hurona, cultivada á costa de tantas fatigas, empezaba á producir ópimos frutos de salvacion, sufrió la muerte de sus pastores y la dispersion de sus ovejas. En el año 1642, los iroqueses sorprendieron á los pirogos que acompañaban desde Quebec al P. Isaac, Jogues y su escolta; y despues de haber dado muerte al francés Guillermo Couture, se arrojaron con furor sobre el misionero, el cual, como viviese aun despues de haberle apedreado, le arrancaron las uñas de las manos y le cortaron á mordiscos los dos índices. El francés Renato Goupil fué tambien tratado con la misma crueldad; Jogues, que habria podido escaparse, prefirió utilizar su cautiverio en favor de los mismos iroqueses; por último, Renato Goupil, al que vió un anciano trazar la señal de la cruz en la frente de un niño, fué mártir de un hachazo. Iba el mismo Jogues á ser condenado á las llamas, cuando un oficial holandés le salvó la vida; pasando luego á

Nuevo-Mundo. Verdaderos ángeles del Señor en la tierra, nadie mejor que ellas podia llevar la esperanza y el consuelo tan necesarios á los infelices cuyas penas iban á adormecer con el solo roce de sus blancas alas. ¿Qué les importaba separarse de un mundo del que eran su mas bello adorno, si en cambio de las mentidas felicidades que podia aquel mundo ofrecerles, iban á procurarse la única y verdadera dicha que siente el alma en la práctica de la mas sublime de todas las virtudes, en el ejercicio de la caridad? Tanto la noble duquesa de Aiguillon como la ilustre condesa de Peltrie, estuvieron asociadas constantemente á todas las grandes obras de su tiempo. (Nota del Trad.)

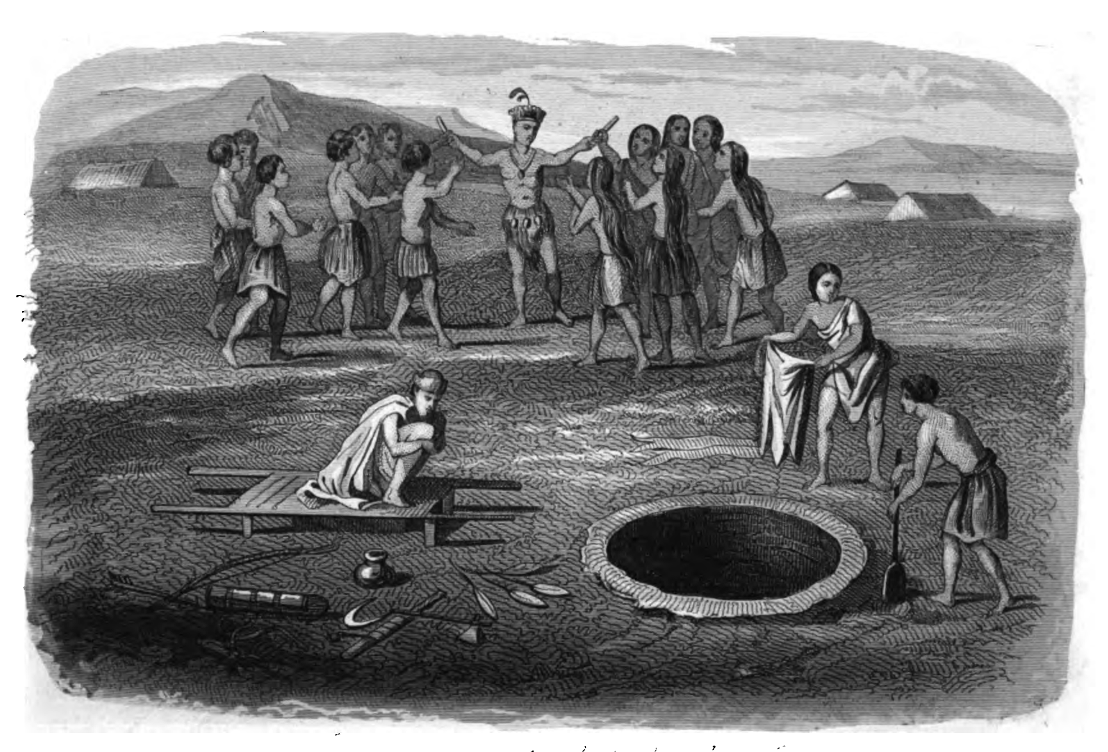
[illegible] del [illegible] que el [illegible] nombre [illegible], n.° 1 [illegible] ingleses [illegible] colonias [illegible] odio [illegible] iroqueses [illegible] se unieron [illegible] Francia [illegible] el [illegible] iroqueses por el norte [illegible] el lago [illegible] mismo S[illegible] y el [illegible] San Lorenzo, [illegible] mediodia con el Ohio [illegible] Pensilvania y Nueva-York, por oriente con el lago Erie y por occidente con el lago [illegible] (Pl. CXVI, n.° 2). Estaban divididos en [illegible] cinco tribus, á saber: [illegible] [illegible], tenian la [illegible], por [illegible] su [illegible] mas que una sola [illegible] es del sol, el fuego [illegible] los iroqueses las ve- [illegible] celebraban sus matrimonios [illegible] gran solemnidad. La esposa [illegible] acompañada [illegible], que se dirigia á ella al caer la tarde, acompañado de todos sus parientes; así que se habia sentado frente al hogar, le presentaba [illegible] un plato una torta de maiz, se sentaba [illegible] á su lado y le volvia un poco [illegible] envolviéndose por modestia en una [illegible] manto que llevaba; (Pl. LXII, n.° 1) [illegible] se retiraba en el interior de la [illegible] en lo que consistian todas las ceremonias practicadas en [illegible] casamiento. El aparato y la magnificencia estaban [illegible] reservados entre los [illegible] para [illegible] por ser el respeto [illegible] difuntos [illegible] de los antepasados, la primera virtud de aquellos salvajes; [illegible] sus sepulturas [illegible] circular; y despues de haber [illegible] el cuerpo del difunto [illegible] al sepulcro [illegible] en su [illegible], guardando el [illegible] postura de [illegible] sobre sentado, con [illegible] pierna sobre [illegible] sobre sus ro- [illegible] (Pl. LXII, n.° 2) [illegible] obstinados, hicieron [illegible] tanto mas [illegible] abandonar [illegible] para [illegible] apenas la [illegible] de tantas fatigas [illegible] frutos de salvacion [illegible] pastores y la dispersion [illegible] el año 1642, los iroqueses [illegible] piragos que acompañaban [illegible] P. Isaac Jogues y su escolta [illegible] de haber dado muerte al francés [illegible], se arrojaron con furor [illegible], el cual, como viviese aun [illegible] apedreado, le arrancaron [illegible] las manos, le cortaron á mordiscos [illegible]. El francés Renato Goupil [illegible] con la misma crueldad. [illegible] podido escaparse, prefirió [illegible] en favor de los mismos [illegible]. Renato Goupil, al que [illegible] hacer la señal de la cruz en la [illegible], fué mártir de un hachazo. [illegible] á ser condenado á las llamas [illegible] holandés le salvó la vida [illegible] á

[illegible] en la [illegible] y el consiguiente [illegible] adormecer con el [illegible] sin cambio de [illegible] alma en la [illegible] Trad.)



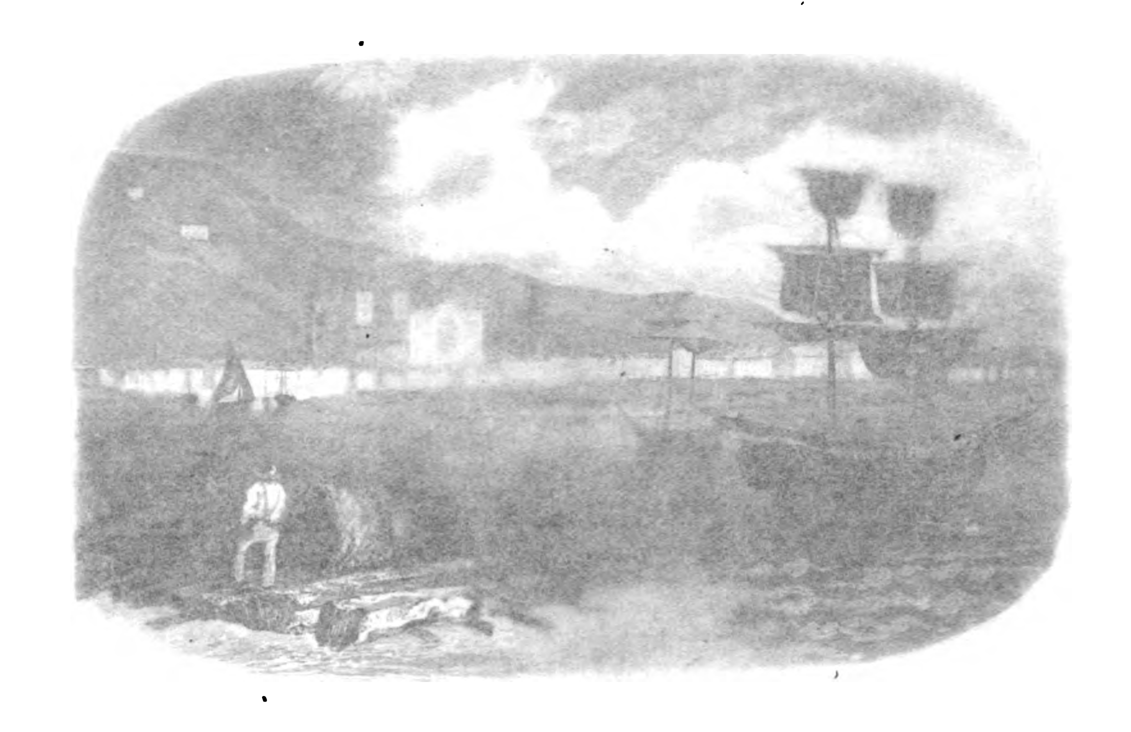
Cérémonie du mariage chez les Iroquois

Cerimonie del matrimonio presso gl'Irochesi — Ceremonia del matrimonio entre los Iroqueses

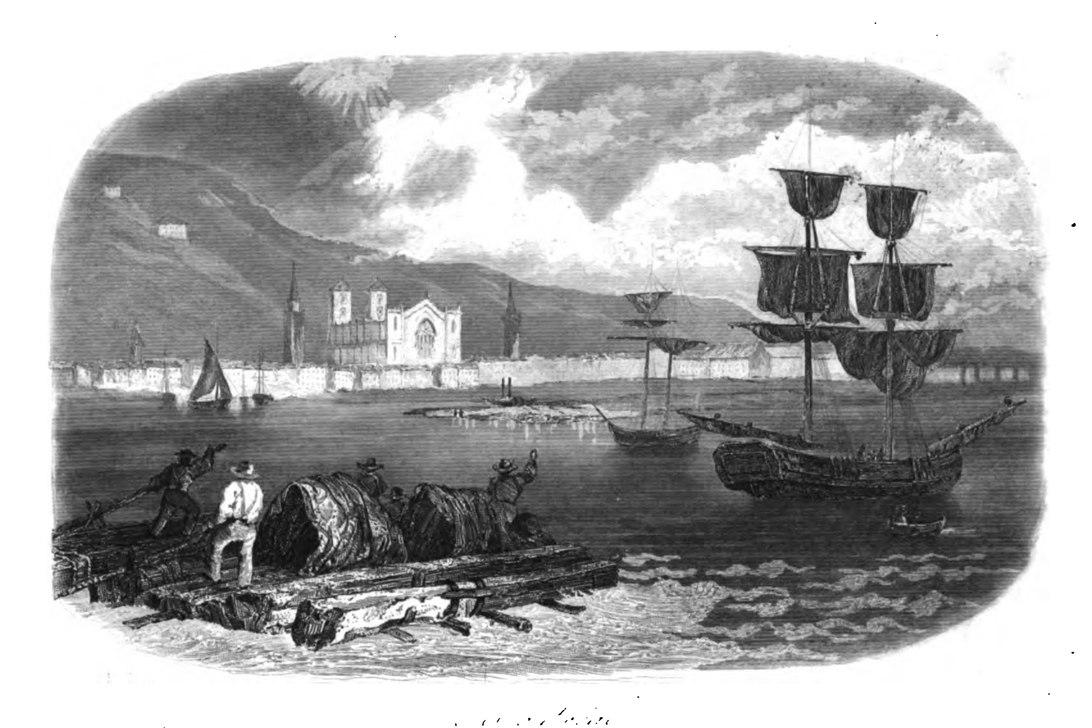


Cérémonie de la Sépulture

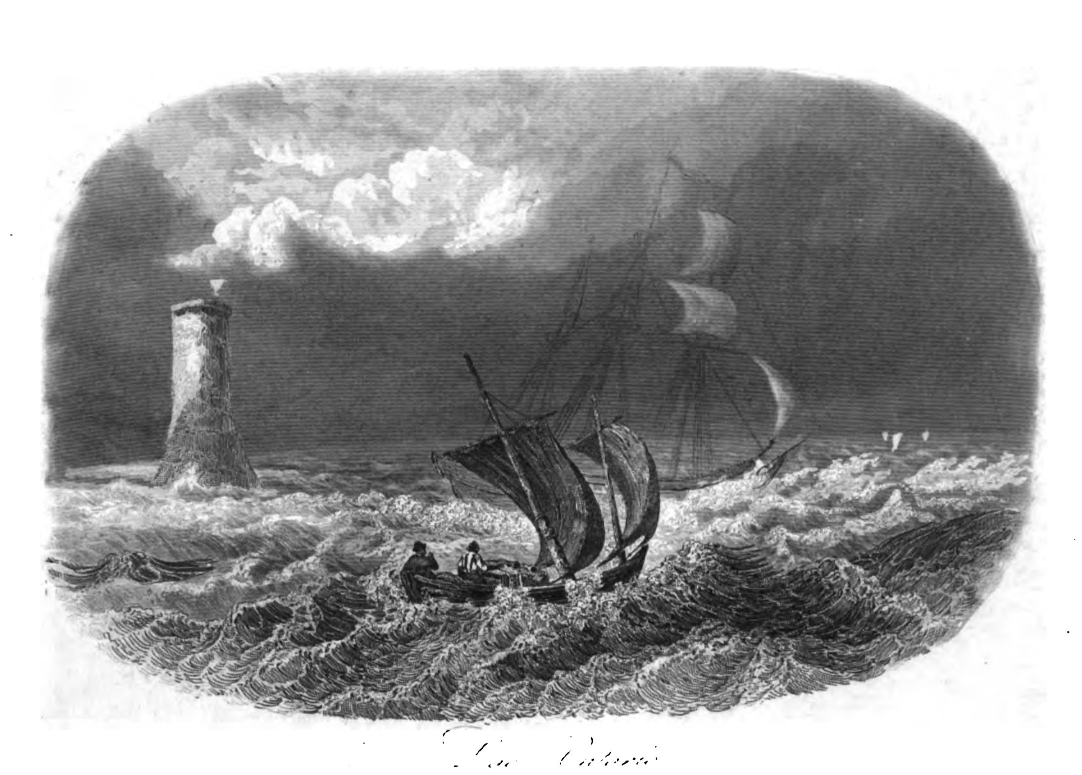
Cerimonia della Sepoltura — Ceremonia del entierro







Monreale . Montreal



Lago Ontario . El Lago de Ontario

Francia, donde la reina madre recibió con veneracion profunda al confesor de la fé. El Papa, al que pidió le permitiese celebrar á pesar de la mutilacion de sus manos, le contestó que seria injusto negar á un mártir de Jesucristo el permiso de beber la sangre de su Maestro divino. Algun tiempo despues voló Jogues al Canadá, donde parecia haber dispuesto Dios que muriesen los hurones al hierro y al fuego de los iroqueses, sin duda por ser la persecucion en todas las iglesias nacientes, el fuego santo que purifica, la semilla fecunda que produce numerosos y buenos cristianos. Tres años hacia que los misioneros de los hurones no habian recibido socorro alguno de Quebec, de modo que hasta sus hábitos estaban ya hechos girones; faltos tambien de vino para celebrar, iban á buscar al campo uvas silvestres por procurárselo. En tal apuro, partió el P. Francisco José Bressani el año 1644, al objeto de llevar algunos recursos á sus hermanos, pero cayó en poder de los iroqueses, quienes despues de haberle hecho sufrir todos los tormentos imaginables lo vendieron á los holandeses que, al ver su triste estado le hicieron embarcar para Europa. Pero no tardó el generoso atleta de Jesucristo en presentarse de nuevo al pais de los hurones, pidiendo al propio tiempo ser destinado á las misiones de los iroqueses, por los que hizo además una cuesta, á fin de enseñarles el modo con que sabe el cristianismo vengarse de sus verdugos. El P. Jogues, que habia sido el primero en sembrar la palabra divina entre los iroqueses durante su cautiverio, no pensó mas que en la dicha de regar con su sangre una tierra que, podia fecundizada producir muchos santos; así es que se dirigió á ella en compañía del francés La Lande; pero el dia 16 de octubre de 1646, rodaron sus cabezas bajo el hacha del verdugo, siendo sus dos cuerpos arrojados al rio. Mientras que los iroqueses evitaban con su barbarie los efectos de la gracia que les dispensaba el cielo, el pueblo abnakise, situado en aquella parte meridional de la Nueva-Francia, que se estendia desde Pentagoet hasta la Nueva-Inglaterra, se presenta voluntariamente á aumentar el número de los fieles. Los capuchinos que servian de limosneros en la costa, y que tenian una casa en Pentagoet y un hospital en las orillas del Kinibequi, iban á dirigirse á Quebec para pedir á los jesuitas que fuesen á cultivar un pais que estaba tan dispuesto á recibir la semilla evangélica, cuando la llegada del P. Dreuillettes realizó sus vivos deseos. Entre tanto, continuaban los iroqueses entregados á sus actos vandálicos; la tribu de San José, que era la primera en que los jesuitas habian levantado el lábaro santo de la cruz, fué invadida por aquellos bárbaros el dia 4 de julio de 1648. El P. Antonio Daniel, por dar tiempo á los hurones para huir á los bosques vecinos, salió al encuentro de sus enemigos, que se pararon asombrados al ver tanta serenidad en un hombre que no contaba con mas armas que su crucifijo; pero luego rodearon al siervo de Dios, le ataron de piés y manos, y no pararon hasta asaetearle. En breve tuvieron los PP. Jogues y Daniel dignos imitadores, que dieron á los salvages una alta idea de su celo y su constancia, sin que por esto lograsen aun hacerles renunciar á su barbarie. En 16 de marzo del año 1649, cayeron los iroqueses sobre las tribus de San Ignacio y San Luis, en las que habia por pastores los PP. Juan de Breveuf y Juan Lallemant; cortaron al primero el lábio inferior y el estremo de la nariz para impedirle de continuar exhortando á sus neófitos. Envuelto el P. Lallemant en una corteza de abeto, que debia ser en breve presa de las llamas, fué á arrojarse á los piés de su compañero y besó respetuosamente sus heridas; pegaron entonces sus verdugos fuego á su túnica de corteza y en medio de las esclamaciones que le arrancaba el dolor, martirizaron nuevamente á Breveuf, sin que por esto lograsen vencer la constancia de los dos apóstoles. Resueltos los verdugos á emplear cuantos tormentos les sugiriera su crueldad, arrojaron, á instancias de un apóstata, agua herviente á la cabeza de los dos misioneros, en castigo,

decian, del agua fria que ellos habian derramado sobre la cabeza de los indígenas, causando por aquel medio todas sus desgracias. Luego diciendo que la carne de los franceses debia ser muy sabrosa, cortaron grandes pedazos de la de los mártires y se la comieron en su presencia; uniendo luego la burla á la crueldad, «nos asegurabas, poco há, dijeron á Brebeuf, que cuanto mas se sufre en la tierra mas dichoso se es en el cielo; por lo tanto, debès agradecernos los tormentos que te hacemos sufrir.» Llegó uno de aquellos bárbaros al estremo de arrancar el corazon á Brebeuf y comérselo ante sus compañeros; el suplicio de Lallemant duró diez y siete horas, durante los cuales le arrancaron hasta los ojos, ofreciendo siempre sus tormentos á Dios con un fervor verdaderamente admirable. Murieron ambos confesores el dia 17 de marzo. En el mes de diciembre del propio año 1649, se arrojaron los iroqueses sobre la tribu de San Juan, en la que el P. Cárlos Garnier, lejos de alejarse, encargó á sus neófitos que se dispusiesen ó preparasen para morir santamente. Si bien los salvages respetaron en un principio la vida del misionero, no tardó en recibir este un balazo que le tendió en el suelo; pero como viese al poco rato, pues solo estaba herido, á un huron moribundo, se arrastraba hácia él para darle la absolucion, cuando un iroqués le dió un hachazo que le hizo morir en el seno de la caridad. Natividad Chabanel, compañero de Garnier, que acababa de ser llamado por sus superiores poco antes de la invasion de los iroqueses, alcanzó tambien la palma del martirio, muriendo algun tiempo despues asesinado por un huron apóstata. Los restos que quedaban de la pobre tribu de los hurones, perseguidos por los iroqueses y diezmados por el hambre, suplicaron al P. Ragueneau que les condujera á Quebec en 1650, que tan funesto fué á la Nueva-Francia, no solo por la destruccion de casi toda la tribu de los hurones, sí que tambien por los desórdenes que el comercio fatal del aguardiente empezó á introducir en las misiones. Todos los salvages tienen una gran propensidad á la embriaguez, que no conocian antes de que los europeos les procurasen los medios para entregarse á aquel vicio; tan pronto, empero, como hubieron probado las bebidas espirituosas, no pudieron ya prescindir de ellas. El P. Jacobo Buteux intentó en el año 1652 reunir los últimos restos de los hurones attikamegos, pero las balas de los iroqueses abreviaron el diez de mayo su generoso apostolado. Al año siguiente, llegaron algunos de aquellos salvages hasta las inmediaciones de Quebec, en las que se apoderaron del P. Poncet, al que cortaron los salvajes el índice de la mano izquierda; habiendo sabido el misionero que la actitud de los franceses empezaba á intimidar á aquellos bárbaros, les propuso la paz, que aceptaron, y regresó el dia 5 de noviembre á Quebec, despues de haber logrado lo que todo el mundo poco antes creia enteramente imposible. El P. Le Moyne fué enviado luego á la tribu de los iroqueses para ratificar el tratado, mientras que los PP. Chaumonot y Dablon iban á evangelizar á los onnontagúes, en cuyo pais establecieron en el año 1656, junto con los otros dos misioneros Fermin y Mesnard, la primera iglesia iroquesa. Pero si era síncera la paz por parte de los iroqueses de las montañas, no era por desgracia así respecto de los que vivian en las llanuras; despues que los hurones fueron arrojados de su pais, sufrieron la misma suerte casi todos sus aliados Una de aquellas tribus arrojadas de su pais natal se presentó en Quebec, donde los PP. Dreuillettes y Garreau y el coadjutor Luis Le Boesme se ofrecieron á acompañarlos nuevamente á su patria; pero habiendo sido atacados en el camino por los agnies, fué Garreau mortalmente herido.

No fué la isla de Montreal menos víctima que los otros puntos de la Nueva-Francia de las invasiones de los iroqueses; sin embargo, los progresos que ya desde un principio hizo en ella la fé, dieron por resultado una verdadera regeneracion social. Margarita Bourgeois, religiosa jóven de Troyes, se consagró en el

año 1653 á la instruccion de las jóvenes; y la Sociedad de San Sulpicio, encargada del gobierno espiritual de la isla, envió á ella en el año 1657 al abate de Loc-Dieu, junto con tres sulpicianos, y se fundó un seminario.

Los sacerdotes y misioneros del Canadá habian recibido hasta entonces los poderes del arzobispo de Ruan; pero se creyó que la presencia de un obispo contribuiria poderosamente á consolidar y estender el bien comenzado; en su consecuencia, se pensó en el abate de Laval-Montigni, uno de los que mas contribuyeron á procurar al P. Alejandro de Rhodes todo cuanto necesitaba para realizar sus designios en la Indo-China. Así pues, nombró Alejandro VII el año 1657 al abate de Laval, vicario apostólico del Canadá ó Nueva-Francia, bajo el título de obispo de Petrea; despues de haber sido el nuevo obispo consagrado en Paris el 8 de diciembre del año 1658, se embarcó en el mes de abril con algunos eclesiásticos que colocó en las diferentes parroquias de la colonia; de modo que los jesuitas que las desempeñaban, se limitaron desde entonces á las misiones de los salvajes. Los diezmos para los curas debian ser pagados al seminario, por disposicion del obispo, á fin de que, conservando el espíritu de pobreza en su clero, permaneciese este mas unido y sumiso. Terminada la construccion del seminario, cedió el obispo en su favor todos sus bienes, queriendo que los curas y el cabildo de su diócesis hiciesen otro tanto respecto de sus rentas, despues de haber atendido á los gastos necesarios y hecho las limosnas convenientes. Tres iglesias á la vez tuvieron que ser consagradas en Quebec el año 1666, á saber: la iglesia parroquial, la de los jesuitas y la de las Ursulinas; las de los pueblos vecinos fueron construidas sucesivamente. Una hospitalaria de Bayeux, la señorita Simon de Longpré, que tomó en el convento el nombre de sor Catalina de San Agustin, fué á Quebec para consagrarse á cuidar á los enfermos; muriendo en aquel piadoso ejercicio el año 1668 en olor de santidad. Los recoletos, que habian sido escluidos poco antes como mendicantes, fueron autorizados el año 1669 para regresar nuevamente á la colonia, en la que fundaron un establecimiento, y luego dos conventos en Montreal y Tres-Rios; siendo su superior el P. Cesareo Herveau. Mientras que la duquesa de Aiguillon y las señoras de La Peltrie y de Martin, fundaban en aquella última ciudad un hospital y diferentes escuelas, habia otras tres nobles damas que se entregaban al mismo acto de caridad en Montreal: tales eran la señora de Bullion, la señorita de Manso y Margarita Bourgeois. La ciudad de Quebec, la isla Real y la de Orleans, vieron tambien levantarse en su seno establecimientos religiosos, debidos al ardiente celo y noble desprendimiento de aquellas santas mugeres. Al verse los sulpicianos dueños de la isla de Montreal en el año 1663, hicieron cultivar las tierras, establecieron parroquias y edificaron bastantes iglesias; dos de sus sacerdotes, los SS Le Maitre y Vignat, fueron en el año 1671 víctimas de su celo por la conversion de los salvajes. A fin de hacer mas estable el título de jefe espiritual de la colonia, el Papa, á peticion del rey, erigió la ciudad de Quebec en obispado el año 1670; Francisco de Laval, que fué nombrado su primer obispo, no obtuvo sus bulas hasta cuatro años despues de su eleccion. Formó el prelado un nuevo seminario, y estableció en la costa de Beaupré un edificio ó casa en el que se enseñaban las artes y oficios á los jóvenes del campo, á fin de procurar obreros á la colonia. Rendido de fatiga, y minada la existencia del prelado por las contradicciones y obstáculos que tuvo que vencer en el ejercicio de su ministerio, vióse obligado á renunciar su silla el año 1668, sucediéndole Juan Bautista La Croix de Chevrieres. A su regreso á Francia, publicó Chevrieres una *Memoria* sobre la situacion de la colonia, y recibió la consagracion episcopal en Paris el dia 25 de enero del año 1688, de manos de su mismo predecesor; luego partieron ambos prelados juntos para Quebec, donde queria

el Ilmo. Laval terminar sus dias. En el mes de noviembre del año 1701, devoró un incendio el seminario de Quebec; su primer obispo, el citado Laval, murió el dia 6 de marzo del año 1708. Llamado á Francia por los intereses de la colonia, cuando volvia á ella el Ilmo. Chevrieres con fondos y socorros de toda especie, fué capturado el 14 de julio del año 1704 por los ingleses, que le tuvieron prisionero hasta la conclusion de la guerra, sin duda porque se proponian ya apoderarse del Canadá.

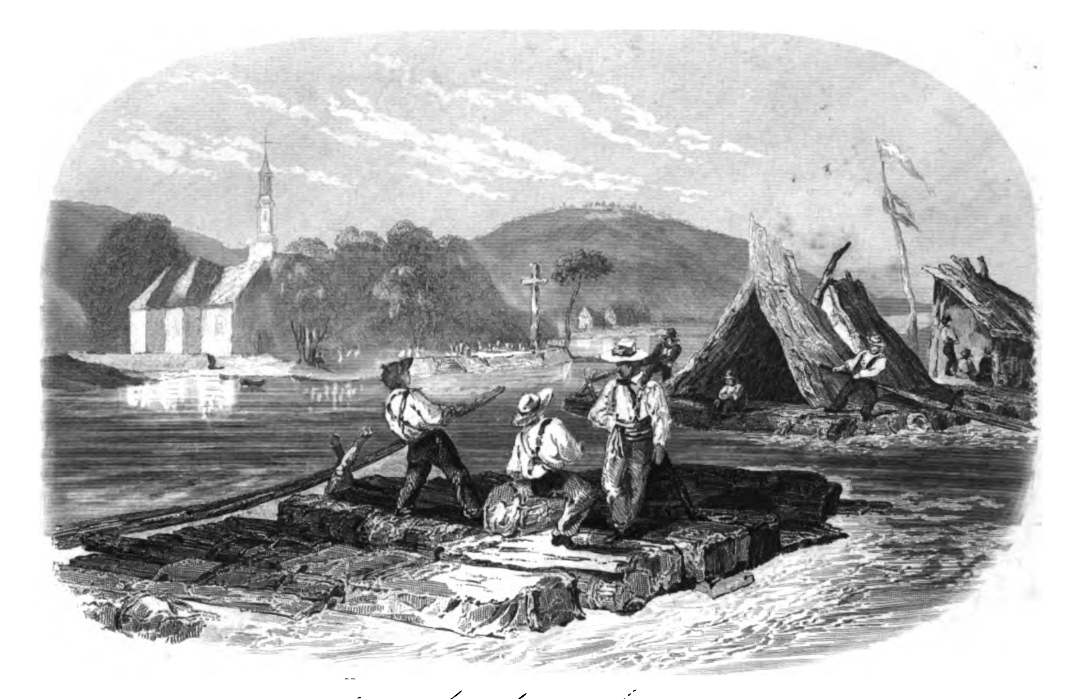
Entre tanto, procuraban los misioneros estender en lo posible los dominios de la Iglesia, y ofrecer cada vez mas vasto campo á la geografía con sus descubrimientos. Aunque los iroqueses no pareciesen estar muy dispuestos á abrazar el cristianismo, no dejaron de obrarse en su pais bastantes conversiones; los añiés, que eran los mas feroces de entre ellos, y los únicos que hasta entonces habian dado muerte á los misioneros, fueron los que se mostraron despues mas sumisos, formando en breve una iglesia, cuyos fervientes neófitos fundaron despues las misiones de San Luis y la Montaña, tan fecundas en santos. La tribu de los añiés fué la que procuró tambien á la Nueva-Francia, en la persona de Catalina Tengahkouita, la Genoveva de la América septentrional. Los hurones, tan vejados por los iroqueses, fueron agregados á la tribu de Loreto, mas floreciente por su fervor que por el número de sus habitantes. El jesuita Cárlos Albanel y Mr. de Saint-Simon, á los que encargó el gobernador de Nueva-Francia en el año 1671, dirigirse por tierra á la bahia de Hudson, descubrieron toda la parte norte del Saguenay, y particularmente los lagos de San Juan y Mistasinos; y, penetrando luego hasta el sud de la bahia de Hudson, tomaron posesion de ella en nombre de la Francia. En el año 1673, el jesuita Pedro Marquette y Mr. Joliet, habitante de Quebec, fueron enviados á descubrir el Mississipi, en el que penetraron por el rio Ouisconsing, uno de sus tributarios, procedente del Canadá; descendieron por él hasta Illinois, y luego hasta Akansas, volviendo luego á subir por el rio hasta el lago Michigan. Roberto Cavalier de La Salle, natural de Ruan, continuó en la descubierta del Mississipi, desde su orígen hasta el mar, y envió al recoleto Hennepin y á Dacan, natural del Canadá, para que subiesen hasta el orígen de aquel rio; pero los dos viajeros fueron detenidos al grado 46.° por una gran cascada que forma el rio en toda su latitud, á la que dieron el nombre de cascada de San Antonio de Padua. Por su parte de La Salle, descendió por el Mississipi hasta su embocadura: los paises que reconoció á lo largo del rio, recibieron de él el nombre de Luisiania. Como el jesuita Marquette habia sido muy bien recibido por los habitantes del Illinois, intentaba ir á establecerse entre ellos, pero no pudo verificarlo por haber muerto luego de haber tomado aquella resolucion. El P. Allouez, fué el que se encargó entonces de saber si estaban aquellos pueblos realmente dispuestos á recibir el Evangelio; sin embargo, fué el P. Gravier el fundador de la mision de los Illinois, el que reunió en poco tiempo un numeroso rebaño y el que vió entre aquellos salvajes, tan temidos poco antes por la corrupcion de sus costumbres, raros ejemplos de virtud que solo habian podido admirarse en la época que mas florecieron las misiones del Canadá. Otros varios jesuitas se dirigieron al propio tiempo á la Luisiania, pero como encontrasen ya en ella á algunos sacerdotes del seminario de las Misiones Estrangeras, recibieron de sus superiores aquellos religiosos la órden de retirarse. Carecieron por mucho tiempo los colonos establecidos en los diferentes puntos de la Luisiania, de los socorros espirituales de que tanto necesitaban, merced al abandono tan culpable como perjudicial á la religion y á la política, en que se dejó á aquellos nuevos establecimientos. Solo cuando el P. de Charlevoix fué encargado de recorrer en el año 1720 las posesiones francesas de América, para procurar á la metrópoli los informes que deseaba, á fin de poder aumentar su prosperidad, se

tuvo noticia del abandono en que habia quedado la Luisiania sobre un punto tan útil é indispensable. En su virtud, fueron destinados los capuchinos á las nuevas colonias francesas que carecian de los ausilios espirituales tanto tiempo hacia; encargándoseles además, que no descuidasen de modo alguno á los pobres salvajes. «La salvacion de aquellos pueblos, dice Charlevoix, fué siempre el objeto principal que se propusieron nuestros reyes, do quiera que estableciesen su dominacion en el Nuevo-Mundo; y no es estraño si se atiende á que la esperiencia habia demostrado en los dos siglos trascurridos, que el medio mas seguro para atraerse á los naturales en aquel pais, era el de darles á conocer la religion de Jesucristo. La caridad y la dulzura de los misioneros, eran, á no dudarlo, las armas mas poderosas que podian emplearse para asegurar la conquista que acababa de hacerse en aquellas regiones. El ejemplo de los Illinois, que desde el año 1717 se habian agregado al gobierno de la Luisiania, bastaba á demostrar lo importante que era el no dejar por mas tiempo á los otros pueblos sin misioneros. Así lo comprendió la Compañía de Indias, puesto que desde el año 1725 se dirigió á los jesuitas, muchos de los cuales se ofrecieron desde luego á ir á evangelizar aquella nueva mision; pero como sus superiores no pudieron conceder á todos el permiso para consagrarse á ella, en razon á ser muchos los puntos á que se debia atender, solo fueron enviados los religiosos mas precisos. De ahí el que los Natchez, que era de los pueblos de la Luisiania el que mas dispuesto estaba á abrazar el cristianismo, se viese privado del ausilio de los misioneros. Entonces fué cuando se procuró tambien educar á las jóvenes francesas de la capital (Nueva Orleans) y de sus alrededores, enviando al efecto religiosas ursulinas, que atendieran al propio tiempo al cuidado de los hospitales, á fin de que no tuviesen que multiplicarse los establecimientos en una colonia naciente.»

Sin el antagonismo de Inglaterra y Francia, habrian llegado las misiones del Canadá y la Luisiania á su mayor desenvolvimiento; pero la envidia de los ingleses, que no cesó de procurar en lo posible la ruina de la colonia, y de escitar contra la Francia el ódio de los indígenas, decidió á los iroqueses á conservar la independencia de sus cinco cantones en medio de las dos potencias rivales. Cuando en el tratado de Utrech, Luis XIV hubo cedido á la reina de Inglaterra la bahia de Hudson, la isla de Terra-Nova y la Acadia, los ingleses, por una falsa y maliciosa interpretacion dada á la palabra Acadia, pretendieron haber adquirido derechos sobre todo el pueblo abnakisa. Como habian podido esperimentar con frecuencia su valor, no intentaban sojuzgarle por medio de la fuerza, sino hacerle renunciar á la fé y ver si por el protestantismo podian hacerle entrar bajo su dominacion. Así pues, enviaron al mas astuto de sus ministros de Boston á la entrada del Kinibequi; pero el P. Sebastian Rasles, que dirigia aquella comunion cristiana, supo de tal modo dejar sin efecto las intrigas del ministro anglicano, que convencidos los ingleses de que era el misionero un obstáculo insuperable para la invasion de la Acadia, dotaron su cabeza, no parando hasta hacerle salir de su tribu en el mes de enero de 1722. Como pastor verdadero, ni un solo momento se separó el P. Rasles de su rebaño, llevándosele al fondo de los bosques, por librarse de la persecucion de sus encarnizados enemigos. Las violencias que por do quiera ejercieron los ingleses encendieron la guerra entre ellos y el pueblo abnakisa, siendo Nanrantsuak el centro de las operaciones; sus habitantes querian inducir al P. Rasles á que se retirára á Quebec durante los tristes acontecimientos de que iba á ser teatro aquel pais; pero el religioso les contestó que ni un solo instante se separaria del lado de sus hijos en la fé, mientras se viesen espuestos al menor peligro. Por proteger mejor la fuga de sus queridos neófitos, presentóse á la vista de los invasores, á fin de llamar su atencion; los ingleses al verle lanzaron un grito, seguido de una descarga que derribó sin vida al misionero

junto á la cruz que plantára en el centro del pueblo de Nanrantsuak. Así pereció el dia 24 de agosto del año 1724, aquel pastor caritativo, que despues de treinta y tres años de apostolado, dió gustoso la vida por sus ovejas. Cuando los abnakis regresaron á sus hogares, encontraron mutilado el cuerpo del mártir; y sin embargo no eran infieles los que habian cometido aquella doble profanacion, sino hombres que se titulaban cristianos. El P. de La Chasse, superior general de las misiones de la Nueva-Francia, pidió al abad de Bellemont, superior del seminario de Montreal, que se hiciesen en su iglesia los sufragios por el alma del P. Rasles; pero el venerable anciano le contestó con estas palabras de San Agustin: «Orar por un mártir es injuriarle.»

Si no fué la Luisiania el sepulcro de los franceses, no dejó de ser porque los ingleses no lo procurasen; puesto que, insiguiendo sus instrucciones, casi todos los pueblos á la vez debian sacrificar en un mismo dia á las víctimas que les habian sido designadas; pero los natchez se anticiparon, y evitó su precipitacion la general matanza. El P. Du Poisson, jesuita, que se dirigia desde Akansas á Nueva-Orleans, se detuvo entre los natchez para reemplazar al capuchino que hacia las veces de cura; y como se encontrase allí el dia fatal, ó sea el 28 de noviembre de 1729, fué decapitado por un jefe de los bárbaros. Tambien el jesuita Souel fué asesinado por los yasus, sufriendo igual suerte todos los franceses residentes en aquella tribu el mismo dia 11 de diciembre del citado año. El jesuita Doutreleau, que estaba celebrando el santo sacrificio en las orillas del Yasus el dia 1.º de enero de 1730, fué herido por los indígenas en el brazo derecho; y habiéndose arrodillado para recibir el golpe mortal, le dispararon los salvages varios tiros, sin que ninguno volviese á herirle. Confiado entonces el misionero en la Providencia que le protegiá de un modo tan visible, tomó el cáliz y la patena, y revestido con todos los ornamentos sacerdotales, alcanzó á nado su piragua, y continuó alejándose de la orilla dirigiendo él mismo su embarcacion, á pesar de una nueva herida que acababa de recibir en la boca. No hubo esceso ni profanacion que no cometiesen los yasus y los natchez, desde el primer dia que se entregaron al asesinato y al pillaje; muchos fueron los franceses víctimas de su furor; en la sangrienta guerra á que dieron orígen tantos escesos, se oyó gritar á los salvages varias veces: «Los ingleses son los que nos han pervertido.» Muchas fueron las ocasiones que procuró aquella guerra á los jesuitas para manifestar su abnegacion; prefirió el P. Senat esponerse constantemente al peligro de ser cojido y quemado por los chicachas, á dejar de asistir hasta su postrer suspiro á los heridos que no podian seguir el movimiento de retirada, emprendido por toda la tribu. Por desgracia no tardó en presentarse al misionero la ocasion de sellar con su sangre las eternas verdades que enseñaba: habiendo sido cogido con los heridos, objeto de su tierna solicitud, fué condenado con ellos á morir en las llamas; sabiendo infundir antes á los compañeros de su suplicio la resignacion y el aliento necesarios para morir como dignos defensores de la religion y de la Francia. La casi total destruccion de los natchez, fué en último resultado el castigo terrible con que espió aquel pueblo feroz el crímen de haber asesinado á los franceses. Las tribus de la Luisiania, entregadas á sí mismas y libres de las sujestiones de la envidia inglesa, habrian aceptado fácilmente la civilizacion y el cristianismo que los capuchinos, los sacerdotes de la Congregacion de las Misiones Estrangeras y los jesuitas iban á ofrecerles; sobre todo los panismahas, segun el jesuita Vivier, estaban enteramente dispuestos á recibir la luz del Evangelio. Uno de los sacerdotes de las Misiones Estrangeras, escribia en cierta ocasion á un francés dedicado á hacer su comercio entre los salvages, que procurase bautizar á los niños moribundos. El jefe de la tribu notando aquella carta, «¿Qué hay de nuevo? preguntó al francés que la habia recibido.—Nada, contestó este —¿Por



[illegible]

Lago de' Due-Monti. Lago de los Dos Montes



[illegible]

Cascata del Niagara Cascada del Niagara

N Remond imp.

[1773]

qué no debia ...
el salvaje. — ...
el francés ...
tice á los ni...
les al gran de Esp...
entonces muy ...
cargo de avisarle,
en peligro. ...
le dijo: «Ya ...
negro (nomb...
sin conocern...
... bien posi...
grande Espíritu.
... rte.»

Estaba ya la Fran...
arrebatar el Canadá po...
bargo, no dejó en aqu...
mentar en sus posesiones la ...
te, merced al ardiente celo de ...
quet, doctor de Sorbona, y uno ...
distinguidos miembros de la ...
Sulpicio. Dirigió Pi...
misiones francesas ...
nal, donde debia ...
despues de haber ...
en Montreal con los ...
juzgado digno de acom...
sas y difíciles empresas. ...
tiempo una mision junto al ...
Montes (Pl. CXVII, n.° ...
Montreal, donde fué Piquet á ...
por estar mas cerca de los al...
singos y demas salvages del norte ...
dian por el caudaloso rio Michi...
el lago Huron. Su primer cuidado, ...
par algunas casas en las que reunió ...
errantes de los algonquinos y nipisingos, y
levantar un Calvario, que era el mas bello mo-
... la religion en el Canadá. Durante
... 1742 á 1748, logró Piquet por
... la colonia, merced al acierto
... sus negocia... sus em-
presas militares; cuando se restable...
en el año 1748, formó una mision junto al ...
Ontario, para interceptar el paso al enemigo,
logrando de tal modo su objeto, que no po-

... tienen sus adornes, pero
... menos notables por sus belle-
... Hay otras á un cuarto de hora
... aunque no son tan ...

ele...
mas, ...
gara, ...
en ...





qué no debemos saber lo que ocurre? repuso el salvaje. — El jefe negro me escribe, le dijo el francés entonces, encargándome que bautice á los niños moribundos, á fin de enviarles al grande Espíritu. » El jefe salvage le dijo entonces muy satisfecho: « Yo mismo me encargo de avisarte, siempre que haya algun niño en peligro. » Luego reunió el jefe su tribu y le dijo: « Ya veis cuan bueno debe ser ese jefe negro (nombre que dan al misionero) cuando sin conocernos siquiera procura hacernos todo el bien posible, y enviar nuestros hijos al grande Espíritu, al verles en peligro de muerte. »

Estaba ya la Francia en vísperas de verse arrebatar el Canadá por la Inglaterra; sin embargo, no dejó en aquella última época de fomentar en sus posesiones la civilizacion y la fé, merced al ardiente celo de Francisco Picquet, doctor de Sorbona, y uno de los mas distinguidos miembros de la Sociedad de San Sulpicio. Dirigióse Picquet el año 1733 á las misiones francesas de la América septentrional, donde debia permanecer treinta años; y, despues de haber trabajado por mucho tiempo en Montreal con los demás misioneros, fué juzgado digno de acometer por sí solo gloriosas y difíciles empresas. Habia habido en otro tiempo una mision junto al lago de los Dos Montes (Pl. CXVII, n.° 1) al norte de Montreal, donde fué Picquet á establecerse, por estar mas cerca de los algonquinos, nipisingos y demás salvages del norte que descendian por el caudaloso rio Michillimakinac hasta el lago Huron. Su primer cuidado, fué agrupar algunas casas en las que reunió dos tribus errantes de los algonquinos y nipisingos, y levantar un Calvario, que era el mas bello monumento de la religion en el Canadá. Durante la guerra de 1742 á 1748, logró Picquet por dos veces salvar la colonia, merced al acierto con que dirigió sus negociaciones y sus empresas militares; cuando se restableció la paz en el año 1748, formó una mision junto al lago Ontario, para interceptar el paso al enemigo, logrando de tal modo su objeto, que no podian los ingleses y salvages del alto Canadá, descender por la parte del sud, sin verse hostilizados por la artillería del fuerte. » Queriendo el obispo de Quebec informarse por sí mismo de si eran ó no ciertas las maravillas que se referian acerca de la nueva mision fundada por Picquet, se dirigió á ella el año 1749, y en la que permaneció diez dias, examinando á los catecúmenos, y bautizando ciento treinta y dos de ellos. A los dos años, hizo Picquet un viage al objeto de atraer nuevas familias salvages á la Presentacion, y durante el que descubrió la famosa cascada del Niágara (Pl. CXVII, n.° 2), por medio de la cual van á desaguar los cuatro grandes lagos del Canadá en el lago Ontario. Es aquella cascada verdaderamente admirable tanto por su altura como por la gran abundancia de agua que arroja, por la diversidad de sus brazos, que son en número de seis, divididos por una pequeña isla, habiendo tres de ellos al norte y tres al sud: forman todos entre sí una simetría singular y son de un efecto asombroso. Una de las cascadas de la parte del sud, medida por el religioso, tenia ciento cuarenta piés de altura. Luego visitó tambien las cascadas del rio Gascuchagu; las primeras que se ofrecen á la vista al subir por el rio, se parecen mucho á la gran cascada de Saint-Cloud, si bien no son del todo tan altas ni tienen sus adornos, pero no dejan de ser menos notables por sus bellezas naturales. Hay otras á un cuarto de hora de distancia, que aunque no son tan sorprendentes por su altura, forman, particularmente la última de ellas, vistosos juegos de agua y una cortina inmensa de verdor del mas bello efecto. Reunidas el agua y altura de estas últimas, serian mucho mayores que las del Niágara, única maravilla de esta clase que existe en el mundo.

Cuando en el año 1753 se dirigió Picquet á Francia, á fin de procurarse socorros para su colonia, se llevó tres salvages, para escitar mas el interés en favor de sus establecimientos, y que estaban al propio tiempo como en rehenes para contener á la nueva mision du-

rante su ausencia. En el mes de abril de 1754 regresó á la Presentacion, acompañado de otros dos misioneros; en la guerra que se declaró aquel mismo año, prestaron los salvages que habia civilizado señalados servicios. La seguridad que les dió Picquet de que serian vencedores, escitó tan vivamente su ardor, que pelearon todos ellos con el mayor denuedo; hasta en lo mas empeñado de la lucha, creian ser el misionero el que les dirigia, costándole mucho el desvanecer en ellos esta supersticion. Cuanto mas críticas eran las circunstancias, mas activo y útil era tambien el celo del misionero; hé aquí porque decia Du Quesne, que hacia el misionero solo mas que diez mil soldados; y el marqués de Montcalm le llamaba, «mi querido y respetable patriarca de cinco naciones.» Hasta los mismos ingleses contribuyeron á perpetuar su gloria y el recuerdo de sus señalados servicios: «El *Jesuita del Oeste*, decia uno de sus periódicos, nos ha hecho perder todas nuestras posesiones, haciéndolas pasar al dominio de la Francia.» Cuantas veces estaba Picquet al frente del ejército, no se atrevian los ingleses á empeñar batalla alguna, por temer á los salvages aguerridos que no se apartaban nunca de su lado. Pero la batalla dada el 13 de setiembre del año 1759, en la que fué muerto el marqués de Montcalm, fué causa de la toma de Quebec y de la pérdida de todo el Canadá; por no caer entonces Picquet en poder de los ingleses, que habian dotado su cabeza, se retiró el 8 de mayo de 1670, dirigiéndose á La Luisiania y á Nueva-Orleans, donde permaneció veinte y dos meses. Cuando el general Amherst, al tomar posesion del Canadá, supo que el jesuita habia partido para Francia, dijo: «Lo siento, porque si ese religioso hubiese llegado á abrazar el partido del rey de Inglaterra, le habria sido tan fiel como ha demostrado serlo al rey de Francia.» Tambien La Lande habla de aquel grande hombre en estos términos: «Era Picquet, á pesar de la austeridad de sus costumbres, un hombre sumamente amable y simpático; era á la vez teólogo, orador y poeta; y sobre todo, niño con los niños y héroe con los héroes; sabia atraerse todos los corazones con su dulzura, su talento y su celo. Por esto he creido deber dar á conocer un compatriota y un amigo, digno de ser imitado por todos cuantos se sienten animados del amor á la religion y á la patria.» Despues de haber permanecido algun tiempo en Paris y Bresse, visitó la capital del orbe católico, donde se le recibió con toda la consideracion debida á un gran misionero. Murió Picquet en Verjon el dia 14 de julio del año 1781.

CAPITULO XXXVII.

Misiones de los dominicos, jesuitas, capuchinos y carmelitas en las Antillas francesas.

«Los españoles que fueron los primeros que emprendieron la conquista de las Indias Occidentales, dice Urbano Cerri (1), pasaron entre las islas que están cerca de la costa de América, y las llamaron *Islas Antillas* (Ante-islas), nombre que todavía hoy dia conservan, y tambien el de Caribes por ser el de una nacion bárbara que las habitaba. Los españoles tomaron posesion de estas islas, pero no juzgándolas dignas de detenerse en su suelo, contentáronse con proveerse en ellas de agua y algunos frutos para proseguir su gran designio, que era el de hacerse dueños del continente. Un gentil hombre francés, llamado Enambuc, buscando fortuna por mar en el año 1625, fué arrojado casualmente á una de esas islas llamada hoy San Cristóbal, donde empezó á establecerse.» Interesóse el cardenal Richelieu en aquella empresa, y habiéndose formado una compañía en 21 de octubre del año 1626, escribe al dominico Du Tertre, «para hacer habitar y poblar las islas de San Cristóbal, la Barbada y otras.... que no lo estuviesen por algunos príncipes cristianos; y esto tanto para hacer instruir á los habitantes de dichas islas en la religion católica, apostólica y romana, como

(1) *Estado presente de la Iglesia Romana en todas las partes del mundo.*



para traficar y comerciar en ellas.... (1) Los directores de la compañía viéndo constantemente la suma dificultad que habia de encontrar sacerdotes asalariados para el consuelo espiritual y edificacion de los habitantes de la colonia, se vieron en la precision de aceptar los primeros clérigos que se presentasen.... Pero aun así eran tan raros, que ya no se cuidaban de examinar si reunian las cualidades necesarias para el desempeño de tan digno cargo. Por último se convencieron que para cortar la raiz de aquel mal, era absolutamente indispensable echar mano de los religiosos, como de las personas mas dignas y capaces de desempeñar aquel importante cometido, y al efecto rogó la compañía al R. P. Provincial de los capuchinos de Normandía que le concediese algunos de sus religiosos para enviarles á la isla de San Cristóbal. Afortunadamente la suerte designó á los RR. PP. Gerónimo, Márcos, Pacífico y algunos otros.... Aquellos buenos obreros de la viña del Señor, trabajaron en ella con mucho celo, obteniendo muy lisonjeros resultados con sus fervientes predicaciones y su vida ejemplar, cabiéndoles la gloria de haber sido los primeros que predicaron el Evangelio en la citada isla, porque los sacerdotes que hacian las veces de curas antes de su llegada, se contentaban con decir misa y asistir á los enfermos. Construyeron un pequeño convento, cerca de la gran montaña, á estilo del pais, con troncos y hojas de palmera, y otro cerca de la morada de Enambuc, donde se consagraron al servicio de Dios hasta su salida, siempre como verdaderos apóstoles.»

(1) Si bien por derecho de toma de posesion y ocupacion temporal, eran los españoles dueños y señores de aquellas islas, la empresa de colonizarlas y evangelizarlas desde luego era superior á sus fuerzas, máxime llevando la idea de proseguir sus conquistas y descubrimientos en el continente americano, como así lo verificaron abriendo al viejo mundo, un nuevo mundo. De aquellas circunstancias se aprovecharon los estrangeros, para introducirse y ocupar algunas islas y territorios en Tierra Firme, que luego conservaron con varios pretestos, en perjuicio de la España. Afortunadamente las Antillas, mal llamadas francesas, recibieron los consuelos de la verdadera religion, lo que no sucedió en otras posesiones españolas usurpadas por estrangeros protestantes. (Nota del Trad.)

En el año 1635 la Compañía se ocupó en colonizar las islas de la Dominica, Martinica y Guadalupe, á las cuales fueron destinados los dominicos. El proyecto de fundar en Paris un noviciado general, concertado entre el P. Rodolfo, el cardenal de Richelieu y el P. Juan Bautista Carré, habiéndose llevado á cabo en el año 1632, fué nombrado el P. Carré primer superior de aquel establecimiento, con entera independencia del provincial, y sujeto á la obediencia inmediata del jefe de la órden de Santo Domingo. Richelieu, cuya laudable emulacion, se cifraba en estender la predicacion del Evangelio junto con la gloria de la monarquía francesa, sacó de aquel noviciado dignos obreros apostólicos. Pidió al P. Carré cierto número de misioneros, capaces de trabajar al propio tiempo en la instruccion de los colonos y en la conversion de los indígenas. El celoso superior se ofreció á acompañar él mismo á todos los religiosos que se considerasen necesarios para aquella mision. Aplaudió el cardenal su celo; pero juzgando que su presencia era mas útil en Paris, rogóle que permaneciera en aquella capital, limitándose á proporcionar algunos miembros de su comunidad. El P. Carré les reunió todos, comunicóles las intenciones del ministro, y tuvo la satisfaccion de verles unánimemente resueltos á atravesar los mares para ir á trabajar la viña del Señor en un suelo estrangero. Al principio únicamente eligió á cuatro, á saber: Pedro Pelican, doctor en la Sorbona, Raymundo Breton, Nicolás Brechet y Pedro Grifon. El cardenal les obtuvo un breve fechado en 12 de julio del año 1635, por el cual Urbano VIII, les conferia el cuidado de las colonias formadas en nombre y bajo la proteccion del rey Cristianísimo, y les nombraba directores espirituales tanto de los franceses habitantes en Guadalupe, como de los indígenas que se convirtieran. Como el breve apostólico, dice Du Tertre, en su *Historia general de las Antillas*, era una derogacion tácita de la Bula de Alejandro VI, fechada en 12 de mayo del año 1493, por la cual el Soberano Pontífice concedia á los reyes Cató-

licos, Fernando é Isabel y á sus sucesores, la propiedad de la Tierra Firme é islas de la América descubiertas y por descubrir, con prohibicion absoluta, bajo pena de excomunion, á toda clase de personas, cualquiera que fuese su categoría y condicion, aun cuando fuesen reyes ó emperadores, de establecerse en dichos sitios ó comerciar en ellos, sin permiso de los reyes Católicos, el cardenal conservó el original del breve, como un título que levantaba la prohibicion y censuras marcadas en la Bula de Alejandro VI y se limitó á enviar una copia de ella á los religiosos.» Estos habian tocado el 25 de junio en la Martinica, habitada entonces únicamente por salvajes, y el P. Pelican plantó en su costa la cruz, y enseguida se reembarcaron dirigiéndose á la isla de Guadalupe donde llegaron el 28. Tambien plantaron la cruz en ella al dia siguiente de su llegada, y una capilla de cañas sostenida por algunas estacas, cubrió el altar en el que se celebraron los santos misterios.

Entre tanto Enambuc procuró colonizar la Martinica, de cuya isla fué nombrado gobernador su sobrino Parquet. «Nada faltaba ya para la perfeccion de aquel nuevo establecimiento, dice el dominico Du Tertre, sino algunos religiosos que instruyesen aquellos pueblos en las prácticas cristianas, les administrasen los sacramentos y les predicasen la palabra de Dios. Aquel fué el primer cuidado del gobernador, quien escribió á los directores de la Compañía, pidiéndoles algunos religiosos de nuestra órden ó algunos PP. capuchinos; pero el ministro Fouquet, que era muy amigo de los PP. jesuitas, hizo de modo que los citados directores tratasen con ellos. Los PP. Bouton y Empteau y un hermano coadjutor fueron los primeros enviados para trabajar en aquella viña del Señor, habiendo llegado á la Martinica á principios del año 1640, dia del viernes santo. Como el gobernador no los habia pedido, se mostró en un principio muy poco dispuesto á recibirles, y hasta los mismos habitantes manifestaron tambien alguna repugnancia; pero como el P. Bouton era un hombre de mérito y escelente predicador, logró cautivarles con sus sermones, haciéndoles cambiar de modo de pensar, por manera, que algunas semanas despues, el gobernador dispuso que se aplanase el terreno que les fué destinado para habitacion.»

En aquel mismo año el P. Carré envió á Guadalupe seis dominicos, á saber: los PP. Nicolás de La-Mare, Juan de San Pablo, Juan Bautista Du Tertre, autor de una *Historia general de las Antillas* francesas, y tres hermanos legos. «A nuestra llegada, dice el mencionado autor, encontramos al P. Raimundo Breton, quien hacia dos años y medio que soportaba todo el peso de aquella mision trabajando infatigablemente él solo para el bien espiritual de la colonia ... Tiempo era ya de asistirle; porque estaba reducido á una miseria tan grande, que solo poseia un mal hábito de lienzo.... Nos recibió como unos ángeles bajados del cielo, y despues de habernos acompañado á una capilla de Nuestra Señora del Rosario, mandó á buscar un pan de cazabe (1) para darnos de comer, porque no tenia mas que un pedazo en su habitacion. Quedamos mas satisfechos al ver aquella pobreza, que si hubiésemos encontrado todas las minas de oro de las Indias, porque no habia ninguno de nosotros que no ambicionase sufrir alguna privacion por la gloria de Jesucristo socorriendo á sus criaturas. El P. de La-Mare, despues de haberse informado de la disposicion de los naturales, nos distribuyó á cada uno una parte de aquella viña del Señor para trabajar en ella.» El dia 17 de enero del año 1641, La-Mare envió al P. Raimundo Breton con el hermano Cárlos Pouzet á la Dominica; pero no tardaron en regresar, sabedores de la enfermedad de su superior, quien murió el dia 1.° de marzo del año 1642. En 1648 el P. Matías Dupuy fué á plantar la cruz en las pequeñas islas de los Santos; pero á su regreso sucumbió al influjo de la peste, lo propio que los PP. Armando de la Paz y Juan de San Pablo, en el ejerci-

(1) El cazabe ó pan de cazabe, se forma de harina grosera hecha con la raiz de la yuca. (Nota del Trad.)

cio del ministerio apostólico. Indispensable era un refuerzo de misioneros, por lo que el general Tomás Turcus escribió desde Roma algunas cartas circulares á los provinciales de Francia, recomendándoles que enviasen nuevos misioneros á las Antillas, especialmente á la Guadalupe. El mismo envió al P. Coliard, ex-provincial de la provincia Occitana, en clase de visitador de todas las misiones dominicanas en aquellas regiones del Nuevo-Mundo. Hizo partir para el mismo pais á los PP. Felipe de Beaumont, Jacinto Guibert y Fr. Vicente Giraut que debian ausiliar en sus trabajos apostólicos á los dominicos que les habian precedido. Coliard dispuso que el P. Raimundo Breton, pasase á la Dominica, donde este religioso queria trabajar en la conversion de los salvajes; y habiendo terminado su visita, volvió á embarcarse para Europa, pero pereció con Fr. Cárlos Poncet, en las costas de Inglaterra.

La ambicion y la sed de oro, fueron causa de algunas revueltas en las nacientes colonias francesas de América. Los capuchinos de la isla de San Cristóbal que se pronunciaron por la autoridad del rey y contra un odioso monopolio, fueron presos y despues desterrados de aquella isla, de la que salieron en el año 1646 con el santo sacramento en la mano y cantando el salmo *In exitu Israel de Ægypto*. Despues de su partida, algunos jesuitas procedentes de la Martinica, ocuparon su lugar en San Cristóbal y tambien hicieron ir á algunos carmelitas descalzos de la provincia de Bretaña. Los carmelitas y jesuitas, se establecieron en el año 1645 y 1650 en la Guadalupe. Aunque un religioso carmelita y otros sacerdotes hubiesen visitado de vez en cuando la isla de Santa Cruz para administrar en ella los sacramentos, no puede decirse que se establecieran los misioneros en ella, antes del año 1659, en cuya época el P. Pedro Fontaine, prefecto apostólico de la mision dominicana, envió allí á los PP. Des-Bois y Le-Clerc. Careciendo este último de los vasos sagrados para el servicio divino, pasó á San Juan de Puerto Rico, donde los dominicos españoles tenian un convento con sesenta religiosos, cuya caridad le proporcionó los objetos necesarios para la celebracion del culto. Aquella isla de Santa Cruz y la de San Cristóbal, concedidas á la órden de San Juan de Jerusalen, volvieron á pasar á la Francia despues de haber hecho aquella gastos de suma consideracion.

En la Martinica poseian los dominicos por donacion hecha por la esposa de Parquet, un terreno en el que edificaron en el año 1654 una iglesia, consagrada por el P. Juan de Boloña al apóstol Santiago. Entre los misioneros de su órden que evangelizaron aquella isla, hubo uno harto notable por el renombre que adquirieron su celo y sus virtudes, para que dejemos de mencionarlo. Pedro Paul, que habia nacido en Aix en el año 1642, era hijo tercero de Claudio Paul, abogado del parlamento de Provenza. Consagrándose á la órden de Sto. Domingo, partió de su ciudad natal en julio del año 1658 para ir á vestir el hábito en el real convento de San Maximino. Era ya reputado por sus virtudes, cuando supo la viudedad de su padre, quien abrazó enseguida el estado eclesiástico. Cuando aquel digno ministro cantó su primera misa, en 1663, se vió asistido por tres de sus hijos: el uno, ya sacerdote del Oratorio, llenó las funciones de diácono; el dominico, que contaba entonces ya veinte y un años, las de subdiácono; y el tercero, piadoso anacoreta, hizo las veces de acólito. Pedro Paul á su vez fué ordenado sacerdote en el año 1666. La enseñanza y el gobierno de varias comunidades le ocuparon en un principio, sin impedirle que anunciase con una santa libertad y noble sencillez, la palabra divina en las diócesis de Aix, Marsella, Arlés y Aviñon. Pero Antonio de Monroy le abrió otra puerta para llevar á lo lejos la luz del Evangelio, mandándole en el año 1684 que pasase á las colonias francesas, donde el instituto de Sto. Domingo, hacia cincuenta años que estaba en posesion de enviar misioneros.

La Martinica, Guadalupe y una parte de la isla de Sto. Domingo, se hallaban divididas

en veinte y cuatro parroquias dirigidas por religiosos dominicos. El P. Margat, jesuita, escribia á sus superiores con fecha del 20 de julio del año 1743, á propósito de la mision de los dominicos en Haiti: « Los misioneros franceses empezaron á penetrar en la isla de Sto. Domingo á últimos del pasado siglo. Leogane y todas sus dependencias estaban ya gobernadas por los PP. dominicos, llamados allí como en todas las islas americanas, los *Padres blancos:* esta parte de la mision que les fué confiada, la han conservado hasta nuestros dias. La dependencia del Cabo, en donde los progresos de nuestros compatriotas habian sido mas lentos, no tenia casi nada de fijo para el gobierno espiritual; las pocas parroquias que habia en un principio, estaban servidas por los primeros sacerdotes seculares ó regulares que la casualidad ó las funciones de capellanes de buques conducia á las islas; la mision del Cabo fué confiada despues á los PP. capuchinos y tomó una forma mas regular. » Hemos debido entrar en estos detalles, antes de continuar la biografía del P. Paul.

Habiendo sido destinado á la Martinica, habria residido allí con mayor satisfaccion, si á su cualidad de misionero apostólico, no se hubiese agregado la de superior de la mision en aquella isla. No tardó la colonia en poder apreciar el tesoro que se le habia dado. Señores y esclavos hallaron en el religioso, el consuelo de que tenian necesidad. Ni los calores del pais, ni la distancia de los lugares, ni la dificultad de los caminos, le impedian acudir donde confiaba reportar algun fruto, ya con los enfermos ó afligidos, ya entre los negros á quienes instruia con bondad, enseñándoles á rogar á Dios, á observar sus mandamientos, á obedecer por religion, á servir á sus dueños con fidelidad, á santificar en fin el trabajo con la paciencia. El mismo practicaba de un modo admirable aquella virtud, puesto que no se cansaba de repetir las mismas instrucciones y de proponer cien veces las verdades mas sencillas á unos hombres cuya negligencia ó incapacidad desaparecian cuando se trataba de los intereses materiales, al paso que su penetracion era muy limitada en lo que se referia á los intereses espirituales de la salvacion. Su tierna religiosidad, su amor á la oracion y á la penitencia, su perfecto desinterés, eran tan conocidos como su angélica paciencia. Tal era su reputacion en toda la estension de la isla de la Martinica, que no se le daba otro nombre que el del santo misionero. No obstante, hubo algunos hombres carnales á quienes se hizo odioso el siervo de Dios por el celo que habria debido hacerle querer mas y mas. Uno de los primeros magistrados de la colonia ofrecia ejemplos muy poco dignos de ser imitados. El P. Paul apuró todos los medios que le sujerió su dulzura y caridad para conducirle por el buen camino; pero despues de haber procedido con todos los miramientos que aconsejaba la prudencia, no tuvo reparo, por la gloria de Dios y la edificacion de los fieles, en oponerse á que prosiguiera por mas tiempo el público escándalo. El culpable en vez de humillarse, no pensó mas que en vengarse, y para ello escojió á una infeliz mendiga. Instruyóla sobre lo que debia decir para inculpar al ministro de Jesucristo, exigióle el secreto, y aseguróle que nada debia temer. Luego habiendo convocado á una numerosa asamblea, hizo comparecer al P. Paul y presentándole la muger le hizo formular la queja, es decir, repetir la leccion que le habia enseñado, y la repitió sin que nadie la interrumpiera, porque el ministro del Señor, imitó en aquella ocasion el silencio de su divino Maestro. Todos los asistentes sabian el valor que podian tener las palabras de la acusadora, siendo tal vez aquella culpable muger la única que dejase de conocer todo el ridículo de aquella farsa, que terminó con una severa amonestacion dirigida al P. Paul. El religioso, sin desmerecer nunca de su dignidad, se limitó á contestar al retirarse: « Os aseguro, señor, que si Dios me dejase de su mano, seria capaz de los mayores crímenes; pero por su misericordia, soy inocente del que se me imputa. » Aquella reserva, haciendo todavía mas respetable el

misionero á la colonia, hizo caer sobre el culpable toda la confusion con que se habia querido cubrir al P. Paul. Despues de haber atacado al superior de la mision, intentó ultrajar á otros dos religiosos haciendo correr rumores injuriosos respecto de su persona y ministerio; pero el P. Paul, que habia olvidado su propia justificacion, no se mostró indiferente al tratarse de la reputacion de sus hermanos, de quienes tomó á pecho la defensa é hizo justificarla plenamente por medio de un acto público en el mes de setiembre del año 1685. Habiendo sabido que el autor de aquellas vejaciones, temeroso de que se le acriminase en Francia su conducta, se habia anticipado á esponer los hechos á su modo, el siervo de Dios escribió al prior del noviciado general de Paris; pero no quiso que este se quejase al marqués de Seignelay, ministro de las colonias, sino en el caso de que el culpable, que ni siquiera nombró, tomase la iniciativa. Un proceder tan cristiano y el deber que se habia impuesto de no hablar jamás de sus perseguidores, acabaron por ganarle el aprecio de todos los hombres honrados. Su ministerio fué de suma utilidad á una multitud de personas que arrancó del vicio ó cuyas enemistades hizo cesar, y cuando los superiores volvieron á llamarle á Francia, dejó en la Martinica una alta opinion de su santidad.

En el año 1696, este mismo religioso, que habia sido sucesivamente prior de los conventos de San Maximino y de Montauban, pero que á la primera manifestacion de la voluntad de su general, habia cruzado por segunda vez los mares, ejercia el apostolado en la isla de Sto. Domingo (Haiti) con el doble título de prefecto apostólico y de vicario general de la Congregacion dominicana del Sto. nombre de Jesus. En el desempeño de estas funciones, no fué puesta á prueba su virtud, como lo habia sido en la Martinica; por el contrario, apenas hubo llegado, grangeóse el aprecio del gobernador Ducasse, marino tan distinguido por su religiosidad como por su talento político y militar. Aunque el celo del P. Paul, se hizo estensivo sin distincion á todos los habitantes de la costa, pareció estenderse mas particularmente sobre aquellos cuya conversion menos esperaban los demás misioneros, es decir, los filibusteros (1), especie de corsarios, á quienes la sed de oro y el desarreglo de costumbres, lanzaron á empresas abominables. Durante las prolongadas guerras que la Francia sostuvo contra España, ligada aquella con otras potencias, empleóse algunas veces á aquellos aventureros para dañar al enemigo; pero mirando mas por su interés personal, que por el bien del estado que los empleaba, casi siempre abusaron de la confianza que en mal hora se les concediera. Cuando se les prohibia continuar sus correrías, ó mejor, sus piraterías, jamás se les veia dispuestos á obedecer. Casi siempre en la mar, segun su antojo, eran de un débil recurso para la colonia, que no podian defender en caso de necesidad, cuyo comercio arruinaban por otra parte y le esponian sin cesar á todas las consecuencias de las represalias. Unos hombres entregados de este modo al furor de las pasiones mas brutales; es fácil concebir que no serian muy susceptibles de instruccion. A pesar de esto, el P. Paul no los reputó indignos de sus cuidados y dirigióse á ellos con tanto mas celo, cuanto era mayor la compasion que le inspiraba su miserable estado. Algunos de aquellos piratas descreidos, en quienes quedaba todavía algun sentimiento de religion, escucharon al siervo de Dios; otros, conformándose á escucharle, pusieron alguna confianza en él. Su dulzura y caridad cautivaron á muchos de aquellos hom-

(1) Eran los filibusteros unos aventureros ó mas bien piratas descreidos que robaban cuantó podian en las posesiones españolas del mar de las Antillas y golfo de Méjico. En un principio eran unos simples cazadores y asesinadores de toros silvestres, viviendo del producto de su caza ó comerciando con ella; pero perseguidos por los españoles, cuyos campos é ingenios destruian, viéronse forzados á abandonar la Tierra Firme y eligieron el mar por teatro de sus fechorías. Codiciando las riquezas que los españoles habian alcanzado con su arrojo y perseverancia, su audacia no tenia límites y su desenfreno y maldad eran sin igual. Impotentes y cobardes como malvados, se asociaron para su obra de rapiña y destruccion, estableciendo una especie de cofradías, conocidas bajo el nombre de *Hermanos de la costa*. Perseguidos como fieras no solo por los españoles, sino tambien por todas las gentes honradas, al cabo de algunos años logróse su casi completo esterminio. (Nota del Trad.)

bres perdidos, de modo que hubieran espuesto voluntariamente su vida para defender al que empezaban á llamar su padre y apóstol. Reuníales para rezar juntos, les enseñaba los elementos del cristianismo y trataba de inspirarles el santo temor de Dios. Cuando les vió menos indóciles, trató de persuadirles que abandonasen la vida errante y azarosa que llevaban, y que se dedicasen al ejercicio de alguna profesion honrosa, á fin de poder subsistir con sus familias; pero fueron estériles los esfuerzos de aquel misionero, para alejar á aquellos hombres avezados al pillaje; mas, no por esto les abandonó y confiado siempre en la voluntad divina siguióles á Cartagena de Indias, cuando Pointis, para atacar aquella ciudad, llevóse un cuerpo considerable de filibusteros, y durante la encarnizada lucha que se trabó entre sitiados y sitiadores, el siervo de Dios asistió constantemente á los heridos y moribundos. Mas de una vez, arrastrado por el ardor de su celo, se encontró en medio de una lluvia de balas y metralla al pié de los muros de la ciudad, y cuando ya se le contaba en el número de los muertos, volvia á comparecer cubierto de polvo y de sangre, con su acostumbrada serenidad. Cuando despues de la capitulacion, los sitiadores penetraron en la ciudad, multiplicóse para evitar los robos y profanaciones de las cosas sagradas y conservar el honor amenazado de las mugeres. Es verdad que no pudo impedir, que faltando á las bases de la capitulacion, los filibusteros saquearan las iglesias, pero su presencia disminuyó el número de los crímenes. Despues de haberse hecho á la vela la escuadra, en vano lo buscó Ducasse en su nave; el santo misionero habia acompañado á los enfermos y heridos, á otro buque de que se habian apoderado los ingleses que le condujeron á la Jamaica, en donde la virtud del P. Paul le hizo respetar por los mismos de quienes era prisionero. La paz de Riswick, firmada el 20 de setiembre del año 1697, le procuró la libertad, y valióse de ella para ejercer con nuevo fervor las funciones de su ministerio en Haiti, en donde es fama que el Señor honró su santidad con algunos milagros. Al abandonar la isla á últimos del siglo XVII, dejó en ella un gran número de habitantes bien instruidos en su religion, arreglados en sus costumbres, y dispuestos con su docilidad á secundar los esfuerzos que se hacian para poner en órden la colonia. De regreso á Francia, prolongó el P. Paul su existencia hasta los ochenta y seis años, muriendo en olor de santidad el 20 de julio del año 1727.

En 1722, la mision de la Martinica habia adquirido un nuevo brillo con la presencia de un nuevo apóstol. Guillermo Martel, que habia nacido en Severac, diócesis de Rodez, en el año 1683, mostró desde jóven la vocacion de abrazar la órden de Santo Domingo, y apenas cumplió diez y nueve años vistió el hábito del patriarca en el convento de Tolosa. Luego de haber profesado, sintióse Martel llamado para ir á anunciar la fé á los infieles y para trabajar en la regeneracion espiritual de los pecadores en los remotos paises donde las necesidades eran mayores y mas escasos los ausilios. Desde que el cardenal Richelieu habia enviado á las Antillas ocupadas por los franceses, algunos dominicos procedentes del noviciado general de Paris, la provincia de Tolosa, en particular, no cesaba de proporcionar á aquellas colonias algunos ministros de la palabra y de los sacramentos. Tambien la Martinica y la Dominica debian ser el último teatro de los trabajos apostólicos de Guillermo Martel.

No hablarémos de las misiones que llenó en varias provincias de Francia, sino para consignar que á las funciones de la enseñanza, habia preferido el ejercicio de la predicacion, como mas conforme á sus miras y al ardor del celo que le animaba para la salvacion de las almas. Cuando sus superiores, le ordenaron en setiembre del año 1722 que pasase á la Martinica, desprendido de los lazos de la carne, ni siquiera tuvo la satisfaccion de ir á despedirse de sus padres, de quienes era tiernamente querido. Ya en los primeros dias de

octubre se hallaba en Burdeos, aprovechando la salida del primer buque, que trasformó en una iglesia y en donde vivió como pudiera hacerlo en un monasterio.

La mision de la Martinica tenia por superior á un escelente religioso, que ya habia trabajado en ella con gran fruto, y que la dirigió despues, durante mas de veinte años en calidad de vicario general, título que iba agregado algunas veces al de prefecto apostólico. Regocijóse el sábio superior con la llegada de semejante ausiliar á una colonia, en donde la ignorancia de las verdades de la religion y la corrupcion de las costumbres, eran tan comunes entre las personas libres, como entre los esclavos; y encargó al P. Martel la parroquia llamada la Grande Ance, una de las mas estensas y pobladas de la isla. No tardó el misionero en ganarse la confianza de sus parroquianos: lejos de negarse á satisfacer las necesidades de los mas humildes esclavos, atendia á todas ellas, obligándoles á mostrarse asíduos en las instrucciones y dispuestos á recibir los sacramentos. Recorriendo sin cesar su parroquia, iba á todas las habitaciones á esplicar á los negros de ambos sexos los elementos de la religion, esforzándose en arreglar su conducta, ilustrando al propio tiempo su espíritu. Cuando no podia hablarles, rogaba por ellos, y á sus fervientes oraciones añadia rigurosas penitencias, á fin de que Dios tuviese piedad de aquellos infelices ciegos. Entregado á la oracion y á la penitencia, pasaba la mayor parte de la noche sin cuidarse apenas de dar descanso á su cuerpo postrado por las fatigas del dia. Los gemidos de aquel corazon abrasado en santo celo, movieron al Señor. Esclavos y señores, mejor instruidos en los deberes del cristianismo, empezaron por llenarles; los escándalos fueron menos frecuentes; los groseros vicios desaparecieron; la impudicidad, la embriaguez y la venganza no fueron tan comunes, y, en fin, la frecuencia de los sacramentos, que antes descuidaban, aseguró ó perfeccionó la conversion de los hombres de buena voluntad.

Luego que el superior vió á la parroquia citada bajo aquel pié, trató en 1726, de procurar las mismas ventajas á otra. Hé aquí como el P. Martel, referia su separacion de los primeros feligreses que habian estado á su cuidado, en una carta fechada en 27 de enero del año 1727. « En esta isla, donde la ignorancia es suma, la corrupcion espantosa y el trabajo muchas veces ingrato, el Señor no me ha dejado sin algun consuelo. Despues de las fatigas de tres años consecutivos en mi primera parroquia, por cierto muy estensa, he tenido la satisfaccion de ver á la mayor parte de los habitantes observar debidamente el precepto pascual. Algunos jóvenes solteros comulgaban cada dos ó tres meses, y un número mayor de doncellas se dedicaban á los ejercicios de piedad; dos de ellas se han consagrado á Jesucristo en el claustro, y yo he tenido la satisfaccion de oficiar cuando han tomado el velo. Muchos negros de ambos sexos han abandonado sus antiguos desórdenes, y confiaba lograr un completo cambio en mi parroquia, cuando mis superiores han juzgado á propósito enviarme á la en que me hallo al presente. Jamás he derramado tantas lágrimas como el dia en que me despedí al terminar la misa mayor. Me acompañaron en aquel sentimiento cuantos habia en la iglesia, y no hubo ninguno que no llorase al venir á saludarme cuando partí. »

El Cayo-Bajo, así se llamaba la segunda parroquia, donde el P. Martel llevó todo el peso del trabajo durante cuatro años, ofrecia todavía mayores dificultades que la anterior. Contábanse en ella mas de cuatro mil negros, y el número de blancos era tambien considerable á proporcion. Los vicios que podia hacer nacer la proximidad de unos amos sin pudor y de mugeres todavía mas esclavas de sus pasiones que de sus dueños, habian llegado á los mayores escesos. La mas profunda ignorancia del cristianismo, iba unida á los desórdenes mas horribles. La indiferencia de los blancos, alimentaba aquella ignorancia de los negros, y cuando se manifestaba á los prime-

ros que eran responsables de las almas de los segundos, contestaban friamente: « Solo Dios dispone de los corazones; nosotros no podemos cambiarlos. Aunque lleváramos por fuerza á nuestros esclavos à aprender el catecismo, ¿qué sacarian de oir unas verdades que no están á su alcance, y que aunque prestáran atencion á ellas, ni interesarian su corazon, ni serian capaces de hacerles olvidar sus inclinaciones? » Unos hombres que no querian reprimirse á sí mismos, estaban muy agenos de querer ejercer una presion análoga en sus servidores; y mientras que los negros llenasen la tarea impuesta á su laboriosa actividad, satisfecho el deseo que abrigaban los blancos de amontonar riquezas, poco les importaba todo lo demás. Así es que los esclavos aguardan el descanso del domingo, no para consagrarle como debian á los ejercicios religiosos, sino para entregarse á la satisfaccion de sus brutales pasiones; de modo que hasta entonces habian sido inútiles los esfuerzos de los mejores misioneros que habian intentado sucesivamente la obra de su conversion. Pero el P. Martel, buscando el orijen del mal, fué insinuándose en el ánimo de los principales habitantes, y cuando hubo ganado su afecto, logró convencerles de la estrecha obligacion que tenian de dar mejores ejemplos á los negros, y de poner á estos en la saludable necesidad de recibir las instrucciones de su pastor, en defecto de las que sus dueños, poco cristianos, no les daban ellos mismos, cada uno en su casa. Desde entonces, la iglesia estuvo menos desierta, hubo mas concurrencia á las lecciones del catecismo y la palabra de Dios fué escuchada con mas respeto.

Aunque el infatigable misionero trabajaba sin cesar los domingos y dias festivos, conoció que para comprender y practicar la religion, á tan gran número de hombres, le eran indispensables algunos ausiliares. Esta idea le sujirió la de escribir la siguiente carta á un religioso, antiguo amigo y discípulo suyo: « ¡Ah! si fuese tan afortunado que Dios quisiese servirse de un instrumento tan débil como yo, para haceros misionero, como se sirvió de él para haceros religioso! Si pudiera atraeros á mi lado, cuántos buenos varones imitarian vuestro ejemplo, y cuántas almas conquistariais á Jesucristo con el buen olor de vuestros ejemplos y la uncion de vuestros discursos! Venid, pues, y en cuanto os sea posible, venid, bien acompañado. Llamad, reunid á cuantos buenos obreros podais; no importa el número, porque la obra exige muchos. Aunque un religioso solo se dedicase á enseñar el catecismo en este pais, podria reportar infinitos frutos; y los dias serian muy cortos para enseñar los rudimentos de la religion á los hombres bautizados. ¡Cuántos serian necesarios para oir las confesiones y poner á todo este pueblo en estado de frecuentar los sacramentos!... ¡Cuán sensible es no poder cultivar sino superficialmente un campo, que, bien trabajado, llevaria la abundancia á los graneros del Padre de familia! Y ¿qué diremos de tantos enfermos dispersos en todas las habitaciones? ¡Qué consuelo, qué bendicion para ellos, qué manantial de merecimientos para nosotros, si se pudiese ver á todos una vez al dia, ayudarles á hacer dignos frutos de penitencia y enseñarles á emplear santamente al menos las últimas semanas de una vida perdida en el pecado! ¡Cuántas reconciliaciones podrian lograrse, cuántos pobres socorrerse, cuántos escándalos evitarse, cuántas buenas obras hacerse, cuántas penas soportarse, y, en fin, cuantas coronas merecerse! *Transit hora, transit pœna, non sic merita, non sic gloria.* ¿Creéis que el Padre de las misericordias y el Dios de todo consuelo, deja de dárnosle en nuestros sufrimientos? Estad persuadido, Padre mio, que las cruces de una vida apostólica esconden dulzuras inefables, para los que de veras aman esas cruces tan preciosas á la fé.... Las penas del cuerpo son muy agradables, cuando sirven para sanar las almas. Mi salud no ha esperimentado jamás la menor alteracion desde que me hallo en este pais, y en mi vida he comido menos, ni he tenido mas trabajo. Nada debeis temer, si

Dios os llama á esta mision, etc.» El religioso á quien se dirigia està viva y tierna exhortacion, no fué á reunirse con el P. Marcelo, pero los superiores no negaron al misionero un compañero que trabajaba ya en la colonia.

Dejándole el cuidado de los blancos ó de los amos, el P. Martel se consagró enteramente á la instruccion de los negros esclavos de ambos sexos. No se limitó á catequizar aquella multitud de negros, tan á menudo y por tanto tiempo como podia reunirles, sino que recorrió todas las habitaciones situadas en el estenso ámbito de su parroquia, y obtuvo con su constancia y vivas súplicas, que todos los que tenian algunos esclavos, le enviasen cada dia dos, un negro y una negra, los mas capaces para ser instruidos. El hombre apostólico se aplicó de tal modo á instruirles, que les puso en estado de poder enseñar, cada uno en su casa y á las personas de su sexo, el catecismo y las oraciones de mañana y noche. Fácilmente se concebirá cuan rudo y fatigoso debia ser para el misionero, sin cesar rodeado de una cuarentena de negros, esplicarles de aquel modo las verdades y máximas del cristianismo, exhortarles con sus patéticos discursos á practicar todo lo que prescribe el Evangelio, ó hacerles repetir lo que acababa de enseñarles. La continuidad de aquel trabajo, que se repetia todos los dias, hubiese parecido á cualquier otro, superior á sus fuerzas; pero el P. Martel no se limitó á aquello únicamente Como las reuniones mas numerosas de los dias feriados, no le permitian poderse dar cuenta exacta del fruto que los cuatro mil negros de su parroquia reportaban de sus instrucciones ó de las de los negros y negras catequistas, empezó por visitar regularmente las habitaciones en los dias de trabajo, y mientras que los esclavos descansaban, obligándoles á guardar silencio y á escucharle, les enseñaba el catecismo, despues les interrogaba alternativamente, se cercioraba de aquel modo de lo que cada uno habia aprendido ó dejado de aprender, y se entretenia en consecuencia con los que mas necesidad tenian de instruccion. Despues de haberse ocupado de los trabajadores, entraba en la casa, no para tomar en ella algun descanso ó alimento, porque no comia jamás fuera de su morada, sino para ver á los enfermos y disponerles á recibir los sacramentos. Lo que habia hecho por la mañana en un lugar, lo hacia por la tarde en otro, si cabe con mayor incomodidad. A pesar del calor, veíasele espuesto por espacio de tres ó cuatro horas seguidas á los rayos del sol, á fin de enseñar á unos pobres esclavos á conocer á Dios, á amarle y servirle. Pero el Señor, que le inspiraba aquel celo, le daba tambien fuerzas para soportar aquel penoso trabajo, tanto como era necesario para la salvacion de muchas almas.

Por otra parte, el mismo P. Martel, describe la serie de sus trabajos, en su carta fechada el 23 de enero del año 1727.

«Me rogais que os diga, para vuestra edificacion, cuales son mis ocupaciones en el lugar en que me hallo; enhorabuena, quiero que las sepais y tambien todos los que quieran ayudarme con sus oraciones. La Divina Providencia me ha conducido á una parroquia que llaman Cayo-Bajo, cuyo territorio es el mas hermoso y fértil de la isla; pero las costas están casi siempre impracticables á causa de los fuertes vientos que reinan en ellas; si bien, en cambio, el clima es mas templado. Como los buques no pueden anclar en esta parte, no siempre tenemos todas las cosas necesarias á la vida, que nos vienen de Europa, y si las recibimos es por conducto de algunos barcos procedentes de San Pedro. Esto es uno de los motivos de mi silencio, porque no saliendo de aquí buques para Francia, ó ignorando cuando lo verifican de los puertos, y ocupados todos mis momentos en mis trabajos de la parroquia, no pienso ó se me pasa la ocasion de escribir.

«La iglesia, que es de ladrillo, bastante adornada y muy devota, está situada en una punta de tierra que adelanta en el mar, y la elevacion del terreno sobre el nivel del agua podrá tener un centenar de piés. La rectoría,

el jardin y huerta, que llaman aquí sabana, están en el mismo plan terreno y nivel de la iglesia. El cercado de mi rectoría es como una gran plataforma, hallándose en él reunidas las bellezas del cielo, mar y tierra, con los encantos de la soledad. En medio de la huerta hay una larga y ancha calle de árboles que llega hasta la orilla del mar; las raices de algunos de estos árboles, levantándose sobre el suelo, sirven de rústico asiento. Inmenso es el horizonte que se descubre desde este sitio; pero solo se vé cielo y agua, y el único rumor que se oye es el de las hojas agitadas por el viento, ó el de las olas del mar que vienen á estrellarse contra las rocas. Tal es el rincon de la tierra donde le plugo á Dios colocarme desde el dia 2 de junio del pasado año 1726.

«Hay mas de cincuenta habitaciones en mi parroquia y una pequeña poblacion de unas treinta casas, construidas sin órden bastante cerca de la iglesia. Entre estas habitaciones, hay diez grandes ingenios de azúcar que cuentan de ciento á doscientas personas cada uno. Dos clases de personas habitan el pais: los blancos y los negros; de estos últimos los unos son criollos ó nacidos en la isla, y los otros procedentes de las costas de Guinea, de los cuales algunos fueron ya bautizados en sus tierras. Todos estos negros son esclavos de los blancos, quienes les compran y venden como pudieran hacerlo con un mueble cualquiera. El libertinaje, que ha sido siempre espantoso entre los habitantes de esta colonia, ha producido un gran número de un tercer color, llamados mulatos, que son hijos de un blanco y una negra, y esclavos como su madre. Os horrorizariais si os detallase todos los desórdenes que se cometen en este rincon de la tierra....

«Verdad es que las mugeres y las jóvenes libres, son aquí muy reservadas y modestas; y si alguna falta á sus deberes, lo que sucede raras veces, todo el mundo la mira con desprecio; pero en cambio los hombres se entregan á toda suerte de desórdenes con las negras. En cuanto á los negros de ambos sexos, criollos ó estrangeros, bautizados ó no bautizados, parecen seres sin razon y proceden como los irracionales. El orígen de la corrupcion de los habitantes, procede en gran parte de que apenas hay una negra que no sea licenciosa. Los criollos, si bien tienen mas inteligencia que los negros, no por esto están menos desarreglados. De los tres ó cuatro mil que habrá en la parroquia, no se hallarian diez en estado de poder comulgar. Ya comprendereis por consiguiente, cuales deben ser mis ocupaciones en medio de semejante pueblo: no me queda mas recurso que rogar á Dios y trabajar, en cuanto de mi depende, para la salvacion de tantos infelices. Ya en el primer año que estuve en la colonia, reflexionando sobre su estado y no viendo remedio á sus males, traté de irme á otra parte y hasta escribí al efecto al Rdo. P. General; pero me exhortó á que perseverase constantemente en el trabajo que habia comenzado, y que me animase tanto mas cuanto mayor me pareciese el mal. ¿Qué seria de los enfermos, me decia, si los médicos les abandonasen á causa de la gravedad ó multitud de sus enfermedades? Esta razon me convenció, y considerando que habia pocos obreros para tan gran cosecha, creí que Dios reclamaba mi trabajo en esta tierra por mas ingrata y desagradable que sea. Dios no me desamparó en la primera parroquia, é igual gracia me concede en la segunda.

«Todos los domingos y dias festivos, desde las primeras horas de la madrugada hasta las cuatro de la tarde, me estoy en el confesionario, en el altar ó en el púlpito, á escepcion de una hora que empleo para comer. Los primeros domingos de mes hay procesion y bendicion, y siempre despues de vísperas, enseño la doctrina á los negros que todavía no han sido bautizados. A las cuatro, cuando concluyo, si no tengo que visitar enfermos me voy á rezar y á recogerme en mi ermita. Durante los dias de trabajo, diariamente, y antes de salir el sol, voy á alguno de los ingenios para presidir la oracion de los negros, que la rezan

juntos y les enseño el catecismo; á las ocho regreso á la parroquia y digo misa, y por la tarde, tres dias á la semana, voy á otras habitaciones á hacer lo que hice por la mañana. Además de esto, debo ir á confesar los enfermos, visitar á los que tienen una enfermedad larga y viaticarles en caso necesario. Pero todo esto lo hago con sumo placer y con todo el amor de un sacerdote que ama de todo corazon á Dios y á sus semejantes. Como jamás anochece antes de las seis, ni amanece antes de las siete, porque en este pais los dias no crecen ni descrecen durante todo el curso del año, mas que de una hora por la mañana y otra por la tarde, me queda libre la noche para entregarme á la oracion sin riesgo de que me estorben ni me distraigan....

«No veo todavía que mis esfuerzos hayan dado muchos frutos entre mis feligreses, y son en muy corto número los que he logrado atraer al tribunal de la penitencia desde que me hallo en la parroquia. Ya es mucho que las mugeres blancas y sus hijas se acerquen una vez al mes á la santa mesa; los jóvenes viven casi sin hacer ningun ejercicio religioso, y esto depende de su completa falta de instruccion y del mal ejemplo que les dan sus preceptores. Hay muchachos de diez ó doce años que no han entrado en la iglesia desde el dia que fueron bautizados, y poquísimos son los que á esta edad han confesado. ¿Qué se puede esperar de tan malos comienzos? Estoy trabajando por poder establecer en esta poblacion dos escuelas para ambos sexos, etc.»

Apenas habia trascurrido medio año desde que el P. Martel habia escrito la anterior carta, cuando participaba ya á su amigo haber obtenido buenos resultados su incansable celo. «Lo que he ganado, decia, me hace esperar mayores progresos en lo porvenir.» Sin embargo, añadia: «Si pudieseis ver los tristes objetos que aquí me afligen, confesarias que sin el amor de Dios, la vida seria una pesada carga. Un soplo infernal, vuelve mas negras que el carbon las almas de los africanos y de muchos europeos. Para colmo de infortunio, estos miserables esclavos del pecado son tan ciegos, están tan endurecidos, que el mal parece incurable. Cuando he agotado todas mis fuerzas para hacerles sentir toda su miseria y el inminente peligro en que está de perderse su alma, me contestan con un *sí* lleno de indiferentismo. Y no son los estúpidos negros los que así contestan, son los criollos, son unas personas bautizadas que saben de memoria el catecismo, y que no les falta penetracion ni elocuencia cuando se trata del comercio de la vida, ó quieren espresar sus pasiones ó demostrar las cosas sensibles. Entre esta multitud de negros de todas edades y sexos, no conozco mas que quince ó diez y seis que sean capaces de recibir los sacramentos, y aun á estos se los doy temblando, porque no siempre debe uno fiarse de su palabra. Imaginad lo que tengo que sufrir tratando con semejantes gentes, viéndoles perecer sin poder ausiliarles, porque no quieren recibir ningun socorro. El mayor número descuida completamente sus deberes de cristiano, y solo á latigazos sus dueños les obligan á rezar.... Espero que el Salvador de todos los hombres, tocará al fin el corazon de estos miserables, y mucho podrá el buen ejemplo que empiezan á dar algunos blancos....»

En el mes de noviembre del año 1727 el socorro del cielo que el siervo de Dios pedia para mover los empedernidos corazones de los negros, se manifestó en aquel lugar de la isla con un terrible terremoto que aterrorizó á los mas obstinados pecadores.

«De memoria de hombre, escribia el P. Martel, no se han visto sacudidas tan violentas, ni seguidas tan de cerca unas de otras. Era poco despues del medio dia, cuando salí de la rectoría, temeroso de que las paredes me aplastasen; tan agitada estaba la tierra, que parecia hallarme en un barquichuelo azotado por las olas de un mar embravecido. No ha quedado pared entera; la mayor parte de ellas se han hendido, así las altas como las bajas. Durante seis dias no ha cesado el terremoto, y si bien el que sufrió esta isla en julio de 1702, dicen los que lo presenciaron, que la tierra

se estremeció diariamente por espacio de seis semanas, no fué, añaden, tan violento como este. Como no se ignora que en semejantes accidentes, ha habido islas enteras que se han abismado en el mar, y por otra parte, la tierra se ha abierto en varios parajes en este pais, el espanto es hoy dia general, y bendigo á Dios por haber empleado un medio tan poderoso, aunque natural, para hacerse temer de un pueblo tan tenaz como corrompido. Los hombres mas malvados, dan ahora muestras de arrepentimiento; y si bien esto es muy dudoso acerca la sinceridad de la conversion, que no puede ser buena sin amor; con todo, un santo Padre ha dicho que Dios mueve los corazones con el temor, para hacerles entrar despues en el amor y fortificarles en la caridad. Los efectos inmediatos de este acontecimiento, que podríamos llamar feliz, han sido suspender al menos los desórdenes, hacer entrar en reflección á los mas endurecidos, hacer llenar con mas ardor á las buenas gentes los deberes religiosos y atraer á todo el mundo á la casa de Dios y al tribunal de la penitencia. Mas impresion ha hecho este terremoto en estos hombres materialistas, que todos mis discursos y nuestros mas temibles misterios. Preciso es confesar, no obstante, que cuando toda la naturaleza se estremece, otro tanto esperimenta el cuerpo y el corazon del hombre mas esforzado. De mi sé decir que, aunque estoy resignado á morir del género de muerte que Dios sea servido ordenar, el terror me asalta cuantas veces vuelve á empezar el terremoto.... Mas no por esto abandonaré este pais, el mas propio para hacer suspirar por el cielo, mientras queden en él algunos hombres.»

Es de presumir que las muestras de penitencia que dieron los viejos pecadores mientras la tierra se estremecia bajo sus plantas, cesaron en mucho con la causa que las producia; pero la gracia de Dios y el celo perseverante de su fiel ministro, operaron al fin una parte del cambio apetecido. Un asíduo trabajo de cuatro años, le valió el triunfo alcanzado en la primera parroquia. La trasformacion, sobre todo de los negros, fué tanto mas admirable, cuanto era menos esperada y fué duradera. Cuando el P. Martel vió su parroquia casi en el estado en que la deseaba, la cedió enteramente á otro, en su propósito de buscar otros pueblos que tuviesen mayor necesidad de su ministerio. El superior, á quien comunicó aquel proyecto lleno de peligros y dificultades, no se hubiera atrevido a proponérselo; pero conociendo su virtud, y no dudando que Dios le inspiraba, no creyó deber oponerse á él.

De todas las misiones del P. Martel, la mas larga, la mas penosa y la mas propia para dar á conocer la estension y fuerza de su celo apostólico, fué la de la Dominica, de la que vamos á ocuparnos.

Las islas de la Dominica y de San Vicente, se habian dejado hasta entonces en poder de los indígenas, todos idólatras ó sin religion. Ninguna nacion europea habia tomado formalmente posesion de estas dos islas, y eran libres los particulares de establecerse en ellas. Algunos franceses habian pasado de la Martinica y Guadalupe á la Dominica: los unos agobiados de deudas, para librarse de sus acreedores, los otros á probar fortuna, cultivando con algunos negros, la porcion de tierra que mejor les parecia; muchos en fin para vivir á su antojo en un lugar donde nadie mandaba ni obedecia, donde no habia ningun freno político ni judicial, que restringiese la libertad, pusiese coto á las pasiones y reprimiese los crímenes. Los indígenas en muy corto número para ser molestados por la vecindad de aquellos recien venidos, harto débiles para tratar de echarles, continuaban viviendo en los bosques y en varias partes recónditas de la isla. La tierra y mar les proporcionaban el alimento diario y nada mas apetecian. No poseyendo nada, nada temian, y como se diferenciaban por otra parte muy poco de los irracionales, pasaban la vida presente sin cuidados, ignorando si habia otra. Los unos olvidando completamente las obras de la fé, ni las practicaban, ni se acordaban de ellas; los otros, menos culpables, por ser ignorantes, solo vivian para

satisfacer sus pasiones brutales. Tales eran los hombres á quienes el P. Martel habia resuelto consagrar el resto de sus dias.

Al salir de su parroquia, fué á recojerse con sus hermanos en la comunidad, para prepararse para su mision; y en el mes de setiembre del año 1730, seguido de dos esclavos que debian servirle, entró en la isla de la Dominica. De todas las penitencias con que se disponia para los actos de la vida apostólica, y que tenia costumbre de multiplicar y aumentar á proporcion del endurecimiento de los corazones que queria convertir, la mas ruda quizás, fué la espantosa soledad en que se encontró con sus dos negros, en presencia de los indígenas idólatras y de los europeos, cuya depravacion escedia de mucho á la de los habitantes de sus primeras parroquias. Pero cuanto mas se vió privado de consuelo por parte de las criaturas, mas se atrevió á prometerse la asistencia de Dios. Con aquella confianza que anima al verdadero apóstol, fué en busca ya de los caribes en medio de sus bosques, ya de los franceses, en sus cabañas, separados los unos de los otros por torrentes y precipicios. Una carta escrita de la Dominica el 22 de mayo del año 1731 nos dará á conocer los comienzos de su mision.

«Mil ó mil doscientas personas, libres ó esclavas, que se habian establecido en este desierto, donde no hay mas que bosques, y que vivian sin religion y sin acordarse de Dios en este mundo, me han obligado á abandonar la Martinica, para prestar aquí algunos ausilios á tantas gentes dispersas en una estension de diez y ocho leguas á orillas del mar.... Y como es un pais en donde casi es imposible abrir caminos á causa de los espantosos precipicios que hay por todas partes, no puedo ir á socorrer á mis feligreses enfermos sino cuando vienen á buscarme con un barquichuelo. Paso cuatro meses del año, en un lugar que llaman Savane y otros cuatro en un lugar que llaman Malaya; el primero está distante de mi habitual residencia unas siete leguas, y catorce el segundo. Esta es la parte de la isla que cuenta mayor número de habitantes, tanto blancos como negros, sin contar los salvajes que se hallan en los bosques.

«La primera vez que llegué á esta isla en el mes de setiembre del año 1730, la única iglesia que habia era una especie de cabaña de cañas cubierta de paja, abierta por todos lados, y en ella un altarcito con un crucifijo y algunas estampas. Al principio víme obligado á celebrar en ella los santos misterios, pero despues, gracias á Dios, se hizo una de madera como lo son las de la Martinica, la cual cuenta cuarenta piés de largo por diez y seis de ancho; está bien enlosada y ofrece un buen aspecto interior. Tenemos todos los vasos sagrados, bastante ropa blanca, adornos de seda, y en fin, cuanto es necesario para la decencia del servicio divino. Todo esto lo debo á algunas personas caritativas que conozco en la Martinica, por ser muy pobres los habitantes de esta isla. No os hablo de mi habitacion, que á poca diferencia, es como la antigua capilla de cañas, mitad cubierta de paja. Lo que mas me incomoda es el relente de la noche que me perjudica mucho la vista, pero Dios me ayudará para hacerme una celdita abrigada.

«Mi primer trabajo al llegar á este desierto, fué procurar librarme de unas tercianas que me hicieron sufrir mucho por espacio de tres meses, aunque haciendo algun esfuerzo iba hasta catorce leguas de distancia para dar la comunion á algunos habitantes; por Navidad tuve que guardar cama por no poderme tener de pié. El dia despues de Reyes me embarqué para la Martinica, donde llegué casi muerto; pero á Dios gracias pude restablecerme, y al cabo de un mes regresé aquí enteramente bueno. Me causa gran sentimiento no poder predicar sino los domingos y dias festivos, y el ver casi desierto el confesionario. Estas gentes son muy poco devotas y no se como enseñarles el camino que conduce al cielo. Los mas espantosos vicios, son considerados aquí como cosa de poca monta, y los escándalos que se cometen son inauditos.... Mil veces he estado tentado de volverme á Europa, pero el motivo

que me hizo partir me sujeta á estas islas. Segun el oráculo de nuestro divino maestro, no son los sanos sino los enfermos los que tienen necesidad del médico. Solo, y sin mas ausilio que el de Dios, espongo mi alma para la salvacion de muchas personas que están encenagadas en el pecado. A veces paso tres ó cuatro meses sin poderme confesar, y es preciso embarcarme para ir en busca de un confesor.... Rogad á Dios por estas almas estraviadas; rogad tambien por mi y suplicadle que no me aparte jamás de él en un pais en donde trabajo para acercar á él, á los que de él viven tan apartados.»

La regeneracion por la ley de Dios que el P. Martel habia tenido la satisfaccion de operar en sus dos primeras parroquias de la Martinica, no se verificó ni de un modo tan completo, ni tan pronto en la Dominica, como asi se desprende de los siguientes fracmentos de otra carta fechada en julio del año 1737.

«Es tal la índole de los naturales del pais, que seria preciso poder comunicarles la razon antes de hablarles de la fé. La embriaguez y la lubricidad son sus mayores vicios. Se dejarian bautizar dos veces cada dia, mientras les diesen de beber. A todo contestan que sí, pero maquinalmente, y hasta ahora no he encontrado ninguno que me haya parecido capaz de recibir instruccion. Habiendo sido bautizados por otro misionero algunos caribes, despues de haber sido suficientemente instruidos, no han tardado en apostatar, para huir á los bosques en busca de sus amigos, que van desnudos como bestias y evitan cuanto pueden el encuentro de los europeos, escondiéndose en sitios lejanos y casi inaccesibles. Unicamente salen de sus escondrijos para ir á pescar ó comprar una especie de bebida, llamada *tafia,* que les embriaga. Los franceses, aunque todos educados en los principios de la religion, viven en esta isla á poca diferencia como los caribes. Habiendo permanecido por mucho tiempo sin sacerdote, sin instruccion, en una palabra, sin ningun socorro espiritual, la mayor parte han perdido la religion, y ahora apenas es posible volverles á hacer cumplir los deberes esenciales del cristianismo.»

Para mantener sin duda en el P. Martel el sentimiento de la humildad, permitió Dios que en presencia de la estúpida incredulidad de los caribes y de la irreligiosidad práctica de la mayoría de los franceses, sufriese su alma terribles angustias, como así se desprende de estas palabras del misionero: «Me parece que Dios castiga mis pecados, permitiendo que haya venido y permanezca en esta isla; y que siendo indigno de trabajar por los elegidos, he sido arrojado como un réprobo en medio de los réprobos, para quienes trabajo y me aniquilo inútilmente.»

En la confianza de obtener una cosecha muy abundante, si aumentaba el número de obreros, trató de persuadir á algunos dominicos franceses á que fuesen á reunirse con él. Dos únicamente accedieron á sus ruegos, pero se consagraron al servicio espiritual de la Martinica sin pasar á la Dominica, permaneciendo el P. Martel siempre solo en aquel ingrato suelo. Durante el último año que permaneció en él, fué á participar de su soledad el jóven dominico Michon, hijo de América. Por muy laboriosa que fuese la vida del siervo de Dios, no por esto dejaba de mortificar su cuerpo con diversos instrumentos de penitencia. Sóbrio y frugal, se entregaba escasas horas al sueño, y aun estas eran interrumpidas frecuentemente por la oracion. Jamás permitió que entrasen las mugeres en su habitacion, y no se le vió ocioso ni un solo instante; cuando no llenaba sus deberes pastorales, se dedicaba al estudio. En sus viages, siempre alababa al Criador y entonaba cánticos sagrados. Su fervor era tanto mas admirable, cuanto que sufria su cuerpo muchas dolencias. Despues de haber perdido un ojo y en vísperas de quedar ciego, tuvo que resignarse á abandonar la Dominica en el año 1740. Los que menos rebeldes á la luz, se habian mostrado dóciles á su enseñanza, lloraron al ver alejarse á su ángel de paz. El P. Martel regresó á la Martinica donde murió aquel mismo año. Al anunciar su muerte á la

provincia de Tolosa, el P. Mané, vicario general en la Martinica le designó como el mas laborioso y digno de los misioneros que los dominicos hubiesen tenido en aquellas Antillas. Despues de ponderar sus virtudes y merecimientos, añadia: «No nos admira que haya muerto á la edad de cincuenta y siete años, lo que sí nos sorprende, es que pudiese resistir por tanto tiempo al ímprobo trabajo que sobre él pesaba.»

Despuès de haber citado los principales misioneros de la Martinica, debemos ocuparnos ahora de la isla de Santo Domingo ó Haiti. Hemos dicho ya, que en esta isla la mayor parte de las parroquias de la costa del Norte habia quedado bajo la direccion de los capuchinos, lo cual duró hasta el año 1702. Muriendo muchos de aquellos religiosos, por no probarles el clima, acabaron por retirarse. Habíase propuesto que los reemplazáran los jesuitas, pero el P. Gouye, procurador entonces de la Compañía en las islas de América, por deferencia á los PP. capuchinos, no quiso aceptar nada sin consultarlo antes con sus superiores en Europa; pero habiéndole declarado estos positivamente que no se hallaban en estado de poder enviar mas religiosos á la mision de Santo Domingo, y que la cedian voluntariamente á los que quisieran encargarse de ella, entonces fué cuando el citado P. Gouye, ofreció sus misioneros. Dice el P. Margat, que habiendo sido arrojados los franceses en el año 1660 de la isla de San Cristóbal por los ingleses, sus habitantes se trasladaron parte á Santa Cruz y parte á la Martinica, y que pasaron despues una gran parte de ellos á Santo Domingo. «Nuestra mision de San Cristóbal, que era floreciente, siguió la suerte de la colonia; su superior que era el P. Girard, recibió órden de pasar á Santo Domingo, donde llegó en el mes de julio del año 1704. En la parte ocupada entonces por los franceses, no habia mas que ocho parroquias, las cuales se hallaban faltas de misioneros, y en consecuencia partieron de Francia en aquel año y el siguiente para Santo Domingo, los PP. Le Pers, Olivier, Le-Breton, Laval y Boutin. Entonces, por voluntad soberana, quedaron encargados esclusivamente los jesuitas de la administracion espiritual de la costa de la isla, desde Montecristo hasta el monte San Nicolás. Esto no impidió que los dominicos tomasen posesion de las costas del Sud, administrando sus parroquias, como hasta entonces habian administrado las del oeste.»

Los negros formaban el mayor número de los habitantes de la colonia. Charlevoix en su «Historia de la isla Española,» dice, de aquellos desgraciados: «Bien considerado no hay mas que africanos entre el Cabo Blanco y el Cabo Negro, nacidos para la esclavitud. Estos miserables confiesan sin rodeos, que un sentimiento íntimo les dice que son una nacion maldita. Los mas inteligentes, que son los del Senegal saben, por una tradicion que se perpetua entre ellos, que esta desgracia es una consecuencia del pecado de su *Papa Tam*, que se burló de su padre. Los del Senegal, son de todos los negros, los mas bien formados, los que mas fácilmente se disciplinan y los mas propios para el servicio doméstico. Los *bambaras* son los mas corpulentos, pero generalmente ladrones; los *aradas*, son los mejores agricultores, pero indómitos; los del Congo, los mas pequeños y los mas hábiles pescadores, pero huyen fácilmente; los *nagos*, son los mas humanos; los *mondongos*, los mas crueles; los *minos*, los mas resueltos, caprichosos ó iracundos; en fin, los negros criollos de cualquier raza que provengan, no se parecen á sus padres sino por el color y su índole servil. No obstante, algunas veces manifiestan algun amor á la libertad y tienen mas penetracion y son mas diestros, mas fanfarrones y tambien mas libertinos que los *dandas*, que es el nombre comun de todos los que vienen de Africa.»

El P. Pers, jesuita, indica del modo siguiente la conducta que observaba con los esclavos negros: «Los dandas componen la clase mas vil y numerosa de los habitantes de Santo Domingo, y bien puede decirse que son ellos

los que nos llevàn alli; sin ellos no no satreveríamos á aspirar á la calidad de misioneros. Casi todos los años llegan á la isla dos ó tres mil esclavos negros. Luego que sé que han llegado algunos á mi territorio, voy á verles y empiezo por enseñarles á hacer la señal de la cruz, acompañando sus manos; luego la hago yo mismo en sus frentes. Despues de las palabras ordinarias, añado: «Y tú, espíritu maldito, te prohibo en nombre de Jesucristo que violes la señal sagrada que acabo de imprimir en la frente de esta criatura, que ha redimido con su sangre.» El negro, que no comprende ni lo que hago ni lo que digo, en su sorpresa no hace mas que mirarme; pero para tranquilizarle, le dirijo, por medio de un intérprete, estas palabras del Salvador á San Pedro: «Tú no sabes ahora lo que hago; pero ya llegará dia en que lo sabrás.» Despues encargo á los amos que no solamente les hagan rezar juntos con los demás, sino que les instruyan cada dia en particular, mandándoles los dias festivos á la iglesia; y es preciso confesar que estos colonos manifiestan sobre el particular mucho celo, diferenciándose de los ingleses, que no solamente no bautizan muchas veces á los que nacen en sus colonias, sino tampoco á los que les llegan de Africa. Cuando se ha logrado instruir debidamente á un esclavo, lo que cuesta mucho trabajo, y se le cree digno de ser bautizado, se le administra este sacramento, procurando por todos los medios posibles conservar su inocencia, y el mas seguro de todos es sin duda casarle. Pero al llegar á este punto se ofrecen algunas dificultades, porque los amos se figuran que es contrario á sus intereses el que los esclavos contraigan matrimonio, porque la ley del príncipe, como tambien la de la iglesia, les prohibe vender al marido sin la muger y á los hijos de menor edad. Por su parte, tampoco á los negros les gusta casarse, porque consideran su enlace como otra servitud mas onerosa que la en que han nacido. Semejante aversion, que con suma dificultad pueden vencer todas las razones del misionero, débese al uso de la poligamia y del repudio, que los africanos consideran en su pais, como un derecho natural; y únicamente amenazándoseles con las penas del infierno ó haciéndoseles concebir la esperanza del paraiso, se logra vencer su repugnancia. Algunas veces no basta esto, y es preciso bautizarles y casarles al mismo tiempo. Su deseo de recibir el bautismo les hace pasar por todo, y generalmente son buenos cristianos y fieles esposos. Pero por lo regular los reunimos los domingos y dias festivos al salir de la misa parroquial, y despues de una plática doctrinal, bautizamos los recien nacidos y arreglamos los pequeños desacuerdos que se suscitan entre ellos, obedeciéndonos sin replicar. Les visitamos algunas veces en los ingenios y suplicamos á los amos que nos los envien por la Pascua para confesarles, lo que nos lleva mucho tiempo, pues hay parroquia que cuenta mas de dos mil. Los adultos se acostumbran bautizar en las cuatro principales fiestas del año.»

Entre los jesuitas que evangelizaron Haiti, solo haremos particular mencion del P. Pers, decano de la mision, y del P. Boutin, llamado el apóstol de Santo Domingo. El primero, dice el P. Margat, «bajo un esterior sencillo, abrigaba un alma bondadosa, una memoria feliz, un sano juicio, pero sobre todo, mucho candor y un carácter sumamente caritativo. Durante los treinta años que ha permanecido en la mision, pocos son los lugares que no visitase y en que no dejase algunos recuerdos de su celo. Luego que habia puesto las cosas en buen órden, pedia un sucesor y pasaba á otro lugar para hacer otro tanto, de modo que solo se reservaba las penalidades, dejando á los demás el goce de un establecimiento que únicamente debia perfeccionar. Su carácter era una especie de filosofía, basada sobre un fondo religioso; indiferente por todo cuanto tenia relacion con la vida temporal, únicamente las mas apremiantes necesidades le hacian recordar que vivia en la tierra. Parco en estremo, en sus contínuos viages solo comia algunos huevos pasados por agua, y un poco de queso.

Unia á esto un gran celo para la salvacion de las almas; y sobre todo, una disposicion y un talento particular para la direccion de los negros. Amable con todos, y de todos querido, aunque naturalmente muy retirado, logró reunir importantes datos para escribir la historia del pais, y aquel estudio era la única distraccion que se permitió en medio de sus trabajos apostólicos. Halló en Oviedo y en otros historiadores españoles, lo que se referia á los tiempos anteriores, es decir, la narracion de todo lo que habia pasado desde la llegada de Cristóbal Colon hasta la de los franceses. Añadió á esto el estado presente de la isla, cuya mayor parte habia recorrido, y algunas noticias sobre la historia natural. Por mucho tiempo guardó esta historia manuscrita, desconfiando de su estilo que, efectivamente tenia muchos defectos, y por último, se determinó á enviarla al P. Charlevoix, quien se aprovechó de ella en su «Historia de la isla española.» Murió el P. Pers en 1735 á la edad de cincuenta y nueve años.

El P. Luis Boutin, habia sido recibido jesuita en la provincia de Guyena. Todo anunciaba en él, dice el P. Margat, una santidad eminente: un rostro pálido y estenuado, una mirada sumamente modesta; tenia unos ojos no obstante vivos y llenos de fuego cuando predicaba ó hablaba de Dios, y una voz robusta que no parecia corresponder á un cuerpo tan flaco y tan descarnado. Su modo de predicar era sencillo y poco estudiado, pero lo suplia la elocuencia y la abundancia del corazon. Los primeros ensayos de su celo, á su llegada á la mision, fueron en un principio empleados en Accul, y despues en los lugares mas apartados, es decir, en los mas penosos . . Fijóse particularmente en el Cabo, donde por espacio de nueve años tuvo ocasion de hacer brillar sus talentos apostólicos.... Levantándose constantemente á la hora señalada por la regla, despues de haber rezado, iba á despertar los negros de los ingenios haciéndoles rezar, y luego se dirigia á la iglesia parroquial donde permanecia arrodillado hasta que se presentaba alguno al confesionario. Permanecia en aquella postura algunas veces dos ó tres horas con un recojimiento y una devocion ejemplares. Decíase que era preciso tener un cuerpo de hierro para permanecer por tanto tiempo en una posicion tan fatigosa en un pais tan ardiente. Habiendo tenido que dejar la parroquia del Cabo por algunos motivos de obediencia, limitóse entonces á procurar la instruccion de los negros y marinos.... El celo del ferviente misionero, siempre atento al bien espiritual de la colonia, sin cesar le hacia formar algunos proyectos que únicamente podian verse realizados á costa de una paciencia tan laboriosa como la suya. No hallando asilo en el hospital del Rey un gran número de enfermos, el P. Boutin formó otro en la misma ciudad.... pero como despues los hermanos de la Caridad consintieran en recibir á todos los enfermos que se presentasen, el misionero renunció á su hospital y trató de emplear su celo en otros objetos. Un establecimiento para huérfanos fué el preludio de un proyecto mas estenso, que abrigaba el virtuoso sacerdote: consistia este en hacer venir de Europa algunos religiosos para educar á los jóvenes criollos.... y juzgó que nadie podia desempeñar mejor aquella mision que los religiosos de la Congregacion de Nuestra Señora, cuyo primer establecimiento se habia fundado en Burdeos... Ningun trabajo le costó decidir á aquellos santos jóvenes.... El P. Boudin tuvo el consuelo, durante los últimos años de su vida, de ver el fruto de sus trabajos, y sus mayores adversarios se trocaron en sus admiradores y panejiristas. Murió el 21 de noviembre de 1742 á la edad de sesenta y nueve años y algunos meses.»

En 1743, el P. Margat escribia desde el Cabo: «Esta isla es una tierra que devora á sus habitantes.... Cincuenta y seis jesuitas han muerto desde la fundacion de esta mision que data del año 1703. Los pocos misioneros jesuitas que quedan son casi todos viejos y achacosos.» La esplotacion agrícola de las Antillas habitadas por los franceses, se halla en la Guyana, de la que vamos á ocuparnos.

CAPÍTULO XXXVIII.

Mision de los jesuitas en la Guyana francesa.

Los franceses habian aparecido por vez primera en la Guyana hácia el año 1624. Algunos mercaderes de Ruan, domiciliados en Sinnamary, resolvieron cultivar algunos campos cercanos; otros trataron de imitarles, y la compañía del Cabo Norte envió algunos plantadores á Cayena; pero las discordias intestinas contuvieron los progresos de la colonia. En 1666, aquel territorio llamado pomposamente la Francia equinoccial, pasó á manos de la compañía de las Indias occidentales, la cual, apenas instalada, sufrió el implacable antagonismo de los holandeses de Surinam. Las fuerzas batavas conquistaron además la colonia de Cayena en 1676; pero no tardó en volverse á apoderar de ella el mariscal d'Estrées. El establecimiento francés está situado en un islote formado al norte por el mar y en el resto de su circunferencia por los rios Oyac, Cayena y Oyapock, teniendo en su totalidad unas seis leguas de largo por tres de ancho. El terreno es llano con algunas colinas cubiertas de bosques, pero en su generalidad muy fértil. En 1723 solo contaba noventa colonos, ciento veinte y cinco indígenas y mil quinientos negros. El gobierno espiritual corria á cargo de los jesuitas. Los PP. Grillet y Bechamel penetraron en 1674 en el interior de la Cayena, donde hasta entonces no habia llegado ningun europeo.

El P. Creuilly que llegó á aquel pais en el año 1685, permaneció en él por espacio de treinta y tres años. Su primer cuidado fué instruir á los pueblos haciéndoles practicar las virtudes cristianas. No se contentaba con las instrucciones dominicales, sino que embarcándose el lúnes en un barquichuelo acompañado de algunos negros, daba la vuelta á la isla, instruia á cada uno en particular en los deberes de su estado, regresando comunmente de su viage á últimos de la semana. Aunque su caridad era universal, dedicábase con mas ardor al ausilio de los pobres cuyas tierras hacia cultivar por los negros que le acompañaban, y trabajaba con sus propias manos en la reparacion de sus cabañas medio arruinadas. Así es, que no habia nadie que no le respetase como un santo ó le amase como un padre. Para operar la conversion de los indígenas, segundo objeto de su celo, aprendió su lengua, siendo el primero que la redujo á principios generales, facilitando su estudio á los demás misioneros. Se alimentaba como los naturales de pescado y cazabe (1) y se hospedaba con ellos en sus cabañas formadas de cañas, espuestas á las injurias del aire y llenas de importunos insectos. Pero no era esto lo que le afligia, sino la inconstancia de los indígenas que no le permitia bautizar sino un corto número de adultos, y limitaba su celo á la regeneracion de los niños moribundos. Pero con sus trabajos abrió el camino á los misioneros, destinados á completar su obra y á iniciar á varios pueblos en las verdades del cristianismo. La santificacion de los esclavos negros, tercer objeto de su caridad, le ocupó por espacio de veinte años. Cuando se encontraba en una piragua con algunos negros, muchas veces tomaba el remo en su lugar, y cuando habia algunos que estuviesen enfermos les distribuia sus provisiones, contentándose con un poco de cazabe que le daban aquellos en cambio. Como se consideraba como el último de los misioneros, siempre se negó á aceptar el cargo de superior de aquella mision, del cual era el mas digno. En fin, murió colmado de méritos en 1718. Las curas milagrosas que obtuvieron algunas personas que imploraron su intercesion para con Dios, aumentaron mas y mas la veneracion y confianza con el P. Creuilly, hasta entonces el apóstol y despues el protector de la colonia.

Los PP. Lombard y Ramette se consagraron á la mision de Cayena sobre el año 1708. Habiendo sabido cuando su llegada, que en

(1) Harina grosera, hecha con la raiz de la yuca. (N. del T.)



el continente vecino habia un gran número de tribus que jamás habian oido hablar de Jesucristo, solicitaron el permiso de llevarles las luces de la fé; y luego, sin mas guia que su celo, sin otro intérprete que el Espíritu Santo, penetraron en la Guyana, empleando mas de dos años en visitar las diversas naciones. «Despues de haberse captado la benevolencia de aquellos pueblos, dice el P. Crossard, prestándoles los mas humillantes servicios, los misioneros aprendieron sus diversos idiomas y los llegaron á poseer con tanta perfeccion, que se hallaron en el caso de poder predicar las verdades cristianas hasta con elocuencia. Escasos fueron no obstante los frutos que sacaron de sus primeras predicaciones, y á causa del mal estado de su salud, tuvo que regresar á Cayena el P. Ramette; mas no por esto se desanimó su compañero.... Formó el proyecto de establecer una habitacion fija en un lugar que fuese como el centro, desde donde pudiese estar en comunicacion con todos aquellos pueblos, y al efecto escojió las orillas de un caudaloso rio. Allí, con el ausilio de dos esclavos negros y de dos indígenas, desmontó un terreno espacioso, y con la ayuda de otros tres indios, de quienes se hizo amigo, cortó los árboles de que tenia necesidad para construir una capilla y una barraca capaz para poder alojar hasta una veintena de personas. Luego que hubo terminado aquellos dos edificios, recorrió las diversas naciones vecinas, rogándoles que le confiasen cada una alguno de sus hijos, y como se habia captado ya su aprecio, accedieron á su demanda. Entonces su habitacion se trasformó en una especie de seminario de catequistas, destinados á predicar la ley de Jesucristo. Despues de haberles enseñado á hablar, leer y escribir en francés, instruyóles en los principios religiosos bajo un método progresivo. Cuando aquellos jóvenes se hallaban perfectamente instruidos en las verdades cristianas y en disposicion de enseñarlas á los demás, firmes en la virtud y llenos del celo que les habia inspirado para la salvacion de las almas, les enviaba sucesivamente á su nacion, haciendo venir á otros niños con quienes hacia lo que con ellos. Los primeros jóvenes neófitos que volvieron al seno de sus familias, causaron la admiracion de sus compatriotas y cautivaron su amor y su confianza. Todo el mundo queria verles y oirles, y ellos, como hábiles catequistas, se aprovecharon de aquellas favorables disposiciones para civilizar las gentes que formaban su nacion, y trabajar despues mas eficazmente en su favor.... Otro tanto iban haciendo los que les reemplazaban, y todos ellos puestos de acuerdo con su padre y maestro, estaban facultados para bautizar á los recien nacidos, ancianos y enfermos que se hallasen en peligro de muerte, regenerando de aquel modo con las aguas del bautismo á un gran número de almas.... Por espacio de quince años se consagró el P. Lombard á aquellos trabajos; pero como las cristiandades se hacian cada vez mas numerosas por los desvelos de los jóvenes indios que habia formado, y no le era posible cultivarlas y dirigir al propio tiempo su seminario, resolvió reunir todos los cristianos en un solo pueblo; y si bien aquel propósito era contrario á la índole de aquellas gentes, logró vencer su repugnancia, y todas las familias verdaderamente convertidas abandonaron su nacion y fueron á establecerse con el misionero en aquella amena llanura que él habia elegido á orillas del mar del Norte, en la embocadura del rio de Kuru.» El P. Lavit, despues de haber visitado aquella mision, decia: «No podia contener mis lágrimas, viendo el recojimiento, la modestia y devocion con que aquellas diversas naciones de salvages reunidas asistian á los divinos misterios. La religiosidad con que cantaban durante la misa mayor hubiera enternecido al hombre mas tibio, y las lágrimas de los indios, durante el sermon del P. Lombard, hacian el elogio del predicador....» La iglesia de Kuru cuyo plan habia trazado el P. Lombard en 1726, fué bendecida solemnemente dos años despues. Impulsado por su celo, quiso el misionero trasladarse por algun tiempo á Cayena, donde

una enfermedad contagiosa diezmaba la guarnicion, y sus neófitos, queriendo evitarle la fatiga del viage, le llevaron en brazos durante casi todo el viage. «¿Qué seria de nosotros, decian, si nos faltase nuestro buen *Babá*?»

El P. Fauque, cuya actividad igualó la del P. Lombard, trazó en 1728, el plan de las misiones que debian establecerse entre los indígenas, y fué el primer jesuita que se estableció en el fuerte Oyapock, en donde se encontró como en el centro de todas las que se proponia organizar. A causa de haber encontrado, cuando se abrieron los cimientos de la iglesia una antigua medalla con la imágen de S. Pedro, púsose bajo la proteccion de aquel apóstol al nuevo templo. Por otra parte, el P. Ayma, habiendo logrado captarse la amistad de los piriues, reunióles en número de mas de doscientos en una poblacion que fué establecida con el nombre de San Pablo. El P. Caranave evangelizó á los galibies esparcidos á lo largo de la costa, desde Kuru hasta Sinnamary; el P. Fourré se consagró á la mision de los palikures, y el P. Autilhac reunió en Ouanari á los tocoyenos, mauriues y maraones.» Adelantando un poco hácia el interior, escribia el P. Fauque, podremos abrazar toda la Guyana francesa, es decir, el continente que se estiende desde las Amazonas hasta Maroni.

En 1744, á consecuencia de la guerra que declaró Inglaterra á Francia, un corsario inglés, de la América septentrional, fué á cruzar por delante de las islas de sotavento de Cayena. El P. Fauque se encontraba entonces en Oyapock, donde habian ido á visitarle los PP. Autilhac, misionero en Ouanari, y Huberland, que formaba entonces una nueva cristiandad en la confluencia de los rios de Oyapock y Camopi. En la noche del 10 al 11 de noviembre los ingleses sorprendieron el fuerte; el P. Fauque no tuvo sino el tiempo preciso para correr á la iglesia y consumir las sagradas formas, pero luego fué preso, y tuvo el dolor de tener que presenciar como las llamas devoraban el santuario. Tanto este misionero como el P. Villeconte, superior general de los jesuitas de la colonia, que tambien fué preso, fueron rescatados mas tarde no sin haber tenido que sufrir mucho. Al nombre del P Fauque va unido tambien el recuerdo de una empresa caritativa, de que fueron objeto los esclavos fugitivos. Acontecia muchas veces que los negros, maltratados por sus dueños, abandonaban sus habitaciones é iban á esconderse en los bosques. A fin de salvar á la vez la vida del alma y del cuerpo de aquellos infelices, conocidos en América con el nombre de *marrones*, el bondadoso misionero ofreció, y fué aceptada su mediacion, y se internó en los bosques en 1751, logrando, no sin grandes fatigas atraer á muchos de aquellos esclavos fugitivos, y despues de haberles hecho reconciliar con Dios y con sus amos, alcanzó el olvido completo de sus faltas.

Despues de la supresion de la Compañía de Jesus, habiendo pedido Luis XVI al papa Pio VI en 1777, para la isla de Cayena, algunos misioneros que hablasen la lengua de los indígenas, la Propaganda no pudo enviar á la Guyana francesa, mas que cuatro ancianos jesuitas portugueses, de modo que la órden cuya estincion habia sido provocada por la Francia, fué llamada una vez mas para prestarle algunos servicios.

CAPÍTULO XXXIX.

Misiones de los jesuitas y capuchinos en el Maryland, Virginia, y Pensilvania.

Hemos visto como los franceses se habian puesto en contacto y tambien en pugna con los ingleses en el Nuevo-Mundo. Nos falta hablar ahora de la propagacion de la fé católica en la América inglesa.

Jorge Calvert, conde de Baltimore, ministro de estado de Jacobo I, que le concedió algunas tierras en la isla de Terranova, fué á tomar posesion de ellas y despues regresó á Inglaterra. Cárlos I, abrigando respecto de aquel leal católico, los mismos sentimientos

que Jacobo, concedióle á él y todos sus descendientes, en absoluta propiedad, al norte de Virginia, un vasto territorio, al cual aquel príncipe dió el nombre de Maryland, en honor de la princesa María, su hija. Baltimore se disponia para ir á tomar posesion de aquel pais y ponerse en él al abrigo del rigor de las leyes contra los católicos, cuando murió en el año 1632. Al siguiente, su hijo partió de Inglaterra con doscientas familias católicas, bajo la direccion espiritual de los jesuitas Andrés White, Juan Altham, Knowles y Tomás Gerwack. Desembarcaron en marzo del año 1634 en la isla de San Clemente, á orillas del Potomac, y siguiendo su curso penetraron en el pais. «Poco hay que decir de esta reciente mision, escribian los jesuitas á su general en el año 1635. Los numerosos obstáculos con que tenemos que luchar, no nos permiten poder apreciar los frutos obtenidos, sobre todo entre los salvages, cuya lengua nos cuesta mucho aprender. Somos tres sacerdotes y dos coadjutores que soportamos sin quejarnos los trabajos presentes por la esperanza de los bienes futuros.» En mayo de 1641, el P. Juan Brock escribia al jefe de la órden: «Preferiria trabajar en la conversion de estos indios y morir de hambre en el desierto, privado de todo socorro humano, á la sola idea de tener que abandonar esta santa obra de Dios, por temor de faltarme lo necesario.» El puritanismo triunfante en Inglaterra, triunfó tambien en el Maryland y arrebató á los hijos de S. Ignacio la colonia que acababan de fundar. Habiendo caido el P. Andrés White en poder de los perseguidores, fué enviado cargado de cadenas á Europa; pero los demás jesuitas alejados por la violencia, volvieron á su rebaño. El P. Felipe Fischer habiéndose reunido con el suyo, despues de una larga ausencia, escribia en el año 1648 al general: «Por una particular providencia, he hallado á mi rebaño reunido despues de las calamidades de tres años; y lo he hallado en un estado mas floreciente que el de los que lo habian saqueado y oprimido. Imposible seria describir la alegría con que me han recibido los fieles, y mi dicha al verme otra vez entre ellos. La idea de que pronto tendré que separarme de ellos, me aflige; pero los indios reclaman mi ausilio y han sido muy mal tratados por el enemigo desde que este me obligó á ausentarme. Apenas sé que hacer, pero no puedo estar en todas partes. Muchas son las flores que hay en este suelo; ¡ojalá que puedan dar sus frutos!»

Urbano Cerri, que menciona el establecimiento de la mision de los jesuitas en el Maryland, nos dice que el general de los capuchinos, recibió sobre la misma época de la Congregacion de la Propaganda, la órden de enviar algunos apóstoles de su instituto á la Virginia, nombre bajo el cual el autor italiano comprende además la Nueva-Inglaterra. Varios capuchinos franceses é ingleses se dirigieron en consecuencia á aquellos paises. A ruegos de la reina viuda de Inglaterra se renovó aquella mision en 1650; pero desde entonces quedó abandonada.

Sobre el año 1720, el jesuita Grayton predicó la fé católica en Pensilvania, provincia poblada de cuáqueros, y algunas conversiones coronaron sus esfuerzos. Los hijos de San Ignacio fueron los únicos que velaron por la salvacion de las almas en aquella parte de la América septentrional, como lo atestigua Juan Carroll, jesuita americano, quien, despues de la supresion de la Compañía en 1773 regresó de Inglaterra á su patria. La Providencia pareció conducirle allí, porque el ascendiente que le valieron su saber y sus virtudes, hicieron consignar en la constitucion de los Estados-Unidos el principio de la libertad de cultos, feliz victoria alcanzada sobre la herejía por el catolicismo, que desde entonces se pudo predicar públicamente, sin obstáculo legal. La Providencia reservaba tambien á Carroll, el honor de ser el primer obispo de esos Estados-Unidos que, jurando en 4 de julio de 1776 en el congreso de Filadelfia, emanciparse del yugo de Inglaterra, parecia decretaban su independencia política, como un medio para

procurar á la fé romana la libertad de asimilarse aquella parte del Nuevo-Mundo.

CAPITULO XL.

Decadencia de las misiones estrangeras.

La Compañía de Jesus habia llegado á ocupar el primer puesto en las misiones. Su supresion por Clemente XIV en el año 1773 causó á estas un grave mal. Al poco tiempo la revolucion estalló en Francia, y los ejércitos franceses perturbando la tranquilidad europea, rompieron casi enteramente la cadena que enlazaba las misiones de Roma con el resto del mundo. Verdad es que Pio VII devolvió la vida á aquella familia de San Ignacio que habia producido tantos apóstoles, y de la que solo quedaban algunos restos en Rusia; pero si bien multiplicó de aquel modo los obreros evangélicos, faltaban siempre los recursos pecuniarios para sostenerles. Indispensable era de todo punto, á fin de sacar á las misiones estrangeras de su decadencia, el establecimiento providencial de la Asociacion reparadora de la propagacion de la fé, el mas útil ausiliar que ha tenido la Congregacion de la Propaganda. Mientras que el orgulloso saber del paganismo escluia á los profanos de sus templos y escuelas, los hombres de mejores tiempos, nos asociamos á la obra de la redencion universal con la admirable economía de la sociedad católica, que hermana al levita con el samaritano, al sacerdocio con el pueblo, y que les une en el concierto de una caridad fraternal. El sacerdocio, siguiendo el ejemplo del Salvador, ofrece una senda que si bien fatigosa es fecunda en toda clase de bienes, y siempre rodeada de esplendor, despues de haber predicado en los desiertos montes de la infidelidad, sube gozoso al Calvario del martirio. Respecto á nosotros, narradores de sus glorias y compañeros de su fé, nos está reservado aunque el mas humilde el mas dulce de los ministerios: somos como los oscuros discípulos que, siguiendo las huellas del Maestro, llevaban en cestos benditos el pan multiplicado; como los publicanos y pecadores que le preparaban un asilo para pasar la noche; como el desconocido que enjugó su semblante bañado de sangre; como el Cirineo, que durante un momento compartió con él el peso de la cruz; como el justo de Arimatea que recogió su sagrado cuerpo y lo depositó en el sepulcro. Viejos cristianos europeos, adictos á las religiosas fundaciones de nuestros padres, que las tempestades políticas destruyeron, honramos sus últimas voluntades, formando parte de la Asociacion de la propaganda de la fé, y satisfacemos su deuda, que es la nuestra, dando nuestra humilde limosna semanal, destinada á pagar el pasaje del sacerdote á remotas playas, y á asegurarle por algunos dias el manto del apóstol y el pan negro del profeta en el desierto.

Despues de demostrar en el siguiente libro los principales cuerpos de misioneros en accion en medio de los pueblos infieles, presentaremos, bajo forma de conclusion, un cuadro general de los servicios prestados por la admirable Asociacion de la propagacion de la fé. Los detalles que los capítulos precedentes no habrán podido admitir, hallarán cabida en aquel resúmen.

LIBRO CUARTO.

DESDE LA SUPRESION DE LA COMPAÑÍA DE JESUS HASTA NUESTROS DIAS.

CAPITULO I.

Apostolado de los pasionistas en Bulgaria, de los sacerdotes de la mision y de los jesuitas en Levante. — Las Hermanas de la caridad en Oriente.

La direccion espiritual de la Bulgaria fué confiada á los pasionistas en el año 1782.

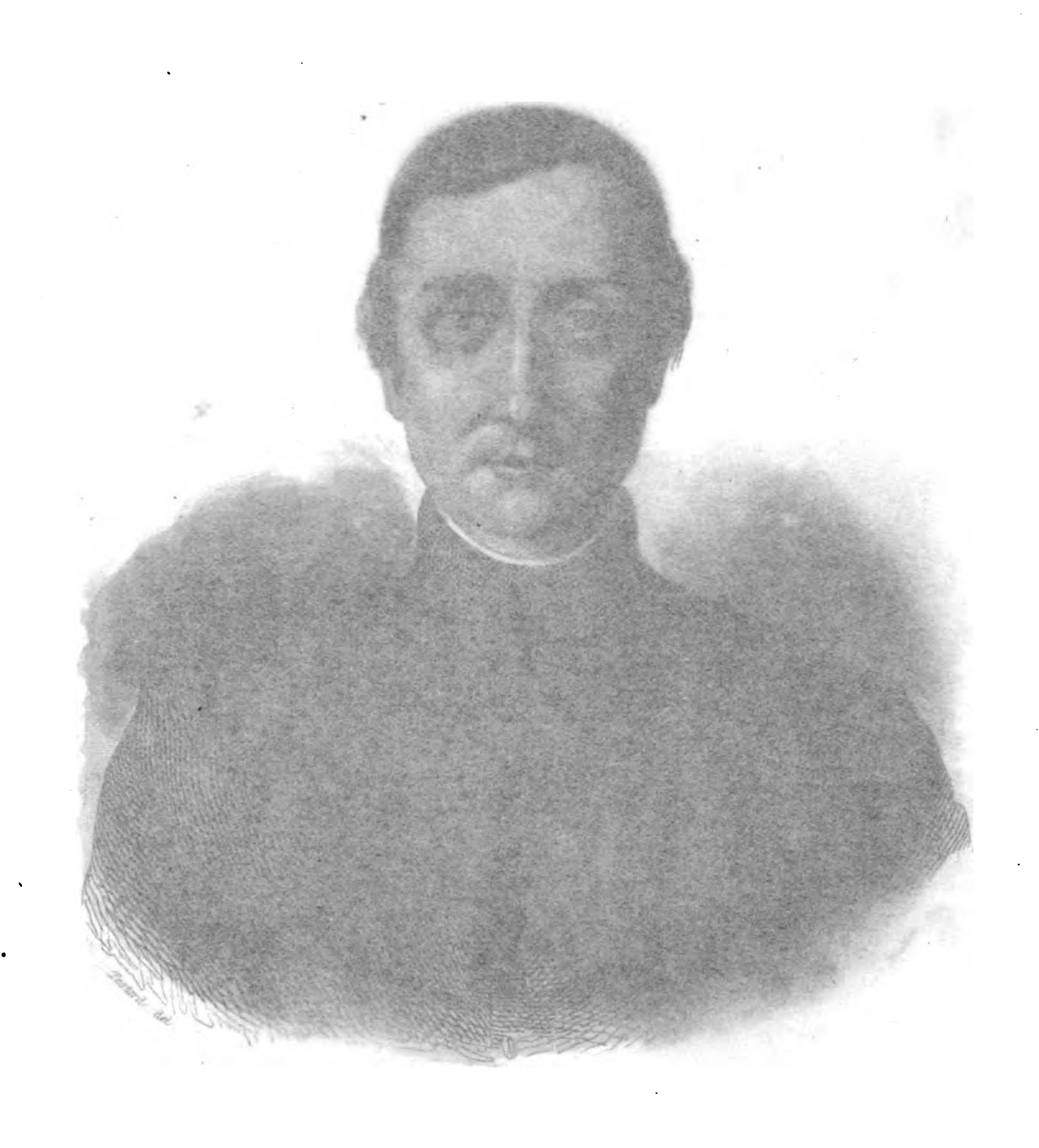
En aquel mismo año, dió el Soberano Pontífice un decreto, por el cual los hijos de San Vicente de Paul debian sustituir á los de San Ignacio en las misiones de Levante; asi que, en los años 1785 y 1788 partieron de Francia para aquel pais los SS. Gaudez y Daviers; pero como era tan grande el número de establecimientos á que los sacerdotes de la mision debian atender, y no tardó por otra parte en sobrevenir la funesta revolucion del año 1789, fué muy reducido el número de misioneros que pudieron pasar á Oriente. La familia de San Vicente de Paul no pudo desempeñar enteramente todas las funciones que le habian sido confiadas por la Santa Sede, hasta que fué restablecido su instituto en Francia el año 1816; solo se encontraban á la sazon en aquellas misiones seis franceses, á saber, los SS. Gaudez, Fromont, Trevaux, Daviers, Renard y Bricet. Desde el año 1816 hasta el de 1830, fueron enviados á aquella region siete nuevos misioneros, que además de los hermanos coadjutores, continuaron ejerciendo el apostolado en ella, recibiendo sucesivamente nuevos auxiliares.

Las misiones de los Lazaristas estaban colocadas en nueve distintos puntos del imperio turco, á saber: 1.°, Constantinopla, donde habia una iglesia pública, servida por tres misioneros, y dos colegios, uno en el arrabal de Galata y otro en el de Pera; 2.°, Esmirna, donde habia cuatro misioneros, y una escuela para los niños; 3.°, Salonica, en cuyo punto habia una iglesia pública, servida por dos misioneros, y una escuela; 4.°, Naxos, cuya ciudad poseia una iglesia que tenia á su frente tres misioneros, y escuela para la infancia; 5.°, Santorin, que tenia tambien su iglesia y su escuela; 6.°, Damascc, donde habia una iglesia pública servida por dos misioneros, y dos escuelas para la infancia de ambos sexos; 7.°, Alepo, que poseia una iglesia pública, servida por dos misioneros, y una escuela para los niños; 8.°, Trípoli de Siria, donde los dos misioneros en ella residentes, dirigian además de la iglesia pública, las dos pequeñas misiones de Eden y Sgorta; 9.°, Antura, donde hubo una iglesia pública servida por tres misioneros, y un colegio abierto desde el año 1830, como los de Constantinopla. Un solo prefecto apostólico que residia en la capital del imperio turco, fué el que dirigió en un principio todas aquellas misiones; pero como despues de haber conquistado el virey de Egipto la Siria, fuesen muy difíciles las comunicaciones entre aquella region y Constantinopla, dió la Propaganda el año 1833 un decreto, por el que convirtió las nueve misiones en dos prefecturas, una en Constantinopla que tenia bajo su jurisdiccion á Esmirna, Salonica, Naxos y Santorin; y otra en Trípoli

de Siria, de la que dependian las misiones de Damasco, Alepo, Antura, Sgorta y Eden. El misionero Leleu, arrebatado á sus ovejas en una edad temprana, dejó preciosos recuerdos en la provincia de Constantinopla; no siendo menos imperecederos los que dejó Poussou en la de Siria.

Desde que los hijos de San Vicente de Paul se habian establecido en el imperio turco, alimentaban el deseo y la esperanza de ver á las Hermanas de la caridad asociarse un dia á sus trabajos: parecíales, que las dos familias de San Vicente de Paul, estaban llamadas por Dios á cultivar juntas aquella tierra infiel. Preciso era escitar la admiracion del turco feroz, presentándole algo de estraordinario que estinguiese el ódio mortal que profesaba al nombre cristiano; preciso era ofrecer á los hereges un espectáculo tierno y consolador que manifestase á sus ojos el desprendimiento, la pureza, la divinidad de la religion católica, patentizando al propio tiempo la impotencia, la falsedad y la malicia de sus creencias; y, por último, preciso era á la obra apostólica esgrimir una nueva arma para atacar eficazmente la infidelidad y la heregía en Oriente. La Providencia, que tenia reservado un poderoso medio de accion, medio poderoso que tanta influencia habia de ejercer en el siglo XIX sobre los pueblos de Oriente, para la gloria de Dios y el consuelo de su Iglesia, quiso que fuesen dos protestantes convertidas, naturales de Ginebra y de Hannover, las que echasen los cimientos de la nueva obra. Las señoritas Tournier y Opperman, despues de haber abjurado sus errores, desearon consagrarse al servicio de Dios y de los pobres en la piadosa institucion de las Hermanas de la Caridad; pero no pudieron ser admitidas en razon á su edad. Por obtener una dispensa que no habia sido concedida hasta entonces, preciso era alegar una causa poderosa; así que, se propuso á las dos postulantes que fuesen á abrir una escuela en Constantinopla bajo la direccion de los sacerdotes de la mision, prometiéndoseles en justa recompensa, que las primeras Hermanas que irian mas tarde á continuar allí la obra por ellas empezada, estarian encargadas de presentarles el hábito de Hermanas de la Caridad, que deseaban tan ardientemente. Embarcáronse pues las señoritas de Tournier y Opperman para Constantinopla el dia 1.º de julio del año 1839, y como no tardaron en obtener felices resultados, se vió llegado el momento de acometer una empresa que entraba tan visiblemente en las miras de la misericordia divina sobre los pueblos orientales. En el mes del próximo noviembre, fué dispuesta la fundacion de dos casas de Hermanas de la Caridad en las ciudades de Constantinopla y de Esmirna, siendo muchas las jóvenes religiosas que pidieron con vivas instancias ser destinadas á aquellos establecimientos lejanos. (1) Las Hermanas Sìviragol y Grohuel fueron nombradas superioras de Constantinopla y Esmirna; aquella generosa empresa que tanta gloria habia de procurar á las dos familias de San Vicente de Paul, fué puesta bajo los auspicios del Ilmo. Quelen, arzobispo de Paris, que era á la vez un devoto ferviente del padre de la caridad y un protector decidido de sus nobles hijos. Quiso el prelado ver antes de espirar á las generosas hermanas que iban á compartirse los trabajos del apostolado en tierra estrangera; y desde su lecho de muerte tendió sobre ellas una mano descarnada, y les prometió con una voz solemne que revelaba su santa alegría, las bendiciones celestes. El dia 14 de noviembre del año 1839, salió de Paris aquella cohorte de mugeres fuertes, desembarcando el dia 4 de diciembre en Esmirna, donde se quedó la

(1) Nada importaba á aquellas heroínas cristianas ir á esponerse á las privaciones y peligros de una larga navegacion; nada morir á los filos de la cimitarra musulmana, siempre dispuesta á levantarse contra el que intente atacar la funesta ley de Mahoma: iban á cumplir el mas santo de todos los deberes, y gozosas se ofrecian á ser víctimas de su abnegacion, con tal que pudiesen salvar á una sola de las criaturas que se proponian librar de la muerte eterna. Clamen en buen hora los impios de todos los tiempos contra esa religion divina que inspira hasta á los seres mas débiles que la profesan tan sublimes virtudes, su voz se perderá en el desierto, porque á pesar de su dictado de hombres *fuertes*, nunca podrán presentar rasgos análogos á los de la simple muger cristiana. (Nota del Trad.)



[illegible] la malicia [illegible] creer [illegible] por [illegible] preciso [illegible] ter una nueva [illegible] eficazmente la infidelidad y la herejía [illegible] Oriente. La Providencia, que tenia [illegible] un poderoso medio de accion [illegible] o que tanta [illegible]

Hermanas que iban mas tarde á [illegible] la obra por ellas empezada, estaban encargadas de presentarles el hábito de Hermanas de la Caridad, que deseaban tan ardientemente. Embarcáronse pues las señoritas de [illegible] y Oppermann para Constantinopla el dia 1. de julio del año 1839, y como no tardaron en obtener felices resultados, se vió llegado el momento de acometer una empresa que era [illegible] en las miras de la [illegible] sobre los pueblos orientales. [illegible] mes del próximo noviembre, fué [illegible] de dos casas de Hermanas de la [illegible] las ciudades de Constantinopla y [illegible], siendo muchas las jóvenes [illegible] que pedian con vivas instancias ser [illegible] aquellos establecimientos [illegible] Hermanas Sivinagol y Gro[illegible] [illegible] superioras de Constantinopla [illegible] aquella generosa empresa que [illegible] de procurar á las dos familias [illegible] de Paul, fué puesta [illegible] del Emo. Quelen, arzobispo [illegible] que era á la vez un devoto [illegible] de la caridad y un protector [illegible] sus nobles hijos. Quiso el prelado [illegible] a las generosas Hermanas que [illegible] a compartirse los trabajos [illegible] apostólicos en tierra estrangera; y desde su lecho de [illegible] sobre ellas una mano descarnada, y les prometió con una voz solemne que [illegible] su santa alegria, las bendiciones celestes. El dia 14 de noviembre [illegible] año 1839, salió de Paris aquella colonia [illegible] mugeres fuertes, desembarcando el dia [illegible] diciembre en Esmirna, donde se [illegible]

[illegible] No es importuno [illegible] aquellas [illegible] cristianas [illegible] [illegible] á sus [illegible] de una [illegible] de la [illegible] de [illegible] contra el [illegible] la [illegible] de Mahoma [illegible] cumplir [illegible] salvar á una sola [illegible] Contra esa religion [illegible] los [illegible] que la profesan [illegible] desierto, porque [illegible] cristiana. Nota del [illegible]



Florent Louis Leleu.

Florenzio Luigi Leleu — Florencio Luis Leleu.

Gaume frères éditeurs

N. Lemont imp.

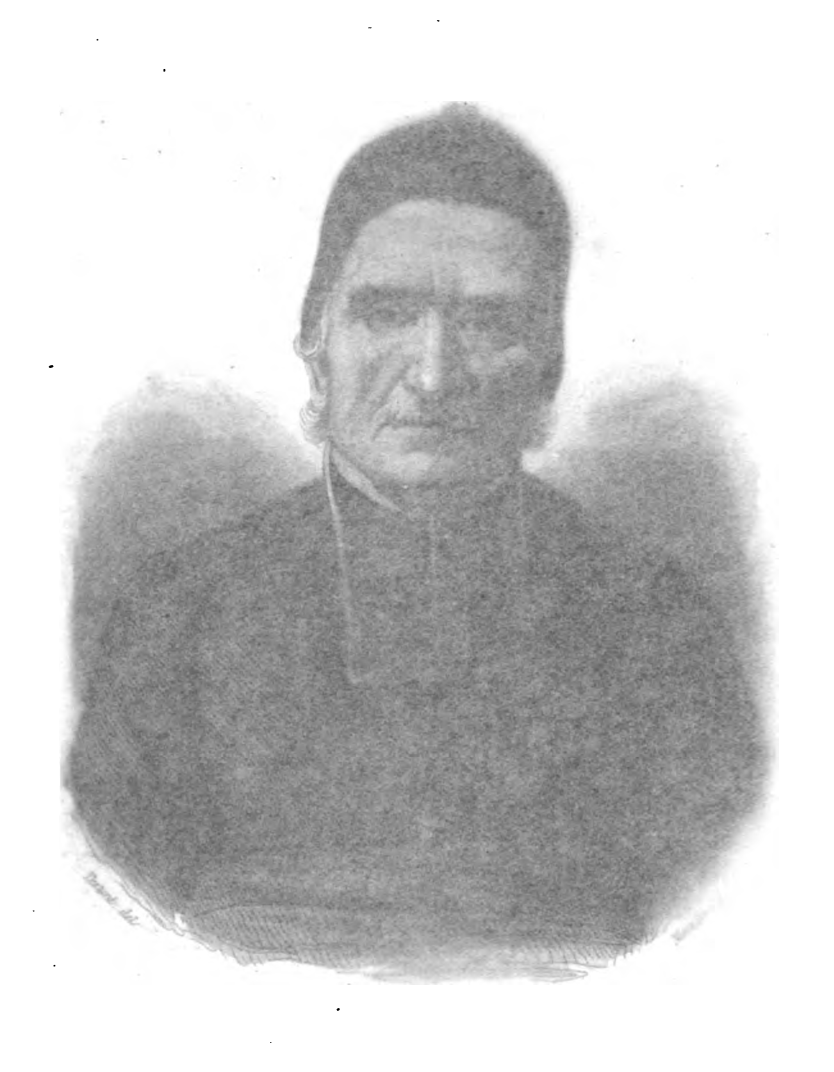
hermana Grohuel, dirigiéndose la otra superiora á Constantinopla. La prosperidad de los dos nuevos establecimientos, fué tan completa como rápida; véase en prueba de ello lo que decian los *Anales de la Congregacion* en el año 1842: «Hoy dia la casa de Constantinopla forma un establecimiento completo; hay en ella trece hermanas para el desempeño de todas las funciones, y sirve de asilo á cien niñas huérfanas. Hay además tres clases esternas, á las que asisten mas de cuatrocientas niñas, y luego se enseña toda clase de labores á las jóvenes de mas edad; tiene además aquella casa una farmacia que procura gratis á los enfermos todos los medicamentos necesarios. Tambien hay en el propio establecimiento un médico francés que admite gratis á todos los enfermos indigentes que quieran consultarle; y dos hermanas destinadas á la farmacia, que van á visitar diariamente á los enfermos, cualesquiera que sean la nacion y secta á que pertenezcan. Los misioneros están encargados de enseñar el catecismo á las niñas, confesarlas y disponer su primera comunion. La casa de Esmirna está tambien en el estado mas floreciente; tiene once hermanas, y asisten á sus clases mas de trescientas niñas; los enfermos son aun mejor asistidos que en Constantinopla: no solo recorren las hermanas todos los barrios de la ciudad, sino que acuden tambien diariamente á su convento numerosos turcos y cristianos enfermos, para implorar los ausilios de que necesitan.» La isla de Santorin, tanto por su posicion en la entrada del archipiélago, como por la escelente disposicion de su pueblo católico, fué la destinada á ser el primer punto en que se intentaria acometer en Grecia una empresa de aquella clase; así pues, dirigiéronse á ella en el mes de abril del año 1841 cinco hermanas para fundar una casa, en la que no solo debian encontrar asilo las jóvenes santoriniotas, sino tambien todas las que acudiesen de las demás islas y de todos los puntos del reino griego. La intervencion de Mr. de Langreneé, á la sazon embajador de Francia en Grecia, libró al nuevo establecimiento del ódio implacable de los cismáticos.

Cuando los sacerdotes de la mision hubieron sustituido á los jesuitas en Levante, se vieron obligados los que se habian establecido en Tina y Syra á abandonar estos dos puntos, por carecer de los recursos necesarios; por lo que los hijos de San Ignacio, muchos de los cuales eran naturales de aquellas islas, tuvieron que consagrarse nuevamente á las tareas del apostolado. En el año 1805, dos nuevos religiosos, los PP. Domingo Venturi y Fernando Motté, fueron á reunirse con ellos, ó mejor á sustituirles; despues de su muerte, ó sea en el año 1823, no quedó mas que un solo jesuita siciliano en las misiones del archipiélago. Cinco religiosos, entre los que habia tres sacerdotes y dos coadjutores, fueron enviados desde Roma á aquellas islas en 1830; á los dos años de su llegada, abrieron en Syra una escuela de instruccion primaria y un curso de teología para los jóvenes que seguian la carrera eclesiástica. Luego de obtenidos aquellos primeros resultados, consagraron especialmente todos sus esfuerzos á evangelizar la isla de Naxos, y Scutari, como el archipiélago griego, fué regenerada por los hijos de San Ignacio. Alentados estos religiosos por el recuerdo de las grandes misiones de otros tiempos, fueron á emprender nuevamente en Siria la lucha de la civilizacion contra el islamismo; vióse entonces á los PP. Planchet, Soregna, Vatout y de Houtant en Beyruth; á Riccadona en Zahlet; á Esteve en Bifkaia; á Canuti y Obrompalski en Chazir. «Se reduce una gran parte de nuestra obra á sufrir la persecucion, escribia el P. Planchet á 28 de marzo del año 1844, y no es por cierto aquella la menos gloriosa. Tambien los religiosos de nuestra órden que trabajaron antiguamente en este pais, fueron perseguidos; y sin embargo, lograron hacer tanto en honra y gloria de Dios, que aun hoy dia escitan sus nombres el amor y el reconocimiento de los pueblos.

CAPÍTULO II.

Apostolado de la Congregacion de las Misiones Estrangeras, de los capuchinos, jesuitas, carmelitas, presbíteros del Oratorio y agustinos en la India.

Despues de haber dispuesto Pio VI en su breve de 30 de setiembre del año 1776, que la Congregacion de las Misiones Estrangeras sucediese á los jesuitas en la mision de las Indias, nombró superior de ella al Ilmo. Brigot, obispo de Tabraca, y antiguo vicario apostólico de Siam, cuyo prelado se trasladó al año siguiente á Pondichery, donde los antiguos jesuitas firmaron el acta de su reunion con los nuevos misioneros. Confióse á estos la direccion de los indígenas, mientras que continuaban los capuchinos asistiendo á los europeos de la colonia; el abate Perrin, uno de los colaboradores del obispo de Tabraca, partió tambien el año 1776 para Pondichery, y tributó en su curioso viaje al Indostan un justo homenage á los hijos de San Ignacio que iba á reemplazar su congregacion. Murió el superior de la mision el dia 16 de junio del año 1791; el Ilmo. Champenois, obispo de Dolicha, su coadjutor desde el año 1787, le sucedió en su importante cargo, siendo el que vió caer en el año 1794 la ciudad de Pondichery, y todos los demás establecimientos que tenia la Francia en la costa de Coromandel en poder de los ingleses, quienes trataron á los misioneros con mas consideracion que los mismos franceses. Sus triunfos en el Maduré y el Maissur permitieron al obispo de Dolicha visitar á los cristianos allí residentes, y procurarles los misioneros necesarios. El abate J. A. Dubois, sacerdote de la diócesis de Viviers, partió de Francia para Pondichery el año 1792, siendo destinado tres años mas tarde al Maissur, donde reunió los principales elementos para la obra notable que publicó bajo el título de *Costumbres, instituciones y ceremonias de los pueblos de la India*. Pronto se vieron amenazados aquellos nuevos cristianos por un enemigo encarnizado: tal era el mahometano Tippu-Saib, el cual habia jurado acabar con la religion de Jesucristo en sus estados; empezando por obligar á un gran número de fieles á ser circuncidados. La Providencia, empero, permitió que fuese muerto el tirano el dia 4 de mayo del año 1799 en el sitio de Seringapatam, plaza que tomaron por asalto los ingleses, y por medio de la cual llegaron á ser enteramente dueños del Maissur. El obispo de Dolicha, que murió en el mes de octubre del año 1810, tuvo por sucesor al Ilmo. Hebert, nombrado ya tres años antes su coadjutor, bajo el título de obispo de Halicarnaso, el cual no fué consagrado hasta el año 1811. La mision carecia á la vez de sacerdotes europeos y de recursos pecuniarios; sin embargo, merced á la abnegacion é incansable celo de Mr. Magny, pudo atenderse á la conservacion de un colegio, destinado á formar el clero tamul. Solo un obispo y quince sacerdotes europeos ó indígenas, en su mayor parte enfermos, dirigian el año 1821 á cuarenta y ocho mil cristianos, diseminados por todo aquel vasto territorio; respecto de los europeos, debemos decir que estaban bajo el cuidado de los capuchinos italianos que habian reemplazado á los religiosos franceses de su órden en la época de la revolucion, y que continuaban en la direccion espiritual desde que habia vuelto á pasar Pondichery en poder de la Francia el año 1815, conservándola hasta el año 1829, en cuya época fué nombrado prefecto apostólico, uno de los sacerdotes del seminario del Espíritu Santo, siendo inmediatamente enviado á aquella colonia. Por último, los socorros de la obra de la propagacion de la fé mejoraron en gran manera la situacion precaria de aquella mision; y en breve la presencia de nuevos apóstoles reanimó en ella todas las esperanzas. Despues de haber ejercido el Ilmo. Bonnand su celo durante seis años en el pais de Telinga, fué nombrado coadjutor de Hebert el año 1833, bajo el título de obispo de Drusipare; en aquel mismo año, el misionero Supries, siguiendo las huellas de los jesuitas Faure y Bonnet, intentó evan-



CAPITULO II.

... Estrangeras, de ... del Orato-

... Pio VI en su ... que ... geras ... las ... Bergot, ... rio aposto- ... trasladó al año ... los antiguos je- ... su reunion con los ... misioneros. Confióse á estos la ... cion de los indígenas, mientras ... ban los capuchinos asistie... de la colonia; el abate Perrin, ... laboradores del obispo de ... partió tambien el año 1776 para Pondichery, y tribut... en su curioso viaje al Indostan un justo homenage á los hijos de San Ignacio que ... reemplazar su congregacion. Murió el superior de la mision el dia 16 de junio del año 1791; el Ilmo. Champenois, obispo de Dolicha, su coadjutor desde el año 1787, sucedió en su importante cargo, siendo ... vió caer ... 1793 la ciudad de Pondichery, y ... tenia la ... en poder ... los misio- ... que los mismos ... Dubois y el Maissur ... visitar ... los ... A. Du- ... pers, par- ... 1792, ... al Mais- ... elementos ... bajo el título ... ceremonias de ... vieron ame- ... por un ene- ... mahometano Tippu-Saib, el cual habia jurado acabar con la religion de Jesucristo en sus estados, empezando por obligar á un gran número de fieles a ser circuncidados. La Providencia, empero, permitió que fuese muerto el tirano el dia 4 de mayo del año 1799 en el sitio de Seringapatam, plaza que tomaron por asalto los ingleses, y por medio de la cual llegaron a ser enteramente dueños del Maissur. El obispo de Dolicha, que murió en el mes de octubre del año 1810, tuvo por sucesor al Ilmo. Hebert, nombrado ya tres años antes su coadjutor, bajo el título de obispo de Halicarnaso, el cual no fué consagrado hasta el año 1811. La mision ... á la vez de sacerdotes europeos y de ... pecuniarios; sin embargo, ... abnegacion é incansable celo de ... pudo atenderse á la conservacion ... colegio, destinado á formar el clero ... Solo un obispo y quince sacerdotes europeos ó indígenas, en su mayor parte enfermos, dirigian el año 1821 á cuarenta y ocho mil cristianos, diseminados por todo aquel vasto territorio; respecto de los europeos, debemos decir que estaban bajo el cuidado de los capuchinos italianos que habian reemplazado a los religiosos franceses de su órden en la época de la revolucion, y que continuaban en la direccion espiritual desde que habia vuelto á pasar Pondichery en poder de la Francia el año 1815, conservándola hasta el año 1829, en cuya época fué nombrado prefecto apostólico, uno de los sacerdotes del seminario del Espíritu Santo, siendo inmediatamente enviado á aquella colonia. Por último, los socorros de la obra de la propagacion de la fé mejoraron en gran manera la situacion precaria de aquella mision; y en breve la presencia de nuevos apóstoles reanimó en ella todas las esperanzas. Despues de haber ejercido el Ilmo. Bonnand su celo durante seis años en el pais de Telinga, fué nombrado coadjutor de Hebert el año 1833, bajo el título de obispo de Drusipara ... en aquel mismo año, el misionero Supries, siguiendo las huellas de los jesuitas Faure y Bonnet, ... ever



Gian Antonio Dubois — Joan Antonio Dubois

gelizar las islas de Nicobar, pero tuvo que desistir de ello por los muchos obstáculos que se opusieron á su generoso propósito.

El estado de la India bajo el punto de vista religioso, exigia enérgicas medidas; por esto á últimos del año 1833, la Propaganda encargó al obispo de Halicarnaso, superior de la mision de Pondichery, y al obispo de Amata, vicario apostólico del Malabar, que obrasen de consuno por procurar á las numerosas misiones que habia en el oriente de la cordillera de los Chatos, entre las costas de Malabar y Coromandel, todos los cuidados que su posicion reclamaba, ya que los sacerdotes enviados por los ordinarios de Granganor y Cochin, causaban la ruina de aquellas comuniones cristianas. Los sacerdotes franceses que desde Pondichery se dirigieron á ellas, sufrieron una viva persecucion debida á las intrigas del administrador de Cochin. En el año 1834, erigió Gregorio XVI un nuevo vicariato apostólico en el Bengala, al segregar aquella provincia de la diócesis de Meliapur, de que hasta entonces habia formado parte, para confiarla al celo de los jesuitas; siendo el P. Saint-Leger, antiguo provincial de Irlanda, el que fué obligado, á pesar de su resistencia, á aceptar aquel vicariato. Por mas que el administrador de la diócesis de Meliapur se opusiese á la ejecucion del decreto pontificio, y que algunos agustinos de Goa, establecidos en el Bengala siguiesen su cisma, abrieron cinco jesuitas en Calcuta á 8 de octubre el colegio de San Francisco Javier, y dirigieron además por algun tiempo, con la aprobacion de la Propaganda, otro colegio puramente indo. En aquel mismo año, estableció tambien Gregorio XVI el vicariato apostólico de Madrás, ciudad hasta entonces confiada á los capuchinos á título de prefectura apostólica; sin que se mostrase el administrador de Meliapur menos opuesto á aquel nuevo decreto de la Santa Sede. Desde muchos años, las misiones de la isla de Ceylan habian sido esclusivamente administradas por los presbíteros del oratorio de Goa, todos indígenas de la India, habiendo uno de ellos que en calidad de vicario general de Cochin, gobernaba todas aquellas comuniones cristianas. El año 1836, separó Gregorio XVI á aquella isla de la diócesis de Cochin, y fundó en ella un vicariato apostólico, elevando al episcopado á la persona que debia desempeñar aquel nuevo cargo; pero el administrador de Cochin escitó á los fieles desde luego á la revuelta contra el vicario electo por el Pontífice romano. Resuelto á oponer á los vicarios apostólicos del Bengala y Madrás el respetable título ó nombre de obispo, se dirigió el agustino Antonio Texeira á Lisboa, donde se hizo nombrar obispo de Meliapur, sin pensar siquiera en la institucion canónica; y luego se dirigió nuevamente á Madrás á principios del año 1836 para ostentar su título usurpado. Tambien el sacerdote Antonio Feliciano de Santa Rita Carvalho, fué, sin mision del Papa, y sí tan solo con el permiso de la reina de Portugal, á ocupar la silla metropolitana de Goa, vacante desde el 15 de julio de 1831, instalándose en ella en el mes de noviembre de 1837 con el título usurpado de arzobispo y primado de Oriente. El dominico Manuel de San Joaquin Neves, administrador de Cochin, se apresuró á reconocerle; de modo, que las tres grandes diócesis indo portuguesas de Goa, Cochin y Meliapur, se vieron ocupadas á la vez por tres cismáticos. El P. Juan de Porto Peixoto, franciscano reformado de Portugal, administrador de Granganor, solo por impremeditacion cayó en el cisma, pero bastó un simple aviso del vicario apostólico del Malabar para hacerle renunciar á él. Entretanto, el obispo de Halicarnaso y el venerable Dubois, entonces superior de las Misiones Estrangeras en Paris, que habian sido ambos en otro tiempo compañeros de los antiguos jesuitas, á los que profesaban un afecto sincero, pidieron á la Congregacion de la Propaganda el restablecimiento de las misiones de la Compañía de Jesus en el Indostan. En vista de sus reiteradas instancias, dió la Congregacion un decreto el año 1836 erigiendo el nuevo vicariato apostólico de Maduré, y confiándole

á los hijos de San Ignacio. Pero, estos, en vista de la perfecta inteligencia que habia reinado siempre entre los antiguos jesuitas de la India y sus sucesores del seminario de las Misiones Estrangeras, dieron una prueba de confianza y de desinterés á sus émulos, pidiendo que el superior de la nueva mision de la Compañía, en lugar de ser vicario apostólico, dependiese del obispo de Halicarnaso, por deber ser considerado como vicario apostólico del Maduré; accediendo la Congregacion á su deseo. Despues de un año que el obispo de Drusipare habia sucedido al de Halicarnaso, muerto á 5 de octubre de 1836, con el título de vicario apostólico, al poco tiempo de hallarse el nuevo prelado en posesion de su diócesis, vió llegar á ella á los PP. Bertran, Garnier, Martin y Du-Ranguet, jesuitas franceses, destinados por Gregorio XVI al Maduré, á fin de que renovasen en él los heróicos esfuerzos de sus antecesores; sufriendo aquellos religiosos la misma persecucion suscitada contra los sacerdotes que habian sido enviados antes que ellos desde Pondichery. Tal era el triste estado de las iglesias de la India en la época de que nos ocupamos; es indudable que sin la activa intervencion de los vicarios apostólicos del Malabar, el Bengala, Madrás, Pondichery y Bombay, hubiesen sido todas ellas arrastradas al cisma. A fin de remediar los males que tan de cerca las amenazaban, dióse á 24 de abril del año 1838 la Bula *Multa præclare*, por la cual se suprimieron las cuatro diócesis indo-portuguesas de Granganor, Meliapur, Cochin y Malaca, poniendo sus respectivas provincias bajo la jurisdiccion de los vicarios apostólicos mas inmediatos, y aboliendo el derecho metropolitano de Goa sobre las diócesis suprimidas. Hubo desde entonces siete vicariatos apostólicos independientes de la diócesis de Goa, que fueron confiados á otros tantos obispos *in partibus*.

El de Pondichery, del que estaba encargado el obispo de Drusipare, contiene hoy dia cerca de doscientos treinta mil católicos; hay entre ellos unos ochenta mil, que son dirigidos por veinte y un sacerdotes de las Misiones Estrangeras y dos sacerdotes indígenas: los restantes, están bajo la direccion de los jesuitas, que, dignos en un todo de sus ilustres antecesores, supieron vencer todos cuantos obstáculos les opusieron contínuamente el protestantismo y el cisma; se mostraron superiores á la muerte que les diezmaba; empeñaron una lucha gloriosa con la idolatría, y prepararon ya desde el año 1845 todos los medios que habian de realizar en adelante el establecimiento del seminario-colegio de Negapatam.

CAPÍTULO III.

Apostolado de la Congregacion de las Misiones Estrangeras en Siam.

Velaba la Santa Sede con paternal solicitud sobre el reino de Siam, cuya posicion verdaderamente céntrica respecto al Asia, y la facilidad de sus comunicaciones con las islas que no habian sido aun esploradas, hacian que no pudiese ser mirado aquel reino con indiferencia por el que tanto se interesaba en los progresos de la fé.

El Ilmo. Brigot, obispo de Fabraca, superior á su muerte de la mision de Pondichery, habia tenido por coadjutor, en calidad de vicario apostólico de Siam, al Ilmo. Le Bon, que le sucedió en aquel cargo, siendo preconizado obispo de Metellópolis el año 1766. En el año 1775, vió aquel prelado suscitarse una persecucion por haberse negado tres mandarines cristianos á prestar un juramento, en razon á las prácticas supersticiosas que para aquel acto queria exigírseles. Sin embargo, despues de haber resistido aquellos mandarines á diferentes tormentos, consintieron cobardemente en practicar las ceremonias prohibidas; durante aquellas tristes circunstancias, el obispo y los sacerdotes Garnault y Condé, ambos misioneros, recibieron cien palos cada uno, y fueron arrojados al fondo de un calabozo cargados de cadenas; solo se les restituyó la libertad despues de habérseles hecho sufrir muchos

tormentos, y aun bajo la formal promesa de que no intentarian salir nunca del reino. Pero luego el rey, pensando que lograria mas fácilmente acabar con el cristianismo cuando los misioneros se hubiesen alejado, acabó por espulsarles de sus estados, despues de haberles maltratado nuevamente. El obispo de Metellópolis, despues de treinta y cinco años de penoso apostolado, terminó en Goa su gloriosa carrera á 27 de octubre de 1780; los misioneros Condé y Garnault le sucedieron sucesivamente; el primero bajo el título de obispo de Rhesi, murió á 8 de enero del año 1785, cuando iba á hacerse consagrar; y el segundo, con el título de obispo de Metellópolis. Pronto tuvieron los discípulos de Jesucristo una nueva ocasion para hacer patente en los años 1796 y 1797 el espíritu de su fé y la resolucion heróica de que estaban animados; sin embargo, el mismo jefe de los talaponeses fué el primero en aconsejar que no fuese su noble sangre derramada. El cerco que tenian puesto los birmanes en el mes de noviembre del año 1809 á la poblacion de Jonk-Selam, dió lugar al misionero Rabeau y al sacerdote siamés Juan Pascal, á que desplegasen todos los tesoros de la caridad cristiana; poco generosos los birmanes en su victoria, maltrataron á los dos misioneros, pero respetaron al fin sus vidas. Rabeau logró escaparse en uno de sus buques, cuya tripulacion sublevada arrojó á su capitan al mar, y temiendo luego que pudiese el misionero acusarla, hizo sufrir al ministro de Jesucristo la misma suerte que á aquel desgraciado.

Entre tanto el antiguo colegio general de Siam, tan útil como cuna del clero indígena, era deudor á las iglesias españolas de Manila y de América de una nueva existencia. Seguro el misionero Letondal, encargado de la procura de Macao, de hallar entre los ingleses la tolerancia que se le negaba en aquella ciudad, tomó el partido de ir á establecerse el año 1808 en Pulo-Pinang, isla perteneciente al gobierno británico, en el estrecho de Malaca. Como ocurriese en el año 1812 un incendio que consumió en pocas horas las tiendas destinadas á sostener con su alquiler el colegio que les estaba confiado, y no pudiesen ser aquellas reconstruidas por falta de fondos, no quedó al colegio ó seminario mas recurso para su sostén que apelar á la caridad pública.

Los disturbios políticos ocurridos en el siglo anterior, y sobre todo la falta de medios de los operarios evangélicos, eran causa de que la mision de Siam, propiamente dicha, se viese reducida á menos de tres mil cristianos, esparcidos casi por todo el reino, bajo la direccion del misionero Florent, obispo de Sozópolis, y de la de siete ú ocho sacerdotes, en su mayor parte siameses. En vista de las favorables disposiciones que mostraban de vez en cuando el pueblo y los diferentes soberanos de la península de Malaca, disposiciones de las que Peccot fué testigo en los principados de Quedah y de Ligor el año 1822, asombróse un protestante de que no se enviasen misioneros al Pegú y á Ligor, donde no solo prometió el rey conceder la libertad de cultos, sí que tambien hacer construir una iglesia católica á sus espensas. «No comprendo, esclamaba el protestante citado, como habiendo tantos sacerdotes, cuyos servicios no son en Francia absolutamente indispensables, haya tan pocos que tengan el valor necesario para desafiar los peligros que simples mercaderes se atreven á arrostrar en interés de su comercio.» El obispo de Sozópolis, á fin de atender á las necesidades de una mision que las conquistas hechas por los ingleses sobre los birmanes en el año 1825 parecian ensanchar, formó en Bangkok un seminario para los sacerdotes indígenas. El dia 29 de junio de 1829, consagró el Ilmo. Bruguiere á su coadjutor, bajo el título de obispo de Capse, sin prever que el nuevo prelado, nombrado vicario apostólico de la Corea, tendria que separarse de él al año siguiente. Cuando el misionero Pallegoix, visitaba en el año 1830 el punto en que se alzaba poco antes la capital del reino, destruida por los birmanes, no pudo menos que sentir la emocion mas profunda, segun lo demuestra él mismo en las siguientes líneas: «No pude

contener las lágrimas ante las tristes ruinas de cuatro iglesias cristianas y de la desolacion general que reinaba en torno mio. En medio de aquel inmenso desierto, en el que poco antes se alzaba una ciudad populosa, escojí por morada las ruinas de San José, donde duermen su sueño de muerte once vicarios apostólicos y otros muchos santos misioneros. En medio de los restos de columnas y de antiguos muros, convertidos hoy en guarida de buhos, escorpiones y serpientes, no cesaba de pedir al Señor se dignase devolver á aquellos santos lugares su primitiva gloria. Sobre las ruinas del palacio episcopal, hice construir una cabaña de hojas y bambúes, para celebrar en ella el santo sacrificio de la misa todos los domingos y demás dias festivos. » Deschavannes, misionero de las tribus del Laos, sucumbió á 6 de setiembre de 1831 en medio de un desierto; Vallon murió al año siguiente en la isla de los Nias; siendo casi al propio tiempo Berard, como él víctima del veneno, mientras que penetraba Barbe en los bosques habitados por los karianes. Once misioneros franceses y siete indígenas formaban todo el clero del obispo de Sozópolis, cuando dejó la muerte de este prelado el peso de toda la mision á Courvezy, su coadjutor, que acababa de ser consagrado bajo el título de obispo de Bide. Dos hermanos del rey de Siam se mostraron el año 1835 bastante dispuestos á abrazar el cristianismo; pero, á pesar de todas las esperanzas, no debia plantarse aun el lábaro de la cruz en las gradas del trono. Imposible fué á Mr. Candalh penetrar en el interior de las islas de Soumatra y de los Nias; porque entre los indígenas de la primera de estas islas, que no habian querido someterse nunca á la dominacion holandesa establecida en las costas, equivalia el nombre de europeo á una sentencia de muerte. El número de cristianos que habia en toda la mision de Siam el año 1838, se elevaba á unos siete mil, y estaban divididos en varias comuniones muy apartadas casi siempre unas de otras: la sola poblacion de Bang-kok tenia cinco iglesias. En 3 de junio el obispo de Bides consagró el Ilmo. Pallegoix, nombrado su coadjutor, bajo el título de obispo de Mallos; cuando toda la península de Malaca fué confiada por Gregorio XVI á los sacerdotes del seminario de las Misiones Estrangeras, el vicariato fué dividido en dos; de modo que el obispo de Mallos fué vicario apostólico del reino de Siam propiamente dicho, teniendo por principal residencia la poblacion de Bang-kok, y el obispo de Bide conservó á Singapour.

Procuró aquel prelado hacer evangelizar los nicobarianos, que el sacerdote Supries, de la mision de Pondichery, habia visitado ya en el año 1833; cuando en union con el mismo misionero pasó Galabert tres años despues á aquellas islas, fueron en un principio los dos apóstoles benévolamente acogidos; pero como no les procurasen luego aquellos isleños socorro alguno, vióse obligado el obispo de Bide á hacerles retirar de aquella mision en el mes de marzo de 1837. Dos nuevos apóstoles, los misioneros Chopard y Beaury, que eran los dos mas jóvenes de su vicariato, se embarcaron á 3 de febrero de 1842, á fin de ver si lograban convertir á aquellos naturales; pero el segundo espiró el dia 2 de abril en la isla Teresa, en la que el primero levantó una iglesia junto á su sepulcro. El estado de salud de este último misionero le obligó á regresar varias veces al continente, en el que murió al fin el dia 25 de junio de 1846, lejos de sus queridos salvajes, que le profesaban ya el mas vivo afecto.

CAPÍTULO IV.

Apostolado de la Congregacion de las Misiones Estrangeras, de los dominicos y franciscanos en el Tong-King y en Cochinchina.

Los sacerdotes del seminario de las Misiones Estrangeras que evangelizaron el Tong-King occidental, y los religiosos de la órden de Predicadores que ejercian el apostolado en el Tong-King oriental sin tener que vencer grandes obstáculos, se vieron envueltos de repente



Canh Prince de Cochinchine

Canh Principe della Cochinchina — Canh Príncipe de la Cochinchina

Gaume frères, éditeurs



el año 1773 en una persecucion terrible. Los PP. Castañeda, dominico español, y Vicente Liem, dominico tongkinés, fueron decapitados el dia 7 de noviembre como jefes de la religion cristiana; la misma suerte cupo el dia 29 de enero de 1777 á un catequista que estaba íntimamente unido con el P. Vicente. Inminente era la ruina de la religion cristiana por haber sido puesta á precio la cabeza de los misioneros europeos; pero como siempre vela Dios por su iglesia, permitió muriese el príncipe perseguidor el año 1782. Durante aquella época azarosa, murió á 18 de julio de 1780 Mr. Reydelet, obispo de Gabale y vicario apostólico del Tong-king occidental, sucediéndole el celoso Davoust en aquel importante cargo. Cuando fué este misionero enviado á Europa, recibió en Roma el título de obispo de Ceram; luego estrechó mas y mas las relaciones de los directores del seminario de Paris con los misioneros, por medio de las reales cédulas que obtuvo de Luis XVI el año 1775. Cuando llegó nueve años mas tarde al Tong-king, estaba este pais muy agitado, á causa de los sucesos políticos acontecidos en él y en Cochinchina, y que tuvieron tanta influencia en el porvenir de las dos misiones.

El Ilmo. Pigneaux de Behaine, obispo de Adran, vicario apostólico de Cochinchina, supo merecer con sus virtudes la confianza y estimacion de los cristianos y hasta de todos los idólatras; el rey, destronado por una insurreccion, y luego víctima de la doblez de los siameses que, so pretesto de reponerle en el trono, emplearon su nombre por devastar su pueblo, confió al prelado la suerte del príncipe Canh, su hijo y presunto heredero, que solo contaba á la sazon cinco años. Con este motivo, negoció el obispo un tratado entre Cochinchina y Francia, que debia dar por resultado disminuir la preponderancia inglesa en la India; y luego se dirigió á Paris el año 1786 con el jóven príncipe. Acogido el proyecto del obispo de Adran, se firmó el tratado en Versalles el dia 28 de noviembre de 1787 por los ministros de Luis XVI, y por el príncipe Canh, en nombre de su padre, que acababa de reconquistar la baja Cochinchina. Habiendo sido nombrado luego Pigneaux de Behaine ministro plenipotenciario en aquella region, abandonó á Francia en el año 1788 con el jóven príncipe, su discípulo, y siete nuevos misioneros. Lástima fué que el gobernador de las posesiones francesas en la India, paralizase con sus vacilaciones la ejecucion de un tratado que, al procurar á la Francia la posesion del magnífico puerto de Touran, habia de asegurarle el imperio en los mares de la China. Sin embargo, el obispo de Adran inventó en Pondichery un medio asaz poderoso para continuar la guerra heróicamente sostenida por el rey, con el que fué á unirse en el año 1789; pero no pudo aquel virtuoso prelado encargarse de la alta Cochinchina por hallarse en poder de los rebeldes; con todo, tenia en ella á su coadjutor La Bartette, nombrado obispo de Veren, á algunos misioneros franceses y varios sacerdotes cochinchinos.

Los SS. La Bartette y Longer, sucesor este último del obispo de Ruspe, vicario apostólico del Tong-king oriental, que murió el 7 de setiembre del año 1789, no pudieron ser consagrados por Mr. Pigneaux de Behaine, á causa de la guerra civil en que estaban envueltos la Cochinchina y el Tong-king; teniendo que recibir Longer la consagracion episcopal el año 1792 en la ciudad de Macao. Cuando al año siguiente regresó á su mision, fué su primer cuidado consagrar á La Bartette, coadjutor del ilustre obispo de Adran, y á Mr. de Feissetein, nuevo vicario apostólico del Tong-king oriental.

Sufrió el cristianismo en aquel pais el año 1795 una nueva persecucion, que si bien se hizo estensiva hasta el alta Cochinchina, no fué afortunadamente duradera; luego se renovó en el año 1798, siendo condenado el sacerdote cochinchino Manuel Trieu durante la misma á ser decapitado el dia 17 de setiembre en Hué. Increible era la crueldad con que se trataba á los cristianos en el Tong-king, donde no solo se les clavaban las manos, sino

que hasta se les introducia puntas de hierro en las uñas. Lamothe, que desde el año 1796 era coadjutor del Ilmo. Longer, bajo el título de obispo de Castoria, debió su salvacion á la serenidad de un cristiano; en cambio, Juan Dat, sacerdote tongkinés, sufrió el martirio á 28 de octubre. El obispo de Gortyne, despues de haber caido ya en poder de sus perseguidores, fué libertado por los cristianos; los SS. Langlois, de La Bissachere, Eyot y Lepavec, se vieron espuestos constantemente á los mayores peligros

Entre tanto el obispo de Adran, cuya influencia no bastaron á hacerle perder los esfuerzos de algunos mandarines idólatras, renunciaba en la baja Cochinchina el primer puesto del Estado, ofrecido pòr el reconocimiento del monarca: solo aceptó los recursos necesarios para establecer dos colegios ó seminarios destinados á sostener el clero indígena. Cuando el rey tuvo la desgracia de perder á aquel prelado el dia 9 de octubre del año 1799, mandó celebrar por su alma unos funerales, cuya magnificencia escitó la admiracion de toda la Cochinchina, dirigiendo luego á su familia una sentida carta, que terminaba de esta manera: «Mi estimacion y afecto por él iban siempre en aumento, por ser cada dia mayores los beneficios que de él recibíamos; solo al ilustre finado debimos siempre el salir de todos nuestros apuros. Eramos tan inseparables, que cuando me obligaban los negocios á salir del palacio, iba siempre junto al mio su caballo: puede decirse que no teníamos los dos mas que un solo corazon. Desde el dia en que por mi dicha le plugo al cielo ponernos en un mismo camino, no se ha entibiado nunca nuestra amistad; contaba que su salud robusta me permitiria gozar aun por mucho tiempo de su íntima union, cuando hé aquí que cubrió de repente la tierra aquel árbol precioso y benéfico. ¡Cuánto lo siento! Para demostrar al mundo todos los grandes méritos de aquel estrangero ilustre, y á fin de dar á conocer las virtudes que procuró ocultar siempre con tanto cuidado, le nombré preceptor del príncipe heredero, le conferí la primera dignidad del reino y le dí el nombre de Perfecto. Pero ¡ah! cuando el cuerpo sucumbe, no hay lazos que puedan impedir al alma volar al cielo que le está entreabierto! Aquí termino este merecido elogio, pero no terminará nunca el dolor que me le inspira. ¡Alma pura de mi maestro, recibe benigna esta ofrenda de mi amor y gratitud!» El príncipe Canh, discípulo del obispo de Adran, no tardó en seguirle al sepulcro: jóven dotado de ardientes pasiones, fué por algun tiempo víctima de sus estravíos; pero tuvo al menos la dicha de recibir el bautismo antes de su muerte, acontecida en el año 1801.

El rey, ó mas bien el tchua, amigo de Pigneaux de Behaine, no solo conquistó el alta Cochinchina, sino tambien el Tong-king, donde cesó con aquel motivo la persecucion contra los cristianos; con todo, no supo hacer partícipe de sus conquistas á la familia de los Lé, en la que residia el derecho de sucesion. Al contrario, procuró conservar aquel reino para su dinastía, puesto que habiéndose hecho declarar soberano de toda la Cochinchina y el Tong-king, tomó el nombre de Gia-laong. Privado de los saludables consejos del virtuoso obispo de Adran, no solo dejó de dar el edicto de proteccion que tenian los cristianos derecho á esperar de él, sino que prohibió por el contrario reparar ninguna iglesia sin su permiso, y hasta el que pudiesen en lo sucesivo construir otra alguna, merced á la influencia que ejercian sobre él los enemigos de la fé. Durante el reinado de Gia-laong, que duró hasta el año 1820, Longer, vicario apostólico del Tong-king occidental, tuvo por coadjutor, despues de la muerte de La Mothe, ocurrida el 22 de mayo del año 1816, al Ilmo. Guerard, obispo de Castoria, como su predecesor. La Barette tuvo sucesivamente por coadjutores en Cochinchina á los SS. Doussain, muerto en el año 1809, y Audemar, que murió á 8 de agosto del año 1821, ambos bajo el título de obispos de Adran.

Lejos de dejar Gia-laong la corona á Ung-

hoa, hijo del príncipe Canh, la legó á Minh-mang, su hijo natural, cuyo advenimiento al trono coincidió con la invasion del cólera, triste presagio de las persecuciones que habian de sufrir los cristianos durante su dominacion. El obispo de Veren, vicario apostólico de la Cochinchina, muerto en 6 de agosto de 1823, tuvo ya un presentimiento de ello antes de descender al sepulcro. En el año 1826 llamó Minh-mang á la córte á todos los misioneros franceses, so pretesto de hacerles dar algunas esplicaciones sobre los mapas y darles á leer algunas cartas escritas en caractéres europeos; sin embargo, no se ocultó á los misioneros que solo se les obligaba á reunirse para hacerles partir á Europa. Al propio tiempo, hizo el rey presentarse una peticion firmada por algunos mandarines contra el cristianismo, á fin de poder dar una forma legal á sus violencias. Despues de la muerte de los SS. Guerard y Ollivier, coadjutores sucesivamente del Ilmo. Longer, no quedaron en el Tong-king occidental mas que su vicario apostólico y tres sacerdotes franceses; el dia 21 de setiembre del año 1830, el obispo de Gortyne consagró al Ilmo. Havard, nuevo coadjutor, bajo el título de obispo de Castoria, el cual murió en 18 de febrero del año siguiente. Acercábase ya el dia de los grandes combates, puesto que á mediados del año 1830 empezó una terrible persecucion, á consecuencia de una nueva instancia presentada por algunos mandarines contra la religion de Jesucristo. Jaccard, condenado el año 1832 á servir en clase de soldado, cuya pena equivalia en aquel pais á la de trabajos forzados, logró quedarse en la córte con el cargo de traducir para el rey los periódicos ingleses, y al que se atrevió á presentar en cierta ocasion un compendio de los dos Testamentos, escrito en lengua anamita. Dióse el dia 6 de enero del año 1833 un edicto por el que se mandaba obligar á todos los cristianos á la apostasía, haciéndoles pisar la cruz, y destruir todas las iglesias y demás casas religiosas: encargábase muy particularmente á los mandarines que se apoderasen con preferencia de los sacerdotes y de los catequistas. Pedro Tuy, sacerdote tongkinés, fué el primero que tuvo la gloria de morir decapitado por Jesucristo en 11 de octubre; el vicario apostólico de la Cochinchina, acompañado de algunos misioneros, logró refugiarse en los reinos de Siam y Camboge. El P. Odorico, franciscano español, que formaba parte de aquella mision, tuvo valor bastante para presentarse á sus perseguidores, siendo trasladado á la capital del reino; otro tanto hizo el misionero Gagelin por no comprometer á los fieles que le habian dado hospitalidad, el cual fué estrangulado en Hue el dia 17 de octubre. Pablo Doi Buong, capitan de guardias del rey, fué decapitado seis dias despues en el punto mismo en que se alzaba poco antes una iglesia; la pena de estrangulacion impuesta al P. Odorico y á Jaccard, fué conmutada por la de detencion perpétua en el Laos, donde murió el piadoso franciscano á 25 de mayo del año 1834. El dia 13 de enero del propio año, dióse un nuevo edicto por el que se prescribia aun de un modo mas imperioso á los fieles que apostatasen desde luego; y á fin de que los pueblos no echasen tan de menos las reglas santas del Decálogo cristiano y las piadosas reuniones que se celebraban en los dias festivos, promulgó el rey idólatra un decálogo, y una ley imponiendo á la nacion cuatro solemnidades religiosas al año. «Grande é involuntario homenage, dice el obispo de Hesebon, prestado á la belleza de nuestra moral evangélica y á la verdad de nuestro culto, que satisfacen todas las necesidades que puede esperimentar el corazon del hombre.» Entre tanto, el vicario apostólico de Cochinchina, refugiado en Siam, se habia dirigido á Pinang con los seminaristas que le acompañaron al verse obligado á separarse de su vicariato. Tuvo aquel prelado el consuelo de consagrar, bajo el título de obispo de Metellópolis, á Cuenot, su coadjutor, que volvió á entrar en su asolado vicariato el 24 de junio. Minh-mang, nombrado rey en perjuicio del príncipe legítimo, al que suponia eran favo-

rables los misioneros, se decidió por sus temores políticos á perseguirles sin tregua; habiendo sido preso Marchand en el mes de setiembre del año 1835, en una fortaleza en que le tenian los rebeldes detenido, acabó aquella circunstancia de confirmar al rey en la idea de que entraban los cristianos en todos los complots formados contra su persona. Despues de haber arrancado á pedazos las carnes del mártir, sin que lograsen sus verdugos hacerle exhalar ni un lamento siquera, acabaron por decapitarle, á pesar de haber sucumbido ya al rigor de los tormentos: voló el alma del mártir al cielo á principios de noviembre. Hallándose el misionero Retord oculto en un foso por burlar la persecucion de uno de los mandarines, discurria de este modo acerca de sus generosos hermanos en el apostolado: «Cuan pronto pasa la vida de los misioneros: es como la flecha que hiende el aire para llegar á su objeto, con la sola diferencia de que es la eternidad el objeto que aquellos se proponen alcanzar. Suat, murió hace ya tres años; Mollin, fué arrojado á un rio en el que murió ahogado; un sacerdote anamita fué decapitado; el P. Odorico murió en el destierro; Gagelin, estrangulado; Rouge sucumbió en las montañas; Mr. Jaccard murió lentamente en un calabozo; y Marchand.... ¡ah! bien lo he dicho; ¡cuán pronto pasa la vida de los misioneros!» La falta de salud obligaba al misionero Cornay á dirigirse á Francia, pero como cayese en poder de sus perseguidores al emprender la marcha, fué condenado á muerte el dia 20 de setiembre del año 1837; al llegar al lugar del suplicio, se le sacó de la jaula en que estaba encerrado, se le quitaron los hierros y se le decapitó, siendo luego su cuerpo descuartizado. El catequista tongkinés, Francisco Javier Can, selló tambien con su sangre las doctrinas cristianas, habiendo sido estrangulado el dia 30 de noviembre. Tambien la mision dominicana del Tong-king oriental tuvo sus mártires, y no se vió menos perseguida que las de Cochinchina y del Tong-king occidental, compuestas de sacerdotes franceses. Ignacio Delgado, que hacia cuarenta años estaba desempeñando las funciones de vicario apostólico, murió en un calabozo el dia 12 de junio del año 1838, á consecuencia de las privaciones y tormentos que sufrió durante su cautiverio; Domingo Henarez, su coadjutor, que contaba cuarenta y nueve años de apostolado, alcanzó tambien la palma del martirio el dia 25 del propio mes. Muchos fueron los simples sacerdotes, así europeos como tongkineses, que sellaron, como aquel santo prelado, con su sangre el Evangelio que anunciaban. El Ilmo. Havard, obispo de Castoria, murió tambien en el Tong-king occidental el dia 5 de julio, á consecuencia de las privaciones y fatigas que soportó por cumplir con el ejercicio de sus santos deberes. Los PP. Candalh y Vialle, y Jaccard y Tomás Thien alcanzaron tambien la palma del martirio en Cochinchina á 21 de setiembre; la misma suerte cupo á Pedro Dumoulin Borie dos meses despues: habiendo sido nombrado obispo de Acanta, á la muerte de Havard, vicario apostólico del Tong-king occidental, no tardó en seguir al sepulcro á su digno predecesor. Los dos sacerdotes anamitas, compañeros de su martirio, fueron estrangulados, siendo su muerte muy pronta, lo que no sucedió así con el prelado, merced á la impericia de su verdugo, que tuvo que herirle varias veces antes de separarle la cabeza del tronco: hasta el mismo mandarin que presidia la ejecucion retrocedió horrorizado ante aquel sangriento espectáculo. Por siete veces el verdugo repitió el golpe fatal, sin que nunca arrojase el confesor de Jesucristo un grito. En virtud de la muerte de los dos prelados dominicos y del obispo electo de Acanthe, quedó todo el Tong-king privado de sus primeros pastores. En tan grave apuro, se encargó el sacerdote Retord de la direccion de la parte occidental; aceptó la responsabilidad tan temible del episcopado, y no pudiendo penetrar en Cochinchina, fué á hacerse consagrar en Manila, mientras rugía con mas furia la persecucion contra el nombre cristiano. Habian sido dados ya los edictos de 5 de



[illegible] que aqu[illegible] propo[illegible] murió [illegible] Molin[illegible] gado á muerte [illegible] un sacerdote [illegible] P. Olleron murió en el destierro; Gag[illegible] estrangulado; Rouge [illegible] en las [illegible]; Mr. Jaccard [illegible] lentamente [illegible] los [illegible] seguidores al [illegible] á muerte [illegible] 1837, al lugar [illegible] Francisco [illegible] Tambien la [illegible] tuvo [illegible] franceses.

Ignacio Delgado, que hacia cuarenta años estaba desempeñando las funciones de vicario apostólico, murió en un calabozo el dia 12 de julio del año 1838, á consecuencia de las privaciones y tormentos que sufrió durante su cautiverio, Domingo Henarez, su coadjutor, que contaba cuarenta y nueve años de apostolado, alcanzó tambien la palma del martirio el dia 25 del propio mes. Muchos fueron los [illegible] sacerdotes, así europeos como tunkineses, que sellaron, como aquel santo prelado, con su sangre el Evangelio que anunciaban. [illegible] Havard, obispo de Castoria, murió tambien en el Tong-king occidental el dia 5 de julio, á consecuencia de las privaciones y fatigas que soportó por cumplir con el ejercicio de sus santos deberes. Los PP. Cornay, [illegible], y Jaccard y Tomas Thien alcanzaron tambien la palma del martirio en Cochinchina [illegible] á 21 de setiembre, la misma suerte cupo á Pedro Dumoulin Borie dos meses despues: habiéndole sido nombrado obispo de Acanthe, á la muerte de Havard, vicario apostólico del Tong-king occidental, no tardó en seguir al sepulcro á su digno predecesor. Los dos sacerdotes anamitas, compañeros de su martirio, fueron estrangulados, siendo su muerte muy pronta, lo que no sucedió así con el prelado, merced á la impericia de su verdugo, que tuvo que herirle varias veces antes de separarle la cabeza del tronco: hasta el mismo mandarin que presidia la ejecucion retrocedió horrorizado ante aquel sangriento espectáculo. Por siete veces el verdugo repitió el golpe fatal, sin que nunca arrojase el confesor de Jesucristo un grito. En virtud de la muerte de los dos prelados dominicos y del obispo electo de Acanthe, quedó todo el Tong-king privado de sus primeros pastores. En tan grave apuro se encargó el sacerdote Retord de la direccion de la parte occidental; aceptó la responsabilidad tan temible del episcopado, y no pudiendo penetrar en Cochinchina, fué á hacerse consagrar en Manila, mientras rugia con mas furia la persecucion contra el nombre cristiano. Habian sido dados ya los edictos de 3 de



Pierre Dumoulin Borie

Pietro Dumoulin Borie — Pedro Dumoulin Borie

Gaume frères éditeurs

diciembre del año 1838 y de 18 de enero y 3 de octubre de 1839, siendo en su virtud condenados á muerte muchos fieles y diferentes sacerdotes anamitas; tenia por objeto el edicto de 3 de octubre obligar á los cristianos á manifestar su fé, puesto que se les exigia alzar templos y altares en honor de sus antepasados: habria sufrido la religion un golpe mortal en todo el imperio de Anam, á haber cumplido los mandarines con rigor aquel terrible decreto. El dia 31 de mayo fué consagrado Retord en Manila, bajo el título de obispo de Acanthe, y desembarcó á 16 de enero del año 1841 en el Tong-king, acompañado de tres nuevos misioneros europeos; siendo mas afortunado que Taberd, vicario apostólico de Cochinchina, que acababa de morir en el destierro, dejando un precioso diccionario anamita. Casi en el mismo momento en que el obispo de Acante pisó el suelo del Tong-king, esto es, el dia 20 de enero del año 1841, fué llamado Minh-mang al tribunal de Dios, para dar cuenta de la sangre de los mártires. Vivamente alarmado aquel príncipe al estallar la guerra entre los ingleses y los chinos, envió á Francia algunos mandarines inferiores, á fin de que viesen cuales eran las disposiciones del gobierno francés respecto de la Cochinchina: la conducta empero de su soberano, hizo que el rey no quisiese darles audiencia, por lo que tuvieron que volverse á su patria, sin poder desempeñar la mision que les fué confiada.

Durante el reinado de Thieu-tri, hijo y sucesor de Minh-mang, consagró el obispo de Acanthe el dia 25 de abril al dominico Hermosilla, nombrado vicario apostólico del Tong-king oriental, cuyo nuevo prelado partió desde luego para ir á conferir el carácter episcopal á su coadjutor. «Preciso es en este pais, dice Retord, apresurarse á ungir con el óleo santo otras frentes, por estar nuestra cabeza contínuamente espuesta á rodar bajo la cuchilla de los verdugos.»

En vista de la triste suerte de aquellas cristiandades desoladas, no solo concedió Gregorio XVI indulgencias á los fieles que orasen por ellos, á fin de que les diese Dios la constancia y firmeza de que tanto necesitaban en tan dura prueba, sino que en el consistorio secreto de 27 de febrero de 1840, ensalzó el Pontífice ante el Sacro Colegio la gloria de los mártires y de los confesores; y, aprobando luego en 19 de junio la formacion del proceso de beatificacion y canonizacion, quiso que los gloriosos nombres de aquellos nuevos testigos de Jesucristo, fuesen inscritos lo mas prontamente posible en los dípticos sagrados.

CAPÍTULO V.

Apostolado de la Congregacion de las Misiones Estrangeras, de los sacerdotes de la Mision y de los jesuitas en China.

La Congregacion de las Misiones Estrangeras estaba representada en China por el Ilmo. Pottier, obispo de Agathópolis y vicario apostólico del Sse-Tchouan, quien gobernaba tambien las provincias de Kouei-Tcheou y Yun-nan. Hácia el año 1780 fundó un colegio chino en su vicariato; y como estaba encargado de un pais estensísimo, obtuvo por coadjutor al Ilmo. de Saint-Martin, al que consagró á 13 de junio del año 1784, bajo el título de obispo de Caradre. Precisas eran todas las precauciones para perpetuar los operarios evangélicos en un imperio en que el breve de supresion de los jesuitas iba á secar el manantial abundante y purísimo de las conversiones

El arresto de algunos misioneros de la Propaganda, que habian sido enviados á China para llenar una parte de los claros causados por la estincion de la familia de San Ignacio, hizo renovar la persecucion contra los ministros del Evangelio en las provincias, escepto en la capital, donde eran recibidos siempre con señaladas muestras de aprecio. Alejandro de Govea, franciscano portugués, que acababa de ser nombrado obispo de Peking, llegó á su diócesis el dia 5 de julio de 1784. Despues de la supresion de la Compañía de Jesus, fué la familia de San Vicente de Paul encar-

gada de las misiones que los jesuitas franceses dirigian en China, tanto en Peking como en las provincias; en su virtud, los sacerdotes Raux y Ghislain, acompañados del hermano Paris, relojero, fueron enviados el año 1784 á la capital del Celeste Imperio. El primero, que era superior de la mision, fué nombrado miembro del tribunal de matemáticas y de astronomía, y mandarin de Peking, donde murió á 16 de noviembre del año 1801; el hermano Paris, despues de haber hecho importantes trabajos en relojería para el palacio del emperador, terminó su carrera á 6 de setiembre del año 1804; y Ghislain murió á 12 de agosto de 1812. Nada descuidaron aquellos sacerdotes de la mision, ni los antiguos jesuitas por aliviar en lo posible la triste suerte de los confesores de Jesucristo que habian sido detenidos por los años de 1784 y 1785 en las provincias del imperio; el obispo de Caradre y los sacerdotes Devaut, Delpon y Dufresse, fueron trasladados con otros siete misioneros á las cárceles de Peking, en las que no tardaron en morir algunos de ellos, no obstante la proteccion que les dispensaban los sacerdotes de la Mision y los jesuitas. Impúsose la pena de destierro perpétuo á los indígenas cristianos, y la de detencion tambien perpétua á los europeos; pero en 10 de noviembre del año 1785, se permitió á los últimos regresar á Macao. El obispo de Caradre y el sacerdote Dufresse, que, junto con otros siete misioneros tomaron el partido de salir del imperio, fueron á aguardar en Manila un momento favorable para regresar al Sse-tchouan, á cuya mision volvieron á presentarse el dia 14 de enero de 1789. La muerte del obispo de Agathópolis, ocurrida el dia 28 de setiembre de 1792, hizo que tuviese su coadjutor que ejercer como titular las funciones de vicario apostólico.

La congregacion de la Mision, émula del seminario de las Misiones Estrangeras, envió en el año 1788 los sacerdotes Aubin y Hanna á la China, cuyo emperador habia prohibido terminantemente á la sazon la entrada en su reino; despues de haber aguardado en vano Aubin la autorizacion solicitada para efectuarlo, penetró secretamente en el imperio, á fin de evangelizar el Ho-nan; pero habiendo sido descubierto algunos años despues, fué encarcelado; muriendo en su prision el dia 1.° de agosto del año 1795. Hanna fué autorizado para dirigirse á Peking, donde murió en 10 de enero de 1797. Los sacerdotes Pené, Clet y Lamiot fueron enviados tambien á China el año 1790; logrando el primero penetrar al año siguiente en el Hou-pé, donde trabajó con ardor y celo hasta su muerte, ocurrida en 20 de junio de 1795: Clet entró en China en el año 1792, siendo el Kiang-si y el Hou-pé teatro de su apostolado; Lamiot, que fué autorizado para dirigirse á Peking, llegó á ser intérprete del emperador. Los nombres de estos ilustres misioneros llegaron á ser conocidos en todas las provincias del imperio por circundarles la aureóla de los confesores de la fé. A pesar del triste estado en que se veia la Francia en el año 1798, y de la dispersion de las misioneros por haber sido suprimida la congregacion, fueron destinados á Peking los sacerdotes Dumazel y Richenet. «En aquella época, escribia un sacerdote indígena de la Mision, se celebraban con regularidad en China los oficios divinos; en todas las grandes solemnidades oficiaba el obispo de pontifical, y en la fiesta del Corpus se hacia la procesion con gran pompa, asistiendo á ella los sacerdotes europeos y chinos de las cuatro iglesias y todos los seminaristas. Causaba aquella solemnidad una viva impresion en el ánimo de los infieles; dudo que en ninguna parte se hiciese con mas órden y regularidad, ni de un modo mas edificante. Pero desgraciadamente en el año 1804 fué detenido un espreso que llevaba la correspondencia de los misioneros de Peking á Macao; y como se convenciese el gobierno de que se trataba en ella de hacer entrar ejércitos europeos en el imperio, persiguió desde aquel dia encarnizadamente á todos los cristianos.» El dia 3 de marzo de 1805 recibieron los sacerdotes Dumazel y

Richenet la autorizacion competente para entrar en Peking, viéndose obligados á regresar nuevamente á Macao, cuando estaban ya solo á tres jornadas de aquella capital, por haber recibido contraórden. Como viese Dumazel que no le era ya posible llegar á la capital, tomó el partido de penetrar secretamente en el interior del imperio, donde terminó su gloriosa carrera el dia 15 de diciembre de 1818. Obligado Richenet, á pesar suyo, á vivir en Macao para dirigir los asuntos de las misiones, se dirigió á Francia en el año 1815, al objeto de procurarse nuevos apóstoles; pero como la congregacion no habia sido aun restablecida, no dió su viage el apetecido resultado. Algun tiempo despues, fué nombrado director de las Hermanas de la Caridad en Paris.

Mientras que los sacerdotes de la Mision, sucesores de los jesuitas franceses, atendian al cuidado de aquellas comuniones cristianas, los de la Congregacion de las Misiones Estrangeras evangelizaban el Sse-tchouan. El seminario central de Paris, herido de muerte como todas las demás instituciones religiosas que habia en Francia, tuvo que cerrar sus puertas, viéndose obligados sus directores á refugiarse á Roma ó á Lóndres por continuar libremente su correspondencia con las misiones y procurarse algunos socorros. Seis nuevos apóstoles se embarcaron en Lóndres durante los años 1796 y 1799, y partieron algunos años despues cuatro de Roma con el mismo objeto: Souviron, uno de los que se embarcaron en Lóndres, fué descubierto al entrar en la China, muriendo el dia 13 de mayo de 1797 en las cárceles de Canton. El obispo de Caradre, despues de haber consagrado á Dufresse, su coadjutor, bajo el título de obispo de Tabraca, espiró en 15 de noviembre de 1801; Dufresse, nombrado vicario apostólico del Sse-tchouan, consagró obispo de Caradre al sacerdote Trenchant; y como pareciese haber cesado un tanto la persecucion, celebró en el mes de setiembre de 1803 el primer sínodo que ha habido en la China. De los diez y ocho sacerdotes que se encontraban entonces en la mision, asistieron á él catorce; dió aquel sínodo una porcion de estatutos que la Congregacion de la Propaganda propuso despues á los demás operarios evangélicos de la China, como la mejor regla de conducta que podian seguir en su ministerio apostólico. Poco tiempo despues ocurrió la detencion del espreso que era portador de los despachos de los misioneros de Peking á Macao, cuya circunstancia dió lugar á un nuevo edicto contra el cristianismo en todo el imperio; pero que no fué de muy funestas consecuencias en el Sse-tchouan. Habiendo muerto el obispo de Caradre en 18 de abril del año 1806, no pudo el vicario apostólico consagrar al sacerdote Florent, su nuevo coadjutor bajo el título de obispo de Zela, hasta el 29 de junio de 1810. A pesar de las contínuas vejaciones que sufrian las tres provincias de aquel vicariato, iba la religion haciendo en él grandes progresos. Uno de los sacerdotes que mas se distinguieron por su laboriosidad y por su celo, fué sin duda Hamel, no tanto por el ejercicio del ministerio esterior, como por la constancia y acierto con que se consagró á la instruccion del clero indígena. Este digno profesor, que murió en 13 de diciembre de 1812, habia traducido al chino un tratado de teología para los seminaristas que no podian aprender la lengua latina.

Un edicto del emperador Kia-king, dado con motivo del arresto de un sacerdote chino en el Chensi, imponia la pena de muerte á todos los sacerdotes que fuesen descubiertos en el imperio; quedó la mision de Peking en virtud de aquel edicto sumamente espuesta, por haberse pretendido espulsar á todos los ministros del Evangelio, escepto los tres que formaban el tribunal de matemáticas. La sola idea del bien que podian producir en China, hizo aceptar á los misioneros aquella posicion, que aunque precaria, era preferible á una espulsion absoluta; por otra parte, el temor que tuvo la córte de que los tres misioneros antes citados pidiesen salir tambien del impe-

rio, por librarse de las privaciones y temores á que iba á esponerles el último edicto, contribuyó á que reinára cierta moderacion en varios puntos; si bien no dejaron de ejercerse por esto crueles vejaciones en muchos otros. Sin embargo, no tardó en estallar en breve una nueva tormenta: el colegio de Lo-lang-keou, formado por los sacerdotes del seminario de las Misiones Estrangeras, y dirigido por el obispo de Zela desde la muerte del sábio Hamel, fué incendiado; el obispo de Zela que tuvo que refugiarse con dos seminaristas en el Tong-king, murió en el destierro el dia 14 de diciembre de 1814. El obispo de Tabrara, no menos amenazado que su coadjutor, fué detenido el dia 15 de mayo del año 1815; tratáronle los mandarines con toda la consideracion debida, sin que bastase empero á hacerle recobrar su libertad el rescate ofrecido por Escodeca de Boissonnade, provicario del Sse-tchouan. Mas de treinta cristianos, que habian confesado generosamente la fé, fueron sacados de la cárcel para acompañar á su obispo hasta el lugar del suplicio, por creer los idólatras que la muerte del primer pastor habia de intimidar necesariamente á sus ovejas; pero lejos de ser así, cuando el mandarin les previno que habian de apostatar ó ser estrangulados, todos se postraron á los piés del obispo, le pidieron la absolucion y se dispusieron á morir cristianamente. El santo prelado les suplicó entonces que imitasen el ejemplo que iba á presentarles, y despues de darles la absolucion, puso el cuello sobre el pilon con una calma inalterable: fué aquella cabeza derribada de un solo golpe, y al ver los confesores brillar aquella preciosa corona de sangre sobre el mutilado tronco de su obispo, se sintieron todos ellos abrasados del deseo del martirio. Con todo, fueron conducidos nuevamente á la cárcel, de la que salieron á los pocos dias para ser desterrados. Si aquella persecucion fué causa de algunas apostasías, procuró en cambio á otros cristianos, y particularmente á tres sacerdotes chinos, la gloria de acompañar al cielo al santo obispo que les habia guiado en la tierra, y cuyo martirio hizo esclamar á Pio VII en el consistorio de 23 de diciembre de 1816: «Muerte verdaderamente preciosa ante el Señor; muerte cuya relacion nos ha llegado hasta el fondo del alma: al leerla, creíamos leer un pasaje de los anales de la primitiva iglesia.» La persecucion, que parecia ser menos encarnizada en 1816, volvió á encrudelecerse al año siguiente, siendo víctimas de ella diferentes sacerdotes chinos; la dispersion de los colegiales, los arrestos hechos entre el clero indígena y la muerte de los dos obispos, dejaron al vicariato apostólico del Sse-tchouan en el mas triste estado. Luis Fontana, nombrado vicario apostólico y obispo de Sinita, se veia en la imposibilidad de recibir la consagracion episcopal, hasta que se tomó el partido de nombrarle por coadjutor al misionero Procheau, quien fué consagrado en Paris el dia 1.° de febrero del año 1818, y fué á consagrar á su vez á Fontana en el Sse-tchouan el año 1820. Atendieron ambos prelados á la conservacion y aumento del clero indígena.

Entre tanto la Congregacion de las Misiones, restablecida en el año 1816, procuraba reunir los antiguos misioneros que habian logrado librarse de la tormenta revolucionaria que les dispersára á todos; así que, por mas urgentes que fuesen las necesidades de las misiones de la China, preciso fué emplear mucho tiempo en reunir y formar operarios que pudiesen cultivar con provecho aquella tan importante como peligrosa viña. En aquel intérvalo, se procedió á la captura del sacerdote Clet, que desde las cárceles de Ou-tchan-fou, escribia en 28 de octubre de 1819 á Mr. Richenet, lo siguiente: «Mi querido amigo, el punto desde el que os escribo, no podrá menos de indicaros con cuanta razon empleo estas palabras del profeta: *Deus.... adjutor in tribulationibus quæ invenerunt nos nimis*, Dios es nuestro apoyo en medio de las tribulaciones que nos rodean. En el mes de diciembre del año 1818, una enfermedad de siete dias nos arrebató al celoso Dumazel, como si la Providencia hubiese

querido evitar á su alma sensible el dolor de ver la desolacion de las comuniones cristianas residentes en las montañas de Cou-tching. En el mes de febrero del año 1819, fué nuestro cofrade el misionero Chen vendido á los pretorianos por un nuevo Judas, mediante la suma de veinte mil dineros, de la que se ha visto privado por otro pícaro como él; despues de haber sido honrado el confesor de Jesucristo con sesenta azotes, fué conducido á la capital. Yo fuí cogido en las inmediaciones de Nou-gang-fou, en el Ho-nan, donde despues de haber sido tambien varias veces azotado, se me condujo á la capital cargado de cadenas; teniendo al menos el consuelo de encontrar á mi querido amigo Chen con otros diez cristianos, reunidos todos en un mismo cuarto, en el que podemos hacer libremente nuestras oraciones. Lo confieso: no puedo menos de derramar lágrimas de ternura, al ver la dicha que concede el cielo á este su indigno siervo, así como tambien á los fieles detenidos, que solo podian ser confesados por mí. Lamiot se ha comprometido solo por poder verme, pero espero que pronto quedará su asunto terminado; tampoco creo sea el mio de larga duracion.» Luego añadió la siguiente posdata: «Los SS. Lamiot, Chen y yo, y otros muchos fieles, fuímos juzgados definitivamente por el gran mandarin el dia 1.° de enero de 1820. Todos los que han tenido la desgracia de apostatar, comiendo la carne de tocino que les ha sido presentada en señal de apostasía, han sido enviados inmediatamente á sus casas. Luego se hizo comparecer á veinte y tres cristianos, que perseveraron generosamente en la profesion de nuestra fé, por cuyo motivo volvieron á ser conducidos á la cárcel, para aguardar en ella la decision del emperador; y finalmente, comparecimos los SS. Lamiot, Chen y yo. Despues de dos ó tres preguntas, el ta-gen declaró libre á Lamiot, y le mandó levantarse; luego escitó á Chen á que apostatase, y como se negase á ello, le declaró culpable; á mi vez fuí declarado tambien culpable. En su virtud, fué Lamiot conducido á su casa en una silla de manos; y Chen y yo cargados de cadenas regresamos á la cárcel, en la que nos quitamos los ornamentos que nos habíamos puesto para presentarnos al mandarin; no es probable tardemos en saber la decision del emperador; por mas que el ta-gen haya escrito algunas palabras en mi descargo, no es probable se me salve la vida. Así pues, procuro disponerme á morir, repitiendo á menudo estas palabras de San Pablo: «*Mihi vivere Christus est, et mori lucrum*. Si vivo es por Jesucristo, y la muerte seria para mi un beneficio.» La decision imperial fué tal como el confesor Clet lo esperaba: no le hacia ninguna gracia; el mandarin al comunicársela le dijo: «Has corrompido á tantos de los nuestros, que no quiere el emperador salvarte la vida.» Contestóle el religioso: «Gustoso me conformo á ello.» Despues de haberse preparado para el martirio con una calma admirable, fué aquel apóstol estrangulado el dia 18 de abril del año 1820; el hábito que llevaba en el momento de morir, y la cuerda que sirvió de instrumento para su suplicio, son guardados religiosamente en Paris. Al verse Lamiot desterrado del imperio, se retiró á Macao, donde fundó un seminario para los chinos, que dirigió durante su vida. «Desde que se ausentó aquel religioso, dice el sacerdote Sué, hemos dejado de ser dirigidos por misioneros europeos. Cuando partió Lamiot, quiso el señor Sera, misionero portugués, encargarse de nosotros y de nuestra iglesia y casa de Peking; pero en el año 1826 pidió este religioso permiso al emperador para regresar á Europa. Desde entonces no quedó ningun europeo que pudiese conservar nuestra iglesia y nuestra casa; y como ningun chino podia encargarse de ellas, por no permitirle las leyes del pais poseer bienes que hubiesen pertenecido á los europeos, el gobierno se apoderó de ellas; viéndonos obligados nosotros á retirarnos á Macao, donde formamos un pequeño establecimiento para los jóvenes que se sentian inclinados á abrazar la carrera eclesiástica, y á los que enviába-

mos luego á nuestro noviciado de Macao. »

El sacerdote chino Lieou, detenido en el Sse-tchouan, pais evangelizado por los sacerdotes del seminario de las Misiones-Estrangeras, fué estrangulado en el año 1823. Al año siguiente se sublevaron muchos idólatras, dando aquella rebelion pretesto para oprimir nuevamente á los cristianos; hasta el vicario apostólico y otro sacerdote fueron detenidos, y obligados á pagar un rescate para obtener su libertad. Mientras continuaba prosperando el seminario central de Pulo-Pinang, se formó un nuevo colegio en el Yun-nan; tambien el sacerdote Imbert empezó en el año 1830, un segundo establecimiento en el principado de Moping, en el Tibet, cerca de la frontera china. Aunque podian los cristianos seguir por lo general su religion, no cesaban de suscitarse con frecuencia ciertas persecuciones locales, que les daban ocasion para manifestar su constancia. Pedro Lieou, despues de haber buscado el martirio con el heroismo mas perseverante, logró al fin alcanzarle en su ancianidad, el dia 17 de mayo del año 1834; tambien el virtuoso Escodeca de la Boissonnade terminó en el año 1836 su activo apostolado. El obispo de Sinita, que tantas veces se habia visto próximo á alcanzar la palma gloriosa del martirio, murió el 11 de junio del año 1838, dejando al obispo de Maxula todo el peso del vicariato del Sse-tchouan, compuesto de tres provincias; sin embargo, iba á ser segregada de él la de Yun-nan, para formar un vicariato particular, que habia de ser confiado al celo de la misma congregacion. Fué aquella disposicion recibida con tanto mayor placer, cuanto que demostraba las intenciones de la Santa Sede en aumentar el número de los obispos misioneros y en hacer menos estensos los vicariatos apostólicos, para atender mas fácilmente en ellos á la propagacion de la fé. Las tres provincias que formaban aun el vicariato del Sse-tchouan en el año 1840, contenian mas de sesenta mil cristianos, ciento cincuenta y nueve escuelas para los niños de ambos sexos, mas de nueve cientas religiosas, treinta sacerdotes chinos, formados en los dos colegios del vicariato y doce misioneros europeos, comprendido el vicario apostólico que estaba á su frente.

Al ver la Providencia los abundantes frutos debidos á aquellos esforzados apóstoles, dispuso aumentar su número con los hijos de San Vicente de Paul.

La edad y los achaques de Lamiot, único sacerdote de la mision que quedaba en China, inspiraban á todos los fieles vivas inquietudes, cuando en el año 1828 inspiró Dios al sacerdote Torrette el deseo de ir á evangelizar aquel pais. Como supiese aquel sacerdote en Macao el estado de la mision que era constante objeto de sus aspiraciones, dirigióse inmediatamente á ella, llegando aun á tiempo para recibir el último suspiro de Lamiot, el dia 5 de junio del año 1831. En breve siguieron otros misioneros el ejemplo de Torrette; Luis Perboyre, que partió de Francia á últimos del año 1830, murió en la travesía; en el mes de marzo del año 1832, llegaron á Macao los SS. Rameaux y Laribe, penetrando luego secretamente el primero en el Houpe, y el segundo en el Kiang-si. Además de los diferentes sacerdotes que se habian dirigido ya á aquella region, se embarcaron en el mes de marzo del año 1835 los SS. Gabet, Perri y Juan Gabriel Perboire para el Celeste Imperio, en el que queria este último ocupar el puesto que habia dejado vacante la muerte de su hermano. Diez eran los sacerdotes que desde el año 1828 se habian embarcado para la China, entre los que habia nueve de ellos robustos y jóvenes, que recorrieron con gloria la santa carrera del apostolado.

La primera mision de que se encargó en la China la familia de San Vicente de Paul, fué la de Peking, capital del imperio, en la provincia de aquel mismo nombre: se estendia hasta allende la gran muralla, en la Tartaria, conteniendo cerca de veinte mil cristianos. La segunda, que era en el Houpé, distrito de la provincia de Hou-kouang, tenia doscientas leguas de estension, y contenia diez mil cris-



[illegible] en el [illegible] 23. A [illegible] 1836 [illegible] el [illegible] martirio [illegible] el dia 17 [illegible] 183[illegible] el virtuoso [illegible] en el año [illegible] El obispo de Sinit [illegible] tantas veces se habia visto próximo a [illegible] la palma gloriosa del martirio, m[illegible] de junio [illegible] 1838, [illegible] del [illegible] de [illegible] ar un [illegible] cuanto [illegible] la Santa [illegible] s obispos [illegible] los vi- [illegible] mas fácil- [illegible] de la fé. Las [illegible] el vicariato [illegible], contenian [illegible] cincuenta [illegible] de ambos se- [illegible] religiosas, treinta

sacerdotes chinos, formados en los [illegible] del vicariato y doce misioneros [illegible] el vicario apos[illegible] su [illegible].

Al ver [illegible] los [illegible] esforzados apo[illegible] con los hijos de [illegible] Vice[illegible] Paul.

[illegible] ataques de Lamiot, [illegible] mision que [illegible] China [illegible] todos los fieles [illegible], cuando en el año 1828 inspiró Dios al sacerdote T[illegible] el deseo de ir a evangelizar a [illegible]. Como supiese aquel sacerdote en [illegible] el estado de la mision [illegible] de sus aspiraciones [illegible] á ella, llegando aun a tiempo [illegible] el último suspiro de Lamiot, el [illegible] 5 [illegible] junio del año 1831. En breve [illegible] otros misioneros el ejemplo de T[illegible] [illegible] Laribe [illegible], que partió de Francia [illegible] año 1830, murió en la travesía [illegible] en [illegible] de marzo del año 1832. [illegible] los SS. Rameaux y Laribe, [illegible] secretamente el primero en [illegible] y el segundo en el Kiang-si. A [illegible] de los diferentes sacerdotes que se habian [illegible] aquella region, se [illegible] en el mes de marzo del año 1835 los SS. G[illegible]bet, Perri y Juan Gabriel Perboire para el Celeste Imperio, en el que queria este [illegible] ocupar el puesto que habia dejado vacante la muerte de su hermano. Diez eran los sacerdotes que desde el año 1828 se habian embarcado para la China, entre los que [illegible] de ellos robustos y jóvenes, [illegible] con gloria la santa carrera [illegible].

La primera mision de que se [illegible] en la China la familia de San Vicente [illegible] la de Peking, capital del imperio [illegible] provincia de aquel mismo nombre [illegible] hasta allende la gran muralla [illegible] conteniendo cerca de veinte [illegible] segunda, que era en el Hou[illegible] provincia de Hou-kouang, tenia [illegible] guas de estension, y contenia



Jean Gabriel Perboyre

Gian Gabrielo Perboyre. Juan Gabriel Perboyre.

Gaume frères éditeurs.

[illegible]

tianos; la tercera, situada en el Ho-nan, constaba de quinientos cristianos y tenia como unas ciento cincuenta leguas de largo; comprendia la cuarta seis distritos de la provincia de Kiang-si, y contaba en su seno seis mil cristianos; la quinta el Tche-kiang; y por último, abrazaba la sexta el Kiang-nan, distrito de la provincia de Nanking, y habia en ella mil cien fieles. Todas estas seis misiones eran dirigidas por siete lazaristas franceses y por unos veinte lazaristas chinos; habia además otros diez sacerdotes franceses y uno chino que dirigian el seminario de Macao, en el que habia siempre de quince á diez y ocho jóvenes. Dió empero la Congregacion de la Propaganda un decreto en el mes de enero del año 1839, por el que privó á los hijos de San Vicente de Paul de la mision del Houpé, por confiarla al vicario apostólico de aquella provincia; en cambio, confió á los lazaristas toda la provincia del Tche-kiang, que ocupaban ya, para formar un vicariato apostólico, cuyo titular, sacado de su instituto, y revestido del carácter episcopal, fué el Ilmo. Alejo Rameaux, consagrado bajo el título de obispo de Myre. Cuando la Congregacion de la Mision fué suprimida en Portugal, todos los misioneros portugueses que se vieron por aquel motivo privados de recibir recursos, y de continuar al frente de sus respectivas cristiandades, fueron relevados por los lazaristas, en virtud de una órden de la Propaganda, hasta que pudiesen los religiosos portugueses, caso de ser restablecidos, encargarse nuevamente de ellas. En virtud de esta última disposicion, viéronse los lazaristas en China al frente de cuatro provincias y de diferentes comuniones cristianas en las que ascendia á mas de ochenta mil el número de los fieles; además, dirigia aquel instituto el pequeño seminario de Si-ouan, establecido en la Tartaria mogola, y el noviciado de Macao; en el que residia el sacerdote Torrette, superior de todas las misiones de los hijos de San Vicente de Paul en China.

Diferentes fueron los religiosos que desde el año 1836 al de 1839, fueron á ponerse á las órdenes del celoso superior, deseando tomar una activa parte en el ministerio apostólico que dirigia aquel desde Macao con tanto celo como acierto.

Perboyre, que habia penetrado el año 1836 en el interior del imperio, trabajaba en la misma provincia que habia evangelizado el celoso Clet, al que se propuso tomar por modelo, y con el que tenia bastante semejanza física y moralmente. Durante su permanencia en Han-yang, poblacion situada frente á la capital del Houpé, «la primera misa que celebré, dice el mismo, fué de S. Cleto, papa y mártir; lo que acabó de recordarme que me encontraba en el punto mismo en que nuestro querido Clet, habia dado su vida por Jesucristo.» Una de sus cartas contenia tambien estos detalles acerca de aquel mártir cristiano: «El dia en que fué arrestado, antes de que se supiese que se le perseguia, dijo á una persona que vive aun, que no tardaria en prendérsele. Cuando fué presentado al primer mandarin, le dijo: «Hermano mio, ahora me juzgas á mí, y en breve serás tú tambien juzgado por mi Dios.» Contestóle el mandarin: «Quiero, pues, hacerte azotar, y ya veré despues como tu Dios me castiga.» Y, en efecto, le hizo dar algunos azotes; pero no habia consumado aun Clet su martirio, cuando ya el mandarin habia muerto miserablemente. Al ser presentado á otro tribunal, dijo tambien al mandarin: «Ahora soy yo juzgado; pero antes de tres años tendrá tambien vuestro emperador que dar cuenta á mi Dios.» Y á los seis meses de haber alcanzado Clet la palma del martirio, murió el emperador Kia-kin en Tartaria, herido del rayo; lo que no se atreven los chinos á decir públicamente. Todos estos hechos contribuirán á aumentar mas la veneracion en que teneis al respetable cofrade que ha sellado con su sangre generosa la fé que predicó á los chinos; por mi parte, me felicito de trabajar en esta parte de la viña del Señor, que él cultivó con tanto celo: su memoria, tan piadosamente conservada en este pais, acaba de despertar

en mí el deseo de seguir sus huellas.» Y en efecto, como su digno antecesor, alcanzó tambien Perboyre el martirio. Empezó á rugir nuevamente la persecucion en el Houpé el dia 15 de setiembre del año 1839; hallábanse los SS. Rameaux, obispo de Myre, Baldus, Perboyre y el P. Clauzetto, misionero italiano de la Propaganda, celebrando juntos la fiesta del santo nombre de María, cuando se les anunció que habian sido delatados. No pudiendo ser habidos por haberse puesto en salvo, fué hallado Perboyre á los tres dias por los soldados, junto con el catecúmeno que le acompañaba. «¿Buscais á un europeo? les preguntó este último. — Sí, buscamos á un jefe de la religion del Dios del cielo. — Y, ¿cuánto se ha ofrecido al que lo entregase? — Treinta taels. — Pues bien, ese hombre es el europeo á quien buscais,» dijo el Judas chino, señalando á Perboyre. «Solo faltaba, dice Mr. Huc, biógrafo de Perboyre, el beso del traidor; teniendo nuestro querido hermano la dicha de ver el principio de su pasion igual al de la de nuestro Salvador divino. Véase como hubo en China un nuevo Iscariote que delató á su maestro, y vendió su sangre por treinta dineros.... *Quid vultis mihi dare, et ego vobis eum tradam?... Et obtulerunt ei triginta argenteos.*» Cuando el mandarin procede al interrogatorio de un acusado, debe estar este de rodillas ante su juez; pero no se contentaron con hacer guardar á Perboyre aquella postura humillante y penosa, sino que hicieron tender al suelo una porcion de cadenas, y se le obligó á arrodillarse sobre ellas. Cuantas veces se le hacian preguntas á las que no debiese contestar, imitaba á nuestro divino Salvador cuando se hallaba ante los jueces inícuos de Jerusalen: *Jesus autem taccbat.* «¿Eres cristiano? le preguntaba entonces el mandarin. — Sí, soy cristiano, le contestaba, y adoro al Dios del cielo.» En otra ocasion, le fué presentado un crucifijo: «Ves esta imágen? le dijo el mandarin; pues bien, si quieres pisotearla, serás puesto inmediatamente en libertad. — ¡Ah! nunca haré semejante profanacion; ¿cómo queréis que pisotee la imágen del Dios que me creó, y que descendió del cielo á la tierra por salvarme?» Tomó entonces el crucifijo, lo besó con profundo respeto y lo inundó de lágrimas; siendo condenado por aquellas vivas demostraciones de amor y de fé á los tormentos mas atroces, que soportó el confesor con heróica constancia. Luego queria obligarse al misionero á adorar un ídolo, por lo que contestó con energía: «Si se trataba de hacerle pedazos, obedeceria gustoso vuestras órdenes; pero no espereis que nunca le adore.» Irritado entonces el mandarin, mandó á los cristianos que habia en la sala que se apoderasen del misionero, y que le arrancasen los cabellos y la barba en señal de ignominia; dispuestos estaban los cristianos á negarse á ello, no obstante las grandes amenazas que se les hacian; pero el buen padre procuró librar á sus hijos queridos de los tormentos que iban á sufrir, exhortándoles á que obedeciesen al mandarin. «Arrancadme los cabellos, les dijo; no temais que deje de sufrirlo con placer.» Habiéndole mandado el prefecto de los crímenes que se revistiese con todos los ornamentos sacerdotales, reflexionó Perboyre un instante, y despues de mirar con serenidad al mandarin, le dijo que estaba dispuesto á obedecer aquella órden, por haberse acordado sin duda de la sangrienta burla que se hizo en el pretorio de Jerusalen con la corona de espinas, la caña y el manto de púrpura de nuestro divino Salvador. Los jueces, los satélites y todos los espectadores esclamaron á la vez: «Hé ahí al Dios Fo, hé ahí al Fo vivo.» Cansado el virey de la inutilidad de los tormentos que le sugeria su barbárie, le hizo marcar en la frente con un hierro incandescente las siguientes palabras: *Sie kiao ho chang*, esto es, bonzo de una mala religion; luego le hizo cargar de cadenas y encerrar en un fétido calabozo, atestado de criminales. Como todos los mandarines tenian á Perboyre por un gran mágico, le obligaron á beber mucha sangre de perro, por ser esta un específico, segun la facultad de medicina

de Ou-tchang-fou, para evitar las operaciones mágicas. Tan pronto como el emperador confirmó la sentencia de muerte, dada contra el santo misionero por la sinagoga de Peking, solo se pensó ya en ejecutar la sentencia, sin que fuesen observadas las formalidades prescritas para aquellos casos. Juntamente con el misionero debian ser ejecutados cinco malhechores, para que fuese sin duda mas parecida su muerte á la del Redentor; al llegar al lugar del suplicio, empezaron los verdugos por ejecutar á los cinco malhechores, siendo el mártir cristiano el último en sufrir su condena: voló su alma al cielo hácia las doce del dia 12 de setiembre del año 1840.» Los preciosos restos del mártir, así como tambien toda la ropa de su uso, fueron conducidos á Paris á últimos de julio del año 1841; siendo conservados con el mayor respeto en la casa de los sacerdotes de la Mision.

Torrette, primer lazarista francés, que partió para la China despues del restablecimiento de su instituto en Francia, y restaurador de las misiones que tenia aquella venerable sociedad en el Celeste Imperio, estaba destinado á subir al cielo en compañía de Juan Gabriel Perboyre. Con solo diez años que duró su administracion, habia logrado reunir treinta y cuatro misioneros, entre franceses y chinos, que ejercian el apostolado, distribuidos por todas las comuniones cristianas confiadas á la familia de S. Vicente de Paul.

La China, fecundizada por la sangre y los sudores de los sacerdotes de las Misiones Estrangeras y de los de la Mision, no debia verse por mucho tiempo privada de la presencia de los jesuitas, por haber pedido Luis de Besy, vicario apostólico de Chan-toung, misioneros de aquella órden á Gregorio XVI y al P. Roothan, general de la Compañía. En su virtud, los PP. Claudio Gotteland, Brueyre y Esteve se embarcaron el dia 21 de abril del año 1841 en el puerto de Brest; poniendo el gobierno francés, á instancias de la reina, la fragata *Erigone* á disposicion de los tres misioneros, que llegaron en el mes de noviembre felizmente á Macao. Despues de haber permanecido en esta última ciudad el tiempo necesario para acabar de instruir á nueve jóvenes chinos que estaban destinados al sacerdocio, penetraron en el Celeste Imperio; yendo á instalarse en Wam-dam, poblacion situada á cinco leguas de Chang-hai, donde viven aun los descendientes del mandarin Pablo, el mas ilustre discípulo del P. Ricci. El primer cuidado de los jesuitas, fué formar un pequeño seminario para los indígenas. En el mes de diciembre del año 1843, se embarcaron los PP. Estanislao de Clavelin, José Gonnet, Adriano Languillat, Adan Vanni y el hermano coadjutor Pamfilo Sinoquet, en la escuadra que iba Mr. de Lagréneé, ministro plenipotenciario de Francia en el Celeste Imperio; embajada memorable por las garantías de tolerancia y seguridad, que Mr. de Lagréneé estipuló con el mandarin Ki-ing, plenipotenciario chino, en favor de los misioneros y de las comuniones cristianas indígenas.

« Despues de un detenido exámen, escribia en aquella época el mandarin Ki-ing al emperador Tao-kouang, he llegado á conocer que la religion del Dios del cielo (el cristianismo) es la que veneran y profesan todas las naciones de Occidente: su principal fin, es inducir á los hombres al bien y á reprimir el mal. Penetró esta religion antiguamente en la China, durante el reinado de los Ming, sin que fuese entonces prohibida. Como en lo sucesivo hubo por desgracia en este imperio algunos hombres que abusaron de aquella religion para el mal, puesto que llegaron al estremo de arrancar los ojos á los enfermos, viéronse obligados los jueces á castigar la barbárie de los que profesaban las nuevas doctrinas: (sus sentencias) están consignadas en las actas judiciales. Durante el reinado de Kia-king, se añadió un nuevo artículo en el código penal, para impedir á los chinos cristianos entregarse á actos tan contrarios á la ley que profesaban; pero de ningun modo se pensó en prohibir la religion que veneran y profesan las naciones estrangeras de Occidente. Como el embajador

francés Lagréneé pide ahora que se exima de aquellos castigos á los cristianos chinos que practican el bien, lo que me parece justo y necesario, me atrevo á suplicar á V. M. se digne eximir en lo sucesivo de aquel castigo á todos los chinos, así como tambien á los estrangeros que profesen la religion cristiana, con tal que no cometan ningun delito; los que faltasen, podrán ser condenados en virtud de las antiguas leyes dadas contra ellos. En cuanto á los franceses y demás estrangeros que profesan la religion cristiana, se les permite únicamente construir iglesias y capillas en los cinco puertos que han sido abiertos al comercio, sin que puedan predicar su religion en el interior del imperio; así pues, si hay alguno de ellos que en menosprecio de las leyes haga escursiones temerarias, será detenido por las autoridades locales, y entregado al cónsul de su nacion, para que le imponga este el castigo merecido, y no será condenado á muerte como antes. De este modo, dará V. M. una prueba de benevolencia y de afecto á los hombres virtuosos; la zizaña no se confundirá (con el buen grano), y se hará á todos patente la justicia de las leyes. Al suplicar á V. M. que exima de todo castigo á los cristianos que observen una conducta digna y virtuosa, no dudo que se dignará vuestra bondad augusta acceder á lo que tan humildemente le pido.»

Aprobacion. — El diez y nueve de la oncena luna del año veinte y cuatro de Tao-kouang, he recibido estas palabras escritas en bermellon: Accedo á lo pedido RESPETAD ESTA DISPOSICION.

CAPITULO VI.

Apostolado de los sacerdotes del seminario de las Misiones Estrangeras en Corea, Mantchuria y el Lea-tong.

Así como en otro tiempo salió del Japon la luz del Evangelio que habia de iluminar la Corea, evangelizada por el P. de Céspedes, misionero de la Compañía de Jesus, ha salido tambien del Celeste Imperio en estos últimos tiempos la benéfica chispa que habia de encender de nuevo entre los coreanos la apagada antorcha del cristianismo. El letrado Ly, que acompañó en el año 1784 la embajada anual de su nacion á Peking, tuvo ocasion de conocer en aquella capital á los antiguos jesuitas que le convirtieron. Bautizado bajo el nombre de Pedro, regresó inmediatamente á su patria, de la que fué celoso apóstol, convirtiendo á su vez en cinco años mas de cuatro mil idólatras; como se necesitasen ya sacerdotes para la nueva iglesia, se dirigió Juan Remediis, sacerdote secular de Macao, desde Peking á las fronteras del reino de Corea, donde murió el año 1793 antes de penetrar en él. La persecucion que costó la vida á Pablo Yn y á Jacobo Kouan en 7 de diciembre de 1791, fué causa de que no penetrasen en aquel reino nuevos misioneros; pero felizmente terminó la persecucion aquel mismo año. Jacobo Vellozo, sacerdote chino, que el obispo de Peking envió en virtud de las nuevas instancias de los cristianos de Corea, llegó en el mes de enero del año 1794 á Kim-hin-tao, capital del reino; pero lejos de haber cesado la persecucion murieron en los tormentos el dia 28 de junio del año 1795 los tres coreanos que le habian dado asilo, y hasta el mismo Velloso fué decapitado en el año 1801. El número de los mártires llegó en esta última época á ciento cuarenta; y el estado de las misiones no permitió enviar durante algun tiempo nuevos apóstoles á aquella iglesia naciente, tantas veces regada con la sangre de los misioneros que habian penetrado en ella. Acostumbrada la Propaganda á ver en todas épocas á los sacerdotes franceses buscar con preferencia los puntos de mayor peligro, propuso al seminario de las Misiones Estrangeras que emprendiese la mision de Corea; siendo el Ilmo. Bruguiere, obispo de Capse y coadjutor del vicario apostólico de Siam, el primero en solicitar y obtener la honra de consagrarse á ella. Habiendo sido nombrado vicario apostólico de Corea en el año 1831, precedióle en aquel vicariato un sacerdote chino, llamado Pacífico, para facilitarle la entrada en el mismo; los SS. Maubant y Chastan se

unieron con aquel generoso prelado, del que solo aceptó Dios su buena voluntad. puesto que murió el dia 19 de octubre del año 1835 en un pueblecito de Mongolia, inmediato á la frontera. Mas felices que él los dos sacerdotes, lograron evangelizar aquel rebaño que solo habia podido el prelado bendecir desde lejos. El Ilmo. Imbert, obispo tambien de Capse y nuevo vicario apostólico, llegó á Corea en el mes de diciembre del año 1837, donde tuvo ya el consuelo de ver reunidos nueve mil cristianos, y de hacer partir apóstoles para el Japon, confiado tambien á sus cuidados. La abnegacion y la constancia con que procuró siempre el obispo de Capse el triunfo de las ideas cristianas, le valieron, así como á sus dos compañeros, la corona del martirio.

En el año 1839, separó Gregorio XVI la provincia del Leao-tong y la Mantchuria de la diócesis de Peking, á fin de formar con ellas un nuevo vicariato, que confió á los sacerdotes del seminario de las Misiones Estrangeras, para facilitarles la administracion de la Corea. Agrególe el Papa al propio tiempo la Mongolia, que estaban evangelizando los sacerdotes de la Mision; pero no tardó en segregarla de nuevo, para formar con ella un vicariato distinto, que dirigió el Ilmo. Mouly, bajo el título de obispo de Fussulan. Cuando Verollès, misionero en el Sse tchouan, fué nombrado vicario apostólico del Leao-tong, y la Mantchuria, y obispo de Colombia, fué á recibir en el mes de noviembre del año 1840 la consagracion episcopal de manos del franciscano Salvetti, vicario apostólico del Chan-si. Solo tuvo en un principio el nuevo prelado en su jurisdiccion al sacerdote Juan José Ferreol, que bajo el título de obispo de Belline, sucedió despues á Imbert en calidad de vicario apostólico de la Corea y de las islas de Lieou-kieou. No tardó el misionero Fourcade en penetrar tambien en aquellas islas, con la esperanza de predicar en ellas nuevamente el Evangelio, por no dudar de que les habia sido anunciado ya en otro tiempo, particularmente á las del norte, que confinan con el imperio del Japon. Avanzado centinela del cristianismo en aquella antigua posesion, donde existia aun tal vez oculta entre cenizas alguna chispa de fé, fué nombrado Fourcade obispo de Samos y vicario apostólico del Japon.

CAPÍTULO VII.

Misiones de la Congregacion de los Sagrados Corazones de Jesus y de María (Sociedad de Picpus), de la Sociedad de María y de los benedictinos en la Oceanía.

Cerradas quedaban las puertas del Japon á los operarios evangélicos; pero decididos estos á continuar su obra de regeneracion, fueron á anunciar la fé católica á los archipiélagos de la Oceanía.

Las islas de Sandwich, situadas entre las Carolinas y el continente de América, contenian una poblacion de quinientas mil almas, que la iglesia deseaba conquistar, y en la que la influencia de los ingleses y de los americanos de los Estados-Unidos, solo intentaban destruir la idolatría en provecho del protestantismo. La corbeta francesa *Urania*, mandada por el capitan Freycinet, llegó á la bahía de To-waï-haï el dia 8 de agosto de 1819; habiendo sabido el primer ministro del rey Tamea-Mea, llamado Karai-Mokou, que habia en el buque un limosnero, quiso hacerse instruir en la religion cristiana. El abate de Quelen, primo del arzobispo de Paris, fué el que por medio de un francés, establecido en aquella region, confirió el bautismo á aquel alto personaje; á los pocos dias fué tambien bautizado á su vez el gobernador Boki. Preciso era, empero, para cambiar la faz de aquellas islas, que hubiese misioneros que las evangelizasen con constancia y celo; por lo que se dirigió Leon XII á la nueva congregacion de los Sagrados Corazones de Jesus y de María y á la Adoracion perpétua del Santísimo Sacramento del altar, cuyo fundador, el abate Coudrin, aceptó la mision propuesta en 1825. En su virtud, se embarcaron para aquellas islas los tres sacerdotes Alejo Bachelot, prefecto apostólico, Abraham Armand y Patricio

Short, junto con tres catequistas, en el mes de noviembre del año 1826, llegando á su destino en 13 de julio del año siguiente.

Como procuraba la Santa Sede hacer penetrar la antorcha de la fé en toda la Oceanía meridional, invistió de todos los poderes necesarios al sacerdote Solages, vicario general de Pamiers, y luego prefecto apostólico de la isla de Borbon, para que realizase sus vastos designios. Habia sometido el Papa á la jurisdiccion de su enviado, todas las islas que hay, desde la de Pascua hasta la de Nueva-Zelandia, y desde el Ecuador hasta el trópico de Capricornio, cuando murió Solages en Madagascar el dia 8 de diciembre del año 1827. Algun tiempo despues, ó sea en el mes de diciembre del año 1832, fueron arrojados los misioneros católicos de las islas de Sandwich, á instancias de los metodistas, obligándoseles además á embarcarse en un buque que les dejó en el alta California.

El dia 20 de mayo del año 1823, confió el Pontífice romano á la sociedad de Picpus todas las islas del Océano Pacífico, tanto septentrional como meridional, desde la isla de Pascua hasta el archipiélago Roggewein inclusive, y desde las islas Sandwich hasta el trópico antártico. La jurisdiccion de Bachelot, prefecto apostólico de las islas Sandwich, se estendió despues sobre todas las demás islas del Océano septentrional hasta al Ecuador; encargándose á otro prefecto, llamado Crisóstomo Liansu, las demás islas que hay desde el Ecuador al trópico del Capricornio. Para conservar la unidad de la mision, se dispuso que dependiesen aquellos dos prefectos del vicario apostólico de la Oceanía oriental, ó Polinesia, para cuyo cargo se nombró á Estéban Rouchouse, al que se confirió el título de obispo de Nilópolis. El prefecto Liansu se embarcó en el mes de diciembre de 1833, junto con los SS. Francisco de Asis Caret y Honorato Laval, quienes penetraron en el archipiélago Gambier, en el que fué celebrado por primera vez el santo sacrificio de la misa el dia 15 de agosto del año 1834. El obispo de Nilópolis partió de Francia en el mes de octubre de aquel mismo año con los SS. Federico Pagés, Desiderio Maigret, Cipriano Liansu y tres catequistas, teniendo el consuelo al llegar á las islas Gambier el 9 de mayo del año 1835, de ver que la obra de la civilizacion habia empezado ya en aquellas regiones á producir sus frutos. Cuando vió el prelado que ya casi todos los isleños habian sido regenerados por el agua del bautismo, envió los SS. Caret y Laval á Taiti, centro de la Polinesia austral, del que habian tomado ya posesion los metodistas ingleses; llegaron á él los misioneros en el mes de noviembre del año 1836; pero no tardaron en verse espulsados por el ministro Pritchard, teniendo que regresar al archipiélago Gambier, donde se ejercia el apostolado bajo los auspicios de Ntra. Sra. de la Paz. Aunque fueron espulsados de Taiti, dieron los dos misioneros á aquella isla el nombre de Ntra. Sra. de la Fé, con la esperanza de que tarde ó temprano les permitiria su Patrona regresar á ella, como habia permitido á los SS. Walsh, Bochelot y Short regresar á las de Sanwich, despues de haber sido arrojados de ellas con violencia.

Estaban los sacerdotes de Picpus evangelizando la Oceanía oriental; formando la occidental un nuevo vicariato apostólico, confiado á la Sociedad de María, del que fué titular Francisco Pompallier, consagrado en Roma el dia 30 de junio del año 1836, bajo el título de obispo de Maronea. Testigo ocular el nuevo obispo, al llegar á Gambier en el mes de setiembre del año 1837, de los portentos obrados por los sacerdotes de Picpus en la Oceanía oriental, resolvió ponerse al frente de los misioneros de la Sociedad de María, para ir á civilizar y convertir á los isleños de la Oceanía occidental. Vióse su emulacion aun nuevamente escitada por el celo de otro prelado, que acababa de encargarse de la Australia.

Lo mismo que el resto de la Oceanía, era aquel continente mirado con solicitud por todos los operarios evangélicos que tenian á su

cargo la mision gloriosa de regenerar aquellas regiones. Cuando en virtud de la separacion de los Estados-Unidos en el año 1788, resolvió el gobierno inglés fundar un establecimiento penal en la Nueva Gales del Sud, situada en la costa oriental de la Australia, no tardaron los misioneros católicos en presentarse en ella. El misionero Flinn, nombrado por la Santa Sede arcipreste, con el poder de confirmar, fué el primero que se presentó en Sidney el año 1818; pero so pretesto de que habia ido allí sin la autorizacion del gobierno británico, fué preso y enviado nuevamente á Inglaterra. A fin de calmar en lo posible el descontento general que produjo en Inglaterra el injusto rigor con que habia sido tratado Flinn, se permitió á los SS. Connolly y Therry consagrarse á la mision de la Australia, á cuyo pais llegaron el año 1820, fijando Connolly su residencia en Hobart-town, capital naciente de la tierra de Van-Diemen. El celoso Therry, cuyo nombre llegaron á venerar los penados, recorrió la Nueva-Gales del Sud, y fundó la iglesia de Santa María en Sidney, donde fueron á reunírsele los SS. Dowling y Encroe en los años 1829 y 1832. El vicario apostólico de la isla Mauricio, cuya jurisdiccion se estendia hasta aquellas vastas regiones, envió algun tiempo despues á Ullathorne, en calidad de vicario general; finalmente, Gregorio XVI, que de lo alto de la cátedra de San Pedro dirigia su paternal mirada de uno á otro confin del mundo, erigió la Australia en vicariato apostólico. El P. Polding, benedictino inglés, al que nombró el Pontífice para aquel cargo importante, llegó á su mision el año 1835, acompañado de tres sacerdotes, y de cuatro estudiantes que aspiraban á recibir órdenes sagradas; habia logrado ya el nuevo vicario apostólico dar gran impulso á la mision que le estaba confiada, cuando le vió Pompallier en Sidney, en el mes de diciembre del año 1837, antes de dirigirse á la Nueva Zelandia.

No menos afortunado el obispo de Maronea en su vicariato de lo que lo fueron los SS Rouchouse y Polding, escribia en 28 de agosto del año 1839 desde la bahía de las Islas, lo siguiente: «El nuevo zelandés, tanto por su aspecto feroz como por sus bárbaras costumbres, seria sin la luz del Evangelio, la verdadera imágen del demonio; pero cuando es catecúmeno, y sobre todo, neófito, queda enteramente desconocido. En toda la Nueva Zelandia, solo se desea ahora la Iglesia católica, ó Iglesia *tronw*, que es como sus habitantes la llaman; todos ellos se niegan abiertamente á escuchar á los ministros de las iglesias de *cortadas ramas.*» Partió con el obispo de Maronea el sacerdote Pedro Chanel, natural de Cuet, pueblo de la diócesis de Belley; nombróle el prelado su provicario, confiándole además la mision de Futuna, en la que convirtió el apóstol al hijo del rey de aquella isla. Furioso el padre, al ver que se negaba su hijo á seguir el culto de los ídolos, resolvió deshacerse del misionero, al que hizo asesinar bárbaramente en su casa el dia 20 de mayo del año 1840. Pero no dejó la sangre del mártir de fecundizar las islas en que estaban ejerciendo el apostolado los siervos de María; puesto que ya en el año 1842, logró Servant estinguir en Futuna el último resto de la idolatría.

Entre tanto, los sacerdotes de Picpus, diseminados por las islas Sandwich, el archipiélago Gambier y las islas de la Sociedad, habian añadido á sus conquistas espirituales, la de las islas Marquesas; nombre que recibieron del español Mindana en el año 1595, en honor de Mendoza, gobernador del Perú, que le habia enviado á esplorar aquellos mares. Despues de la misa que hizo celebrar Mindana el dia 25 de julio por el limosnero de sus tres buques en la isla de Santa Cristina, no volvió á repetirse el santo sacrificio hasta que el almirante Du Petit-Thouars, dejó en ella el año 1838 á los misioneros Desvaulx y Borgella. El obispo de Nilopolis, al desembarcar en ella el dia 3 de febrero de 1839, dejó allí dos nuevos misioneros, embarcándose luego para Nuka-Hiva, donde estableció una nueva

mision, confiada á los cuidados de los sacerdotes Gracia, Fournier y Guilmar. Restituido el prelado nuevamente á Francia por el interés de aquellas lejanas misiones, volvió á dirigirse á ellas el dia 15 de diciembre del año 1842 con siete sacerdotes y otros tantos hermanos legos de su instituto; pero desgraciadamente naufragó el buque que les conducia. En vista de tan lamentable desgracia, nombró Gregorio XVI dos vicarios apostólicos para la Oceanía oriental: Deboize, uno de ellos, recibió el título de obispo de Arathia, y tuvo bajo su jurisdiccion el archipiélago Sandwich; siendo el otro vicario apostólico Francisco de Paula Baudichon, quien bajo el título de obispo de Basinópolis, debia dirigir las islas de Gambier, Taiti y las Marquesas.

La Santa Sede, que apeló á la sociedad de Picpus por procurarse aquellos dos prelados, sacó tambien de la Sociedad de María un vicario apostólico para la Oceanía central: tal fué Pedro Bataillon, obispo titular de Enos; así mismo fueron nombrados vicarios apostólicos de Nueva Calcedonia, la Melanesia y Micronesia, los SS. Douarre y Juan Bautista Epalle. Nacido este último en Marlhes, diócesis de Lyon, el dia 8 de marzo de 1809, habia ejercido por espacio de cuatro años el apostolado en la Nueva Zelandia, donde Pompallier le nombró su provicario; en el año 1842, se vió obligado á pasar á Francia por exigirlo así el interés de aquella mision, y fué consagrado en Roma el dia 21 de julio del año 1844, bajo el título de obispo de Sion; llegando á su vicariato de San Cristóbal, situado al estremo sudeste del archipiélago de Salomon, el dia 1.° de diciembre del año siguiente. En señal de la toma de posesion celebrada en nombre de la Santísima Vírgen concebida sin pecado, arrojó al mar una medalla de la Inmaculada Concepcion; al descubrir la isla Isabel, que es la mas considerable de las de Salomon, desembarcó en ella el dia 16 de diciembre, á pesar de la amenazadora actitud de los indígenas. «Veo, dijo Juan Bautista Epalle, que es bastante difícil la regeneracion de este pueblo feroz, y por lo mismo es necesario arrancar el mal de raiz.» Al saltar en tierra, vióse ya rodeado de una multitud de naturales que le hirieron de un hachazo, lanzando al propio tiempo un grito horrible que fué la señal del combate. Los SS. Fremont y Chaurain fueron á su vez tambien heridos; cuando alcanzaron el bote vió el último de ellos que faltaba el prelado, y volvió atrás para salvarle, hallándolo en poder de tres indígenas que ya le desnudaban; felizmente fueron los asesinos dispersados en aquel mismo instante por el fuego que estaba haciendo el buque. El obispo de Sion, medio desnudo, cubierto de sangre y con la cabeza casi enteramente aplastada, fué trasladado al bote, sin que profiriesen sus cárdenos lábios mas que las palabras *Dios mio! Dios mio!* en su lenta agonía. Resuelto estaba el capitan del buque á vengar de un modo terrible aquel sangriento ultraje; pero los misioneros protestaron enérgicamente contra todo acto de represalias, por ser contrario á su mision de paz; finalmente, el dia 19 de diciembre del año 1845, fué á descansar en el seno de Dios el alma del primer obispo mártir de la Melanesia. A fin de colocarle en un punto que no distase mucho del en que habia consumado su sacrificio, fueron confiados á la pequeña isla de San Jorge los preciosos restos de aquel primer apóstol de las islas de Salomon; por temor al canibalismo de los indígenas, no se puso ningun signo religioso en la tumba del prelado, cuyos compañeros iban á evangelizar desde luego la isla de San Cristóbal.

No se vieron obligados los misioneros en Australia á sufrir sangrientas pruebas; aquella region, que aun en el año 1818 estaba sin altares y sin sacerdotes, llegó á ser en breve bajo la direccion del benedictino Polding, una provincia eclesiástica, en la que habian el arzobispado de Sidney, los obispados de Hobart-town y Adelaida, una iglesia metropolitana, veinticinco capillas, treinta y una escuelas y cincuenta y seis misioneros, encargados del cuidado de la poblacion civil y las colonias penales, y del

ministerio de la predicacion entre los salvajes. Merced al incansable celo de Polding, hallábase ya el año 1840 establecida la religion en la costa oriental; si bien quedaban aun privadas de sus beneficios las regiones del oeste; para estender hasta ellas la benéfica influencia del Evangelio, apeló Polding á la paternal solicitud de Gregorio XVI. El misionero Braudy, encargado de manifestar al Sumo Pontífice los deseos del prelado, volvió á partir para la Australia con el título de obispo de Perth, capital del oeste de la Nueva Holanda, con la mision de erigir dos nuevos vicariatos apostólicos, á saber, el de Sonda y el de Puerto-Essington. Cuando en el mes de enero del año 1846, volvio á ver Braudy la Nueva Holanda, seguíanle otros treinta apóstoles de la fé, entre los que habia algunos hijos de San Benito, varios sacerdotes del Sagrado Corazon de María y algunas religiosas de la Merced.

CAPÍTULO VIII.

Apostolado de los jesuitas, de los sacerdotes de la Mision, de los de la Purísima Concepcion y de los capuchinos, en América.

Cuando en el año 1783 los Estados-Unidos fueron enteramente separados de la Gran Bretaña, quedaron sometidos á la autoridad y jurisdiccion del obispo ó vicario apostólico del distrito de Londres, que representaba Juan Carroll en calidad de vicario general; pero como podia declararse nuevamente la guerra entre aquella nacion y la nueva república, el clero católico con autorizacion del congreso, manifestó á Pio VI su deseo; 1.°, de que fuese dado un obispo á aquel rebaño bastante numeroso para motivar la creacion de una sede episcopal; 2.°, que la nueva sede se estableciera en Baltimore, ciudad situada casi en el centro de los Estados-Unidos, y por otra parte muy poblada de católicos; y 3.°, que Carroll fuese el primer obispo de su patria. Una bula fechada en 6 de noviembre del año 1790 realizó aquel triple deseo, y en agosto del siguiente año el obispo electo de Baltimore fué consagrado en Inglaterra por Cárlos Walmesley, obispo de Rama, decano de los vicarios apostólicos ingleses.

Cuando aquel venerable misionero hubo recibido la plenitud del sacerdocio para trasmitirla enseguida á una nueva generacion de pontífices, el Rdo. Emery, superior general de la Sociedad de sacerdotes de San Sulpicio, cuya existencia amenazaba la revolucion francesa, concibió la idea de trasplantar á los Estados-Unidos una rama de los sulpicianos á fin de perpetuar su Compañía. Sometido á la aprobacion de Carroll aquel proyecto, el prelado le acojió con gratitud y la Santa Sede aprobó por su parte la creacion del nuevo seminario en Baltimore. Habiéndose embarcado en San Maló en abril del año 1791 los sulpicianos, llegaron á aquella ciudad en julio del mismo año, donde les recibió en nombre del obispo el sacerdote Serval. Primero se establecieron en una colina cerca de la poblacion y despues se abrió un colegio en Georges-Town, que debia ser el semillero del seminario, como este debia serlo, andando el tiempo, del clero. El primer sínodo de Baltimore celebrado en noviembre del año 1791 por Carroll, demostró la urgente necesidad de formar un establecimiento semejante para perpetuar la raza sacerdotal en los Estados-Unidos. El obispo no pudo reunir en él mas que diez y ocho sacerdotes, sobre cuarenta y cinco empleados en su diócesis, que no tenia menos de mil quinientas leguas de largo, por ocho ó nuevecientas de ancho. «La mayor parte de estos dignos eclesiásticos, escribia M. Nagot, son preciosos restos de la Compañía de Jesus.» El primer sacerdote ordenado en los Estados-Unidos en el año 1793 fué Estevan Badin, nacido en Orleans en el año 1768, el cual fué el apóstol del Kentucky.

El obispo de Baltimore y Leonardo Neale, tambien jesuita, nombrado en el año 1800 su coadjutor, con el título de obispo de Gortyne, sabiendo que la Compañía de Jesus se habia refugiado en el imperio ruso, pidieron en el

año 1803 al P. Gruber, que admitiese otra vez á los antiguos hijos de San Ignacio que se hallaban en los Estados-Unidos, añadiendo que habiéndose conservado casi todos los bienes que en otro tiempo pertenecieron á la sociedad, podian aquellos sufragar los gastos de treinta religiosos. El P. Gruber autorizó en efecto la renovacion de votos y fué nombrado el P. Molineux, inglés, superior de toda la mision, á la que se agregaron siete ausiliares, quienes contribuyeron con los sacerdotes seculares ó regulares de diversas órdenes á la propagacion de la fé en los Estados-Unidos, pero de un modo tan rápido, que en el año 1808, Pio VII erigió en metrópoli la ciudad de Baltimore y creó cuatro obispados sufragáneos en Boston, Filadelfia, Nueva-York y Bardstown. Nombró para la primera sede á Lefebvre de Cheverus; para la segunda al franciscano Egan; para la tercera al dominico Concanen y para la cuarta á Flaget, sacerdote de San Sulpicio.

A escepcion de entre los indígenas del Canadá y de las tribus del Illinois, el cristianismo habia hecho pocos progresos en aquellas regiones cuando cesaron las misiones de la Compañía de Jesus. El obispo de Quebec tuvo por mucho tiempo bajo su jurisdiccion casi la mitad de la América del Norte, y sus sacerdotes apenas bastaban para atender á las necesidades del bajo Canadá; de modo que muchos pueblos permanecieron sumidos en una grosera idolatría, otros volvieron á abrazar el culto de sus ídolos y otros en fin dieron oidos á los agentes del protestantismo; pero aquel triste estado de cosas iba á cambiar en breve. Habiendo ido á Roma en el año 1815, el misionero americano Dubourg en busca de apóstoles para los Estados-Unidos, fué consagrado obispo de Nueva-Orleans para donde partió algun tiempo despues acompañado de seis sacerdotes. Con su ausilio fundó un seminario en Santa María de Barrens, que andando el tiempo, debia ser el semillero de un clero indígena, pero que en un principio consistió en una simple cabaña. Su primer superior fué el respetable sacerdote Rosate, napolitano, quien en union con los seminaristas tenia que ir á recojer en los bosques vecinos las yerbas, raices y legumbres necesarias para su sustento y cortar la madera ó procurarse la leña para la construccion del seminario ó para calentarse. Cuando su llegada, apenas estaba habitado aquel pais, pero luego que se supo que habia algunos misioneros, fué creciendo la poblacion, de modo que fué preciso construir una iglesia, agreste y pobre como el seminario, del que salieron en veinte años cincuenta y tres sacerdotes, instrumentos de conversion muy notables entre los protestantes. Además, para procurarse algunos recursos á fin de poder sostener aquel semillero de levitas, los misioneros abrieron un colegio para los hijos de las familias pudientes americanas, que suplió la falta de casas de educacion, llegando á contar hasta ciento treinta discípulos. Además de aquel doble establecimiento, tuvieron un noviciado de su instituto del que salieron escelentes misioneros hijos del pais, entre ellos el P. Timon, que fué visitador y superior de la mision. Animados aquellos apóstoles con las bendiciones que Dios concedia á sus trabajos, salvando los límites del Missuri, penetraron en el estado de Illinois, buscando de aquel modo á los salvajes nómadas que moraban en las selvas, á quienes enseñaron á conocer y servir á Dios.

Se pueden dividir en dos clases los pueblos indígenas de la América septentrional: los unos aliados de la república de los Estados-Unidos, y los otros que todavía no les une con ella ningun lazo de amistad. Los aliados reciben en cambio de los terrenos cedidos á la Union, una suma anual que cobran por medio de un agente nombrado al efecto, y los otros que ninguna relacion tienen con la república, y que habitan lejos de las fronteras de sus estados, viven errantes en medio de los bosques y de las soledades; pero cada vez mas acosados por el gobierno americano, tendrán que someterse ó alejarse hasta el fondo de los desiertos del oeste. El recuerdo de los jesuitas no se ha borrado de la memoria de aquellos indí-



R. Roman sc.

[illegible]

Giuseppe Rosati vescovo di San Luigi — Jose Rosati obispo de San Luis

Gaume frères éditeurs

R. Remond imp.

En el año
de los otawas,
voz que
padres
la
Montreal. vamente
dos en los mis os religios
staban nuestros
sion de San Igna
y princip
para que nos
Daremos
del
estos
de
como
Tal es el servidores,
gan la con te digna-
En año el
otra concede la en
sus térm
en la
Mi dijimos la
conocer
de los ojos y blan
nuestro bondad
rogamos
nuestro del Evan
á la edad de
de la católica
Igna
de la

tos
misiones salvages. No sola
convino en que sacerdotes católicos
s aptos para ministerio, sino
aconsej que se procu
lgunos jesu concedió una
ientos pesos. el super de
la Com, no pud saber los stos
del novic. W. Marsh po-
sicion del orn
y Temmerm ti-
cos y tres hern
a escepcion de
terreno cerca de



genas. En el año 1823, Pinesinidjigo, jefe de los otawas, escribia al presidente de la Union: «Ahora mas que nunca deseo que escuches mi voz, que es la de todos los hijos de esta lejana comarca; todos los jefes, todos los padres de familia te estrechamos cordialmente la mano, y te rogamos una y otra vez, á tí que puedes hacerlo, que nos envies un misionero, como los que instruyen á los indios de Montreal.... Deseamos vivamente ser instruidos en los mismos principios religiosos que profesaban nuestros abuelos, cuando existia la mision de San Ignacio, y nos dirijimos á tí, el primero y principal jefe de los Estados-Unidos, para que nos ayudes á fundar una casa religiosa. Daremos la tierra que sea necesaria á ese ministro del Grande Espíritu que nos enviarás parà instruirnos á nosotros y á nuestros hijos, á quien procurarémos complacer y cuyos consejos seguirémos. Nos tendremos por muy dichosos, si quieres enviarnos un hombre de Dios, que profese la religion católica, como los que instruyeron á nuestros padres. Tal es el deseo de tus servidores, quienes abrigan la confianza de que te dignarás escucharles....» En aquel mismo año el presidente recibió otra súplica concebida en estos términos: «Los abajo firmados, capitan, jefes de familia y otros de la tribu de los otawas, que mora en la orilla oriental del lago Michigan, dirijimos la presente al presidente de los Estados-Unidos, para manifestarle nuestros deseos y necesidades. Damos las gracias al citado jefe y al congreso por todo cuanto han hecho para abrirnos la senda de la civilizacion y darnos á conocer á Jesus, redentor de los hombres rojos y blancos. Confiando en vuestra paternal bondad, reclamamos la libertad de conciencia, y os rogamos que nos concedais un maestro ó ministro del Evangelio que pertenezca á la misma sociedad de que eran los miembros de la compañía católica de San Ignacio, establecida en otro tiempo en Michillimakinac por el P. Marquette y otros misioneros de la órden de los jesuitas. Residieron entre nosotros por espacio de muchos años, cultivaron un campo de nuestro territorio para enseñarnos los principios de la agricultura y del cristianismo; y desde entonces siempre hemos deseado tener á nuestro lado semejantes ministros. Si os dignais concedérnoslos, les cederémos el mismo terreno que ocupó el P. Jauney á orillas del lago Michigan, y eternamente agradecidos, rogaremos al Grande Espíritu que bendiga á los blancos. En fé de lo cual continuamos aquí nuestros nombres el dia 12 de agosto del año 1823: *Gavilan*, *Pez-Espada*, *Oso*, *Ciervo*, *Grulla*, *Aguila*.»

El Ilmo. Dubourg, obispo de Nueva-Orleans, fué aquel mismo año á Washington á encontrar al presidente de los Estados-Unidos y al ministro de la guerra, para pedirle algunos subsidios anuales para establecer algunas misiones entre los salvages. No solamente se convino en que los sacerdotes católicos eran los mas aptos para aquel ministerio, sino que el ministro aconsejó al prelado que se procurase al efecto algunos jesuitas, y le concedió una suma de ochocientos pesos. Entonces el superior de la Compañía, no pudiendo sufragar los gastos del noviciado de White-Marsh, puso á disposicion del prelado los PP. Van-Quickenborn y Temmermann, con siete novicios escolásticos y tres hermanos coadjutores, todos belgas, á escepcion de estos últimos, y les cedió un terreno cerca de San Luis, donde construyeron una habitacion y roturaron algunas tierras. Organizaron enseguida una escuela para los jóvenes indígenas destinados á acompañar á los misioneros que debian penetrar en el pais. Entretanto las sedes episcopales se multiplicaban en los Estados-Unidos. En el año 1820 Pio VII erijió la de Richemond, ocupada por el P. Kelly, la de Charlestown, cuyo titular fué el Ilmo. England; y al año siguiente Eduardo Fenwick, estableció su residencia en Cincinnati. En el año 1823 el obispo de Nueva-Orleans desde San Luis pasó á habitar la capital de la Luisiana, y entonces José Rosati, nombrado su coadjutor, con el título de obispo de Tenagre, residió en la ciudad de San Luis,

erijida en sede episcopal en 1827. Finalmente, á contar desde 1825, las Floridas, que dependian de Nueva-Orleans, formaron con el Alabama, un vicariato apostólico, confiado al Ilmo. Portier, obispo de Oleno.

« La ciudad de San Luis, situada á algunas millas de la embocadura del Missuri, dice el jesuita Thebaut, es el depósito general del comercio de los indios del oeste; su valle está cubierto de innumerables poblaciones y por el rio Illinois comunica con los lagos y el Canadá, así como el Mississipi la pone en comunicacion con Nueva-Orleans y la Europa por una parte, y por otra con el fértil valle del mismo nombre y el lago superior. Colocada de este modo en el centro de la América del norte, recibe por medio de los rios y lagos que la rodean los productos del mundo entero. Todos los años parten de esta ciudad dos numerosas caravanas, una de las cuales remonta el Missuri hasta las montañas Rocosas, haciendo el comercio de pieles con los indios del Oregon; y la otra atraviesa el desierto del sudoeste, para traer de Méjico, pasando por Santa Fé, las especies de oro y plata que despues se acuñan en la Union. ¿Cuánto debe prometerse una ciudad que, gracias á los buques de vapor, se encuentra á cuatro jornadas de Nueva-Orleans, á seis ó siete de Nueva-York y Montreal y á algunas semanas de camino del Océano Pacífico y de Méjico? »

El mismo año en que San Luis fué erijida en sede episcopal, el P. Van-Quickenborn, hizo una primera escursion al pais de los Osages; el segundo viage á las tribus de los indígenas, lo verificó en el año 1829, época del establecimiento de un colegio de jesuitas en San Luis, al cual el congreso concedió el título y derechos de universidad. La tercera escursion al pais de los osages tuvo lugar en el año 1830, y en aquel mismo año, el general de los jesuitas separó el Missuri del Maryland. Murió el P. Van-Quickenborn, creador de aquella provincia y misionero infatigable, en el año 1837, habiéndole cabido el honor de ser el primero que abrió el camino á sus hermanos para entrar en tierra de los indígenas. Sus mas ilustres émulos fueron el P. Hoocker, apóstol de los potowatomios y el P. Smet, apóstol del Oregon, es decir, de los vastos desiertos que se estienden entre los Estados-Unidos y el mar Pacífico al norte de California. A ruegos de algunas tribus de este último pais, que enviaron al efecto algunos diputados á San Luis, partió el citado misionero en 1840 á fin de satisfacer sus deseos, y su mision alcanzó tan feliz éxito, que al poco tiempo tuvo que pedir le fuesen enviados algunos ausiliares. Mientras que los jesuitas renovaban los prodigios de su celo en el Oregon, el P. Blanchet, misionero del Canadá, cultivaba con igual perseverancia la fé entre los cristianos de este pais.

En el año 1803 solo se contaban trece jesuitas en los Estados-Unidos; pero en 1845, ya habia al menos ciento treinta en la sola provincia de Maryland y ciento cuarenta y ocho en la de Missuri. Tambien los hijos de S. Vicente de Paul estendieron el círculo de su apostolado, porque además del establecimiento principal de Santa María de Barrens, en 1838 ya habian organizado varios lugares de residencia en la diócesis de San Luis, desde donde penetraron en los paises circunvecinos. En el citado año, el Ilmo. Blanc, obispo de Nueva-Orleans, les llamó á su diócesis, para encargarles la direccion de su seminario de Donaldsonville, así como de las dos cristiandades de la Asuncion y la Ascencion. Tambien Tejas debia someterse á su benéfica influencia. Cuando un siglo y medio antes los primeros españoles se habian fijado en Tejas, algunos franciscanos de Zacatecas habian fundado varias misiones para convertir y civilizar á las tribus dispersas en aquel vasto pais, pero habiendo sido suprimidas mas tarde aquellas misiones, los pobres indígenas se retiraron á Méjico, ó sucumbieron bajo la opresion de las tribus no civilizadas, ó volvieron á su anterior estado. Además de aquellas tribus salvages, contaba Tejas mas de doscientos mil habitantes, entre ellos diez mil católicos, que de vez en cuando iban á socorrer los hijos de S. Vi-

cente de Paul aguardando á que fuese organizada una mision regular. En el año 1840, Gregorio XVI confióles la direccion espiritual de aquellos católicos, siendo elegido el P. Odin vicario apostólico, con el título de obispo de Claudiópolis, y consagrado en Nueva-Orleans en marzo del año 1842.

Como nuestro principal objeto sea historiar las conquistas hechas por el cristianismo sobre la idolatría, no hemos debido seguir el desarrollo progresivo de las iglesias sucesivamente fundadas en el vasto territorio de los Estados-Unidos; basta que bosquejemos el cuadro del apostolado entre los salvages.

A medida que el campo de las misiones era mas vasto y fértil, por voluntad divina se multiplicaban los obreros, ya funcionando aisladamente, ya reunidos en congregaciones, cuyos esfuerzos colectivos satisfacian mucho mejor las necesidades generales. La de los sacerdotes de la Purísima Concepcion, fundada por el Ilmo. Mazenod, despues obispo de Marsella, fué la destinada por la Providencia á evangelizar el Canadá. En el año 1841, habiendo venido á Europa el Ilmo. Bourget, obispo de Montreal, obtuvo del Ilmo. Mazenod una colonia de oblatos, que no tardaron en tener en el Canadá tres establecimientos, quince misioneros profesos y cuatro novicios. El establecimiento de Longueil, donde reside el visitador general y está establecido el noviciado, cuida de la educacion espiritual de los townships, es decir, de aquellas habitaciones dispersas en las fronteras del Canadá y de los Estados-Unidos, que por falta de una poblacion bastante numerosa, no pueden erigirse en parroquias con un cura fijo. Otra comunidad de sacerdotes de la Purísima Concepcion, está establecida en la diócesis de Quebec, y sus miembros, además de llenar las obligaciones anexas á las parroquias católicas, abrazan el apostolado de los salvages, cuyas tribus ocupan los estensos territorios del Saguenay y del Montmorenci. Mas al norte por los 52° de latitud, existen tambien los popinaches, entre los lagos Amnitchtagan, Papimuagan y Pirretibi; así como á la derecha del rio San Lorenzo, hácia la parte oriental del bajo Canadá, llamada Gaspesia, se hallan los restos de los mismaks ó gaspesianos, en otro tiempo muy numerosos y notables por su adelantada civilizacion. Hace algunos años que los individuos que quedaban de estos diversos pueblos, eran evangelizados por los sulpicianos y otros sacerdotes canadianos, quienes las mas de las veces recibian la palma del martirio ó sucumbian á las fatigas de un penoso ministerio. Los oblatos tienen ahora el cuidado de todas estas misiones, y algunos de ellos deben anualmente recorrer los diversos sitios en donde se reunen los salvages, á fin de confirmar á los cristianos en la fé y conquistar nuevos prosélitos. Sus escursiones se estienden algunas veces hasta el Labrador y al pais de los esquimales para librar á sus habitantes de la idolatría ó de la seduccion de los hermanos moravos. La tercera casa de los oblatos se halla en Bytown, diócesis de Kingston, en el alto Canadá. Destinados á las misiones ó parroquias ya formadas, y á evangelizar á los católicos diseminados por los bosques, llevan además la antorcha de la fé á los salvages algonquinos y abbitibas, arrinconados al presente en la parte noroeste del Canadá, entre los 50° y 52° de latitud. Los mismos sacerdotes sirven el vicariato apostólico de la bahía de Hudson. En estas comarcas, casi tan vastas como Europa, y que se estienden desde los 70° á los 140° de longitud occidental y de los 48° á los 68° de latitud boreal, es decir, de una parte de los límites occidentales del Labrador, hasta mas allá de las montañas Rocosas hácia las orillas del Océano Pacífico; y de otra, desde el lago Superior y las fronteras septentrionales de los Estados-Unidos hasta el mar Glacial, no hay mas que cinco sacerdotes, cuya vida entera, absorvida por los cuidados que reclama una poblacion de unos tres mil católicos, basta apenas para visitar las diversas estaciones de la compañía inglesa. A pesar de todo su celo, solo de paso han podido echar la buena semilla en estas inmensas

regiones, donde la mayor parte de las tribus han conservado su independencia.

En Méjico, la Compañía de Jesus que volvió á ser llamada en virtud de un decreto de Fernando VII en mayo del año 1816, sufrió una nueva proscripcion en 1821; pero en junio de 1843, un decreto publicado por Santa Ana, permitió á los jesuitas que establecieran misiones en los departamentos de las Californias, Nuevo-Méjico, Sonora, Cinaloa, Durango, Chihuahua, Coahuila y Tejas, «á fin, decia el decreto, de civilizar á las tribus llamadas bárbaras.» A su vez los PP. de la mision y las Hermanas de la Caridad penetraron en Méjico. En la América del Sud, cuando las colonias españolas se insurreccionaron contra la metrópoli, fué vuelta á llamar la Compañía de Jesus, á la cual, decian los insurgentes, debemos nuestro estado social, la civilizacion y toda nuestra instruccion.» Los jesuitas volvieron á entrar en Buenos-Aires en el año 1836; en 1839 en la república de la Salta (Confederacion Argentina); en 1842, en la república de Nueva-Granada; en el año 1843, en la de Guatemala y en el mismo año en la de Catamarca; pero en algunas de estas repúblicas, como por ejemplo en Buenos-Aires, donde Rosas quiso tener en ellos unos ausiliares y apologistas, no fué duradera su permanencia, y se dispersaron por Chile y el Brasil, con objeto de evangelizar las provincias de Rio Grande del Sud y Santa Catalina.

Los salvages indígenas de la provincia de Bahía, tienen por apóstoles á los capuchinos. Colocados entre los rios Pardo y Taype, en un territorio de cerca de trescientas millas de largo por doscientas de ancho, enteramente cubierto de bosques todavía vírgenes, herizado de montañas ó cortado por valles pantanosos, forman cuatro tribus distintas, conocidas con los nombres de camacanes, botecudos, pataxos y mongoios. En aquellos miembros degenerados de la gran familia humana, estraños ó rebeldes á las gracias del Evangelio, á veces con mucha dificultad se reconoce al hombre; pero el P. Luis de Liorna, logró hacer penetrar la luz en sus sombríos bosques. Los camacanes, que convirtió en gran número, vivian bajo su direccion como un rebaño dócil bajo el cayado del pastor: todo lo fué para ellos, apóstol, jefe, médico, arquitecto y organizador del trabajo. En su escuela los hombres se formaron para la agricultura y las mugeres aprendieron á tejer. Un hecho acontecido en el año 1843 dará una idea de la estraña supersticion de aquellos salvages. Sobre las diez de la noche, el P. Luis oyó junto á la puerta de su cabaña un gran rumor de voces confusas, como un grito de alarma, que diesen varios hombres sorprendidos por un enemigo; el cielo estaba sereno y las estrellas brillaban en el firmamento; únicamente la luna parecia velada. Habiendo salido á la puerta de su cabaña, encontró el misionero una multitud de camacanes dominados por el estupor y el espanto, quienes apresuradamente hacian sus preparativos de defensa. Interrogados por el P. Luis le contestaron: «¿No veis en la oscuridad de la luna el peligro que nos amenaza? Ese astro es el punto de reunion de las almas separadas de sus cuerpos, y hoy se hallan allí congregadas en tan gran número, que su multitud vela casi todo su disco. ¿Quién sabe si Ouneggihara (Ser Supremo) volverá á enviárnoslas para devolver á la luna su primitiva claridad? Entonces aquellos espíritus se incorporarian á los tigres, á las venenosas serpientes y á los animales feroces, para devorar á los vivos.» En vano les dijo el misionero que lo que motivaba su espanto era un fenómeno muy natural conocido con el nombre de eclipse; la preocupacion resistió á sus palabras. Discurrió entonces por sacarles de su error, hacer un esperimento que dió buen resultado. Encendió una antorcha, y tomando dos cuerpos esféricos, demostró á los salvages como aquellos globos en sus evoluciones, podian proyectar á su vez su sombra el uno en el otro, logrando de aquel modo tranquilizarlos. La obra de la civilizacion emprendida por el P. Luis, se ha estendido á otras tribus, entre ellas las de los botecudos, cuyo aspecto

es terrible. Esos seres degradados, son algunas veces antropófagos, no por un esceso de ferocidad, sino, lo que es mas raro aun, por un sentimiento exagerado de ternura. Unas veces la madre se come á su hijo para incorporarse con la sustancia de aquel ser querido; otras, los guerreros devoran á sus enemigos creyendo evitar de aquel modo su venganza, etc. En el año 1845 el P. Antonio de Falerno contaba ya cuarenta catecúmenos entre los botecudos, cuyos ausiliares han contribuido mucho á la propagacion de la fé entre los indígenas. Los PP. de la Mision, trabajan igualmente en el Brasil en la conversion de los salvages, habiendo sido el P. de Macedo el que en estos últimos tiempos mayor número de paganos ha bautizado.

CAPÍTULO IX.

Apostolado de los sacerdotes del Sagrado Corazon de María, de los sacerdotes de la mision, de los jesuitas y de los capuchinos en la costa occidental de Africa, Argelia, Abisinia, Egipto y Madagascar.

Nos falta hablar de las misiones africanas, y empezarémos por las de la costa occidental, colocada en frente de América. Los pueblos que habitan esta costa, desde el Cabo Lopez-Gonzalvo hasta el Cabo de Buena Esperanza, son idólatras, de modo que á pesar de estar establecidos desde muchos años los portugueses en aquel pais, con dificultad han podido propagar el cristianismo. En 1777 cuatro sacerdotes italianos desembarcaron en Sogno, llenos de celo y provistos de presentes que juzgaban les facilitarian una favorable acojida. El prefecto de la mision se adelantó con dos de sus compañeros y los otros dos partieron algun tiempo despues, pero regresaron al cabo de diez dias á Cabenda, donde se hallaba todavía el buque que les habia llevado, manifestando al capitan haber encontrado á sus compañeros envenenados, muertos y enterrados. Esperaban sufrir la misma suerte, pero habiendo dado á entender á los negros que se habian dejado en el buque que tenian en la costa un gran número de presentes que les estaban destinados, les dejaron partir, y entonces los misioneros se embarcaron para Santo Domingo.

En el año 1781 el benedictino Liborio de Graja, obispo de Angola y vicario general de Mina, acompañado de tres sacerdotes portugueses, partieron de Libongo, último territorio del reino de Angola, para ir á evangelizar el Congo; mas habiendo muerto en Quina Liborio de Graja, le reemplazó otro de los sacerdotes, llamado Rafael del Castillo, en calidad de jefe de aquella mision. Al pasar los tres sacerdotes por las poblaciones, las mugeres y niños les saludaban con un *Ave María*, y los jefes los recibian con respeto. En Comma bautizaron muchas criaturas, y en otra poblacion donde habitaba Alfonso, hermano menor del rey, construyeron con cañas una iglesia en la que administraron los sacramentos por espacio de tres meses; despues pasaron otros dos meses en una poblacion en que residia otro hermano del rey. De repente aquel monarca, llamado José, manifestó vivos deseos de recibir la bendicion de los misioneros antes de entrar en su capital, porque el reino de Congo estaba entonces dividido en dos partidos, y cada jefe deseaba por su parte captarse el apoyo moral de los misioneros portugueses. El 14 de junio del año 1781, la mision, acompañada de los hermanos del rey, y de varios otros príncipes, llegó á la córte, en medio de una guardia de guerreros y de algunos músicos. Los tres sacerdotes iban cubiertos con un gran parasol que un jefe llevaba en muestra de honor; el rey les recibió sentado, ceñida la frente con su corona y les manifestó el contento que les causaba su presencia. Despues de la ceremonia, los grandes del reino visitaron á los misioneros, y desde aquel momento quedó restablecida la mision entre los indígenas, quienes concibieron tan alta idea de un rey que recibia embajadores de la córte de Angola, que nadie se atrevió á disputarle el poder. Los misioneros ejercieron entonces su apostolado y abrieron algunas escuelas, bajo la protec-

cion del soberano, quien envió á ellas á tres de sus hijos. Despues pasó á San Salvador, antigua residencia de los reyes del Congo.

En una época mucho mas reciente, una asociacion bienhechora de los Estados-Unidos, habiendo fundado, en la costa occidental del Africa, bajo el nombre de Liberia, una colonia americana á favor de los negros del Nuevo-Mundo, la Congregacion de la Propaganda encargó al Ilmo. Kenrick, obispo de Filadelfia, que hiciera anunciar la salvacion á los negros africanos. El prelado confió aquella mision á los sacerdotes Barron y Kelly, quienes en 1841 se embarcaron para su destino con el catequista Dionisio Pindar. Los misioneros, despues de haber permanecido algunos dias en Monrovia, villa situada en el Cabo Mesurado, pasaron al Cabo Palmas, donde habia otra poblacion construida por los negros americanos, verificando en aquel lugar su primera fundacion. «En Elmina, situada en la costa y á trescientas millas al sud de Palmas, escribia Barron, existe una iglesia católica, administrada por un misionero. En otros veinte lugares hay tambien otros tantos santuarios erigidos al verdadero Dios por los portugueses y españoles; pero por falta de sacerdotes, los indígenas que se reunian en ellos, han vuelto á caer en sus antiguas supersticiones.... Por lo que me han dicho varios jefes de tribus, estoy convencido de que el catolicismo podria renacer gloriosamente en las costas del Africa occidental.» Nombrado Barron obispo de Constantina y vicario apostólico de las Dos-Guineas, halló algunos ausiliares en Francia en la Congregacion del Sagrado Corazon de María, fundada por el obispo de Libermann, con el especial objeto de trabajar por la conversion de los negros. No habiendo podido encargarse este prelado de su vicariato, fué trasferido por la Propaganda al abate Tisserant, quien al dirijirse á su mision pereció en el naufragio del buque que le conducia.

En el año 1830, Argel, la ciudad de los piratas, cayó en poder de la Francia, y en su consecuencia las antiguas provincias romanas de la Mauritania Cesarea, Sitifiena y Numidia, que comprendia la Getulia; esas provincias que en el siglo v, contaban trescientas cincuenta y cuatro sedes episcopales, formaron parte del reino cristianísimo. Trescientas leguas de costa de una profundidad ilimitada, presentaron al celo del clero francés un millon y medio de infieles para convertir. En agosto del año 1838, Gregorio XVI, erigió en la ciudad de Argel, una sede episcopal, sufragánea de la metrópoli de Aix, cuyo primer titular fué el Ilmo. Dupuch. «Apenas hube llegado á Argel, escribia este prelado en agosto del año 1839, cuando fué preciso celebrar en medio de las oleadas de una poblacion poco acostumbrada aun á las pompas sagradas, la fiesta del apóstol San Felipe, patron de la nueva diócesis.... Dos dias despues, bendecia la mezquita exterior de la Casbah, que dediqué á la Santa Cruz, cuyo nombre glorioso lleva. En nuestro cortejo iba un anciano y santo religioso, llamado el P. Gervasio, quien, encargado por espacio de cuarenta años de visitar y consolar á los esclavos cristianos, no ha cesado de edificar á la misma poblacion musulmana. Cuando vió levantar la cruz en aquel sitio tantas veces regado con la sangre de los cristianos, fué tan grande su emocion, que se creyó que iba á desfallecer. ¡Cómo podia imaginar aquel anciano, cuando con grave peligro de su vida daba furtivamente sepultura á las cabezas de sus hermanos sacrificados por los infieles, que estos colgaban de las ramas de una higuera que habia junto á la mezquita, que llegaria un dia, que por voluntad divina, un obispo de Argel, mandaria construir dos cruces de la madera de aquel árbol, en memoria de la bendicion y consagracion de la mezquita; y que en aquel mismo suelo seria ordenado el primer diácono de la nueva iglesia africana!» En otra carta decia el mismo prelado de su catedral: «La iglesia principal de Argel, á la cual el Papa Gregorio XVI ha dado por patrono el apóstol San Felipe, de quien posee una preciosa reliquia, era hace algunos años, la elegante mezquita de las mugeres, en otro tiempo

consagrada.... á la Vírgen María. Todavía se leen en ella varias inscripciones del Coran y entre ellas la siguiente: «Dios envió un ángel á María, para comunicarle que seria la madre de Jesus. María contestó: ¿Cómo se verificará lo que me anunciais? Y el ángel contestó: Con la omnipotencia divina.» Esta inscripcion estaba grabada en el marabut (1), en donde, sin conocer, sin sospechar el sentido, colocamos en un principio el altar de la Sma. Vírgen, cuya estátua fué hallada, cuando la conquista, en el puerto de Argel.» El prelado manifestaba la esperanza de obtener por catedral la grande, la *cristiana* mezquita de la Pesquería, construida en forma de cruz como un templo cristiano. Segun una tradicion del pais, es obra de un gran número de cautivos europeos, que quisieron consagrar con aquella forma tan nueva en Berbería á la vez los recuerdos de la fé y de la patria, con las proféticas esperanzas del porvenir. Segun ellos, debia servir de iglesia cristiana cuando volviera á aquellas playas la religion cristiana. Conforme á la misma tradicion, el arquitecto pagó con su cabeza aquel plan cuando fué conocido su objeto.»

En 12 de octubre del año 1839, el Ilmo. Dupuch hablaba así de su reciente viage á Bona. «Llegó el dia en que debiamos bendecir y colocar la primera piedra del monumento que todo el episcopado francés levanta en este momento á la memoria del ilustre obispo de Hipona.... Una multitud de peregrinos, vestidos en traje de fiesta, con la alegría pintada en sus semblantes, acudieron á presenciar aquel acto prodigioso.... Habiase levantado un altar al pié de las magníficas ruinas del hospital de San Agustin, en el mismo lugar en que se va á construir el monumento filial y fraternal.... Con indecible emocion, revestido con los hábitos pontificales y con la mas solemne pompa, celebré el sacrificio que Agustin en aquel mismo sitio habia celebrado por última vez hacia mil cuatrocientos once años.... Eran la misma colina, el mismo mar, los mismos ecos. En aquel mismo dia se oian á alguna distancia los gritos de los bárbaros, los gemidos de los vencidos, los lamentos del pueblo de Agustin; hoy son las marchas guerreras, el relincho de los caballos de los cristianos vencedores, las aclamaciones de un nuevo pueblo.... Hasta los mismos árabes que en gran número habian acudido de todas partes, estaban arrodillados y levantaban su corazon á Dios.... Despues de haber manifestado á los fieles lo que sentia el mio en aquel momento solemne, bendije la primera piedra, labrada ya hacia tal vez mas de dos mil años, y la sellé....» Pero el acto mas notable del episcopado del Ilmo. Dupuch, fué el cange de unos quinientos prisioneros de todas naciones, que fué á negociar con el emir Abd-el-Kader. «Solo, enteramente solo, rodeado de mil ginetes árabes, escribia al Papa en junio del año 1841, he podido abrir mi corazon á su jefe y me ha cabido el honor de participar al rey el feliz éxito de mi conferencia.» El abate Suchet, encargado de negociar un segundo cange de prisioneros, fué portador de una carta del emir al obispo de Argel, en la que le decia que solo viniendo de él podia haber aceptado los presentes que le habian sido ofrecidos, porque le apreciaba y deseaba complacerle en todo cuanto fuese de su agrado. Manifestábale la gran confianza que habia puesto en su persona y lo mucho que podian esperar amigos y enemigos de su celo y religiosidad. El mismo prelado tuvo el insigne honor, como obispo, de iniciar la obra de la conversion de muchos millares de musulmanes ó idólatras que pueblan la Argelia, y cuando permitió la Providencia que el prelado misionero trasmitiese el báculo pastoral de San Agustin, al Ilmo. Pavy, pareció querer demostrar que la cadena de los obispos, quedaba reanudada para siempre en el suelo africano.

En el otro estremo de aquel continente, Gregorio XVI habia encargado en el año 1839 á los hijos de San Vicente de Paul que rotu-

(1) Es el marabut una especie de gran nicho dedicado á Mahoma en cada mezquita, delante del cual, todos los viernes se cantan con solemnidad algunas oraciones. (Nota del Trad.)

asen aquel vasto campo, y envióles, siguiendo las huellas de los antiguos jesuitas, á evangelizar la Nubia y la Abisinia, donde se habia creado una prefectura apostólica. El venerable Jacobis, superior que habia sido de los sacerdotes de la Mision en Nápoles, nombrado despues prefecto, penetró con los misioneros Montuori y Sapeto en aquella tierra tantas veces recorrida por los antiguos apóstoles del cristianismo, y tan tenaz hasta hoy dia en el cisma y la herejía. A fin de dar á los indígenas una alta idea del catolicismo, y para sembrar en sus ánimos, con el ausilio de las emociones que debian esperimentar en la capital del mundo cristiano, una preciosa semilla de verdad que con el tiempo produjera ópimos frutos, Jacobis acompañó á Roma en 1841, á una diputacion de abisinios heréticos. Los miembros de aquella diputacion, entre los cuales se hallaban varios parientes y ministros de los príncipes de Abisinia, se mostraron en efecto dispuestos á abrazar la fé católica, constituyéndose sus apóstoles en su patria, á la que regresaron en el año 1842. «Dominados todavía por la impresion de los recuerdos que han llevado de su viaje, escribia aquel mismo año su acompañante, estos buenos neófitos repiten por doquiera lo que saben y lo que han visto del Papa, de las iglesias de Italia y de la córte de Nápoles, con sus magnificencias y su fé. Al oir sus relaciones, los indígenas se sienten trasportados de un religioso entusiasmo, desvanécense sus preocupaciones con su admiracion, y, merced á estos sentimientos, el catolicismo, repudiado en otro tiempo como la mas criminal de las herejías, goza ahora de la misma libertad que las demás religiones establecidas en el pais.» Emulos de los sacerdotes de la Mision, los capuchinos se han consagrado especialmente á la conversion de los gallas, cuyo territorio, erijido en vicariato apostólico, fué administrado por el P. Massaja, obispo de Cassia, á quien los PP. Justo de Urbino y César de Castelfranco acompañaron al Africa en el año 1846.

La familia de San Vicente de Paul elijió la ciudad de Alejandría, en Egipto, como el punto de partida para adelantar hasta las comarcas mas remotas. Situada en la embocadura del Nilo, en frente de Suez, está destinada á ser el depósito general del comercio de Europa en las Indias orientales; en una palabra, el lazo que une el Occidente con el Oriente. Existia en Alejandría un hospicio conocido con el nombre de *Hospital europeo*, destinado para recojer á los pobres y enfermos de las naciones bajo cuya proteccion estaba establecido; pero como su servicio corria á cargo de gentes mercenarias, deseábase ponerlo en manos mas inteligentes, y fueron pedidas al efecto las hijas de San Vicente de Paul. El Ilmo. Guasco, obispo de Fez, vicario y delegado apostólico de Egipto y de la Arabia, manifestó el deseo de que se les agrégasen algunos misioneros y el sacerdote Pousou, á quien un largo apostolado en el Levante habia familiarizado con la lengua árabe y conocia perfectamente el pais, partió de Francia en el año 1844 con seis hermanas de la Caridad que llegaron felizmente á Alejandría. Instaladas en el Hospital europeo, abrieron al propio tiempo algunas clases, en tanto que su acompañante, preparó un establecimiento para recibir no solo á los misioneros y á las hermanas de la Caridad, con su pensionado, escuela, farmacia y dispensario, sino tambien á los hermanos de las escuelas cristianas que debiesen pasar á aquella ciudad y dirijirse á Constantinopla ó á Esmirna, á fin de completar por medio de la educacion de la juventud el bienestar moral del Egipto. El número de las hermanas pronto llegó á diez y siete, de las cuales fueron destinadas cuatro al Hospital y trece á la Casa de Misericordia. Este aumento de personal y la capacidad de la nueva casa, permitieron á las hermanas de la Caridad poder dar mayor estension á su caritativa obra, por medio de la cual adquirieron grande influencia entre los infieles, cada vez mas admirados. Solo dos sacerdotes de la Mision permanecieron en Alejandría, aguardando á que el desarrollo de aquel apostolado inaugurado por

las Hermanas, necesitase mayor número de obreros. Los hijos de San Vicente de Paul, nuevos apóstoles de la Abisinia y del Egipto, habian evangelizado en otro tiempo Madagascar (1); pero desde la evacuacion de la isla, bañada en sangre francesa, Luis XIV prohibió que sus buques tocasen en aquellas funestas playas. No obstante, Luis XVIII alzó aquella prohibicion, y fundó las nuevas colonias de Santa María y Titingues; pero ningun misionero acompañó aquella espedicion. Hasta el año 1837 no fué el sacerdote Dalmond á Santa María, empezando tres años despues la mision de Nossi-Be. Nombrado prefecto apostólico de Madagascar, llamó en su ayuda á los jesuitas. «¿Cuál es, escribia el P. Maillard, provincial de Lyon, en el año 1844 á sus hermanos, cuál es la tierra desconocida que se ofrece á nuestro celo, cuál el nuevo pueblo que va á sernos confiado? Esa tierra y ese pueblo es Madagascar, comarca cuya inmensa estension conoceis sin duda, y que parece tanto mas admirablemente colocada en nuestra provincia, cuanto ocupa la misma senda que frecuentemente deben recorrer nuestros obreros y amigos de la China y del Maduré.» El llamamiento del provincial fué escuchado y en el año 1845 los PP. Cotain, Denieau y Monnet, llegaron con el misionero Dalmond que habia ido á buscarles, á la tierra tan deseada y donde tanto bien podian hacer.

CAPÍTULO X.

Conclusion.

En todas las épocas de la historia, las misiones católicas se han estendido al propio tiempo que el círculo de los negocios humanos. Cuando los pueblos germánicos invadieron el imperio romano, y cuando la barbárie logró sobreponerse á la civilizacion, Dios reunió en el monte Cassino, bajo la disciplina de S. Benito á las milicias monásticas que debian llevar los límites de la cristiandad hasta las estremidades del Norte. Las dádivas de los señores enriquecian á los poderosos monasterios de San Gall, Fulde y Cantorbery, destinados á servir de escuelas alemanas ó inglesas. Cuando las cruzadas hubieron abierto el Oriente, los dominicos y franciscanos se agregaron á la grande obra de la regeneracion, y anunciaron el Evangelio en Siria, Persia, Tartaria, China y la India. En un principio, protegidos por el gran nombre de S. Luis que les encargó sus embajadas, fueron sostenidos por el crédito de las repúblicas de Génova y Venecia, cuyo comercio se estendia á la sazon hasta el centro del Asia. Los descubrimientos del siglo XV abrieron á los pueblos europeos las Indias orientales y el Nuevo-Mundo; treinta años despues, Ignacio y sus compañeros juraron en la capilla de Montmartre consagrarse á la conversion de los infieles; y pronto las misiones de la Compañía de Jesus cubrian las còstas de Malabar y Coromandel, penetraban en Abisinia y en el Japon, salvaban las murallas de la China y evangelizaban ambas Américas. La política de los reyes se interesó en aquellos grandes designios y les prestó un legítimo apoyo. Varios príncipes sostuvieron con sus limosnas y enriquecieron con sus presentes, las iglesias latinas de Tierra Santa y singularmente el monasterio del Santo Sepulcro, última guardia dejada en el suelo conquistado por las cruzadas.

No obstante, era de desear que llegase una ocasion en que las misiones se apoyasen, ya no en el favor de los poderosos del mundo, sino en la caridad de todos, por manera que los mas pequeños y los mas pobres, participasen del honor de evangelizar los lejanos imperios cuyo nombre les era algunas veces desconocido. La obra propagadora, echando raices mas profundas hasta en las entrañas de la sociedad cristiana, debia encontrar en ella una nueva savia, porque cuanto mas participase del carácter de universalidad, que es el propio carácter de la iglesia, mas debia revestirse de la fuerza divina. Este pensamiento es muy antiguo. Vése al P. Jacinto, capuchino, esta-

(1) Véase tomo II, lib. III, cap. IX.

blecer en Paris en 1632, una cofradía bajo el nombre de Congregacion para la exaltacion de la Sta. Cruz y la propagacion de la fé; pero se limitó á la conversion de los protestantes y á la confirmacion de los neófitos en la fé católica. El abate Paulmier, nieto del insular australiano que el navegante Gonneville trajo á Europa, dirigió en 1663 al papa Alejandro VII una « memoria relativa al establecimiento de una mision en el tercer mundo, por otro nombre llamado tierra austral, » en la cual indica como un medio de llevar á efecto aquel proyecto, la creacion de una asociacion formada sobre el modelo de las compañías de Indias, es decir, con el libre concurso de todos, hasta de los artesanos y domésticos, bajo la direccion de un corto número de personas esperimentadas, para contribuir con sus dádivas á la realizacion de aquella gloriosa obra; y manifiesta la esperanza de que con el ausilio de Dios, la bendicion de la sede apostólica y la aprobacion de las grandes potencias, podrá formarse una sociedad para la propagacion de la fé. La misma idea de formar una sociedad con el objeto de obtener de Dios la conversion de los infieles, fué espuesta en la época en que fué fundada la congregacion de las Misiones Estrangeras, como lo prueban las diligencias practicadas por el obispo de Heliópolis, durante su permanencia en Roma en 1665, quien solicitó del soberano Pontífice la aprobacion de una cofradía formada á aquel objeto con el título de los Santos Apóstoles. Es de creer que la lectura de las *Cartas edificantes*, contribuyó á dispertar el interés público á favor de las misiones, cuya admirable historia popularizaron; pero era necesario que pasáran las últimas tempestades del siglo XVIII, sobre todo en Francia, para fecundar la buena semilla que se habia sembrado. El dia en que Pio VII desde la colina de Fourvieres bendijo la ciudad de Lyon, de sus manos abiertas se esparció la gracia que debia hacer brotar la obra de la propagacion de la fé. Dos gritos de dolor, que llegaron el uno de Oriente y el otro de Occidente, inspiraron el designio, afortunadamente realizado, de procurar una asistencia eficaz á las misiones de ambos mundos. Dos religiosas mugeres, dos viudas cristianas, de la clase artesana, ambas fueron, por decirlo así, las fundadoras de la asociacion para recojer limosnas á favor de las misiones. Pronto el número de asociados llegó á mil, la mayor parte de la clase industrial, y los primeros ocho mil reales que se reunieron fueron enviados á las misiones de Asia. Ya fundada la obra de la Propagacion de la fé, se solicitó la aprobacion de la autoridad eclesiástica, y no tan solo fué esta concedida inmediatamente, sino que el papa Pio VII le concedió algunas indulgencias; todas las diócesis de Francia se interesaron á favor de la obra, y sucesivamente hicieron otro tanto, Bélgica, Suiza, los diversos estados alemanes (1), Italia, la Gran Bretaña, España y Portugal. Aquella cruzada de la caridad á favor de los apóstoles de la caridad, halló eco en todas partes; mas de trescientos obispos levantaron la voz á su favor; y por último, Gregorio XVI, por su carta encíclica de 1840, recomendando á todas las iglesias la Asociacion de la propagacion de la fé, la colocó entre las instituciones comunes del cristianismo. Centro natural de las misiones, por su órgano se ha publicado en lo sucesivo casi todo cuanto las concierne; porque las antiguas y nuevas *Cartas edificantes*, tienen una continuacion permanente en sus *Anales*.

(1) El antiguo discípulo de la Propaganda, el Ilmo. Resé, natural de Hildesheim, en Hanover, misionero apostólico y gran vicario de Cincinnati, despues de haber recorrido algunos reinos de Europa en el interés de su mision, pasó á Austria y pintó en Viena de un modo tan tierno la situacion de las diócesis de América, la falta de obreros y de fondos para poder construir iglesias y escuelas, las necesidades de tantas almas privadas de los consuelos de la religion, que muchas personas distinguidas y poderosas se reunieron, para formar una asociacion bajo los auspicios de la familia imperial, con el objeto de contribuir al sostén de aquellas misiones católicas. Tomó aquella asociacion el nombre de *Leopoldina*, en memoria de una hija del emperador, muerta en el Brasil. El archiduque Rodolfo, cardenal arzobispo de Olmutz, protector de la asociacion, trasmitió los estatutos á los obispos de los estados austriacos á quienes rogó que le favoreciesen y la recomendasen al celo, así como á la caridad de los fieles. Delegó el cuidado de presidirla al príncipe de Firmian, arzobispo de Viena, y la direccion central se reunió en efecto por vez primera en el palacio de aquel prelado el dia 13 de mayo de 1829. (Nota del Autor).

Para comprender debidamente los servicios prestados á la iglesia por la Asociacion de la propagacion de la fé, es preciso recordar cual era la situacion de las misiones católicas en el año 1822.

« El mundo salia de una tempestad, se lee á este propósito en los citados Anales; durante veinte y cinco años, la guerra general habia turbado la cristiandad y cruzado los mares. Las comunicaciones regulares de ambos continentes habian sido rotas; ningun pabellon protegia ya el buque que llevaba al sacerdote y con él la civilizacion. Por otra parte, los últimos acontecimientos del siglo XVIII, habian destruido la antigua y bienhechora opulencia de la iglesia. Las numerosas fundaciones, los colegios, las rentas dadas por la munificencia de los príncipes para el sostén de las misiones, habian desaparecido; faltaba el dinero para el pasage del misionero y su subsistencia hasta el lugar de su destino. Pero nada habia sufrido tanto como el mismo clero diezmado por la persecucion. Las nuevas generaciones reparaban con suma lentitud los claros que las revoluciones habian dejado en sus filas, y el celo, aunque multiplicándose á sí mismo, distaba todavía mucho de poder satisfacer las exigencias del ministerio y las necesidades de los pueblos. La supresion de las órdenes religiosas en muchas naciones católicas (1) habia cerrado sus claustros y sus escuelas, donde se habian formado las mas fuertes milicias del apostolado, y el cristianismo parecia tener bastante que hacer para levantar las ruinas de la fé, para poder pensar en fundaciones remotas. Los antiguos misioneros que habian sobrevivido, postrados por los trabajos, sentian acercarse su fin, sin poder vislumbrar quienes serian los que recogerian el fruto de sus fatigas; y á medida que uno de ellos moria, los neófitos, despues de haber enterrado á su padre espiritual, aguardaban en vano á que acudiese otro para ocupar su lugar al pié del altar abandonado. El desamparo de aquellas pobres iglesias habia llegado á un estremo tal, que permanecian ignoradas hasta por los mismos cuya religiosidad hubiese deseado socorrerlas. Con la Compañía de Jesus habia terminado la publicacion de las *Cartas edificantes*, que escitó por tanto tiempo la religiosidad de Europa con el espectáculo de los sufrimientos, por ejemplo en la conversion de la China ó con la pintura de las fiestas celebradas en medio de los salvages del Canadá. Además, los cristianos de Europa ignoraban lo que habia sido de sus hermanos de Oriente y Occidente (1), y ya no se hallaba aquel sentimiento de unidad que anima á la familia católica, y que no permite que se toque á ninguno de sus miembros sin que se resientan todos los demás.

« Las misiones del Levante, despues de haber florecido por espacio de dos siglos bajo el protectorado de los reyes de Francia, habian decaido notablemente de su antigua prosperidad. El obispado de Babilonia habia estado vacante durante veinte años; ningun misionero visitaba las cristiandades de la Persia; la congregacion de San Lázaro, no contaba mas que con un sacerdote en el archipiélago, otro en Siria, dos en Esmirna y tres en Constantinopla, reducidos á un ministerio temido entre los católicos armenios, á quienes los firmanes de la Puerta otomana dejaban bajo la dependencia del patriarca cismático, y por consiguiente, á discrecion de sus vejaciones. Al propio tiempo la insurreccion griega sublevaba los ánimos en todo el Oriente, y la venganza de los infieles perseguia el nombre cristiano

(1) Consolador es el espectáculo que ofrece la España católica despues de los males de que se lamenta el autor de la reseña trascrita, pues todos los años continua enviando á sus posesiones asiáticas numerosos obreros de la fé, la mayor parte dignos hijos de San Ignacio, quienes desde Manila penetran en las regiones del Asia central ú oriental con el objeto de evangelizar aquellos pueblos. Tambien parten de la península para el suelo americano celosos misioneros sin mas mira que la salvacion de las almas. (Nota del Trad.)

(1) Hay aquí un injusto olvido de la escelente coleccion titulada « Nuevas cartas edificantes de las misiones de la China y de las Indias orientales » que recuerda lo mas importante que aconteció desde el año 1767 en las misiones: 1.º, de Sse-tchouan en China; 2.º, del Tong-king; 3.º, de la Cochinchina; 4.º, de Siam: y 5.º, del Malabar y de la costa de Coromandel, misiones de que está encargado el Seminario de las Misiones Estrangeras. (Nota del autor.)

en todos los paises sometidos á su imperio.

«En el centro del Asia, los negocios religiosos parecian sostenerse, merced al celo de los carmelitas del Malabar, de los capuchinos del Tibet, y de los sacerdotes del oratorio de Ceilan; pero las hermosas cristiandades del Maduré iban arruinándose, y la serie de los sucesos, permitia ya preveer la defeccion parcial del clero indo-portugués.... La mision de Pondichery no contaba sino con un obispo y seis sacerdotes; la fé católica no tenia ninguna cátedra en Bengala; aquellas vastas comarcas parecian estar abiertas por todas partes á los emisarios del protestantismo, que se dejaban ver con las manos llenas de oro en los almacenes de la compañía de las Indias y detrás de sus bayonetas. En la península indo-china un obispo y dos misioneros gobernaban el corto número de los cristianos de Siam. El imperio anamita ofrecia un aspecto mas consolador, pues veíanse en él cuatrocientos mil católicos, un numeroso clero indígena, algunas capillas en todos los puntos mas importantes del territorio, y cerca de ellas los conventos y escuelas concurridos por una religiosa juventud, en donde crecia y se educaba en las prácticas de la fé. Comenzaba el reinado de Minh-Mang: un sordo rumor, nuncio funesto de grandes males, ya anunciaba las persecuciones que debian ensangrentarle. Tres vicarios apostólicos, con sus coadjutores y algunos sacerdotes europeos, diseminados entre aquella multitud creyente, pero amendrentada y temerosa, debian tener que sostener todo el esfuerzo del combate. Muchos estaban encorvados ya bajo el peso de la edad y de las enfermedades, y era vivísima la inquietud de los que se interesaban por el sostén y progreso de aquella cristiandad, al considerar quien guardaria el redil y lo que seria del rebaño, cuando moririan aquellos ancianos pastores.

«La China, despues de haber admitido por espacio de doscientos años en sus tribunales de matemáticas y en la córte de sus emperadores á los sacerdotes de Jesucristo, acababa de manifestar su ingratitud, renovando desapiadadamente sus edictos de proscripcion. En el año 1811, fueron destruidas tres iglesias en Pekin, quedando únicamente el anciano obispo portugués en aquella capital, en donde en otro tiempo los altares del Salvador se habian visto rodeados de mandarines convertidos y de príncipes catecúmenos. Pero el furor de los idólatras, reprimido por algun tiempo, estalló, sobretodo en el año 1814, no cesando sus funestos efectos hasta á principios de 1821. En aquella época fué cuando murieron por la fé con un gran número de cristianos, el obispo de Tabraca y el celoso misionero Clet (1); pero aquella sangre debia mas tarde fecundizar la tierra en donde habia sido derramada. Sin embargo, cuando cesó la tempestad, el clero se halló disminuido en dos terceras partes, y las escuelas destinadas para renovarlos, casi todas habian desaparecido. El vicariato apostólico de Sse-tchouan, no contaba entonces mas que con un obispo, un coadjutor, un sacerdote europeo y quince indígenas; los otros dos vicariatos del Chan-si y del Fo-kien, eran quizás los que menos habian sufrido; pero aquellas vastas jurisdicciones abrazaban un territorio harto estenso para alcanzar todos sus puntos; varias cristiandades habian permanecido por espacio de diez años privadas de la palabra y del sacrificio. ¿Qué podian hacer un corto número de estrangeros en medio de trescientos mil neófitos amedrentados y de un pueblo pagano de doscientos millones de hombres?

«Si se apartaba la vista de este cuadro aflictivo y se fijaba en la América, ¿qué se veia en ella? Las colonias de las Floridas y la Luisiana, en donde se habia estendido la religion por los esfuerzos de España y Francia, estaban sometidas al influjo de otras leyes; ya no habia en ellas aquellos osados misioneros cuya predicacion reunia á los pueblos errantes, abria sus ojos á la luz de la fé, fijaba sus hábitos y sus moradas, fundando de aquel modo nuevas sociedades; ya no se oian en las floridas márgenes del Mississipi los cánticos de

(1) Véase el capítulo v del libro iv.

los bondadosos salvages, acompañando en su piragua al amigo misionero que habia ido á visitar su tribu, dando consuelo al necesitado, enseñando al ignorante, socorriendo al necesitado y ofreciendo á todos en nombre de Dios, la recompensa al justo y al virtuoso. El pueblo anglo-americano habia tomado posesion de aquel inmenso territorio; todas las sectas de la reforma habian entrado con él, y en apariencia, no tardaron en quedar dueñas de los veinte y cuatro estados de la Union. Si de una parte la emigracion irlandesa y alemana llevaba cada año á aquel pais un gran número de católicos, de otra el error propagado por los sectarios les aguardaba en el puerto, y abria sus templos para ellos y sus asilos para sus hijos; al paso que el catolicismo estaba falto de sacerdotes, de iglesias, de escuelas, de instituciones sólidas y bienhechoras que acogieran, por decirlo así, á aquella poblacion móvil, y no la dejáran correr ciegamente al abismo del error. Dispersos, á distancias inmensas del corto número de ciudades donde habia un altar; la mayoría vivian sin culto y morian sin ninguna clase de consuelo. La segunda generacion cedia al impulso general, y seguia á la multitud agrupada en torno de los púlpitos de los protestantes. Segun los cálculos mas bien fundados, créese que el número probable de aquellas defecciones llegó á ascender á tres millones de hombres. No obstante, la Santa Sede, que no podia ver comenzar una gran nacion sin ocuparse de su porvenir religioso, hacia mucho tiempo que le habia dado un episcopado, por manera, que ya en 1822 el arzobispado de Baltimore y sus ocho obispos sufragáneos, figuraban como las primeras columnas que debian sostener la iglesia de los Estados-Unidos. Pero aquellos títulos augustos no ocultaban la indigencia de los prelados, ni la insuficiencia del corto número de individuos con que contaba el clero. Boston no tenia mas que ocho sacerdotes, Cincinnati contaba siete y únicamente dos Charleston. El obispo de Nueva-Orleans, al ir á tomar posesion de su sede en la ciudad de San Luis, en vez de un palacio episcopal, halló únicamente una miserable granja, por catedral una cabaña formada con cuatro tablas, y por todo homenage algunas tribus de indios que le pedian predicadores, sin que le fuese posible acceder á su demanda. Parecia, pues, que las esperanzas concebidas iban á desvanecerse y que seria preciso renunciar á la América septentrional, en el momento en que empezaba á tratar de igual á igual con las antiguas potencias de la tierra.

«Ni siquiera aquella esperanza se ofrecia, ni nada revelaba que pudieran haber mejores dias para el cristianismo en las costas del Africa. Las regencias berberiscas que ocupaban el norte de aquella region, continuaban renunciando á la navegacion del Mediterráneo. Los antiguos establecimientos portugueses del Congo y Mozambique iban cada dia á menos; ninguna asistencia regular se daba á los colonos católicos del Cabo de Buena-Esperanza. Aquel vasto continente cerrado por sus escarpadas costas y sus inmensos arenales, parecia condenado á no ver pisar sus playas por el apóstol del verdadero Dios.

«Al propio tiempo, las islas de la Oceanía, se poblaban con los deportados de Inglaterra, con los marineros desertores y los aventureros de todas las naciones. Los pretendidos misioneros del metodismo, tenian en ella escuela y almacén; y sabido es como bajo su tiránica presion perecieron en un corto número de años los pueblos hijos de Sandwich y de Taiti. Un solo sacerdote habia visitado en el año 1818 á los colonos irlandeses de Nueva-Holanda, y desde entonces ninguno otro habia puesto el pié en aquella cadena de archipiélagos, que se estiende á inmensas distancias como para unir el antiguo mundo con el nuevo, destinada á ser quizás un dia el lazo que deba unir á dos civilizaciones hermanas.

«Tal era el estado precario de las misiones católicas en el año 1822, casi limitadas á conservar los asientos del antiguo apostolado, é insuficientes para emprender de nuevo la conquista. No obstante, el seminario de las

Misiones Estrangeras, en medio de todas las pruebas del destierro y de la pobreza, no abandonaba á las cinco provincias confiadas á su guarda y fundaba al propio tiempo el colegio de Pulo-Pinang para el reclutamiento del clero oriental. Los sacerdotes lazaristas, á pesar del corto número á que habian quedado reducidos por las tristes vicisitudes de los tiempos, no cesaban de proseguir en la santa tarea emprendida por los sucesores de S. Vicente de Paul, procurando la salvacion de los infieles. Los reverendos PP. de la Tierra Santa, permanecian reunidos en torno del Santo Sepulcro, de donde ningun poder humano, por espacio de seiscientos años, ha podido separarles aun. Por otra parte, los religiosos de Sto. Domingo y de S. Francisco, continuaban en sus principales casas, aguardando á que les fuese permitido volver á entrar en combate....

« Durante treinta años las misiones se habian sostenido casi sin ausilio humano; pero al volver á entrar las cosas en su curso regular, convenia que la limosna asegurase al sacerdote el pasaje del buque que debia conducirle y el pan de cada dia. Fundóse, pues, la obra de la Propagacion de la fé, la cual estaba destinada no á ejercer una influencia irregular en la administracion de las cristiandades, sino únicamente para poner al servicio del apostolado los recursos terrestres de la caridad. Proponíase facilitar la salida de los misioneros, pagando su pasage, cuyo importe es muy considerable cuando se trata de viages muy largos. Debia procurar además su manutencion y poner en sus manos los fondos reservados para construir la iglesia, y despues de ella la escuela y el hospital. En fin, publicando en sus *Anales* las necesidades y trabajos de las misiones, restablecer esa correspondencia de todo el catolicismo, que interesa hasta el último de los fieles, haciéndoles concurrir al cumplimiento del plan divino....

« La vocacion apostólica, conservada en la iglesia y en el seno de las corporaciones religiosas y del clero secular, halló las condiciones de desarrollo que aguardaba, y tomó desde entonces un vuelo que nada puede ya contener. La casa de las Misiones Estrangeras, que en el año 1822 solo contaba veinte y ocho miembros, tenia noventa y ocho en 1844, mas de ciento cuarenta, tres años despues, y hoy dia es mucho mayor su número. Lo propio podemos decir de la congregacion de San Lázaro, la cual en aquella época contaba únicamente con trece misioneros europeos. La Compañía de Jesus ha vuelto á colocarse en el lugar acostumbrado, y cuenta con un gran número de sacerdotes consagrados á la conversion de los infieles en las diversas partes del mundo (1). Otras sociedades formadas en los últimos quince años, se consagran al ministerio de la palabra con un celo que promete igualar un dia la gloria que alcanzaron las antiguas congregaciones: tales son, entre otras, las de los Redentoristas, Pasionistas, Oblatos de Turin que evangelizan el imperio de Birman, la de Marsella y la sociedad del sagrado Corazon de María, consagrada á procurar la salvacion de los negros y la de los Moristas y de Picpus que se han compartido, con los benedictinos ingleses los archipiélagos de la Oceanía. Debemos consignar igualmente en este lugar las fundaciones destinadas á perpetuar este proselitismo naciente. Al efecto citarémos el seminario establecido en el año 1841 por los reverendos PP. capuchinos en Roma, y el que la religiosidad del clero irlandés, no hace mucho tiempo fundó cerca de Dublin; y puesto que enumeramos las instituciones que tanto han mirado por los intereses de la fé, no podemos pasar en silencio ese ilustre colegio de la Propaganda, monumento ya antiguo de la solicitud de los Soberanos Pontífices, en cuyo recinto, cuando las públicas solemnidades, se oyen las alabanzas de Dios proferidas en cuarenta y cuatro idiomas diferentes: como si Dios que separó las lenguas para confundir el orgullo de Babel en tiempo del pecado,

(1) En el año 1844 la Compañía de Jesus, contaba cuatrocientos setenta y cinco de sus miembros empleados en las Misiones Estrangeras; dos años mas tarde su número llegaba á seiscientos veinte y siete, y hoy dia es muy considerable (Nota del Trad.)



quisiera reunirlas ahora, para levantar un edificio mejor y congregar bajo la ley de gracia á la gran familia humana, dispersa por todo el ámbito de la tierra!»

Con tan felices auspicios y el acrecentamiento cada vez mayor del clero, ha sido dado adelantar los límites de las jurisdicciones episcopales y crear otras nuevas. En un período de un poco mas de un cuarto de siglo, han sido numerosos los obispados y vicariatos apostólicos que han sido fundados con la debida autorizacion de la Santa Sede. Y si consideramos las misiones católicas al comienzo de este período de acrecentamiento, las vemos en notable y consolador progreso en las cinco partes del mundo. Hé aquí una reseña demostrativa que tomamos tambien en gran parte de los citados anales.

Europa. — Al fijarnos en el estado de las misiones en Europa, lo que ante todo debe llamar nuestra atencion es el Levante. Lejos de haber permanecido inactivo el catolicismo en esta vasta region del antiguo mundo, ha levantado y está levantando numerosos santuarios en Atenas, en Patras, en todas las ciudades, en fin, que todavía están llenas de la memoria de los apóstoles. Al propio tiempo ha cimentado y consolidado de un modo estable sus establecimientos religiosos en los tres principados de Servia, Moldavia y Valaquia, habiendo obtenido por último los pobres búlgaros la facultad de poder reunirse y rogar juntos á su Dios bajo un mismo techo. Pero sobre todo en Constantinopla, en ese punto de reunion universal del Oriente y del Occidente, es en donde la verdad debia despedir mayor brillo, donde sus acentos debian cautivar la atencion general. Los católicos armenios, sostenidos en un principio en el destierro por los ausilios que les prestaba la obra de la Propagacion de la Fé, despues de haber sido libertados de las vejaciones del patriarca cismático, fueron reunidos bajo la paternal autoridad de un arzobispo ortodoxo, merced á la mediacion del rey cristianísimo (1). Aquel hecho pudo ser considerado como las primicias de la reconciliacion de la nacion entera hácia la unidad por el influjo de una gracia poderosa. Por otra parte, el vicario apostólico del rito latino veia aumentar su clero y multiplicarse las instituciones que, causando la admiracion de los infieles, daban gran consuelo á los cristianos. Los misioneros lazaristas, reunidos ya en número suficiente, abrieron su colegio, en donde numerosos jóvenes reportaron todos los beneficios de una educacion europea. Los hermanos de las Escuelas cristianas admitieron algunos centenares de discípulos pertenecientes á toda clase de religiones, y numerosas hermanas de la Caridad, consagradas al servicio de los enfermos y á la educacion de las niñas, no tardaron en contar en sus escuelas á muchos centenares de jóvenes, sin que el cuidado de su instruccion cristiana, las privase de ir á llevar la limosna secreta al hogar del indigente, sin distincion de creencias. Al principio, admirados los turcos de la abnegacion de aquellas humildes mugeres, que les hablaban en su lengua, que curaban sus males, ó instruian á sus hijas, les preguntaban si eran ángeles bajados del cielo ó criaturas humanas. Tan bienhechora como admirable institucion ha echado profundas raices en Oriente, y hoy dia las buenas hermanas de la Caridad son tan respetadas como queridas por los infieles, habiendo procurado muchas conversiones con el influjo de su noble comportamiento, y sobre

(1) El cardenal Lambruschini era entonces nuncio en Paris. Se lee en la *Noticia* acerca de este ilustre prelado, publicada por la *Biografía de los contemporáneos*. t. VII. part. I: «Los católicos del Levante y especialmente los armenios, jamás tuvieron mas ardiente protector. A fin de sustraer á los armenios ortodoxos del yugo vejatorio del patriarca cismático, manifestó el deseo de que en el tratado concerniente á los negocios ruso-turcos, hubiese una cláusula que autorizase el establecimiento de un patriarca armenio católico en Constantinopla. Al propio tiempo deseaba que se creára en Jerusalen un consulado francés, á fin de que estuvieran mas inmediatamente bajo la proteccion de los reyes cristianísimos los Santos Lugares. Aquella indicacion hecha por el cardenal Lambruschini, se realizó algunos años despues. A ruegos del mismo nuncio, el gabinete de las Tullerías se mostró cada vez mas dispuesto á gestionar á favor de los cristianos de Oriente, consintiendo por último la Puerta Otomana en que los armenios católicos tuviesen desde luego en Constantinopla un obispo de su religion, de quien dependerian, si bien no consintió por el momento, en que fuese dado el título de patriarca á aquel prelado.» (Nota del Autor.)

todo, por los tesoros de la caridad que prodigan en nombre del Redentor de todos los hombres.

En el resto de Europa las misiones han progresado igualmente en estos últimos años, tanto en los paises donde impera solo el cristianismo, como en aquellas donde las sectas protestantes han difundido sus errores y destruido el armónico principio de la unidad. El catolicismo triunfante de las falsas doctrinas de sus hijos descarriados, penetra con la antorcha de la verdad hasta en los pueblos mas ciegos y pertinaces, y sus conquistas cada vez mayores, hacen confiar en dias mucho mejores.

Asia. — Uno de los principales esfuerzos de la predicacion debia hacerse en las dilatadas regiones de esa vieja Asia, donde el error resiste con mas obstinacion, sostenido por la innumerable multitud de naciones que lo profesan y por el poderío de los imperios que tienen su asiento en esta parte del mundo. En ella las misiones católicas se hallan en presencia de varias sectas y de tres falsas religiones: el islamismo en el occidente; el bracmanismo en los paises centrales; y finalmente, en el Oriente el culto de Buddha. Hemos historiado ya durante el curso de nuestra relacion, las luchas sostenidas por los apóstoles de la fé en esas inmensas comarcas pobladas de tantos falsos dioses; hemos visto con admiracion sus triunfos y merecimientos; resumamos ahora en un cuadro final, los hechos consumados y los esfuerzos hechos por los misioneros aislados, ó por las sociedades religiosas en estos últimos años.

Asia occidental. — Constante ha sido siempre la solicitud manifestada por la Iglesia respecto de esa region del mundo, llena para ella de los mas queridos recuerdos. En efecto, ¿cómo poder olvidar las colinas de Jerusalen donde se consumaron los mas grandes misterios, aquel suelo sagrado donde todavía está impresa la huella del Dios-Hombre, aquellas comarcas donde todo recuerda al Maestro y á los apóstoles? Mientras el mundo exista, vivirá eternamente en el corazon del hombre cristiano, dispertando en él dulcísimos recuerdos la memoria de la gruta de Patmos (1), de celebridad inmortal por haber servido de retiro á S. Juan, quien escribió en ella el Apocalipsis; ni tampoco morirán los grandes nombres de Antioquía, Esmirna y Efeso, que llenan los anales de los primeros siglos. Ochocientos años de separacion no han podido borrar su confianza; y la iglesia ha visto con gran contento que muchos pueblos del Asia, saliendo de su orgulloso aislamiento, empezaban á respetar la civilizacion europea y á envidiarle sus luces. No ignora por otra parte la Madre comun de los fieles que, el islamismo, el cisma y la herejía únicamente se sostienen por la ignorancia, y que es preciso vencerlos por medio de la instruccion. Bajo este principio ha procurado sobre todo que se multiplicasen las escuelas. Hace poco tiempo que mientras se construia una magestuosa iglesia en Esmirna, la sede de S. Policarpo, honrosamente restaurada, se rodeaba de un clero numeroso; merced á los desvelos de la congregacion de Picpus abrióse un colegio para la instruccion de la juventud del pais, y muchos centenares de alumnos acuden hoy dia á recibir las lecciones de los Hermanos de las escuelas cristianas y de las Hermanas de la caridad. Al propio tiempo, veíase empezar el colegio de Antura, establecer las escuelas de Damasco, Alepo y Beyruth, y organizar las que con tanto celo ha planteado en varios puntos de la Persia y Mesopotamia el jóven y apostólico viagero francés Eugenio Boré. Entretanto, á pesar de las vicisitudes de los tiempos y de los cambios que llevan en pos de sí las revoluciones humanas, los PP. de Tierra Santa, esos últimos sucesores de los cruzados, conservan su puesto junto al sepulcro de Jesucristo; las llaves están siempre en su poder, y su paciencia no se cansará, á pesar de los ataques de los musulmanes y

(1) Esta isla muy montañosa, y en parte cubierta de rocas, corresponde al archipiélago de la Turquía asiática, hácia la costa de Anatolia al N. O. de la isla de Lero. La capital lleva el nombre de San Juan. (Nota del Trad.)



de las intrigas de los cismáticos, aunque se vean estos apoyados por el crédito de una potencia que escuda con su patronato interesado todas las sectas enemigas del nombre latino. La esperiencia ha demostrado recientemente que la Europa católica no permitirá nunca, bajo ningun concepto, que se la prive de uno de los mas preciosos tesoros de su fé y de su religiosidad. Ni el cisma ni la heregía, ni menos los sectarios del protestantismo, pueden imperar donde murió el Salvador de los hombres, de donde el príncipe de los apóstoles y sus discípulos partieron para llevar la palabra y la doctrina de su Dios hasta los mas remotos confines de la tierra. Los religiosos carmelitas, dominicos y capuchinos han vuelto á ocupar sus conventos de Bagdad, de Mossul, de Orfa, de Diarbekir y de Mardin, mientras que la Compañía de Jesus prosigue en sus misiones de la Siria, y los PP. servitas llevan el Evangelio hasta las playas del mar Rojo. Los trabajos comenzados se prosiguen con concierto bajo los auspicios de los delegados apostólicos, representantes de la Santa Sede, en los pueblos orientales que perseveran en la religion romana. Estos pueblos son en número de cinco: los maronitas, cuya fé y valor ha igualado á sus infortunios, sobre todo en estos últimos años en que el ódio musulman ha sembrado la muerte en sus moradas; pero la Europa cristiana asombrada en presencia de tan horrible espectáculo, se ha apresurado á enviar á sus hermanos toda clase de ausilios, y el rey cristianísimo, el apoyo y proteccion que ha juzgado necesarios (1); los griegos melquitas, los armenios, los sirios, los caldeos, todos con sus antiguas liturgias, respetadas como otros tantos monumentos de la unidad del dogma en medio de la variedad del rito y de la disciplina. Los acontecimientos políticos de estos últimos tiempos han sido funestos para las cristiandades orientales, cuyos individuos han sido en varias comarcas tratados con suma crueldad; pero nos cabe la satisfaccion de consignar que nuestros socorros no les han faltado, llevándoles con ellos la confianza y la resignacion, es decir, los bienes espirituales contra los cuales nada puede la tiranía, demostrándoles que así como sus sufrimientos no eran ignorados de los cristianos de Occidente, que han procurado aminorarlos, en cuanto les ha sido posible, mucho menos perdidos deben haber sido ante Dios, que se reservaba coronarlos con una gloria inmortal.

(1) Tambien la España católica ofreció sus hijos y sus socorros en defensa y ausilio de sus hermanos en religion los desgraciados maronitas, sacrificados bárbaramente por los ciegos sectarios del islamismo. (Nota del Trad.)

Asia central. — En el momento en que el cisma y la heregía amenazaban las conquistas de S. Francisco Javier, el Espíritu Santo que habia guiado á aquel grande hombre, velaba por su herencia. La creacion de los vicariatos apostólicos de Ceilan, Madras y Bengala, reunidos á los del Malabar, Bombay, Agra y Pondichery, ha estrechado los lazos de la jerarquía religiosa que enlaza la península; y la atencion episcopal fijada en un número mayor de provincias, ha multiplicado los esfuerzos y las obras. Mientras que los religiosos de S. Francisco recorrian los montes de Himalaya y se detenian en las fronteras de aquellos reinos del Norte donde no debia tardar en penetrar la espada de Inglaterra; mientras que el seminario de las Misiones Estrangeras elevaba de cinco á mas de cuarenta el número de sus sacerdotes en el territorio de Pondichery, y que la fé desplegaba sus pompas en la basílica de Maissur, construida por la liberalidad de un monarca indio, el clero insuficiente de la provincia de Madras se reforzaba con los misioneros irlandeses é italianos. La Compañía de Jesus ha fundado un colegio floreciente en la gran ciudad de Calcuta; sus predicadores recorren la costa de la Pesquería, vuelven á construir los derruidos oratorios y reunen á los neófitos dispersos. Los pescadores del Cabo Comorin, como en otro tiempo los de Galilea, abandonan su barca y sus redes, para seguir al apóstol que anuncia el Evangelio á los pobres. Por otra parte, el restablecimiento de los negocios religiosos en Portugal hace pro-

meter el fin próximo del cisma en Goa, y la reunion en un mismo centro de una poblacion que tantas pruebas tiene dadas á favor de la iglesia militante de Jesucristo y que cuenta con una poblacion católica de muchos millares de almas. (1)

Asia oriental. — Hasta aquí hemos encontrado al cristianismo en paises donde su nombre se ha hecho temer, ó en donde la inmediacion de sus ejércitos protege á los altares y pone freno á la persecucion; pero en las comarcas de allende el Ganjes, y en las zonas que se estienden hasta los confines del Oriente, hállase atrincherada la idolatría, como en su último refugio. Escudada de una parte con el apoyo de la ignorancia y de la supersticion, y de otra con el poder de las armas de los tiranos, emplea todos los medios y todas las fuerzas para resistir al saludable influjo de la doctrina salvadora con que le brinda el cristianismo y con él la civilizacion. En el Asia oriental ha tomado sobre todo la idolatría una forma sábia, que es la doctrina falaz del budismo, conservando un sacerdocio, con sus escuelas, sus leyes y sus gobiernos que las obedecen; pero mal segura en sú esencia, y desconfiando de sus propias fuerzas, se ha rodeado al propio tiempo de murallas que no deja salvar á los que la combaten, y si alguna vez tiene que hacer frente por necesidad á sus contrarios, se defiende con toda la energía de la desesperacion, empleando el terror ó echando mano del hierro y del fuego. Grande era el espectáculo que debia darse al mundo en aquellos paises: las sordas amenazas que desde principios del siglo se dejaban oir acá y acullá partiendo del seno donde mas arraigada se halla la idolatría, se cumplieron por fin; y hubo momentos en que pudo creerse que las cristiandades de Tongking y de Cochinchina perecerian arruinadas por la apostasía y por el esterminio. No obstante, Dios ha protegido á los que han proclamado la grandeza de su nombre y la sublimidad de su doctrina, porque en medio de los santuarios destruidos y de los monasterios dispersados, la iglesia annamita ha permanecido en pié, coronada con la aureola del martirio. Se ha vuelto á ver con admiracion universal lo que refieren los anales de los primeros siglos: á los cristianos ante el tribunal del procónsul; de una parte los ídolos y el incienso, y de otra las varas y las hachas de los lictores. Se ha visto á los ancianos obispos inclinar su cabeza cubierta de canas bajo la cuchilla del verdugo, y en seguida á los neófitos de un pueblo tímido, ir á la muerte con un paso tan firme y un ademan tan resuelto, como los misioneros europeos. La Providencia, en sus inescrutables decretos, ha permitido que mientras la muerte diezmaba las filas del apostolado, se acrecentase el valor en el pecho de los que tenia destinados para ir á llenarlas. Mientras que nuestras limosnas servian para rescatar los cuerpos de los que perecian por la fé, sus cadenas y sus vestidos ensangrentados, satisfacian al propio tiempo el pasage de nuevos misioneros que estaban impacientes para ir á ocupar su puesto. Pero llegó tambien un dia en que los perseguidos empezaron á temer la venganza divina suspendida sobre sus cabezas. En una tierra mas tranquila, las cristiandades del imperio de Birman salen de su inmovilidad: un nuevo compartimiento ha dividido el reino de Siam; el colegio de Pulo-Pinang hace florecer las letras cristianas en medio de los archipiélagos bárbaros. Pero el bautismo de sangre no ha faltado á las misiones de la China, no obstante el aumento en el numen de vicariatos apostólicos; el celo de los sacerdotes españoles, franceses é italianos; la fundacion de varias escuelas para el acrecentamiento del clero indígena; la fé predicada en el campo de los mongoles; tantos progresos obtenidos en tan pocos años, parecen anunciar alguna cosa grande. El Evangelio ha entrado en la China

(1) Un obispo de Goa fué instituido por el papa en 1846, pero apenas llegado á Goa favoreció y fomentó el cisma, sosteniendo á los obispos intrusos de Granganor y de Cochin, oponiéndose al ejercicio de la jurisdiccion de los vicarios apostólicos encargados de la administracion de aquellas diócesis suprimidas, y ordenando un gran número de sacerdotes indos, que envió á diferentes vicariatos apostólicos para que rebelaran á los cristianos contra los vicarios apostólicos y sacerdotes á que estaban sometidos. (Nota del Autor.)

como el Salvador en el cenáculo: estando las puertas cerradas; pero ahora que parcialmente están abiertas, entran con él todos los beneficios temporales que le acompañan. Ya la isla de Hong-kong se cubre de establecimientos religiosos; la cruz que se levanta en medio de sus factorías, y los asilos fundados para la infancia y para todas las enfermedades humanas, patentizan á los chinos que el Occidente puede darles mas de lo que recibirá de ellos. No obstante, si la abertura del Celeste Imperio parece inaugurar una era pacífica, los cadalzos se levantan en Corea á fin de mostrar que el sacrificio no cesa en la iglesia de Jesucristo, y que el libro de las actas de los mártires no estará jamás cerrado.

Africa. — La verdad cristiana se ha dejado oir de nuevo en el continente africano que parece rechazarla. Las Tebaidas despobladas, las ruinas de las iglesias Cirenaica y de Mauritania, tantos esfuerzos perdidos para la conversion del Congo y la reconciliacion de los abisinios, desarmaban el celo y afligian la fé. No obstante, el Papado, que conoce los momentos de Dios y las disposiciones de los pueblos, ha puesto manos á la obra, y ya las colonias evangélicas cultivan esta tierra ingrata y la rodean por todas partes. Una nueva delegacion apostólica abraza el Egipto; Alejandría ha visto abrirse, merced á los desvelos de los lazaristas, un colegio y una casa de Hijas de la Caridad; los PP. menores conservan sus escuelas y sus hospicios; y la presencia del clero latino sostiene la religiosidad de los coptos unidos. En medio de las humildes misiones de Túnez, Trípoli y Marruecos, la sede de S. Agustin queda cimentada en Argel; la cruz ha atravesado el Atlas y ha ido á coronar los minaretes de las ciudades musulmanas. Los árabes del desierto ya no la maldicen, porque saben que en pos de ella van la caridad y la abnegacion. Un obispo, rodeado de ocho de sus colegas, consagra la basílica restaurada de Hipona, bendice la primera piedra que los religiosos cistercienses colocan en el campo de batalla de Staoueli, y ve agruparse en torno suyo á un numeroso clero; diversas casas de educacion, de refugio y de caridad y cincuenta iglesias abrigan una poblacion católica de cerca doscientas mil almas. Al propio tiempo, los negros de la Senagambia escuchan la palabra de dos sacerdotes de su raza; un vicario apostólico y veinte y cinco misioneros evangelizan las dos Guineas, y los vicariatos del Cabo y de la isla de Francia, aseguran la perpetuidad del sacerdocio en las posesiones inglesas. Por último, la mision de Abisinia se arraiga otra vez en el suelo que mas rebelde se habia creido; cinco sacerdotes lazaristas, dos hermanos, una capilla, una escuela, algunos centenares de neófitos, son los humildes comienzos de esta obra. Los antiguos resentimientos se borran, el nombre de Roma es bendecido, y los etíopes fijan sus miradas en esa cátedra suprema que no les ha olvidado.

América. — Las misiones americanas se dividen entre los Estados Unidos y Tejas, de una parte, y de otra, las posesiones inglesas y las colonias holandesas.

Estados-Unidos. — En medio de los peligros que rodeaban las nacientes iglesias de los Estados-Unidos, sus obispos habian puesto en Europa sus últimas esperanzas, y la obra de la Propagacion de la fé recibió por su parte un poderoso impulso. A medida que la multitud cada vez mayor de emigrados cubria el territorio, y que los desiertos se trasformaban en provincias, era necesario ocupar un suelo cuyo valor crecia con el número de sus habitantes; era preciso que los establecimientos católicos se multiplicasen, como la poblacion á que debian atender, y merced á los tributos voluntarios de la mayor parte de los reinos europeos, los misioneros cada vez en mayor número, se han estendido por los Estados-Unidos. Bajo aquel cielo estrangero, las colonias de las órdenes religiosas han encontrado la paz; por manera que la metrópoli de Baltimore que en el año 1831 solo contaba nueve diócesis y doscientos treinta y dos eclesiásticos, diez años mas tarde pudo reunir en un concilio provincial los titulares ó representantes de diez y seis

obispados, pedir la fundacion de cuatro nuevas sedes y contar sometidos á su disciplina mas de seiscientos sacerdotes, un número considerable de seminarios, asilos, comunidades religiosas y una poblacion, en fin, de muchos millares de católicos. Mientras que en las grandes ciudades del litoral una sábia predicacion reune en torno de los púlpitos á los herejes, las reducciones del Paraguay, vuelven á florecer al pié de los Montes peñascosos donde otra vez anuncian el Evangelio los hijos de S. Ignacio. Varias tribus salvages han aceptado el bautismo cristiano, y muchas otras han pedido, por medio de diputaciones, «la oracion que hace bueno al hombre en la tierra y el agua que le hace ver al grande Espíritu en el cielo.» Los mismos beneficios se estienden á la república de Tejas, donde las misiones de lazaristas, erigidas en vicariato apostólico, dilatan su círculo y reunen á los dispersos fieles.

Colonias inglesas. — Las colonias del Norte, por mucho tiempo reducidas al solo obispado de Quebec y sometidas á las intolerantes medidas que la heregía habia hecho prevalecer, han visto brillar por fin dias mas dichosos. Seis diócesis y dos vicariatos apostólicos se comparten ahora el Canadá y sus dependencias. Entre las nuevas fundaciones en que se cifra la esperanza y el consuelo de nuestros hermanos, debemos citar la sede episcopal de Toronto en los confines de aquellas comarcas, en donde el cazador solo hallaba las chozas de las tribus paganas y hoy dia existen mas de cuarenta iglesias, servidas por numerosos sacerdotes, y cuya poblacion católica cada dia va en aumento por la abjuracion de los sectarios y el bautismo de los infieles. Hace apenas veinte años que el vicario apostólico de Terranova no tenia mas que tres sacerdotes; jamás el sacrificio de los altares habia sido ofrecido en las lejanas poblaciones, al paso que ahora son numerosos los misioneros, como numerosas son las iglesias y escuelas; do quiera la fé muestra su luz, y el catolicismo, profesado ya por las tres cuartas partes de los habitantes, parece estar destinado á ser el único que impere en esta grande isla, donde la pesca atrae á los buques de todo el universo. En los establecimientos ingleses del mediodía, la obra de la Propaganda de la Fé ha socorrido los vicariatos apostólicos de la Jamaica, de la Guyana inglesa y de la Trinidad. Las Antillas inglesas, que en el primer quinto de este siglo no contaban mas que con doce eclesiásticos, tienen ahora mas de cincuenta; cuarenta iglesias ó capillas, un colegio y numerosas escuelas se han ido creando para satisfacer las necesidades espirituales de ciento cuarenta mil católicos; y la fé, casi apagada, renace en las islas de Granada, Santa Lucia, La Dominica y San Vicente. Los dos vicariatos recientemente erigidos para las colonias holandesas de Curazao y Surinam, ofrecen tambien dar muy felices resultados.

Oceanía — Al terminar este rápido exámen del estado actual de las misiones católicas, nuestras miradas se dirigen á la Oceanía. No tratarémos de describir, contentándonos con bendecir á Dios, los archipiélagos abiertos á la fé. Los escollos y arrecifes é innumerables islas, cuyos nombres ignoraban nuestros padres, se pueblan de una nueva raza de cristianos; los tres vicariatos de la Polinesia oriental, central y occidental, evangelizados por los sacerdotes de las congregaciones de María y de Picpus; la furiosa resistencia del protestantismo y de la idolatría; los confesores de Sandwich y el mártir de Futuna; las iglesias de Gambier y de Wallis, renovando la inocencia y el fervor de los primeros siglos; numerosísimos sacerdotes é iglesias; veinte mil cristianos y cincuenta mil catecúmenos en aquellas playas inhospitalarias, donde hace sesenta años el navegante únicamente veia las hogueras encendidas por los bárbaros que aguardaban el naufragio para ir á saquear el buque y devorar á los tripulantes, es un espectáculo harto elocuente para que necesite comentarios.

Tal ha sido durante estos últimos años los progresos realizados por las Misiones ausilia-

das por la obra de la Propagacion de la fé. La grande empresa de la conquista universal, que se prosigue á través de los siglos, no ha cesado de ensanchar el círculo del apostolado, y merced á los combates heróicos de los hijos de la fé, es cada vez mayor el número de infieles arrancados á las tinieblas de la idolatría. Segun el pensamiento constante de Gregorio XVI, así como los pueblos tienden á la unidad del idioma, tambien tienden á la unidad de la creencia; y como los medios materiales de ejecucion se multiplican con las potentes máquinas que dan alas á las ruedas de los vehículos y á las velas de las naves, es de confiar que tal vez no está lejano el dia en que para la dicha terrenal y la eterna salvacion de las almas, todos los pueblos del universo sean hermanos en la fé, como hijos son de un mismo padre y criaturas regeneradas por un mismo Dios. ¿Quién sabe si ese grande secreto de las fuerzas del vapor que habia permanecido sellado por espacio de seis mil años á la curiosidad del hombre, se lo muestra al fin el Todopoderoso como otro de los tesoros de su sabiduría y de su inagotable bondad? Desde luego es innegable que los caminos de hierro y los buques de vapor son dos poderosos ausiliares del apostolado, dos grandes brazos que presta la Providencia á la civilizacion cristiana, con los cuales acabará por suprimir las distancias que separaban los continentes y los mares. ¡Bendigamos pues, á la Providencia y confiemos en la misericordia divina!

Antes de terminar esta obra no podemos menos de consignar nuestro profundo agradecimiento por la recompensa anticipada que obtuvimos por nuestro trabajo, mereciendo que S. S. Pio IX nos dirigiese el breve que trascribimos.

PIUS P. P. IX. — Dilecte Fili, Nobilis Vir. Salutem y Apostolicam Benedictionem. Libentissime accepimus Litteras officii et obsequii plenas, quibus, Dilecte Fili, dono Nobis mittere voluisti tria volumina nitidissimis Parisiensibus typis edita, atque imaginibus aere elengantissime expressis ornata, operis quod gallica lingua elucrubare es aggressus; cui titulus: *Histoire générale des Missions catholiques*. Etsi verò, gravissimis atque assiduis Supremi Nostri Pontificatùs curis continenter distenti, nondùm hujusmodi tui ingenii atque eruditionis fructus degustare potuimus, tamen tibi vehementer gratulamur, quod in hâc sacrarum expeditionum historia conscribendâ nihil antiquius habeas quàm omnia ad Catholicæ Ecclesiæ gloriam revocare, ejusque immortales triumphos posteritari commendare. Dùm autem debitas Tibi pro munere gratias agimus, egregiis filialis tuæ ergà Nos pietatis sensibus, quos in ipsis Litteris consignasti, prœcipuæ Nostræ paternæ caritatis testificatione respondere gaudemus. Cujus quoque pignus, ac cœlestium omnium munerum auspicem Apostolicam Benedictionem intimo cordis affectu Tibi ipsi, Dilecte Fili, Nobilis Vir, amanter impertimur. — Datum Romæ, apud S. Mariam Majorem, die 1 Julii Anno 1847, Pontificatùs Nostri Anno Secundo. — PIUS P. P. IX. — Dilecto Filio, Nobili Viro, Baroni HENRION. — Luteliam Parisiorum. (1)

(1) Amado y noble hijo; salud y apostólica bendicion. Muy gustosamente hemos recibido tu carta llena de obsequios y de buenos deseos hácia Nos, con la cual, amado hijo, te has dignado remitirnos tres volúmenes impresos en hermosísimos tipos parisienses y adornados con elegantísimos grabados de una obra escrita en hermosa lengua francesa que tiene por título « Historia general de las misiones católicas. » A pesar de nuestras gravísimas y supremas atenciones, anejas á nuestro Sumo Pontificado, no hemos podido menos de complacernos en la lectura de este fruto de tu ingenio. Además, debemos manifestarte nuestro beneplácito, por haber evocado un nuevo recuerdo de las antiguas é inmortales glorias y triunfos de la Iglesia; y al paso que te damos espresivas gracias por tu obsequio y tus escelentes sentimientos filiales hácia Nos que en tu carta has consignado y especialmente hácia nuestra persona, tenemos un particular placer en manifestarte nuestro agradecimiento, en cuyo testimonio te hacemos participante gustosamente de la apostólica bendicion emitida de nuestro corazon, á tí, noble y amado hijo. — Dado en Roma en Santa María la Mayor el 1.º de julio del año 1847, y de nuestro pontificado el año segundo. — PIO, PAPA IX. — Al Baron de Henrion. — Paris.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

ESTADO GENERAL DE LAS MISIONES EN LA ÉPOCA EN QUE EL AUTOR TERMINÓ LA OBRA.

	Obispos.	Sacerd.*
EUROPA.		
Vicariatos apostólicos de Escocia. . . .	3	110
Misiones diversas del Norte.	3	44
Id. de la diócesis de Lausana (Suiza). .	1	40
Vicariato apostólico de Gibraltar. . . .	1	7
Islas Jónicas.		
Arzobispado de Corfú y obispado de Zante.	2	26
Grecia continental é insular.		
Delegacion apostólica de Grecia; arzobispado de Naxos y obispados de Sira, Tina y Santorin.	4	162
Principados.		
Arzobispado de Sofia (Servia) y vicariatos apostólicos de Moldavia y Valaquia. . .	3	38
TURQUIA.		
Arzobispados de Durazzo, Antivari y Constantinopla; obispados de Trebingue, Scutari, Pulati, Sappa, Alessio y Nicopoli; y vicariatos apostólicos de Bosnia, Bulgaria y latinos de Constantinopla. .	10	419
Total en Europa	27	843
ASIA.		
ASIA OCCIDENTAL.		
Latinos.		
Arzobispado de Esmirna; obispados de Chio, Famagusta y Babilonia; vicariato apostólico de Alepo (delegacion del Líbano) y guarda de Tierra Santa. . . .	5	220?*
Maronitas.		
Patriarcado de Antioquía; arzobispado de Alepo, Tripoli, Tripoli, Chipre, Damasco, Beyruth y Jerusalen, y obispados de Eden y de Gibail.	10	1100
Griegos melquitas.		
Patriarcado de Antioquía; arzobispados de Alepo, Tiro, Bosra, Diarbekir, Saida y Beyruth; y obispados de San Juan de Acre, Furzole, Balbek, Tripoli y Homs.	12	180
Sirios.		
Patriarcado de Antioquía; arzobispado de Jerusalen, administrado por el patriarca; y obispados de Nabek, Homs, Mossul y Mardin.	5	60?
Armenios.		
Patriarcado de Cilicia; y arzobispados de Alepo y de Mardin.	3	68?
Caldeos.		
Patriarcado de Babilonia; arzobispados de Diarbekir, Geizira, Mossul y Aberbijan; y obispados de Mardin, Seered, Amadis, Salmas y Karkut.	10	101
ASIA CENTRAL.		
Posesiones rusas.		
Mision de Georgia.	»	»
India.		
Vicariatos apostólicos del Tibet, Bengala, Bombay, Madras, Ceilan, Malabar y Pondichery.	7	624**
ASIA ORIENTAL.		
Imperio Birman.		
Vicariato apostólico de Ava y Pegú. . .	1	12
Reino de Siam.		
Vicariatos apostólicos de Siam oriental y occidental.	2	20
Imperio de Anam.		
Vicariatos apostólicos de Cochinchina, Tong-king oriental y occidental. . . .	3	181?
Suma y sigue.	58	2566
Suma anterior.	58	2566
Imperio de la China.		
Obispados de Pekin, Nang-king y Macao; y vicariatos apostólicos de Sse-Tchuan, Fo-kien, Chan-si, Tche-kiang, Hou-kuang, Yun-Nan, Chan-Tong, Mongolia y Corea.	1	170?
Total en Asia.	59	2736
AFRICA.		
Egipto.		
Delegacion apostólica de Alejandría y vicariato apostólico de los Coptos. . . .	2	50?
Trípoli, Tunez y Marruecos.		
Prefecturas apostólicas.	»	12
Argel.		
Obispado de Argel.	1	66
Guinea y Liberia.		
Vicariato apostólico.	1	25
Posesiones inglesas.		
Vicariato apostólico del Cabo y de la isla Mauricio.	2	10
Abisinia.		
Prefectura apostólica.	»	5
Total en Africa.	6	168
AMERICA.		
Posesiones inglesas del Norte.		
Obispados de Kingston, Toronto, Halifax, Charlottetown (Montreal y Quebec no figuran en las misiones: 2 obispos y 350 sacerdotes); y vicariatos apostólicos de la bahía de Hudson y Terranova. . .	6	145
Estados-Unidos.		
Arzobispado de Baltimore; y obispados del Estrecho, Cincinnati, Vincennes, Dubuque, San Luis, Nueva-Orleans, Charlestown, Nashville, Mobila, Richemond, Nueva-York, Boston, Filadelfia, Luisville, Natchez y Pittsburg (erijido en 1843).	17	613
Tejas.		
Vicariato apostólico.	1	5
Posesiones inglesas del Sud.		
Vicariatos apostólicos de la Jamaica, Trinidad y Guyana.	3	109?
Posesiones holandesas.		
Vicariatos apostólicos de Surinam y Curazao	1	18
Total en América.	28	890
OCEANIA.		
Posesiones holandesas.		
Vicariato apostólico de Batavia.	1	7
Posesiones inglesas.		
Arzobispado de Sydney, y obispados de Adelaida y Hobart-Town.	3	56
Polinesia.		
Vicariatos apostólicos de la Polinesia oriental (Gambier, Marquesas, Taiti, Sandwich), de la Polinesia central y de la occidental (Wallis, Futuna y Tonga-Tabu).	3	50
Total en Oceanía.	7	113
RESÚMEN TOTAL.		
Europa.	27	843
Asia	71	2736
Africa.	6	168
América.	28	890
Oceanía.	7	113
	139	4750*

(*) Se han señalado con interrogacion las cifras inciertas.
(**) Sin comprender el clero de las colonias francesas y portuguesas.

(*) No figuran en este estado los paises enteramente católicos del Africa, América y Oceanía. Cuando terminamos esta obra, habia 119 obispos y 4220 sacerdotes.
Hoy dia, el número de obispos y sacerdotes empleados en las misiones es mucho mayor del que figura en esta lista.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO SEGUNDO.

CONTINUACION DEL LIBRO SEGUNDO.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, HASTA EL DE LA CONGREGACION DE LA PROPAGANDA.

LIBRO TERCERO.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LA CONGREGACION DE LA PROPAGANDA, HASTA LA SUPRESION DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

LIBRO CUARTO.

DESDE LA SUPRESION DE LA COMPAÑÍA DE JESUS HASTA NUESTROS DIAS.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS DE LA HISTORIA GENERAL DE LAS MISIONES.

NOTA.—Los grabados deberán mirar siempre las páginas designadas.

TOMO SEGUNDO.

RETRATOS.

ADVERTENCIA.

Esta obra podrá encuadernarse en dos tomos, tal como la hemos publicado, ó en cuatro si así se prefiere, á cuyo efecto damos las correspondientes portadas impresas, que de todos modos deberán colocarse: la primera al principio del tomo I, con la grabada; la segunda, en la página 401 del mismo tomo; la tercera al principio del tomo II, con la grabada, y la cuarta en la página 337 del mismo tomo.

El editor se encargará de la encuadernacion en chagrin de los ejemplares de esta obra que le sean remitidos, á cuyo efecto tiene dispuestas cubiertas, que ha hecho construir espresamente, tan sólidas como propias para tan importante libro, al módico precio de 20 rs. cada volúmen.

Tambien remitirá cubiertas sueltas al que las desee, para mandar encuadernar la obra en el punto donde resida el suscritor, al precio de 14 rs. cada una, indicando de todos modos si la quiere en cuatro ó en dos volúmenes.

Recomendamos las nuevas publicaciones que se anuncian á continuacion.

ALBUM RELIGIOSO, ARTÍSTICO-PINTORESCO

VIDAS DE LOS SANTOS

NUEVAMENTE ESCRITAS

POR UNA REUNION DE ECLESIASTICOS

Y DE ESCRITORES CATÓLICOS,

BAJO LA DIRECCION RELIGIOSA DE UNA COMISION NOMBRADA POR EL SEÑOR ARZOBISPO DE PARIS



COLECCION DE BIOGRAFÍAS QUE SE PUBLICAN EN ESPAÑOL

dedicadas

Á SU SANTIDAD EL SUMO PONTÍFICE PIO IX

A SS. MM. Y AA.

Los Reyes, Príncipes é Infantes de España,

Y A LOS EMINENTÍSIMOS SRES. CARDENALES, PATRIARCAS,
MUY REVERENDOS ARZOBISPOS Y REVERENDOS OBISPOS, Y RESPETABLE CLERO ESPAÑOL DE AMBOS HEMISFERIOS.

Bajo la direccion de

D. JOAQUIN ROCA Y CORNET,

Bibliotecario de la Universidad de Barcelona, redactor de la Biblioteca Católica, etc., etc.

NUEVA EDICION



Esta importante, lujosa y católica publicacion consta de un solo tomo en fólio dividido en 65 Entregas, adornada cada una de una lámina en acero y siete viñetas en boj, ejecutadas por los principales artistas. — Su precio lo es de **4 rs.** la entrega. — Se suscribe en los mismos puntos de la *Historia general de las Misiones*.

IMITACION

DE

JESUCRISTO

OBRA DEDICADA Á SS. MM. LA REINA Y EL REY

Y SU PRODUCTO DESTINADO Á SOCORRER LAS NECESIDADES

DE S. S. PIO IX

NUEVA TRADUCCION, AUMENTADA CON REFLEXIONES,
MUCHAS DE ELLAS DE LOS SANTOS PADRES Y DE SANTA TERESA DE JESUS, FR. LUIS DE GRANADA, NIEREMBERG, AVILA, BOSSUET, FENELON, BORDALOUE, MASSILLON, ETC.

POR EL M. ILTRE. SR. D. RUDESINDO ROMAN

Secretario honorario y Gentil-hombre de S. M.

BAJO LA CENSURA

del R. P. Joaquin Foru y Roget.

ESPLÉNDIDA EDICION, ADORNADA CON LÁMINAS FINAS
ejecutadas por los mas aventajados artistas.





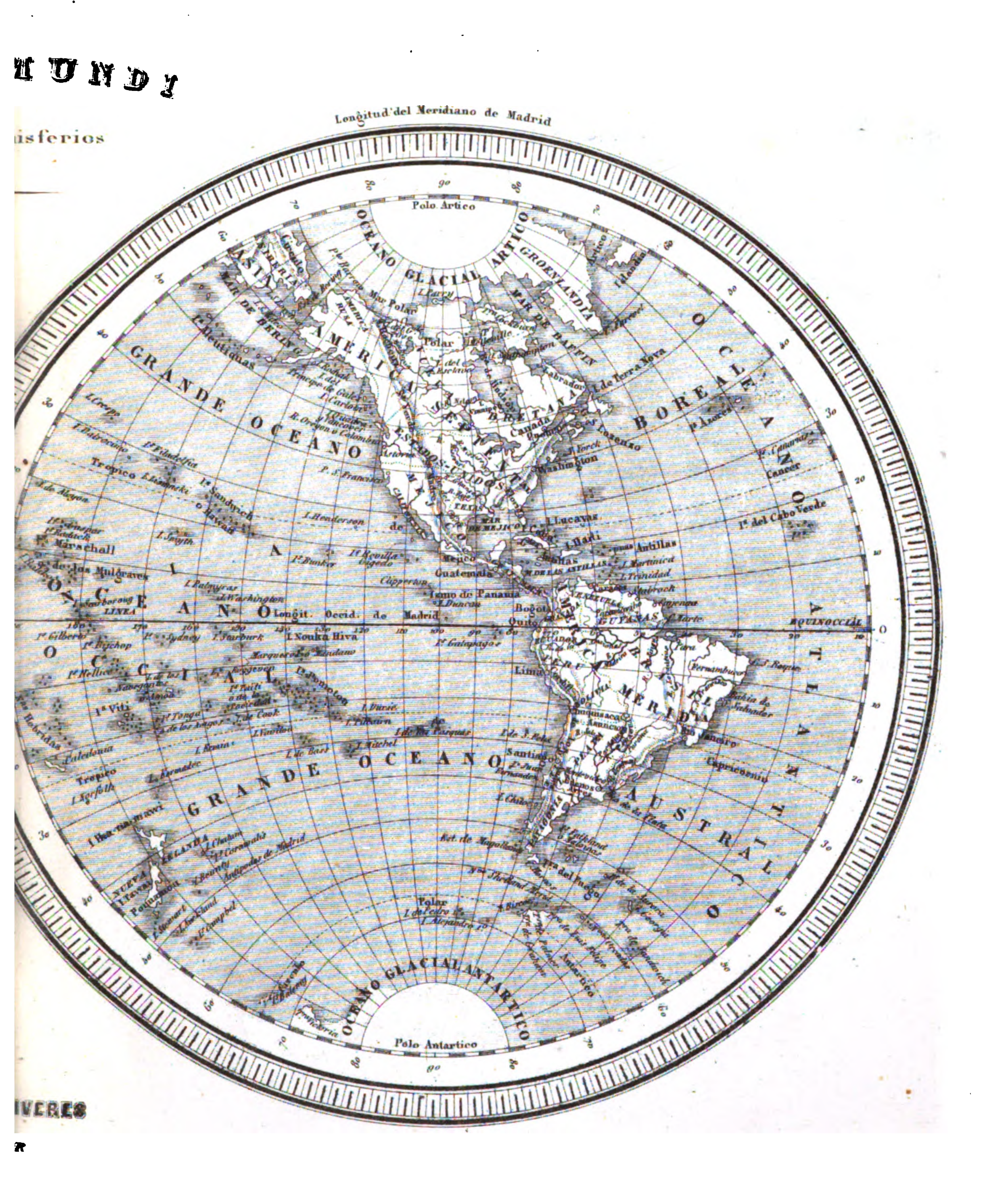
MAPA-



MADRID - BARE

MUNDI

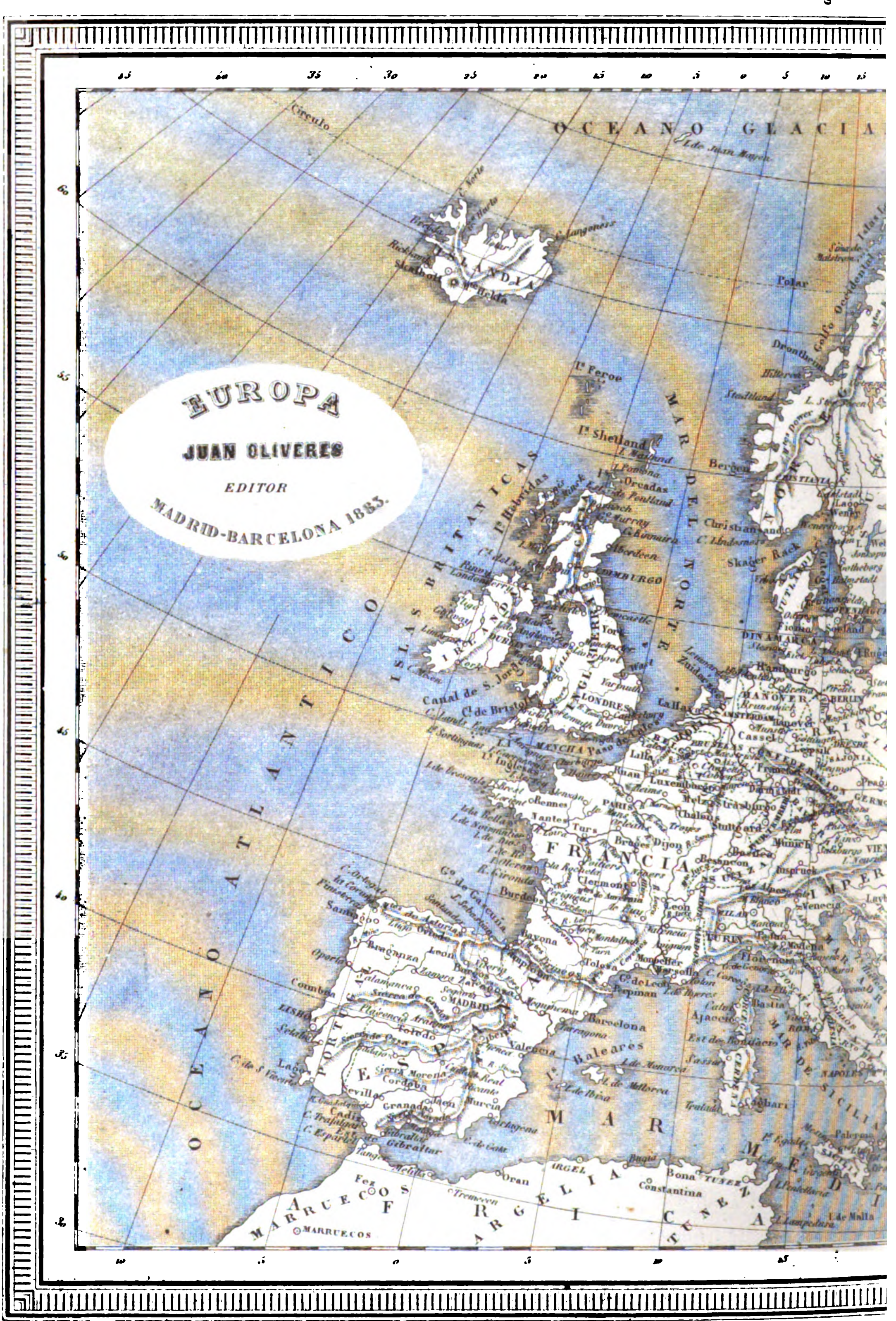
isferios



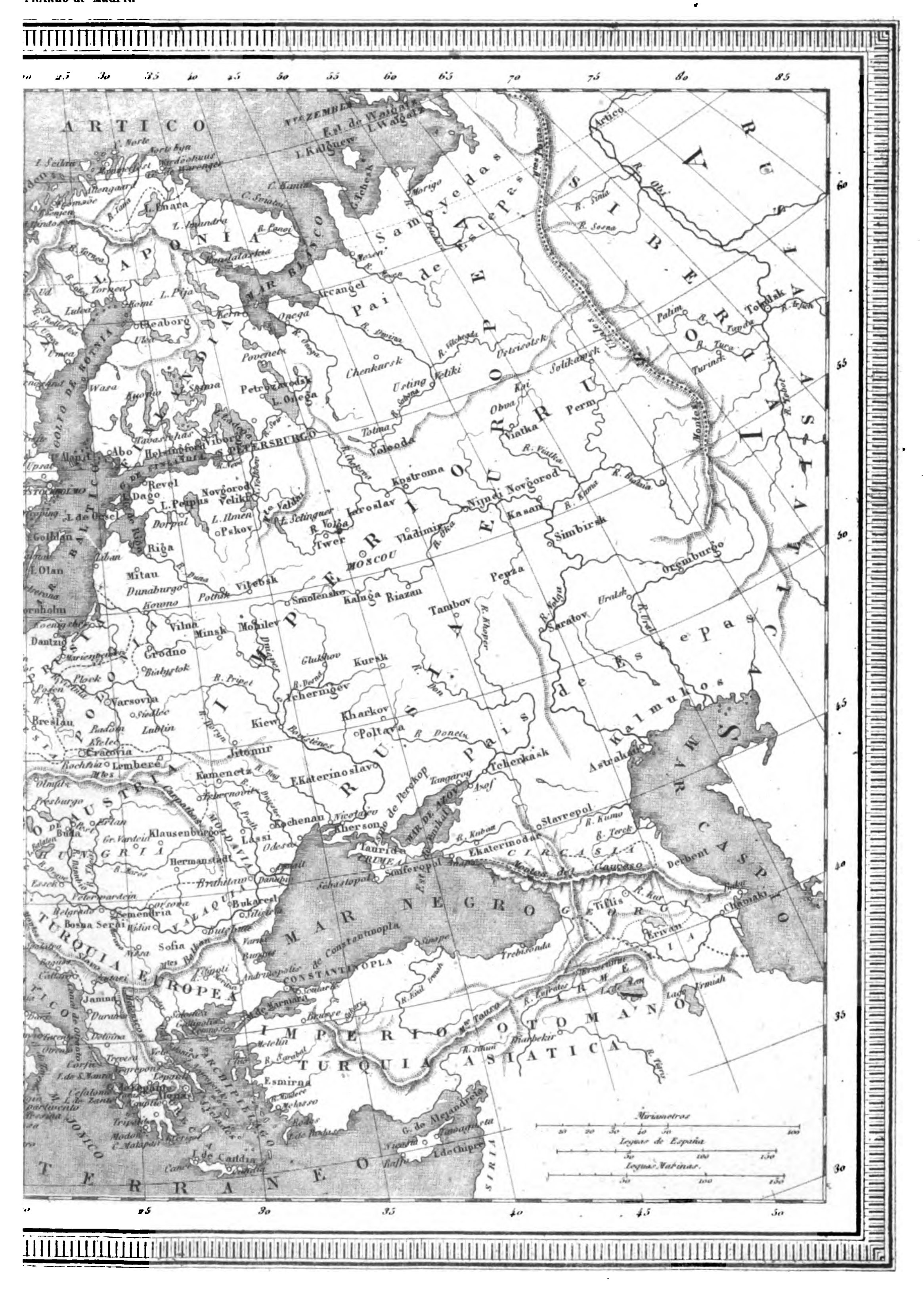
IVERES

ELONA 1883.

Longitud del



ridiano de Madrid



Longitud del M

82 80 78 76 74 72 70

FLORIDA

GOLFO DE MEJICO

ISLAS LUCAYAS O DE BAHAMA

G. BANCO DE BAHAMA

Canal de Bahama

Canal N.O de la Providencia

Canal N.E de la Providencia

Canal del Navio

Canal de Santaren

Estrecho de la Florida

Tropico

HABANA

Santiago

Trinidad

Puerto Principe

Bayamo

Santiago

Baracoa

Cienfuegos

I. de Pinos

Cayo Largo

G R A N D E S A N T I L L A S

MAR DE HONDURAS

Mistérioca

B.co Albion

B.co de Wand

Fortune Caiman

Caiman

Savana la Mar

Kingston

B.co Pedro

Paso del Viento

Paso de las Islas Crooked

Las Gonaivas

Trujillo

GUATEMALA

Tepapi

MAR DE LAS ANTILLAS

Banco visto en 1804

Serrana

Roca Alcumbierta

Quita sueño

S.ta Catalina

S.n Andres

Albuquerque

La Vela y Zabala

Rio Hacha

S.ta Marta

CARTAGENA

N.va GRANADA

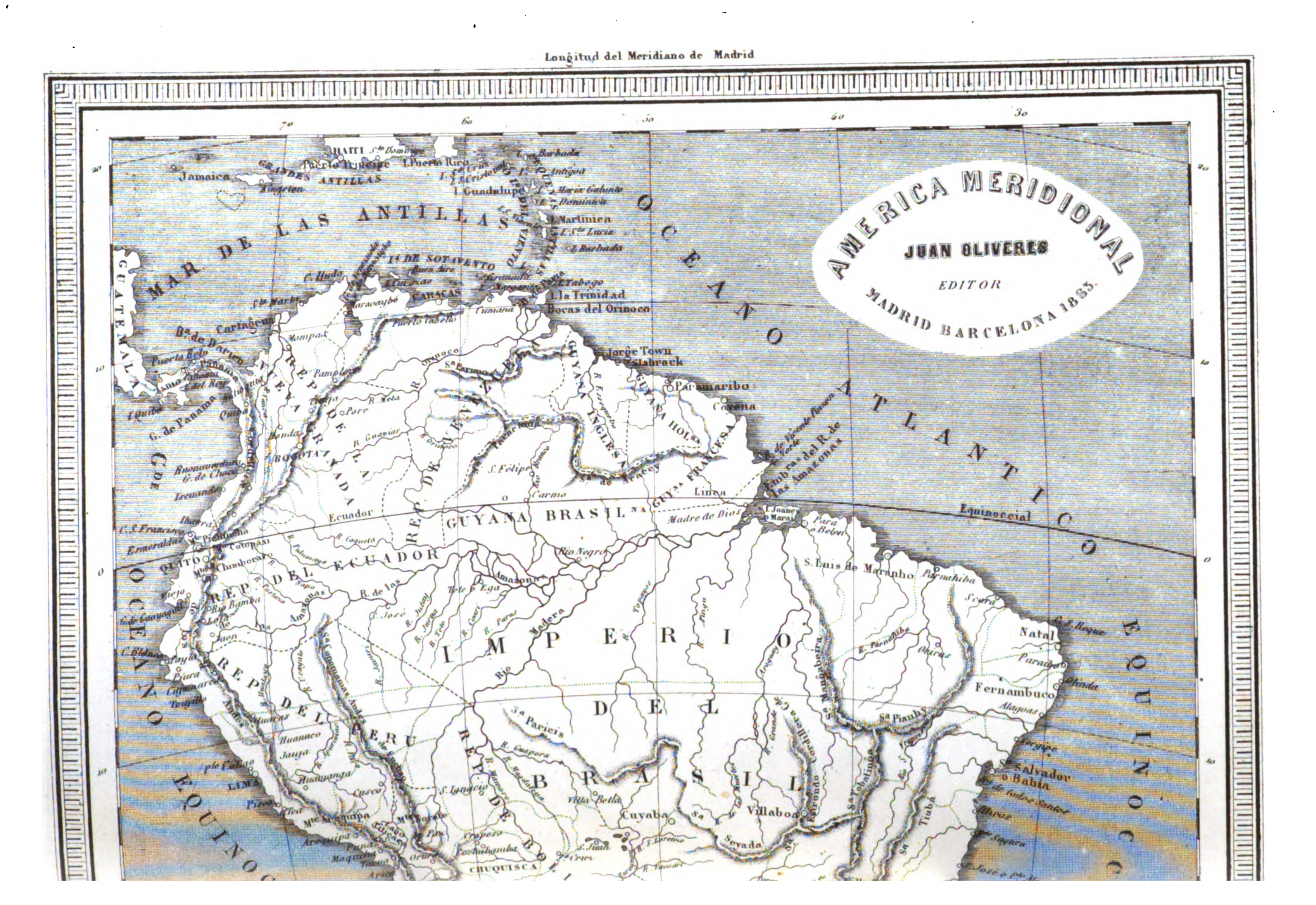
GRAN OCEANO

26 24 22 20 18 16 14 12 10

82 80 78 76 74 72 70

ridiano de Madrid

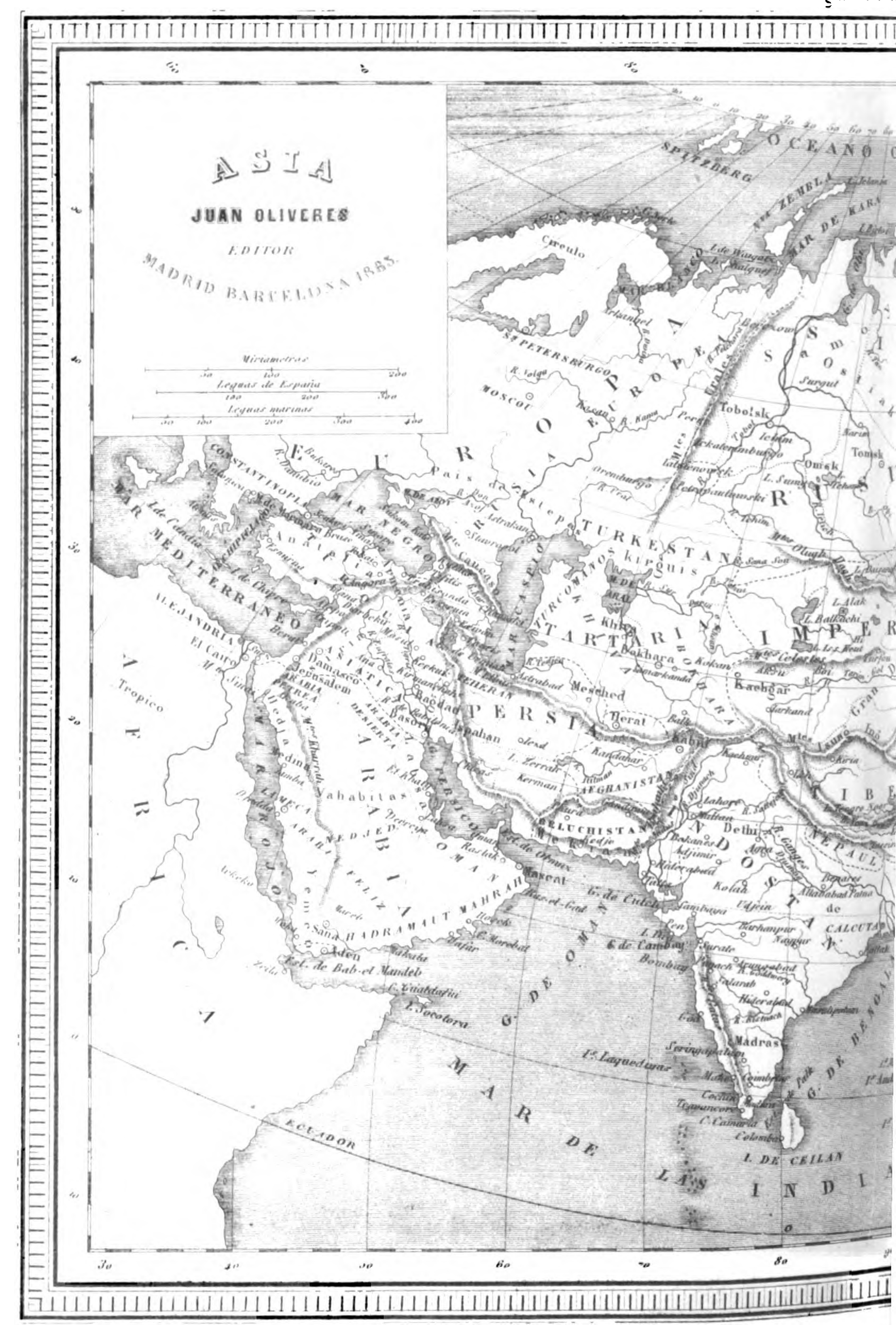



Longitud del Meridiano de Madrid
AMERICA MERIDIONAL
JUAN OLIVERES
EDITOR
MADRID BARCELONA 1863.
OCEANO ATLANTICO
MAR DE LAS ANTILLAS
GRANDES ANTILLAS
HAITI
Jamaica
I. Puerto Rico
I. Guadalupe
I. Martinica
I. la Trinidad
Bocas del Orinoco
GUATEMALA
Cartagena
Caracas
Jorge Town
Paramaribo
Cayena
GUYANA INGLESA
GUYANA HOLsa
GUYana FRANCESA
GUYANA BRASILna
Linea
Equinoccial
Madre de Dios
Ecuador
REP. DEL ECUADOR
QUITO
BOGOTA
REP. DE LA NUEVA GRANADA
REP. DE VENEZUELA
S. Luis de Maranho
Natal
C. S. Roque
Fernambuco
Alagoas
S. Salvador o Bahia
IMPERIO DEL BRASIL
REP. DEL PERU
LIMA
Cuyaba
Villaboa
Rio Negro
Rio Madera
CHUQUISCA
OCEANO EQUINOCCIAL

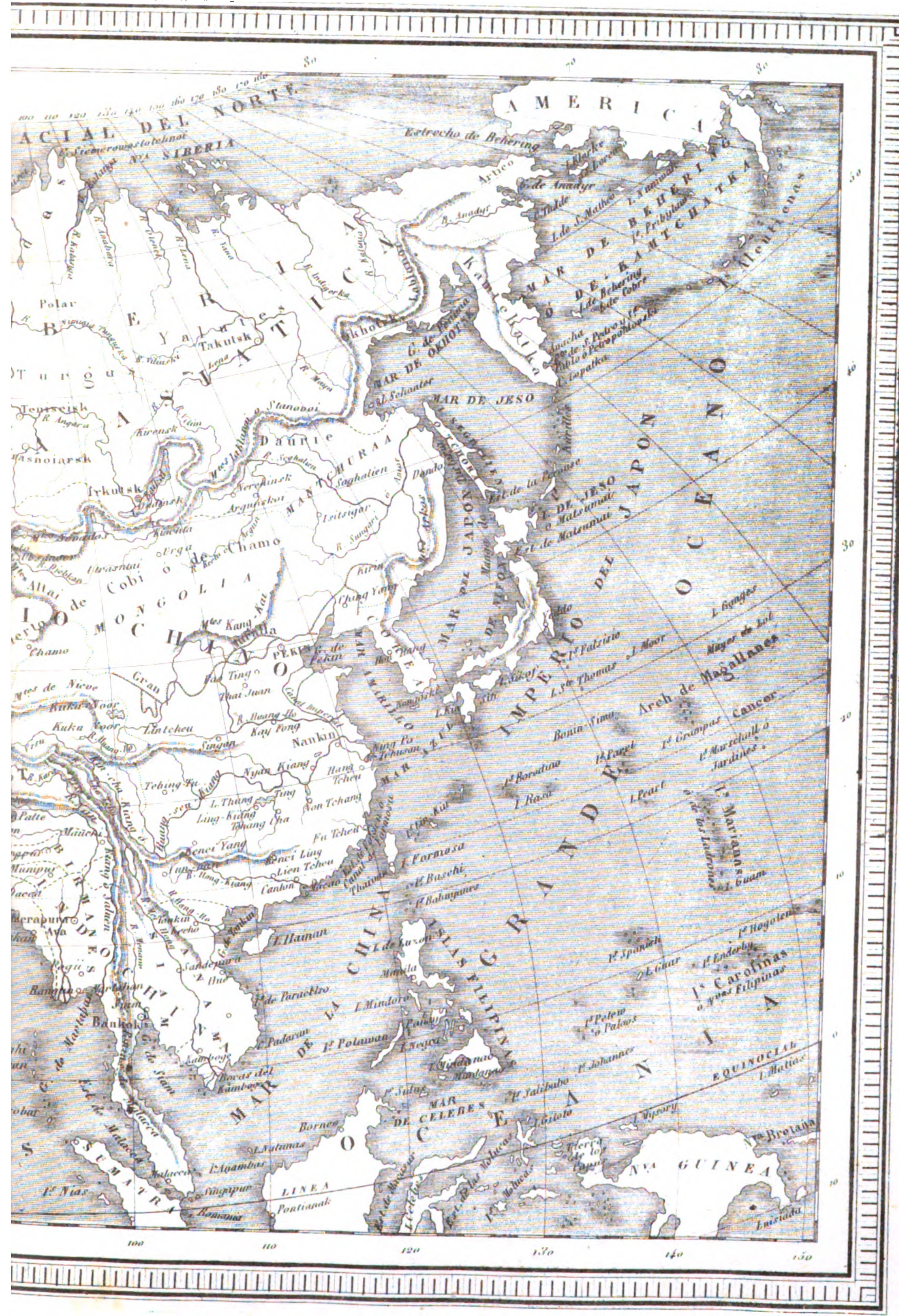


OCEANO ATLANTICO AUSTRAL
GRANDE OCEANO AUSTRAL
REP. DE LA PLATA O DE BUENOS AIRES
REPUBLICA DE CHILE
PATAGONIA
REP. URUGUAY CISPLATINA
PARAGUAY
ASUNCION
BUENOS AIRES
MONTEVIDEO
RIO JANEIRO
Rio de la Plata
Capricornio
Tropico
Tucuman
Cordova
Santiago
Valparaiso
Valdivia
I. Chiloe
Is. Falkland o Malvinas
Est. de Magallanes
Tierra del Fuego
Archip. de Magallanes
I. Georgia
Tierra de Sandwich
I. de Juan Fernandez
Cabo Blanco
Miriametros
Leguas Marinas
Leguas de España
Circulo Polar Antartico
Nuevas Is. Schetland Meridionales
Is. Orkney Meridionales
T. de Palmer
Tierra de Graham
I. de Alejandro
Grabado por Th. Gobert
Lit. Abadal Tapineria 32

Longitud del M



iano de Madrid



Lit Abadal Tapineria 39

Longitud del Meridiano de Madrid

EUROPA

ASIA

OCEANO ATL

INDIA

MAR MEDITERRANEO

MAR NEGRO

MAR CASPIO

ARABIA

ZAHARA

GRAN DESIERTO

DESIERTO DE LIBIA

GUINEA

TAKKRUR

ZANGUEBAR

Paises desconocidos

GOLFO PERSICO

GOLFO DE GUINEA

ECUADOR

Trópico de Cancer

MADRID

LISBOA

ROMA

NAPOLES

CONSTANTINOPLA

Est. de Gibraltar

Barcelona

Marsella

Genova

Valencia

Cerdena

Sicilia

Salonica

Esmirna

Chipre

Tripoli

Damasco

Jerusalem

El Cairo

Istmo de Suez

Medina

La Meca

Teheran

Ispahan

Mascat

Est. de Bab el Mandeb

Cabo Guardafui

I. Socotora

Tombuctu

C. Blanco

Cabo Verde

Sierra Leona

Islas Canarias

Islas Azores

Madera

Biafras

Loando

S. Felipe de Benguela

Melinda

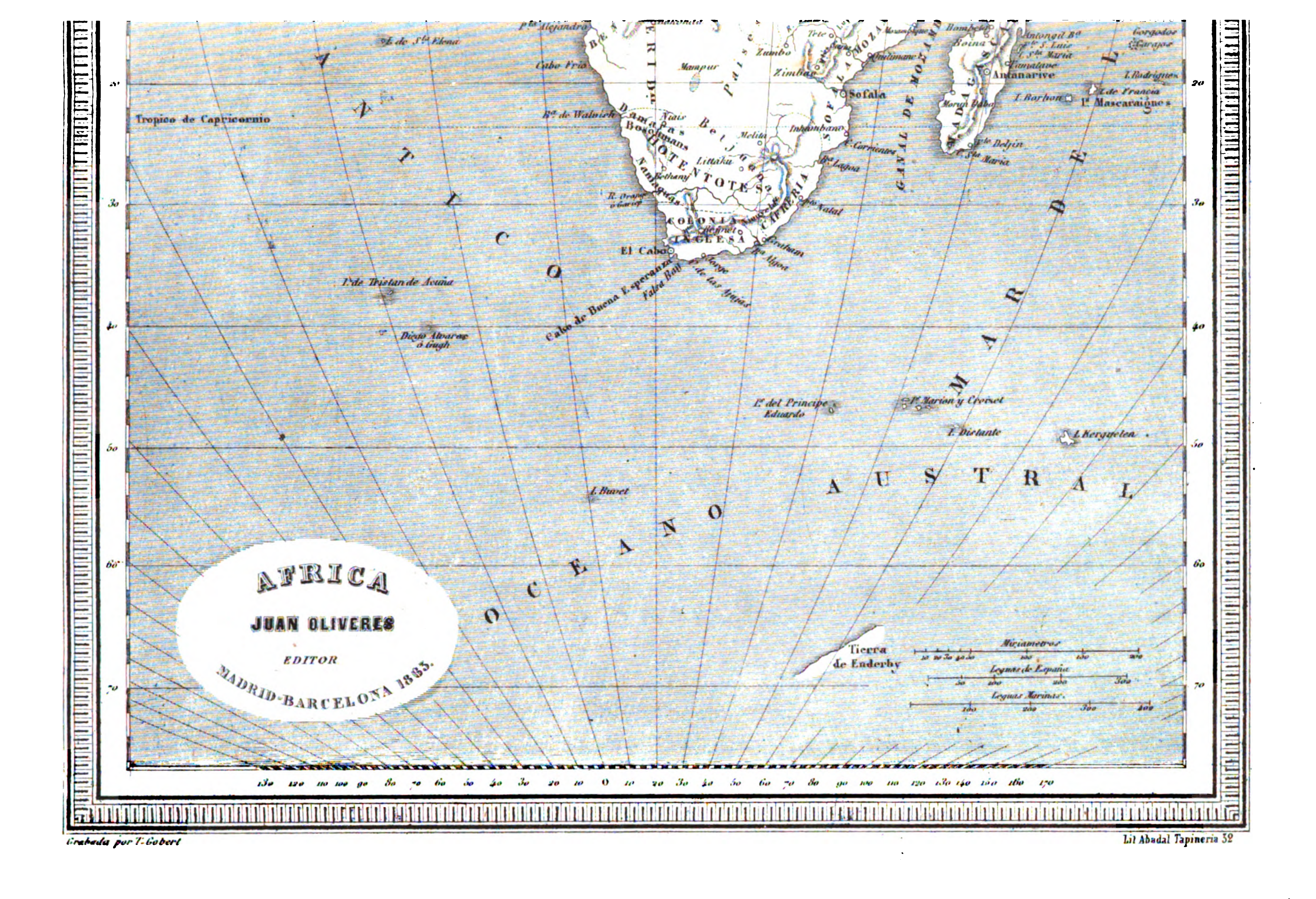
Quiloa

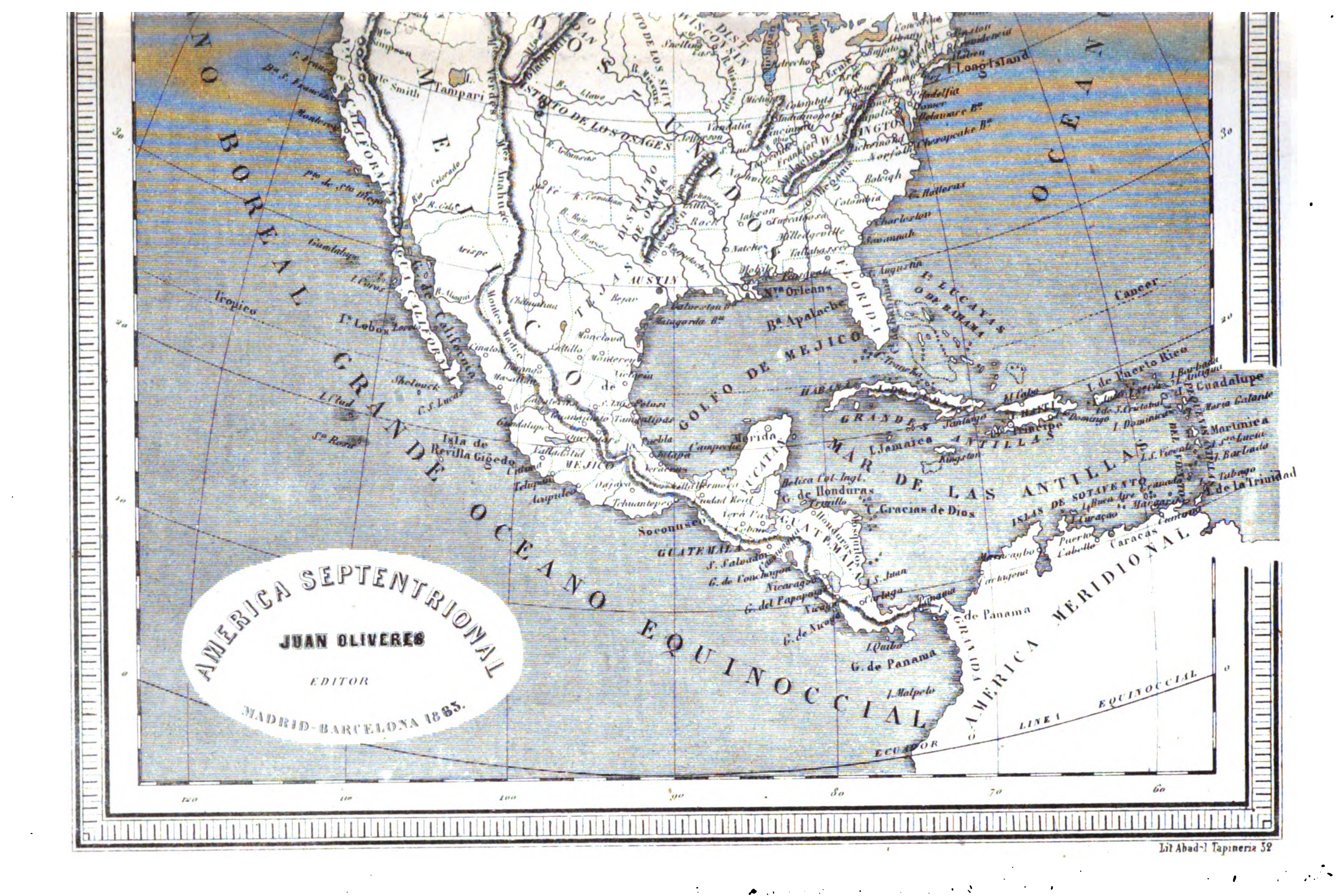
Is. Seychelles

Is. Comoras

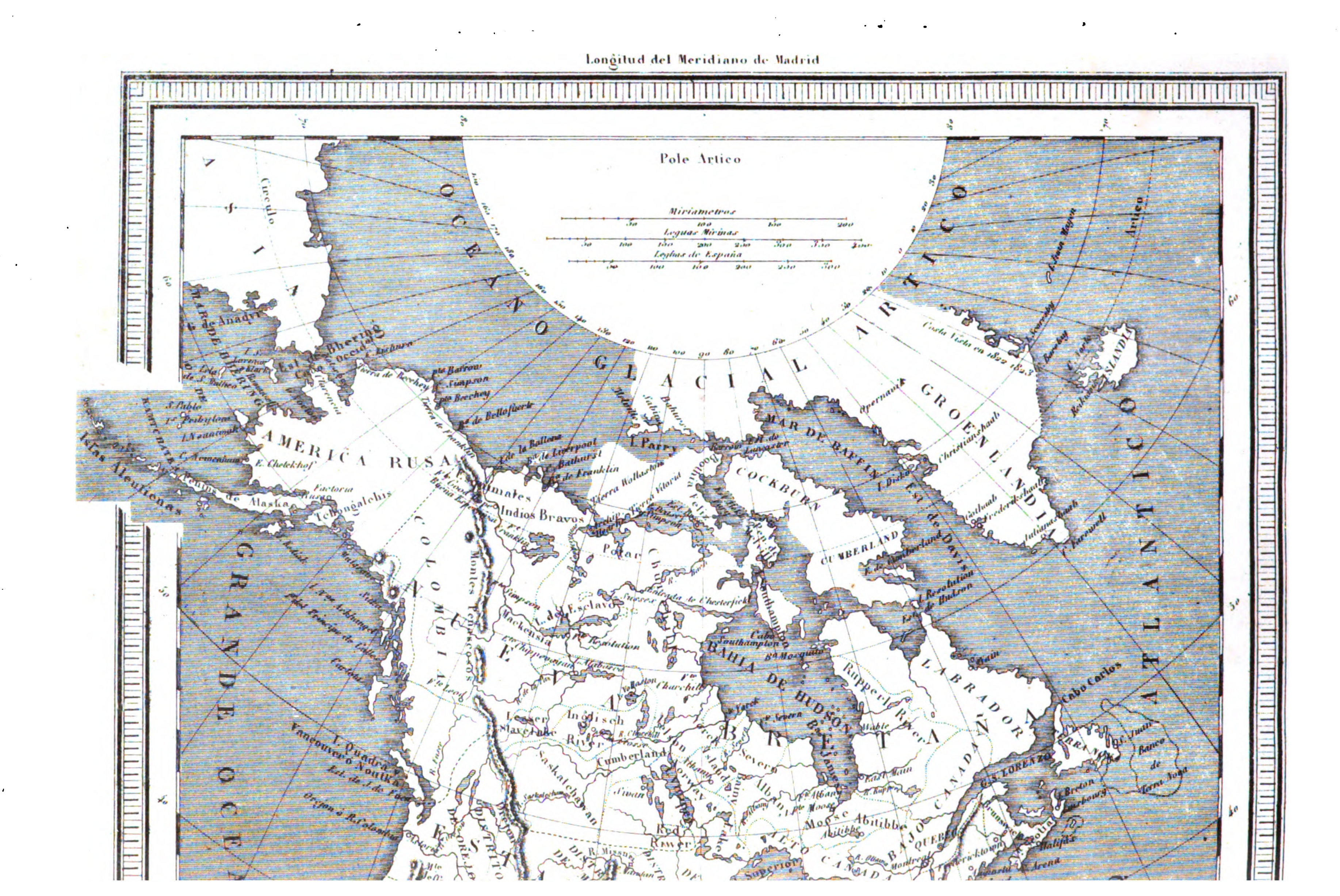
I. de la Ascension

I. de Annobon

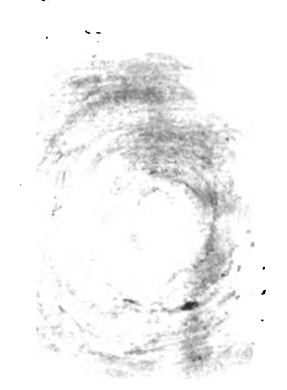

AFRICA
JUAN OLIVERES
EDITOR
MADRID-BARCELONA 1863.
Tropico de Capricornio
I. de Sta. Elena
Cabo Frio
Ba. de Walwich
Damaras
Bosjemans
HOTENTOTES
Namaquas
Bethany
Littaku
Melita
Mampur
Zumbo
Zimbao
Tete
Sofala
Quilimane
Inhambane
C. Corrientes
Ba. Lagoa
Pto. Natal
CAFRERIA
COLONIA INGLESA
El Cabo
Graham
Ba. Algoa
Falsa Bahia
Cabo de Buena Esperanza
Cabo de las Agujas
CANAL DE MOZAMBIQUE
Bombetok
Antongil Bo.
Sta. Maria
Tamatave
Antanarive
Pto. Delfin
I. Borbon
I. de Francia
Is. Mascareñas
I. Rodrigues
Gorgodos
Garajos
Is. de Tristan de Acuña
Diego Alvarez ó Gugh
I. Buvet
Is. del Principe Eduardo
Is. Marion y Croiset
I. Distante
I. Kerguelen
Tierra de Enderby
OCEANO ATLANTICO
OCEANO AUSTRAL
MAR DE LA INDIA
Miriametros
Leguas de España
Leguas Marinas
Grabada por T. Gobert
Lit Abadal Tapineria 32



AMERICA SEPTENTRIONAL
JUAN OLIVERES
EDITOR
MADRID-BARCELONA 1863.
GRANDE OCEANO EQUINOCCIAL
GRANDE OCEANO BOREAL
GOLFO DE MEJICO
MAR DE LAS ANTILLAS
GRANDES ANTILLAS
ISLAS DE SOTAVENTO
AMERICA MERIDIONAL
LINEA EQUINOCCIAL
ECUADOR
Tropico
Cancer
FLORIDA
YUCATAN
GUATEMALA
TEJAS
AUSTIN
MEJICO
I. Longisland
I. de Puerto Rico
I. Jamaica
I. Guadalupe
I. Martinica
I. de la Trinidad
Isla de Revilla Gigedo
G. de Panama
G. de Honduras
C. Gracias de Dios
Nva Orleans
Ba Apalache
Merida
Caracas
Lit Abad-l Tapineria 32



Longitud del Meridiano de Madrid
Pole Artico
Miriametros
Leguas Mirinas
Leguas de España
OCEANO GLACIAL ARTICO
ASIA
AMERICA RUSA
GROENLANDIA
MAR DE BAFFIN
Est. de Davis
COCKBURN
CUMBERLAND
BAHIA DE HUDSON
LABRADOR
COLOMBIA
Montes Pedregosos
Indios Bravos
I. Parry
Islas Aleutienas
ISLANDIA
Cabo Carlos
G. S. LORENZO
BAJO CANADA
ATLANTICO
GRANDE OCEANO
Banco de Terra Nova



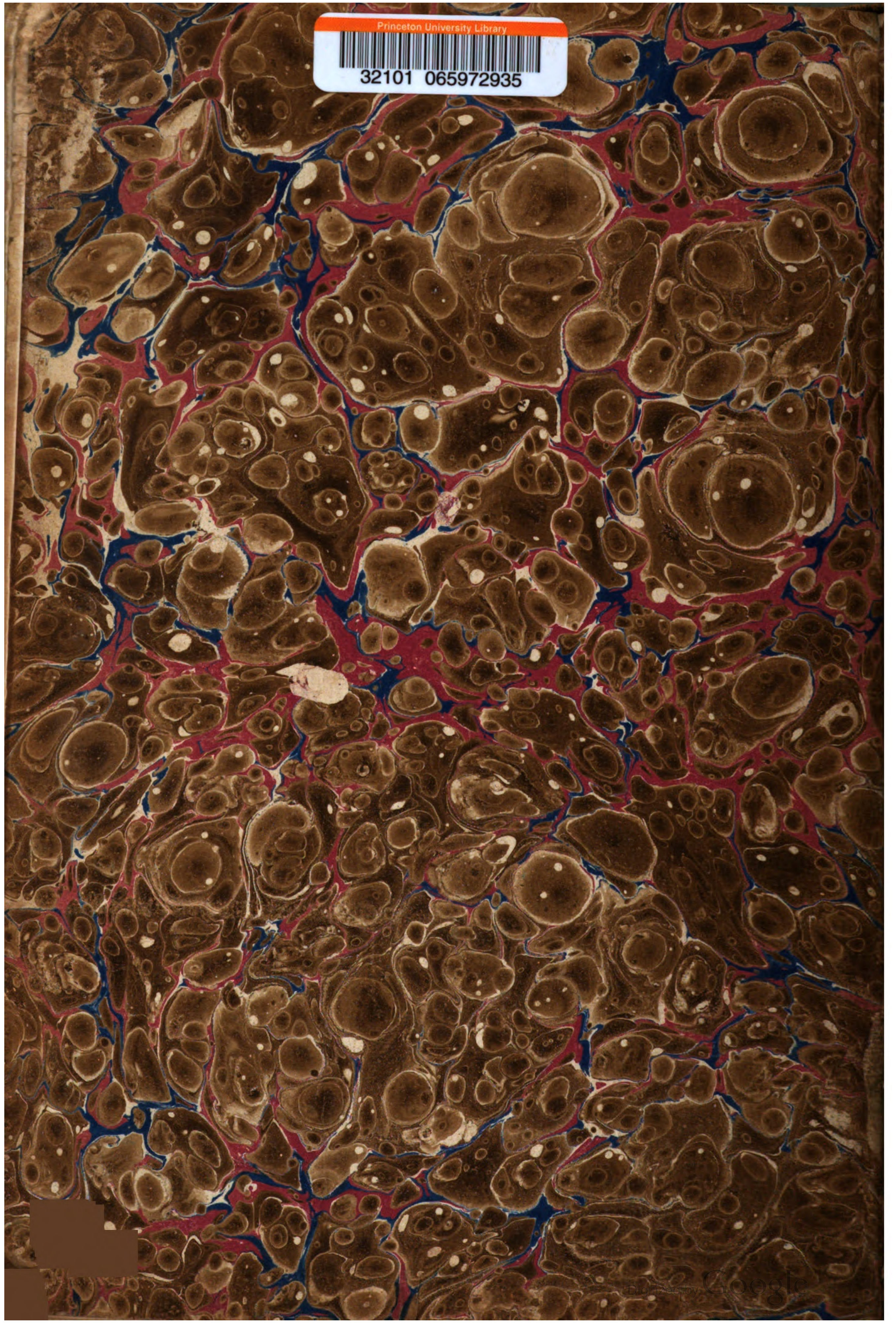
Longitud del Meri

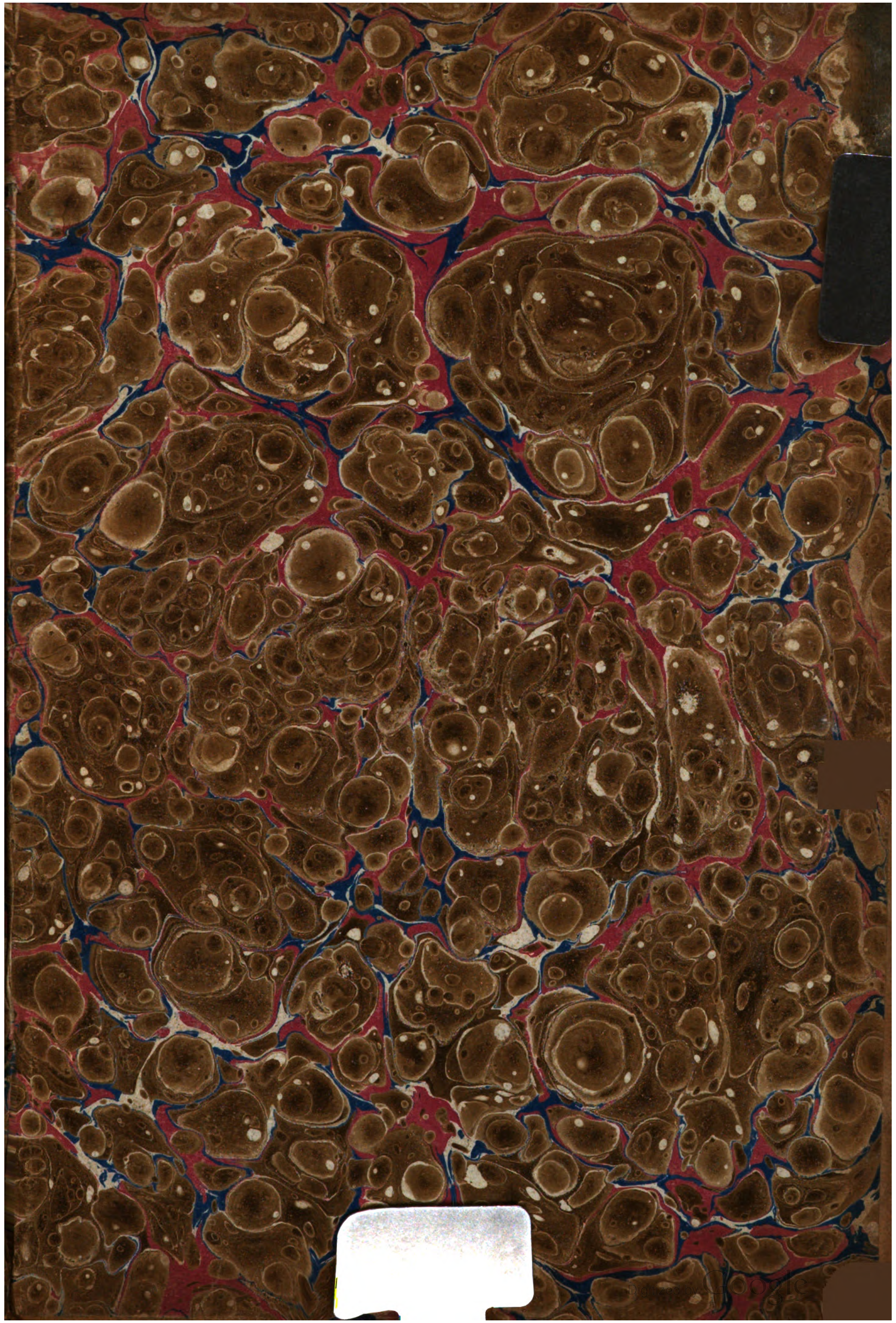


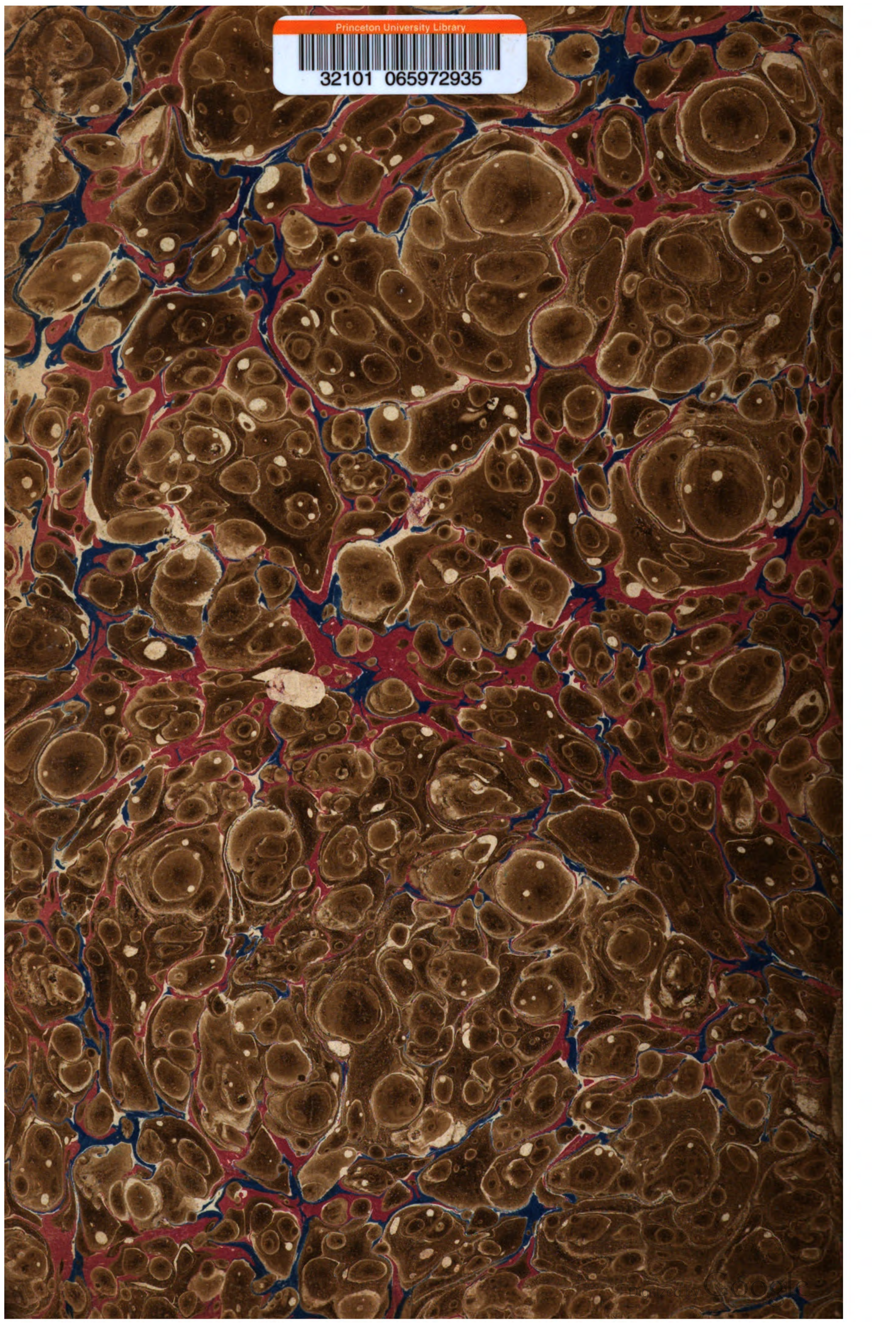
Grabado por Th. Gobert

liano de Madrid.








Princeton University Library
32101 065972935

